ANTONIO TORREMOCHA SILVA

Alí Bey

Un español, espía del rey
Carlos IV, en tierras del islam



La Meca, 1807. Un cristiano disfrazado de musulmán pisa la ciudad sagrada en la mayor de sus arriesgadas misiones.

ALMUZARA

ANTONIO TORREMOCHA SILVA

Alí Bey

Un español, espía de Carlos IV, en tierras del Islam

© Antonio Torremocha Silva, 2025
© Editorial Almuzara, s.l., 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Almuzara • Colección Novela Histórica
Editora: Rosa García Perea
Maquetación: Miguel Andréu
Conversión a epub: Rosa García Perea
www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com — info@almuzaralibros.com
Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 — Córdoba
ISBN: 978-84-10528-97-0

«Si Domingo Badía Leblich —*alter ego* de Alí Bey— hubiese ido a nacer en Francia o en el Reino Unido, es muy probable que su afán por explorar el mundo hubiese, contado con el respaldo de alguna sociedad geográfica y que Occidente no hubiera tenido que esperar hasta el año 1828, para obtener, de la mano de René Caillié, noticias exactas de Tombuctú y de otros lugares míticos del África occidental. Pero el buen hombre vivió en España y, en la España de principios del siglo XIX, en la que el interés por la geografía de lejanas tierras era muy limitado. Los poderes públicos empleaban los recursos nacionales en empresas de resultados más inmediatos. Muy satisfecho se pudo considerar don Domingo Badía cuando el omnipotente ministro Manuel Godoy decidió financiar su viaje.»

(Roger Mimó, en el Prólogo de la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, de la obra, en tres tomos: V*oyages d'Ali Bey en Áfrique et en Asie*, publicada por la Editorial Almed de Granada en el año 2012).

«Badía era el hombre valiente y arrojado como pocos; disimulado, astuto, de carácter emprendedor; amigo de aventuras; hombre de fantasía y original, de donde la poesía pudiera haber sacado muchos rasgos para sus héroes fabulosos. Hasta sus mismas faltas, la violencia de sus pasiones y la genial intemperancia de su espíritu, le hacían apto para aquel designio (Su misión diplomática en Marruecos y el descubrimiento de otros espacios geográficos y de otras culturas)».

(Manuel Godoy. *Memorias*. París, 1836).

I
APROXIMACIÓN AL PERSONAJE

Domingo Badía Leblich o Alí Bey el Abbassí el Hajj abu Othman, acababa de cumplir cuarenta y un años cuando, agotado, pero satisfecho, después de haber recorrido el norte de África y gran parte del Cercano Oriente, con su inquieta alma reconfortada, repleta de conocimientos y de sorprendentes vivencias e increíbles aventuras, recaló en la capital de España en el mes de julio del año 1808.

Había estado viajando como representante, confidente y espía al servicio de la corona española por encargo de don Manuel Godoy, valido del rey Carlos IV, y por su propio interés, para satisfacer su afán de conocer el mundo siguiendo la estela de los grandes exploradores ingleses; y, también, por divertimento, recorriendo el misterioso norte de África y el extenso, lejano y desconocido Próximo Oriente, desde Chipre, Egipto y Arabia, hasta Palestina, Siria y Constantinopla.

Pero cuando arribó a Bayona y, luego, a Madrid, se encontró con una España convulsa, un Madrid sometido a fuertes turbulencias y tensiones políticas, con una Corte presidida por un rey francés, José I, hermano del emperador Napoleón Bonaparte, a quien decidió servir lealmente como intendente en Segovia y, más tarde, como prefecto y gobernador en Córdoba, pues compartía, en gran parte, las ideas reformadoras y constitucionales aportadas por ese monarca extranjero.

Había llegado a Bayona en mayo de 1808, trasladándose a Madrid dos meses y medio más tarde, siendo recibido por el rey Bonaparte con gran respeto y amabilidad; no en vano gozaba, después de sus viajes por los países musulmanes y los numerosos informes remitidos a las autoridades españolas sobre la realidad política, económica y social de las regiones por las que pasó, de justa fama de hombre ilustrado, sabio y eficiente diplomático.

Pero el haber estado ostentando tan relevantes cargos en los

Gobiernos del rey José I, lo convirtió, a los ojos de los patriotas del Consejo de Regencia y de los partidarios de Fernando VII, en un «afrancesado», un enemigo del pueblo español y un intelectual contaminado por las ideas revolucionarias y anticatólicas promovidas por los Gobiernos franceses entre los años 1789 y 1799.

Después de la victoria del ejército anglo-español, mandado por el duque de Wellington, en Arapiles, el 22 de julio de 1812, el rey José I se vio obligado a abandonar Madrid, saliendo definitivamente de España el 13 de junio de 1813, acompañado de las tropas napoleónicas y de un numeroso grupo de ilustrados y colaboradores que portaban sobre sus espaldas el injusto baldón de traidores, amigos de los franceses, acusados de apoyar al régimen y a la Constitución impuesta a los españoles por los invasores en Bayona en julio de 1808.

Uno de esos exiliados era Domingo Badía Leblich, Alí Bey el Abbassí, aunque antes de exiliarse aseguran que había expresado, al repuesto rey Fernando VII, su deseo de servirle, propuesta que el resentido monarca borbón rechazó.

Refugiado en París a los cuarenta y seis años, estuvo residiendo en la casa que su hijo primogénito, Pedro Badía Berrazo, que dos años más tarde, desaparecido Napoleón, formaría parte como oficial del ejército del rey Luis XVIII, en el que, por sus valientes acciones de guerra, fue condecorado y admitido en la prestigiosa Orden de la Flor de Lis. En aquella casa, en la que contaba con una amplia y soleada habitación que daba a la plaza y al paseo de los Inválidos, reunió Alí Bey sus libros, y los manuscritos y las notas tomadas en África y Asia en las que relataba sus viajes y aventuras; las conversaciones mantenidas con los grandes personajes con los que se relacionó en las naciones por las que pasó; los mapas y dibujos elaborados por él, para el Príncipe de la Paz, de las regiones visitadas y las copias de los comprometedores informes que había remitido, en su condición de espía, en el transcurso de sus viajes, a la Corte española.

En aquel apacible rincón parisino, aparentemente alejado, por las circunstancias históricas, de la actividad política y la diplomacia, se dedicó a ordenar sus notas, consultar su voluminoso diario y escribir

el relato de sus viajes; de lo que había visto y de las conversaciones mantenidas con los más relevantes dirigentes de las sociedades en las que fue admitido como amigo o como científico, y en tantas ocasiones, como un sabio y virtuoso musulmán.

Un libro que vería la luz, con el apoyo económico del nuevo rey de Francia, Luis XVIII, en el mes de julio de año 1814, y en el que Domingo Badía vertería los imborrables recuerdo de sus emocionantes jornadas vividas en la corte del sultán de Marruecos; sus conversaciones en Essauira con los pachás y jeques tribales contrarios de los alauitas; su encuentro con las respetuosas autoridades de Trípoli; la Alejandría plagada de espías de Francia e Inglaterra que aspiraban a hacerse con el poder en el decadente Egipto otomano; en Jerusalén; en Constantinopla y, sobre todo, en la misteriosa e impenetrable ciudad santa de La Meca, cuyo acceso estaba prohibido a los que consideraban infieles y contrarios al Islam.

Pero su deseo insatisfecho de vivir la aventura, y la atracción que ejercían hacia su inquieto espíritu las ciudades de Oriente, le impulsaron a emprender, de nuevo, la empresa, nunca olvidada, de viajar y seguir conociendo el mundo. Alí Bey tuvo que esperar a que se consolidara el reinado del monarca borbón galo, para poder ofrecer al gobierno francés su aplazado proyecto de volver a viajar a la ciudad santa de La Meca como diplomático y, otra vez, como eficiente espía, aunque en esta ocasión a favor de Francia, contrapartida exigida por Luis XVIII, si quería recibir la necesaria financiación y su apoyo político y diplomático.

Alí Bey, en enero del año 1818, cuando ya había superado el medio siglo de vida, embarcó ilusionado en Marsella, en una fragata que partía con rumbo a Alejandría, para dirigirse por segunda vez a Oriente y retomar el ansiado itinerario que había seguido quince años antes.

Pero, en esa ocasión, la insobornable Parca lo estaba esperando, solapadamente, en pleno desierto de la actual Jordania.

En la mañana del día 13 de agosto, uno de sus criados, cuando entró en la tienda de campaña para despertarlo, lo halló sin vida,

muerto, dicen algunos de disentería, y otros, envenenado por sus antiguos enemigos o por pérfidos competidores.

Así acabó, como él sin duda hubiera deseado, en el transcurso de uno de sus apasionantes viajes, la azarosa existencia de uno de los más grandes exploradores y aventureros españoles y europeos del siglo XIX.

II

EL PROYECTADO VIAJE A ÁFRICA Y A ASIA

Nací en Barcelona, el 1 de abril del año 1767, hijo de don Pedro Badía Castillo, secretario del conde de Ofalia, gobernador de Cataluña, y de doña Catalina Leblich Mestres, cuya familia era originaria de Flandes.

Aunque poco recuerdo de mi estancia en esa ciudad, porque mis padres se trasladaron a Málaga antes de cumplir yo los siete años, en 1774; ciudad en la que mi progenitor ejerció de secretario del capitán general hasta enero de 1779, cuando fue nombrado por el estamento militar, «Contador y Comisario de Guerra en la Jurisdicción de Granada», con destino en la «Contaduría de Guerra y Tenencia del Tesoro» del partido militar de la ciudad de Vera, desde donde se aprovisionaba a las tropas españolas destinadas en Ceuta y Melilla.

Llegué a esa villa de la costa de Almería en la primavera de 1779.

En aquella comarca comencé a familiarizarme con el mundo musulmán a través de los contactos que, en mi adolescencia, mantuve con mercaderes de la otra orilla, con algunos renegados que acudían a ver a mi padre, y por las travesías que en su compañía hice a Melilla y a otros presidios españoles de la costa africana.

Estudié en la humilde escuela de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Encarnación, que estaba regentada por un sacerdote muy anciano, pero muy culto y respetuoso con sus alumnos, aunque severo de trato y exigente con el cumplimiento de los sagrados mandamientos de la Santa Madre Iglesia.

Pronto destaqué entre la docena de discípulos que tenía a su cargo el esforzado presbítero, porque —decía— que yo era inteligente, educado y perseverante en el estudio. Sin embargo, se quejaba ante mi progenitor porque no solía poner la suficiente atención en el

aprendizaje del cálculo, la aritmética y la geometría, disciplinas cuyo conocimiento me iba a ser muy útil, —aseguraba a mi padre,— cuando yo lo sustituyera en el futuro, como deseaba, en la «Contaduría de Guerra». En compensación por mi falta de atención en las cosas de los números, procuraba yo no perder ni un ápice de las lecciones que impartía el bueno del cura sobre geografía, historia o las antiguas tradiciones y costumbres de los moros que habían habitado en Andalucía y que aún se conservaban en las aldeas y pueblos del Bajo Almanzora.

—Reverendo padre, los pescadores, cuando hacen lances con sus redes para pescar atunes, llaman almadraba y jábega a esa clase de pesca, y arráez al pescador que dirige las barcas —le interrumpí una mañana que nos explicaba cuáles eran las artes de pesca que se usaban de antiguo en las playas de Vera—. No parecen términos sacados de la lengua de Castilla, aunque son muy sonoros y hermosos.

—No. No son, Domingo, palabras propias de la lengua latina, origen y basamento de la nuestra —respondió el anciano sacerdote—, sino heredadas de la lengua árabe, que hace siglos, hablaba la gente de Andalucía.

—Pues, algún día me gustaría aprender esa lengua tan sonora.

Con esa respuesta daba yo una temprana muestra de las inquietudes intelectuales que, sin ser aún consciente de ello, ya comenzaban a anidar en mi cerebro.

Don Pedro Badía, mi instruido padre, pronto comenzó a darme lecciones sobre temas que, según decía, serían los que iba a necesitar conocer cuando decidiera que podría seguirle sus pasos profesionales, hecho que aconteció cuando hube cumplido los dieciséis años y fui nombrado, por el corregidor general de la costa de Granada, a petición de mi padre, administrador de utensilios de la costa desde Vera hasta Motril.

A partir de ese año, empecé a frecuentar la Sociedad Patriótica de Vera y su jurisdicción, que se había fundado en Vera en el año 1776. Para mí fue un grato y reconfortante descubrimiento; pues, además de poseer esa institución una bien dotada biblioteca con libros de arte, geografía e historia —que hacían mis delicias y en cuya lectura

me enfrascaba durante horas—, así, como de temas agrícolas e invenciones industriales, me permitía codearme y entablar conversaciones con los ilustrados personajes que constituían el órgano de gobierno de tan prestigiosa Sociedad o acudían los fines de semana a celebrar reuniones o impartir conferencias.

Sin embargo, he de reconocer —sin que sirva de engolamiento o excesiva vanidad— que los vastos conocimientos que llegué a adquirir a lo largo de mi vida, no se los debo a ninguna institución académica en particular, ni a las lecciones de eruditos profesores, sino a mi desmedida afición por la lectura, a mi curiosidad innata y a los variados saberes que me inculcaron tantos hombres sabios con los que tuve la suerte de entablar conversación y cimentar una amistad durante mis numerosos y prolongados viajes por los países de África y de Asia.

Cuando cumplí diecinueve años, mi padre pasó a ejercer otro empleo en Granada y, como yo había desempeñado mi trabajo como «Administrador de Utensilios» a total satisfacción del señor corregidor, pasé a asumir la «Contaduría de Guerra» en Vera. Este empleo me obligaba a visitar y supervisar, acompañado de un cabo y un soldado, los puestos de vigilancia situados a lo largo de la costa, lo que me permitía platicar con los soldados y los aldeanos, y conocer de primera mano las sorprendentes leyendas moriscas que aún se conservaban en las aldeas más apartadas. Yo quedaba fascinado, no solo por los contenidos de dichas leyendas, sino, sobre todo, por la exuberancia y riqueza léxica de los relatos expuestos con apasionamiento y veracidad por gente que nunca había pisado una escuela.

El 12 de enero de 1786, me trasladé a Madrid y me matriculé en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, realizando, también, estudios en las Reales Escuelas de Química y Física, cuyas enseñanzas me iban a ser muy necesarias cuando asumiera la labor que desempañaba mi progenitor. En diciembre de ese mismo año, sustituí a mi padre en su empleo como contador de guerra en la costa de Granada, cuando este fue ascendido a factor y provisor de los presidios de África. Sin embargo, continué residiendo y estudiando en Madrid hasta el otoño de 1787.

Aún no había cumplido veintidós años cuando comencé a cortejar a una hermosa joven, hija de un acaudalado comerciante de Vera, propietario, también, de unos campos de labranza y mercader de la sal producida en la región, llamado don Pedro Berruezo Caparrós. La relación con María Luisa Berruezo Campoy cuajó para satisfacción de mis padres y de los de ella, contrayendo matrimonio con mi querida «Mariquita» en la iglesia de Nuestra Señora de la Encarnación, el día 26 de septiembre de 1791, recién cumplidos yo los veinticuatro años.

En la primavera del año 1793 fui nombrado por la superioridad «Administrador de la Real Renta del Tabaco» en Córdoba. Y a esa ciudad marché acompañado de mi esposa María Luisa y de los dos vástagos —un niño primero, al que pusimos el nombre de Pedro, y una hembra después, que se llamó María Asunción— que habían nacido de nuestra relación.

Aunque me tuve que alejar de Vera y de la familia de mi mujer, continué manteniendo una excelente relación con mis suegros. De don Pedro obtuve financiación para poder acometer algunos negocios en Córdoba. Pero, especialmente, fue muy fluida y frecuente la relación con mi cuñado, José Antonio Berruezo Campoy, con el que mantuve, desde mi exilio parisino, una frecuente correspondencia por medio de cartas.

Sin embargo, tras fracasar en Córdoba la empresa en la que había invertido todo el dinero recibido de mi suegro y de otros accionistas, que consistía en experimentos científicos relacionados con el peso de la atmósfera y los principios que gobiernan el funcionamiento del barómetro, cuyos resultados publiqué en el *Correo Literario de Murcia*, y en el proyecto de construcción de un globo aerostático que pensaba emplear para llevar a cabo observaciones atmosféricas y acometer la primera empresa de España de correo aéreo, decidí trasladarme, definitivamente, a la capital del reino en el año 1797. Aunque antes, en marzo de 1796, agobiado por los problemas económicos, solicité un traslado a otro puesto. Se me ofreció el de teniente de Resguardo de Rentas Unidas en Puerto Real, empleo en el que solo permanecí desempeñándolo dos meses.

Dos fueron los motivos de mi traslado a Madrid: por una parte,

buscar una solución a la penuria económica que sufría por aquellos días. Para paliar el problema decidí mandar a María Luisa y a mis hijos a Vera y que vivieran con mis suegros; por otra, poder vincularme, de alguna manera, con los círculos científicos y políticos de Madrid para hallar financiación y apoyo al gran proyecto de exploración geográfica que estaba pergeñando desde hacía años: emprender un viaje, con fines lúdicos y científicos, y de conocimiento, al interior del continente africano, sin soslayar la posibilidad de extender dicho viaje a las regiones de Oriente, todavía desconocidas para Occidente, siguiendo los pasos de los exploradores ingleses a los que tanto admiraba.

Desde que asistía en Vera a las reuniones de la Sociedad Patriótica de Amigos del País decidí aprender árabe, pues algo en mi interior me decía que dominar esa lengua sería una condición necesaria para poder acometer, en el futuro, el proyecto que tenía en mente. Como en Vera no disponía de un profesor capacitado para que me enseñara la lengua que utilizaban, obligatoriamente, los seguidores de Mahoma, tuve que esperar a establecerme en Córdoba y, luego en Madrid, para encontrar profesores nativos que pudieran enseñarme, no solo el árabe clásico, sino también el común, empleado, con sus variantes locales, en las diversas naciones musulmanas, y el *dariya*, el dialecto que se hablaba en Marruecos.

Como la economía familiar no pasaba por sus mejores momentos, me vi obligado a trabajar como bibliotecario de don Pablo de Sangro Gaetani d'Aragona y Merode, príncipe de Castelfranco y grande de España, circunstancia que no resultó baladí; porque, a más de ganar algunos reales que me ayudaran a mantener a mi familia en Vera, me permitió acceder y consultar los libros de viajes escritos por expedicionarios árabes y naturalistas ingleses que guardaba en las baldas de su biblioteca. Entre ellos leí y, casi memoricé, los artículos publicados en revistas de Historia Natural sobre la expedición al Níger del escocés Mungo Park; el viaje del naturalista británico, James Bruce, en la búsqueda de las fuentes del Nilo y su descubrimiento de Abisinia; la descripción de África del jerife Hadfy Abdallah, y una versión en árabe —que el príncipe había adquirido en El Cairo—, de los del tangerino Ibn Battuta. Esta obra fue una

auténtica revelación para mi espíritu, deseoso de conocer lo que había más allá del mar Mediterráneo.

Algunos días frecuentaba los círculos científicos y las tertulias que famosos naturalistas y geógrafos españoles celebraban en la Casa del Infantado, situada en el Paseo del Prado. En esas reuniones conocí e intimé con preclaros y prestigiosos personajes, como don Antonio José Cavanilles Palop, reconocido botánico y geógrafo, y don Antonio Polier y Sopranis, marqués de Bajamar, que era académico de las Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando, de la Lengua y de la Historia. He de reconocer que estas relaciones de amistad, me fueron muy útiles para ir dándome a conocer en los círculos ilustrados y políticos de la capital del reino.

Volviendo a mi proyecto de realizar un viaje de exploración por las tierras de África y, si fuera posible, llegar al Cercano Oriente y a Arabia, me asaltaba una duda y un justificado temor, avalado por los fracasos de expedicionarios ingleses y franceses a los que se les había impedido acceder a las ciudades santas del Islam, a La Meca, Medina y a Jerusalén. E, incluso, se les había puesto obstáculos para entrar en las principales ciudades del sultanato de Marruecos y sus mezquitas, sin poseer un salvoconducto especial expedido por el sultán.

De los relatos e informes realizados y publicados por los viajeros británicos, saqué en conclusión que, aunque entrar en Rabat, Fez o Marrakech no presentaría un problema insuperable, pues viajeros y comerciantes ingleses y franceses —e incluso españoles— ya lo habían logrado, acceder a las ciudades santas de La Meca y Medina estaba vedado para un cristiano, prohibición que, de ser transgredida, podía acarrear encarcelamiento, azotes y hasta la pena de muerte.

Una tarde, cuando me hallaba empeñado en pasar al papel las condiciones del proyecto que pensaba enviar al primer ministro del reino, don Manuel Godoy, con la intención de despertar su interés por aquel viaje y poder solicitarle la necesaria financiación y el apoyo político y diplomático, se acercó mi mujer, María Luisa —que con lo percibido como bibliotecario de don Pablo de Sangro Gaetani había

logrado traer a Madrid con mis hijos—, para interesarse por lo que estaba escribiendo.

—Esposa mía, mi proyectado viaje a África está en mi mente tan nítido como el amor que te profeso —le dije—, pero es necesario que lo ponga por escrito con la suficiente sutileza para despertar el interés de Godoy. Si a mí me mueve conocer el mundo que está al otro lado del mar, no me cabe duda de que al príncipe de la Paz le han de mover otros afanes y posibles negocios que sean beneficiosos para su Gobierno. Por ese motivo, querida mía, he de cuidar mucho cómo le he de exponer el contenido de este proyecto.

—Estoy segura, Domingo, que sabrás ganarte la voluntad de Godoy y atraer su interés para que apoye tu viaje. Habilidad y conocimientos no te faltan —manifestó la mujer al tiempo que se sentaba en una silla que había al otro lado de la mesa.

—Es cierto, María Luisa. Pero debo conseguir que abandone la prevención que, dicen que tiene el rey don Carlos, de enviar a gente cristiana a Marruecos y, sobre todo, a Oriente. La noticia que se comenta en la Corte de que han encerrado en Rabat a un monje catalán acusado de hacer proselitismo y la amenaza de ser ejecutado, parece que lo tiene preocupado.

María Luisa tomó uno de los libros que yo tenía sobre la mesa, el que escribió Gabriel de Aristizábal titulado, «Viaje a Constantinopla en el año 1784», cuando estuvo destinado en la capital otomana, y, abriéndolo por una de sus páginas, dijo:

—A este Gabriel no le perjudicó ser cristiano para entrar en la capital de los musulmanes turcos, Domingo.

—Aristizábal, mujer, era brigadier de la Real Armada e iba en misión diplomática portando regalos para el sultán y con el encargo de estrechar los lazos de amistad entre turcos y españoles. Él no necesitaba presentarse como musulmán.

No obstante, la breve conversación mantenida con mi esposa me hizo reflexionar. Si el Príncipe de la Paz ponía alguna objeción a mi proyectado viaje basada en mi condición de cristiano practicante, sabría como eludirla, aunque pudiera escandalizar a algunos de mis deudos y amigos. No tenía duda alguna de que la primera en escandalizarse sería mi querida y católica esposa.

Estuve redactando un exhaustivo informe sobre el proyectado viaje para presentárselo a don Manuel Godoy durante los meses de junio y julio del año 1799. El 2 de septiembre, le envié una carta al Palacio Real en la que le exponía, brevemente, el contenido de mi proyecto y le rogaba que me recibiera. El poderoso Príncipe de la Paz seguía residiendo en el Palacio Real, aunque ya no era primer ministro del reino; anormalidad que la gente justificaba por el enorme predicamento y la estima que le tenía el rey Carlos IV, del que continuaba siendo su valido; aunque las malas lenguas de la Corte y del pueblo madrileño aseguraban que eran otros los motivos por los cuales Godoy seguía durmiendo en una de las alas del palacio, no lejos del dormitorio de la reina María Luisa de Parma.

Transcurrida una semana, recibí una misiva suya en la que me citaba en su despacho el día 13 del citado mes, que era viernes.

Media hora antes de la fijada para la cita, me dirigí al Palacio Real y accedí al mismo por la puerta principal, situada en la crujía que daba a la plaza de la Armería, que se hallaba custodiada por un destacamento de las Guardias Reales con sus vistosos uniformes de color azul y grana, botonadura dorada y sombrero guarnecido con galón mosquetero de plata. Cuando presenté la carta con la cita del valido del rey, me facilitaron la entrada y uno de ellos me acompañó hasta la segunda planta del edificio, donde se encontraba el despacho de don Manuel Godoy. Esperé un breve rato en la antesala, hasta que un alabardero me indicó que podía acceder a la estancia en la que me iba a atender el Príncipe de la Paz.

Aquel que era el personaje más relevante de la Corte y del Gobierno —aunque hubiera sido cesado por el rey en su cargo de primer ministro hacía un año—, me recibió con una expresión severa y distante, lo que compaginaba con la creencia general que tenía el pueblo que aseguraba era una persona seca en el trato con desconocidos, pero amable cuando intimaba y se rompía el hielo. Esa característica de su personalidad era cierta, como pude comprobar cuando, con el paso de los meses, me recibió en otras ocasiones y se avino a ofrecerme su amistad y su confianza.

Vestía una casaca azul con solapa roja cubierta de entorchados dorados. El cabello, castaño y abundante, lo tenía recogido sobre la

nuca en una coleta con un lazo de color blanco. Estaba aposentado en un lujoso sillón con reposabrazos de terciopelo rojo, detrás de una mesa amplia que me pareció de estilo Luis XV. En los dos muros laterales del despacho colgaban sendos lienzos de gran tamaño, sin duda de pintores españoles o italianos, que serían parte de la enorme colección pictórica que poseía.

—Excelencia, mi nombre es Domingo Badía. Y acudo a su presencia porque ha tenido la amabilidad de citarme en el día de hoy y a esta hora —manifesté al tiempo que inclinaba la cabeza como muestra de respeto.

—Así es, señor Badía. Recibí su proyecto referente a una expedición al norte de África con una posible ampliación hasta los países de Oriente —dijo el valido, que sostenía el proyecto que yo le había enviado en su mano derecha—. Es sin duda un plan digno de tener en consideración. Pero, como desconozco el interés que puede tener para España un viaje a ese aún desconocido sultanato de Marruecos, y colijo que esperáis que yo os lo financie, le ruego que me exponga, con mayor pormenor y detalle, las ventajas que para el Reino tendrá esa expedición que, según veo, pensáis hacer en soledad, sin la compañía de personal diplomático ni militar.

—Como habrá apreciado al leer mi plan, no sería conveniente despertar el recelo del *majzén* ni del sultán Mulay Sulaymán, accediendo a Rabat o a Marrakech al frente de un destacamento militar o de encopetados diplomáticos, hecho que los alauitas podrían interpretar como el preludio de una ocupación. No podemos ignorar, excelencia, que el sultán está mudando la tradicional relación de amistad con España y Francia, para inclinarse hacia los Estados Unidos de América.

—En eso tiene usted razón, señor Badía. ¿Y cuál sería su estrategia cuando contacte con algún miembro del *majzén* o con Mulay Sulaymán, si accede a recibir a un infiel que viaja sin salvoconducto de ningún gobierno?

—Sidi Mulay Sulaymán, excelencia, no recibirá a un infiel, sino a un príncipe descendiente de los abbassíes que dominaron el imperio musulmán desde Siria.

—Me dejáis sin habla, señor Badía… ¿Cómo será eso posible?

—Mi nombre no será Domingo Badía a partir de que emprenda el viaje, sino Alí Bey el Abbassí. Un príncipe perteneciente al antiguo y prestigioso clan de los abbassíes sirios, que aún son enormemente respetados por el imaginario musulmán, empeñado en una expedición a las tierra del Islam cuyo objetivo no será otro que conocer las ciudades y las costumbres de los moradores de la otra orilla y, de paso, procurar recomponer las viejas relaciones de amistad y comerciales entre Marruecos y España.

—Loable objetivo amigo Badía. Pero, si os parece, procederé a enviar vuestro proyecto a la Real Academia de la Historia, para que sus miembros lo informen y me aseguren que lo que exponéis en él, es posible y realizable. Esperáis que invierta mucho dinero en vuestro plan. Necesito contar con el respaldo de los más preclaros historiadores del reino.

Los miembros de la Real Academia de la Historia, donde yo sabía que tenía algunos enemigos, demoraron la realización del preceptivo informe que les había solicitado don Manuel Godoy. Al cabo de cinco meses, a mediados de febrero del año 1800, por fin remitieron los ilustres académicos sus conclusiones al valido del rey. Como yo vaticinaba, fueron contrarias a la realización de mi proyecto de viaje a Marruecos y, sobre todo, a mi intención de poder alargarlo hasta Oriente, alegando que era un plan costosísimo que no aportaba ningún beneficio a España y que quedaba a la voluntad y al albur de un aventurero.

Cuando Godoy me remitió el informe de los académicos, no sufrí ninguna decepción. ¿Qué podría esperarse de unos fatuos historiadores encerrados en su anquilosado y vetusto mundo de la Academia que desconocían cuanto acontecía en África, y cómo otras naciones, aprovechando la dejadez y la apatía gubernamental, estaban sustituyendo los intereses y la influencia de España en la región?

Entonces decidí elaborar un nuevo proyecto para remitírselo al valido del rey.

En esta ocasión procuraría que la defensa de los intereses de España fuera más explícita, anteponiéndolos a los que, en verdad, me empujaban a emprender aquella expedición, que no eran otros

que el saber científico y el conocimiento geográfico de aquellas apartadas regiones. Es decir, introducirme en una sociedad que me había atraído desde mi juventud, y a cuyo conocimiento había dedicado muchas horas de estudio y a la lectura de las obras de los más famosos historiadores y expedicionarios extranjeros, así como a los relatos de viajeros musulmanes del pasado y al conocimiento de su lengua y del contenido de su Libro Sagrado.

Para poder acometer esa expedición había aprendido, a la perfección, tanto el árabe clásico, como el dialecto que usaban los marroquíes. Había quitado horas al sueño para aprender y memorizar las suras de su Corán, y leído libros escritos sobre las costumbres y las creencias de los musulmanes. Debía utilizar con habilidad la inteligencia con que el Creador me había dotado para vencer las reticencias del Príncipe de la Paz y, sobre todo, de los presuntuosos académicos en los que él tanto confiaba. Si eran los intereses de España los que debían prevalecer en mi proyecto, los intereses económicos, diplomáticos y militares de España ocuparían el cien por ciento de sus páginas.

El día dos de marzo del año 1800, envié una carta a don Manuel Godoy solicitándole que, si fuera posible, me recibiera, pues deseaba hacerle entrega de un nuevo proyecto del viaje al norte de África. Que en esta ocasión esperaba que respondiera a los intereses del Reino y a las exigencias expuestas por los señores académicos de la Historia. La respuesta del valido no se hizo esperar. El 10 de dicho mes, un alabardero me hacía entrega de la misiva, señalando el día y la hora en que me esperaba en su despacho del Palacio Real.

En esta segunda entrevista encontré al Príncipe de la Paz más cercano y amable. Cuando estuve acomodado en la silla que había delante de la historiada mesa, después de esperar que me diera su venia, fue el valido de Carlos IV el que inició la conversación:

—Señor Domingo Badía o Alí Bey, el príncipe abbassí, según me dijo en la anterior visita a este palacio —manifestó el ministro de hecho del reino de España, esbozando una sonrisa que no supe interpretar si con ella expresaba su admiración por mi tenacidad o encerraba una cierta retranca y desaprobación—. En vuestro escrito decís que habéis redactado un nuevo plan del viaje que me habíais

propuesto que financiara. Y que, en esta ocasión, estaría de acuerdo con mis intereses y con los deseos expresados en su informe por los académicos de la Historia.

—He meditado mucho en relación con el asunto que de nuevo me ha traído a su presencia, excelentísimo señor —expuse al tiempo que sacaba de una carpeta que portaba los folios que contenían las cláusulas del nuevo proyecto y los ponía sobre la mesa— y he llegado a la conclusión de que los académicos de la Historia tenían razón —dije, poniendo mucho énfasis en mis palabras—. No puedo ignorar, señor, que una expedición al sultanato de Marruecos, deberá procurar, sin obviar los deseos de adquirir conocimiento y aprender de otras culturas y creencias, velar por los negocios de nuestro país y defender los supremos intereses internacionales de España.

—He observado con satisfacción que así lo habéis expresado en la carta que me habéis remitido, previa a la recepción del nuevo proyecto. Pero, aunque sé que todo ello estará escrito con mucho pormenor en los folios que acabáis de entregarme, os rogaría que me hicierais un resumen del contenido de ese nuevo plan que deseáis que yo os financie.

—Estoy convencido, señor, de que la expedición que me propongo hacer al continente africano, ha de tener una clara dimensión política y económica, además de propiciar el conocimiento de esas tierras, de su gente, de sus tradiciones y de su forma de gobierno. Por tanto, excelencia, los objetivos principales de ese viaje han de ser, en primer lugar, alejar al sultán de la órbita de los Estados Unidos y de su tradicional querencia hacia Francia, y que se incline hacia los intereses de España incentivando el comercio y las relaciones diplomáticas. En segundo lugar, tomar conocimiento de los contingentes militares con que cuenta el sultanato y, en caso de que Mulay Sulaymán sea reticente a retornar a la avenencia y la amistad con España, promover la desobediencia y una posible insurrección de las tribus desafectas a los alauitas, que son numerosas y muy poderosas en el sur del sultanato y, llegado el caso y si fuera necesario, ocupar militarmente una parte de Marruecos o, al menos, favorecer y posibilitar un cambio de dinastía en el trono de los alauitas.

El Príncipe de la Paz tomó de la mesa mi nuevo proyecto y comenzó a ojearlo. Mientras que lo hacía, permaneció en silencio durante varios minutos. Yo, al observar la expresión del rostro del valido real, concentrado en la lectura de algunas partes del documento, colegí que le estaba satisfaciendo lo que leía.

El astuto Godoy debía ser consciente de la disminución del poder español en las Indias y en los mares, a causa de las agresivas intervenciones y ataques de los ingleses, y que mi proyecto encajaba en los suyos, que no debían ser otros que extender las fronteras del Imperio por el norte de África, como en tiempos de los Austrias, dónde la hegemonía comercial y la influencia política de Francia e Inglaterra, estaban arrinconando a España.

El sultán Sidi Mulay Sulaymán había embargado el comercio con España, que tan floreciente había sido durante el reinado de su padre. A nuestra nación le hacía mucha falta el trigo que llevaba años importando desde Marruecos. Además, Sulaymán no había cesado en sus intentos por apoderarse de las ciudades españolas de Ceuta y Melilla. También sabía Godoy, por medio de sus espías, que algunas *zawiyas* y algunas tribus, se oponían a la política del sultán, sobre todo las tribus más belicosas asentadas en el sur del país. No era lerdo el valido del rey don Carlos y pensaría, sin duda, que yo, con habilidad y astucia, podría reunirme con sus jeques y los pachás, y ofrecerles el respaldo militar de España para destronar a Sulaymán.

No pude evitar sentir una alegría no manifestada exteriormente, pues no dudaba que, en esta ocasión, estaba logrando vencer el escepticismo y las dudas que mi propuesta anterior le habían causado. Seguro estaba que volvería a solicitar el informe de los académicos. Pero confiaba en que los ambiciosos objetivos políticos y militares que había incluido en la nueva propuesta, posibilitarían que la Real Academia, formada por eminentes y declarados patriotas —aunque ignorantes de lo que acontecía más allá de nuestras fronteras—, le informarían de una manera más benévola. A decir verdad, no sabía cómo un humilde viajero, por muy bien que conociera la lengua árabe y el contenido de su Libro Sagrado, vistiendo el disfraz de un inexistente príncipe abbassí, iba a poder

influir y hacer cambiar el pensamiento y las decisiones de todo un sultán y de su Gobierno y, sobre todo, indagar y averiguar cómo de numerosas y fuertes eran las tropas con que contaban los posibles insurrectos y qué tribus eran las desafectas a los alauitas dispuestas al alzamiento.

El informe de la Real Academia de la Historia volvió a demorarse como la vez anterior. Hasta mediados de enero del año 1801, no me citó don Manuel Godoy en su despacho del Palacio Real para darme a conocer el contenido de dicho informe. En la mañana del día 25 del citado mes, me hallaba a otra vez sentado delante de la bien torneada mesa del Príncipe de la Paz, aunque en esta ocasión me recibió con una amplia sonrisa adornándole el rostro.

—Tengo, señor Badía, muy buenas noticias que darle —comenzó diciendo—. Los académicos han informado favorablemente su proyecto y Su Majestad el rey, lo ha considerado de interés para España, avalando el viaje que proponéis y aprobando las cantidades necesarias para su financiación.

—Os agradezco, excelencia, vuestros desvelos y el apoyo, que no tengo duda, habéis dado a mi propuesta de una expedición a Marruecos para que pueda hacerse realidad —manifesté algo azorado, porque sabía que, aunque tardíamente, su apoyo debía haber sido decisivo.

—No obstante, amigo Badía o Ali Bey el Abbassí, los académicos han puesto una condición para que podáis emprender el viaje al norte de África —continuó diciendo el valido del rey don Carlos.

—¿Qué condición, excelencia?

—No realizaréis el viaje en soledad. Os acompañará una persona muy versada en los asuntos marroquíes. Su nombre es Simón de Rojas Clemente. Un joven, pero experto matemático, filósofo y conocedor de la gramática y la poesía árabe, además de ser uno de los mejores botánicos de España a pesar de su juventud.

—Lo conozco, excelencia. Hemos compartido las clases de árabe en la cátedra que ostentaba el profesor don Miguel García —repuse.

—¿Crees que será un buen compañero de viaje, que podrá ayudarte en tu misión casi secreta? —demandó don Manuel Godoy, tuteándome por primera vez.

—No me cabe duda, señor, que será un buen y eficiente colaborador. Aunque su excelencia deberá informarle, reservadamente, de cuáles son los cometidos que ambos deberemos perseguir cuando nos hallemos en África.

Una semana más tarde, me reuní con Simón de Rojas en mi casa, para tratar con él los detalles de la expedición en la que me iba a acompañar. He de decir que, aunque don Manuel Godoy lo había puesto al tanto de la importante misión diplomática y política que se escondía bajo el manto del conocimiento científico y de la exploración geográfica, mi joven compañero de aventura parecía querer ignorar el cometido oficial y principal del viaje que nos iba a conducir a África. En sus conversaciones solo mostraba interés —como el relevante botánico que era—, por el descubrimiento y la identificación de las nuevas plantas que podría hallar en el transcurso del viaje.

No es que yo menospreciara sus afanes de investigador, puesto que en el fondo los compartía al ser la exploración geográfica, y el conocer la historia, la arquitectura y las costumbres de los pueblos con los que me topara, los verdaderos motivos que me habían impulsado a emprender aquella expedición. Pero temía que aquel joven e impulsivo científico, obnubilado por sus deseos de aportar nuevas especies vegetales a la historia de la botánica, tuviera algún desliz o cometiera alguna indiscreción cuando estuviéramos reunidos o conferenciando con los miembros del *majzén* o con el propio sultán, que desvelara la misión secreta que nos había encargado el Príncipe de la Paz.

Pero como esa posibilidad era algo que, en aquellos meses previos a iniciar el viaje, no me preocupaba en exceso, me dediqué a ultimar los preparativos para la expedición. Lo primero que hice fue entrevistarme con el jefe del departamento del Gobierno que expedía los salvoconductos y los documentos que necesitaban los comerciantes españoles que pensaban viajar al extranjero para comprar o vender sus mercancías o por otros motivos. Ese departamento se hallaba situado en una de las alas del palacio de Buenavista, que, aunque pertenecía a los duques de Alba, el Estado

ocupaba una parte del mismo para dedicarla a la administración del reino.

Portaba una carta firmada por don Manuel Godoy, para que los funcionarios de tan relevante departamento me facilitaran el atípico documento que les iba a solicitar: un testimonio, validado por el Gobierno español y por el presidente de la Academia de la Historia, que certificaba ser yo el príncipe sirio Alí Bey, descendiente de la antigua dinastía abbassí, que residía en España desde que mis padres abandonaran Oriente, perseguidos por los turcos otomanos, hacía veinte años.

Transcurridos cinco días, dejaba atrás el palacio de Buenavista portando en mi cartera el citado documento, una evidente falsificación, pero que esperaba que las escasamente escrupulosas autoridades musulmanas, cuando se trataba de algún descendiente de sus glorias del pasado, portador de un certificado oficial que lo avalaba, dieran por buena.

Sin embargo, los enemigos que tenía en la Corte no cesaron en sus intentos de desacreditarme y enfrentarme con don Manuel Godoy para que este me retirara su confianza y su apoyo. En ese turbio asunto intervinieron los oficiales de las Secretarías de Estado y Hacienda, que ponían toda clase de obstáculos y reparos a la hora de hacerme entrega de los fondos aprobados por el Príncipe de la Paz y Su Majestad el rey. Tuve que esperar hasta la primavera del año 1802, para poder disponer del dinero y del pasaporte oficial que me permitirían emprender el ansiado viaje a África.

El día 14 de mayo del año 1802, al amanecer, acompañado de Simón de Rojas, subimos a una diligencia de la Compañía General de Diligencias del Reino, que nos llevó a París en diez jornadas. Desde esa ciudad nos desplazamos a la costa, al puerto de El Havre, donde, no sin dificultad, porque los capitanes de embarcaciones francesas eran reacios a navegar hasta puertos ingleses, logramos embarcar en un navío sueco que nos condujo hasta el río Támesis y al puerto de Londres.

Antes de emprender el viaje a tierras africanas había decidió visitar la capital británica para consultar las obras y los informes redactados por algunos viajeros ingleses y escoceses que habían explorado

países de África y que se conservaban en la Biblioteca Británica; entre ellos, los trabajos de James Bruce, William George Browne y Henry Smeathman. Fui a ver, también, a sir Joseph Banks, presidente de la Royal Society, y al astrónomo, Nevil Maskelyne. Este me recomendó un taller en el que mandé construir varios instrumentos científicos que iba a necesitar durante el viaje y que dispuse que me enviaran a la dirección de un amigo parisino cuando estuvieran acabados, debido a las inestables y complicadas relaciones marítimas existentes por aquellos años entre Inglaterra y España.

Permanecimos en Londres dos meses, regresando a Madrid a mediados de agosto, no sin antes habernos detenido en París, varios días, para poder entrevistarme con el prestigioso astrónomo francés, Joseph de Lalande, y con el naturalista, Jean Baptiste Lamarck, para solicitar sus consejos en los asuntos en los que eran expertos, relacionados con el viaje que íbamos a emprender.

—Simón, he de tratar un asunto privado aquí en Londres. Debes esperarme en la posada donde nos hospedamos durante varios días, hasta que acabe de rematarlo. Puedes visitar, entretanto, el Real Jardín Botánico, por el que sé que sientes una especial debilidad, como buen conocedor y amante que eres de las plantas —dije a mi compañero, cuando faltaba una semana para embarcar en el puerto de la capital inglesa, mientras cenábamos en una casa de comidas que estaba situada en el famoso mercado de Borough.

El joven botánico español permaneció unos segundo en silencio, confuso y expectante. Porque, hasta ese día, no le había dado la noticia de que necesitaba realizar cierta gestión muy personal en Londres antes de abandonar Inglaterra, al margen de haber consultado las obras de los exploradores ingleses depositadas en la Biblioteca Británica que le había asegurado serían fundamentales para poder preparar nuestra aventura africana.

—¿Deseo saber, Domingo, de qué se trata esa visita tan reservada que debes hacer en esta ciudad y sin mi compañía? —demandó el ilustre botánico, molesto porque creía gozar de la confianza de quien iba a ser su compañero de andanza.

Yo recapacite durante unos minutos, pues era consciente de la

conmoción que en el joven científico, de profundas convicciones católicas, iba a provocar la noticia de lo que pensaba llevar a cabo en Londres antes de regresar a España. Superado el breve período de incertidumbre, decidí hacerle partícipe de lo que estaba dispuesto a acometer en el barrio londinense de Whitechapel, donde tenía su clínica un modesto cirujano llamado Charles Brown.

No me cabía duda de que, cuando supiera lo que esperaba obtener del citado cirujano, su espíritu de buen cristiano se escandalizaría. No obstante, entendí que debía sincerarme con él y hablarle de la intervención quirúrgica a la que me iba a someter, pues sería mi compañero y mi confidente en el transcurso de aquel viaje y necesitaba que no hubiera secretos ni recelos entre ambos.

—Simón, no creas que para emprender esta expedición es suficiente hablar con corrección el árabe clásico y el *dariya*, conocer las suras del Corán y los preceptos recogidos en la *sharia*, vestir una túnica árabe sobre los pantalones turcos, cubrirse la cabeza con un turbante y tomar el nombre de Alí Bey el Abbassí, un supuesto príncipe sirio. Para convertirse en un auténtico musulmán, o al menos, parecerlo a los ojos de los verdaderos seguidores de la religión predicada por Mahoma, es necesario someterse a la amputación física que todo musulmán ha de sufrir en su infancia. En el barrio de Whitechapel, donde reside una numerosa comunidad musulmana, el cirujano Charles Brown se dedica a realizar la circuncisión a los recién nacidos en el seno de las familias que profesan la religión predicada por su Profeta. A la clínica de ese cirujano voy a dirigirme para que me cercene la piel sobrante de mi bálano y cauterice, después, la herida. Por eso debes esperar varios días en la posada, amigo mío, hasta que me haya recuperado de la intervención en la clínica del doctor Brown —le dije con voz mesurada, pero firme, mientras tomaba una de sus manos, que tenía depositadas sobre la mesa, junto al plato de sopa que acabábamos de ingerir.

Como había vaticinado, al bueno de Simón de Rojas, cuando escuchó mi sorprendente confesión, se le vino el mundo encima.

—¿Qué locura es esa que acabo de oír, Domingo? ¡Hacerte la

circuncisión! ¡Un buen cristiano no debe someterse a esa clase de operación! —manifestó, con voz temblorosa y el rostro desencajado.

—Nadie deja de ser un buen cristiano por desprenderse de un trozo de piel, Simón, si continúa creyendo, firmemente, en la divinidad y la resurrección de Cristo y sigue cumpliendo con devoción los mandamientos de la Santa Madre Iglesia y asistiendo, cada domingo, a la celebración de la Santa Misa. ¿Qué importancia tiene para un cristiano el hecho baladí de desprenderse de la piel que cubre su miembro viril como hacen los musulmanes, así como también los judíos? Conozco en Córdoba a un joven que se ha tenido que circuncidar por sufrir una grave infección en el citado órgano. ¿Acaso Nuestro Señor Jesucristo no estuvo circuncidado?

—¡La circuncisión voluntaria identifica y marca para siempre, a los que profesan la religión de Moisés o de Mahoma! ¡Un buen cristiano ha de abominar de una práctica tan pagana, Domingo! —adujo Simón de Rojas, agarrándome con fuerza uno de mis brazos, como si quisiera de ese modo alejar de mi mente una decisión que yo había tomado el mismo día que cambié mi nombre de cristiano por el de Alí Bey el Abbassí y adquirí el jaique, la almalafa y el turbante para portarlos en el transcurso de la expedición.

—Como escribe en su libro de la guerra de las Galias, el famoso Julio César: *Alea iacta est*: la suerte está echada, Simón. Volveré a España con la apariencia de un respetado príncipe abbassí y el bálano cercenado, condición necesaria para poder, algún día, acceder como devoto peregrino musulmán a la ciudad santa de La Meca.

El 16 de agosto, me hallaba descansando en mi casa, acompañado de mi mujer y de mis dos hijos.

Aunque a ellos decidí mantener en el secreto que su padre retornaba de Londres como un musulmán circunciso, a mi esposa María Luisa —como el lector de este relato podrá comprender—, por imperativo de las obligaciones maritales, no pude ocultarle la operación quirúrgica a la que había sido sometido en el dispensario del cirujano londinense.

III
ESTANCIA EN TÁNGER. LA CIUDAD Y SUS MORADORES

Casi un año transcurrió desde mi retorno de Inglaterra, como un cristiano circunciso, y el día que pude embarcar en la playa de Tarifa, en una goleta que me llevaría hasta el puerto de Tánger. Esos meses los dediqué a entablar conversaciones y organizar encuentros con algunos miembros de la Administración de Exteriores, por encargo de don Manuel Godoy, a hacer recopilación de las personas que, en los consulados de España, iban a ser mis contactos secretos en las ciudades por las que pensaba pasar o establecerme temporalmente, y en preparar el equipaje y los aparatos científicos que esperaba utilizar en el transcurso de la expedición.

Una hora antes del amanecer del día 29 de junio del año 1803 embarqué en una goleta que se hallaba surta en la rada, delante del imponente castillo de Tarifa. Las aguas del Estrecho que separa España de Marruecos estaban calmas y el viento —que según manifestó el capitán de la nave soplaba un día sí y el otro también con enorme fuerza en aquella costa— se había transformado en una agradable brisa que empujaba, silenciosa y suavemente, la embarcación en dirección a la costa africana y al abrigado puerto de Tánger.

He de referir que emprendí aquel viaje sin la compañía del botánico Simón de Rojas.

Tres días antes de mi partida recibí una carta de don Manuel Godoy en la que me comunicaba que, de acuerdo con otros miembros del Gobierno, había decidido que quien iba a ser mi compañero y confidente permaneciera en España, pues le había encargado que hiciera un completo estudio de la vegetación y la flora de la región de las Alpujarras, y que, como colofón, elaborara un censo de todas las especies vegetales existentes en aquella extensa comarca granadina y almeriense. Labor similar a la que el famoso botánico,

Antonio José de Cavanilles, había realizado en la región de Valencia hacía casi una década.

Aunque, transcurridos varios años, supe la verdad del precipitado cambio de rumbo que había tomado la vida del joven científico. Al parecer, Godoy recelaba de la lealtad y, sobre todo, de la discreción del botánico y pensaba que su insobornable espíritu científico llegaría, más temprano que tarde, a traicionarlo y pudiera desvelar, en el transcurso de las conversaciones mantenidas con las autoridades de Marruecos, cuál era la verdadera misión «diplomática» que teníamos encomendada. Lo cierto es que, además de mandarlo a las Alpujarras, recompensó su silencio con una generosa asignación de mil quinientos reales mensuales durante cuatro años.

Pero fuera por ese u otro motivo, aquella luminosa mañana del mes de junio, vestido con una especie de lujoso caftán de lino, y un manto de lana u hopalanda marrón con bordaduras de plata para los días fríos —que portaba en mi equipaje—, un turbante gris y llevando en el zurrón el certificado de salud, el pasaporte español y el falso documento que convertía a Domingo Badía Leblich en un príncipe perteneciente a la prestigiosa dinastía abbassí, desembarqué en el puerto de Tánger solo; aunque con la autorización del Príncipe de la Paz de contratar los servicios en esa ciudad de unos criados y de un guía para que me condujera por los desconocidos caminos que debía transitar y se encargaran de mi equipaje, que iría a lomos de un par de acémilas.

Debía hacer ostentación de poseer una economía saneada y dedicar generosamente parte de mi dinero, en socorrer a los necesitados y a los hombres de religión, como mandaba el Libro Sagrado. No era baladí pensar que el sultán o su familia, o los miembros del *majzén* no creerían que aquel viajero, que venía como representante del Gobierno de España, era un respetable descendiente de unos príncipes orientales, si, además de su conocimiento del árabe y del dialecto *dariya,* y de vestir según la tradición musulmana, no hacía ostentación de riqueza, de opulencia y de desprendimiento hacia los pobres.

En el momento de llegar a tierra y bajar de la lancha en la que nos

había hecho subir el capitán de la goleta a los viajeros, observé que en la playa nos esperaba un hombre de unos cincuenta años, con espesa barba, vistiendo una chilaba blanca y la cabeza cubierta por el capuz de dicha vestimenta. Luego supe que era el capitán del puerto. Ignoró a los cuatro pasajeros que habían desembarcado conmigo, uno de ellos un joven llevando en brazos un cabritillo y otro un anciano portando una ajada maleta. Se dirigió a mí, porque, por mi aspecto y mi elegante atuendo, debió pensar que era un rico musulmán extranjero digno de ser interrogado.

Lo primero que hizo fue pedirme el certificado de salud, que yo le presente sacándolo del zurrón; pues, cuando bajé de la diligencia que me había trasladado desde Madrid a Cádiz, me dirigí raudo al hospital que hay en esa ciudad para solicitarlo, consciente de que sin ese documento no me dejarían desembarcar en Tánger. El motivo de esa exigencia era que hacía unos tres meses había hecho su aparición en Andalucía un pernicioso y letal brote de fiebre amarilla y las autoridades sanitarias de Tánger, querían impedir que la enfermedad se trasladara al otro lado del Estrecho y contagiara a su población como había sucedido en el pasado.

Luego me hizo una serie de preguntas, como de dónde procedía, cuál era mi nación y si era musulmán.

—Vengo de Cádiz, pero soy de Alepo, en la lejana Sham —contesté con voz grave y mucha seguridad.

—¿Y dónde está esa nación que llamas Sham? —me interrumpió.

—También se llama Siria, señor. Pero no es una nación. Ahora es una provincia que está bajo el dominio del jalifa de Turquía.

—¿Eres musulmán… ?

—Sí.

—¿Portáis pasaporte?

—Aquí lo tenéis.

Y al mismo tiempo que le entregaba el pasaporte expedido en Madrid, puse en sus manos el documento que certificaba ser yo descendiente de un príncipe sirio perteneciente a la prestigiosa dinastía abbassí.

El capitán del puerto ojeó ambos documentos.

—Parece que todo está en regla, sidi Alí Bey. Pero tendrá que

permanecer en el puerto hasta que lleve su pasaporte al gobernador. Será él el que le autorice a permanecer en Tánger y, si lo cree oportuno, poder moverse por el sultanato.

Debí esperar un par de horas hasta que apareció el vicecónsul de España, de nombre Luis Estébanez, acompañado de un turco que decía llamarse Sidi Mohamed, y que —dijo el vicecónsul— era el jefe de las cañoneras de la ciudad, enviado por el gobernador para que volviera a interrogarme.

Entretanto, había entablado conversación con un grupo de marroquíes que se acercaron a mí, y a las dos valijas y una maleta grande que contenían mis pertenencias, y que unos marineros de la goleta habían dejado en la playa. Algunos de ellos se ofrecieron a servirme como criados o como guía. Como necesitaba quién me buscara unas acémilas y un caballo, y se hiciera cargo del equipaje, elegí a un jovenzuelo que parecía muy bien dispuesto y a un hombre de unos cuarenta años, que esperaba fuera buen conocedor del territorio y de los caminos que conducían a Rabat, Mequínez y Fez.

El vicecónsul de España me devolvió el pasaporte y el certificado de mi pertenencia a la zaga de los abbassíes, mientras que el turco se aposentaba en una silla plegable que un criado que lo acompañaba portaba. Luego, procedió a hacerme las mismas preguntas que me había hecho el capitán del puerto con tono adusto, obteniendo las mismas respuestas que le di al diligente funcionario que controlaba la llegada a Tánger de viajeros y mercancías.

—Sidi, es la hora de la segunda oración del día. ¿Me podría indicar donde hay una mezquita cercana para que pueda cumplir el mandato de nuestro Profeta? Aunque si no hay un oratorio cerca, procederé a sacar la estera de lana que llevo en mi maleta y haré la oración al aire libre como manda el Libro Sagrado —dije para ganarme la confianza del turco y que dejara de importunarme.

El tal Sidi Mohamed ordenó a su criado que me acompañara hasta una pequeña mezquita que había próxima al puerto en la que pude rezar la oración estipulada para esa hora del día.

Cuando acabé la plegaria y salí al exterior del oratorio, me estaba esperando el turco.

—Sidi Alí Bey: el caíd desea conocerle y platicar con quien se

presenta como heredero de una respetable zaga oriental. Quiere que le conduzca hasta su humilde mansión —dijo el turco, con palabras amables y respetuosas, lo que contrastaba con la sequedad y acritud con que me había tratado cuando me interrogó acompañado del vicecónsul.

—Estoy muy honrado, Sidi Mohamed, de que tan egregio personaje me reciba, como decís, en su mansión —repuse al tiempo que ordenaba a los dos criados, cuyos nombres eran Ahmed, el de más edad, y Karim, el joven, que se ocuparan de alquilar un par de acémilas y un buen caballo para mí, y se hicieran cargo de la impedimenta.

Yo estaba muy satisfecho al comprobar que, recién llegado a la costa de Marruecos, ya estaba recibiendo los benéficos efectos del certificado con mi supuesta nobleza, pues no dudaba de que el haber presentado el turco al caíd ese documento era la razón que había propiciado aquella rápida e inesperada invitación.

Recorrimos varias callejuelas estrechas hasta acceder a una plazuela en uno de cuyos frentes se alzaba un caserón deslucido —que Sidi Mohamed había denominado mansión— colgado sobre el acantilado que daba al mar. En la puerta, unos soldados hacían guardia con sus espingardas colgadas al hombro. Al vernos llegar, inclinaron sus cabezas al reconocer al turco y contemplar al encopetado personaje que lo acompañaba. Después de superar un ancho pasillo que hacía de zaguán, dimos con un patio grande rodeado de galerías sostenidas con arcos moriscos, en cuyo centro había un estanque alimentado por una fuente. Aquel improvisado guía me condujo hasta una sala bien iluminada por un amplio ventanal que daba al mar, en cuyo centro varios personajes, vestidos con chilabas blancas, aposentados en sendos almohadones, rodeaban al que debía ser el gobernador o caíd de aquella ciudad y su provincia.

En el trayecto hasta la mansión del caíd, el turco me había estado informando sobre el nombre, la personalidad y la adscripción tribal de aquel destacado funcionario del sultanato. Se llamaba Sidi Abderrahmán al-Mfarrash y había sido jerife de las belicosas tribus de la Yebala, antes de ser nombrado por el sultán gobernador de

Tánger, sin duda para atraerlo y calmar así, su espíritu indómito. Su edad debía rondar los cincuenta años, aunque la espesa barba blanca que le cubría el rostro, dificultaba calcular sus años de vida. Cuando accedimos al interior de la sala, hizo un ademán para que Sidi Mohamed se retirara y a mí me indicó, con una amplia sonrisa, que tomara asiento en un almadraque que algún criado había colocado delante de aquellos personajes que me miraban con curiosidad no exenta de cierta expectación. Cuando me hube acomodado en el mullido cojín, Sidi Abderrahmán, que portaba entre los dedos un *misbaha* o rosario musulmán, tomo la palabra:

—Me siento honrado, sidi Ali Bey, de que hayáis pisado la tierra de Marruecos en esta que es mi ciudad. Creo que tenéis el sano deseo de viajar por el sultanato y conocer nuestras ciudades, nuestras costumbres y tradiciones y, al mismo tiempo, poder estrechar los lazos de amistad entre nuestras dos naciones. Pues, aunque sé que vuestros antepasados proceden de la lejana Siria, no dejáis de ser un noble e ilustrado español por adopción, según consta en vuestro pasaporte.

—Y yo os agradezco, Sidi Abderrahmán al-Mfarrash, vuestra generosa hospitalidad, que es rasgo que identifica nuestra religión. No en vano lo dispuso el Santo Profeta en uno de sus *hadices* cuando dijo: «Aquel que crea en Dios y en el último día, que sea generoso con su huésped».

El caíd de Tánger sonrió y movió la cabeza afirmativamente, cruzando su mirada con las de los demás personajes que lo rodeaban, quizás para mostrar su satisfacción por los conocimientos de los *hadices* de que hacía gala aquel musulmán recién llegado del reino de España.

—Decís verdad, sidi Alí Bey. Y en reconocimiento al Santo Profeta y a sus sentencias, deseo que os establezcáis en Tánger el tiempo que deseéis, siendo mi huésped. Voy a ordenar a Sidi Mohamed que habilite para vos una casa en la medina. Y espero que esta tarde acudáis a mi humilde mansión para que cenéis conmigo y con mis consejeros; que es viernes y mis cocineros están preparando un suculento cuscús que quiero que compartáis conmigo y que no dudo que os complacerá.

Acabada la amable recepción del caíd, el turco me condujo por varias callejuelas hasta dar con una amplia plaza en la que se localizaba una mezquita grande con un alminar con las paredes encaladas y rematado por un yamur de bronce que, en opinión de Sidi Mohamed, era la principal de la ciudad. A poca distancia se hallaba una casa de buena fábrica, que era la que al-Mfarrash había decidido que fuera mi residencia el tiempo que pensara residir en Tánger. Pertenecía a un acaudalado comerciante que, según me dijo el turco, se encontraba adquiriendo mercancías para su negocio en los linderos del desierto, al sur del río Draa.

Al caer la tarde me dirigí a la mansión del caíd.

La cena, que se inició invocando el gobernador, el nombre de Dios, *bismi llah*, consistió, además del excelente cuscús de verduras y carne de pichón, de una rica ensalada de lechuga, berenjenas asadas con miel y rosquillas de harina de trigo bañadas en azúcar. Cada comensal debe tomar un poco de cuscús o de la ensalada, depositada en unos cuencos de cerámica vidriada, siempre con los dedos de la mano derecha, y esperar que le toque el turno para volver a tomar otra ración.

Al término de la cena unos criados se acercaron a los comensales con una jofaina de porcelana —que ellos llaman alcadafe—,una jarra con agua en la mano derecha, y sobre el hombro izquierdo una toalla. El criado vierte agua en las manos de cada comensal que, antes de secarlas, toma un poco de agua para enjuagarse el interior de la boca y limpiarse la barba. Luego acaba secándose las manos con la toalla que tiene el criado colgada del hombro.

Estando ya en casa, pregunté a uno de mis criados por qué se toma la comida sólo con los dedos de la mano derecha.

—No sé, sidi, cómo acostumbráis en Oriente a hacer las abluciones y los obligados lavatorios de las zonas del cuerpo implicadas en la defecación. En Marruecos, antes y después de defecar, el buen musulmán ha de lavarse esa parte del cuerpo con abundante agua aplicada con la mano izquierda. Por ese motivo los dedos de esa mano son impuros y no deben usarse para tomar la comida.

Ciertamente, era una práctica higiénica y saludable —pensé—, aunque no apareciera en ninguna de las suras del Corán ni entre los

dichos del Profeta. Desde ese día la hice mía y la usé como una de las sanas costumbres que había adquirido durante mi estancia en el norte de África.

Mientras comíamos y, después, en la sobremesa, al-Mfarrash no cesó en sus intentos por averiguar cuáles eran los verdaderos motivos de mi viaje a Marruecos, en qué consistía el itinerario que pensaba seguir y si iba a solicitar ser recibido por el sultán Sidi Mulay Sulaymán.

Yo le aseguré que mi única intención, como hombre estudioso y sabedor de la historia del Islam, no era otra que conocer el territorio, las costumbres y las tradiciones de los marroquíes, mejorar el conocimiento que tenía de su dialecto *dariya*, recoger especímenes de flores y plantas desconocidas para mí y poner por escrito todo ello con el objetivo de escribir un libro cuando regresara a España. Y de paso, remitir periódicos informes a don Manuel Godoy, valido del rey de España, informándole de las posibilidades y ventajas comerciales que los mercaderes y comerciantes españoles podrían encontrar en el sultanato. Creo que con estas medias verdades, el caíd quedó satisfecho y convencido de que mis andanzas por Marruecos no representaban amenaza alguna, ni tenían otra intención que el conocimiento científico y antropológico del territorio y de la gente que lo habitaba.

No era baladí pensar que convencido de mi pertenencia a una prestigiosa dinastía oriental y ser un fiel cumplidor de los preceptos expuesto en el Corán, y a través de los *hadices* o dichos del Profeta y de la *sharia*, hacía que mis aseveraciones y comentarios tuvieran la fiabilidad que no hubieran tenido de ser considerado un europeo cristiano y con ínfulas de superioridad cultural o racial.

De todas maneras, en algo había dicho la verdad al inquisitivo caíd de Tánger. Antes de abandonar Madrid acordé con don Manuel Godoy que, una vez al mes o cuando las circunstancias lo exigieran, contactaría con representantes del Gobierno español en consulados, embajadas o empresas comerciales para remitirle informes secretos con los asuntos diplomáticos o militares que al Príncipe de la Paz en verdad interesaba conocer sobre mi periplo por tierras africanas primero y, después, por Asia, si decidía continuar mi viaje por

Oriente. El jefe de la red de colaboradores destinados en África, era el coronel Francisco Amorós y Ondeano —aunque no tuve que acudir a él en el tiempo que estuve residiendo en Marruecos—, apoyado por los cónsules de Tánger y de Marrakech. También formaban parte de ella otros agentes que se hacían pasar por comerciantes y estudiosos de la naturaleza del país que residían en otras ciudades del sultanato; aunque, a decir verdad, a estos procuré eludirlos para no sembrar el recelo y la sospecha en algunos miembros del *majzén* de los que no me fiaba.

He de referir que mi equipaje y el resto de la impedimenta, mis dos criados, con las mulas y el caballo que habían adquirido en el zoco grande, se hallaban en la cuadra de la casa del comerciante en la que estaba hospedado. A ellos les dije que, cada tarde, se acercaran a esa dirección para recibir mis órdenes. Pues esperaba poder reemprender el viaje al interior de Marruecos cuando hubiera logrado alejarme de las agobiantes atenciones de Sidi Abderrahmán Mfarrash.

Pero mis deseos de abandonar pronto Tánger resultaron vanos.

A la mañana siguiente, muy temprano, que era el primer día de julio, golpearon con fuerza en la puerta de la vivienda. Eran unos alarifes y carpinteros que venían a remodelar partes de la casa para hacerla más agradable a mi persona y dotarla de muebles y de una oficina para que yo pudiera trabajar desahogadamente. Me sorprendió y alarmó, porque pensaba que, siendo una mansión que pertenecía a un comerciante que se hallaba mercadeando a más de cien leguas de Tánger, cómo se había atrevido el caíd a intervenir en ella sin permiso de su dueño y hacer obras en una propiedad que no le pertenecía. Era evidente que me quedaba mucho que aprender de las costumbres y las leyes de aquel sultanato.

Los obreros procedieron a cubrir el suelo de todas las habitaciones con una capa de cinco centímetros de grosor de yeso. Cuando estuvo seca, colocaron encima esteras y alfombras. Luego trajeron un colchón de plumas y una cama, almohadas y utensilios de cocina (la noche anterior había dormido, al modo berberisco, sobre una alfombra y arropado con una manta de lana). En una habitación bien iluminada, que daba al sur, pusieron una mesa de despacho, dos

sillas con asientos de cuero y una estantería: «para sus libros, sidi», dijo uno de los carpinteros. Todo esto me producía una gran desazón, porque evidenciaba que al-Mfarrash no iba a dejarme marchar sin oponer una fuerte oposición a aquel musulmán que él creía príncipe de los abbassíes, lo que desbarataba mis intenciones de poder reemprender el viaje que tenía pensado, para acceder a la capital del sultanato donde debía encontrarse el sultán y su Gobierno.

Como intuía que mi estancia en Tánger se iba a prolongar durante semanas, o quizás meses, me dirigí al consulado de España y pedí a Luis Estébanez que enviara una carta muy secreta por valija diplomática a don Manuel Godoy. En ella le exponía las dificultades que estaba teniendo en Tánger a causa de las excesivas atenciones hacia mi persona del gobernador de la región y del desmedido aprecio que me deparaba día y noche, pues sólo parecía feliz cuando platicaba conmigo.

Como observé que la gente del común, en el zoco y en la mezquita, cuando acudía a realizar los rezos preceptivos, me miraba con extrañeza y los mozalbetes se reían de mi manera de vestir, tan diferente a la que usaban las personas doctas, los imanes, los altos funcionarios y los santones que se sentaban en las puertas de las mezquitas para pedir limosnas a cambio de una oración, decidí mudar mi impedimenta. Cambié la túnica oriental o caftán por una chilaba blanca. Para los días fríos, me cubría con una especie de jaique ancho de lana. Dejé de utilizar los holgados pantalones turcos y las altas botas de piel cambiándolas por unas babuchas amarillas, que eran las que usaba la mayor parte de la gente.

Los numerosos ancianos que se sentaban en las gradas de acceso a las mezquitas eran considerados hombres cercanos a la santidad, muy respetados y, creo, que temidos por la sociedad, aunque yo los juzgaba unos embaucadores que vivían de sus prédicas vanas y repetitivas realizadas a cambio de un pequeño óbolo.

Otra mudanza que hice fue raparme la cabeza, trabajo que acometió Sidi Mohamed, el turco, con una navaja muy afilada. Éste realizó aquella delicada labor con enorme destreza, aunque me mantuvo dolorido durante varios días el cuero cabelludo. Sólo me

dejó, como era costumbre entre los verdaderos musulmanes varones, un mechón de pelo en lo alto de la testa, porque era creencia generalizada que el día del Juicio Final el mismo Profeta los tomaría por ese mechón para transportarlos al Paraíso. Después de rasurarme la cabeza, Sidi Mohamed procedió a afeitarme todo el cuerpo, siguiendo el mandato del Santo Profeta —aseguró— que consideraba gran impureza conservar el bello en las diferentes partes del cuerpo; aunque, a decir verdad, yo que había leído la mayoría de los *hadices* o dichos atribuidos a Mahoma, desconocía la existencia de ése en particular.

Al siguiente día, que era sábado, comenzó la fiesta del *mulud* o nacimiento del Profeta, que se celebra durante ocho jornadas. En esos días es cuando se realiza la circuncisión de los niños. Yo, que había sufrido, por propia voluntad, la dolorosa operación, siendo adulto en Londres —como el lector habrá descubierto al principio de este relato—, tenía curiosidad por contemplar la ceremonia y el cercenamiento de la piel del bálano de los niños, algunos de ellos con pocas semanas de vida.

El último día de la multitudinaria fiesta se congregaba un enorme gentío en las afueras de la ciudad, en torno a una mezquita en la que estaba enterrado un santo muy venerado por los tangerinos, de nombre sidi Mohamed el-Hayyi, donde se iba a circuncidar a una docena de niños que eran conducidos por sus padres u otros parientes a lomos de unos caballos adornados con elegantes gualdrapas de color rojo. Se me permitió acceder al santuario. En una de las galerías se hallaba el barbero, con las mangas remangadas hasta la altura de los hombros, que era el encargado de cortar la piel de aquellos pequeños que se agitaban, gritaban y lloraban atemorizados, no tanto por el dolor que se les infligía, sino porque eran testigos del cercenamiento, los llantos y alaridos de los infantes que les precedían en tan dolorosa ceremonia. En acabando el barbero, con mucha habilidad y rapidez, la circuncisión, un ayudante ponía sobre la sangrante herida unos polvos astringentes, que yo deduje tenían la facultad de cauterizar la herida e impedir que se infectara, antes de envolver el miembro cercenado con un trozo de tela, que me pareció de lino.

Desde que me establecí en la casa del hacendado —que debía haber sido confiscada por el caíd—, aspiraba a vivir con independencia para dedicarme a los asuntos que me atraían, como era deambular por la ciudad y conocer sus monumentos, sus fortificaciones, las tropas que las ocupaban y las tradiciones de su gente. Me interesaba, sobre todo, saber cómo vivía la comunidad hebrea que residía en Tánger, que era muy numerosa. Pero la agobiante presencia de mi turco, que no se apartaba de mí ni un momento del día e, incluso, de la noche, pues no era infrecuente que me despertara de madrugada para que acudiera al palacio de al-Mfarrash, porque éste deseaba consultarme algún tema relacionado con las constelaciones o las órbitas de los planetas, creyendo que era yo un reputado astrónomo. Cierto que me debía culpar de esa querencia hacía mi persona del caíd, pues le había vaticinado que el 17 de agosto, acontecería un eclipse de sol que sabía que iba a suceder, porque en Madrid lo había leído en las tablas astronómicas elaboradas por Jorge Juan de Santacilia.

Pero estaba decidido a librarme del acoso de Sidi Mohamed; acoso que había comenzado a preocuparme, porque creí que el turco cumplía órdenes de al-Mfarrash, para que me vigilara y supiera cuáles eran mis movimientos y mis intenciones, con quién me entrevistaba en la ciudad y qué cosas escribía en mi diario. Aunque alejar de mí a Sidi Mohamed no iba ser tarea fácil ni una cuestión baladí, porque no quería que se enemistara conmigo y me tuviera inquina; y menos que, dolido por mi rechazo, fuera a contarle alguna falsedad al caíd que pudiera perjudicarme.

Aunque, al cabo, no me resultó embarazoso aducir cierto pretexto justificado para que dejara de acudir a mi casa, una vez que me aseguré de que su apego hacia mí no respondía a una orden de al-Mfarrash. No obstante, para no provocar, innecesariamente, su animadversión, y porque reconocía que me había servido bien y lealmente desde que desembarqué en el puerto de Tánger, le ofrecí dos esplendidos regalos: una lujosa aljuba de la que usan los turcos y las botas orientales de piel curtida, que él admiraba y que yo había desechado. Para su satisfacción, cuando se las hubo probado, comprobó que se ajustaban perfectamente al tamaño de sus pies.

Me expresó su agradecimiento con grandes muestras de sumisión y palabras afectuosas. Y de esa manera quedó el asunto de mi liberación e independencia del turco, zanjado, satisfactoriamente, por ambas partes.

Como había asumido que mi estancia en Tánger se iba a alargar durante varios meses, solicité a don Manuel Godoy, a través del consulado de España, que me enviara más dinero y un documento expedido por la Real Hacienda y rubricado por él, autorizando a los cónsules y embajadores de España que me proporcionaran numerario en caso de que yo lo necesitara en el transcurso de mi viaje. También le pedí, que me enviara un arcón pequeño con candado para poder guardar la documentación y mi diario cuando dejara Tánger y viajara a otras ciudades de Marruecos; algunos libros sobre mineralogía y botánica, dos astrolabios —uno de ellos, que se hallaba en mi casa, regalo de un astrónomo alemán—, un sextante, un pequeño catalejo, un libro con tablas astronómicas, un reloj de muelle o resorte, una resma de papel, tintas de varios colores y un ejemplar de la obra del naturalista español Antonio de Ulloa, «Observaciones astronómicas y físicas», que pensaba que me podría ser de utilidad, pues los marroquíes eran muy aficionados a creer en las cartas astrales y en los vaticinios de la astrología.

Tomé a otros dos criados, además de los que se encargaban de las bestias y la impedimenta. Los elegí aconsejado por mi amigo Luis Estébanez, el vicecónsul de España, que aseguraba que los conocía bien y que me serían absolutamente leales y obedientes. Sus nombres eran Aslam y Farid. Se dedicarían a las labores domésticas, adquirir los productos para preparar las comidas al estilo marroquí y atender la limpieza de la casa. Aslam, que era el de más edad y más instruido, y que, además de hablar *dariya*, chapurreaba el español, pues había estado ejerciendo de asistente en el consulado, lo utilizaría también como ordenanza y consejero para que me acompañara cuando visitaba a algún personaje destacado de la ciudad o inspeccionara las fortificaciones, las baterías de costa o el campamento de los soldados del caíd, sin levantar sospechas.

Las oraciones reglamentarias las rezaba, generalmente, en la mezquita de barrio que estaba cerca de casa. Pero, para la oración

de los viernes, acudía a la mezquita aljama o principal de la ciudad, a la que asistía Sidi Abderrahmán al-Mfarrash y en la que el imán, nombrado por el caíd, decía el sermón que tocaba ese día. Me interesaba sobremanera que el gobernador, y la flor y nata de los tangerinos: alfaquíes, ulemas, el juez y los consejeros de al-Mfarrash, me vieran asistir con devoción y regularidad a las oraciones y a otras ceremonias religiosas que se organizaban algunos días señalados. Aquel extenso y prestigioso oratorio, disponía de diez largas naves con un amplio patio rodeado de galerías porticadas sostenidas por arcos de herradura apuntada, en cuyo centro había un estanque para que los fieles hicieran las obligadas abluciones.

Pero como observé que no había una fuente de agua potable para que, en los calurosos días del verano, pudieran beber los asistentes a la oración o a escuchar al imán decir el sermón los viernes, y deseaba presentarme como un generoso benefactor de aquella ciudad, mandé construir e instalar una fuentecilla junto a una de las puertas de la mezquita. Doté de fondos suficientes a los responsables de la institución para que siempre estuviera su agua a disposición de los musulmanes, se mantuviera limpia y se reparara si con el paso del tiempo sufría algún deterioro.

Ese acto de mecenazgo fue muy comentado en la ciudad, hasta el extremo de que, en uno de mis encuentros con el caíd, este me dio las gracias en nombre de los musulmanes que acudían para rezar en aquella mezquita. En los días siguientes, adquirí, en una de las tiendas de la medina, una almalafa muy lujosa, bordada con filigranas de hilos de oro, y se la regalé a Sidi Abderrahmán al-Mfarrash. También compré cinco cajitas de madera de ébano con incrustaciones de plata, para dárselas a otros tantos alfaquíes con los que había entablado cierta amistad y un *misbaha* o rosario musulmán, con cuentas de marfil, para ofrecérselo al cadí que impartía justicia en una de las galerías de la mezquita principal.

A mediados del mes de julio, muy de mañana para evitar la canícula y que hubiera demasiada gente en las calles, decidí recorrer las fortificaciones que defendían Tánger y que rodeaban la ciudad por todos sus frentes. Aslam me acompañaba y me decía los

nombres con los que eran conocidos los diferentes bastiones, las torres, los tramos de las murallas, los fosos y las puertas. Pude comprobar que la mayor parte del recinto amurallado se encontraba en estado ruinoso; los fosos colmatados de tierra, piedras y basuras, y los bastiones —en los que debía haber cañones— ocupados con improvisadas construcciones hechas de tierra batida y utilizadas como almacenes. A la derecha de la puerta del Mar, había dos baterías; una con quince piezas de artillería, pero sin estar atendidas por ningún destacamento y algunas con los engranajes tan enmohecidos que no habría fuerza humana capaz de hacerlas maniobrar.

En el adarve de la muralla que daba al mar había otros doce cañones, algunos tan inútiles como los antes citados. Por esa parte de la muralla que miraba al Estrecho, la ciudad estaba mejor defendida, porque el acantilado hacía de foso natural; pero en el flanco sur, que daba al campo, la muralla estaba caída en varios tramos y el foso tan lleno de suciedad que no parecía foso. La mayor parte se hallaba ocupada por huertos y apriscos para las cabras. En definitiva, había que concluir que Tánger no podría defenderse de ningún enemigo, viniera este desde el mar o desde tierra.

Yo portaba un cuaderno en el que, con mucha discreción, iba anotando esos datos y dibujando el alzado y la planta de los diferentes elementos que constituían el recinto defensivo. Una vez en casa, redactaba el informe para el Príncipe de la Paz, acompañado de esquemas con los planos de las baterías, murallas y puertas de la ciudad. Aslam observaba lo que yo anotaba mientras que me hallaba aposentado en una roca. Pero el buen tangerino nunca me preguntó por qué anotaba y dibujaba todo aquello. Yo confiaba en él, pues había ejercido de criado de confianza del vicecónsul y este funcionario me había asegurado de que no debía temer ninguna delación, ni indiscreción por su parte. Doy fe de que en el tiempo que estuvo a mi servicio fue un leal compañero e informador y una tumba en los asuntos de mis secretas anotaciones.

Al llegar la noche, me encerraba en mi despacho y redactaba los informes que debía remitir a don Manuel Godoy. Pero, a continuación, escribía, en un diario, el relato de mi viaje con mis

observaciones y comentarios sobre los personajes que iba conociendo: el caíd y sus consejeros, los imanes, los alfaquíes —tan distintos a los que luego encontraría en Oriente—, las clases de comidas, las costumbres de los diferentes grupos sociales, los rituales, como la ceremonia de la circuncisión, las vistas de los jueces y las bodas aderezadas con músicos y cantos. También la descripción de las vestiduras, de los paisajes y las variadas especies de plantas. Ese relato íntimo, era el que yo deseaba transmitir, como antes hicieran los viajeros y exploradores ingleses y escoceses, a la sociedad española y a Occidente, publicándolo cuando retornara a Europa.

Como los informes que elaboraba para el Príncipe de la Paz eran muy secretos y comprometedores, y debía evitar que pudieran caer en manos de posibles espías mandados por el caíd o, de manera accidental, por indiscreción de algunos de mis criados, arranqué del suelo de la cocina, que estaba formado por baldosas cuadradas negras y blancas, simulando un tablero de ajedrez, dos de las losetas que estaban adosadas a la pared; extraje la argamasa que las unía y cavé un hoyo en el que metí una caja de madera. En ella, guardaba los informes hasta que los sacaba para llevarlos al consulado de España. Luego volvía a colocar las baldosas en su sitio y así quedaba camuflada la caja y oculta a miradas indiscretas y, posiblemente, peligrosas para mi persona.

En las semanas siguientes, liberado del bienintencionado acoso de Sidi Mohamed y, en parte, del insistente al-Mfarrash, me dediqué a conocer la ciudad, las costumbres de sus moradores y las instituciones que servían para gobernarla. Una mañana me acerque a la mezquita principal, en una de cuyas galerías el cadí o juez de la ciudad, celebraba las audiencias públicas e impartía justicia según lo estipulado por la *sharia*, que es el código legal que impera en el Islam, sobre todo en las naciones que siguen el rito sunní.

Las sentencias que dictó aquella mañana el cadí no me resultaron extrañas, aunque dada mi formación en la legislación aplicable en las regiones dominadas por los turcos, algunas de sus decisiones no dejaron de sorprenderme. Una de ellas fue que, para obligar a uno de los querellantes a hacer sus alegaciones, ordenó a los soldados

que estaban en la sala de justicia que lo golpearan con una vara hasta que comenzó a hablar o, mejor dicho, a emitir guturales graznidos que no logré entender. También me sorprendió la dureza de algunas sentencias. Al agresor de un joven que se quejaba de haber recibido una pequeña herida en la cara, el cadí lo sentenció a que le dieran treinta latigazos. Otros aspectos de la justicia de este país es que, a diferencia de la que se aplica en las regiones que se hallan bajo el control de los jueces de la Sublime Puerta, en la que se puede recurrir a otras instancias intermedias o superiores, en Marruecos el único recurso posible es ante la autoridad del sultán que, como el lector podrá comprender, se halla tan lejos de los humildes y desheredados y de sus problemas diarios como lo están la luna o el sol.

Un aspecto de la sociedad tangerina que me produjo un sentimiento de complacencia, es que la comunidad judía, a diferencia de lo que más tarde vi en Trípoli, Alejandría, Alepo o Constantinopla, ciudades en las que los hebreos viven relegados en barrios propios que llaman juderías, aunque sin sufrir persecución, en Tánger conviven con los musulmanes en las mismas calles y los mismos barrios. En ellos tienen sus sinagogas, sus lugares de reunión y sus escuelas. Este hecho que, aparentemente, debería ser una señal de hermandad y de civilizada convivencia, es, en cambio, un motivo de frecuentes disputas y, a veces, de violentos enfrentamientos entre miembros de ambas comunidades religiosas. Lo cierto es, que cuando surgen estos desacuerdos, a veces, con agresiones físicas entre un musulmán y un judío, y ha de acudir el juez para dirimir el conflicto, por lo general, el cadí siempre se inclina a favor del musulmán, ignorando las justificadas alegaciones expresadas por el judío.

Los israelitas de Tánger visten unas ropas que los identifican como hebreos, distintas a las que usan los musulmanes. Los varones portan sobre sus cabezas una especie de bonete ritual que llaman *kipá*. Viven marginados socialmente y carecen de los derechos que posee la población musulmana. Por ejemplo, si un judío se encuentra en el camino con un musulmán de clase superior, debe apartarse hacia la izquierda para dejar la vía libre al musulmán, y ha

de inclinar la cabeza cuando se crucen. A pesar de este trato discriminatorio, los judíos desempeñan una importante labor en la sociedad marroquí, pues se encargan del comercio y de la distribución de las mercancías por todo el país. Algunos tienen las aduanas en arriendo, pagando por ello a las autoridades elevadas cantidades de dinero. Quizás sea por la destacada función que desarrollan en el campo de la economía, por lo que el sultán y los gobernadores procuran protegerlos de la animadversión del pueblo, y los defienden cuando los conflictos pueden llegar a perjudicar sus negocios.

Yo, que en España me deleitaba bebiendo moderadamente un buen vino, me tuve que abstener de esa deliciosa costumbre en todo el tiempo que permanecí en Marruecos y en Oriente, a excepción de algunas regiones del Imperio Otomano. En Tánger no existe ninguna taberna, pues el alcohol está terminantemente prohibido, no por el Corán, que nada dice al respecto, sino por uno de los *hadices* o dichos del Profeta, que dice que, estando un día Mahoma sentado en la puerta de la mezquita de Medina, pasó un hombre borracho dando tumbos, y el Profeta lo reprendió severamente. Mas creo que es un *hadiz* añadido con posterioridad, pues de los veinte mil que se conservan, los exégetas solo dan por buenos no más de dos mil.

Los cónsules de España, Francia, Inglaterra o Estados Unidos traen el vino y otras bebidas espirituosas de Europa, aunque de manera casi clandestina, sobornando a los capitanes de los puertos para que hagan la vista gorda cuando inspeccionan las mercancías desembarcadas con destino a sus consulados.

Una mañana me visitó Sidi Mohamed para darme la triste noticia de que su hermano Mustafá había muerto de manera repentina. Yo le expresé mis condolencias y le di ánimos en tan terrible trance. Él me lo agradeció y me dijo que le gustaría que asistiera al funeral y acompañara al fallecido hasta el cementerio donde sería enterrado como manda el Libro Sagrado, a la espera —me aseguró— de resucitar el día del Juicio Final y poder reunirse con él en el valle de Josafat para gozar, ambos, de los campos que manan leche y miel. Le prometí que estaría presente para acompañarle en esa despedida temporal de su hermano.

En la casa de Mustafá, se habían reunido numerosos familiares y conocidos del difunto. Antes de partir en dirección al cementerio, que se hallaba situado al suroeste de la ciudad, al otro lado de las murallas cerca del zoco grande, colocaron el cuerpo de Mustafá en unas parihuelas y lo cubrieron con un sudario de lino. Cuatro hombres las tomaron y lo transportaron a hombros, seguida por una comitiva formada por los familiares y amigos del difunto, que marchaban de prisa en silencio, hasta que llegaron a la mezquita que había junto a la puerta por la que se accede al zoco.

El cuerpo de Mustafá fue depositado sobre unas gradas, delante de la puerta del oratorio. Como era la hora de la oración del mediodía, hubo que esperar que acabara para que el imán saliera a recibir al muerto en plena calle. Todos los que forman la comitiva, más los fieles que acaban de realizar la oración, se ponen en pie y rezan una breve plegaria por el descanso del alma del difunto. A continuación, la comitiva se vuelve a poner en marcha. Llamó mi atención que cada cierto tiempo los porteadores se turnan para llevar al difunto a hombros. Luego supe que transportar un fallecido hasta su tumba se considera una obra de caridad en la que todos los hombres, familiares o amigos del muerto, quieren participar. Llegados al cementerio, se coloca el cuerpo del fallecido en la fosa, directamente sobre la tierra, de costado para que su rostro mire hacia donde se encuentra La Meca, mientras se reza en común una breve oración. Una vez cubierto el cadáver con la tierra, los participantes en la ceremonia vuelven a la casa del desaparecido para dar el pésame a los familiares directos antes de marchar cada uno a continuar con sus labores.

Al día siguiente, fui a uno de los baños que hay en la medina. Pero me abstengo de comentar la impresión recibida cuando entré en las salas de agua fría, templada y caliente, y en la de vapores, porque fue muy desagradable; pues las hallé mal atendidas y con las instalaciones muy deterioradas: el agua fría se la arrojaban a los usuarios, por encima de la cabeza, unos operarios con cubos de latón. En la sala de vapores era mejor no entrar, pues más pareciera que se accedía a la antesala del *Yahannam*[1], tan violento y

agobiante era el calor que desprendían las paredes y el suelo de ladrillos rojos. Luego supe que cerca del alcázar, había unos baños que eran los que utilizaban el caíd y las personas importantes de la ciudad, que sí respondían a las calidades y la higiene que se espera de unas instalaciones que no hacen otra cosa que imitar y continuar con la tradición de los antiguos romanos. Tradición que pude comprobar se seguía con todo rigor y lujo en los baños que pude visitar y utilizar en Fez y en Alejandría.

Pero, como el lector podrá comprobar en el siguiente capítulo, no pude disfrutar durante muchos días de esos buenos y exclusivos baños usados por la aristocracia local, porque, transcurrida una semana, aconteció un suceso que iba a influir de manera decisiva en mi estancia en aquella magnífica ciudad y en el resto del tiempo que me quedaba por residir en Marruecos.

---

1 El infierno de los musulmanes.

IV
EL SULTÁN DE MARRUECOS, SIDI MULAY SULAYMÁN

Había transcurrido algo más de tres meses desde la llegada a Tánger y mi existencia, después de unas semanas de acomodo y adaptación, era agradable y sosegada. Me había integrado, sin excesiva dificultad, en aquella sociedad tan diferente a la española, aunque he de decir, que afable y sin dobleces. La gente del común me mostraba respeto y me saludaba inclinando la cabeza y sonriendo cuando acudía al zoco o paseaba por las calles céntricas, como si fuera uno más de ellos. Las personas de alcurnia se disputaban mi asistencia a sus tertulias o a participar en las cenas que organizaban sólo para alardear ante sus allegados de que gozaban de mi amistad. El caíd me tenía como uno de sus más íntimos amigos y como uno de sus consejeros, considerándome un verdadero sabio, sobre todo cuando el día 17 de agosto, tuvo lugar en el cielo el eclipse de sol que yo había vaticinado dos meses antes.

—No hay duda, sidi Ali Bey, de que el misericordioso Dios te ha dotado de una inteligencia excepcional y de unos conocimientos que son de admirar —me dijo una tarde que, aprovechando el frescor que nos proporcionaban los árboles de su jardín, estábamos tomando té y degustando unas rosquillas bañadas en azúcar que había aderezado su cocinero.

Ese hecho —que al-Mfarrash se encargó de difundir entre sus consejeros y conocidos—; la construcción, a mis expensas, de la fuente que mandé erigir en el exterior de la mezquita aljama; mis obsequios al cadí y a los más destacados alfaquíes de Tánger; mi generosidad y benevolencia cuando compraba en los puestos del zoco o en las tiendas de la medina, así como la llegada desde España de los objetos que había solicitado a don Manuel Godoy y que contemplaban en el muelle con admiración, me habían convertido en una persona admirada, muy apreciada, y en el

extranjero más conocido, respetado e importante de cuantos residían en la ciudad.

Una tarde, estando en la casa de un erudito marroquí, que se llamaba Sidi Amkeshet, que me había invitado a merendar para poder conversar conmigo, pues el caíd le había hablado de mi elocuencia y amplios conocimientos, llegó el tema de la plática a tratar de las tierras que hay en el interior de África, pues el tangerino —según decía— había viajado por el desierto, llegado a Tombuctú, y conocido a viajeros y gente ilustrada y muy sabedora de la tierra de los negros, de Gana y de las montañas donde nace el río Nilo.

Como era ése un tema que me interesaba conocer, porque, al margen de lo que había escrito el explorador escocés Mungo Park sobre su expedición al río Níger, nada sabía, le hice varias preguntas, pues no era baladí pensar que, en el futuro, podría aventurarme a viajar por esas ignotas regiones y necesitaba saber cómo eran sus montañas, los ríos que las cruzaban, sus ciudades y la gente que las habitaba. Por eso le pedí a Sidi Amkeshet que me ilustrara y me contara cuanto había oído de aquellos territorios por boca de esos viajeros.

—Algunos eran mercaderes, sidi Alí Bey, que han viajado en las caravanas que, desde las provincias del Sus y Tafilalet, atravesando el gran desierto en un par de meses, alcanzaron la región de Gana y la ciudad comercial de Tombuctú —expuso con mucho convencimiento el marroquí, al tiempo que vertía el aromático té desde la tetera de alpaca hasta mi vaso—. Me contaron que habían coincidido con viajeros que procedían de la lejana región donde confluyen dos ríos que llaman Nilo: uno que atraviesa El Cairo y Alejandría, y el otro que se dirige hacia Tombuctú.

—¿Dos ríos con el mismo nombre? —le pregunté sorprendido.

—Eso me dijeron, sidi Alí Bey. Me aseguraron que ambos ríos nacen en un lago situado en la montaña de la Luna. Según la versión de estos mercaderes, el de Tombuctú no desemboca en el mar, sino que vierte sus aguas en otro lago; el otro río llega hasta el mar. Estos comerciantes sacan de Gana todo el oro que pueden y, luego, lo traen a Marruecos y a los puertos de Levante para comerciar con los

europeos, aunque ninguno ha alcanzado a ver las orillas del río que desemboca en el mar. Me comentaron que en ambos ríos viven animales muy feroces que devoran cada año a muchos hombres. El que pasa por El Cairo se dirige, primero, al levante y, luego, al norte.

—¿Y el de Tombuctú? ¿Se dirige a poniente?—le pregunté.

—Hacia poniente, sidi.

Dijo, señalando con su mano derecha en la dirección de ese punto cardinal.

Yo, al ver la rotundidad con que había contestado, no le repliqué, aunque sabía que esos mercaderes debían haber confundido ambos ríos y que el que decían dirigirse a Tombuctú, no era otro que el río Níger, como señaló Mungo Park. No insistí más en ese enrevesado asunto, pensando que en algunos de los viajes que tenía el propósito de hacer, algún día, por el interior de África, hallaría la verdad o descubriría los errores que encerraban los relatos de los mercaderes del Sus y de Tafilalet que había conocido Sidi Amkeshet.

En la mañana del día 5 de octubre, muy temprano, me despertaron los repetidos estruendos producidos por los disparos de las baterías de Tánger que miraban al mar. Estaba vistiéndome, cuando entró en el dormitorio, muy alterado, uno de mis criados.

—¿Qué sucede, Aslam, nos invaden los ingleses o los americanos?—le pregunté alarmado por los disparos, pues no era cosa ordinaría que se anunciara el día con semejante derroche de salvas.

—¡Nuestro señor el califa, Sidi Mulay Sulaymán, está haciendo su entrada en la ciudad por la puerta de Fez, sidi…!

El emperador de Marruecos había viajado, con sus esposas, sus hijos y sus principales consejeros, desde Rabat, entrando en Tánger de manera sorpresiva, aunque una semana antes de su llegada, el caíd al-Mfarrash me había informado y prevenido de la posibilidad de que ese feliz acontecimiento se produjera. Que si el sultán mudaba su residencia desde Rabat a Tánger, me rogaba que permaneciera enclaustrado en mi casa y que no saliera de ella hasta que Sidi Mulay Sulaymán me enviara a uno de sus funcionarios o de sus criados para invitarme a acudir a su palacio.

Fue ése el motivo por el que no pude asistir a la ceremonia que el caíd organizó a su llegada.

La noticia, no obstante, me alegró, porque con la entrada de Sidi Mulay Sulaymán en Tánger, no tendría que desplazarme a las otras capitales del Imperio para conocer y poder entrevistarme con el sultán alauita, uno de los cometidos de mi viaje al norte de África.

Una semana más tarde, estando en el consulado de España, a donde había acudido para ultimar unos trámites y recoger la documentación llegada desde Madrid en la valija diplomática, mi amigo el vicecónsul me contó, de manera muy confidencial, cuál había sido la causa que había motivado la no anunciada visita del sultán a la ciudad de Tánger, a la que no se desplazaba desde hacía cuatro años. No era un secreto, que la dinastía alauita mantenía tensas relaciones con aquella ciudad, tanto con sus habitantes, como con las tribus de la Yebala que en el pasado habían sido aliadas y leales a su rebelde hermano, al-Yazid, al que sustituyó en el trono de Marruecos.

—Domingo, la visita de Sidi Mulay Sulaymán a Tánger responde a un solo motivo: conseguir la liberación de unos marineros marroquíes que están presos de los americanos. En el pasado mes de junio, el sultán ordenó al arráez de su disminuida flota, Ibrahim Lubaris, que apresara a un barco de los Estados Unidos al que acusaba de transportar contrabando, lo que hizo Lubaris abordando el navío americano en aguas del Estrecho, al norte de la ciudad de Larache. Pero los estadounidenses no tardaron en reaccionar y enviaron un barco de guerra de cuarenta cañones y con una dotación de unos cuatrocientos marineros que capturaron el barco de Lubaris y apresaron a su arráez y a todos sus tripulantes. Dicen que el cónsul americano escribió a Sidi Mulay Sulaymán exigiéndole que viniera a Tánger y firmara un acuerdo de paz si quería recuperar el barco y obtener la libertad de Lubaris y de sus marineros. Por eso, amigo Badía, está en esta ciudad el sultán de Marruecos.

Semanas más tarde supe que las conversaciones entre el cónsul de los Estados Unidos y el sultán tuvieron lugar, en secreto, en el palacio que la máxima autoridad del sultanato poseía junto al alcázar, unos días después de la llegada de Sidi Mulay Sulaymán a Tánger el día 5 de octubre. Antes de haber acabado ese mes estaban los marineros marroquíes libres y su barco otra vez

navegando bajo bandera del sultanato. Se comentaba que habían sido los ingleses de Gibraltar, los que actuaron de mediadores en aquel conflicto.

El día 6 de octubre, el caíd me envió una misiva con un criado, en la que me decía que el sultán, sabedor de mi presencia en la ciudad, quería conocerme y conversar conmigo. Que le mandase con el criado la relación de regalos que pensaba yo hacer a Sidi Mulay Sulaymán. Esa eventualidad la había previstos desde que desembarqué en Tánger y observé la importancia que los marroquíes daban al intercambio de regalos para cimentar una relación de amistad. Le comuniqué a al-Mfarrash que le regalaría al sultán un Corán antiguo —que había adquirido en Londres, en el mercado de Borough—, un moderno reloj de muelle, un mapa con las constelaciones, un bonito parasol y una aljuba de seda con botonadura de plata, que había comprado en una tienda de hebreos de la medina. Pero lo que más le satisfaría y alegraría su corazón de guerrero, eran dos fusiles ingleses con sus bayonetas, varios cientos de piedras de fusil, dos sacos de plomos para la caza y un barril de la mejor pólvora. He de referir que estos regalos, relacionados con las armas, los conseguí por mediación del cónsul de España.

El día 7, que era viernes, asistí a la mezquita aljama o principal, para rezar la oración del mediodía, llamada *azalá*, y escuchar al imán proclamar el sermón que tocaba. Como sabía que el sultán también asistiría a la oración más importante del ritual musulmán, me vestí con las mejores galas, la cabeza cubierta con un turbante blanco y portando en la mano un *misbaha* con bellas cuentas de cristal de roca. Acababa de ocupar el lugar que me correspondía, cerca del *mimbar* en el que ya estaba subido el imán, cuando se me aproximó un soldado de la guardia personal del sultán, para decirme que Sidi Mulay Sulaymán me esperaba en su palacio a las cuatro de la tarde para conocerme, tomar el té y poder conversar conmigo.

Un enorme gentío se había desplazado hasta la mezquita, ocupando, tanto la sala de oración como el patio de las abluciones. A poco, apareció el sultán acompañado de un pequeño séquito de cortesanos y una docena de soldados que se situaron a ambos lados del *mihrab*. Mulay Sulaymán se arrodilló en una estera que los

encargados de la mezquita habían colocado en el centro del espacio que hacía de *maqsura*. La oración se rezó igual que los demás viernes; pero, al llegar el momento del sermón, que era costumbre que lo pronunciara el imán, el sultán ordenó que subiera al *mimbar* uno de los alfaquíes que iban en su séquito para que ese viernes fuera él el encargado de pronunciar el sermón. Este eventual predicador debía estar bien aleccionado por su señor, porque el contenido de la prédica estuvo centrado en el grave pecado que cometían los musulmanes que comerciaban con los cristianos: «No hay que venderles nada, ni darles ninguna clase de víveres, ni comprar sus productos» —, llegó a decir el exaltado alfaquí antes de descender del *mimbar*.

A las tres y media de la tarde ascendí las empinadas calles que conducían a la alcazaba y al palacio de Sidi Mulay Sulaymán, acompañado de Aslam y Farid, y de otros dos criados que había contratado para la ocasión, que portaban los regalos que iba a ofrecer al sultán. El caíd me esperaba en la puerta del palacio. Me recibió con mucho afecto y muestras de zalamerías; desmesurada atención que yo deduje estaría relacionada con la satisfacción que le iba a proporcionar al sultán recibir tan esplendidos regalos de mi persona. Estaba seguro de que al-Mfarrash, que no era lerdo, se arrogaría buena parte de mi generosa y desprendida acción.

Con el caíd, accedimos a una amplia sala donde, sobre mesas bajas, decoradas con taraceas de variadas y ricas maderas, y con placas de nácar, se hallaban depositados los trebejos para servir el té y varias bandejas con dulces. Delante de las mesas se hallaban colocadas alfombras y, sobre ellas, almohadones para que el sultán y sus invitados nos aposentáramos. Tuvimos que esperar algo más de media hora, hasta que Sidi Mulay Sulaymán accediera a la sala, pues, me dijo el caíd, que había estado rezando en la mezquita de palacio.

El sultán de Marruecos se sentó delante de la mesa situada en el centro de la estancia, al lado del que debía de ser el jefe de su escolta, de al-Mfarrash y del alfaquí que había arengado, en la mezquita principal, a los musulmanes contras los cristianos. Aquella noche, mientras esperaba que me llegara el sueño, estuve

reflexionando y comprendí la animadversión del sultán y de sus consejeros hacia los cristianos. En el consulado, Luis Estébanez me había hecho la confidencia de cómo se hallaban las relaciones entre las diferentes delegaciones extranjeras y el *majzén* y el propio sultán. Las autoridades marroquíes temían una intervención armada de los americanos y los ingleses para ocupar parte del país y acabar con la influencia francesa en la zona. Con España las cosas no estaban mejor. El cónsul de Francia en Mogador había informado al español que Sidi Mulay Sulaymán estaba armando a las tribus de la Yebala para que cercaran y atacaran la ciudad de Ceuta cuando él creyera que había llegado el momento. Aunque yo era parte implicada en una de las naciones que despertaban el temor en aquella gente, no dejaba de comprender el justificado recelo de un pueblo que aún peleaba a caballo con viejas espingardas y machetes, ante la potencia de ejércitos modernos, muy bien armados, que estaban, en otras partes de África y, sobre todo, de Oriente, empeñados en dominar y sustituir antiguas dinastías y viejas y decadentes, naciones.

—Sea bienvenido a Marruecos, sidi Alí Bey. Mi gobernador me ha referido que estáis en Tánger para aprender nuestras costumbres y conocer el territorio. Y que esperáis poder viajar al interior de mi sultanato —me dijo el sultán, una vez que se hubo sentado.

—Ese es mi deseo, Sidi Mulay Sulaymán —respondí con presteza—. Como os habrá dicho vuestro honorable caíd, cuando tengáis a bien otorgarme un permiso de residencia, ocasión será de emprender ese viaje.

El sultán pareció ignorar la petición que yo acababa de hacerle. Ordenó a una criada que escanciara té en su vaso y en los vasos de los invitados.

—Estoy encantado de teneros en esta ciudad. Sé que el pueblo os aprecia y respeta, y que obráis con mis súbditos como un buen musulmán, con cariño y mucha generosidad —se dirigió otra vez a mí.

— No de otra manera, mi señor, se ha de comportar un fiel cumplidor de lo revelado por el Santo Profeta.

Entonces se llevó la mano al pecho como si quisiera expresarme

sus sentimientos hacia mí, tanto con palabras como con gestos de afabilidad y cariño.

Sidi Mulay Sulaymán no debía alcanzar los cuarenta años. Era alto de cuerpo, de ojos claros y vivos. Poseía una barba espesa, con algunos mechones blancos, que le cubría la parte inferior de la cara y le caía sobre el pecho. Presentaba la piel oscura, probablemente, recuerdo de algún cruce de sus antepasados con una mujer de raza negra. Era ágil de movimientos y preciso en el habla. Vestía una túnica o almalafa blanca con caperuza, que siempre la llevaba tapándole la cabeza.

Al-Mfarrash me había comentado que ocupaba el trono desde el año 1792, pero que no logró pacificar el país, hasta que acabó con las pretensiones de sus rebeldes hermanos tras una guerra civil que duró tres años. También me dijo que, como tenía un contencioso con España y con Portugal, en un principio había estrechado relaciones con los Estados Unidos, pero que, como se había demostrado con el asunto de los marineros apresados por los americanos, se estaba alejando de la influencia de los ingleses y estadounidenses.

Después, me preguntó en qué países había estado; que lenguas hablaba y si sabía escribirlas; qué ciencias había estudiado en las escuelas de los cristianos y cuánto tiempo hacía que había abandonado Siria y residía en Europa.

Yo le respondí que había estado en Francia, en Inglaterra y en España; que hablaba y escribía correctamente el español y el árabe; que me defendía con el *dariya*, el italiano, el francés y el inglés; que había estudiado en España contaduría de la administración, geografía, historia y astronomía; y que había dejado Siria a los diez años —le mentí—, cuando mi padre que era un miembro destacado del antiguo clan de los abbassíes, tuvo que emigrar a Europa perseguido por las autoridades otomanas.

—Lamento, sidi Alí Bey, que un hombre tan ilustrado como vos haya tardado tanto tiempo en trasladarse a Marruecos —añadió, mientras ordenaba a una de las criadas que pasara la bandeja con los dulces a las otras mesas para que pudieran degustarlos los

restantes invitados—. Aunque me satisface que hayáis elegido Tánger y no Argel, Trípoli o Túnez.

Antes de dar fin a aquel encuentro, Sidi Mulay Sulaymán me sorprendió haciéndome la siguiente pregunta:

—¿Poseéis en Tánger instrumentos para poder realizar observaciones de los astros.... ? Como habéis reconocido que estudiasteis astronomía en Europa… —dijo con cierta retranca.

—Sí, mi señor, los poseo...

—Pues me gustaría verlos.

—Puedo traerlos a vuestro palacio cuando lo deseéis.

—Entonces, no se hable más. Mañana, después de rezada la primera oración del día, os espero.

—No faltaré, mi señor —contesté y, acto seguido, el sultán se alzó del cojín en el que estaba aposentado, acción que todos los presentes también hicimos casi al mismo tiempo.

A continuación, puestos de pie, nos despedimos de tan relevante y poderoso anfitrión haciendo una reverencia y besando el dorso de su mano derecha.

En el preciso momento que abandonaba la estancia seguido de su séquito y de los soldados de su escolta, me lanzó una mirada amable.

—Hasta mañana, sidi Alí Bey el Abbassí.

Me extrañó que no mencionara ni me agradeciera los regalos que los criados, siguiendo las órdenes de al-Mfarrash, habían depositado junto a la mesa. Pero me abstuve de reprochárselo al obediente caíd porque desconocía las costumbres de aquella gente en relación con los regalos que recibían.

Aquella noche, después de cenar y despedir a Aslam y a Farid, saqué los dos astrolabios que había recibido de España del armario donde los tenía guardados, revisé la placa mater de cada uno de ellos, la araña, el tímpano y la delicada alidada de pínulas para repararlas si se hubieran dañado durante el traslado desde Madrid. Luego le apliqué aceite a las líneas con las escalas y las figuras que representan los signos del Zodiaco señalando la posición de las estrellas más brillantes.

Antes de quedar dormido, pensé en la manera en cómo se había

precipitado mi encuentro con el sultán de Marruecos; pues no esperaba ser recibido por él hasta que no hubiera viajado a alguna de las grandes capitales del sultanato. Sin embargo, la necesidad de acordar una paz con los estadounidenses para lograr la liberación de sus marineros, había sido una afortunada casualidad que permitió al entusiasta viajero Alí Bey el Abbassí, entablar una incipiente relación con Sidi Mulay Sulaymán, el poderoso emperador de Marruecos, que prometía, según lo acontecido aquella tarde en su palacio, nuevos y amistosos encuentros.

A las ocho de la mañana del siguiente día me hallaba frente a los dos soldados que hacían guardia en la puerta de la mansión del sultán alauita.

Un criado me acompañó hasta el patio porticado que antecedía al jardín que ocupaba la parte trasera del palacio. En la galería, a resguardo de los primeros rayos del sol naciente, había una mesa baja, de las que acostumbran a utilizar los musulmanes, al menos en occidente, y tres almadraques de seda y color carmesí, que deduje estaban preparados para el sultán, para alguien más y para su invitado que era yo. Dejé sobre la mesa el astrolabio que traía envuelto en un paño y permanecí de pie a la espera de que se presentara mi noble anfitrión.

Al cabo de unos minutos apareció Sidi Mulay Sulaymán portando en su mano derecha un objeto metálico que me pareció un pequeño astrolabio, acompañado del que, luego supe, era su alfaquí principal o mufti.

—Bienvenido de nuevo a mi casa, sidi Alí Bey —dijo al tiempo que me indicaba con un ademán que me aposentara en uno de los almohadones, entretanto que él y el muftí hacían lo propio en los otros dos.

—Bien hallado, mi señor Sulaymán —manifesté—. Os agradezco que empleéis parte de vuestro precioso tiempo en atender a este humilde viajero.

—Como dejó dicho el Santo Profeta, solo los humildes y desprendidos de la riqueza, tienen asegurada la entrada en el Paraíso el día del Juicio Final —terció el sultán—. Mas, no intentéis ocultar con vuestra humildad la excelencia de vuestros

conocimientos que sé que ya habéis mostrado ante mi gobernador y los alfaquíes. Y es de vuestros saberes en el asunto de los astros de los que deseo aprender, si tenéis a bien enseñarme.

—No soy un reputado astrónomo, aunque no dudéis que pondré a vuestra disposición lo poco que aprendí en la cátedra de astronomía. ¿Decidme, mi señor, qué queréis saber?

Mientras platicábamos, el alauita había ordenado, con un imperativo ademán, que unos criados trajeran una tetera con té humeante y un cuenco con leche caliente. Uno de ellos vertió la infusión en el vaso de cristal de su señor y, a continuación, hizo otro tanto con el del muftí y el mío.

—Acostumbro, sidi Alí Bey, a beber el té sólo, aromatizado con hierbabuena. Pero he mandado traer leche de cabra porque sé que los ingleses no lo beben sin añadirle leche. Y no sabía cómo lo tomabais.

—Agradezco, Sidi Mulay Sulaymán, vuestro deseo de satisfacerme, pero bebo el té como mi señor lo hace. No sigo esa nefasta costumbre europea que no tiene otro objeto que camuflar el rico sabor natural de esta excelente bebida.

—Bien, sidi Alí Bey. Aclarado el asunto del té, ¿qué opináis de este astrolabio que utilizo para regular mis relojes y saber las horas de la oración que, como sabéis, varían a lo largo del año. ¿Poseéis vos uno similar a este?

Y colocó sobre la mesa un pequeño y muy antiguo astrolabio de unos diez centímetros de diámetro.

—Veo que es un aparato de medición muy antiguo, que posee una placa mater pequeña y con los signos casi borrados, Sidi. Es probable que las mediciones que realizáis con él no sean muy exacta —dije, al mismo tiempo que libraba de su envoltura el astrolabio que yo había dejado sobre la mesa—. Éste que me han enviado desde Madrid, mi señor, está construido con latón, según las técnicas más modernas. Lo fabricaron en Nuremberg, en Alemania, y me lo regaló un astrónomo de esa nación con el que mantengo una gran amistad.

—Verdaderamente, es un aparato muy bello, sidi Alí Bey —manifestó el sultán.

—Y muy preciso en sus mediciones —añadí.

Sidi Mulay Sulaymán lo tomó de la mesa y lo manipuló girándolo en una y otra dirección mirándolo con mucha expectación.

—Lo he mandado traer desde Madrid, Sidi, para vos. Es uno más de los regalos con los que deseo pagar la hospitalidad que me han deparado, desde que puse los pies en esta ciudad, vuestros súbditos, especialmente el noble caíd, Sidi Abderrahmán al-Mfarrash y vos mismo.

El sultán alauita tomó el astrolabio y se lo acercó al pecho.

—De todos los regalos que me habéis hecho, sidi Alí Bey, no dudéis que es este que hoy me hacéis, el que me ha proporcionado mayor satisfacción. Cada vez que lo utilice para saber las horas de la oración, tendré presente al buen musulmán que me lo regaló y elevaré una oración al Altísimo para que os colme de felicidad.

Desde aquel día gocé de la amistad y el respeto del sultán de Marruecos.

Como antes sucedió con su gobernador, no desaprovechaba ocasión de congratularse conmigo, enviándome alguna ofrenda con motivo de alguna de las numerosas fiestas religiosas que se celebraban en la ciudad. Uno de sus criados me llevaba una bandeja con carne asada de cordero; otro día se trataba de verduras frescas o de unas babuchas nuevas y lujosas. Reclamaba mi presencia en su palacio, al menos una vez a la semana, para platicar con quien consideraba su amigo y sabio consejero. Conversábamos sobre historia y astronomía, sobre los *hadices* del Profeta o de las complicadas relaciones que mantenía el sultanato con Inglaterra y los Estados Unidos. A veces solicitaba mi opinión sobre la política que debía seguir con respecto a estas dos naciones, tema delicado que yo procuraba soslayar porque, como representante secreto del gobierno español, era norma que me mantuviera neutral, aunque mi corazón se revelaba y me dictara otra cosa, pues no era ajeno a las ofensas y provocaciones que España estaba sufriendo en el mar de la escuadra inglesa; provocaciones que, a no mucho tardar, sería la causa de que estallara una nueva guerra con los ingleses.

Una tarde me tuve que trasladar, precipitadamente, al palacio con un maletín en el que transportaba algunos aparatos de observación y el libro de Antonio de Ulloa, «Observaciones astronómicas y

físicas», que contenía varias tablas astronómica. Sidi Mulay Sulaymán había reclamado mi presencia, porque quería ver los instrumentos que yo poseía y que le explicara cómo se utilizaban y qué era lo que se podía averiguar con su uso. Tenía especial interés en ver cómo manejaba mi astrolabio, pues no lograba usar correctamente el que yo le había regalado.

Coloqué sobre la mesa que, en esta ocasión habían situado los criados en la parte del jardín del palacio que daba a la muralla y al acantilado, mi astrolabio de latón, el sextante, el catalejo, que también había llegado de Madrid, y el libro de Antonio de Ulloa. El sultán alauita no cabía en sí de gozo. Tomaba cada objeto, lo examinaba con detenimiento y, luego, lo volvía a depositar sobre la mesa. Para que compartiera la admiración que él sentía al contemplar aquellos aparatos, que creía, eran una proeza de la técnica y la modernidad, llamó a su muftí y a otros alfaquíes, que se hallaban conversando en otra zona del jardín, para enseñárselos.

—Os ruego, sidi Alí Bey, que uséis vuestro astrolabio para hacer una observación del cielo y que pueda aprender cómo se ha de utilizar —manifestó el sultán entregándome el aparato de observación estelar que mantenía en sus manos.

Tomé el astrolabio por el asidero y lo dejé suspendido con el plano de la placa mater y la regla señalando el sol. Calculé dos alturas del astro utilizando el círculo graduado multiplicador para obtener el punto en el que a esa hora del día nos encontrábamos. A continuación, hice que Sidi Mulay Sulaymán lo cogiera y lo moviera para que pudiera obtener la cifra en grados que yo había logrado señalar con anterioridad, quedando muy satisfecho de la experiencia. Luego abrí el libro de Antonio de Ulloa y le señalé una de las tablas astronómicas que el naturalista y astrónomo español había incluido en su obra y procedí a explicársela. Para terminar, monté sobre su trípode el catalejo y, después de ajustar las lentes, le rogué que mirase, a través de él, una embarcación que, en ese preciso momento, estaba entrando en el puerto de la ciudad. Quedó maravillado cuando contempló a los marineros y a los pasajeros en cubierta como si se hallaran a unos metros de distancia.

—Es maravilla este aparato, sidi Alí Bey. Había oído hablar de su

existencia, pero nunca tuve la oportunidad de tener uno tan cerca. ¿Podríais prestármelo el tiempo que aún permanezcáis en Tánger?

—No sólo os lo prestaré, mi señor, sino que, desde hoy, sois su dueño. Es otro regalo que tengo el placer de haceros.

El sultán alauita, rompiendo el protocolo, se acercó a mí y me abrazó efusivamente ante la mirada atónita del mufti y de los otros alfaquíes que presenciaban la escena.

En los días que siguieron se sucedieron las llamadas de Sidi Mulay Sulaymán para que acudiera a su palacio, pues quería platicar conmigo, alegando, las más de las veces, motivos banales e intrascendentes. Esa querencia hacía mi persona, que superaba con creces la que había recibido —y sufrido— del caíd al-Mfarrash, me agobiaba, aunque no podía rechazarla por ser él quien era y porque poseía el poder de abrirme las puertas de todo Marruecos o declararme persona non grata y acabar, firmando un simple documento de repudio, con mi proyectado viaje por tierras africanas. Yo procuraba satisfacer sus peticiones y sus deseos de saber, ya que había llegado a la conclusión de que el sultán, persona profundamente religiosa, me consideraba un hombre sabio enviado por el clementísimo Alá para que lo iluminara.

Cuando acudía a rezar la oración del viernes a la mezquita principal, reclamaba mi presencia para que me arrodillara y rezara a su lado delante del *mihrab*. Sin embargo, tanta deferencia me provocaba el justificado temor de que despertara la animadversión y los celos de las personalidades de su círculo más cercano, que se podían sentir relegadas a causa de las excesivas atenciones que me deparaba. Con el paso de las semanas, ese temor se fue incrementando. Viendo que mi situación en la ciudad podía deteriorarse peligrosamente, no deseaba otra cosa que Sidi Mulay Sulaymán diera por finalizada su estancia en Tánger y decidiera trasladarse con su séquito de consejeros, alfaquíes, sus mujeres, concubinas y criados, a otras de las ciudades imperiales o a algunos de los santuarios en los que acostumbraba a recalar en algunas ocasiones.

El día 12 de octubre, el sultán partió, acompañado de su numerosa corte, para dirigirse a Mequínez. Me invitó a seguirle, pero yo le dije

que deseaba permanecer en Tánger algún tiempo más, pues debía atender algunos asuntos en el consulado de España, además de tener que esperar el barco que procedía de Cádiz con las tiendas de campaña y otra impedimenta, que iba a necesitar para viajar por su sultanato. El alauita accedió, no sin mostrar su descontento.

En los días previos a la partida de Sidi Mulay Sulaymán y de su corte hacia Mequínez, decidí visitar a algunos relevantes personajes, miembros del *majzén*, que había conocido durante mis encuentros y conversaciones con el sultán, para despedirme de ellos.

Acompañado de mi amigo el cadí Abdalá Rasul, visitamos al primer ministro del *majzén*, Sidi Mohamed Salaui. Nos recibió en su alfaneque de campaña, que estaba instalado en el centro del amplio campamento militar formado por las tiendas de los soldados de la caballería del sultán y por su guardia personal. El ministro se hallaba sentado, a la manera de los mahometanos, directamente, sobre el terrizo suelo, sin ninguna estera o alfombra, y alumbrándose con una miserable linterna de hojalata colocada a su vera, lo que me sorprendió, porque pensaba que un personaje tan distinguido y de tan alta alcurnia, recibiría a los visitantes aposentado en una alfombra lujosa junto a una mesa de taraceas y alumbrándose con un reluciente quinqué de porcelana china.

Como no había en la tienda ni almohadones, ni cojines, tuvimos que sentarnos, como él, en el duro suelo la media hora que duró la conversación. Luego, Abdalá Rasul me explicó por qué vivía de esa manera tan humilde aquel ministro del sultán, que más parecía uno de los empobrecidos santones que piden limosnas en las puertas de las mezquitas, que todo un ilustre y poderoso miembro del *majzén*.

—Mohamed Salaui, sidi Alí Bey —me dijo, cuando cabalgábamos, él en su mula y yo en mi caballo tordo para dirigirnos a otra parte del extenso campamento con la intención de visitar al cadí Sidi Mulay Abdelmalek, primo del sultán—, pertenece a la respetada cofradía de los sufíes. Sus miembros aseguran que han logrado desprenderse de las cosas banales del mundo. Consideran al Profeta el hombre perfecto al que es necesario seguir como único guía espiritual y moral. Para los que siguen esa vertiente del Islam, amigo mío, un sufí es un muerto en vida. Se dedica a la contemplación y al rezo. Su

única aspiración es alcanzar la Verdad que está oculta en la palabra de Mahoma. El abandono de las riquezas y de los placeres del mundo, es su principal regla de vida.

Yo nada dije al bueno de Abdalá Rasul, pero no podía impedir que sus palabras me condujeran a las creencias y a la manera de vivir, alejada del mundo, de los antiguos anacoretas que se retiraban al desierto para vivir en la pobreza y la oración imitando a Jesús el Nazareno. Sin embargo, a mí me pareció que aquella postura del ministro Salaui no era más que una farsa, pura impostura o una hábil tramoya para ganarse el afecto y el respeto de la gente del común, como pude comprobar con el paso de los meses, pues su actitud hacia mí y su lujosa manera de vivir, no se compaginaban con los severos postulados de pobreza de los sufíes.

Al poco, dimos con la tienda de campaña en la que residía el primo del sultán, mientras que se hallaba lejos de sus palacios imperiales.

A diferencia del primer ministro, la tienda de Sidi Mulay Abdelmalek contenía muebles lujosos y alfombras de lana de muchos colores, que me dijo el cadí Rasul, las elaboraban las mujeres bereberes en las cabilas de las montañas. Sobre una especie de cómoda, se podía ver un espléndido candelabro de plata con varias velas apagadas. Abdelmalek ejercía el cargo de general de la guardia personal y los escoltas del sultán. Nos hizo sentar en una especie de colchón, mientras que él permanecía sentado en otro. Conversamos casi una hora de muchos temas, aunque procuraba dirigir la plática hacia mis costumbres y la vida que había seguido en Europa; no comprendiendo cómo un buen musulmán se podía adaptar a las maneras de vivir en las ciudades cristianas. Yo le dije que en Madrid, aunque no había mezquitas para poder rezar, con la ayuda del astrolabio podía orientarme y saber dónde se hallaba La Meca. En la intimidad de mi habitación —le aseguré—, realizaba las oraciones canónicas, como manda el Libro Sagrado, arrodillado sobre una estera, sin que habitar en el seno de una comunidad cristiana representara un obstáculo o un impedimento para mí.

Previamente a abandonar la tienda del general, le obsequié con un espléndido regalo. También entregué generosas gratificaciones a los porteros y a los sirvientes de aquel primo del sultán, que, al parecer,

gozaba de toda su confianza. A mi amigo el cadí Abdalá Rasul, le entregué una bolsa con bastante dinero para que, en mi ausencia, gratificara en mi nombre a los jefes de los escoltas del emperador alauita y a los alfaquíes de su séquito.

Antes de que el sultán marchara a Mequínez, quería dejar un buen recuerdo de mi estancia en Tánger, pues no era baladí pensar que siendo generoso con la gente, mi fama de buen y desprendido musulmán se extendería a otras ciudades del sultanato en las que, tarde o temprano, pensaba recalar.

El día 12 de octubre, una vez que hubo amanecido, partió Sidi Mulay Sulaymán con su séquito, sus consejeros, sus alfaquíes, sus mujeres, sus concubinas, sus criados y los miembros del *majzén*, acompañado de su numerosa guardia personal con destino a la ciudad de Mequínez.

El caíd, Sidi Abderrahmán al-Mfarrash, con una decena de jinetes, lo acompañó hasta una aldea que se hallaba situada a dos leguas de Tánger. Cuando estuvo de vuelta en su alcázar requirió mi presencia y me dijo que el sultán le había insistido en que me atendiera lo mejor que pudiera y que procurara satisfacer mis necesidades mientras estuviera en su ciudad.

Yo le pedí que, como aún no había arribado el barco desde Cádiz con las tiendas de campaña y el resto de la impedimenta, que se interesara por dicho barco y su anómala tardanza en el consulado de Inglaterra, pues no podría emprender el viaje que proyectaba sin las tiendas y los demás enseres, y temía que el navío pudiera haber sido interceptado por los ingleses de Gibraltar.

Aproveché las jornadas, hasta el día 25 de dicho mes, cuando, después de rezar la oración del mediodía, preparé la impedimenta y la trasladamos a un llano que había al otro lado de la muralla meridional de Tánger, para visitar a mis amigos y despedirme del caíd, del turco Sidi Mohamed, de los alfaquíes y del resto de autoridades y gente del común, que con tanto afecto y especial miramiento me habían tratado desde que desembarqué en el puerto de Tánger.

Dos días antes de abandonar la ciudad, me dirigí al consulado español para entrevistarme con el cónsul y con mi amigo Luis

Estébanez, el vicecónsul, que era el que estaba al tanto de las misiones que yo debía realizar en Marruecos por mandato de don Manuel Godoy. Quise saber los nombres y las labores y funciones que desempeñaban aquellos que serían mis contactos en las otras ciudades del sultanato: Mequínez, Fez, Rabat y Marrakech. En aquellas en que España tenía consulado, sería el cónsul al que debía informar. En Fez, donde no lo había, me proporcionó Luis Estébanez el nombre de un comerciante de Cádiz que tenía casa de negocios abierta en esa ciudad y mantenía muy buenas relaciones con el *majzén*, pues era uno de los principales abastecedores del ejército marroquí.

Por suerte, el barco de Cádiz había arribado sin haber sufrido ninguna desgracia en el transcurso de su singladura, el día 23, y pude disponer de las tiendas y de los enseres que me habían enviado desde España.

Para montar las tiendas y transportar mis instrumentos y la impedimenta, contaba con mis criados, Aslam y Farid, a quienes se habían unido dos más: Karim y un bereber que decía conocer como la palma de su mano los senderos y las montañas de todo Marruecos, que se llamaba Ayrad, que en lengua bereber significa «león». Trasladaron en unas tres horas, siguiendo mis órdenes, las tiendas de campaña, los utensilios de cocina, las mantas para abrigarnos en las noches frías, mis aparatos de observación y, en un arcón, la resma de papel, los tinteros y los cálamos que iba a necesitar para redactar mis informes y escribir mi diario con las incidencias del viaje.

En un cofre, el dinero que me haría falta para atender los gastos de cada jornada y poder desenvolverme en las ciudades que iba a visitar; aunque portaba el documento, expedido por la Real Hacienda y rubricado por don Manuel Godoy, autorizando a los cónsules y embajadores de España, a proporcionarme numerario en caso de que lo necesitara en el transcurso de mis desplazamientos. Los cinco soldados de mi escolta, que había contratado por recomendación de las autoridades españolas, cabalgarían en sus rocines; yo lo haría en mi caballo tordo y los criados montados en sus acémilas.

Por la tarde me visitó el caíd, acompañado de mi amigo, el juez Abdalá Rasul, de varios alfaquíes y de un grupo de criados. Los invité a entrar en mi tienda para que tomaran el té conmigo. He de decir que era una tienda muy amplia, pues ocupaba una superficie de unos veinte metros cuadrados, midiendo cuatro de altura. Era de doble cubierta, confeccionada con la mejor lona. La cubierta externa se había embreado para que no la atravesara el agua de la lluvia. Estaba equipada con varias alfombras de lana, cojines, un pequeño escritorio, y dos cofres, uno conteniendo mis instrumentos de escritura y observación, mis libros y mi ropa de uso diario, y otro, más reducido, en el que guardaba los documentos y el dinero.

Antes de que el sol se ocultara y los alguaciles cerraran las puertas de la ciudad, mis ilustres visitantes se vieron obligados a regresar a sus hogares.

Se despidieron afectuosamente, no sin haberme dejado, cada uno, a modo de ofrenda, algunos alimentos no perecederos: pescado salado, queso curado y un par de gallinas de las que se hicieron cargo Aslam y Farid. En aquel lugar, pasamos la noche. Los soldados encendieron una gran hoguera que, al mismo tiempo que nos iluminaba, nos proporcionaba un calor reconfortante, porque, avanzado el mes de octubre, en esas regiones montañosas del norte de África, la temperatura descendía considerablemente. Con mi termómetro, a la una de la mañana observé que había bajado a los trece grados.

Antes de que aparecieran los primeros rayos de sol por oriente, nos alzamos de nuestras esteras y los criados, ayudados por los soldados, comenzaron a desmontar las tiendas y a preparar los equipajes y los demás enseres para cargar todo en las grupas y las jamugas de las cuatro acémilas que había comprado para que ejercieran ese trabajo.

El día 26 de octubre del año 1803, a las siete de la mañana, emprendimos la marcha en dirección sur con la esperanza de poder alcanzar la ciudad de Mequínez, trascurridas unas ocho o nueve jornadas, si no acontecía algún suceso imprevisto.

V

MEQUÍNEZ: LA CIUDAD DE LOS CIEN ALMINARES

La caravana estaba formada por diez personas: cuatro criados, cinco soldados de la escolta y yo mismo. Los animales eran ocho mulas (cuatro para los criados, otras cuatro para transportar la impedimenta y las tiendas desmontadas) y seis caballos, el mío tordo, y los cinco de los escoltas. Además de mi tienda de campaña, disponíamos de otras tres, una de ellas utilizada como cocina y despensa, otra para dormitorio de los criados y otra para el descanso de los escoltas.

En tanto que cabalgábamos por un sendero que atravesaba numerosas colinas cubiertas de matorrales, separadas, de vez en cuando, por algunos arroyos de escaso caudal, que bordeaba unas altas montañas, ensimismado en mis meditaciones, pensé que, un cristiano, tornado en musulmán, criado en países de la civilizada Europa, se veía, por primera vez encabezando una caravana, surcando una tierra desconocida y, probablemente peligrosa, con la única defensa, en caso de necesidad, de cinco soldados que, según me aseguraron en el consulado, eran leales y valerosos.

¿Qué me esperaba en aquellas regiones ignotas y en unas ciudades que, decían, eran el alma y el corazón del sultanato de los alauitas? ¿Sería acogido con la misma afabilidad y generosidad que en Tánger? ¿Podría llevar a cabo la misión que me había encomendado el Príncipe de la Paz, sin despertar las sospechas y el recelo de las autoridades marroquíes ni sufrir las injerencias de los agentes ingleses o franceses? ¿Acabaría en una de las prisiones de aquel extenso Imperio, delatado por alguien al que consideraba amigo y confidente? ¿Vería frustrado mi ardiente deseo de culminar aquel viaje accediendo a la ciudad santa de La Meca, destino vedado para cualquier explorador o viajero europeo?

Como esas preguntas no podía contestarlas hasta que hubiera

andado el camino y pudiera mirar hacia atrás para ver el resultado de la andanza, me dediqué a contemplar el paisaje y a observar a los criados azuzando a las mulas y a los escoltas cabalgando, tres delante de la caravana y dos de ellos detrás. A las seis de la tarde, tras haber hecho alto una media hora al mediodía para dar descanso a las monturas, rezar la oración que tocaba y tomar el almuerzo, arribamos a un río que decían Hed el-Garbia, en cuyas orillas decidí que pasaríamos la noche.

Mientras que los criados y los soldados se afanaban en instalar las tiendas, yo dejé mi caballo ramoneando en el borde del camino y deambulé un rato por la ladera de una colina en la que crecían muy diversas clases de plantas. A lo lejos se veía un rebaño de ovejas y los dos pastores que las cuidaban sentados en una peña. Antes de retornar al campamento recogí varias plantas para mi herbario, entre ellas una rama de una clase de helecho que nunca había visto y una hoja de palmito que solo crece en el sur de Andalucía y en el norte de África.

La noche se precipitó sobre aquella comarca de manera brusca, casi sin transición con el día, fenómeno que yo atribuí a estar el campamento en el fondo de un valle, rodeado de una cadena de montañas por occidente. Como el paisaje se presentaba espléndido, el cielo sin nubes, plagado de estrellas que tintineaban como si desearan saludar a los viajeros, y soplaba una suave, pero fresca brisa, ordené a los soldados que encendieran una gran hoguera. Sentados a su alrededor, después de haber rezado la última oración del día, procedimos a cenar y a mantener, en la sobremesa, una distendida y amena plática. Aunque no fue muy extensa ni participativa, porque todos estábamos agotados por la andanza del día.

Calculé que habíamos cabalgado, entre Tánger y Hed el-Garbia, una distancia de veintinueve kilómetros.

Al amanecer el día 28 de octubre, después de desmontar las tiendas los criados y cargar la impedimenta sobre las acémilas, emprendimos ilusionados el segundo día de marcha de aquel viaje.

El tiempo había cambiado. El cielo se había ido cubriendo de nubes grises y comenzó a soplar un viento fuerte y húmedo que llegaba

desde el nordeste, que los soldados llamaban *sharki*. Los escoltas se cubrieron el rostro con el extremo de sus turbantes y los criados se taparon la cabeza con las caperuzas de sus chilabas. Yo me ajusté una especie de caftán de lana, también con capuz o capucha sobre mi turbante de lana. Aquella clase de albornoz no solía utilizarse en las ciudades en primavera y verano, pero era bueno para el invierno y para los desplazamientos por el campo. Lo había adquirido en una tienda de Tánger regentada por judíos que, al decir de mi amigo el cadí Abdalá Rasul, eran los mejores de todo Marruecos. He de referir a mis futuros lectores, que las cómodas babuchas que usaba a diario en mis paseos por la ciudad y en mi hogar, las tuve que cambiar por unas botas de caña alta, parecidas a las que le regalé a Sidi Mohamed, que era el calzado apropiado para andar por los escabrosos senderos de montaña.

Caminamos por un territorio similar al que habíamos dejado atrás, aunque a eso de las once de la mañana, el terreno empezó a elevarse y a aparecer por el suroeste unas formaciones rocosas muy altas, cubiertas, a veces, de algunos raquíticos bosquecillos. Acompañado de dos escoltas ascendí a la que parecía de mayor altura y, desde su cima, pude contemplar el cabo Espartel y el mar azul que se perdía en el horizonte.

A las cuatro de la tarde comenzamos a cruzar un terreno cubierto de prados verdes en los que pastoreaban varios rebaños de ovejas y de cabras e, incluso, a la orilla de un arroyo bastante caudaloso, vi pastar una decena de vacas cuidadas por dos mozalbetes. Ayrad les preguntó, en la lengua bereber, que si había cerca algún poblado o aduar con gente para poder acampar en compañía de aldeanos y adquirir algunos alimentos.

—Sidi, a una hora de marcha está el aduar en el que nosotros habitamos. Lo llaman Dar Rissana y los martes está muy concurrido porque los campesinos de los alrededores acuden a él para vender sus productos en el zoco semanal que se celebra —dijo el muchacho en la lengua amazigh.

A las seis encontramos el aduar que dijo el mozalbete. Instalamos las tiendas en un llano que había a unos cien metros de las primeras casas de aquella aldehuela, construidas con paredes de barro,

técnica que ellos llaman *tabiya* y, en España, tapial, y cubiertas con tejados de aneas. Luego supimos que aquel llano era el lugar donde instalaban los martes el zoco. Los pobladores de Dar Rissana, que decían pertenecer a la tribu Sahel, se mostraron hospitalarios y muy generosos, pues nos obsequiaron con leche de cabra y pan de cebada.

Antes de recluirnos en las tiendas para dormir, saqué mi astrolabio e hice unas mediciones que dieron como resultado que nos hallábamos a 23 grados de longitud, y 35 grados y 11 minutos de latitud, lo que quería decir que estábamos a unos cincuenta y cinco kilómetros al sur de Tánger. Como sabía que no se hallaría muy lejos de aquel lugar, la ciudad de Larache, le pregunté al jefe de la comunidad que cuántos kilómetros podría haber hasta esa población, que ellos conocen como Laraish. Me dijo que se hallaba junto al mar, al oeste, aunque no supo decirme los kilómetros que nos separaban de ella. Aunque yo, haciendo de nuevo uso del astrolabio, calculé que Larache estaría a unos trece kilómetros en dirección suroeste.

A las siete de la mañana del día 28 de octubre, con las primeras luces, mandé desmontar las tiendas y emprender la marcha en dirección suroeste, no sin antes haber agradecido al jefe local de los hospitalarios habitantes de Dar Rissana, las atenciones que habían tenido con nosotros. A poco de haber abandonado el aduar nos internamos en un espeso bosque de encinas que se prolongaba unos cinco kilómetros. A las nueve, hicimos alto a orilla de un río que dijo Ayrad que se llamaba río Makhazén, que significa río de los Graneros, para realizar la primera oración del día y tomar el desayuno, consistente en queso curado, leche de cabra y pan recién horneado que habíamos adquirido en Dar Rissana.

Entretanto que degustábamos aquella primera y reconfortante comida del día, recordé lo que había acontecido en aquel lugar hacía doscientos veinticinco años, en 1578. Les relaté a mis compañeros de andanza que allí, a orillas de ese río, tuvo lugar una gran y decisiva batalla, conocida como de Alcazarquivir o de Los Tres Reyes, entre las tropas del sultán saadí Abdelmalek y del pretendiente al trono, Mutawakil, y el rey de Portugal, don Sebastián, que acabó con

la muerte de los tres mandatarios y con el ambicioso proyecto del rey portugués de conquistar el norte de Marruecos.

A la una del mediodía habíamos llegado a los alrededores de la ciudad fortificada de Alcazarquivir, rodeada de antiguas murallas de tapial, aunque desaparecida en algunos tramos. Acampamos en un llano que había al este de la ciudad, a no mucha distancia de un recodo que hacía el río Lukus. Como era viernes, una vez que dejé organizado el campamento, acompañado de mis criados y del jefe de los escoltas, entré en Alcazarquivir para rezar la oración del mediodía y escuchar al imán en la mezquita principal. Era la mejor de las tres que había en los diferentes barrios, pero su estado era deprimente. Las paredes no debían haber sido encaladas en décadas, aunque en el interior aún pervivía una hermosa decoración de arquillos ciegos. Luego paseamos por el zoco y por algunas calles de la medina, muy concurridas, en las que tenían sus negocios algunos musulmanes ricos y los judíos, descendientes de los que fueron expulsados de España por los Reyes Católicos en 1492. Era aquella una ciudad grande, más extensa y poblada que Tánger, aunque menos cosmopolita y moderna. Por la medina deambulaba mucha gente bien vestida. Las mujeres, como en Tánger, caminaban por las calles con un velo cubriéndoles el rostro. Aunque anoté en mi diario que las que vivían en los aduares y las aldeas rurales de aquella comarca no se tapaban el rostro con velos, sino que se cubrían la cabeza con unos graciosos sombreros de paja o palmas con colgaduras de lana de varios colores.

A las ocho de la tarde recibí en mi tienda a un enviado del gobernador de Alcazarquivir, que me transmitió saludos muy afectuosos de su señor y me obsequió con una opípara cena. Antes de despedirse me dijo que el gobernador tenía el placer de proporcionarme tres soldados de a caballo para mi seguridad, hasta que la caravana llegara a Mequínez. Yo creía que no necesitaba más escoltas, porque lo cierto era que lo andado hasta ese día había estado exento de cualquier clase de amenaza, pero le mostré al enviado mi agradecimiento por el interés que mostraba su señor por mi seguridad y la de mis compañeros de viaje, y acepté su ofrecimiento.

Al llegar la noche, el cielo de cubrió con un espeso manto de nubes negras que amenazaban con descargar una impetuosa lluvia. Esa circunstancia impidió que pudiera realizar las observaciones y las mediciones que hacía cada día. A eso de las once, cuando estábamos todos recluidos en nuestras tiendas, comenzó a diluviar, precipitaciones que iban acompañadas de violentos rayos y continuos truenos. Aquel mal tiempo duró hasta que, al amanecer, volvió la calma y el sol naciente iluminó el paisaje y los gastados muros de la ciudad.

Sin embargo, no pudimos iniciar la marcha a la salida del sol, como acostumbrábamos, porque el suelo arcilloso se había transformado en un lodazal y, cuando intentamos volver al sendero, las acémilas, cargadas con la impedimenta y las tiendas desmontadas, resbalaban y se dejaban caer sobre el terreno. Hasta las once de la mañana no pudimos emprender la andanza. Poco después cruzamos el río Lukus por un vado que utilizaba la gente para trasladar sus rebaños a la otra orilla. Nos contaron que el poco caudal que presentaba, mediado del mes de octubre, estaba motivado por el largo y seco verano que pasó, pero que ese río era famoso por sus grandes avenidas y desbordamientos, que asolaban, cada año, los campos de cultivo y las aldeas situadas en sus riberas.

Continuamos la ruta en dirección sur, atravesando algunos campos cultivados y pastizales en los que pastaban rebaños de ovejas, hasta dar con un conjunto de colinas de poca altura cubiertas de vegetación arbórea que pronto se convirtió en un paisaje montuoso cortado por valles estrechos. Después de un breve descanso al mediodía, llegamos a un prado, situado junto a un arroyo de aguas cristalinas que iría a desembocar en el Lukus por su lado izquierdo, en cuyas orillas había dos aduares, constituidos, cada uno, por una decena de casas con las paredes hechas con troncos de árboles, y los techos cubiertos con lona.

Eran las cinco de la tarde cuando decidí dar por terminada la jornada de marcha y ordené que se instalaran en ese lugar las tiendas de campaña. Estando en esa labor, me sorprendió ver unas enormes bandadas de pájaros que volaban en dirección al nordeste y cuyas especies no logré identificar dada a la gran altura que

cruzaban el cielo. Y digo que me sorprendió, porque de acuerdo con los estudios del naturalista español Andrés Ferrer de Valdecebro, en los meses de otoño lo normal era que esas bandadas de aves, procedentes del norte de Europa, para huir de los fríos invernales volaran en dirección sur, buscando las templadas tierras de África meridional, pero no hacia el nordeste.

Como había empezado a lloviznar y el cielo de cubrió de nubes impidiéndome otra vez realizar mis observaciones, antes del anochecer y después de tomar una cena frugal, nos recluimos en las tiendas para dormir, esperando que el tiempo no empeorase y pudiéramos reemprender la marcha con la salida del sol.

A las siete y media de la mañana levantamos el campamento y reemprendimos la andanza en dirección sur sureste. Comenzaba la quinta jornada del viaje desde que lo iniciamos en Tánger.

Había amanecido un día espléndido, con un cielo azul sin nubes y soplando una suave, aunque fresca, brisa. Como el terreno que pisábamos era bastante arenoso y el agua de la lluvia drenaba sin formar charcos ni lodazales, los perniciosos efectos de la tormenta pasada ya habían desaparecido. A la una y media de la tarde dimos con uno de los afluentes del río Sebú y, pasadas dos horas, con ese caudaloso y profundo río, que cruzamos en una gran barca que usaban los naturales para pasar de una a otra orilla los pasajeros, las bestias y sus cargas.

En ese trabajo estuvimos atareados más de tres horas, porque además del inconveniente de tener que descargar y volver a cargar las mulas, como no había ninguna plancha de madera o embarcadero para que los animales pudieran acceder a la embarcación, las tercas mulas se resistían a entrar en ella, aunque los criados las azuzaran con sus varas de acebuche y sus gritos. Al cabo, entre los criados y los soldados de la escolta, lograron meterlas en la barca a fuerza de golpes y empujones.

A unos trescientos metros del lugar por el que cruzamos el río, había un aduar formado por medio centenar de casas de adobe que formaban varias calles terrizas. En un llano cercano decidí acampar.

A eso de las cinco de la tarde, se acercó el jefe de la aldea, acompañado de varios aldeanos para obsequiarnos con un borrego,

bastante cebada y leche de cabra. He de referir que mi criado bereber, Ayrad, a veces construía, antes de acostarse, un pequeño horno con barro que usaba, al día siguiente, una vez seca la arcilla, para cocer algunas teleras de pan con la harina de cebada, que eran acogidas con grandes muestras de regocijo por todos los miembros del campamento.

Antes de que anocheciera, recorrí el paisaje que nos rodeaba acompañado de mi fiel criado Aslam montado en su mula. Desde lo alto de un monte pude divisar una cadena montañosa que recorría la región por el este. Al final de la misma —me dijo uno de los jinetes que se habían unido a la comitiva en Alcazarquivir— se hallaba la ciudad de Fez.

Una vez que hube regresado al campamento, hice las observaciones y mediciones oportunas, y calculé que esa ciudad se encontraba a unos sesenta y cinco kilómetros de distancia hacia el sureste.

Al día siguiente, 31 de octubre, nos pusimos en marcha a las siete y cuarto de la mañana, cuando aún el sol no había aparecido por encima de las crestas de las montañas. A eso de la una de la tarde llegamos a la orilla del río que decían Redom, ancho y profundo, pero vadeable en algunos tramos. Como cambiaba en varias ocasiones de dirección, trazando grandes meandros, tuvimos que cruzarlo hasta tres veces antes de acceder a una llanura cubierta de matorrales y de algunos campos de cultivo que antecedía a la cadena de montañas.

A las cinco de la tarde decidí instalar el campamento al pie de una colina, no lejos de un manantial de abundante caudal en el que se originaba un arroyo que, sin duda, acabaría desaguando en el río Redom, y no lejos de varios aduares y de unas *zawiyas* o morabitos que decían se llamaba de Sidi Kacem. En uno de ellos rezamos nuestras oraciones antes de retirarnos a descansar en las tiendas.

Al día siguiente, que amaneció lluvioso, decidí que emprenderíamos la marcha a las nueve de la mañana.

En las primeras horas nos vimos obligados a cambiar la dirección que habíamos tomado de sur sureste al este y, luego, de nuevo al sur, porque el terreno, muy accidentado, impedía seguir la ruta más

adecuada y directa. Pero, por fin, a la una y media de la tarde, alcanzamos la cima de un monte desde el que se veía el curso del río de Mequínez, que dicen Bu Fekrán, y, más lejos, sus altas murallas, que abarcaban, separadamente, extensos barrios y arrabales rodeando la medina y la alcazaba de aquella ciudad, que era el siguiente destino de nuestro viaje.

Vista desde lo alto del monte, Mequínez presentaba una hermosa vista, con sus torreones cuadrados que reforzaban el recinto defensivo y las concurridas puertas. Por encima de las murallas y de los edificios, destacaban los minaretes de las numerosas mezquitas que se habían ido erigiendo, a lo largo de los siglos, en cada barrio y en cada arrabal de Mequínez, característica por la que, en todo Marruecos, era conocida como «la ciudad de los cien alminares».

A las dos y media, entramos en la concurrida medina por la llamada Puerta Nueva, aunque antes dirigí mis pasos para rezar en la famosa *zawiya* situada extramuros donde estaba enterrado Sidi Mohamed ben Aissa, el santo patrón de la ciudad, fundador de una de las más antiguas cofradías de Marruecos, conocida como de los Aissaua.

Me sorprendió, agradablemente, ver los olivares y las numerosas huertas que rodeaban la ciudad, regadas con acequias por las que discurría el agua que sacaban del río, allí donde el nivel del terreno lo permitía, o con norias de sangre en las zonas más elevadas. Todas ellas, primorosamente cuidadas y cultivadas, separadas por cercados de matas de romero o arrayán, o muretes erigidos a la piedra seca, y con pequeñas casas de campo o almunias, donde debían residir sus dueños, los hortelanos.

La suave llovizna, que seguía cayendo, hacía resplandecer el verdor del trigo y la cebada recién nacidos, las lechugas, las coles y las matas con las habas de otoño. Uno de los escoltas me aseguró que esa hábil manera de cultivar, la trajeron los musulmanes de Andalucía cuando se vieron obligados a huir en tiempo de los Reyes Católicos o, más tarde, tuvieron que exiliarse al norte de África tras el Decreto de expulsión firmado por del rey Felipe III de España.

Lo primero que hice fue mandar a Aslam y al jefe de los escoltas a la alcazaba con una carta para el primer ministro del sultanato, Sidi Mohamed Salaui, al que ya conocía, anunciándole mi llegada. He de

decir que los tres soldados que me proporcionó como escolta el gobernador de Alcazarquivir, habían retornado a su ciudad una vez que hubimos entrado en Mequínez.

Transcurrida media hora, estando en la extensa y concurrida plaza de Al-Hedim, junto a la puerta que llaman de Mansur al-Aleuj, se me acercó un oficial del palacio, acompañado de dos soldados, mandados por el sultán, que me trasladó el afectuoso saludo de Sidi Mulay Sulaymán y me daba la bienvenida. A continuación, me condujo a una buena casa situada no lejos de la alcazaba, para que me hospedara en ella los días que permaneciera en la ciudad. Mi comitiva había quedado acampada en un llano que se hallaba extramuros, delante de la Puerta Nueva.

Una vez instalado en la vivienda, me visitó el superintendente del tesoro, enviado por el propio sultán. Después de agasajarme con algunos regalos y con efusivos cumplidos, me dijo que le expusiera todo aquello que pudiera necesitar, tanto para mí como para la gente que me acompañaba y los animales de la caravana, pues tenía el mandato de proveerme y atender todos mis gastos sin excepción. Le hice una relación de las cosas que íbamos a necesitar y él las anotó en un cuaderno que portaba. Antes de que anocheciera, Sidi Mulay Sulaymán me mandó, con unos criados, una suculenta cena en una gran cazuela de barro compuesta de carne de cordero asado en contacto directo con las brasas, aderezada con aceite de oliva, ciruelas y especies varias.

Aquella noche, antes de acostarme, escribí en mi diario todo lo acontecido en los últimos días, haciendo hincapié en la enorme consideración y el respeto que me dispensaban las autoridades del sultanato y los dirigentes locales.

En aquellos días, pensaba que esa familiaridad y la cercanía con que era tratado, favorecerían la misión que don Manuel Godoy me había encomendado. Aunque, como el lector podrá comprobar, si continúa leyendo este relato, todo ese proyecto diplomático y militar se desmoronó transcurrido algo más de cuatro años, cuando el todopoderoso Príncipe de la Paz cayera en desgracia y los franceses se adueñaran de España; aunque antes había tenido yo que abandonar, precipitadamente, Marruecos por los motivos que, más

adelante expondré. A partir de ese día, aquella misión —que nunca había dejado de ser una ilusión en la mente del ministro del rey Carlos IV— se diluyó en la historia como un terrón de azúcar se disuelve en una taza de café caliente, obligándome a dar un nuevo rumbo a mi vida.

A la mañana siguiente fui a visitar a Sidi Mohamed Salaui a su alcázar.

El amable y atento ministro, me abrazó y besó, ante el asombro de sus allegados y criados, rompiendo con esa manera de proceder, el rígido protocolo palaciego, pero, sin duda, con el deseo de expresar el gran aprecio y el respeto que me tenía. Aprecio que al paso de dos años se transformaría en odio y deseos de venganza, como el lector alcanzará a comprender cuando relate lo acontecido en el puerto de Larache en el mes de octubre del año 1805.

—Seas bienvenido a Mequínez, sidi Alí Bey, mi buen amigo —dijo a modo de saludo. Y tomándome de un brazo me condujo a los almadraques de lana que ocupaban la pulida superficie de madera de una tarima de poca altura— ¿Estás siendo bien atendido? ¿Se encuentran satisfechos con el trato recibido tus criados y los soldados de tu escolta que están acampados junto a la Puerta Nueva?

—No tenemos la menor queja, Sidi Mohamed Salaui. Nos tratáis como a verdaderos amigos y hermanos y, en nombre de todos los que forman mi caravana, quiero expresaros nuestro sincero agradecimiento por vuestras atenciones y vuestra hospitalidad —aduje.

—No hacemos, venerable sidi Alí Bey, sino cumplir lo que manda el Libro Sagrado, que asegura, como tú bien sabes, que aquél que da cobijo y ofrece hospitalidad al pobre y al necesitado, más felicidad hallará en el Paraíso el día del Juicio Final —respondió el primer ministro del sultanato alauita—. Sé que esperas con ansias ser recibido por nuestro señor el sultán —continuó diciendo Sidi Mohamed Salaui.

—Ese es mi ardiente deseo, mi señor. Pero no quiero importunar al sultán de todo Marruecos, que sin duda, debe estar ocupado en asuntos de gran importancia para el buen gobierno y la

administración del sultanato —manifesté, pues, ciertamente, el principal motivo de aquella visita era, además de saludar y mostrar mi agradecimiento al primer ministro, solicitar un encuentro y poder saludar a Sidi Mulay Sulaymán, al que consideraba un amigo desde que intimamos en Tánger.

—Esta tarde he sido convocado por el sultán para celebrar una reunión en la que se tratará de la reconstrucción de una parte de las viejas murallas. Le haré saber que deseas ser recibido en palacio. Seguro que se alegrará. Marcha a tu residencia, sidi Alí Bey, y espera. Cuando Sidi Mulay Sulaymán me anuncie el día y la hora en que puedas acudir a palacio, te lo comunicaré por medio de una misiva que te llevará un soldado.

El día siguiente, que era el 3 de noviembre, lo pasé en la casa que generosamente me había proporcionado Sidi Mohamed Salaui, a la espera de recibir la carta con la confirmación de la cita con el sultán.

Solo la abandoné al mediodía, durante una hora, para rezar en la mezquita y dirigirme al campamento que habíamos instalado junto a la Puerta Nueva. Quería saber si mi gente se encontraba bien de salud o necesitaba algún dinero para su mantenimiento. Pero Aslam y Farid me aseguraron que estaban muy bien atendidos, porque el primer ministro los tenía abastecidos de pan tierno, leche, hortalizas y carne asada de cordero.

A las cuatro de la tarde, llegó a la vivienda un soldado con una nota en la que decía que Sidi Mulay Sulaymán me recibiría al día siguiente a las doce y media. Que vendría a buscarme una escolta formada por doce hombres, para conducirme a la mezquita del palacio. Que, como era viernes, el sultán quería rezar la oración principal de la semana en mi compañía.

Una vez que hubo finalizado la oración y escuchado el sermón del imán y realizada la plegaria comunitaria, nos trasladamos a las habitaciones palaciegas, situadas a escasos metros del oratorio. Allí, aposentados en unos lujosos almadraques de lana y tomando un refrigerio que acabó con la degustación de un té aromatizado con hierbabuena, dedicamos una media hora a platicar.

—He de partir, transcurridos dos días, hacia Fez, mi buen amigo. En esa ciudad se celebrará una reunión de las principales cofradías de

todo Marruecos. Estará presidida por el *cherif* de la *zawiya* de Mulay Idris, descendiente del Santo Profeta; y yo debo acompañarlo en tan relevante ocasión —anunció el sultán alauita—. Me gustaría que vinieras a Fez y pudieras conocer e instalarte en esa noble ciudad. Acércate a la mansión de mi ministro, Sidi Mohamed Salaui, y acuerda con él todo lo concerniente al viaje.

Yo había proyectado continuar mi andanza hasta Fez y, luego seguir a Rabat y Marrakech, sin el patrocinio del sultán. Pero esa invitación de Mulay Sulaymán, me permitiría viajar con el beneplácito y el apoyo político de quien era el dueño y señor del Imperio marroquí. Por eso, oída la proposición del sultán, incliné la cabeza, lo saludé al modo musulmán, llevándome la mano derecha a la frente, y le pedí permiso para abandonar el palacio, pues había observado que el alauita mostraba claros signos de cansancio. Antes de dirigirme a mi casa, me detuve en la mansión de Sidi Mohamed Salaui y le dije a los soldados que hacían guardia en la puerta, que el sultán me enviaba para que su señor me asesorara sobre ciertos asuntos. Que les rogaba que transmitieran esa orden al primer ministro.

Pasados unos minutos me hallaba sentado sobre uno de los almohadones que había en el despacho de quien ostentaba la presidencia del *majzén*. Después de exponerle cuál era el deseo del sultán, me rogó encarecidamente que le pidiera cuanto iba a necesitar para realizar el viaje hasta Fez.

—Una vez en la capital de los idrisíes, no debes preocuparte por el hospedaje —añadió Sidi Mohamed Salaui—. Te alojarás en la casa del jerife o jefe de la familia Mulay Idris, llamado Hajj Idris, un hombre justo y muy venerado, aunque anciano, que hace de la hospitalidad su manera de cumplir con los mandatos del Santo Profeta. Él se encargará de tu manutención. En cuanto a los miembros de tu caravana, se han de establecer en el llano que precede a la puerta Al-Guissa, situada al norte de la ciudad. Daré órdenes para que se les atienda convenientemente y que nada les falte.

—Le estoy muy agradecido, Sidi Mohamed Salaui, por facilitarme con tanta generosidad y premura nuestro desplazamiento y nuestra estancia en Fez —manifesté emocionado, porque de nuevo me

prodigaban aquellos nobles señores su trato amable y generoso, siendo yo un extranjero de humilde origen, aunque para ellos, descendiente de la prestigiosa zaga de los príncipes abbassíes, y con la secreta misión de averiguar cómo podría España intervenir en Marruecos para lograr recuperar su perdida preeminencia política en la región.

A continuación, el primer ministro de Sidi Mulay Sulaymán, hizo un ademán para indicarme que la conversación había terminado y que podía abandonar su casa palacio y regresar a la vivienda que me había proporcionado.

Antes de que anocheciera me trasladé al lugar donde se hallaba instalado mi campamento, en el llano que había junto a la Puerta Nueva, y ordené al jefe de los escoltas que reuniera frente a mi tienda a los criados y al resto de los soldados. Una vez que estuvieron todos congregados a mi alrededor y sentados sobre el suelo al modo musulmán, les hice partícipe de cómo, a la mañana siguiente, emprenderíamos de nuevo la andanza; en esta ocasión para viajar hasta la ciudad de Fez, por invitación y bajo el patrocinio y la protección del califa alauita y de su generoso primer ministro Sidi Mohamed Salaui.

Les dije que este noble señor correría con los gastos de aquella expedición que nos llevaría a la ciudad conocida, también, como la capital de los Idrisíes, por haber sido aquellos emires, descendientes del profeta Mahoma, los que la fundaron hacía siglos.

Les insté a que, al día siguiente, antes de que amaneciera, estuvieran preparados para iniciar la marcha, las tiendas desmontadas y la impedimenta colocada sobre las jamugas y las grupas de las acémilas. Para poder supervisar los preparativos de la marcha, dejé la vivienda en la que estuve hospedado en la ciudad y pernocté aquella noche en mi tienda con los restantes miembros de la caravana.

Antes de que el sol hubiera aparecido por encima de las montañas de oriente, me despertaron unos ruidos extraños y los relinchos de unos caballos. Se trataba de la intempestiva llegada al campamento de cinco soldados de a caballo que Sidi Mohamed Salaui había decidido que se sumaran a mi escolta,

A las nueve de la mañana, abandonamos Mequínez avanzando en dirección este por un sendero de tierra batida que debía ser frecuentado por campesinos y mercaderes, pues se hallaba muy bien conservado. Seguimos esa dirección, durante un par de horas, aunque luego tuvimos que escorarnos hacia el nordeste, que era donde se encontraba la ciudad de Fez.

El día se presentaba espléndido, con un cielo libre de nubes y soplando una suave brisa del sur que, según los nuevos escoltas, nos acompañaría hasta que alcanzáramos nuestro destino.

VI
FEZ, CAPITAL DE LOS IDRISÍES

El viaje desde Mequínez a Fez fue sumamente agradable, porque el buen tiempo nos acompañó todo el trayecto y porque atravesábamos muchos campos cultivados; con aldeas y almunias habitadas por gente amable y curiosa que se acercaba a la caravana para saludarnos y preguntarnos de dónde veníamos y a dónde nos dirigíamos. Con frecuencia acudían algunas muchachas para ofrecernos leche o teleras de pan. Yo había calculado, después de hacer mis observaciones, que estábamos a una distancia de entre sesenta o sesenta y cinco kilómetros de Fez, trayecto que deberíamos cubrir en dos jornadas largas.

Antes de dar por terminada la primera de estas jornadas de marcha y comenzar a instalar las tiendas en la orilla de un río bastante ancho y caudaloso, que se llamaba Wadi Mikkés, dejamos a la izquierda, como a unas dos leguas, una elevadísima montaña, de cumbres nevadas, que decían el monte Zerhún y, hacia el sur, una cadena montañosa, también nevada, donde, según uno de los escoltas, se hallaba la población de Azrú, rodeada de grandes bosques de cedros.

Al día siguiente, antes de partir a las ocho de la mañana, desayunamos pan de trigo que Aslam y Farid adquirieron en una aldea cercana. Luego, iniciamos la marcha por un sendero de tierra batida que cruzaba muchas huertas y, a veces, bosquecillos de una especie arbórea que no pude identificar. Según nos acercábamos a Fez, el paisaje se fue transformando en una extensa llanura que estaba delimitada, por el norte y por el sur, por abruptas montañas que se divisaban como a siete u ocho leguas.

A las cinco de la tarde hicimos alto en la cumbre de una colina desde la que se podía vislumbrar, a lo lejos, difuminados por la neblina del atardecer, los primeros arrabales de la populosa ciudad de los Idrisíes.

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, mandé a varios soldados

de la escolta con la orden escrita del primer ministro, para que, si nos retrasábamos y se nos echaba encima la noche, los alguaciles no cerraran las puertas de la ciudad hasta saber que nos hallábamos al amparo de sus murallas. A las siete, entramos en Fez por la puerta Al-Guissa, no sin antes haber dejado a mis criados y a los soldados, instalando el campamento en un llano que había no lejos de la citada puerta, cerca de una fuente en la que varias mujeres embozadas llenaban sus cántaros de agua.

He de referir que, cuando nos desplazábamos desde Mequínez a Fez, un oficial del ejército se adelantó para entrar en Fez antes que yo lo hiciera, con una orden del sultán para el jerife Hajj Idris, en la que le comunicaba que debía proporcionarme un buen alojamiento y asistirme en todo cuanto pudiera necesitar.

Así fue que, desde el día que entré en la ciudad, pude hospedarme y estar espléndidamente atendido en la mansión del jerife Mulay Idris. Sin embargo, como observara que yo deseaba gozar de cierta intimidad para poder dedicarme a escribir, a hacer anotaciones en mi diario y a realizar observaciones astronómicas desde la azotea, Hajj Idris me buscó una casa amplia, cercana a la suya, para que me instalara con mis criados. Aunque, como este jerife era muy anciano, fue su hijo, llamado Hajj Idris Rami, el que se encargó de mis asuntos, no dejando un solo instante de ocuparse de mí para que nada me faltara. Este personaje era de una edad similar a la mía. Su carácter afable, su exquisita educación, su erudición y sus profundos conocimientos de la religión y de las costumbres de su pueblo, hicieron que, pronto, se convirtiera en el mejor amigo que tuve durante mi estancia en aquella ciudad y, yo diría, que en todo Marruecos, solo comparable a la que mantuve con el bondadoso Sidi Mulay Abdesalam, el hermano ciego del sultán, como luego se verá.

La extensa ciudad de Fez ocupa las suaves laderas de dos colinas separadas por el cauce del río que dicen Bu Jareb. La medina primitiva, me aseguró Hajj Idris Rami, que fue fundada por exiliados cordobeses del arrabal de Secunda, después de que, en el año 818, se hubieron rebelado contra el emir omeya al-Hakam I y este los castigó enviándolos al destierro. Pero otra parte de la ciudad está constituida y habitada por los descendientes de otro grupo de

emigrados que llegaron de la ciudad tunecina de Kairuán, expulsados por motivo similares en el año 824. De tal modo que Fez, aunque se formó con gente de origen diferente unos procedentes de Andalucía y otros de Túnez, que se unieron a los bereberes que ya habitaban en este territorio, con el paso de los siglos, hermanados por las creencias difundidas por el Santo Profeta y los mandatos del Corán, en los días que yo la visité constituían un solo pueblo, bien avenido, con formas de vida y costumbres similares, aunque conscientes y satisfechos por descender de dos nobles y antiguas naciones.

A un lado del río se fueron construyendo las casas, instalando los zocos y edificando las mezquitas, a la manera de las ciudades de Andalucía; mientras que en la otra vertiente, que fue ocupada por los emigrados de Túnez, lo hicieron al modo de Kairuán, su antigua patria. Aunque han transcurrido casi diez siglos, todavía, los de una parte y los de la otra, se sienten orgullosos y alardean de su honorable y vieja herencia. Tal es así, que poseen sus propios zocos, sus fábricas de curtidos, sus comercios y dos mezquitas muy santas y famosas: la de los Andaluces y la de al-Qarawiyyín o de los tunecinos, de las que más adelante trataré.

Me dijeron que la población de Fez superaba los cien mil habitantes. Pero yo, que hice mis cálculos contando las casas de la medina, los barrios y los arrabales, y anotando y sumando los habitantes de cada casa, creo que exageraban en el número de pobladores. Pues pienso que no debían superar las cincuenta o sesenta mil personas. Aunque dicho número se podría alcanzar o, incluso superar, si los encargados de hacer los censos contaban, también, la gente que poblaba los aduares, las aldeas, las almunias y las recónditas cabilas ubicadas en las abruptas montañas de toda la región.

Pero, además de estar constituida la población por los descendientes de los emigrados andaluces, a un lado, y los que llegaron de Kairuán, al otro, me dijo Hajj Idris Rami, que hacía cinco siglos, cuando reinaba en Marruecos la dinastía de los merinidas, uno de sus sultanes, Abu Yusuf Yaqub, mando edificar otra ciudad, al suroeste de la vieja medina, que se llamó Fas el-Yadid o Fez la

Nueva —que pude visitar—, rodeada de poderosas murallas hechas de tierra apisonada, con un hermoso palacio y su mezquita u oratorio real. Aseguraba mi cicerone que aquel emir la mandó construir para disponer de una residencia propia; pero, sobre todo, para que fuera una ciudad campamento rodeada de murallas en la que poder establecer sus aguerridas tropas y que no molestaran a los habitantes de Fez.

En el interior del recinto amurallado de Fez la Nueva, cerca del palacio del sultán, se halla el barrio de los judíos, que llaman la Mellah. Algunas de las familias hebreas que lo habitan, viven en Marruecos desde tiempos de los antiguos romanos, pero otras llegaron desde España cuando, en el año 1492, los Reyes Católicos los expulsaron de sus dominios. Pude ver hasta cinco sinagogas. Gozan de una especial protección por parte de los sultanes y quizás eso explique que se concentren todos en un barrio tan cercano al palacio y rodeados por una muralla. Me dijo Hajj Idris Rami que los judíos de Fez se dedican al comercio de prendas de lujo y a mercadear con metales preciosos, poseyendo un mercado propio y tiendas en las que venden y compran esos metales. No obstante, pude observar que la población residente en Fez la Vieja, no les tienen mucha simpatía ni consideración y no los aceptan en sus mercados al aire libre ni en sus tiendas de la medina.

Las calles de la ciudad, exceptuando algunas cercanas a los palacios y mansiones de los ricos, eran estrechas, formadas por viviendas de dos o tres plantas. Presentaban un pavimento de tierra batida, exceptuando algunas pocas que estaban enlosadas. Pero todas se encontraban limpias y aseadas —al menos al amanecer, cuando aún no habían instalado los comerciantes sus tenderetes—, porque, a diferencia de otras ciudades que visité en África, unos operarios, dependientes de las autoridades locales, se dedicaban a barrerlas durante la noche. Sin embargo, en los días de lluvia, las calles terrizas se convertían en verdaderos lodazales que, en ocasiones, impedían poder caminar por ellas.

En algunas, había unas galerías o pasadizos elevados, a la altura de las plantas superiores, que comunicaban las casas de uno y otro lado de la calle, que llamaban algorfas. Las vías más concurridas,

que desembocaban en los zocos, se cubrían con telas para librar a los viandantes del sol en los calurosos días del verano. Las viviendas de la gente modesta disponen de varias habitaciones, generalmente, en torno a un patio central por donde les llega la luz, porque sus moradores procuran no tener ventanas o vanos abiertos hacia la calle, por cuestiones de intimidad y, creo, que también de seguridad. Todas poseen un suelo de ladrillos rojos, aunque las mansiones de los potentados, están pavimentadas con losas de piedra fina o con baldosas de mármol de diferentes colores. Desde la azotea de mi residencia, situada en una zona algo elevada de la ciudad, se podían contemplar los alminares que señalaban las numerosas mezquitas que había en la medina y en los distintos barrios de la población. Me aseguraba Hajj Idris Rami, que en Fez había doscientas mezquitas u oratorios. Pero yo atribuí esa exageración al excesivo amor por la tierra natal que siente todo buen ciudadano.

En mi primer día de estancia en la mansión que me había proporcionado Hajj Idris, encaramado en la azotea, hice una serie de mediciones astronómicas con mis instrumentos y pude comprobar que la ubicación de la ciudad se correspondía con los 34 grados, 6 minutos y 3 segundos de latitud norte y 4 grados, 58 minutos y 19 segundos de longitud oeste, según el meridiano de Greenwich, lo que significaba que las mediciones que aparecían en los mapas de Aaron Arrowsmith, del comandante Rennell y de Golberry estaban plagadas de errores. Yo anotaba los resultados de todas mis observaciones astronómicas y mediciones porque pensaba que, una vez de regreso en España o en Francia, podría elaborar unos mapas que servirían para aportar nuevos y más fiables datos a los estudios geográficos que se estaban realizando en Europa.

Al día siguiente de estar instalado en la casa que Hajj Idris me había ofrecido, visité mi campamento para comprobar si todo el personal y los animales se hallaban bien atendidos y para ordenar a mi criado Aslam que se trasladara a mi residencia para que me asistiera como edecán y ayudante. Farid quedaría a cargo del campamento durante el tiempo que permaneciéramos en Fez.

El viernes siguiente, acompañado de Aslam, nos desplazamos hasta la mezquita al-Qarawiyyín para hacer la oración principal de la

semana en aquel famoso oratorio y escuchar el sermón del imán. Me sorprendió la magnificencia de aquella antigua mezquita que decían, había sido fundada por dos hermanas muy devotas: Fátima y Maryam al-Fihri, hijas de un rico comerciante tunecino de aquellos que, en el siglo IX, habían llegados desde Kairuán.

Accedimos a la sala de oración después de atravesar un amplio patio en cuyo centro había una fuente de mármol de planta circular, con surtidor, que —deduje— solo servía de decoración, porque, por su pequeño tamaño y escaso flujo de agua no podría satisfacer a los numerosos devotos musulmanes que acudían cada día para realizar las abluciones rituales. Luego supe que estos obligados lavatorios los hacían, antes de entrar en la mezquita, en una casa de abluciones, dotada de varias fuentecillas, piletas y retretes, ubicada en el exterior del oratorio, que yo tuve que utilizar. Desde las calles aledañas al edificio y desde el patio se podían columbrar los tejados a dos aguas de tejas vidriadas verdes que cubrían las largas naves que constituían la sala de oración.

Observé que los empleados del santuario utilizaban, para fijar la hora de la oración, unos péndulos y unos cuadrantes solares horizontales situados en el tejado, con los que señalaban el momento en que debían ser realizadas las plegarias. Pero estaban tan mal dispuestos y orientados que marcaban el punto del mediodía cuatro o cinco minutos antes del tiempo real.

Acabada la ceremonia, me entrevisté con el imán y logré que aceptara mi consejo que consistía en que me permitiera hacer una marca en los cuadrantes para orientarlos adecuadamente y que la oración del mediodía se hiciera, a partir de entonces, en el momento justo, cumpliéndose fielmente uno de los cinco pilares del Islam.

Cuando accedí, rodeado de fieles y acompañado de Aslam, a la sala de oración, con el suelo cubierto por grandes esteras, me invadió un gran sosiego al contemplar la grandiosidad de las naves, su rico artesonado y el silencio y quietud que imperaba en el lugar. La estructura estaba sostenida por elegantes arcos de herradura encalados que se apoyaban en anchos pilares de ladrillos. Artesonados de buena madera, con estrellas de múltiples puntas, cubrían las naves hasta las cercanías del *mihrab*, constituido por una

hornacina con arco, también de herradura, aunque más cerrado. Cerca del *mihrab,* estaba situado el *minbar* o púlpito, desde el que el imán se dirigía a los fieles para pronunciar su sermón. Consistía en una estructura de madera —que me dijeron era de cedro del país—, constituida por nueve escalones y decorada con piezas de taracea de hueso y ébano en sus bastidores.

Después de rezar la oración y escuchar en silencio y, con gran recogimiento, el sermón del imán, y haber realizado la oración comunitaria, abandonamos la mezquita al-Qarawiyyín o de los tunecinos, reconfortados por haber podido cumplir con el mandato del Libro Sagrado en aquel lugar santo para los musulmanes.

Acabada la oración del mediodía iniciamos un recorrido por la medina y por los numerosos zocos de la ciudad.

Las calles principales, muy concurridas, están repletas de comercios en los que se exponen y venden mercancías variadísimas; algunas procedentes de las huertas que rodean Fez o fabricadas en sus talleres, situados en calles que son conocidas como de los alfareros, curtidores, pañeros, ebanistas o sederos; pero otras traídas por los habitantes de los aduares de lugares lejanos e, incluso, productos que importan de Europa o del interior de África.

Hay en la ciudad cinco zocos principales que están muy bien surtidos. No desmerecen de los mercados al aire libre de cualquier ciudad europea. Los precios de los productos son bastantes asequibles, lo que viene a explicar la multitud de personas, de toda condición social, que frecuentan, a lo largo de la mañana, estos zocos. Le dije a Aslam que comprara, en uno de los puestos en el que unos campesinos vendían miel en vasijas de cerámica y en rama, unos panales repletos de tan exquisito producto, a los que era muy aficionado cuando estaba residiendo en Madrid y me los proporcionaba un apicultor de Alcalá de Henares.

Algunas calles estaban ocupadas por numerosos negocios o tiendas de comida a modo de pequeños restaurantes. En una de ellas entramos para comer, pues no habíamos probado bocado desde que abandonamos la mansión que nos había proporcionado Hajj Idris a eso de las nueve de la mañana. Nos sirvieron lo que llaman *tayín*, que es un guiso hecho con carne de ave además de verduras,

ciruelas y almendras; aunque, nos dijo el criado que nos lo sirvió, que los había también de carne de cordero con limón y aceitunas. Lo sirven en un recipiente de barro con tapadera cónica. Antes, nos pusieron, en unos cuencos, una exquisita sopa hecha con lentejas, garbanzos y cebollas. Quedé muy sorprendido cuando vi que algunas personas entraban en el local y se acercaban al mostrador para recoger una comida que, según entendí, la tenían encargada y que se la servían, para llevar a sus hogares, en unas canastillas hechas con mimbre.

Antes de abandonar uno de los zocos, el más grande de la ciudad, Aslam me condujo a unos puestos en los que vendían manojos de hierba seca que me dijo que llamaban *kif*, que era muy utilizada de diversas maneras: para aderezar salsas o carnes, para tomar en infusión, molidas y en pastillas. Y, lo que más me sorprendió: ¡liada como si fueran cigarrillos para ser fumada! Mi criado me dijo que probara a fumar uno de esos cigarrillos, que era algo muy agradable y placentero, pero yo me negué.

Como en Fez hay numerosos baños públicos, quise entrar en uno de ellos para tomar vapores y abluciones de agua fría y caliente, que sabía eran muy reconfortantes. Pero los empleados me dijeron que no podía acceder al interior del establecimiento porque por las tardes estaba disponible sólo para las mujeres. Que debía volver al día siguiente, durante la mañana, que era cuando podían ser utilizados por los hombres. Así lo hice y, mientras que Aslam se dedicaba a adquirir algunos productos alimenticios o fruslerías en el zoco cercano, accedí a unos cuya parte trasera daba a la ribera del Bu Jareb, donde había una noria de sangre con la que sacaban el agua para abastecer el aljibe y las diversas dependencias de los citados baños. He de referir que no necesitaba comprar productos alimenticios, porque los sirvientes de Hajj Idris, tenían la orden de atenderme en todo lo que necesitara, incluidos los alimentos que nos servían de manera abundante y variada en las horas estipuladas por tan servicial musulmán.

Lo primero que he de decir es que aquellos baños, que decían ser uno de los mejores de la ciudad, constaban de una sala a la entrada que servía de vestuario o guardarropa, donde se dejaba la

vestimenta y las babuchas y te daban una toalla para que la usaras en tanto que te hallabas en las diversas dependencias del establecimiento. A continuación accedías a la sala de agua fría, en la que, sobre un poyete que servía de asiento, había unas tinajas con agua y un cazo para que los usuarios pudiéramos hacer las abluciones. Después se pasaba a la sala templada, en la que la temperatura de la atmósfera se incrementaba. Yo, que en otra de las ocasiones que utilicé los baños, llevé conmigo un termómetro, pude comprobar que, en la sala fría hacía una temperatura de 13 grados; en la templada 27 y en la caliente 37. Como deseaba saber cómo se lograba transmitir, regular y mantener el calor en ambas salas, se lo pregunté a uno de los operarios de los baños.

—Sidi, el agua que extraemos del aljibe la trasvasamos a una caldera —expuso con mucha seguridad en sus palabras el trabajador —. Mediante un horno de leña, situado en el patio trasero, la calentamos y la llevamos, por unos conductos de cerámica, hasta el subsuelo de ambas salas. De esa manera se calientan las dos estancias. El vapor, en la sala caliente, lo conseguimos baldeando agua sobre el suelo y las paredes.

—Pero no alcanzo a comprender cómo lográis mantener distinta temperatura en ambas salas: más baja en la sala templada y más elevada en la caliente.

—Para proporcionar la temperatura adecuada en cada sala, mi señor, están esos lucernarios que hay en las bóvedas y que sirven para dejar pasar la luz y, abriéndolos o cerrándolos, permitir que el aire exterior entre en las dos estancias graduando, a voluntad, la temperatura de cada una de ellas.

Y al decir esas palabras, señalaba unas pequeñas claraboyas que, abiertas en las bóvedas que cubrían las dependencias de los baños, comunicaban las salas con el exterior del edificio.

Después de permanecer una media hora en la sala caliente, sudando con el vapor obtenido arrojando con un cazo agua sobre el suelo caldeado y las paredes, salí al exterior muy reconfortado y me dirigí al zoco, donde sabía que me estaba esperando mi criado Aslam. Como deseaba acudir y disfrutar de los baños al menos dos veces por semana, procedí a alquilar toda la casa de los baños

durante la noche. Así podía utilizarlos sin que me molestaran otros usuarios. A veces me acompañaba algún amigo y, siempre, invitaba a mis criados.

Un día visité la parte de la ciudad edificada, al otro lado del río, por el sultán merinida, Abu Yusuf Yaqub, a la que ya me he referido.

Estaba rodeada de altas murallas y en ella se habían construido una mezquita grande y muy hermosa y un palacio. Antes de su construcción, decían que el sultán residía en un alcázar situado en Fez la Vieja, pero que desde la erección de ese palacio se había trasladado a vivir en él, con su familia y los miembros de *majzén*, cuando no estaba haciendo la guerra o visitando otra de sus ciudades imperiales. Pude observar, desde el exterior, pues el edificio estaba vigilado por un destacamento de soldados que no permitían que se acercaran desconocidos —yo aún no había sido invitado por el sultán—, que se hallaba rodeado de bellos y extensos jardines, muy diferentes a los jardines que poseían las mansiones de los ricos de la ciudad que no dejaban de ser toscos huertos mal cuidados. La mezquita tenía un alminar muy alto, todo él encalado y decorado con una especie de tapiz de rombos cerámicos, que me dijo Hajj Idris Rami que era imitación de la decoración traída a Fez por los califas almohades antes de que la dinastía merinida se enseñoreara de Marruecos. Su cuerpo superior estaba coronado con un elegante yamur de bronce que relucía como si fuera de oro.

Aunque yo me había interesado, cuando estuve en Tánger, por la forma de gobernarse Marruecos, para anotarla y remitirla formando parte de mis informes, lo cierto era que hasta que no viajé a Fez y trabé amistad con Hajj Idris Rami, no logré conocer, verdaderamente, cómo se gobernaba aquel extenso y antiguo Imperio.

El hijo del jerife de los prestigiosos Idrisíes me comentó, una noche que estábamos cenando plácidamente en la terraza cubierta que tenía su mansión en la azotea, que por debajo del sultán y, directamente nombrados por él como sus lugartenientes, se hallaban los caídes o gobernadores de las provincias, que residían en las principales ciudades, como Tánger, Mequínez, Fez, Rabat o Marrakech. Estos poseían el poder ejecutivo por delegación del

sultán. La justicia estaba depositada en los cadíes o jueces, que eran funcionarios expertos en el conocimiento de las leyes. El *majzén* o gobierno del sultanato estaba constituido por el primer ministro, mano derecha del sultán, y varios ministros encargados de algunas de las ramas de la administración, destacando el ministro que ostentaba el título de almotacén, que era el responsable de establecer y fijar los precios de los productos comercializados, y vigilar, por medio de funcionarios, para que los comerciantes no los incrementaran. Era el encargado de que las calles, los zocos y los cementerios estuvieran limpios y cuidados según lo estipulado por unas antiguas normas legales recogidas en el llamado *libro de hisba*, castigando con multas pecuniarias a los que las infligieran. Otra función que desempeñaba era vigilar el desalojo de aguas fecales para que no contaminaran los huertos ni los solares sin edificar. También era el responsable de juzgar los conflictos suscitados entre los comerciantes y los mercaderes con su ministerio o entre ellos mismos.

No existía un ministro de la guerra que estuviera encargado del ejército —que no lo había—, como en Europa, pues la defensa del territorio dependía directamente del sultán y de los jinetes de la cabilas que eran movilizados en caso de necesidad. En las ciudades y en torno al sultán, solo existía un destacamento de hombres armados que constituían su escolta y su guardia personal, que estaban encargados de mantener el orden en las poblaciones donde se encontraba residiendo.

Yo, acostumbrado a cómo se aplicaba la justicia en las naciones de Europa y conociendo cómo era el sistema judicial existente en las regiones de Oriente sometidas al Impero otomano, inquirí a mi amable informador.

—Sidi Hajj Idris, ¿cuáles son las leyes que han de aplicar los cadíes en este sultanato y que han de ser cumplidas por los ciudadanos?

—En ese asunto no existen dudas ni discrepancias, sidi Alí Bey. Los cadíes han de aplicar, en primer lugar, la *sharia*; a continuación las suras del Libro Sagrado, las normas contenidas en el libro de hisba y, en último caso, los *hadices* o dichos del Profeta. Aunque esos aforismos no son de obligado cumplimiento, amigo mío, porque

como se han manipulado tanto a lo largo de los siglos, no pueden ser tomados todos ellos como verdades ciertas y absolutas emanadas de la voluntad y la inteligencia de Mahoma.

No añadí nada a lo expuesto por Hajj Idris Rami, pues consideraba que era una legislación iluminada tan solo por la religión y el dogma y, escasamente, por la tradición y la ley natural. Podría haber hecho referencia a las fuentes del derecho aplicable en naciones musulmanas que estaban bajo el poder político de la Sublime Puerta, en las que se habían introducido, en el *corpus* legislativo, normas de carácter civil, además de las recogidas en la *sharia* y el Libro Sagrado, que atemperaban la rígida legislación heredada de tiempos medievales. En esos lugares, las leyes estaban, en buena medida, condicionadas e influidas por las legislaciones que se aplicaban en Francia o en Inglaterra, circunstancia que no se daba, por el momento, en Marruecos.

Como deseaba conocer las enseñanzas que se impartían en las escuelas, que llamaban *medersas*, establecidas junto a las mezquitas principales, me desplacé a las que se localizaban en la mezquita al-Qarawiyyín y en la *zawiya* de Mulay Idris, que eran las más prestigiosas de Fez. Para que me recibieran con agrado y sin recelo, antes de acceder a la sala donde los maestros impartían sus conocimientos, al alfaquí encargado de la administración le hice una donación de monedas de plata para ayudar al mantenimiento de la institución.

En la sala, los veinte o veinticinco alumnos estaban sentados sobre las esteras que cubrían el suelo, con las piernas cruzadas al modo musulmán. El maestro se hallaba sobre una tarima de madera, aposentado de la misma manera que los alumnos. Todos tenían un libro abierto en el regazo y una tablilla y un lápiz para escribir a su lado, sobre la estera. El alfaquí o ulema que le tocaba a esa hora recitar la lección, lo hacía declamándola con imperiosa voz. Los alumnos, repetían cadenciosamente las frases que leía y proclamaba el maestro. Se trataba, en esa ocasión, de una jaculatoria del Libro Sagrado. Pude comprobar que las únicas materias de estudio en las *medersas* eran las relacionadas con la moral y la legislación religiosa. Es decir con la *sharia*, el Corán y con las diversas interpretaciones

que hacían de él las escuelas dedicadas a la exégesis del mismo, más algunos rudimentos de gramática, ortografía y dialéctica suficientes para poder leer y comprender el mensaje contenido en el Libro revelado por Dios al Santo Profeta.

Al paso de dos semanas ya había trabado amistad con varios maestros, que se interesaron vivamente por mis conocimientos científicos, pues se había extendido, entre las clases dirigentes y cultas de la ciudad, que aquel musulmán extranjero era un hombre sabio.

A todos ellos los invité, en algunas ocasiones, a las tertulias que yo organizaba en la mansión en la que residía por la generosa hospitalidad del bueno de Hajj Idris. Se entusiasmaban con mis explicaciones sobre las observaciones astronómicas cuando les mostraba mi astrolabio y mi cuadrante y les enseñaba a manejarlos. Pero, algunos de ellos me decían que, aunque la astronomía, era una ciencia buena, pues gracias a ella podían conocer y fijar las horas de la oración o saber los cambios de las estaciones y los mejores días para proceder a la siembra y a la recolección, el profeta Mahoma la repudiaba porque era superstición y su estudio un acto de incredulidad y un ataque al *Tawhid*[2]. Aunque algunos, que parecían ser los más instruidos y deseosos de aprender, me daban la razón en privado, reconociendo que la astronomía era una ciencia que no contradecía lo expresado en el Corán ni en el *Tawhid*, en público se abstenían de reconocerlo. El problema era que para los alfaquíes y ulemas, y para la tradición, astronomía y astrología eran dos patas de un mismo banco. No era raro que el sultán y otros altos dignatarios de la Corte —en contra de lo que pensaban los ulemas, que consideraban la práctica de la astrología como un grave pecado— utilizaran a los adivinos para que, analizando las estrellas, les predijeran su futuro.

A veces, en el transcurso de las tertulias, terminaban por aceptar mis opiniones y darme la razón, sin duda porque mi *auctoritas* prevalecía sobre sus vanos e inconsistentes razonamientos.

—No debéis aceptar determinadas verdades porque «Alí Bey lo ha

dicho», sino porque habéis llegado a la conclusión de que son lógicas y razonables —les decía yo entonces.

Pero de poco les servían mis amonestaciones y mis consejos. Era como si se quisiera taponar un caño de abundante agua con un trozo de papel.

Llegué a mantener una buena amistad con los doctores y sabios de la *zawiya* de Mulay Idris, que pertenecían a la cofradía de los sufíes. Para estos ilustres sabios, lo que nos dicta la razón es tan engañoso como lo que percibimos a través de los sentidos, no existiendo conocimiento más fiable que el que está inspirado por Dios, oculto entre las páginas del Corán, que todo buen musulmán debe conocer y asumir.

Habiendo profundizado en sus creencias y en la manera de vivir de aquellos sufíes sin apetencias ni ambiciones mundanas, dedicados a la oración y a la búsqueda de la perfección moral, la extrema humildad y el desprendimiento de todo lo material, no tuve más remedio que, en contra de mi educación racionalista y liberal, aceptar que ellos sí estaban en el verdadero camino para encontrar a Dios.

Una tarde, en la que estábamos tomando el té en la terraza de su mansión, Hajj Idris Rami me habló de la vida del Santo Profeta, de las vicisitudes que tuvo que sufrir antes de poder transmitir a toda la humanidad el mensaje de Dios.

—Has de saber elegir y leer las fuentes que tratan del origen del Islam, sidi Alí Bey —me dijo, en tanto que esperaba que el ardiente y humeante líquido que un criado había escanciado en nuestros vasos de cristal se enfriara lo suficiente para que no nos abrasara los labios y la lengua—, pues de las varias miles de interpretaciones que los ulemas y alfaquíes antiguos, hicieron de las *hadices* o dichos del Profeta, la mayor parte son invenciones que, por fortuna, alfaquíes posteriores, muy sabedores de la vida de Mahoma, han depurado, desechando los *hadices* falsos. Tan solo varios centenares se han considerado que fueron dichos por el Profeta. Aunque hay algunas escuelas que se dedican a la exégesis coránica que les siguen dando validez y los consideran *hadices* verdaderos. Cuando los leas y

quieras cumplir lo que ordenan o aconsejan, cuídate de los falsos y elige bien, Alí Bey.

A continuación, me estuvo relatando cómo fue la infancia del Santo Profeta; cómo se tuvo que enfrentar a los incrédulos que gobernaban en La Meca para su propio enriquecimiento; de su huida, acompañado de sus incondicionales, hasta Medina, y de su retorno para encabezar la gran predicación que llevaría el Islam a toda Arabia y al norte de África, llegando hasta España y la India. Me habló de las maravillas de la ciudad santa de La Meca, de su santuario y de la Kaaba, donde se custodia la piedra negra, que simboliza el pacto de Alá con los hombres. Me describió la ciudad, engrandecida cuando acceden a ella los miles de peregrinos, todos vestidos con impolutas almalafas blancas. Él había sido uno de esos peregrinos. Y me aseguró que su vida cambió radicalmente cuando volvió a Marruecos después de haber orado en la gran mezquita, tocado la piedra negra y dado las siete vueltas en torno al santuario.

Desde aquella tarde mi deseo de viajar a Oriente, conocer Palestina, Siria y Arabia, hacer la peregrinación y postrarme y orar en la mezquita más santa del islam se incrementó de tal manera, que no pasaba un día sin que esbozara en mi mente cómo y cuándo iba a poder realizar aquel viaje y el itinerario que seguiría antes de regresar a Europa.

Me describió, también, Hajj Idris Rami, con qué celo los súbditos del sultán cumplen el precepto que incluye el pago de los diezmos, la limosna pascual, las donaciones a las fundaciones pías y la entrega voluntaria de limosnas a los necesitados. El diezmo consiste, en Marruecos, en la entrega del dos y medio por ciento anual de todo cuanto uno posee. Pero la limosna voluntaria ha de ser siempre generosa —aseguraba mi interlocutor—, dependiendo de la riqueza del donante y de su deseo de ganar méritos para gozar de un mejor lugar en el Paraíso prometido. Los alfaquíes y ulemas predican en las mezquitas la necesidad de ser espléndidos en las limosnas y en las donaciones que se han de hacer a las fundaciones pías, porque —afirman en sus sermones— solo los generosos y limpios de corazón alcanzarán la dicha y la eterna felicidad una vez sometidos al severo Juicio Final.

En cuanto a mi actitud en el cumplimiento de ese precepto, me plegué siempre a lo expresado en el Libro Sagrado y a las predicaciones de los ulemas y alfaquíes y nutría a un buen número de lisiados y menesterosos que, sabedores de mi generosidad, acudían cada día a la puerta de mi casa o me asediaban cuando salía de la mezquita después de rezar mis oraciones.

El ayuno en el mes de Ramadán es el cuarto precepto divino, que era seguido con escrupulosa mansedumbre y absoluta obediencia por todos los creyentes, costumbre a la que tuve que adaptarme, no sin cierta resistencia interior, pues era una de las exigencias —además de la obligación y el dolor sufrido al circuncidarme— necesarias para convertirme en un verdadero devoto de la religión predicada por Mahoma. El ayuno, al que todo musulmán debía someterse en esos días, consistía en no comer, ni beber, ni fumar, ni siquiera aspirar el aroma de un perfume o de una fruta, y observar una total abstinencia sexual desde antes de la salida del sol hasta su puesta. Solo los enfermos, los niños menores, los muy ancianos, los viajeros, las mujeres embarazadas o que dan el pecho a sus hijos o se encuentran en estado de impureza, es decir, los días de la menstruación y de la cuarentena después del parto, están exentos de cumplir los requisitos de este precepto.

El día del rompimiento del ayuno, al llegar la noche, las calles se iluminan y se encienden fanales en las azoteas. La gente sale de sus casas y acude a las mezquitas, en las que un alfaquí o el imán leen el Corán al completo, siendo relevados cuando el lector está cansado de la declamación. Pero es necesario leer, esa noche, todas las suras que contiene el Libro Sagrado.

Una mañana vino a visitarme un encopetado individuo, que aseguraba traerme una invitación del príncipe Sidi Mulay Abdesalam, hermano del sultán, para que lo visitara en su palacio, pues deseaba conocer a ese instruido musulmán que venía de Europa. Al día siguiente, me desplacé, acompañado de mi criado Aslam, a la fastuosa vivienda del príncipe. Me recibió en un amplio salón que daba al jardín. Como este relevante personaje era ciego, antes de que me sentara en el almadraque que había dispuesto para mí, cerca de donde se hallaba aposentado, me rogó que me aproximara

a él y me reconoció —como hace un galeno con su paciente—, acariciándome la cara y palpándome la cabeza y la barba, pues al padecer ceguera, entendí que era esa la manera que utilizaba para informarse de la fisonomía de su interlocutor.

Este respetable e influyente ciego me prodigó muy buenas y elogiosas palabras, y me hizo prometerle que lo visitaría, al menos una vez a la semana, durante el tiempo que aún permaneciera en la ciudad de Fez, lo que hice con agrado, pues era una persona amable, buena y muy respetuosa, que parecía disfrutar con mi conversación. Llegué a mantener con él una intensa y fructífera amistad.

El día 6 de diciembre del año 1803, me comunicó Sidi Mulay Abdesalam que su hermano, el sultán, estaba en las proximidades de la ciudad y que esperaba que entrara en Fez pasados dos o tres días. Así fue. Y el 8 de diciembre, al atardecer, accedió Sidi Mulay Sulaymán con su cortejo a la población por la puerta de Al-Guissa.

Yo me hallaba en mi casa, rodeado de una veintena de personas, entre ellas algunos sabios alfaquíes que gustaban de acompañarme y platicar conmigo de todo lo divino y lo humano, cuando me visitó el que era el principal astrólogo del sultán, un tal Sidi Yinán. Portaba un precioso jaique como regalo del insigne mandatario para mí. Me dijo que su señor lo había designado para que me acompañara todos los viernes a la recepción que Sidi Mulay Sulaymán daba en su palacio después de la oración del mediodía. Yo le agradecí la diligencia que había mostrado al llevarme el regalo y el mensaje de su señor, y le rogué que le transmitiera ese mismo agradecimiento al sultán de los alauitas.

Me extrañó, no obstante, que Sidi Mulay Sulaymán hubiera enviado, para que me acompañara a sus recepciones, al primer astrólogo del reino, pues no era un secreto que yo discrepaba de sus inconsistentes métodos adivinatorios. Llegué a pensar que lo había nombrado como encargado de una misión tan cercana a mi persona, con la intención de que ambos llegáramos a un acuerdo sobre nuestras posiciones acerca de la influencia de los astros en el devenir del reino y de la familia del sultán.

Pero, si esa era la intención de Mulay Sulaymán, era un intento

baldío; pues nunca aceptaría, ni daría validez a sus pronósticos basados en predicciones no avaladas por la ciencia. Aunque me sorprendió —cuando pudimos platicar en privado— los conocimientos que tenía Sidi Yinán de astronomía, sobre la predicción de los eclipses y de los métodos para calcular la ubicación de un punto de la tierra midiendo la longitud y su latitud. De lo que colegí que no era tan lerdo como a primera vista parecía, sino que utilizaba taimadamente sus fraudulentas predicciones astrológicas para contentar y ganarse el reconocimiento del sultán y de los miembros de su familia.

Sin embargo, algo extraordinario debió suceder en la Corte del sultán, porque el siniestro y astuto astrólogo dejó de acudir a mi casa para acompañarme los viernes hasta el palacio de Mulay Sulaymán. No sólo dejó de acudir, sino que nadie supo cuál era su paradero. El príncipe Abdesalam me hizo la confidencia de que su hermano lo había desterrado de Fez, como castigo por haber levantado algunas graves calumnias sobre mi persona. Calumnias que no tenían otra finalidad que provocar mi caída en desgracia y que el sultán me expulsara de Marruecos. Lo cierto es que ese suceso sirvió para consolidar mi presencia y mi posición en la Corte de los alauitas y que creciera, enormemente, el respeto que me tenían los altos dignatarios del sultanato y los influyentes hombres de religión, así como los verdaderamente sabios.

Al paso de un mes, con mis visitas de los viernes al sultán después de rezada la oración y escuchado el sermón en la mezquita palatina, había logrado que se creara una atmósfera de cordialidad y una relación de empatía y mutua confianza entre el máximo mandatario del Imperio cherifiano y el erudito y respetado musulmán, llegado de Europa, descendiente del ilustre clan de los abbassíes. Entonces creí llegada la ocasión de tratar uno de los secretos asuntos que me había confiado mi mentor, don Manuel Godoy, que no era otro que conseguir que se intensificaran las relaciones comerciales entre España y el sultanato alauita, orillando la competencia de ingleses y, sobre todo, de los franceses. Y, también, ofrecer a Mulay Sulaymán ayuda militar para traer a la obediencia a las tribus desafectas del sur de sus territorios que seguían estando fuera de su control o, al

menos, sin querer participar en el pago de tributos exigidos al resto de las regiones del Imperio. Con esa ayuda, sin duda España lograría ganar influencia en el norte de África en detrimento de las otras potencias europeas interesadas en intervenir en tan estratégica zona.

—Sidi —le dije una tarde en la que, sentados en la galería cubierta que separaba la mansión de los jardines, tomábamos amigable y relajadamente el té—. bien sabéis, mi señor, como ya os he comentado en alguna ocasión, que España no produce todos los cereales que el pueblo necesita para poder sustentarse. Y, ahora que las relaciones internacionales están perjudicando el comercio marítimo, el Gobierno de Madrid necesita un aporte abundante y continuo de trigo.

—Cierto que conozco la carencia de cereales que decís sufre España, sidi Alí Bey —terció el sultán sin dejar que yo pudiera acabar la frase—. ¿Pero qué es lo que proponéis? ¿En qué modo podría yo remediar esa falta de trigo que padecen los súbditos del rey de España?

Yo retuve la respuesta que debía dar durante varios segundos, pues era necesario medir cuidadosamente mis palabras para no ofenderle ni que recelara tan poderoso e inteligente interlocutor, con una contestación precipitada y poco meditada.

—El misericordioso Alá, ha dado a vuestro sultanato una tierra extensa y fertilísima, que produce en exceso aquello que vuestros súbditos necesitan y, aún, les sobra. ¿No sería posible, Sidi, que firméis un acuerdo comercial con vuestro hermano el rey de España, y que parte de esa demasía de trigo la vendáis a comerciantes que vengan de la otra orilla del Estrecho, lográndose un mutuo beneficio y una mejoría de las relaciones entre vuestros dos reinos? A veces habéis reconocido que España es una nación que ha sido y es amiga de vuestro sultanato.

—Verdad es que así lo he reconocido, sobre todo cuando me visita y me presentan sus credenciales un nuevo embajador o los cónsules de España, por motivos diplomáticos y por educación —manifestó Sidi Mulay Sulaymán—. Pero, ¿qué obtendrá a cambio mi sultanato, sidi Alí Bey, con la firma de ese acuerdo comercial que decís? ¿No

me pagan bien el trigo que ahora exportamos a Francia o a Inglaterra, sin pedir nada a cambio?

—No dudo, señor, que hacéis un buen negocio vendiendo cereales a esos países extranjeros —aduje—. Pero los intercambios comerciales con el vecino reino de España vienen de lejos; vuestro padre el gran sultán Mohamed ben Abdallah los mantuvo mientras reinó. Y no podréis ignorar que, superados los viejos conflictos, hoy es España un reino que os respeta, desea que vuestros súbditos gocen de prosperidad y que se amplíen los lazos de buena vecindad que, históricamente, os han unido.

Mulay Sulaymán esbozó una enigmática sonrisa cuyo significado no supe interpretar, porque, al mismo tiempo que me pareció de apoyo a mi propuesta, escondía, probablemente, esa sutil suspicacia que tan hábilmente saben expresar la gente que profesa, desde antiguo, el Islam.

—En alguna ocasión, mi señor, me habéis mostrado vuestra preocupación por las frecuentes rebeliones que protagonizan las tribus asentadas en el sur del sultanato, negándose a abonar los impuestos que legalmente os corresponden —añadí con la intención de conducir el asunto a mis propios intereses, sin que el inteligente Mulay Sulaymán lo interpretara como una injerencia en las decisiones de su gobierno—. En el transcurso de mis visitas realizadas al cónsul de España, he podido saber que el rey Carlos y su ministro, don Manuel Goldoy, estarían dispuestos a enviar tropas a Marruecos para colaborar con vuestras *jarcas* y las tropas regulares, en la pacificación de las regiones del sur del sultanato. Ese podría ser, Sidi, el beneficio que podríais obtener a cambio de mejorar las relaciones comerciales y diplomáticas con España, incrementando las exportaciones de cereales.

El sultán alauita se mesó la blanca barba. Guardó silencio durante un buen rato, como si estuviera recapacitando sobre la respuesta que debía dar a aquel extranjero al que respetaba, pero que parecía haberse convertido en representante del reino de España y en defensor de sus intereses. Luego, me miró fijamente a los ojos y con una expresión displicente, no exenta de cierto desagrado, dijo:

—No permitiré la entrada de tropas extranjeras en mi sultanato, sidi

Alí Bey. Si logré repeler el intento de desembarcar en mi litoral de la poderosa marina americana, menos voy a dejar que me invadan, aunque sea por una buena causa, los ejércitos de España o de Francia. Además, mi caro amigo, estoy a la espera de que el rey de España me devuelva las tierras que fueron parte del Islam y que tiene ocupadas en la costa norte de mi Imperio.

Yo nada respondí. Con aquellas expeditivas palabras expresadas por el astuto Mulay Sulaymán, éste dio por finalizada, aquella tarde, la acostumbrada recepción y me rogó que abandonara el palacio porque se sentía muy cansado. Nunca supe si los intercambios comerciales y la importación de trigo magrebí, entre el sultanato de Marruecos y el reino de España, se pudieron intensificar, pues no fue un tema que, a partir de entonces, volviera a tratar en las conversaciones que mantuve con el sultán o con sus ministros del *majzén*.

Antes de que Sidi Mulay Sulaymán partiera para Marrakech, me citó en su palacio, porque —me mandó decir— deseaba darme algunos consejos que me serían muy útiles si deseaba permanecer mucho tiempo residiendo en Marruecos. Pues, aunque cumplía con total fidelidad y entusiasmo los preceptos del Islam, debía adaptarme en todo a la vida y las costumbres de los musulmanes de su sultanato.

Cuando estuvimos sentados en los almadraques, en la estancia en la que acostumbraba a recibirme, me hablo con mucha mesura, pero, con tono imperativo.

—Sidi Alí Bey, no es bueno que un musulmán permanezca soltero, incumpliendo el mandato del Santo Profeta que consiste en que se ha de tomar, al menos, una mujer para poder procrear hijos y engendrar, así, nuevos musulmanes.

Hasta ese día no había pensado, ni me había preocupado por el cumplimiento de ese mandato que, según Sidi Mulay Sulaymán, era una exigencia del profeta Mahoma. Poseía mujer y dos hijos en España —circunstancia que, lógicamente, había ocultado a mis amigos marroquíes—, pero era cierto que algunos alfaquíes, con los que mantenía una estrecha relación de amistad, me habían insinuado en más de una ocasión la necesidad de que tomara una o

más esposas, porque la soltería estaba muy mal vista por los buenos musulmanes.

Yo eludía el asunto manifestando que no deseaba casarme hasta haber cumplido el precepto de la peregrinación a La Meca, haber orado ante la Kaaba y tocado con mis manos la piedra negra. Pero el sultán alauita estaba decidido a poner fin a mi supuesto celibato; quizás para tener una prueba fehaciente e irrefutable de ser yo un buen musulmán y un estricto cumplidor de las leyes dictadas por Mahoma. Y, de paso, poder vincularme de por vida a aquella tierra y a su persona.

Antes de partir hacia Marrakech supe que comunicó a sus ministros, a su hermano Sidi Mulay Abdesalam —al que sabía que yo respetaba y amaba—, y a los alfaquíes y ulemas que acudían con frecuencia a mi casa para asistir a las tertulias, que aquel musulmán extranjero debía tomar, al menos una o dos mujeres para que me acompañaran en el lecho y aceptara, de esa manera, la norma no escrita, pero de obligado cumplimiento para todo buen musulmán varón, según algunos ulemas, de ser un hombre casado.

Me dijeron que, para que no incumpliera la promesa de que no tomaría esposa hasta haber hecho la Peregrinación, el sultán me ofrecía, por el momento, una joven esclava negra como concubina, que yo no tuve más remedio que aceptar, para no desairar a quien era el dueño y señor de todo un Imperio y de mi vida. Se llamaba Laila y era una hermosa muchacha de dieciocho años, retraída y sumisa, que yo tomé con cierta desgana, pero que pronto llegué a apreciar porque observé que era cariñosa y obediente, y que bebía los vientos por mí.

Al día siguiente, las mujeres de Hajj Idris Rami la condujeron a mi casa, la bañaron, la perfumaron con agua de rosas y la vistieron con una sutil túnica de seda que permitía, a través de ella, contemplar su bella figura de piel oscura y tersa. Se hizo cargo de mi hogar y de mi holganza, acompañándome a mi plena satisfacción todo el tiempo que permanecí en Marruecos. Y, cuando decidí marchar a Oriente, Laila se arrojó a mis pies llorando y suplicando que no la abandonara —como el lector podrá comprobar si decide continuar leyendo el relato de mi azarosa vida—. Pero, como no sabía qué era lo que le

aguardaría, en medio de aquella sociedad tan poco respetuosa con las mujeres repudiadas por sus hombres, y porque le había tomado gran cariño, decidí llevarla conmigo el resto de mi viaje a Egipto, Arabia y Palestina; aunque el veleidoso destino nos iba a jugar una mala pasada a ella, a mis otras dos mujeres, y a mi alma de filántropo humanista.

El sultán Sidi Mulay Sulaymán y su Corte, con los miembros de su Gobierno, sus mujeres y sus concubinas, abandonaron Fez el día 16 de enero del año 1804, para dirigirse a Marrakech.

Pero, antes de partir, me mandó llamar para decirme que lo acompañara hasta esa ciudad, que me daría una buena casa para que me instalara en ella con mis criados y la joven Laila, porque deseaba que continuara alegrando sus reuniones con mis pláticas y mi sabiduría. Yo le prometí que iría a visitarlo en su palacio de Marrakech, pero que no podía emprender ese viaje y abandonar Fez, hasta que no dejara resueltos algunos asuntos que tenía pendiente en aquella ciudad.

No le dije cuáles eran esos asuntos. Pero uno de ellos, el más relevante e imperativo, consistía en visitar al cónsul de España para hacerle entrega de mi último informe sobre mis gestiones en la corte marroquí para que lo enviara, con la valija diplomática, a Madrid. Ese relevante informe consistía, en esencia, en las fallidas conversaciones mantenidas con el sultán Mulay Sulaymán sobre la apertura de su reino a la exportación de trigo magrebí hacia España y su negativa a permitir el desembarco de contingentes del ejército español en la costa meridional del sultanato para someter a las tribus desafectas a los alauitas.

---

2 Doctrina impuesta por la reforma almohade en el siglo XII, que exige el estricto reconocimiento de la Unicidad de Alah. «Dios es Uno y Único», sin compañeros ni pares en su Esencia y en sus Atributos.

VII
RABAT Y MARRAKECH

El 27 de febrero del año 1804 abandoné Fez con mi caravana.

El día anterior había dado la orden a mis criados y a los soldados de mi escolta para que levantaran el campamento y estuvieran preparados al alba para emprender la marcha. De todos modos, no pudimos iniciar el viaje hasta la una de la tarde, pues se había congregado a nuestro alrededor una inmensa muchedumbre para despedirme y desearme toda clase de venturas en aquella nueva andanza que íbamos a emprender. Encabezando aquella manifestación popular se hallaban los principales jerifes de la ciudad, mis amigos alfaquíes y el venerable Hajj Idris con su hijo Rami. Hajj Idris no nos dejó marchar hasta que, acompañados de mis criados y de los soldados de la escolta, nos trasladamos a la mezquita de la *zawiya* de Mulay Idris para rezar ante la sepultura de aquel santo y respetado varón. El gentío nos siguió hasta que estuvimos a una distancia de cinco kilómetros de la ciudad. Llegados a ese punto del camino, pude convencer a los que dirigían aquella afectuosa manifestación de amistad y amor, para que retornaran a su ciudad de Fez y a sus hogares.

A las tres de la tarde llegamos a un lugar en el que había unos extensos lagos salados, de los que sacaban grandes cantidades de sal que se amontonaban en sus riberas y que decían servían para abastecer a las principales ciudades de Marruecos. Continuamos la marcha y, a eso de las cuatro y media, pasamos cerca de un aduar bastante poblado con jaimas y algunas casas hechas de barro, que se llamaba al-Mogafra. A una legua corta de este aduar, en la cima de una colina, acampamos cuando aún no había comenzado a anochecer.

Después de cenar, me reuní con mis criados, Aslam, Farid, Karim y el bereber Ayrad, y con el capitán de los soldados de la escolta para organizar las labores que debían ejecutar en los días que faltaban para llegar a Rabat, pues durante el tiempo que habían estado

acampados en las afueras de Fez, cerca de la puerta de Al-Guissa, no habíamos platicado sobre el gobierno de la caravana. A Aslam le encargué que dispusiera, en mi tienda, un espacio reservado, separado del resto con una cortina, para que sirviera de estancia a Laila.

Al día siguiente emprendimos la marcha a las nueve y media de la mañana, porque durante toda la noche había estado cayendo una lluvia fina pero persistente, que no cesó hasta las siete, cuando ya el sol despuntaba por oriente. A las doce y media alcanzamos la orilla del caudaloso río que ya conocíamos, el Wadi Mikkés, que discurría en dirección norte. A las cinco y cuarto di orden de hacer alto en un llano que precedía a un bosquecillo que me pareció de alerces. Antes de reemprender la marcha saqué de la tienda mis aparatos de medición atmosférica y anoté en mi cuaderno que el termómetro indicaba 16°, el higrómetro 98 % y el barómetro 741,5 mm. Anduvimos unas cinco millas más, en dirección oeste, hasta que unas nubes que amenazaban lluvia nos hicieron dar por acabada la andanza de esa jornada y acampamos resguardados del fuerte viento por una escarpada colina de laderas rocosas.

Aquella madrugada, como era de esperar, cayeron fuertes chaparrones, inundando y encharcando los entornos del campamento, lo que nos obligó a permanecer en las tiendas hasta las once de la mañana, cuando se secó algo el terreno y pudimos comenzar a caminar sin excesivas dificultades. Al poco, nos vimos obligados a ascender por las laderas de unas abruptas colinas durante algo más de una hora, hasta que, a eso de las doce, acometimos el descenso para volver a desplazarnos, con bastante comodidad, por un ancho valle que se dirigía hacia el oeste-noroeste.

Como mis criados conocían mi afición por la naturaleza y por la herbología, cuando cruzábamos un lugar con muchas clases de plantas, me iban indicando aquellas que creían serían de mi interés. Ciertamente, había especies que me atraían y que eran desconocidas para mí, despertando mi curiosidad. De algunas, iba tomando muestras para colocarlas en el herbario que llevaba

conmigo, no sin antes haber anotado los nombres que los naturales les daban y haberlas dibujado.

Antes de que anocheciera establecí el campamento cerca de una *zawiya* o morabito en el que decían que estaba enterrado un santo muy venerado; se llamaba la *zawiya* de Sidi Kacem, que ya habíamos visitado en el viaje que hicimos desde Tánger hasta Fez. En torno al santuario, rematado con una hermosa cúpula, se estaban concentrando grupos de campesinos que portaban mercancías varias y productos agrícolas a lomos de sus acémilas y asnos. Aslam me dijo que el día siguiente, que era jueves, se establecía en ese lugar un zoco semanal al que acudían los moradores de los aduares de toda la comarca para vender sus géneros o comprar lo que iban a necesitar en sus hogares.

Al amanecer del día siguiente, que era el primero del mes de marzo, mientras que los criados y los soldados de la escolta desmontaban las tiendas de campaña y colocaban la impedimenta en las jamugas de las mulas, pude observar que el zoco estaba ya casi establecido en el llano que precedía al morabito, y que en los puestos se exponían grano, quesos, frutas, pieles curtidas, alfombras tejidas con lana de colores, esteras de esparto y otras diversas artesanías elaboradas por aquellos rústicos musulmanes; incluso caballos, acémilas, corderos y cabras. Antes de que partiéramos en dirección oeste-sudoeste, el jefe de la *zawiya* se acercó a mí y me regaló una canasta que contenía naranjas. Yo se lo agradecí visitando el santuario y rezando con mucha devoción delante del sepulcro del santo.

Los siguientes tres días caminamos por una extensa llanura, azotados por una lluvia intermitente que no nos molestó en exceso en esa ocasión, pues el terreno era arenoso y filtraba bien el agua sin encharcarse ni formar balsas. No aconteció nada digno de reseñar en esas tres jornadas de marcha, que no fuera que nos topamos con varios aduares muy pobres. Uno de ellos, me dijo el jefe de los escoltas, pertenecía al ministro Salaui, al que yo bien conocía; lamentando, en mi fuero interno, que tan poderoso y enriquecido preboste del gobierno alauita —que decían pertenecer a

la cofradía de los sufíes— mantuviera a aquella pobre gente en la miseria y la indigencia.

A las dos y media del día cuarto avistamos las murallas de Salé, vecina de la populosa ciudad de Rabat.

Después de atravesar el río que las separa, entramos en aquella urbe costera en la que el sultán posee un hermoso palacio que, aseguran algunos, fue edificado hacía siglos por uno de los califas almohades cuando estos dominaban aquellos territorios.

Pero las operaciones de cruzar aquel ancho y caudaloso río, que llaman Bu Regreb, nos retuvo durante una hora y media, porque la labor de descargar las acémilas y volver a cargarlas en la otra orilla, después de que los barqueros hubieran trasladado en sus embarcaciones de remo a las bestias de carga, la impedimenta y a nuestras personas, no era un trabajo baladí ni carente de peligro, pues los asustadizos animales coceaban en las barcas amenazando con hacerlas zozobrar. A las cinco y media de la tarde arribamos a un llano cubierto de naranjos, situado al sureste de las murallas de la ciudad, no lejos de una fortaleza que llamaban Chellah y que no era tal, sino un antiguo cementerio rodeado de altos pero desvencijados muros. En un claro que había entre los naranjos, instalamos el campamento, en un lugar que se hallaba a unos cien metros de la orilla izquierda del Bu Regreb, para que los acampados pudieran tener cerca una buena provisión de agua y dar de beber a los animales.

Mientras que los soldados y mis criados se afanaban en montar las tiendas, envié a Aslam al palacio del gobernador de Rabat para que le informara de nuestra llegada. Pasada una hora, accedió al campamento un funcionario enviado por el gobernador que, para mi sorpresa, se trataba de Sidi Mohamed Salaui, que había dejado de ser ministro del sultán un mes antes, para ocupar el relevante cargo de gobernador de toda la región de Rabat y Salé.

Por medio de su enviado quería felicitarme y darme la enhorabuena por haber logrado acceder a su ciudad sin sufrir ningún contratiempo. Además, traía un escrito por el que se me eximía del pago de las tasas que debía abonar todo aquel que cruzara el río con mercancías y animales en las barcas pertenecientes a su

gobernación. También me comunicó que su señor había ordenado que se me diera alojamiento en la alcazaba. Antes de regresar a la ciudad, me hizo entrega de un regalo que me enviaba Sidi Mohamed Salaui consistente en un lujoso jaique.

A la mañana siguiente mandó al campamento una gran provisión de víveres y de forraje para los caballos y las acémilas.

Como habíamos sufrido mucho, tanto los hombres como los animales, soportando tan mal tiempo durante el viaje realizado desde Fez, decidí que permaneceríamos cuatro o cinco días en Rabat, descansando antes de emprender de nuevo la marcha en dirección a Marrakech.

Pude observar con tristeza que del antiguo esplendor que, decían, había gozado aquella ciudad en el pasado, ya solo quedaba el recuerdo. Las poderosas murallas, que habían sido construidas por la dinastía almohade hacía seis siglos, los cuales hicieron de Rabat una de sus capitales, estaban arruinadas en algunos tramos. Las calles y las casas de la ciudad necesitaban una profunda y urgente remodelación. Si las autoridades aspiraban a devolver a aquella ciudad costera el esplendor que una vez tuvo, y evitar su total y definitiva decadencia y ruina, sería necesario invertir mucho dinero y lograr la participación de buenos y eficientes arquitectos y alarifes.

En el puerto, que estaba mal resguardado, no fondeaban más que dos viejos bergantines moros, con los masteleros desmontados y sin velas; una fragata francesa y varios jabeques que debían emplearse para el comercio de cabotaje. Decía el capitán de los escoltas que los marineros, que se hallaban sin trabajo, estaban adobando en los viejos arsenales varias saetías con la intención de recuperar su antiguo oficio, que no era otro que volver a dedicarse a la piratería, eludiendo la vigilancia de los navíos de guerra franceses e ingleses. Pero lo cierto era que, desde la terraza de mi residencia en la alcazaba, pude comprobar que aquel puerto, con algunas reformas y construyendo un dique de abrigo, podría ser un destino frecuentado por barcos de comercio de cualquier país, con lo que Rabat y su gente hubieran podido obtener enormes beneficios. Pero llegué a la conclusión, cuando se lo comenté al gobernador Salaui, que las autoridades del sultanato no tenían ningún interés en acometer las

obras necesarias para convertir aquella ciudad en un emporio del comercio, lo que tantos beneficios hubieran aportado a Rabat-Salé y a toda la región circundante.

Una tarde, acompañado de un culto alfaquí, buen conocedor de la historia de Rabat, que me habían presentado en la alcazaba, de nombre Tarik al-Jasuli, visitamos el antiguo cementerio que ellos llaman la Chellah, situado a unos trescientos metros del lugar donde habíamos instalado el campamento. No quedaba mucho de lo que debió ser el santuario y el lugar de enterramiento de los antiguos sultanes marroquíes. Solo permanecía en pie, aunque sin uso, la mezquita funeraria, varios tramos de las murallas que lo rodearon antaño y algunos panteones medio arruinados.

—En esta extensa necrópolis real, amigo Alí Bey, se enterraron los sultanes y los infantes muertos en batallas de la famosa dinastía merinida, que se enseñoreó de todo Marruecos y de parte de España, entre los siglos XIII y XIV —manifestó al-Jasuli, señalando aquellos nobles vestigios de un pasado que debió ser glorioso—. No podemos visitar la mezquita, porque está en tan mal estado, que podría hundirse alguna de sus bóvedas y aplastarnos. Pero os voy a conducir a dos de los panteones más relevantes que aún son reconocibles y visitados por algunos nostálgicos de nuestro pasado.

El atento alfaquí me tomó de la mano y, después de sortear varias tumbas de las que no quedaba más que destrozados muretes de ladrillos, me llevó a un lugar donde se encontraban dos ajados panteones cuyas lápidas, casi ilegibles, se hallaban arrojadas a sus pies, aunque por la calidad del mármol en el que estaban grabados los epitafios, debieron pertenecer a personajes muy destacados de la realeza.

—Este, dicen los alfaquíes más ancianos, es el sepulcro del sultán merinida, Abu Yusuf Yaqub, que murió en su ciudad palatina de Algeciras, cuando hacia el *yihad* a los cristianos de España. Y ese otro —añadió, señalando otra tumba casi irreconocible—, es el del infante Abd-al-Malik, hijo del sultán Abu-l-Hasán, que había muerto, a principios del siglo XIV, peleando con los españoles cerca de Sevilla y fue enterrado en la mezquita que tenían los sultanes en Algeciras, hasta que, después de la derrota de los musulmanes en Tarifa, su

padre, vencido junto con el rey de Granada, abandonó España trayendo sus restos y los de su antepasado Abu Yusuf a este lado del Estrecho para enterrarlos aquí, en la Chellah.

Daba grima escuchar las sentidas palabras del alfaquí y contemplar aquellos arruinados panteones en los que, según al-Jasuli, estaban depositados los huesos de tan poderosos personajes, vestigios de una etapa gloriosa de la historia de aquel, ahora decadente sultanato. Sumidos en un respetuoso silencio retornamos a la ciudad. Yo para recluirme en mis aposentos de la alcazaba, rememorando lo que me había relatado Tarik al-Jasuli para trasladarlo al diario que, desde que desembarqué en Tánger, estaba redactando.

Antes de abandonar Rabat, Tarik al-Jasuli me presentó a un sabio que poseía notables conocimientos de astronomía. Se llamaba Sidi al-Maati Moreno, y decía ser descendiente de una de las familias musulmanas que, en el siglo XVII, habían sido expulsadas de España por el rey Felipe III. Era tan amable y me mostró tanto respeto, que le regalé unas tablas astronómicas que le enseñé a utilizar.

El viernes, 9 de marzo, a mediodía, mandé a mis criados y a los soldados de la escolta que se afanaran en tener todo preparado para levantar el campamento al amanecer del día siguiente. A las diez de la mañana partimos siguiendo la ruta sur-suroeste, colindante con la ribera del mar para dirigirnos a la ciudad de Marrakech, no sin antes haberme despedido del que, aún consideraba mi amigo, el gobernador de Rabat, Sidi Mohamed Salaui y del alfaquí Tarik al-Jasuli.

Seguimos la costa que, a veces era abrupta y acantilada, con enormes farallones que iban a morir en una larguísima playa de blanca arena y, otras veces, era continuación de una llanura litoral en la que crecían muchas clases de plantas desconocidas para mí. Mandé a Aslam y a Farid que recogieran algunas matas con hojas y algunas flores para añadirlas a mi herbario.

A las seis de la tarde, después de haber atravesado el río Yquem, dimos con una playa resguardada del viento en la que instalamos el campamento y cenamos parte de las provisiones que habíamos adquirido en uno de los zocos de Rabat el día anterior. Durante la

noche, cayeron algunas gotas de agua producidas por las nubes que venían del mar, lluvia que yo había anunciado, pues el higrómetro marcaba 100 % de humedad.

Eran las diez de la mañana del día 11 de marzo cuando, después de que los criados y los soldados hubieran desmontado las tiendas de campaña y cargado las jamugas de las acémilas con la impedimenta, emprendimos la marcha siguiendo todavía la costa, pues me dijo el capitán de los escoltas que no abandonaríamos la orilla del océano, para tomar la ruta sur-sureste que se dirigía a Marrakech, hasta que hubiéramos dejado atrás la ciudad de Azemmur.

A las doce cruzamos el río Cherrat y, poco después, el arroyo que llaman Buznika, para acceder, pasadas unas tres horas y, tras atravesar un bosque de palmeras, a la localidad de Mansuria. A las cinco, tuvimos que cruzar el río Nefifikh, aunque, para poder pasar a la otra orilla hubo que esperar un buen rato, hasta que bajó la marea y el océano dejó expedito el vado que permitía el paso de las personas, los caballos y las bestias de carga.

Transcurrida una hora dimos con la alcazaba de Fedala, muy recia y bien situada cerca del mar. Me dijo el capitán de los escoltas que fue edificada por Sidi Mohamed ben Abdallah, padre del actual sultán, hacía unos treinta años. En las afueras de esta fortaleza, a cuyo alrededor se habían instalado algunas jaimas y una aldea de pescadores, mandé detener la caravana y que se montaran las tiendas para pasar la noche en aquel apacible lugar. La lluvia cayó con fuerza una vez que estuvimos resguardados bajo las protectoras lonas de nuestras tiendas. Las precipitaciones no cesaron hasta que amaneció, lo que nos impidió emprender la marcha antes del mediodía, una vez que se hubo secado la tierra y las lonas de las tiendas.

A las seis de la tarde llegamos a la ciudad de Dar al-Bayda[3], una buena población rodeada de fuertes murallas, situada al borde del mar, con un pequeño puerto en el que estaban resguardadas unas cuantas falúas y barcas de pescadores, aunque nos dijeron que, a veces, era frecuentado por barcos de comercio franceses.

Acampamos fuera de las murallas, a orilla del mar, y no lejos de un riachuelo que sirvió de abrevadero a los animales y a las personas, pues su agua era excelente. A un cuarto de milla, aguas arriba, los habitantes de aquel lugar habían construido dos molinos harineros que movían sus rodeznos y piedras volanderas con la fuerza hidráulica que les proporcionaba el agua del arroyo.

Los días 14 y 15 caminamos por un paraje llano, cubierto de bosques, sin que aconteciera ningún hecho digno de consignar.

A la dos de la tarde de ese segundo día llegamos a la orilla de un río que se llamaba Oum er-Rabia[4]. Como no había más que una pequeña barca para pasar a los viajeros y a su impedimenta de una a otra orilla, estuvimos atareados en esa labor unas cuatro horas. En la margen izquierda del río, a un kilómetro y medio del mar, se halla la ciudad de Azemmur. En las afueras de esa población acampamos.

En las dos jornadas siguientes, la marcha fue muy penosa, porque no cesó de llover y soplar un fuerte viento. Los caminos estaban embarrados y no tuvimos más remedio que acampar, en ambos días, a las tres de la tarde para poder descansar y resguardarnos del mal tiempo en nuestras tiendas. El día 18 amaneció con un cielo cubierto de nubes, pero en calma y sin que sufriéramos los molestos aguaceros. El paisaje se había transformado en una sucesión de suaves colinas y amplias llanuras que los moradores de los aduares que hallábamos en nuestro camino tenían bien labradas. Nos topamos con campos sembrados de trigo, melones y habas. Aunque antes de que anocheciera volvió a diluviar, obligándonos a montar precipitadamente las tiendas para librarnos de aquel tiempo desapacible.

A media mañana del día 19 pudimos columbrar unas altas montañas, al noroeste, cuyas cumbres estaban cubiertas de nieve. Me dijo el jefe de los escoltas que era el Jebel Taksim, situado a unas siete leguas de la ciudad de Marrakech. Al atardecer habíamos dejado atrás las llanuras y entramos en un terreno constituido por colinas redondeadas de escasa altura, que estaban delimitadas, hacia el sur y el oeste, por la famosa cordillera del Atlas. Cuando pude observar, a lo lejos, sus encrespadas cumbres nevadas, sentí

una enorme emoción que procedí a transmitir a la joven Laila y a mis criados, porque sabía que en alguno de sus valles se hallaba enterrado el gran rey-poeta sevillano Almutamid, junto a su esposa Rumaykiyya.

Aquella noche volvió a llover con gran violencia. Pero como sabía que nos hallábamos a menos de dos jornadas de marcha de la ciudad que era el final de nuestro viaje, no dejé que me embargara la pesadumbre ni la preocupación, sino que acogí aquellas precipitaciones como si fueran la bienvenida jocosa que aquella tierra daba a Alí Bey y a su caravana.

El día 20, a media mañana, desde la cima de una de aquellas colinas, vislumbré las murallas de la extensa y populosa ciudad de Marrakech iluminadas por los rayos del sol, despejado el cielo de las densas y amenazadoras nubes que lo habían estado cubriendo durante los últimos tres días. A las cinco de la tarde, después de dejar asentado el campamento en un llano que había junto a un viejo cementerio, entré, acompañado por Aslam y el jefe de los escoltas, en aquella población por la puerta llamada Bab Dukkala. Un hermoso ingreso, abierto en la muralla occidental de la ciudad, defendida por dos fuertes torreones, que había sido edificada por los almorávides a principios del siglo XII, y reformada después por los almohades.

Cuando, una vez que hubimos atravesado el pasadizo, con varios tramos, que contenía la puerta y accedido a una amplia plaza situada intramuros, comenté a Aslam y al soldado que nos acompañaba la historia de ese magnífico ingreso, de lo que quedaron muy sorprendidos. Pues no entendían que yo, que nunca había estado en aquella ciudad, alardeara de tales conocimientos. Lo que ignoraban mi fiel criado y el servicial soldado era que, en la biblioteca de mi casa, en Madrid, tenía una copia del manuscrito, en árabe, de la «Crónica de la dinastía almohade», escrita por el andaluz Ibn Sahib al-Salat a finales del siglo XII, que me había proporcionado mi buen amigo, el poeta inglés y miembro del Parlamento británico, Henry James Pye, de la existente en la Universidad de Oxford, y que yo, no sin dificultad —pues no era un experto en el árabe clásico—, había leído antes de partir para tener

algún conocimiento de la ciudad que esperaba visitar y que había sido capital de la dinastía almohade.

Me hospedé, con mis tres criados —Laila permaneció en mi tienda en el campamento, a la espera de que lograra tener una residencia definitiva— en una mansión frecuentada por mercaderes, no lejos del palacio real.

Al día siguiente me visitó un alto funcionario que portaba una carta del propio sultán. En ella se congratulaba de que me hallara en Marrakech y que hubiera realizado el largo viaje desde Fez, sin sufrir ninguna incidencia grave, invitándome a acudir a su palacio aquella misma tarde. Así lo hice a la hora que me indicó el funcionario.

Me recibió en la antesala donde se hallaba Sidi Mulay Sulaymán, su hermano, mi respetado amigo, Sidi Mulay Abdesalam, el ciego, que me abrazó con mucha cordialidad. Yo le besé el dorso de la mano y le dije algunas palabras halagadoras sobre su persona. Él me invitó a aposentarme en uno de los almadraques que rodeaban una mesita decorada con ataraceas sobre la que había una tetera, varios vasos de cristal y una bandeja con pastelitos cubiertos de azúcar blanca y canela.

—Has de perdonar a mi hermano, sidi Alí Bey —manifestó tomándome de la mano—, pero antes de recibirte ha de tratar ciertos graves asuntos que le está exponiendo el gobernador de Tafilalet. Entretanto, degustaremos el té y estos pastelillos que he ordenado que prepararan para ti.

Transcurrida una hora, pude acceder a la sala del trono en la que nos esperaba Sidi Mulay Sulaymán.

Yo temía encontrarlo enfadado y distante, porque, cuando abandonó Fez, supe que le había disgustado mi negativa a acompañarlo en su viaje. Pero fue un temor injustificado, porque el sultán alauita me acogió eufórico, con una amplia sonrisa en los labios. Me aproximó su mano derecha para que se la besara al tiempo que me decía que había echado en falta mis consejos y mi plática sobre astronomía y sobre otros asuntos relacionados con la naturaleza y la historia. Que deseaba que me encontrara a gusto en su ciudad y que mi estancia en ella se prolongara durante muchos meses.

Luego dio por terminada la audiencia, no sin antes decirme que lo visitara todos los viernes para hacer juntos la oración principal de la semana y que atendiera a lo que me iba a decir Sidi Mulay Abdesalam, pues se trataba de asuntos que, sin duda, me iban a agradar, pues eran expresión del gran respeto y la admiración que me tenía.

El caso fue que el hermano del sultán me retuvo en su despacho algo más de una hora, tiempo en el que me expuso todo lo que el emperador alauita deseaba concederme para que no me sintiera extraño ni desasistido en aquella ciudad. Sidi Mulay Sulaymán me hacía donación —para siempre jamás— de una extensa finca de recreo en las afueras de Marrakech, denominada «Semlalia», con tierras cultas e incultas, huertas, viñedos, un olivar y un predio con palmeras, y con los colonos para que la atendiesen y labrasen. Me sorprendió que en la escritura de donación apareciera el nombre de Alí Bey con el añadido de «natural de Alepo, Siria» y no de España; lo que indicaba que Sidi Mulay Sulaymán estaba convencido de la autenticidad de mi falso certificado de ser un príncipe descendiente de los prestigiosos califas abbassíes. El documento de donación fue firmado por el sultán el 29 de *du l-hiyya* del año 1218, de la Égira, 11 de abril de 1804, de la Era Cristiana. Aún lo conservo. Aunque los futuros lectores de esta historia —si es que llega a publicarse—, podrán comprender por qué, una vez que hube abandonado Marruecos, perdí la propiedad de tan extensa y rica heredad, y de otros inmuebles que me había donado el sultán alauita.

Una semana más tarde, en el transcurso de uno de mis encuentros con Sidi Mulay Abdesalam, este me entregó otro documento, firmado por el sultán, confirmado por el cadí y rubricado por él mismo, en el que se me otorgaba la propiedad de otras dos mansiones situadas en uno de los barrios más selectos de la ciudad. También me dijo Mulay Abdesalam, que su hermano —que había abandonado Marrakech para viajar a Mequínez el día 12— había decidido concederme una pensión mensual de los haberes que recibía por su condición de sultán del imperio. Con ese aporte de dinero no tuve que depender, desde entonces, únicamente de las

subvenciones que, periódicamente, me enviaba desde España el Príncipe de la Paz, para atender a mis cuantiosos gastos.

Aquella noche, aún sorprendido por la desmedida generosidad mostrada hacia mi persona por aquellos relevantes personajes y, también, preocupado por la manera que tan fastuosas donaciones pudieran influir en los proyectos que esperaba acometer en el futuro al servicio de España y en mi propio interés, no pude conciliar el sueño. Meditaba y buscaba respuestas sobre aquel inesperado asunto que tan sorpresivamente me había desasosegado aquel día que amaneció con la expectativa de ser una jornada de felicidad y de descanso después de tantos días y noches de marcha.

Estando en Fez, en el transcurso de las conversaciones mantenidas con el sultán y con su hermano, había procurado, como le había prometido a don Manuel Godoy, que Sidi Mulay Sulaymán se inclinara por favorecer el comercio con España, recuperar la exportación de trigo desde su sultanato y mejorar las relaciones políticas y diplomáticas entre el rey Carlos IV y su Gobierno, y las autoridades alauitas. En especial, logrando la liberación de aranceles a la exportación de grano y beneficiando de ese modo a los comerciantes españoles en competencia con los franceses. En compensación, le había ofrecido la participación de tropas españolas para someter a las tribus desafectas establecidas en el sur del sultanato que se hallaban en rebeldía y se negaban a contribuir, económicamente, en el sostenimiento del Imperio. De ambos asuntos, no hallé sino buenas palabras y vanas promesas, pero nada concreto; aunque Sidi Mulay Abdesalam me aseguraba que mis propuestas no habían caído en saco roto, sino que estaban en la agenda del sultán, su hermano, y del Gobierno marroquí.

Quizás con sus generosas donaciones intentaba contentarme y, sobre todo, que me estableciera definitivamente en Marruecos y me distanciara de la Corte española, integrándome en su séquito de alfaquíes y sabios que vivían, espléndidamente, pensionados por el poder. En más de una ocasión me había comentado que necesitaba disponer de un astrónomo prestigioso a su lado, pues los que tenía eran más bien astrólogos y adivinos que hombres de ciencia como yo.

Pero, fuera por uno u otro motivo, y aunque me había transformado en un hombre rico al que nada le faltaba, con tierras, mansiones, criados y colonos, mi lealtad hacia España y a don Manuel Godoy, no había sufrido merma alguna. Y mi proyecto de conocer aquellas regiones africanas y, luego, viajar a Oriente y entrar en la ciudad santa de La Meca era más firme que antes de haber accedido a Marrakech. Y no era baladí el hecho de que con más apasionamiento y entusiasmo me afanaba en escribir en mi diario todo cuanto acontecía a mi alrededor y observaba en el paisaje, la sociedad y la naturaleza; porque, como los viajeros y exploradores ingleses que me habían precedido, a mi vuelta esperaba poder publicar un libro con las anotaciones recogidas en mis casi secretos folios, y los planos y los dibujos que guardaba en mis carpetas para conocimiento de los españoles y de los círculos científicos de Europa.

Como ya he referido, el día 12 de abril del año 1804, Sidi Mulay Sulaymán partió con su séquito en dirección a Mequínez, dejándome el encargo, por medio de su hermano, de que me trasladara a Essauira (conocida por franceses y portugueses como Mogador), ciudad costera situada a unos ciento cuarenta kilómetros al oeste de Marrakech, para que —le dijo a Abdesalam— gozara de unos días de asueto y descanso junto al mar. Aunque pecaría de incauto si no pensara que el astuto e inteligente sultán del Imperio marroquí me estaba poniendo a prueba enviándome al principal foco de la disidencia y la rebeldía que sufrían los alauitas en su sultanato.

Partí para Essauira a las doce del día 26 de abril, acompañado de mis tres criados, un cabo y cuatro soldados negros de la guardia a caballo de Sidi Mulay Sulaymán, dos cargadores con sus mulas, mi sierva Laila y dos alfaquíes.

El campamento estaba constituido por cinco tiendas de campaña. Buena parte de la impedimenta y mis aparatos de medición astronómica los dejé en Marrakech.

El día anterior a mi partida visité al cónsul de España en aquella ciudad, don Antonio González Salmón, uno de los miembros de la red que, por orden de don Manuel Godoy, debía asistirme en mis desplazamientos y mis necesidades, y del que recibir instrucciones.

Le hice entrega de mi último informe dirigido al Príncipe de la Paz, conteniendo las conversaciones mantenidas con el sultán en las pasadas semanas, la situación política del sultanato y mi próximo viaje a Essauira, población en la que pensaba entrevistarme, si se presentaba la ocasión, con los jerifes y pachás contrarios al sultán alauita.

Las jornadas de marcha realizadas los días 27 y 28 se realizaron sin que aconteciera ningún suceso digno de reseñar. Solo que cada día que pasaba más lejos quedaba la cordillera del Atlas y que, al atardecer del 27, la atmósfera se enfrió inesperadamente, aunque no pude medir la temperatura porque —como ya he referido— había dejado mis aparatos de medición en Marrakech. Comenzó a soplar un fuerte viento y a llover con intensidad. Quizás fuera esa la causa de que sufriera de calenturas, mal que no me abandonó hasta el amanecer del día 29. A las once y media di orden de levantar el campamento y emprender la marcha en dirección oeste.

A mediodía atravesamos una región con un paisaje monótono, constituido por suaves colinas y amplias llanuras sembradas de cebada que estaban segando los labradores de los aduares cercanos. Quedé gratamente impresionado por unos extensos bosques poblados de unos árboles desconocidos para mí, parecidos a los olivos de las regiones mediterráneas, que poseen unas agudas espinas y que llaman argán. Su fruto es una especie de aceituna bastante gruesa de la que se extrae un aceite que —dicen— se emplea para muy diversos usos. Su pulpa, una vez obtenido el aceite, se utiliza como un excelente y nutritivo alimento para las vacas.

El día 30 de abril, al caer la tarde, entramos en la ciudad de Essauira o Mogador, que estaba rodeada de un terrero parecido al desierto, todo él de arena dorada.

---

3 Actualmente, predomina, internacionalmente, la traducción en lengua española de Casablanca. Aunque este topónimo procede del que le daban los portugueses cuando dominaban esta costa e identificaban esta población como «a casa branca».

4 El segundo río más largo de Marruecos, que tiene su nacimiento en el Atlas Medio.

VIII
EN ESSAUIRA. CONVERSACIONES CON LOS PACHÁS

Al norte y al sur de la población pude observar la existencia de una larguísima y hermosa playa de blanca arena acantilada, en la que estaban varadas en la orilla numerosas barcas que, me dijeron, se dedicaban a la pesca, de lo que deduje que, al contrario de las ciudades del interior, en las que la dieta de sus moradores carece de pescado, en Essauira los productos del mar parecen ser uno de los principales alimentos de sus habitantes.

La ciudad fue fundada —aseguraba uno de mis cultos alfaquíes— por Sidi Mohamed ben Abdellah, el padre de Mulay Sulaymán, y estaba trazada de manera muy inteligente y moderna, con calles a cordel que me recordaron las vías urbanas de las ciudades de los antiguos griegos, cuyos restos aún se conservan. Las murallas que dan al mar se alzan sobre el borde del acantilado. En un tramo de ellas se ha instalado una batería con varios cañones pedreros y cuatro morteros. El puerto está situado entre la costa y una isla cercana que le sirve de abrigo. Aunque no parecía muy seguro, cuando yo visité la ciudad había fondeada en él una fragata inglesa y, cerca del muelle, varios faluchos locales. Residiendo en esta ciudad hay numerosos comerciantes de naciones de Europa que viven formando colonias. Mucho de ellos, franceses e ingleses. Quizás esa activa vida comercial hace que, aunque esté rodeada de un inmenso y estéril desierto, sea sede de varios viceconsulados y agencias mercantiles.

Al cuarto día de estar en Essauira, hospedado en un palacete que pertenecía al pachá y gobernador de la región, este relevante personaje, más los pachás de Haha, Chiadma y Sus (de los que el cónsul de Marrakech me había informado que, en tiempos pasados, encabezaron algunas revueltas tribales contra los alauitas y aún se negaban a abonar los impuestos exigidos por el *majzén*), ofrecieron

un espectáculo en mi honor en el que participaban sus tropas de a caballo, armados los jinetes con escopetas espingardas. Consistía en una gran galopada ejecutada delante de una tribuna en la que estaba yo, acompañado de los citados pachás y de otros representantes civiles y religiosos de la ciudad.

Los jinetes, al tiempo que cabalgaban dando gritos guturales, lanzaban al aire los disparos de sus armas, produciendo mucho ruido con las descargas simultáneas. Al finalizar la exhibición, el pachá de Essauira me condujo a su palacio, situado en una montaña cercana, en el que me ofreció un espléndido almuerzo. En la sobremesa, se levantó del almadraque en el que estaba aposentado e, indicándome que hiciera lo mismo, exclamó con potente voz: «Que Dios bendiga la vida de nuestro señor Alí Bey».

Durante el almuerzo y, posteriormente, en secreto y, con cada uno de los pachás presentes por separado, entablé sutiles conversaciones que eran parte del mandamiento que me había encomendado don Manuel Godoy, acerca de la disponibilidad de algunos dirigentes del sur del sultanato —que parecían estar descontentos con Sidi Mulay Sulaymán— de recibir ayuda militar desde España si optaban por levantarse contra el poder alauita.

El rey Carlos IV estaría dispuesto a enviar tropas, si lo creía oportuno y necesario, para lograr la separación e independencia de los territorios de estos pachás y de las belicosas tribus del Sus y de Tarudant, del Imperio marroquí y mantener unas fuerzas expedicionarias en la región para asegurar su libertad política y económica. Me produjo una enorme sorpresa comprobar que todos ellos eran proclives a que se establecieran tropas españolas en sus ciudades y aldeas, después de que se firmaran los preceptivos acuerdos con el rey de España que contuvieran estipulaciones que les fueran favorables y beneficiosas para su gente. Aquella misma noche redacté un extenso informe para enviarlo a Madrid cuando tuviera ocasión.

El 9 de mayo, a las nueve de la mañana, emprendí el regreso a Marrakech.

Me escoltaron quince jinetes mandados por un oficial que tenía la

orden del pachá de acompañarme hasta alcanzar los diez kilómetros y, llegados a ese punto del camino, volver a su ciudad.

A partir de ese día comencé a utilizar un parasol de vivos colores que me había regalado el gobernador de Essauira, costumbre que estaba reservada al sultán, a sus hijos y a sus hermanos, y prohibida para el resto del pueblo. Cuando cruzaba, montado en mi caballo árabe, con el parasol y vistiendo el elegante jaique y mi turbante blanco, algún aduar o alguna aldea, sus moradores salían al camino para saludarme y otorgarme la bendición de Dios, proclamando la frase laudatoria que, unos días antes, me había dedicado el pachá de Essauira cuando almorzamos en su palacio: «Que Dios bendiga la vida de nuestro señor Alí Bey».

Transcurridos seis días, hicimos la entrada en Marrakech por la puerta que llaman Bab el-Majzén, menos historiada que la Bab Dukkala. Me dirigí a la mezquita principal para hacer la oración y, después, salí de la ciudad y fui a residir a mi mansión de «Semlalia» con mis criados y la joven Laila, cuyo aprecio y gratitud hacia mí se estaba transformando en un amor callado e intenso, pero que era evidente para Aslam, Farid y los soldados de la escolta.

Hasta ese día, no había reparado en la majestuosidad de aquella ciudad. Aunque, cuando tuve ocasión de compartir mis impresiones con el cadí mayor, sidi Abu-l-Qasim, que vino a visitarme a mi residencia para conocerme y expresarme su satisfacción por haberme instalado en su ciudad, mi admiración decayó en parte. Este relevante juez, que pertenecía a una antigua y noble familia de musulmanes españoles exiliados, me aseguró que Marrakech, en aquellos días, era solo un pálido recuerdo de la grandiosidad que tuvo en el pasado.

—Sidi Alí Bey —me dijo, con una expresión de tristeza reflejada en su rostro—, Marrakech fue la capital de un reino poderoso cuando dominaba el mundo la dinastía de los «Unitarios» o almohades. Entonces era inmensamente rica en agricultura, en comercio y en hombres de letras, de religión y expertos en el arte, alcanzando una población que superaba el medio millón de habitantes. A ella arribaban las caravanas que partían de la tierra de los negros y de Tombuctú, cargadas de oro, maderas preciosas y esclavos. Pero la

caída de los «Unitarios», el azote de varias epidemias de peste y el traslado del poder de los sultanes a otras ciudades de Marruecos, la fueron arruinando hasta convertirla en la urbe decadente que hoy puedes contemplar. Pues, aunque te parezca digna de admirar, en nada se parece a la hermosa y rica ciudad que fue en los siglos en que era el ombligo del mundo y del reino de los que seguían al *mahdi* Muhammad ben Tumart, que abarcaba desde la tierra de los negros hasta el Magreb Central, y gran parte de España. Hoy mis convecinos no pasan de treinta mil.

Yo solo compartía en parte el sentido y compungido relato del cadí, porque al no tener más referencia sobre el pasado de Marrakech que la descripción que me hizo de él sidi Abu-l-Qasím, no me pareció tan decrépita y triste aquella ciudad; pues, aunque con las murallas algo deterioradas y algunos arrabales descuidados, la medina seguía siendo esplendorosa. Su gran mezquita, conocida como la Kutubiyya, era la más bella y extensa de todo Marruecos; sus calles, aunque estrechas, estaban rodeadas de muy buenos edificios; sus zocos y su gran mercado de la plaza Yamá al-Efna, y sus tiendas, mostraban mucha actividad, señal de que Marrakech seguía siendo una de las ciudades principales del Imperio alauita.

Pasados tres días de estar descansando y solazándome en mi mansión, decidí tomar el informe que había elaborado en Essauira sobre la posible intervención militar de España en el sur de Marruecos para ayudar a los pachás y jeques tribales rebeldes, y me dirigí al consulado español para entregarlo a don Antonio González Salmón y que este lo enviara a Madrid en la valija diplomática. No sabía que efectos tendrían mis comprometedoras informaciones en el ánimo de don Manuel Godoy y en Su Majestad el rey cuando comprobaran que mis intentos para conseguir que el sultán aceptara la intervención militar española en territorio marroquí, habían fracasado, y que me había visto obligado a acometer la segunda parte del plan, que consistía en atraer y exponer el proyecto de ayuda militar de España a los jeques de las tribus desafectas del Sus y de Tarudant, y a los pachás que odiaban a los alauitas.

Debía cumplir el compromiso que adquirí como contraprestación al apoyo institucional y económico que me estaba proporcionando el

Príncipe de la Paz para que pudiera emprender el ambicioso proyecto de viajar por África y Asia, y plasmar en un libro aquello que observara y de lo que fuera testigo, como antes habían hecho los exploradores ingleses y escoceses William George Browne, Joseph Banks, Mungo Park y James Bruce, y el ilustre granadino converso, conocido como León el Africano, en el siglo XVI.

Cierto era que mi intención, manifestada ante don Manuel Godoy, era atraerme la amistad del sultán Sidi Mulay Sulaymán, de sus familiares más cercanos y de algún miembro del *majzén*, así como de los influyentes hombres de religión y sabios del sultanato, para que aceptaran la ayuda militar de España en la pugna que mantenían con los jeques de las tribus rebeldes del sur y los ambiciosos pachás deseosos de derrocar a la dinastía alauita. Pero, como en los meses que viví y fui tan bien recibido por Sidi Mulay Sulaymán, su hermano Sidi Mulay Abdesalam y algunos otros miembros del *majzén*, como el ministro Sidi Mohamed Salaui, nada había conseguido más allá de recibir amables palabras y nebulosas promesas —además de cuantiosos regalos—, decidí, aprovechando los días de descanso en Essauira, acometer la segunda parte del plan acordado con el Príncipe de la Paz, si fracasaba la primera opción: conocer las intenciones de los pachás del sur y de los belicosos jeques de las tribus, que los espías al servicio de Godoy sabían que estarían dispuestos a promover y encabezar rebeliones para lograr la independencia política y, sobre todo, económica del emperador que gobernaba Marruecos con mano de hierro.

Una vez entregado el confidencial informe al cónsul de España, retorné a mi mansión de «Semlalia» para continuar con mi vida privada, rodeado de mis fieles criados, la atenta y complaciente Laila, y los colonos que se encargaban de la siembra y el cuidado de mis tierras y de mi ganado; así como dedicado a mis relaciones sociales y mis oraciones diarias en una de las mezquitas rurales que estaba cerca de mi residencia. Aunque para la oración del viernes acudía a la prestigiosa Kutubiyya, en la que me codeaba con lo más granado de la sociedad política y religiosa de Marrakech.

Entretanto, esperaba expectante que el cónsul reclamara mi presencia para darme a conocer la respuesta de don Manuel Godoy

al contenido de mi último informe y saber si me daba su visto bueno, y el de Su Majestad el rey, para que continuara parlamentando, discretamente, con los pachás y los jeques tribales que habrían de participar en el posible alzamiento y el desembarco de las tropas españolas en el litoral meridional de Marruecos.

Entre mis amistades, a las que invitaba algunas veces a una tertulia que organizaba en mi finca, se encontraba el ya citado juez sidi Abu-l-Qasim. Éste me había comentado que uno de los santos más famosos y respetados de Marruecos, sidi Alí ben Hamet, que residía en Ouazzane, y era el jefe de la poderosa *zawiya* de esa ciudad, que aseguraba ser descendiente de Idris, descendiente, a su vez, del Santo Profeta, le había manifestado su deseo de conocerme y poder platicar conmigo. Como debía visitar a sus devotos seguidores de Marrakech, esperaba estar en esa ciudad al paso de unas dos semanas. Sidi Abu-l-Qasim me rogaba que lo recibiera en mi mansión y se cumpliera el deseo de tan santo varón de conversar conmigo.

Antes de dar mi visto bueno a la propuesta del juez, me trasladé al consulado y solicité a don Antonio González Salmón, que me informara sobre la personalidad, las ideas y los planteamientos políticos —si es que eran conocidos— de ese personaje que tanto interés tenía en conocerme.

El cónsul me dijo que el tal sidi Ali ben Hamet, era el jefe de una de las *zawiyas* más importantes, numerosas y respetadas de Marruecos. Que había estado enfrentado al sultán Sidi Mulay Sulaymán porque, en la pasada guerra de sucesión al trono, había optado por apoyar a uno de los aspirantes, a su tío Mulay Salama, que, al final, fue derrotado por Sidi Mulay Sulaymán. Que, aunque luego rindió pleitesía al nuevo sultán, no era desechable la idea de que siguiera anidando en su corazón el deseo de venganza. Por ese motivo no sería baladí que lo recibiera en mi mansión, lo agasajara y conversara con él para conocer cuáles eran sus relaciones con Sidi Mulay Sulaymán y su probable disposición a apoyar un cambio de dinastía en el trono del sultanato.

Sidi Alí ben Hamet era un hombre delgado y de elevada estatura. Debía rondar los cincuenta años. Vestía una almalafa blanca muy

limpia, cubriéndose la cabeza con el capuz de la misma. Su aspecto era noble y distante, no exento de una inteligencia y una astucia que se percibía en su inquisitiva mirada. La reunión que mantuvimos en el jardín de mi mansión fue muy agradable y distendida, a pesar de mis solapadas insinuaciones que no tenían otro objetivo que saber su opinión sobre el sultán y la dinastía alauita. Pero el santo bereber supo desviar inteligentemente la plática hacia los temas que a él le interesaban, que eran sobre mi persona y mis conocimientos de la *sharia*, del Corán y de los *hadices* del Santo Profeta, y nada pude sonsacarle en relación a su ideario político y sus actuales relaciones con el sultán alauita. Aunque el astuto bereber debió percibir la intención de mis sutiles comentarios.

—Sidi Alí Bey, sé que sois buen amigo del sultán y que él os respeta y aprecia. No dudo que solo deseáis su bien. Es el mismo sentimiento que yo albergo en mi corazón. Después de un tiempo en el que estuvimos distanciados y enfrentados, y que ya ha quedado, por fortuna, totalmente olvidado, ahora soy un leal servidor de su persona y haré todo cuanto esté a mi alcance para que su reinado sea largo, feliz y próspero[5] —me dijo en un momento de la conversación.

Nos despedimos como buenos amigos. Antes de abandonar mi mansión, le regalé un lujoso jaique que había comprado el mismo día que llegué a Marrakech. Y él me obsequió con un Corán que —me dijo— había sido bendecido por su padre, también un venerado santo de la *zawiya* de Ouazzane.

A mediados del mes de mayo me puse muy enfermo.

Sufría calenturas intermitentes y gran flaqueza del cuerpo, lo que, a veces, me impedía dar un solo paso. Como no confiaba en la maestría de los médicos musulmanes y era muy complicado que, por medio del consulado, viniera uno desde España, lo que, por otra parte, hubiera ofendido a los galenos marroquíes, decidí utilizar mis conocimientos en medicina y utilizar el repertorio de hierbas curativas que guardaba en mi botiquín. La mejoría fue muy lenta, obligándome a permanecer recluido en «Semlalia». No salía de mi mansión más que a las horas tempranas del día, para observar cómo

segaban el trigo o recolectaban los frutos de las huertas mis colonos. Algunas noches, en las que el tiempo era plácido y la temperatura agradable, subía a la azotea para continuar con mis observaciones astronómicas, ayudado por Aslam y Farid.

Al finalizar el mes de mayo, mis colonos comenzaron a recolectar el fruto de los albaricoqueros, los naranjos y los cerezos. A mediados de junio, se recolectaban los higos, recogida que duraba hasta mediados de agosto. Los que no se consumían en fresco, se ponían al sol para que se secaran, siendo luego, durante el invierno, un alimento muy nutritivo. En julio había muchos melones y sandías y, en agosto y durante el mes de septiembre, mis viñedos producían grandes cantidades de uvas que se llevaban a vender al mercado cercano, aunque buena parte de ellas era secada al sol y convertida en uvas pasas para ser consumidas a lo largo del año. A mitad de agosto se recolectaban las sabrosas azofaifas y, en septiembre, los jugosos membrillos y las granadas. El zumo de las granadas que se producían en mis huertos era una bebida excelente, sobre todo cuando se tomaba después de estar enfriado con la nieve del pozo de nieve que tenía en uno de mis patios[6].

En octubre me había restablecido completamente, gracias a las hierbas sanadoras y, sobre todo, al reposo y la vida sosegada.

A mediados de ese mes comencé a desplazarme a la medina y al zoco, portando el parasol que me había regalado el gobernador de Essauira, acompañado de Aslam y Farid, para adquirir todo lo necesario para nuestra manutención que no se producía en «Semlalia». Los viernes acudía a la mezquita Kutubiyya para realizar la oración y escuchar el sermón del imán principal de Marrakech. Después de abandonar la ciudad me recluía en mi mansión, no sin antes haber invitado a mis amigos a asistir, por la tarde, a la tertulia que hacía varios meses que había dejado de convocar. En estos menesteres transcurrieron los meses de noviembre y diciembre, y llegó el mes de enero del año 1805, que me traería importantes novedades.

El 18 de enero el sultán regresó a Marrakech.

Yo salí a recibirlo a una considerable distancia, para mostrarle, de

esa manera, mi afecto y mi agradecimiento por todos los dones que me había otorgado; pues de viajero europeo, financiado en secreto por la Corona de España, había pasado a ser un potentado musulmán muy considerado por la alta sociedad de aquella ciudad. Aunque albergaba en mi pecho una justificada desazón: ¿habría llegado a oídos de Sidi Mulay Sulaymán las comprometedoras conversaciones que había mantenido con el santo Sidi Alí ben Hamet y con los pachás, que sabía que eran proclives a la sedición, de Essauira, Haha y Chiadma? ¿Habría considerado una injerencia en los asuntos internos del sultanato mis reiterados consejos para que introdujera reformas en las leyes que las acercaran a la modernidad y se alejaran de la enorme influencia que ejercía en ellas la religión y la *sharia*? Pero, como nada podría saber hasta que el sultán tuviera a bien reclamar mi presencia y recibirme en su palacio, como había hecho en el pasado en Tánger y en Fez, debía tener paciencia y esperar, para conocer cuál era el actual estado de mis relaciones con el poder una vez que el sultán hubiera regresado de sus desplazamientos por las otras ciudades de su Imperio.

Sidi Mulay Sulaymán —que iba sentado en una litera situada entre dos mulas— mandó detenerlas y me saludó con mucho afecto, aunque no pude evitar en sus palabras cierto distanciamiento, cuya causa no lograba averiguar. Sin embargo, unos días más tarde, cuando me recibió el cónsul de España, pude saber con toda certeza el motivo de ese distanciamiento entre el astuto sultán de Marruecos y su amigo, el falso descendiente de los prestigiosos príncipes abbassíes.

Cuando las mulas, transportando la litera de Sidi Mulay Sulaymán, continuó su marcha, se acercó a mí, su hermano, Sidi Mulay Abdesalam. Me abrazó con mucho afecto y me dijo que, cuando hubiera descansado de tan largo viaje un par de días, deseaba que lo visitara, pues tenía muchas noticias que darme, algunas de ellas que me serían muy agradables y beneficiosas como respetado musulmán residente en aquel reino. Nos despedimos. Yo, montado en mi caballo tordo acompañado de dos de los soldados que formaban parte de mi escolta, me dirigí a «Semlalia», a la espera de

que Abdesalam me enviara a uno de sus funcionarios para comunicarme el día y la hora en la que me recibiría en su palacio.

Pero como quería saber qué era lo que se tramaba en las altas instancias del sultanato y si había acontecido algún suceso que debería conocer durante los meses de mi obligada reclusión en «Semlalia», decidí acudir al consulado y entrevistarme con el cónsul, mi buen amigo don Antonio González Salmón. Pero no fue necesario dirigirme a la delegación oficial de España en Marrakech sin esperar la preceptiva cita, porque, pasados dos días, recibí en mi mansión a uno de los funcionarios del consulado que me traía una misiva en la que el cónsul me urgía a que lo visitara.

Aquella misma tarde me presente en la sede del consulado.

Esperaba que don Antonio González Salmón me hiciera entrega de la ansiada carta de don Manuel Godoy en respuesta al secreto y comprometedor comunicado que le había hecho llegar en la valija diplomática hacía algo más de siete meses.

Una vez que estuve sentado en la silla que se hallaba situada ante la mesa que ocupaba el cónsul de España, éste extrajo de una carpeta el sobre cerrado con lacre rojo que contenía la carta enviada por don Manuel Godoy. Rompí el lacre, extraje la misiva y procedí a leerla. Estaba fechada el día 26 de diciembre de 1804. Su sorprendente contenido era éste que expongo a continuación:

«Don Domingo Badía Leblich, embajador extraordinario del reino de España ante el sultán de Marruecos Sidi Mulay Sulaymán al-Alauí y mi representante personal en su sultanato. Salud y bendiciones.

Has de perdonar, mi buen y leal Domingo Badía, el retraso en responder a tu carta en la que me exponías la situación política de Marruecos y las secretas conversaciones que habías mantenido con aquellos que, estando en oposición y rebeldía con la dinastía alauita, podrían favorecer los proyectos de Su Majestad el rey y de mi persona, de enviar tropas a ese reino para incrementar nuestra presencia e influencia en ese continente y favorecer nuestro comercio, nuestro prestigio militar y nuestras alianzas internacionales.

Cuando expuse a Su Majestad que, fracasado el intento de que Sidi Mulay Sulaymán aceptara la intervención de nuestro ejército para

que, con nuestra ayuda militar, pudiera someter por la fuerza de las armas a los jeques tribales desleales y a los pachás rebeldes del sur del sultanato, a cambio de que se intensificaran las relaciones comerciales con España, y que habías conseguido que los citados pachás, tradicionales enemigos de los alauitas, estuvieran dispuestos a aceptar el envío de tropas españolas para, con ellas, poder derrocar al sultán Mulay Sulaymán, quedó muy complacido al ver próxima la ocasión de ampliar nuestras posesiones de Melilla y de Ceuta tomando nuevos territorios en el norte de África. Pero, atendiendo a su buen corazón y al respeto que, como gobernante, tiene hacia reyes y sultanes que no son sus enemigos, me dijo que abandonara el proyecto de intervenir militarmente en el sultanato de Marruecos. Por ese motivo he tardado tantos meses en responder a tu misiva. Pero, Domingo Badía, las cosas han dado un brusco y decisivo giro, lo que ha impulsado a Su Majestad a retomar el proyecto de enviar tropas al sur de Marruecos y, si es posible, provocar el derrocamiento de Sidi Mulay Sulaymán.

El 14 de diciembre España se ha visto obligada a declarar la guerra a Inglaterra. Dos meses antes, en el cabo de Santa María, frente a las costas del Algarve, la flota mandada por don José de Bustamante, que había zarpado de Montevideo el 4 de agosto, en tiempo de paz, fue atacada ruinmente, sin mediar declaración de guerra, por la escuadra inglesa al mando del comodoro Graham Moore. Después de un breve combate, Bustamante tuvo que rendir las tres fragatas que recibieron el ataque, que fueron apresadas y conducidas al puerto de Gosport. ¿Pero, de qué manera afecta ese estado de guerra a nuestro proyecto en el sultanato de Marruecos? ¿Qué acciones debes emprender, Domingo Badía, a partir de ahora de acuerdo con lo ordenado por Su Majestad el rey? Nuestros espías me han comunicado que el sultán Sidi Mulay Sulaymán se ha aliado con los enemigos de España y, desde el puerto de Tánger, está abasteciendo de alimentos y otras vituallas a los ingleses establecidos en Gibraltar burlando a nuestros navíos, porque entran en aguas españolas enarbolando la bandera neutral del Sultanato alauita. Lo que más ha ofendido al rey don Carlos es que esté suministrando a los ingleses el trigo que, reiteradamente, ha negado

a los comerciantes españoles, tan necesario para poder abastecer a nuestro pueblo. Procede como tú me indicaste en tu última carta y sigue con el plan previsto.

Dada en el Palacio Real de Madrid, a 26 de diciembre del año 1804.

Manuel Godoy y Álvarez de Faria Ríos,
Príncipe de la Paz».

—Una vez leída esta carta, Domingo Badía, he recibido la orden de quemarla —manifestó el cónsul tomando la misiva, que aún mantenía en mis manos, rememorando su contenido y meditando sobre cuál debía ser mi tarea, a partir de ese día, según lo expuesto en ella por el Príncipe de la Paz.

Me debatía en un mar de dudas. No era baladí pensar que mi situación no era nada halagüeña: estaba muy bien considerado por Sidi Mulay Sulaymán —que me había honrado con su amistad y con generosas donaciones, entre ellas una extensa y rica finca y una pensión mensual— y por su hermano ciego, Sidi Mulay Abdesalam, que me apreciaba como si fuera parte de su propia familia.

Debía continuar la misión que me encargara don Manuel Godoy, antes de que emprendiera el viaje a Oriente que tenía pensado. Pero, como las circunstancias habían cambiado con la declaración de guerra de España a Inglaterra, y la alianza de Sidi Mulay Sulaymán con los ingleses y su connivencia con nuestros enemigos al abastecer su guarnición de Gibraltar, debía retomar las conversaciones con los pachás disidentes y los jefes de las *zawiyas* que eran contrarias a los alauitas.

Afortunadamente, Sidi Mulay Sulaymán y los miembros de su familia y del *majzén* me seguían considerando un buen y leal musulmán, y un príncipe descendiente de uno de los clanes más prestigiosos de todo el orbe islámico, del que, ni por asomo, se podría esperar una traición hacia su benefactor, el sultán. De todas maneras, debía andar con pies de plomo y actuar con inteligencia, astucia y gran sigilo, pues en caso de caer en desgracia y ser descubierto, era muy probable que la afilada espada del verdugo seccionándome el cuello, sería el destino que esperaba al intrépido Domingo Badía, conocido en Marruecos como sidi Alí Bey el Abbassí.

Mas, como no podía hacer nada para cambiar el rumbo que estaban tomando los acontecimientos, debía hacer de tripas corazón y continuar con mi vida diaria de devoto musulmán y leal servidor del sultán alauita en mi finca de «Semlalia» y asistiendo con entusiasmo a las tertulias y a la oración de los viernes en la mezquita Kutubiyya y esperar mejor ocasión para preparar mi viaje a La Meca.

Al día siguiente de haber tenido conocimiento del contenido de la carta que me había enviado don Manuel Godoy por medio del consulado, a poco de haber amanecido recibí la visita de un criado de Sidi Mulay Abdesalam. Me comunicó que su señor me esperaba esa misma tarde en su palacio para platicar conmigo.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando accedí al palacio del hermano invidente del sultán. Sudaba copiosamente, aunque era pleno invierno y el ambiente extremadamente frío. Sidi Mulay Abdesalam me recibió en la sala que antecedía al jardín, que era el lugar donde acostumbrábamos a conversar en los meses de invierno.

—Sidi Alí Bey, mi querido amigo, tengo el encargo de mi hermano de decirte aquello que, durante las semanas que ha estado recorriendo varias ciudades de su Imperio, ha pensado para honrarte aún más y agradecerte los buenos consejos que, desde que te conoció en Tánger, le has dado —comenzó diciendo el destacado miembro de la familia alauita, en un tono que me devolvió la serenidad y el sosiego que había comenzado a faltarme—. Cree que con la donación de la finca de «Semlalia» y la pensión que te ha concedido ha logrado que renuncies al alocado proyecto de continuar tu viaje a Oriente y te establezcas, definitivamente, en Marrakech. Pero, piensa que, para incrementar esa creencia, aún mereces un mayor reconocimiento.

—Te ruego, Sidi Mulay Abdesalam, que traslades al sultán de todo Marruecos que no necesito más donaciones ni que me honre con nuevos honores o prebendas —le interrumpí con la intención de dar tiempo a que mi cerebro analizara las palabras pronunciadas por el noble alauita y argumentara una buena y ajustada respuesta.

—Ha creído mi hermano, sidi Alí Bey, y yo he secundado su

decisión, que no es bueno que un musulmán de alcurnia, tan querido por el pueblo y por los hombres de religión, siga soltero. Situación personal que nuestro Profeta desaprobaría y que es un mal ejemplo para la gente del común —continuó exponiendo lo que el astuto Sidi Mulay Sulaymán deseaba ofrecerme, que estaba seguro era, de nuevo, que tomara alguna esposa, además de la joven Laila que, aunque no lo era oficialmente, se comportaba como tal. Con su imperativo ofrecimiento esperaba atarme aún más a su persona y a aquella tierra—. Ya ha elegido a las dos jóvenes de su casa que serán tus esposas —continuó con su exposición—. Mañana, una vez bañadas y perfumadas con agua de rosas, las dos hermanas del sultán que, también son mis hermanas, las conducirán a tu mansión de «Semlalia» para que se formalice el contrato matrimonial.

Yo nada añadí a lo dicho por Sidi Mulay Abdesalam, porque intuí que, en aquella ocasión, no podría rechazar el ofrecimiento del sultán, cuando tan delicada era mi situación en el sultanato. Guardé silencio y, al cabo, solicité su venia para poder retirarme. Deseaba meditar, sosegadamente, en la soledad de mi mansión el ofrecimiento envenenado que me hacía el sultán por medio de su hermano, el bueno de Abdesalam, y evaluar sus posibles repercusiones. Era evidente que esta vez consistía en una orden imperativa más que en una dádiva o un regalo que se pudiera rechazar.

Como en ocasiones anteriores, tendría que hacer frente al nuevo intento de Sidi Mulay Sulaymán de que tomara esposas en Marruecos, lo que, seguro que pensaba el astuto y poderoso mandatario, me ataría de por vida a su persona y a aquella ciudad en la que tantos dones había recibido. Pero, como en las citadas ocasiones anteriores, me hice fuerte y rechacé, de nuevo, el ofrecimiento de Sidi Mulay Sulaymán, alegando que había decidido continuar célibe hasta haber cumplido con el mandato del Santo Profeta de hacer la Peregrinación a la ciudad santa de La Meca, haber orado en el sagrado santuario y tocado con mis manos la piedra negra de la Kaaba. Y que esa promesa la había hecho, solemnemente, ante el Sagrado Corán, entretanto que rezaba en la

mezquita Kutubiyya, aunque era ésa una práctica de cristianos repudiada por algunos exégetas.

Cuando acepté recibir como sierva a la bondadosa Laila, creí que el deseo del sultán de verme casado según el rito musulmán era cosa pasada. Pero estaba equivocado. Después de su periplo por las ciudades imperiales, ese deseo no había desaparecido, sino que, por el contrario, había vuelto a resurgir con más fuerza.

Después de recibir la noticia de mi posible desposorio, cuando ya las dos muchachas se hallaban en «Semlalia» y habían sido recibidas y atendidas por mis criadas, me entrevisté otra vez con el hermano ciego del sultán. Este, que conocía mis deseos de no tomar esposa hasta haber retornado de la Peregrinación, me recibió, como siempre, con mucho afecto y amabilidad. Volví a reiterarle el deseo que albergaba en mi corazón de esperar haber cumplido con uno de los principales pilares del Islam: el *hajj*, para tomar una o más esposas. Mi amigo el alauita, reconociendo que mi postura era la de un buen musulmán que anteponía el servicio a Dios a los placeres mundanos, sobre todo si respondía a una promesa hecha ante el Todopoderoso, me dio la razón y se ofreció a que las dos mujeres permanecieran en su casa hasta que yo estuviera preparado y dispuesto para recibirlas como esposas.

Pero no contaba, el servicial y bondadoso Abdesalam con la terquedad de su hermano, que recibió mi negativa a tomar las esposas que me había ofrecido como un desaire y una ofensa a quien tanto le debía. Al día siguiente, Sidi Mulay Abdesalam, reclamó mi presencia en su palacio. Sentado a su lado, sobre unos almadraques, se hallaban el alfaquí principal de la ciudad, consejero del sultán, y el cadí de los cadíes. Ambos destacados personajes me dijeron que no podía rechazar el generoso ofrecimiento de Sidi Mulay Sulaymán, que la alta sociedad de Marrakech —que estaba al tanto y seguía con interés cuanto sucedía en relación a mi casorio— consideraría mi rechazo como un desprecio inadmisible al emperador, al que yo debía lealtad e inmensa gratitud por los numerosos bienes que me había concedido.

En resumen, y como observara que aquel incidente podría echar por tierra todos mis planes, antes de que finalizara aquella tensa

reunión, tuve que admitir que las dos mujeres vivirían conmigo en «Semlalia», que firmaría los acuerdos matrimoniales, pero que no las tomaría carnalmente hasta que hubiera regresado de La Meca. Entonces se habría de organizar la fastuosa ceremonia que tan relevante y ansiado enlace exigía. Y de esta manera logré soslayar, en parte, un episodio que pudo comprometer, seriamente, mis relaciones con el sultán, con los miembros de su familia y con el *majzén*.

Aquella noche, las dos mujeres, una blanca llamada Fátima Mohana, de dieciséis años, y la otra de raza negra, de nombre Tigmu, pasaron a ocupar sendas habitaciones privadas situadas junto a mi dormitorio en «Semlalia», preparadas para ellas, en las que mis criadas volvieron a bañarlas y a perfumarlas con agua de rosas.

Cierto es que uno de los acuerdos para dar por concluida aquella controversia, fue que transcurridos unos días, en presencia del cadí de la ciudad, hube de firmar el contrato de matrimonio con ambas mujeres, pero que no se haría legalmente efectivo hasta que regresara de mi viaje a La Meca.

El viernes que siguió al día de la reunión mantenida con Abdesalam, el alfaquí y el cadí de cadíes, cuando accedí al palacio del sultán para tomar el té y platicar con él, como en ocasiones anteriores, Sidi Mulay Sulaymán se alzó del almadraque en el que estaba aposentado y, con una amplia sonrisa de felicidad adornándole su barbado rostro, me abrazó efusivamente con mucha ternura, antes de pronunciar las siguientes emotivas palabras: «Mi buen y leal sidi Ali Bey, egregio príncipe descendiente de los abbassíes sirios y ejemplo para todos los musulmanes, has sabido complacerme y satisfacer mis deseos que no tienen otra finalidad que alegrar tu vida y que te encuentres a gusto y feliz en esta tierra que ya es la tuya».

El poderoso sultán alauita estaba ya seguro de que con la donación de la finca de «Semlalia» y sus colonos, una pensión mensual, dos fincas urbanas en la ciudad —que yo tenía arrendadas a unos ricos comerciantes judíos— y, ahora, con mi decisión de aceptar como esposas a las dos mujeres de su casa que me había ofrecido sin

haberle dado yo mi consentimiento, había logrado, por fin, atarme de por vida a aquella ciudad, a Marruecos y a su persona.

Pero esa posibilidad había hecho saltar las alarmas en mi cerebro.

No era, precisamente, asentarme de manera indefinida en aquella tierra y formar una familia, diferente a la que ya poseía en España, lo que tenía proyectado, sino poder continuar aquel viaje como servidor de la Corona de España y, al mismo tiempo, satisfacer mis ansias de conocimiento científico, con la idea de poder trasladar, en el futuro, mis experiencias y las observaciones plasmadas en mi diario, en un libro, como antes habían hecho los viajeros y exploradores ingleses.

En las acostumbradas reuniones mantenidas los viernes, después de la oración del mediodía, con Sidi Mulay Sulaymán, las semanas siguientes, procedí a exponer al testarudo alauita la firme decisión que había tomado de continuar mi viaje y poder acceder, antes de transcurrido un año, a la ciudad santa de La Meca.

Sin embargo, mis amigos que acudían a «Semlalia» para asistir a mis tertulias, intentaron hacerme abandonar la idea, quizás presionados por el sultán, de emprender tan largo y peligroso viaje.

Aunque, Sidi Mulay Sulaymán, consciente de que nada me impediría abandonar Marruecos y dirigirme por tierra a Tremecén y Argel, y continuar por mar hasta las costas de Egipto y Arabia, me visitó, sin anunciar su llegada, en mi mansión de «Semlalia», una tarde acompañado de su hermano Sidi Mulay Abdesalam, de su primo Sidi Mulay Abdelmalek y de varios miembros de su Gobierno. De tan inusual actitud deduje que Sidi Mulay Sulaymán no estaba dispuesto a dejarme marchar sin mostrarme, de aquella teatral manera, su firme oposición a que abandonara Marruecos.

Cuando estuvimos todos aposentados en los almadraques de lana en la galería que daba al jardín y mis criadas habían servido el té, comenzó una tensa reunión que se desarrolló del siguiente modo.

—No sé, sidi Alí Bey, príncipe descendiente del prestigioso clan de los abbassíes, que tanta gloria dieron al Islam en sus primeros siglos de existencia, si has asumido el enorme respeto y el amor que te tiene mi pueblo y los miembros de mi familia. Pero, sobre todo, los hombres de religión, los sabios, los cadíes y aquellos que admiran

tus conocimientos científicos y tu amor a la religión revelada por el Santo Profeta, desde que arribaste y te presentaste ante mí en Tánger —manifestó Sidi Mulay Sulaymán dejando sobre la mesita de taraceas, con gran parsimonia, el vaso con el té que estaba tomando —. No he escatimado alabanzas hacia ti, honores y donación de bienes materiales para que te sintieras querido y que, con el paso de los meses, te establecieras entre nosotros como uno más de los súbditos de mi sultanato. Y ahora deseas alejarte de esta tierra y abandonar todo aquellos que yo te he dado. Sé que me dirás que lo haces temporalmente y por una buena causa, que es emprender el *hajj*, la Peregrinación que todo musulmán tiene la obligación de hacer, al menos, una vez en la vida, como lo manda el Elegido.

El sultán hizo un receso, que yo aproveché para intervenir en apoyo de mi decisión de viajar a Oriente, pues las últimas palabras pronunciadas por Sidi Mulay Sulaymán me habían dado la oportunidad de incidir y profundizar en el motivo que justificaba aquel viaje, aunque, como el lector podrá comprobar leyendo los siguientes capítulos de este libro, eran otras las verdaderas razones que me empujaban a dejar el sultanato de Marruecos en tan delicado momento. La guerra entre España e Inglaterra y la soterrada alianza de Mulay Sulaymán con los enemigos del rey Carlos IV, y el temor de que llegara a oídos del sultán alauita las conversaciones que había mantenido con los pachás del sur y con sidi Alí ben Hamet, era lo que me ponía en una comprometida y peligrosa posición.

—Sidi, vos mismo acabáis de exponer, con mucha sinceridad y clarividencia, el motivo que me empuja a dejar temporalmente vuestro sultanato, en el que tantas mercedes y donaciones he recibido por vuestra generosidad y amor hacia mí: la necesidad de cumplir con el mandato del Santo Profeta y hacer la Peregrinación a la Casa de Dios para, de esa manera, ganar méritos que me permitan alcanzar un mejor lugar en el Paraíso prometido el día del Juicio Final —dije con voz templada, emocionado y con lágrimas en los ojos—. Pero mi ausencia, mi señor, no será definitiva, sino que, cumplida la promesa, henchido de gozo como buen musulmán y después de haber tocado la piedra negra de la Kaaba, regresaré a

esta mi casa, que no es otra que la mansión que me regalasteis en «Semlalia», en la que me habrán de esperar mis esposas y en la que podré continuar sirviéndoos hasta el final de mis días.

Todos los presentes guardaron un respetuoso silencio una vez que hube pronunciado tan emotivas palabras. Al cabo de un rato comenzaron a murmurar entre ellos, antes de que Sidi Mulay Sulaymán volviera a intervenir.

—Bien sabes, Alí Bey, que la religión no obliga a hacer la Peregrinación. Hay motivos que lo justifican: la enfermedad o la vejez. Yo mismo aún no he emprendido tan penoso viaje. Puedes mandar a un asalariado que la haga por ti, recibiendo los mismos beneficios espirituales como si la hicieras en persona, alcanzando ante los ojos de Dios similares méritos que si fueras tú el que tocaras, con tus propias manos, la piedra negra de la Kaaba.

No repliqué lo dicho por el sultán, porque no quería dañar, ante sus familiares y los miembros de su Gobierno, su reputación y autoridad oponiéndome abiertamente a sus deseos. Pero ni las razones expuestas por Sidi Mulay Sulaymán, ni ningunas otras, podrían quebrantar ni retrasar mi decisión de marchar a Oriente.

Lo cierto es que, después de aquel cónclave, ni el sultán ni su hermano volvieron a mencionar en nuestros encuentros el asunto de mi Peregrinación a La Meca, de lo que colegí que debían haber asumido que nada en este mundo podría hacer cambiar la decisión que yo había tomado. La prueba de que la tensa reunión mantenida en «Semlalia» con tan poderosos personajes no había dañado mis relaciones de amistad y respeto que mutuamente nos teníamos, es que, al día siguiente, Sidi Mulay Sulaymán mandó a mi mansión a cuatro de sus criados portando dos hermosas alfombras como regalo para «su buen amigo, el sabio Ali Bey».

Tenía previsto abandonar Marrakech para dirigirme a Fez el día 14 de abril de 1805, y, desde esa ciudad, continuar el viaje hasta Oujda; entrar en los territorios del *bey* de Argel y acabar en esa población costera para embarcar en algún navío que me condujera a Alejandría o a cualquier otro puerto de Egipto o de Arabia.

En el momento de la despedida, Sidi Mulay Sulaymán volvió a reiterarme su deseo de que suspendiera aquel arriesgado viaje, pues

en muchos lugares me asaltarían mil peligros —aseguró— y, quizás, la muerte; pues casos se habían dado de personas jóvenes y sanas que emprendieron el *hajj* y nunca más se supo de ellas.

Al separarme de él, nos abrazamos con lágrimas en los ojos.

Mi postrer encuentro con Sidi Mulay Abdesalam fue más sentido y, diríase que desgarrador para el hermano ciego del sultán que, en el tiempo que convivimos y nos tratamos, me había mostrado un amor y un afecto que superaba con creces la simple amistad. Creo que ambos mandatarios eran conscientes de que aquella emotiva despedida sería definitiva y que nunca más nos volveríamos a ver.

El sultán me regaló una tienda nueva, muy bella y confortable, forrada con paño rojo adornado con bandas de seda amarilla. Antes de entregármela la mandó montar delante de mi mansión, entrando en ella doce alfaquíes que recitaron determinadas plegarias que debían proporcionarme las gracias del Cielo y la dicha y la salud durante el tiempo que durase aquel largo viaje. A este regalo, añadió varios odres para contener agua, muy necesarios para esa clase de expediciones.

Una semana antes de mi partida convoqué en mis habitaciones privadas a Fátima Mohana y a Tigmu, delante de los domésticos y mis criados, para que sirvieran de testigos, y les dije:

—Leales Mohana y Tigmu, como sabéis, pronto partiré para los países de Oriente. No pienso abandonaros, porque os aprecio. Si queréis seguirme, podéis hacerlo. Pero si preferís quedaros en «Semlalia», sois libres de permanecer, como mis esposas, dueñas de esta extensa y rica finca.

Fátima Mohana, que era mi esposa principal, pues Tigmu actuaba más como su sirvienta o dama de compañía y Laila, que me tenía un amor sin límites, no era más que una sumisa sierva, respondió en nombre de las tres:

—Mi señor: deseamos seguiros. Entonces, yo les dije:

—Pensadlo bien, mujeres, porque no es cosa de la que podáis arrepentiros y retornar a "Semlalia" sin padecer grandes dificultades y peligros.

Fátima Mohana volvió a tomar la palabra:

—Ya lo hemos hablado Tigmu y yo, mi señor. Os seguiremos a

cualquier parte de la Tierra a la que vayáis. Y así será hasta que el Divino Hacedor decida arrancarnos de este mundo.

Oídas las resolutivas palabras pronunciadas por Fátima Mohana, me dirigí a los que estaban presentes y les dije:

—Habéis oído las palabras de mi esposa. Sois testigos de su decisión y la de Tigmu —les dije dirigiéndome a los que estaban presentes—. Sois dos mujeres valientes, buenas y fieles. Veo que me estimáis y yo, por ello, prometo que os protegeré. Disponeos, pues, a partir conmigo en este largo viaje —añadí con emoción volviendo el rostro hacia las dos mujeres..

Mandé fabricar para Mohana y Tigmu dos literas cubiertas, que llamaban los naturales *darbuco*, cerradas por todos sus lados, que se colocaban sobre las jamugas de las mulas o de los camellos. Destiné a mis mujeres una parte reservada de la gran tienda que me había regalado el sultán, separada con cortinas del resto; estancia en la que también había un lugar para Laila, pues decidí llevarla conmigo, puesto que no era de buen musulmán, ni de hombre cristiano, dejarla desamparada en «Semlalia», en medio de una sociedad que no respetaba a las mujeres abandonadas por sus hombres.

Así fue como emprendí mi viaje a La Meca, no sin antes haber acordado con Sidi Mulay Sulaymán, dejar como apoderado y encargado de la administración de mis bienes muebles y mi hacienda en Marrakech y de mis dos mansiones urbanas, a Sidi Omar Buceta, respetado pachá de la ciudad al que di instrucciones muy precisas.

---

5 No debió ser muy sincero el jefe de la poderosa zawiya de Ouazzane con Ali Bey, pues, poco antes de morir en el año 1811, se volvió contra Sidi Mulay Sulaymán, uniéndose a la revuelta que protagonizaron los habitantes de Mequínez que acabó, en 1820, sin que peligrara el trono del sultán alauita.

6 Era costumbre en Granada y Córdoba, en la época andalusí, durante los meses de invierno y primavera, traer nieve de Sierra Nevada a lomos de acémilas, en serones de corcho, para depositarla en unos pozos, generalmente situados en la umbría de los patios, y utilizarla en verano. En Marrakech se debía emplear un método similar con la nieve traída de las montañas nevadas del cercano Atlas.

IX

VIAJE DE OUJDA A LARACHE. LA VENGANZA DE SIDI MULAY SULAYMÁN

El día 14 de abril del año 1805, al amanecer, partimos de Marrakech siguiendo el mismo camino, en sentido contrario, que utilizamos en el viaje que me condujo a aquella sobresaliente ciudad del sultanato en la que tan buenos recuerdos, una espléndida finca rural, dos mansiones urbanas y tantos amigos dejaba.

Viajábamos con cuatro tiendas de campaña: la grande roja, para mí y mis mujeres; una más pequeña solo para Aslam —pues había decidido prescindir de los servicios de Farid y del criado bereber—; otra, para la cocina y como despensa, y ,la otra, para los tres soldados de escolta, que esperaba dejar en Fez, porque el sultán me había prometido que en esa ciudad y hasta llegar a Oujda —límite oriental del sultanato alauita—, su pachá me proporcionaría una nueva escolta formada por diez hombres de a caballo. Además, llevábamos los corceles de los soldados, mi caballo tordo, tres mulas: una para Laila y dos para transportar las literas llamadas *darbuco* para Mohana y Tigmu, más otras cuatro acémilas, una para Aslam y tres para la impedimenta y las tiendas de campaña desmontadas.

Una vez que, transcurridas quince jornadas de marcha —el 29 de abril—, accedimos a la ciudad de Fez, fui recibido por el pachá, que tenía la orden del sultán de atendernos en todo cuanto necesitáramos. Pero no tuve más remedio que mantener una tensa y acalorada discusión con él, pues quería que, una vez que hubiéramos descansado un par de días, emprendiéramos la marcha en dirección a Oujda. Yo le expresé mi negativa a partir tan precipitadamente, pues necesitaba permanecer en Fez, al menos durante un mes, antes de continuar el viaje, alegando que debía rematar ciertos negocios y firmar unos acuerdos comerciales en

aquella ciudad[7]. Acampamos en el mismo lugar que lo hicimos la vez anterior, extramuros, cerca de la puerta Al-Guissa.

Poco antes de partir, llegó a Fez, al frente de una pequeña tropa, Sidi Mulay Abdesalam.

Deseaba hablar conmigo y entregarme ciertas misivas que —dijo—, me serían muy útiles en el transcurso de mi viaje cuando hiciera escala en Argel, Túnez, Trípoli o Alejandría. Me traía una carta de recomendación de su hermano, Sidi Mulay Sulaymán, para el *bey* de Túnez y otra para el pachá de Trípoli. Abdesalam me dio una firmada por él mismo para el *bey* de Argel, a quien el sultán no quería escribir por mantener con él ciertas discrepancias políticas y territoriales, causadas por su pertenencia al expansivo Imperio Otomano. En la tarde del día 29 de mayo, nos despedimos con los ojos humedecidos por las mutuas lágrimas, porque el inteligente hermano ciego del sultán, con el que tan buenas relaciones había mantenido desde que nos conocimos, auguraba que sería aquella la última vez que nos viéramos y nos abrazáramos.

A las ocho de la mañana del 30 de mayo, después de realizar la primera oración del día, partimos en dirección a Oujda.

Los soldados de mi escolta, que me habían acompañado durante muchos meses, se quedaron en Fez. El pachá, cumpliendo la orden dada por el sultán, puso a mi disposición una nueva escolta, formada por diez hombres de a caballo al mando de un capitán llamado Yusuf Amrani, que debían acompañarnos hasta la frontera oriental del sultanato.

Atravesamos un paisaje montañoso, cortado, cada seis o siete kilómetros, por los cauces de ríos encajados en el terreno que, con dificultad, lográbamos vadear, pues sus caudales eran abundantes debido a las lluvias recibidas durante el pasado invierno, pero que en pleno verano debían transformarse en arroyos famélicos. Aunque la vegetación era escasa, cuando hacíamos un alto para comer o rezar, acompañado de Aslam, deambulaba por los alrededores del campamento recogiendo algunos especímenes de plantas que me eran desconocidas para ponerlos en mi herbario. Hubiera deseado que me acompañaran en estos agradables paseos Fátima Mohana,

Tigmu y Laila, pero no me atrevía a romper con la tradición y la costumbre de los marroquíes que eran reacios a sacar al exterior de sus hogares a sus mujeres, sobre todo si no estaban veladas. Yo, mientras que degustábamos el almuerzo o la cena en el exterior de la tienda de campaña, les permita estar con el rostro descubierto, lo que provocaba miradas de extrañeza y desaprobación entre los soldados de la escolta.

Sin que aconteciera nada extraordinario transcurrieron los días 31 de mayo, 1 y 2 de junio. A las cuatro y media de la tarde de ese último día llegamos a la población de Taza y, antes de que oscureciera, montamos las tiendas al pie de la muralla, cerca de la puerta que miraba al oeste. Esa ciudad, de reducidas dimensiones, está erigida sobre un empinado peñasco. Su recinto defensivo se hallaba muy deteriorado, sobresaliendo por encima de él, el alminar de la única mezquita que posee el enclave.

Aunque era casi verano, las noches se tornaban frescas y los días, en cambio, muy calurosos, como ocurre en las regiones cercanas al desierto. No lejos de la ciudad discurrían varios ríos regando vegas muy feraces, pues observé que crecían en ellas en abundancia olivos, higueras, cañas de azúcar, granados y manzanos.

A la mañana siguiente no pudimos emprender la marcha hasta las doce del mediodía, porque la noche había sido muy desapacible, con violentos aguaceros que duraron hasta después del amanecer. Cuando, al fin, pudimos levantar el campamento y comenzamos la andanza por un sendero estrecho que se dirigía hacia el este, bordeando las montañas y siguiendo los profundos valles de algunos ríos, nos sorprendió toparnos con sucesivas caravanas de árabes que venían de Levante, huyendo de la hambruna que se había extendido por su país —nos dijeron apesadumbrados—. Estaban formadas por tribus enteras, compuestas de hombres, mujeres y niños que llevaban consigo lo que quedaba de sus piaras de cabras y de los rebaños de ovejas, así como las pocas pertenencias que podían transportar a lomos de una decena de camellos. Daba pena ver a aquella gente desalentada y triste: hombres silenciosos y mujeres embozadas arrastrando tras de sí a sus pequeñuelos hambrientos y

famélicos, que nos miraban con los ojos llorosos y las bocas entreabiertas.

El día 7, después de cruzar, a las doce de la mañana, el caudaloso río Muluya, por un vado que habían habilitado los naturales, nos encontramos ante una alcazaba, bien situada sobre un escarpado monte, pero cuyas murallas, construidas con tapial, estaban totalmente arruinadas. Me dijo el capitán Amrani que había sido antes una fortaleza muy fuerte e importante que se llamaba Merana, pero que fue abandonada hacía varios siglos por sus habitantes. Toda aquella región es un desierto, cuya dureza estaba aminorada por algunos ríos encajados en la tierra que, aunque no servían para regar campos de cultivo, al menos proporcionaban agua a las caravanas que los atravesaban.

A las cuatro de la tarde del día 9 de junio llegamos a la ciudad de Oujda.

Se trataba de una población habitada por unas quinientas familia, que a diferencia de las tierras resecas que habíamos cruzado en la última semana, era como un pequeño oasis, pues en sus alrededores había unos manantiales que regaban los numerosos huertos que rodean la amurallada localidad y que, como pudimos observar cuando la dejamos atrás, estaban sembrados de variadas hortalizas y rodeados de árboles frutales, de algunos viñedos y de bosquecillos de olivos.

He de referir que si no me extiendo en describir la naturaleza y las costumbres de la gente que nos íbamos encontrando, ni los aduares que, como en ocasiones anteriores, atravesábamos en nuestra andanza, es porque el paisaje desértico no animaba a escribir nada en mi diario y, también, porque en mi mente, desde que partimos de Marrakech, sólo anidaba el ardiente deseo de hallarme en Tremecén o en Argel, para embarcar, navegar hacia los mares de Oriente y concluir mi Peregrinación en el santuario de La Meca, una vez que hubiera accedido a esa ciudad, la más santa del Islam; hazaña que —según me contaron en Marrakech —, hasta ahora no había logrado ningún cristiano, aunque lo habían intentado vanamente, disfrazados de árabes, varios exploradores ingleses.

El mismo día que hice mi entrada en Oujda se me acercó el alcaide

de la ciudad acompañado de una delegación de los notables de la población. Amine al-Alauí, que ese era el nombre del alcaide, me dijo que me olvidara de continuar el viaje hasta Tremecén, que era muy peligroso cruzar la frontera del sultanato y entrar en esa ciudad dominada por los turcos.

—¿Cuál es el motivo, señor alcaide, para que tengamos que interrumpir un viaje que ha sido preparado en la Corte del sultán Sidi Mulay Sulaymán y que cuenta con el beneplácito del *bey* de Argel? —le demandé sin poder ocultar la sorpresa y la preocupación que el rostro desencajado del jefe de Oujda me transmitía.

—Tremecén es, desde hace algunas semanas, una ciudad insegura y peligrosa para los árabes; pero, sobre todo, para los extranjeros, sidi Ali Bey.

—No comprendo ¿Puede ser más explícito? —le inquirí.

Amine al-Alauí me rogó que lo acompañara hasta su mansión, que allí con más sosiego podría explicarme los sucesos acontecidos en Tremecén y en sus alrededores que aconsejaban no viajar a esa ciudad ni a Argel si se quería conservar la vida.

Antes de seguirle a él y a los notables le rogué que me indicara un lugar despejado, cercano a la ciudad donde pudiera establecer mi campamento. Amine encargó a uno de sus criados que acompañara a mi gente a una plazuela, situada extramuros, en la que se instalaba el zoco de los jueves, para que se montaran las tiendas de campaña y pudieran descansar mis mujeres, mis criados y los soldados de la escolta. Luego nos dirigimos a la casa del alcaide.

En un patio cubierto con una gran claraboya que habilitaban las cuatro crujías que constituían la mansión, los criados habían situado varios almadraques descoloridos y, algunos deshilachados, en torno a una destartalada mesa, en los que nos aposentamos el alcaide, tres de los notables y yo mismo.

—Sidi Alí Bey, nuestro señor el sultán me envió una carta en la que me ordenaba que os diéramos todo el apoyo y la ayuda necesaria para que pudierais llegar a Tremecén y, desde allí, a Argel, en cuyo puerto deberíais haber embarcado con destino a Oriente —comenzó diciendo Amine al-Alauí—, y en eso estábamos. Pues nuestras relaciones con el alcaide de Tremecén son excelentes. Pero hace

unas dos semanas aconteció un terrible suceso: una revuelta en Argel y en Tremecén protagonizada por varias tribus árabes rebeldes, enfrentadas a los otomanos, se extendió por las demarcaciones de ambas ciudades. Aseguran que los insurrectos se han apoderado de Tremecén. Dicen que la sangre de turcos y de árabes corre por las calles de esa población como si fueran ríos. Habéis de esperar en Oujda, señor Alí Bey, hasta que la situación se normalice en esas ciudades para que podáis continuar vuestro viaje sin que corran peligro vuestras vidas.

Transcurridos varios días recibimos noticias de que la tranquilidad había vuelto a Tremecén, pues el *bey* de Argel había controlado su capital y mandado un destacamento de soldados turcos para restablecer el orden. Pero que los rebeldes, derrotados, habían logrado abandonar esa ciudad para ocupar los montes de las comarcas aledañas acechando, desde allí, a los mercaderes y a los viajeros que se atrevían a transitar entre Oujda y las posesiones del *bey*. Se sabía que ya habían desvalijado a algunos incautos y, luego, les habían cortado el cuello.

—Sidi Alí Bey, no os puedo autorizar a que emprendáis el viaje hasta esa ciudad —dijo Amine al-Alauí, la tarde que me convocó para anunciarme que Tremecén era una ciudad segura, pero no así las montañas que la rodeaban.

—¡Necesito llegar a Argel! —exclamé, elevando la voz azuzado por mi desesperación, pues mi gente pronto quedaría sin vituallas en aquel perdido rincón del desierto— ¡Mi caravana no puede permanecer retenida en este lugar!

Quizás para contentarme y buscar una solución al problema, el alcaide Amine al-Alauí hizo venir a la ciudad al jeque de una tribu vecina, de nombre Bonani, para pedirle que nos diera escolta con sus jinetes hasta Tremecén. Pero éste se negó, alegando que los rebeldes estaban ya apostados en los montes situados al nordeste de Oujda y tenían cortados todos los caminos que unían ambas ciudades.

Mi situación era, cada día que pasaba, más delicada porque comenzaban a agotarse los medios de subsistencia de mi gente. Para empeorar las cosas, algunos de los amigos que dejé en

Marrakech me enviaron cartas para avisarme de que mis enemigos se habían valido de mi larga y sospechosa estancia en Fez para denunciarme ante el sultán, acusándome de estar en connivencia con aquellos que deseaban derrocarlo. Yo sabía que esos enemigos no eran otros que Sidi Mulay Abdelmalek, el infame astrologo Sidi Yinán y, sobre todo, el ministro Sidi Mohamed Salaui, que me quería mal desde que aconsejé a Sidi Mulay Sulaymán que nombrara heredero al trono a su sobrino Abderrahmán ben Hisam, pretendiente al que odiaba. Personajes muy influyentes y poderosos de los que no podía esperar otra cosa que mi ruina si lograban convencer al sultán para que ordenara mi detención y mi encarcelamiento.

Esa circunstancia hacía más perentoria mi marcha a Tremecén y a Argel. Salir del territorio alauita y poder embarcar en un navío que nos llevara a Túnez o a Trípoli y, luego, a Alejandría, era cuestión de vida o muerte. Al menos ese era mi pensamiento en aquellos aciagos días.

Acuciado por la necesidad, decidí montar en mi caballo y dirigirme a las montañas, donde, a unos nueve kilómetros de Oujda, tenía su aduar el tal Bonani para solicitarle el concurso de sus aguerridos jinetes y que me condujeran a Tremecén. Acompañado de un esclavo llamado Salem y de un renegado español que se había unido a mi caravana cuando salí de Fez, abandonamos Oujda —no sin la abierta y enérgica oposición de Amine al-Alauí—. Cuando llegamos al aduar, en plena montaña, donde residía el jeque, éste me recibió con mucha amabilidad. Nos invitó a que degustáramos con él una espléndida comida. Y en la sobremesa le expuse lo que yo deseaba que hiciera en mi favor a cambio de cierta cantidad de dinero.

Bonani, en un principio, alegó numerosos motivos para no ayudarme exponiendo a sus hombres —decía— en tan arriesgada y vana empresa. Aunque, al cabo, logré convencerlo cuando le ofrecí una elevada suma de dinero una vez que nos halláramos a salvo en Tremecén o en Argel. Aunque no sabía cómo iba a pagarle, pues no estaba dispuesto a desprenderme de los billetes y de las monedas de oro que guardaba en mi arcón para financiar el viaje hasta La Meca.

Acordamos que saldríamos de Oujda escoltados por sus jinetes y con la colaboración de la numerosa *jarca* de otra tribu llamada de Beni Snús. Estos guerreros nos debían esperar a mitad del camino para escoltarnos y conducirnos hasta Tremecén.

De esa manera se llevó a cabo el acuerdo. Pero, una vez que hubimos abandonado Oujda y nos hallábamos a unos tres kilómetros de la ciudad, nos alcanzó un destacamento de soldados formado por una treintena de jinetes.

Eran las tropas que enviaba el sultán Sidi Mulay Sulaymán al mando de un reputado oficial, el caíd Dlaimi.

Cuando este se puso a mi altura, me dijo que me apeara de mi caballo, pues traía un mensaje urgente de su señor, el sultán, para mí. Desmontó también de su montura y ambos nos sentamos en unas sillas plegables de campaña que unos soldados habían colocado junto al polvoriento camino. Yo estaba expectante y confuso, pues, después de las advertencias recibidas de mis amigos de Marrakech, no sabía si Dlaimi acudía para proporcionarme su protección y la de sus jinetes, o con la orden de detenerme y conducirme encadenado a presencia de Sidi Mulay Sulaymán. Por fortuna mis temores resultaron infundados.

—Sidi Alí Bey, nuestro señor el sultán ha tenido conocimiento de cómo os hallabais retenido en Oujda a causa de la inestabilidad imperante en Tremecén y en Argel. Me ha enviado, al frente de mis tropas, para protegeros y, llegado el caso, defenderos de una posible agresión de los rebeldes —manifestó con la seguridad y la templanza que proporciona actuar en nombre de la máxima autoridad del sultanato.

—Agradezco a mi señor Sidi Mulay Sulaymán el que os haya enviado para protegerme. Pero creo que ya no es necesaria vuestra ayuda —repliqué, porque confiaba en Bonani y no me fiaba de las verdaderas intenciones del caíd Dlaimi—. Marcho hacia Tremecén escoltado por estos bravos guerreros —añadí—. Y, además, sabemos que la revolución ha sido reprimida eficazmente por la guarnición turca del *bey*.

Dlaimi frunció el entrecejo y manifestó que, dadas las circunstancias, no era seguro, en ese momento, viajar por tierras del

bey de Argel. Que no confiaba en los hombres de Bonani ni en los de la tribu Beni Snús, pues podían estar en connivencia con los rebeldes para desvalijarnos y, a continuación, matarnos.

—Vos y vuestra gente, podríais acabar robados y degollados antes de acceder a Tremecén —añadió—. Así lo cree nuestro señor el sultán. Lo recomendable es retornar a Oujda y esperar en esa población nuevas órdenes de Sidi Mulay Sulaymán.

Como era razonable lo que alegaba el caíd y, ciertamente, la actitud del tal Bonani, ofreciéndome su protección a cambio de dinero, no me agradaba, volvimos grupa y regresamos a la ciudad del alcaide Amine al-Alauí acompañados de las tropas del caíd Dlaimi.

Al mismo tiempo que éste enviaba un correo urgente a Fez, donde sabía que estaba Sidi Mulay Sulaymán, yo hice lo propio mandando una carta a Sidi Mulay Abdesalam, en quien confiaba plenamente, para que me aconsejara cuál debía ser mi actitud y que camino debía tomar. Transcurridos catorce días estaban de vuelta ambos correos con las respuestas del sultán y de su hermano.

En resumen, he de referir que el sultán le ordenaba al caíd Dlaimi que, a consecuencia de la inestabilidad existente en Tremecén y en Argel y al peligro que podría representar para mí y mi caravana tan arriesgado viaje, debíamos emprender la marcha en dirección opuesta, hacia el oeste, para alcanzar, después de unas catorce o quince jornadas, el puerto de Tánger o el de Larache y poder embarcar en uno de ellos con destino a Oriente.

Abdesalam, en la misiva que me remitió, era de la misma opinión que su hermano.

De esa manera el plan de viajar hasta Argel para embarcar hacia Túnez, Trípoli o Alejandría se hubo de anular y cambiar, por los motivos antes expuestos, para dirigirnos a la costa noroeste de Marruecos y concluir aquel accidentado viaje en Tánger o en el puerto de Larache.

El día 3 de agosto del año 1805 partimos de Oujda a las nueve de la noche para viajar de incognito los primeros veinte o treinta kilómetros y poder burlar a los bandidos que pensábamos podrían estar apostados en las montañas que rodeaban la ciudad. Nos

dirigimos hacia el sur para internarnos en el desierto y, de esa manera, confundir a los insurrectos.

Los soldados de mi escolta quedaron en Oujda y el caíd Dlaimi nos puso bajo la protección de un destacamento de veinte de los llamados *udayas*[8], mandados por dos experimentados oficiales, que debían escoltarnos durante tres jornadas, hasta que la caravana estuviera lo suficientemente lejos de Oujda para que los guerreros sublevados no pudieran darnos alcance. Luego, el caíd nos dijo que un destacamento, constituido por diez soldados árabes de a caballo, serían los encargados de acompañarnos hasta que llegáramos a Tánger o a Larache.

Transcurridos tres días llegamos a la deshabitada alcazaba de Berguem. Allí se despidieron los *udayas* y se quedaron con nosotros los diez jinetes árabes.

Para agradecer el esfuerzo y la buena y eficiente escolta que nos habían proporcionado en esas tres jornadas, entregué a los dos oficiales dos monedas de oro para que las cambiaran en Oujda por monedas de plata y las repartieran entre sus soldados. Al día siguiente, que era el 6 de agosto, reemprendimos la marcha, pero ya en dirección al noroeste, alejándonos de las regiones áridas.

Como todavía caminábamos por pleno desierto y era una ruta desconocida, tanto para mí y mi gente, como para los soldados árabes de la escolta, al cabo de tres días de andanza, nos encontramos con una tierra despoblada, sin habitantes y sin ningún atisbo de vegetación ni rastro de agua. Un auténtico e inhóspito desierto, en el que no hallamos ni un río, ni un arroyo, ni un mísero manantial.

Como hasta que arribamos a Oujda nos topábamos, cada diez o doce kilómetros, con el cauce de un río, un arroyo o un aduar con sus pozos o manantiales, el abastecimiento de agua no había representado un problema para nosotros. Pero, cuando dejamos atrás esa ciudad en plena noche y precipitadamente, no tuvimos la precaución de llenar los odres con tan fundamental y necesario líquido.

A mediodía del 9 de agosto, bajo un sol que amenazaba con

derretirnos los sesos, comenzamos a sufrir la sed, pues a lo largo de la calurosa mañana habíamos agotado el agua que quedaba en el fondo de los odres. Primero fueron los criados, el esclavo Salem y los soldados los que empezaron a desfallecer. A las mujeres les había proporcionado un pellejo de cabra con agua para que pudieran beber, puesto que en su debilidad eran las más propensas a sufrir un desfallecimiento y, probablemente, la muerte. Las acémilas y los caballos resistieron algún tiempo más sin sufrir decaimiento y quedar tendidos sobre el terreno. Pero al final de la tarde dos mulas cayeron como fulminadas por un rayo, muertas de cansancio y de sed. Una de ellas, que portaba en su jamuga mis dos arcones acabó tendida sobre la arena, sin vida, y hubiera perdido yo su precioso contenido si un soldado no los hubiera recogido del suelo y atado a su caballo y a una de las mulas que mejor estaba soportando la falta de agua. Un hombre cayó muerto a mi lado. Yo mismo comencé a sufrir alucinaciones. Veía, en lontananza, un lago de aguas cristalinas que nos ofrecía una segura salvación, aunque no era sino producto de mi imaginación y de mi debilitado cerebro.

Luego, perdí el conocimiento y caí del caballo, aunque aún tuve tiempo de encomendar la salvación de mi alma al Creador, pues creí que había llegado mi última hora en este mundo.

Pero aconteció un verdadero milagro.

Un caudal de agua fría cayó sobre mi rostro y, cuando desperté, alguien estaba acercando un cuenco a mis labios para que bebiera. ¡Estaba salvado! Y, conmigo, los restantes miembros de mi caravana y los soldados de la escolta.

Lo que había sucedido era que, cuando ya nadie se hallaba consciente y todos esperábamos hallar la muerte, acertó a pasar por el mismo sendero por el que caminábamos, una caravana formada por unas quinientas personas: hombres, mujeres y niños, con mercancías que venían de la región de Tremecén y se dirigían a Fez. Pertenecía a la tribu del santo Sidi Ibn Arabí, al que conocía, pero que no reconocí hasta que me hube recuperado completamente.

Una vez que hubimos platicado, y el famoso y prestigioso santo me reconoció y comprobó las carencias que padecíamos, decidió llenar nuestros odres con el agua que portaban en abundancia en los

suyos. Y así fue como volvimos a la vida en aquel árido desierto de Marruecos.

Permanecimos en ese lugar un día más para poder recuperar las perdidas fuerzas. Y el día 10 de agosto, al amanecer, reemprendimos la marcha para llegar a Taza, pasar por las cercanías de Ouzzane, acceder a Alcazarquivir y terminar tan largo, accidentado y penoso recorrido, después de quince jornadas de marcha —el día 16 de agosto—, en las proximidades de la ciudad de Tánger, puerto en el que pisé por primera vez la tierra de Marruecos hacía algo más de dos años.

De lo acaecido en esos días de marcha, nada voy a relatar.

Lo uno porque, después de haber estado a las puertas de la muerte, había perdido las ganas de escribir en mi diario lo sucedido a lo largo de esas aciagas jornadas, así como anotar las escasas observaciones científicas y astronómicas realizadas. Lo otro, porque en mi cerebro no anidaba otra idea que poder abandonar cuanto antes aquella tierra y aquel sultanato, pues sabía que corría un grave peligro si permanecía en Marruecos.

Era consciente de que mis enemigos en Marrakech no cesarían en sus intentos de desacreditarme o delatarme ante Sidi Mulay Sulaymán para que éste perdiera la confianza en su «amigo» Alí Bey, lo declarase felón, mandara prenderlo, encerrarlo en una desapacible y fría mazmorra en Fez o Marrakech y, muy probablemente, ordenar al verdugo que le cortase la cabeza, castigo que la ley estipula para los traidores.

El día 16, el oficial que se hallaba al mando de los escoltas, solicitó poder hablar conmigo, porque habían surgido algunos contratiempos en la resolución de aquel viaje y era necesario que yo los conociera.

Después de cenar lo recibí en mi tienda, una vez que mis mujeres se habían recluido en sus aposentos.

—Sidi Alí Bey, como bien sabéis, el caíd Dlaimi, después de fracasar el proyectado viaje a Tremecén y Argel, recibió la orden de nuestro señor el sultán de dirigir vuestra caravana y escoltarla hasta la costa atlántica, al puerto de Tánger o al de Larache, en uno de los cuales debíais embarcar en un navío que os llevaría a alguna ciudad de Oriente —comenzó su argumentación el jefe de la escolta de

soldados árabes—. Sin embargo, señor, nos hemos vistos obligados a cambiar el destino final de este viaje. No entraremos en Tánger, como os había prometido en un principio, sino en Larache. En una carta que me ha mandado el gobernador de esa ciudad me ordena que os lleve al puerto de Larache sin exponerme las razones y las causas de ese cambio tan de última hora. Dice que en Larache habrá un navío en el que podréis embarcar para que os lleve al puerto de Trípoli.

Ciertamente que me desagradó e incomodó ese cambio de destino. No porque desaprobara ir a Larache, ciudad que no conocía, sino porque me hubieran dado la noticia de ese inesperado cambio, el mismo día que estábamos en las inmediaciones de Tánger. Algo que no alcanzaba a comprender, me hacía sospechar. Sin embargo, ¿qué conseguían las autoridades del sultanato cambiando el puerto en el que iba a embarcar de un modo tan precipitado? ¿Es que en Larache había un navío presto a zarpar hacia Oriente y no lo había en el puerto de Tánger? Quizás fuera esa la razón de aquella extraña mudanza.

A las tres de la tarde del día 19 entramos en la ciudad de Laraish, que los cristianos llaman Larache.

Es una población pequeña, que consta de unas cuatrocientas viviendas, situadas sobre la ladera norte de una colina. Las casas se extienden en dirección a la orilla de un río, que dicen Lukus, con el que nos habíamos encontrado y tuvimos que cruzar hacía algo más de un año en su curso medio, cuya amplia desembocadura sirve de abrigado puerto, aunque los buques grandes deben descargar antes sus mercancías si quieren atravesar la barra de arena.

El mercado principal es muy bello. Fue construido por los españoles, lo mismo que la mayor parte de las fortificaciones. Este mercado posee una galería sostenida por arcos y columnas de piedra de muy buena factura.

Establecimos el campamento al norte de la ciudad, fuera de las murallas, en un llano rodeado de campos cultivados. Como estábamos muy lacerados por los padecimientos sufridos en el desierto que a muchos casi nos llevan a la tumba, decidí dar descanso a mi gente. Unos baños en agua de mar, aunque

escasamente salada, pues los tomé en el estuario que forma el río en su curso bajo, me devolvieron la salud y las fuerzas que había perdido.

He de decir que me dolía no haberlo tomado acompañado de mis mujeres, que permanecieron enclaustradas en la tienda de campaña, mientras que yo me solazaba en el mar, lo que, sin duda, les habría agradado y me lo hubieran agradecido. Actitud que, no obstante, hubiera sido motivo de censura y escándalo para los soldados que hacían guardia en los entornos del puerto, pues no estaba bien visto que un musulmán permitiera a sus mujeres salir a la calle sin velo y, menos, bañarse en la playa.

Durante esas horas de asueto en la orilla del mar, e inspeccionando algunos arrecifes, recogí varias conchas de moluscos que enriquecieron mi colección de especímenes marinos. Antes de que anocheciera, fui a visitar al capitán del puerto para interesarme por el navío que, según el jefe de los escoltas, debía zarpar de Larache con destino a Trípoli. El funcionario encargado de las entradas y salidas de las embarcaciones del puerto me confirmó lo dicho por el oficial árabe, asegurándome que en los próximos días zarparía una fragata tripolitana en la que podríamos embarcar.

El pachá de la ciudad resultó ser el antiguo ministro y anterior gobernador de Rabat y Salé, Sidi Mohamed Salaui, que —como ya he referido—, parecía haberse distanciado de mí desde que recomendé al sultán que nombrara sucesor al trono a su sobrino Abderrahmán ben Hisam. Cuando supo que estaba en Larache me envió a uno de sus funcionarios para que me condujera a una casa amplia y bien situada, cerca del mercado, para que me hospedara en tanto que esperaba el día en que iba a embarcar. En ella me instalé con mis tres mujeres y mi criado. El mismo funcionario que nos llevó a la vivienda cedida por el pachá, me dijo que Sidi Mohamed Salaui, en cumplimiento de las órdenes de Sidi Mulay Sulaymán, había mandado equipar y abastecer de todo lo necesario la fragata de guerra de Trípoli, que estaba fondeada en la rada y que iba a zarpar próximamente, para que pudiera viajar en ella. Me entregó una carta de embarque, rubricada por el capitán del puerto, para que se la presentara al arráez o capitán del navío de Trípoli. Éste dispuso para

mí, mis mujeres y mi criado las dos cámaras situadas a popa de la corbeta.

Cuando visité aquel navío, acompañado de Aslam, para depositar en mi camarote parte de mi equipaje, quedé muy satisfecho, pues era un barco grande y parecía bien dotado de velamen, armamento y marinería. Se llamaba «Excelsior». Aunque su capitán, cuyo nombre era Omar el-Sham —que quiere decir Omar «el Sirio»—, me dio una noticia que me produjo cierta desilusión, pues me dijo que la corbeta no podría zarpar hasta la segunda semana de octubre, ya que esperaba una carga de pieles curtidas en las tenerías de Fez que traerían ciertos comerciantes en los primeros días de dicho mes.

No tuve más remedio que aceptar ese retraso obligado.

Aproveché esos casi dos meses de estancia no deseada en Larache para recorrer la comarca, recolectar nuevas plantas para mi herbario, hacer mediciones astronómicas y visitar algunas ruinas antiguas, acompañado, en esa ocasión por mis mujeres, que el cadí de la ciudad, con el que pronto hice amistad, decía que eran vestigios de construcciones erigidas por los romanos cuando estuvieron establecidos en aquel territorio; entre ellas los restos de lo que parecía un templo y unos a modo de aljibes colmatados de arena que el cadí me aseguró se utilizaban para poner en salmuera a los peces capturados.

Aunque, como ya he anotado, durante el viaje de Marrakech a Oujda me sentí en peligro cuando me llegaron noticias de que mis enemigos intentaban poner en mi contra al sultán denunciando lo que ellos consideraban actos de deslealtad y traición hacia Sidi Mulay Sulaymán y el *majzén*; desde que arribé a Larache y supe que el sultán se había ocupado en pagar, con cargo a su propio peculio, el equipo y las vituallas que iba a necesitar durante el resto de mi viaje, así como el pasaje a bordo del «Excelsior», pude relajarme y respirar sosegadamente, pues colegí que de haber tenido éxito esas presuntas denuncias presentadas ante el sultán por Sidi Mulay Abdelmalek, el astrologo Sidi Yinán y el ministro Sidi Mohamed Salaui —últimamente tan bien avenido y atento a mi persona—, Mulay Sulaymán no hubiera actuado tan generosamente conmigo, abonando el costo de mi viaje y pagando con su propio dinero las

vituallas y el equipo, que yo y mis mujeres, íbamos a necesitar en los meses que durase el largo viaje desde el puerto de Larache hasta La Meca.

El domingo 13 de octubre, muy de mañana, fui a visitar al pachá para despedirme de él.

Sidi Mohamed Salaui me hizo todas las demostraciones posibles de estima y consideración a mi persona y me pidió que, si yo aceptaba embarcar a las tres y media, él podría asistir a mi embarque, que era algo que deseaba de todo corazón. Me sentí muy halagado con esta demostración de afecto y de confianza del pachá. Entonces no podía imaginar los inesperados y dolorosos sucesos que, al paso de unas horas, iban a acontecer en aquel puerto. Le dije que me sentía muy honrado si acudía a despedirme cuando embarcáramos en la chalupa que debía llevarnos a mí, a mis mujeres y a mi criado Aslam a la fragata que estaba surta en medio de la rada.

Una vez que unos mozos de cuerda hubieron trasladado al puerto mis dos arcones y el resto del equipaje, que aún se encontraba en la mansión en la que me había hospedado, me dirigí a la playa, con mis mujeres y mi criado, para embarcar en la chalupa que se hallaba varada en la arena. Los mozos procedieron a trasladar a la fragata los arcones y el equipaje, entretanto que yo esperaba la prometida llegada del pachá para despedirme de él.

Pero, como se aproximaba el momento de partir y Sidi Mohamed Salaui no aparecía, decidí embarcar con mi gente en la chalupa y dirigirme al «Excelsior».

Y fue entonces cuando sucedió algo inconcebible: por la puerta de la medina surgió un destacamento formado por veinte o treinta soldados que se lanzaron sobre Fátima Mohana, Tigmu y Laila, y las tomaron presas con violencia, lo mismo que al asustado Aslam. Las mujeres intentaron zafarse de sus captores, pero era una tarea imposible. Fátima Mohana, tendida sobre la arena de la playa y sujeta por dos sayones, daba gritos desgarradores pidiéndome que acudiera en su ayuda, aunque nada pude hacer, porque otros soldados me tenían agarrado por los brazos y me llevaban a empujones hasta el interior de la chalupa.

—¿Oficial, por qué nos tratáis de esta manera? ¿Decidme dónde

está el pachá? ¿Quiero recurrir a su autoridad para que me explique la causa de esta violencia ejercida contra mí y mis mujeres? —pregunté al que parecía ser el jefe del destacamento, ya que quería saber a qué se debía aquella irrespetuosa y violenta actitud de los soldados.

—No hacemos, sidi Alí Bey, sino cumplir las órdenes que hemos recibido de nuestro señor el sultán a través de su gobernador Sidi Mohamed Salaui —masculló el oficial, mientras me sentaban a la fuerza en el banco de la chalupa—. Debéis embarcar solo. Esa es la orden recibida del sultán. Tus mujeres han de quedar en Marruecos. Sidi Mohamed Salaui se hará cargo de ellas.

Fátima Mohana, Tigmu y Laila, arrojadas sobre la húmeda arena y llorando desconsoladas, dirigían sus manos temblorosas y suplicantes hacia mí, clamando con desesperación y pidiendo a gritos que las ayudase, que no las dejara en Marruecos. Que querían estar a mi lado y viajar conmigo a Oriente o a cualquier otro lugar del mundo que yo dispusiera.

En tanto que la chalupa, manejada por cuatro remeros, se alejaba de la playa conmigo y con los soldados que me mantenían sujeto al banco y, aunque yo hacía grandes esfuerzos para poder lanzarme al agua y acudir en ayuda de mis mujeres, no pude zafarme de los esbirros de Mohamed Salaui.

Al poco, el bote se aproximó al casco de la fragata y quedaron atrás, cada vez más lejanos y apagados, los desesperados gritos y los lamentos de mis leales y amadas Mohana, Tigmu y Laila.

Cuando fui recogido por los marineros de la corbeta en la cubierta del barco comencé a comprender la mala fe, la felonía y crueldad con que habían actuado Sidi Mulay Sulaymán y el pérfido gobernador Salaui, presentándose, hasta unas horas antes, como mis más atentos y afectuosos amigos, para tornarse, inesperadamente, en los más zafios, crueles y vengativos de mis enemigos.

La terrible impresión recibida en aquella playa, de ingrato recuerdo, hizo que perdiera la conciencia de lo que estaba sucediendo.

Con el corazón desgarrado por el dolor producido por aquella violenta separación de mis seres queridos, y siendo consciente de la

cruel venganza perpetrada por aquellos que creía eran mis leales amigos, quedé paralizado y sin aliento. No recuperé parte de la lucidez hasta que el capitán del «Excelsior» me tomó en la cubierta del barco desmadejado y, sostenido por un marinero tripolitano, me condujeron entre ambos a mi camarote para depositarme, tembloroso y sufriendo espasmos, sobre el camastro.

Estábamos navegando a varias millas de la costa, lejos del puerto de Larache, cuando logré recuperar totalmente la conciencia y pude alzarme del lecho en el que me habían dejado como un cuerpo sin voluntad, enajenado y casi inerte.

El capitán Omar me dijo que había estado sumido en un extraño sopor, pronunciando frases incoherentes y sollozando, desde que zarpamos de Larache hacía dos días, pues la fragata había abandonado ese puerto al atardecer del día 13.

Y de esa triste y dolorosa manera, sin la compañía de mis mujeres y del leal criado Aslam, me alejé del Imperio alauita, sabiendo en lo más profundo de mi alma que ese alejamiento sería para siempre. Que no volvería ver ni a poder abrazar a Mohana, Tigmu y Laila ni a platicar con mi leal y querido amigo Sidi Mulay Abdesalam, el hermano ciego del sultán de Marruecos.

Abandonaba un territorio que había deseado visitar y conocer desde mi juventud, cuando alternaba y conversaba con los comerciantes y renegados marroquíes que acudían a la costa de Vera o me trasladaba con mi padre a las ciudades de Ceuta y Melilla para abastecer a las tropas establecidas en esos presidios. Una tierra y unas ciudades en las que tanto había disfrutado, tantos parabienes recibí, y tan valiosos y enriquecedores conocimientos había adquirido; y, también, tantos desengaños, frustraciones y desprecios había sufrido de aquellos que ingenuamente consideraba que eran mis amigos en los dos años que residí en aquel sultanato africano.

Navegaba, mediado el mes de octubre del año 1805, rumbo al puerto de Trípoli con el alma destrozada y abrumado por una insoportable tristeza[9].

---

7 Según el autor de las notas que aparecen en la edición de los «Viajes de Alí Bey», publicada en Granada por la Editorial Almed en el año 2012, la larga estancia de Ali

Bey en Fez no tenía otra explicación que Domingo Badía estaba esperando al hermano del jeque de la ciudad de Boujad y al jefe de la *zawiya* Cherkauia, que se habían comprometido a enviar tropas a Fez, para iniciar una rebelión que tenía como objetivo derrocar al sultán alauita. Alí Bey estuvo esperando, inútilmente, la llegada de esas tropas hasta que, pensando que habían renunciado a participar en la prevista asonada, decidió continuar el viaje el 30 de mayo de 1805.

8 Los *udayas* eran un cuerpo de élite creado por el sultán Mulay Ismail a finales del siglo XVII, con soldados procedentes de varias aguerridas tribus del Sahara, consideradas absolutamente leales a los alauitas. Los posicionó en torno a la ciudad de Rabat y no lejos de algunas tribus de las que el sultán recelaba de su fidelidad.

9 La desesperada petición de ayuda de Fátima Mohana a Alí Bey, estaba plenamente justificada. Esa mujer, una de las dos que había tomado Domingo Badía como esposas en su condición de musulmán en Marrakech, en el momento de embarcar en Larache estaba embarazada de él. Refiere el explorador Grey Jackson en su relación sobre Tombuctú y Housa, que, estando en Marruecos, le contaron que «la mujer se mostró muy afectada por la repentina e inesperada marcha de Alí Bey. Y que, saltando fuera del palanquín, arrancaba sus despeinados cabellos, los lanzaba al viento y, con agudos gritos que partían el aire, le demostraba cuán amargamente lamentaba su prematura partida y su violenta separación».

X
MI ESTANCIA EN TRÍPOLI

Aunque todo el día 15, y en la noche que precedió al 16, la embarcación tuvo que navegar de bolina por la falta de viento y, en ocasiones, con viento contrario, al mediodía del primero de ellos, cuando cruzábamos el estrecho de Gibraltar, comenzó a soplar un benéfico viento del oeste-suroeste, que nos permitía conservar el rumbo que el arráez Omar dijo que era el mejor para arribar a Trípoli en menos tiempo y con un menor esfuerzo para los marineros.

Al cruzar frente a la abrigada y amplia bahía de la colonia británica, pudimos contemplar el campamento del ejército español sobre un estrecho istmo arenoso, casi desmantelado, compuesto de algunas tiendas de lona y barracas. En la rada de Gibraltar estaba fondeada una escuadra de los ingleses y, enfrente, en el litoral oeste, la reducida población de Algeciras, que decían había sido en el pasado una gran ciudad.

Durante toda la jornada navegamos con el mismo rumbo al este empujados por una fuerte brisa. Pero al llegar la noche, el viento arreció pasando de brisa a temporal, con un mar arbolado que hacía que la embarcación bailase al compás de los elementos. Las olas saltaban por encima de la borda empapando la cubierta e, incluso, el puente superior, arrastrando todo aquello que no estuviera bien sujeto a la estructura del barco. La tempestad hizo derivar al «Excelsior», llevándonos hacia el noroeste. Toda la noche continuó la misma situación de inestabilidad marítima.

Yo permanecí tendido sobre el camastro, sufriendo de náuseas y vómitos intermitentes, que no cesaron hasta que, al amanecer, entramos en un mar en calma y el viento se atemperó retornando a fuerte brisa. A las once de la mañana Omar el-Sham me informó de que la costa acantilada que se divisaba por el lado de babor era el cabo que llaman los españoles de Palos. Hacía una media hora que lo habíamos rebasado, cuando el capitán de la fragata dio la orden de virar hacia el sur para perseguir un navío que parecía querer

eludirnos, pues no en vano era el nuestro un navío de guerra. A la una de la tarde le dimos alcance y, una vez abarloado a estribor de la fragata e interrogado su capitán, resultó ser un bricbarca sueco artillado y, por los tanto, un navío de nación neutral.

Como ya se habían calmado los elementos, al ponerse el sol pude sacar a cubierta mis aparatos de medición y averiguar la longitud y la latitud en la que nos hallábamos. Nos encontrábamos a 37 grados, 15 minutos y 0 segundos de latitud norte y a 0 grados, 27 minutos y 19 segundos de longitud oeste del meridiano de Greenwich.

El día 24 amaneció con el cielo cubierto de negras y amenazadoras nubes. A mediodía volvió a arreciar el viento y a castigarnos el dios Eolo con una nueva tempestad. Por fortuna, había embarcado en un navío bien construido, muy marinero y con una tripulación experta y, sin duda, buena conocedora de las veleidades de aquel mar, que tenía en España fama de ser tranquilo y escasamente peligroso, pero que a mí, desde que embarqué, me estaba pareciendo desapacible e inseguro.

Al despuntar el día siguiente, la calma había retornado para satisfacción de los pocos viajeros que íbamos embarcados en el «Excelsior» y de mi estragado estómago. Aquella tarde, después de ingerir el rancho que nos servía el cocinero del navío, me dirigí a la proa del barco y, sentado cerca del bauprés, mirando las violentas olas chocar contra el casco de la embarcación, decidí meditar y analizar, sosegadamente, las posibles causas que habían provocado el brusco cambio de actitud del sultán y de su ministro Salaui, que desembocó en los terribles sucesos acontecidos en el momento de mi partida en la playa de Larache. Un inesperado cambio que me había convertido en un viajero solitario, repudiado, proscrito y perseguido por los que decían ser mis amigos, sin la compañía y el afecto de mis mujeres Fátima Mohana, Tigmu y Laila, a las que había llegado a amar y a respetar. ¿Qué habría sido de ellas? —me preguntaba mientras rememoraba, observando las espumosas olas, sus juveniles y agraciados rostros, sus caricias y sus amables conversaciones—. ¿Habrían sido acogidas de nuevo en la casa de

Sidi Mulay Sulaymán o sufrido el desprecio y la humillación que han de soportar las mujeres que eran abandonadas por sus esposos?[10]

¿Habrían llegado a los oídos del sultán mis comprometedoras conversaciones con los pachás de Essauira, Haha y Chiadma o con Alí ben Hamet, el poderoso y levantisco jefe de la *zawiya* de Ouazzane, enemigo declarado de la dinastía alauita? ¿Me habrían traicionado aquellos que decían respetarme y ser mis verdaderos amigos, como Abderramán al-Mfarrash, el cadí Abu-l-Qasim, el Hajj Idris Rami o el bueno de Sidi Mulay Abdesalam? ¿Habrían logrado, finalmente, el taimado Sidi Mulay Abdelmalek y el envidioso astrólogo Sidi Yinán poner al sultán alauita en mi contra por medio de sus reiteradas denuncias? Pero, ¿por qué vengarse de una manera tan ruin y despiadada, separándome violentamente de mis mujeres y de mi leal criado Aslam? Era algo que no alcanzaba a comprender y, estaba seguro, que nunca llegaría a entender, porque no era baladí pensar que, dadas mis relaciones con el sultán, con sus allegados y con el *majzén,* desde el momento en que fui llevado contra mi voluntad y despojado de mi familia marroquí a la fragata tripolitana, había quedado injustamente marcado como un indeseable proscrito que nunca podría regresar a Marruecos.

El día 27 de octubre, estando en cubierta disfrutando de una brisa fresca que soplaba desde el oeste, me dijo Omar el-Sham que la costa que se divisaba por la amura de estribor, al sur, era el cabo Bugarun, situado a unas trescientas millas al este de la ciudad de Argel, que habíamos dejado atrás hacia dos jornadas.

—Si no surge algún contratiempo que nos obligue a variar el rumbo, sidi Alí Bey, avistaremos el puerto de Trípoli pasadas unas doce jornadas de navegación —manifestó el arráez, con esa seguridad que sólo da el ser perito en el asunto del que se habla.

—Deseoso estoy, señor Omar, de poner los pies en ese puerto. Pues he de dirigirme al consulado de España para enviar cierto mensaje a quien es mi mentor en Madrid, al mismo tiempo que el probable trato amable y respetuoso con otras personas me haga olvidar las recientes desgracias sufridas en Marruecos.

Al caer la noche nos hallábamos en medio del ancho canal que

separa la isla que llaman Galita y la costa de Túnez, situada a unos noventa kilómetros de la ciudad de Bizerta. Las embarcaciones de Trípoli evitan navegar por el norte de esa isla, entre ella y el litoral de Cerdeña, porque la gente que habita esa costa está en permanente guerra entre ellos —me aseguró Omar el-Sham—, y si un navío tripolitano es asaltado y capturado, lo primero que hacen sus captores, antes de desvalijar la embarcación y a sus pasajeros, es ahorcar a su capitán.

Al atardecer del día 31 localizamos, a unos veintiocho kilómetros de distancia hacia el este, la isla de Lampedusa, que la tenían unos malteses con la protección de la flota británica. A las nueve de la noche comenzó a aumentar la fuerza del viento, habiéndose transformado, a las doce, en un violento temporal con mar arbolada y grandes olas que barrían la cubierta, amenazando con lanzar al mar a todo aquel que se atreviera a salir de sus camarotes. Como el agua estaba inundando la bodega por una escotilla que la tempestad había arrancado de la cubierta principal, algunos marineros se vieron obligados a abandonar su trabajo en las vergas y los masteleros, y asegurando los cabos, para utilizar frenéticamente las bombas de achique, ante el peligro de que la embarcación, con tanta agua en su interior, se hiciera ingobernable y zozobrara.

Por fortuna, antes de que amaneciera, el viento había amainado y el mar volvió a su estado de calma. Todos nos abrazábamos y dábamos gracias a Dios por habernos librado de aquel mal trance, pues, según algunos marineros, podía habernos hecho naufragar si no hubiera cesado la inundación de la bodega. Era la segunda vez que, en el transcurso de aquel viaje, los elementos desbocados se habían confabulado para que no pudiera culminar mi aventura como peregrino en La Meca.

A eso de las cuatro de la tarde, sosegadas nuestras almas al vernos libres de un seguro y fatal naufragio, el capitán ordenó a los marineros que condujeran la embarcación hasta un fondeadero que había no lejos de la isla Kerquena, situada a unos ciento sesenta kilómetros al norte de Trípoli, lo que, según Omar el-Sham, requeriría dos jornadas largas de navegación. Pero nuestro capitán estaba dispuesto a permanecer fondeado y anclado en aquella rada

arenosa algunos días, para dar descanso a la tripulación y reparar lo que el temporal había dañado de las velas, los cabos y las vergas. Y, también, reponer la escotilla de cubierta por la que había entrado el mar que casi nos hizo zozobrar. Hasta que no estuviera todo en buenas condiciones para poder navegar —dijo el capitán Omar—, no acometeríamos el último tramo de nuestro viaje hasta el puerto de Trípoli.

Las islas Kerquenes son dos, situadas cerca de la costa de Túnez, separadas ambas por un estrecho canal. Apenas se elevan un par de metros por encima del nivel del mar. Solamente existe una pequeña elevación en el centro de la más grande de las dos en la que crecen algunas palmeras y se pueden ver los cercados que deben encerrar una pequeña piara de cabras o un rebaño de ovejas. Están constituidas por arenales casi estériles y sus pobladores, que no creo que superen la cifra de quinientos, se concentran en varios aduares misérrimos formados por chozas y algunas casas de tapial. Se deben proveer, además de lo que les proporcionan las cabras y las ovejas, de los peces que capturan con unas barcas que estaban varadas en la playa. Me dijo Omar que sus habitantes tienen la obligación de enviar al *bey* de Túnez, cada año, una cantidad de pescado en concepto de tributo.

La fragata estuvo anclada en el fondeadero de aquella isla hasta la noche del día 7 de noviembre, cuando, habiendo considerado Omar el-Sham que las necesarias reparaciones habían concluido, mandó recoger el ancla y que continuáramos el interrumpido viaje hacia Trípoli.

Transcurridos dos días, a las tres de la tarde del día 9, divisamos el puerto de la ciudad que era mi destino temporal antes de reemprender el viaje que me habría de llevar a la ansiada península arábiga.

El navío del arráez Omar embocó la ensenada y, al pasar por debajo de un castillo que ocupaba un saliente de tierra, sus ocupantes dispararon una salva para saludarnos y darnos la bienvenida, que unos artilleros del «Excelsior» respondieron con otra. Cuando nuestro navío estuvo fondeado en el centro de la dársena, se acercó una chalupa del gobierno local, en la que iban

cuatro funcionarios que, una vez abarloada en el lado de babor de nuestra embarcación y arrojada una escala por orden de Omar, subieron a bordo para entrevistarse con nuestro capitán y solicitarle algunos documentos, y que hiciera una declaración sobre los pasajeros que viajábamos en el barco y que íbamos a desembarcar en Trípoli, y cuáles eran los motivos que justificaban su estancia en la ciudad.

El capitán y la tripulación, excepto los marineros que quedaron en la fragata de guardia, bajaron a tierra aquella misma tarde.

Omar el-Sham debía presentarse ante el pachá para entregarle ciertos documentos oficiales, mi pasaporte y la carta que certificaba ser yo un príncipe descendiente del clan de los antiguos abbassíes sirios. Hube de permanecer dos días más en la fragata antes de poder desembarcar, pues debía esperar el visto bueno del pachá, que consistía en un escrito firmado por la máxima autoridad de Trípoli, que se encargaría de traerme Omar el-Sham. Este, cuando regresó a la embarcación, se mostró nervioso y como si me eludiera. Entonces me acerque a él y le rogué que me dijera si algo impedía que yo desembarcara en aquel puerto y si, como me había prometido, había hallado una casa para que me hospedara el tiempo que permaneciera en Trípoli.

—No sucede nada que impida estableceros en la ciudad, sidi Ali Bey. Pero aún no he podido localizar una buena vivienda que responda a vuestras necesidades. Además, el pachá me ha comunicado que desea recibiros en su palacio. Por esos motivos aún estáis en mi barco, aunque los otros dos pasajeros hayan podido desembarcar y dirigirse a la ciudad —manifestó Omar el-Sham a modo de una disculpa que yo no le había reclamado.

No obstante, aquel retraso en autorizarme a desembarcar me preocupaba. Temía que el gobernador de Larache, el tornadizo Salaui, hubiera enviado una carta al pachá de Trípoli en mi contra. Nada podía extrañarme después de la aviesa y violenta actuación de sus soldados en la playa de su ciudad cuando iba a embarcar. Lo que estaba claro era que el obstáculo que parecía retrasar mi desembarco no era la falta de una casa para que pudiera alojarme. Por fin, a eso de las seis de la tarde del día 11, se acercó a mí Omar

el-Sham y me dijo que lo acompañara a la ciudad, que ya había hallado una vivienda digna para que me hospedara. Una casa grande que estaba situada en la misma plaza en la que se localizaban el palacio del pachá y el consulado general de España.

Descendí por la pasarela que comunicaba la cubierta de la fragata con el muelle y seguí al capitán de la embarcación hasta la vivienda que me había asignado, no sin antes ordenar a dos mozos de cuerda que se encargaran de trasladar a la casa los dos arcones que constituían mi equipaje, en los que guardaba la ropa de abrigo, unas botas de cuero de repuesto, el arconcillo con las monedas de oro y el dinero que circulaba por aquellas costas, mis aparatos de medición astronómica, mis tarros de tinta, mis cálamos, los folios, mi herbario y la caja con la colección de minerales y conchas de moluscos.

Llevaba tres días en Trípoli cuando el capitán de la fragata me trajo la orden para que me presentara ante el pachá. Sin embargo, antes de acudir al palacio de Sidi Yusef Caramanli, nombrado gobernador de la ciudad por los turcos hacía diez años, creí oportuno y necesario dirigirme al consulado general de España para conversar con el cónsul, don Gerardo José de Sousa y Betancourt, al que no conocía, pero del que tenía muy buenas referencias, pues había sido designado por el Príncipe de la Paz como uno de los contactos diplomáticos receptores de los informes que, periódicamente, debía enviar a Madrid.

Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, delgado y muy correcto en el trato, que luego supe era muy respetado por los miembros de la comunidad de comerciantes españoles establecida en la ciudad y, sobre todo, por el pachá, del que se decía que no tomaba una decisión importante sin antes haberla tratado con este prestigioso diplomático. Esperé a que me recibiera en la antesala de su despacho, situado en la planta segunda del consulado. Portaba en mi carpeta el informe que, durante el viaje desde Larache, había estado elaborando en la soledad de mi camarote en relación con los últimos sucesos acontecidos en ese puerto marroquí, mi precipitada e inesperada expulsión de los territorios del sultán alauita y las conversaciones mantenidas con los pachás de Essauira, Haha y

Chiadma, y con el representante de la *zawiya* de Ouazzane. Esperaba entregárselo al cónsul de España en aquella ciudad para que lo enviara, lo más pronto posible, en la valija diplomática a don Manuel Godoy. El contenido de dicho informe era el siguiente:

«Don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz y generalísimo del Ejército y del Gobierno de España.

De Domingo Badía Leblich.

Excelencia: sean estas noticias las postreras de mi estancia en el sultanato de Marruecos, al que fui enviado para ejercer la labor de embajador extraordinario de España y con el cometido de acceder a la confianza del sultán de los alauitas, Sidi Mulay Sulaymán, y de su Corte y Gobierno, y conocer la disposición de dicho mandatario para favorecer el comercio con España y su disponibilidad a recibir ayuda militar, si fuera necesaria, para someter a los jeques y pachás desafectos del sur. Y en caso de no poder ganarme la voluntad del sultán, indagar en la posibilidad de que dichos pachás accedieran a que tropas españolas desembarcaran en sus costas y colaboraran en una rebelión que debería acabar destronando a Sidi Mulay Sulaymán y sustituyendo a los alauitas en el trono del sultanato.

Pero esos planes que, con gran sigilo y reserva procuré llevar a cabo, no han dado los resultados esperados. Al cabo, ante el temor de que fueran descubiertas por el sultán o por algunos miembros de su familia o del *majzén* mis pesquisas, decidí abandonar Marruecos. No sin algunas dificultades —que a mi regreso espero poder exponerle más extensamente—, logré salir de ese sultanato por el puerto de Larache y, hoy, me encuentro en la ciudad de Trípoli con la intención de continuar el viaje hasta La Meca. Excelencia, si lo cree oportuno, en este periplo que he iniciado en Trípoli podría continuar ejerciendo de embajador secreto de España y seguir enviándole los preceptivos informes para que sepáis, vos y Su Majestad el rey, de primera mano y, al margen de la diplomacia oficial, la situación en la que se hallan los Estados e Imperios que he de visitar para que el Gobierno y el reino de España estén bien informados y puedan actuar de la manera que más convenga a los intereses españoles. A la espera de recibir sus instrucciones, reciba un respetuoso saludo.

Dada en la ciudad de Trípoli a 9 días pasados del mes de noviembre

del año 1805.

Domingo Badía Leblich o a Ali Bey el Abbassí para el orbe musulmán».

El señor cónsul me recibió en su amplio despacho, una estancia acogedora y soleada con dos ventanas que daban a la plaza. Estaba sentado tras una bien labrada mesa, rodeado de estanterías con libros y legajos, y acompañado del vicecónsul, don Pedro Ortiz de Zugasti, que permanecía de pie junto a una bandera de España pendiente de su asta. Me alarmó observar que sus rostros expresaban cierta pesadumbre.

—Te doy la bienvenida a Trípoli, Domingo Badía —comenzó diciendo el cónsul con la voz entrecortada—. Sé que desconoces las malas noticias que nos han llegado desde España, porque estabas embarcado en la fragata «Excelsior» cuando aconteció la tragedia sufrida por nuestra escuadra.

—¿Qué tragedia, señor cónsul? —le demandé con el ánimo alterado y el corazón palpitante, porque, por el tono de las palabra pronunciadas por don Genaro José de Sousa, supe que algo terrible y doloroso había sucedido.

—En la mañana del día 21 del pasado mes de octubre, las escuadras coaligadas de España y de Francia, mandadas por el vicealmirante francés, Pierre Villeneuve, y la parte española por el teniente general del mar, Federico Gravina, estando frente a la costa de Cádiz, han sido derrotadas por la flota inglesa al mando del vicealmirante Horacio Nelson —expuso el cónsul sin poder contener la emoción y la tristeza que le embargaba.

Quedé anonadado y sin poder pronunciar palabra alguna. ¡Nuestros enemigos ingleses eran ya los dueños del mar! ¿Quién iba a defender, a partir de ese día, nuestros mares y las ciudades costeras de España y, sobre todo, de nuestros virreinatos de América?

—La alianza con el primer cónsul de la república francesa y, desde hace un año y medio, emperador de Francia, ha sido nefasta para España, señor Badía —continuó diciendo don Genaro José de Sousa —. Ha provocado que una poderosa coalición, formada por Inglaterra, Austria, Rusia, Nápoles y Suecia nos haya declarado la guerra. Sé que don Manuel Godoy y el rey don Carlos estaban de

acuerdo en suscribir esa nueva alianza con Francia que, estoy seguro, nos va a ocasionar nuevas derrotas y desgracias. Pero algunos, que augurábamos lo que iba a suceder, nos oponíamos a ella; aunque poca fuerza y ninguna influencia teníamos en la Corte para poder exponer al rey, que no ve más que por los ojos de su generalísimo, las graves consecuencias que ese pacto con Francia nos iba a acarrear.

Nada añadí a lo dicho por el compungido cónsul general. No podía negar que yo había sido uno de los que vieron como una oportunidad para España la nueva alianza con Francia. Pensaba que unidos a los intereses de Napoleón, Inglaterra dejaría de ser un peligro para nuestras flotas de Indias, atacadas impunemente y expoliadas por la escuadra inglesa y los corsarios de Su Majestad británica. Pero, quizás, después de lo sucedido en el cabo que dicen Trafalgar, debía replantear mi adhesión sin fisuras a aquella política que nos había dejado inermes ante un enemigo que solo aspiraba a destruir nuestro Imperio americano. Pero como no era un asunto que me impidiera continuar con mis proyectos, que no eran otros que seguir viajando hacia Oriente conociendo tierras y gente, haciendo mediciones astronómicas, escribiendo mis observaciones en mi diario —que algún día pensaba publicar— y acabar entrando en la ciudad santa de La Meca para rezar en el santuario de la Kaaba.

Aunque el mismo día que pisé el muelle de Trípoli, le dije a Omar el-Sham que estuviera atento a cualquier navío que zarpara para dirigirse a Alejandría, pues deseaba continuar mi viaje y estar en Trípoli solo el tiempo indispensable. Sin embargo, no tuve más remedio que permanecer en aquella ciudad casi dos meses. Era necesario esperar y poder recibir, a través del consulado, la respuesta de don Manuel Godoy a mi petición de seguir ejerciendo de embajador de España en su nombre y poder enviarle los informes que elaborara en los lugares que iba a visitar. Esa labor, a mi entender, era en esos momentos más necesaria que nunca, dada la supremacía marítima y el innegable dominio logrado por los ingleses en el Mediterráneo.

En ese tiempo de espera me dediqué a deambular por Trípoli,

conocer su urbanismo, sus monumentos, su heterogénea población, sus costumbres y, también, a salir de la ciudad para visitar sitios que eran famosos por su antigüedad, que yo sabía de su existencia por algunos libros que conservaba en mi biblioteca.

El día 14, el mismo en que había tenido lugar mi encuentro con el cónsul de España, por la tarde, me dirigí al palacio del pachá, Sidi Yusef Caramanli, para responder a su invitación. La audiencia tuvo lugar en un gran salón, en suyo centro, sobre una tarima cubierta con una alfombra roja, decorada con lo que parecían suras del Corán, y en una especie de sofá, se hallaba el pachá rodeado de sus dos hijos y algunos altos funcionarios de su corte.

Era un hombre de unos cuarenta años de edad. De rostro agraciado cubierto con una barba breve y bien recortada. Vestía una especie de jaique que le permitía tener la cabeza descubierta. Hablaba con corrección el italiano, lengua con la que nos comunicábamos, que prefería al árabe. Parecía severo en el trato, pero cuando hablaba lo hacía con moderación y agrado. Me dijeron que hacía diez años que ocupaba el trono a total satisfacción de sus súbditos, de las comunidades de comerciantes extranjeros y de los turcos, que eran los que mantenían su dinastía gobernando aquella ciudad. Posee dos esposas: una blanca, que es su prima, y que le ha dado tres hijos y tres hijas; y otra negra, de la que le han nacido un hijo y dos hijas. Los vástagos del pachá reciben el título de *bey* y, uno de ellos, se llama Alí Bey, como yo.

Un criado depositó, delante de él, la pequeña caja elaborada con varias clases de ricas maderas que era mi regalo. Sidi Yusef Caramanli —que llaman en el consulado general de España, «señor José»— sonrió y me agradeció el obsequio que le había entregado. A continuación, ordenó que unas muchachas sirvieran café, acompañado de una bandeja de plata con dulces, unos bañados en miel y, otros, cubiertos con una especie de jalea de naranja, que depositaron sobre una mesita que había encima de la tarima. Estuve mucho tiempo sentado en una silla que había mandado colocar delante de aquel grupo de personas que me miraban con expectación, de lo que colegí que sabían quién era yo y que, sin

duda, conocían algunas de mis andanzas en el sultanato de Marruecos.

El pachá me trató con mucha cortesía y respeto, congratulándose de que hubiera decidido viajar hasta su ciudad y habitar en una casa que estaba tan cerca de su palacio, pues así podría visitarle si se terciaba, porque era conocedor de mis grandes conocimientos científicos. Para él y su familia —dijo—, sería un honor que ambos pudiéramos platicar con frecuencia.

—Antes de que abandones mi palacio, sidi Alí Bey, mi secretario te acompañará a las habitaciones en las que reside mi primer ministro, Sidi Mohamed Degáiz, que, aunque en su ancianidad ha perdido la vista, desea conocerte y poder hablarte —indicó el pachá de Trípoli, antes de extender su mano derecha para que se la besara y, de esa manera, se diera por concluida la audiencia.

He de referir que la conversación mantenida con el visir ciego fue sorprendente y altamente instructiva y gratificante. Me trató como si fuéramos viejos amigos y me hizo confidencias que me confirmaban que sabían, aquellos tripolitanos, tanto de mi pasada vida en Marruecos, como yo mismo. Me dijo que Sidi Mohamed Salaui había enviado una carta al pachá en la que le prevenía sobre mí; que no me ofreciera su amistad ni su afecto, porque había traicionado la confianza que me había ofrecido Sidi Mulay Sulaymán.

—Pero no has de preocuparte, sidi Ali Bey. El pachá es hombre inteligente y mesurado, y conoce muy bien la maldad y bajeza del gobernador de Tánger y Larache. Sus palabras tendenciosas y falaces son para él como el rumor del agua de la fuente en sus oídos. Aprecia tus conocimientos científicos y tu fidelidad a nuestro Profeta, y sabe que obraste con honradez en la corte del sultán alauita y que te pagó pérfidamente cuando te quitó tus mujeres en el puerto de Larache —dijo, tomándome de la mano y acariciándola, como conclusión a aquella sorprendente y sincera confesión.

Cuando acabaron ambas recepciones en el palacio de Sidi Yusef Caramanli, y regresé a mi casa, no cabía en mí de gozo, porque la amena y reveladora conversación mantenida con el anciano visir Sidi Mohamed Degáiz, me había aportado tranquilidad y me había reconciliado con el mundo. Tras unos meses de zozobra espiritual y

recelos, aquellos bondadosos dignatarios que gobernaban Trípoli, a los que acababa de conocer, eran, en verdad, mis verdaderos amigos, personas buenas en las que podía confiar.

Trípoli de Berbería era una ciudad muy hermosa. Más activa y bulliciosa que las que había conocido en Marruecos. Con gente llegada de todas partes: bereberes, turcos, franceses, italianos, ingleses, españoles y americanos. Estos extranjeros no musulmanes vivían en sus propios barrios, y todos disponían de sus delegaciones oficiales, consulados e, incluso, iglesias cristianas. Me sorprendió observar que la mayoría de las casas y palacios estaban edificados al estilo europeo. Todas ellas presentan una blancura exquisita que hace resplandecer la ciudad cuando se la observa desde el mar. Las viviendas disponen de ventanas abiertas hacia la calle, con celosías de madera que proporcionan intimidad a sus moradores, pero que al mismo tiempo les permiten observar lo que sucede en el exterior. Esto no se da en Marruecos, país en el que las casas están orientadas hacia un patio interior, sin ventanas a la calle.

En esta ciudad no existe un río que la identifique, como en muchas otras que he visitado en África o en Asia, ni hay manantiales públicos en las plazas, sino que la gente se abastece del agua de la lluvia recogida en cisternas y aljibes situados en los patios de sus viviendas. Este sistema de aprovisionamiento de agua era utilizado en la antigüedad por los romanos, como pude comprobar al visitar las ruinas de algunas ciudades erigidas por Roma en Oriente, y leí en un libro que relata las excavaciones que mandó realizar nuestro rey Carlos III en la antigua ciudad de Pompeya, arrasada por la erupción del volcán Vesubio.

Calculé que la población de Trípoli debía rondar los doce mil habitantes. Me dijeron que antes alcanzó la cifra de veinte mil, pero que las epidemias de peste sufridas en tiempos pasados habían provocado la disminución de la población hasta dejarla en el número antes referido. Y debía ser cierto, pues pude contemplar, en algunos barrios, numerosas viviendas abandonadas que debieron estar habitadas en épocas más florecientes. Los judíos eran muy numerosos y, por la elegancia de sus vestiduras, deduje que su estatus social debía ser elevado. En mis paseos por la ciudad llegué

a contar tres sinagogas. Los europeos están muy bien vistos y son respetados, tanto por la gente del común como por los dirigentes políticos. Conocí a un rico comerciante francés, hermano del cónsul de esa nación, que poseía numerosos inmuebles y dos empresas comerciales; a un español constructor de barcos en el arsenal del puerto, a un médico maltés y a un relojero suizo.

Muchos europeos que renegaron de su religión cristiana y abrazaron la musulmana, habían llegado a ostentar cargos importantes en el Gobierno y la administración favorecidos por la permisividad y tolerancia que caracterizaba a la Sublime Puerta[11]. Por ejemplo, el almirante o jefe de la marina tripolitana era un inglés que estaba casado con una mujer de la familia del pachá. Su escuadra está formada por dos fragatas, cuatro jabeques, dos galeones y media docena de embarcaciones menores.

Todos los días realizaba yo las oraciones prescritas por el Corán en la mezquita principal de la ciudad. Un hermoso edificio con un techo constituido por numerosas cupulitas que cubren las diversas naves, las cuales se apoyan sobre elegantes columnas de mármol de orden dórico, que decían habían pertenecido a un antiguo templo cristiano, y que fue erigida hacía algo menos de un siglo por el abuelo del actual pachá. Llamó mi atención que, acabada la oración del viernes, el imán, subido en el *minbar* o púlpito, y dirigiéndose a los fieles, entonaba una canción con claras reminiscencias españolas que los naturales del país llaman «polo andaluz». Deduje que era alguno de los cantos profanos que habían traído a Trípoli los exiliados musulmanes de España cuando el rey Felipe III los expulsó a principios del siglo XVII.

Una cafetería muy lujosa, situada en el barrio comercial, cerca del puerto, sirve como lugar de reunión para los hombres de negocios. Hay otras dos, más humildes, que son frecuentadas por el pueblo llano. En ellas se sirve solo café y té. También existen varias tabernas o cabarets en los que se ofrece a los clientes vino y licores. Están regentados por musulmanes que no muestran ningún escrúpulo a la hora de manejar y servir bebidas alcohólicas, a pesar de estar prohibidas por la ley.

Una mañana, antes del amanecer, acompañado de un mozo de cuerdas que había contratado como criado durante el tiempo que estuviera en Trípoli, alquilé un carruaje, tirado por dos briosos caballos, para que su dueño y conductor nos llevara a los restos de una ciudad del tiempo de los romanos que se hallaban a unos noventa kilómetros de Trípoli. Portábamos una tienda de campaña y vituallas para los cinco o seis días que íbamos a estar en aquella improvisada expedición cultural. Se trataba de los vestigios de la ciudad romana de Leptis Magna, conocida por los musulmanes como Lebda.

El señor Delaporte, cónsul general de Francia, me había asegurado que en aquel lugar aún se hallaban a la vista numerosas columnas de mármol, capiteles bellamente labrados y trozos de muros de viviendas, y de lo que parecía un templo. También que sobresalía del terreno una construcción de piedra, a modo de kiosco con arcos de medio punto en sus cuatro caras. Llegamos a la ciudad, destruida por el paso del tiempo y la incuria de los hombres, al anochecer del día siguiente. Montamos la tienda y, después de rezar la última oración del día e ingerir una frugal cena, nos acostamos sobre unas esteras que habíamos llevado con nosotros. La jornada siguiente la dedicamos a visitar los restos de Leptis Magna y recoger algunos vestigios de cuando estaba habitada. Hallé y recogí algunos fragmentos de excelente cerámica de lujo con escenas grabadas, y un par de monedas de plata algo deterioradas, pero que, en una de sus caras, aún podía distinguirse el rostro de una persona, probablemente de un emperador romano. Daba grima contemplar aquel campo de ruinas y pensar que, hacía unos dos mil años, aquella destrozada urbe había sido un emporio de riqueza y un hervidero de gente. Al día siguiente retornamos a Trípoli.

Como transcurrían los días y las semanas, y no recibía ninguna noticia proveniente del consulado de España, comencé a impacientarme, porque consideraba que mi estancia en aquella ciudad, aunque agradable y fructífera en lo cultural, se estaba alargando en exceso, retrasando mi viaje a Egipto y a Arabia. Por fin, en la mañana del día 3 de enero del año 1806, cuando salía de mi casa para acudir a la mezquita a rezar, me detuvo un funcionario

del consulado que decía traerme un mensaje del señor don Gerardo José de Sousa. Hacía casi dos meses que me hallaba en Trípoli.

—El señor cónsul desea verle, sidi Alí Bey. Hay noticias recibidas desde España —fue el escueto mensaje del enviado del cónsul.

Me olvidé de la obligación de hacer la segunda oración del día y me dirigí, precipitadamente, al consulado que, como ya he referido, se hallaba muy cerca de la vivienda que me habían asignado, en la misma plaza en la que se encontraba el palacio del pachá. El cónsul general me recibió en su despacho. Indicó que me sentara en la silla con asiento de cuero que estaba situada delante de su mesa. A continuación ordenó a su subalterno que abandonara la estancia y que cerrara la puerta tras él.

—Señor Badía, ayer, en la valija diplomática, llegó esta carta, enviada por don Manuel Godoy y dirigida a usted.

Y mientras decía esas palabras, sacaba la misiva de la carpeta que tenía sobre la mesa y me la entregaba. La carta, aún cerrada con el lacre rojo y el sello del Gobierno de España, iba dirigida, como había dicho el señor cónsul, a «Domingo Badía Leblich, Embajador de España en el sultanato de Marruecos». La tomé, rompí el lacre y leí su contenido, que era este que sigue:

«A don Domingo Badía Leblich, Embajador del Reino de España y enviado extraordinario de Su Majestad al reino de Marruecos:

Me alegro caro amigo de que, después de las vicisitudes sufridas en el Imperio de los alauitas, te encuentres bien de salud en esa ciudad de Trípoli a la que has arribado por mar en el viaje que has decidido emprender y que, según me dices, tendrá su final en la ciudad de La Meca.

De tus desdichas por tierras marroquíes y de tus fracasos en los intentos para llevar a cabo la secreta misión que, de acuerdo con Su Majestad el rey, te encargué, he sido informado, en parte, por el cónsul de España en Marrakech, don Antonio González Salmón; aunque como bien dices en la última carta que me enviaste, con mayor detalle me lo relatarás cuando regreses a Madrid.

En lo que me solicitas de continuar ejerciendo de embajador extraordinario del reino de España en el transcurso del viaje que has emprendido y que te posibilitará visitar ciudades, reinos e imperios,

algunos aliados y amigos; otros neutrales y los habrá enemigos de los españoles, he de decirte que, consultado el asunto con Su Majestad el rey, puedes seguir mostrando tus credenciales como príncipe heredero de los abbassíes y como embajador de España y representante y defensor de nuestros intereses en los lugares a los que accedas hasta alcanzar tu ansiado objetivo que parece ser la ciudad de La Meca.

Como has hecho hasta ahora, deberás elaborar los preceptivos informes sobre la situación política, económica y social de las ciudades y los Estados que visites, así como de los posibles acuerdos comerciales que España pueda establecer con las autoridades de esos reinos y esos Estados. Me enviarás, al menos uno de esos informes cada mes, por medio de los consulados de España establecidos en esos lugares.

Que Nuestro Señor Jesucristo te proteja y te acompañe en esa nueva aventura.

Dada en el Palacio Real de Madrid, a 3 de diciembre del año 1805.

Manuel Godoy y Álvarez de Faria Ríos,
Príncipe de la Paz».

Cuando acabé de leer la carta que me había enviado don Manuel Godoy, la mantuve en mis manos durante unos minutos mientras que recapacitaba sobre su contenido y los retos y nuevas obligaciones a que me comprometía lo expresado por el Príncipe de la Paz. Pero fueron las palabras de don Gerardo José de Sousa las que me sacaron de aquellas cavilaciones.

—Señor Badía, le ruego que me entregue la carta. Es correspondencia confidencial que no puede salir del consulado. Tengo la orden de archivarla en la carpeta donde se guarda la correspondencia oficial y secreta del Gobierno. Su lugar no es el archivo ordinario, sino la caja fuerte a la que solo puede acceder el cónsul general de España en Trípoli.

Hice lo que me exigía don Gerardo José de Sousa y, luego, abandoné el consulado para dirigirme a mi casa.

Aquella misma tarde fui a visitar al pachá para decirle que mi estancia en Trípoli había llegado a su fin. Que debía continuar mi

viaje y necesitaba embarcar en un navío que me condujera a Alejandría. Que le rogaba hiciera las gestiones oportunas para que obtuviera un pasaje en el primer barco que zarpara con destino a ese puerto.

Sidi Yusef Caramanli me recibió dando muestras de alegría, aunque se entristeció cuando oyó mi petición y supo que, si la atendía, mis días en Trípoli estaban cerca de acabar. No obstante, me aseguró que enviaría a uno de sus funcionarios a la capitanía del puerto y pronto sabría el nombre del navío en el que podría embarcar y el día que zarparía. Solo me puso una condición: que el día antes de mi partida lo visitara para poder despedirse de mí y que hiciera lo mismo con su visir, Sidi Mohamed Degáiz, que decía me apreciaba y me admiraba mucho. Le prometí que no abandonaría Trípoli sin antes haberle visitado para despedirme de él y de su anciano y bondadoso visir.

El 26 de enero de 1806 subí a bordo de un navío turco que hacía la travesía hasta el puerto de Alejandría.

Me acompañaba el mozo de cuerdas, que se llamaba Walid, al que había convencido para que fuera mi criado hasta que llegara a La Meca. Como consideré insuficiente un solo criado para que atendiera a mis necesidades durante tan largo viaje y se hicieran cargo de los pesados arcones que constituían mi equipaje, contraté a otros dos, que decían llamarse Ahmed y Habib, que procedían de Oujda, a cambio de un salario que creí justo.

El día antes de embarcar, mientras que Walid y los dos marroquíes se encargaban de trasladar los arcones con mi valioso equipaje al barco, yo me dirigí al palacio del pachá para cumplir la promesa que le había hecho. Sidi Yusef Caramanli me abrazó emocionado y me agradeció efusivamente el regalo que le hacía, que fueron las dos monedas de plata que había hallado en las ruinas de Leptis Magna. Sidi Mohamed Degáiz, también se emocionó cuando me oyó hablar. Me tomó de las manos y recitó una sura del Corán.

—Que Dios te cubra con su manto de santidad y de amor, sidi Alí Bey. Que Él te conduzca por el camino de la felicidad y de la verdadera religión. Eres un hombre santo y sabio. Espero que nos volvamos a ver en el Paraíso prometido el día del Juicio Final —dijo,

antes de que yo abandonara la habitación en la que estaba postrado.

Abandoné el palacio del pachá conmovido por la bondad de aquellos preclaros dignatarios del Gobierno de Trípoli que me habían demostrado en qué consistía la verdadera amistad, sin apenas conocerme, despreciando las insidias y las malévolas advertencias en mi contra, que les había mandado por escrito el pérfido gobernador Sidi Mohamed Salaui.

A las cuatro de la tarde, entretanto que un artillero disparaba una salva de despedida desde el castillo que había a la entrada del puerto y, desde la proa de nuestro barco, un marinero respondía ondeando una bandera de señales, el bajel turco se hizo a la mar y, a las seis y media, antes de que anocheciera, habíamos perdido de vista las blancas casas de la ciudad norteafricana.

---

10 Hasta pasados muchos años no supo Alí Bey, o Domingo Badía, que Fátima Mohana portaba en su vientre un hijo suyo que nació y se crio en Marruecos, y recibió el nombre de Othmán. En los últimos años de su vida, los musulmanes lo llamaron Alí Bey el Abbassí el-Hajj (es decir, el que había hecho la Peregrinación) y Alí Bey el Abbassí Abu Othmán (el padre de Othmán).

11 *Bab-i-Ali.* Gobierno del Imperio Turco-Otomano.

XI

ACCIDENTADO VIAJE EN BARCO. RECORRIDO POR LA ISLA DE CHIPRE

Desde el mismo instante en que, acompañado de mis nuevos criados, puse los pies en la cubierta de aquel velero otomano, sentí una inquietud que no tuve cuando embarqué en el «Excelsior», una magnifica fragata de guerra mandada por un experimentado capitán como era Omar el-Sham.

No era baladí que a este bajel turco lo hubieran nombrado «Al-Jatar», que en español significa «peligro». ¿Sería ese nombre una denominación premonitoria? Lo cierto era que aquel velero, grande y pesado, pero de escasas virtudes marineras, como pude comprobar durante el accidentado viaje, estaba mandado por un capitán zafio y atolondrado, de nombre Fadil, pero conocido como «El Egipcio», que bien podría haber sido arráez de una chalupa, pero no de un velero dedicado al transporte de pasajeros y mercancías. Para más indecencia era bebedor de vino y mal hablado. Desde que el barco comenzó a navegar por alta mar, observé que no sabía tomar el rumbo adecuado. Por fortuna, tenía un segundo oficial que parecía más ducho que él en las cosas de la navegación y un piloto que sí conocía aquellos mares.

La mayor parte del tiempo el mando del buque lo dejaba en su segundo, pues el indecente capitán se hallaba durmiendo la melopea en su camarote.

En el velero iban embarcados, además de mi persona y mis tres criados; dos hombres de negocios marroquíes; un oficial del pachá de Trípoli; dos comerciantes de esa ciudad; un jerife, llamado Mulay Hassán, que se jactaba de haber matado a veinte franceses en la pasada guerra de Egipto; cinco mujeres y varios musulmanes que hacían la Peregrinación.

Los primeros días de navegación volví a sufrir el mal de los novicios mareantes, teniendo que pasar la mayor parte de las jornadas

tendido en mi hamaca, pues era esta la clase de camastro que poseíamos en nuestro camarote, situado en el desangelado castillo de popa, junto al del capitán beodo. El día 29, a las tres de la tarde, pude levantarme del movedizo camastro, aprovechando que el mar estaba en calma y soplaba una suave brisa que me reconfortaba. Saqué mis instrumentos de uno de los arcones y procedí a realizar mis acostumbradas observaciones astronómicas. El resultado de la medición que hice me alarmó, porque deduje que el barco, en vez de seguir la ruta de Alejandría, había derivado hacia el norte, de manera que el navío se hallaba casi en el mar Adriático, en dirección a la isla de Corfú.

Avisé al capitán de su error, aunque en los tres días que había estado enfermo y recluido en mi camarote, el barco había navegado hacia el norte muchas millas alejándose de la costa africana. Aconsejado por su segundo, el confundido Fadil hizo cambiar el rumbo hacia el este para buscar la costa del Peloponeso y, una vez alcanzada, retornar a la ruta que nos llevara a Alejandría. Después de cuatro días de navegación, bogando en un mar en calma, con muy escaso viento, arribamos a la isla que dicen Sapientza, situada frente a la ciudad de Modona, en una de cuyas radas Fadil ordenó echar el ancla.

Estuvimos fondeados a unos setenta metros de la orilla, en una pequeña bahía en la que el barco permaneció anclado cinco días, que yo aproveché para bajar a tierra en el bote auxiliar que Fadil había puesto a disposición de los pasajeros que quisieran desembarcar. En ese paseo por la isla recogí algunos especímenes para enriquecer mi colección. La isla medía aproximadamente dieciocho kilómetros de perímetro. Toda su superficie estaba cubierta de colinas y algunos montes rocosos. No había ríos ni arroyos, ni pozos. La poca agua que encontré, era la de lluvia depositada en algunas oquedades de las rocas. No estaba habitada permanentemente, sino que los pobladores del cercano continente llevaban a ella sus cabras y ovejas en invierno, cuando las escasas precipitaciones hacían crecer la hierba en las zonas llanas de la isla.

Enfrente de ella, en el continente, a unos tres kilómetros al noroeste, se encuentra la ciudad de Modona.

Hubiera querido solicitar al capitán permiso para poder visitarla, pero me pareció más razonable rogar a Fadil que procediera a alzar el ancla y continuáramos navegando con rumbo sureste para poder arribar a Alejandría, que era el destino de aquella etapa de mi viaje. El día 7 de febrero, al mediodía, el barco se hizo a la vela, no sin antes haber indicado al capitán y a su segundo el rumbo que debía seguir para rodear la isla de Creta y dirigirnos derechos al puerto de Alejandría.

Pero aquella noche, mientras que, alumbrado por la llama de un quinqué, me hallaba en mi camarote escribiendo las observaciones realizadas durante el día en mi diario, noté una extraña vibración de la embarcación que atribuí a un cambio brusco del viento. A la mañana siguiente, cuando salí a cubierta con mi brújula, pude constatar que lo sucedido aquella noche no había sido consecuencia de un cambio repentino del viento, sino que el capitán había ordenado variar el rumbo del navío. Enfurecido, me dirigí al puente donde se hallaba Fadil departiendo con su segundo y con el piloto.

—¡Capitán Fadil, ¿cómo es posible que hayáis cambiado el rumbo de vuestro barco durante la noche? Esa tierra que se ve al norte debe ser la isla de Citera y la que se columbra al sur ha de ser Creta. ¿Por qué nos dirigimos al mar Egeo cuando Alejandría está situada al sur? —le reproché sin poder contener la ira que me estaba dominando.

—Le debo una disculpa, sidi Alí Bey. Debí decirle que he de entrar en el mar Egeo para hacer escala en el puerto de Chania, en la isla de Creta —masculló Fadil dando claras muestras de estar azorado y confuso—. Tengo que recoger a cierto relevante pasajero en ese puerto.

—¡Pero esa escala no prevista, capitán, nos va a retrasar varios días en el viaje hasta Alejandría! —le reprendí con cierta dureza.

—Vuelvo a rogarle que me perdone, señor, pero no creo que nos retrasemos más allá de una jornada.

Ese era el deseo del inconsciente e incumplidor Fadil. Pero las cosas discurrieron de muy diferente manera. Una vez que el navío intentó entrar en aguas del mar Egeo, nos encontramos en medio de una calma absoluta. Sin viento que impulsara las velas, estas colgaban

de las vergas como inservibles cortinajes. En algunas ocasiones, el capitán de un barco sometido a una calma absoluta mandaba lanzar al agua el bote auxiliar con una decena de marineros para que, remando, jalaran de la embarcación, hasta que el viento se dignase retornar. Pero no parecía que Fadil, que se pasaba las horas borracho en su camarote, tuviera la intención de utilizar ese recurso. Transcurrieron dos jornadas, hasta que comenzó a soplar un viento suave. Hice las mediciones oportunas y pude averiguar que, durante los días de calma, las corrientes marinas habían empujado al navío hacia el nordeste, alejándolo del puerto de Chania. El segundo capitán, que al parecer había tomado el mando, dirigió el barco hacia una islita cercana y, a unos cien metros de su costa, ancló el velero; quizás esperando que el viento comenzara a soplar desde el norte y pudiéramos salir de aquella zona de calmas. Allí estuvimos dos días más, hasta que empezó a soplar una brisa del este que no era, precisamente, la mejor para retomar la derrota de Alejandría, aunque el segundo capitán decidió levar el ancla y navegar de bolina.

Durante esta enojosa e infructuosa navegación, habíamos consumido casi todos los víveres y del agua que teníamos en los barriles traídos desde Trípoli quedaba muy poca, porque no nos atrevimos a llenarlos con el agua hallada en la isla Sapientza, que estaba estancada y temíamos enfermar si la ingeríamos. Llegado a ese punto, las frutas, las galletas y la carne de borrego en cecina, se habían agotado y el agua quedó restringida a un octavo de ración diario. Los pasajeros me miraban con desesperación, esperando que yo, que había dado muestras de poseer ciertos conocimientos científicos y de navegación, y haberme enfrentado al zafio capitán beodo, interviniera para que se diera fin a aquella lamentable situación.

Decidí dirigirme con cajas destempladas al camarote del capitán, donde sabía que se hallaba durmiendo la melopea. En la puerta me encontré a su segundo que, al verme con el ánimo alterado, consciente de lo que sucedía y, sin duda, preocupado por el derrotero que estaba tomando el asunto, me dijo que hablaría con su superior y que entre los dos hallarían una pronta solución.

La solución fue que el navío tomara el rumbo noroeste, que quedara en el olvido la escala en el puerto de Chania y que, montando guardia toda noche el segundo capitán para mantener el rumbo elegido, nos dirigiéramos de nuevo a la isla Sapientza, anclar en un pequeño puerto deshabitado llamado Porta-Longa y, luego, pasar a la ciudad de Modona para avituallarnos de agua y de los alimentos necesarios; lo que hicimos en la mañana siguiente, 14 de febrero.

Porta Longa es un puerto natural muy bueno para fondear. Lo pueden hacer hasta a unos setenta metros de la orilla. Tiene capacidad para admitir hasta diez o doce navíos de guerra, y más si son de menor porte. Posee en su embocadura un islote que lo cierra y le sirve de rompeolas y abrigo. Aquella noche entró en él un buque griego procedente de Livorno.

El domingo, día 16, me trasladé a Modona en el bote auxiliar que puso a mi disposición el segundo capitán. Antes de embarcar quise despedirme de él, pues había decidido no continuar el viaje en aquel navío gobernado por gente tan poco de fiar y, sobre todo, al frente del cual se hallaba un capitán borracho que, por ese vicio reprobable, debería tener prohibido ostentar la capitanía de una embarcación destinada a trasportar pasajeros. Pero tenía pagado el pasaje hasta Alejandría en aquel navío y, por otra parte, no sabía si en Modona hallaría una embarcación dispuesta a llevarme a ese puerto africano. Mis criados quedaron en el barco encargados de trasladar al muelle de Modona los dos arcones que contenían mi equipaje y mis preciados instrumentos de medición si optaba por cambiar de buque, lo que no sucedió.

En la aduana me recibieron dos funcionarios turcos que debían saber quién era, pues me hicieron muchos cumplidos y me invitaron a tomar café. También me ofrecieron una de las largas pipas en las que acostumbran a fumar, aunque yo rechacé el ofrecimiento con palabras amables, porque nunca había fumado ni pensaba hacerlo. Como ninguno de ellos hablaba árabe, ni español, ni italiano tuvimos que conversar mediante gestos y señales, que son un lenguaje universal. Nos separamos entre sonrisas y palabras afectuosas y, a continuación, me dirigí a la ciudad. En una de sus calles cercanas al

puerto me habían buscado una buena casa para mí y para mis criados.

Modona era una plaza militar de los otomanos, que antes había pertenecido a los venecianos. Estaba rodeada por fuertes murallas, reforzadas por alta torres y defendida por un profundo foso. En el adarve de las murallas y en el terrado de las torres se podían ver numerosos cañones de muy diversos calibres. Las puertas de acceso a la ciudad eran tres: una por el lado de tierra y dos que miraban al mar. Disponían de puentes levadizos, reminiscencia, quizás, de cuando fue fortaleza de los venecianos. Las calles eran angostas y estaban muy sucias. Me pareció un lugar insano para vivir, aunque la gente parecía feliz, felicidad que atribuí a la enorme cantidad de vino que allí se consume, a pesar de estar prohibido por la ley.

Había muchos establecimientos en los que se reúnen los turcos para beber café y jugar al ajedrez. El gobernador de Modona se llama Mohamed Agá. Su autoridad es muy precaria, pues quien manda de verdad en la ciudad es un tal Mustafá Shaux, un rico y poderoso personaje, propietario del baño público, del Gran Café y de las tabernas, que actúa más como un déspota que como un probo ciudadano. Todos le temen. Incluso el gobernador, que posee el mando de la guardia turca. No era un lugar en el que quisiera vivir durante mucho tiempo y, menos, establecerme de manera indefinida.

Como en la ciudad no hay fuentes públicas, ni pozos de agua potable, toda ella debe ser traída en cántaros de barro a lomos de acémilas o en carros desde un arroyo que se halla a medio kilómetro de la población. Al día siguiente, el capitán mandó a sus marineros que bajaran al puerto los odres y los barriles para cargar el agua que tan necesaria nos sería en el futuro, que los llevaran al barco y los depositaran en la bodega. Procedimos a comprar alimentos variados, no perecederos, en el mercado, en cantidad suficiente para poder completar sin más escasez de vituallas aquel accidentado viaje.

He de referir que la casa en la que me hospedaba pertenecía a ese Mustafá Shaux. Su hermano ejercía de negociador y circunstancial apoderado mío. Me respetaba en exceso, quizás porque valoraba mis conocimientos científicos y mi capacidad de persuasión. Siempre que

tenía ocasión elogiaba mis méritos y mis supuestas bondades en público, diciendo: «Ali Bey Efendi es el hombre más sabio del mundo». Como todo ser humano posee cierto grado de orgullo y vanidad, a mí me complacía la inclinación hacia mi persona del influyente hermano de Mustafá Shaux, porque favorecía la expansión de mi fama y mi popularidad entre los habitantes de aquella ciudad otomana.

Permanecí en Modona hasta el 20 de febrero, aunque el capitán Fadil reclamaba mi presencia en su barco desde hacía dos días, amenazándome con zarpar y dejarme en aquel puerto. Sin embargo, el viento del este, que soplaba con fuerza, nos obligó a estar detenidos tres jornadas más en el puerto de Porta-Longa sin poder salir a mar abierto.

El día anterior a nuestra partida entraron en el puerto y fondearon a nuestra banda de estribor una gran urca rusa armada y otro navío, que procedían de Nápoles y de Corfú, que transportaban soldados rusos hasta las costas del mar Negro. El general en jefe de la expedición, un hombre altivo, pero amable en su trato conmigo, vino a visitarme en su chalupa acompañado de varios de sus oficiales. Iba vestido de negro con un pequeño bonete de cuero del mismo color. En la mano portaba un rosario formado por una docena de cuentas negras, al parecer de ébano. Les acompañaba un griego llamado Constantino Ypsilantis, sobrino del famoso príncipe Alejandro Ypsilantis, que formaba parte del ejército ruso como general, habiendo participado en numerosas batallas contra los otomanos. Aquel joven Ypsilantis, que había servido como oficial en las guardias valonas en España, me sorprendió agradablemente por su dominio de muchas lenguas. Hablaba correctamente en inglés, francés, español e italiano. Al cabo de una hora de plática, después de departir sobre algunos temas de política y haber tomado el café que nos hubo servido el cocinero del barco, regresaron en su chalupa a la urca rusa.

Al amanecer del día siguiente, 21 de febrero, nos hicimos a la vela para continuar navegando con rumbo al sureste, después de haber convencido al capitán Fadil de dejar a babor la isla de Creta sin entrar en el mar Egeo. El viento del noroeste, que en la mañana fue

suave, a mediodía comenzó a aumentar su fuerza hasta convertirse, al llegar la noche, en una violenta borrasca. Toda esa noche y el día siguiente navegamos soportando fuertes golpes de mar, aunque sin llegar a mar arbolada. A eso de las siete de la tarde, el viento amainó y pudimos avanzar sin sobresaltos.

Continué haciendo las mediciones astronómicas para anotarlas en mi cuaderno sin dejar de observar mi brújula, sobre todo de noche, porque no me fiaba del capitán Fadil. En varias ocasiones tuve que enfrentarme a él y amonestarle con severidad, porque el muy truhán, cuando todos estábamos durmiendo, mandaba recoger y plegar las velas para suavizar la marcha de la embarcación y que no le molestara el oleaje y pudiera dormir a gusto después de haber ingerido una buena cantidad de vino.

Como por medio de mis periódicas mediciones podía comprobar que la derrota que tomaba el navío no era la que debíamos seguir, me veía obligado a hacer las mediciones en su presencia para que asumiera el muy terco que la ruta que estábamos siguiendo no era la correcta. Yo sabía que disponía, en su camarote, de un astrolabio y un cuadrante, pero que carecía de los conocimientos necesarios para poder utilizarlos. Estaba seguro de que seguía la ruta de la embarcación a su libre albedrío, más por la costumbre y por intuición, que por la información que pudieran darle los instrumentos de medición y localización geográfica.

He de reconocer que estaba deseoso de poder perder de vista aquel barco y a su tozudo y vicioso capitán.

Aunque el mar no estaba movido en exceso, volví a sufrir de náuseas y vómitos, teniendo que encerrarme en mi camarote para acostarme en la hamaca. Pero como era consciente de que sin mi ayuda aquel mal capitán podía conducirnos a las costas de Italia o de España, en la mañana del día 2 de marzo tuve que esforzarme y subir a la cubierta superior ayudado por mis criados Ahmed, Habib y Walid, para usar mis aparatos de mediación y calcular en qué lugar del Mediterráneo nos hallábamos y si aún estábamos muy lejos el puerto de Alejandría.

No disponiendo de ninguna estima de nuestra posición, hice varias observaciones del Sol y de Venus y, mediante sucesivas

aproximaciones, logré determinar y conocer nuestra ubicación, que hallé muy cercana ya a Alejandría. Noticia que fue recibida con gritos de alegría de los pasajeros que habían acudido a cubierta para poder contemplar mis mediciones.

Conocido el resultado de dichas mediciones por el segundo de a bordo —el capitán Fadil se hallaba sumido en el sopor, acompañado de su inseparable amigo, el dios Baco—, ordenó que se pusiera rumbo al sur para buscar tierra. A las tres de la tarde del día 3 de marzo logramos distinguir una estrecha franja blanquecina que era, sin duda, la costa cercana a Alejandría, que sabíamos que era muy llana y arenosa, aunque ningún accidente geográfico destacado nos permitió saber con certeza si el puerto de esa ciudad se hallaba situado al este o al oeste. Navegamos costeando hacia Levante y, dos horas más tarde, teníamos la ciudad, con sus blancas casas, frente a nosotros.

Los pasajeros saltaban de alegría. Algunos sacaban los equipajes de sus camarotes y los colocaban en cubierta esperando que los tripulantes arrojaran el ancla en el puerto y pudieran desembarcar. El segundo de a bordo, apoyado en la balaustrada del puente, observaba las maniobras de los marineros, subidos en las vergas, plegando y atando las velas, y preparando el ancla en la proa para proceder a lanzarla al agua. En ese preciso instante surgió de su camarote el capitán Fadil que no quería estar ausente del atraque de su barco en el puerto de Alejandría.

Entonces aconteció algo terrible que a mí me dejó sin habla y al capitán y a su segundo debió helarles la sangre en las venas.

De manera inesperada, cuando ya el navío embocaba la dársena del puerto, el cielo se cubrió de súbito con una espesa masa de nubes negras; el viento, que hasta ese momento, había soplado con una fuerza moderada, se transformó en un violento huracán que amenazaba con arrojar el barco, con las velas arriadas y a merced de las olas, contra el espigón que cerraba por el oeste aquel que era el principal puerto de Alejandría de los dos que poseía. El segundo de a bordo quiso hacer entrar la embarcación en la dársena antes de que el temporal arreciara, pero Fadil, fuera de sí, gritaba a los marineros:

—¡Cesad, insensatos, en el vano intento de entrar en esa dársena! ¿No veis que destrozaréis mi barco arrojándolo contra los arrecifes? ¡Bogad y virad para volver a mar abierto!

El segundo y yo mismo intentamos convencerle para que dirigiera el barco al interior del puerto, seguros de que en el mar nos esperaba una poderosa tempestad que tan solo había empezado a formarse. Pero Fadil no atendía a razones. Tomando un bastón abandonó el puente y comenzó a golpear a los marineros para obligarles a sacar el navío de la bocana del puerto. Viendo que era imposible convencerle, le propuse que navegara costeando hasta Abukir, el segundo puerto de Alejandría, situado a una media milla, pero hacía oídos sordos a mis súplicas y a las del segundo capitán. Un cuarto de hora más tarde nos hallábamos en mar abierto, azotado el velero por la tempestad más formidable que imaginarse pueda.

Hasta la media noche no se atemperó la fuerza del viento huracanado. Entretanto, las olas arboladas que barrían la cubierta y los rayos que caían en torno al barco, provocaban el pánico y la desesperación entre los pasajeros. Muchos de ellos perdieron sus equipajes, pues no tuvieron tiempo de retirarlos de la cubierta y volverlos a introducir en sus camarotes. Resguardados en ellos, tuvieron que ser atados a los baos y las cuadernas para no ser arrojados al suelo. Varios marineros resultaron heridos por la caída de una verga sobre la cubierta. En lo más recio de la tormenta el capitán se acercó a mí y, con lágrimas en los ojos, me dijo: «¿Qué podría hacer yo, sidi Alí Bey? Si es la voluntad de Dios que muramos aquí esta noche, habrá que aceptar la muerte con resignación». Yo lo miré con expresión severa y nada añadí, porque había sido su mala conducta y su testarudez, lo que nos había conducido a aquella lamentable situación. Si hubiera aceptado mi consejo y el de su segundo, y entrado en el puerto de Abukir, podríamos haber evitado encontrarnos en medio de aquel mar tempestuoso que casi desmantela el barco y nos envía a la muerte.

Afortunadamente, al amanecer del día 4 la calma había vuelto a imperar en aquel mar veleidoso y el navío navegaba fuera de peligro en dirección a la isla de Chipre, pues el segundo capitán había

considerado que lo más razonable era alejarse de la costa de Alejandría y arribar a algún puerto de esa isla, en el que descansar después de tan agotadoras jornadas de navegación, y que los marineros pudieran dedicarse a reparar los graves desperfectos causados en la embarcación por el temporal. El capitán Fadil olvidó pronto su remordimiento y su pesadumbre. Una vez que hubo pasado el peligro abandonó el puente y se refugió en su camarote para dormir acompañado de un par de botellas de vino.

En la mañana del día 5 de marzo saqué a la cubierta mi brújula y los instrumentos de medición y procedí a dirigirlos al sol y al horizonte para calcular la posición del buque y comunicársela al segundo de a bordo, para que, si lo consideraba oportuno, corrigiera el rumbo de la embarcación. Después de tres días de navegación, con viento fuerte y un mar siempre furioso, al atardecer del día 7 de marzo del año 1806 fondeamos en la rada de la ciudad de Limasol, al sur de la isla de Chipre.

Cuando, por fin, nos hallamos a salvo en el puerto de Limasol, el segundo de a bordo, con mi colaboración, hizo una relación de los daños sufridos, tanto personales como materiales: las velas desagarradas; una de las vergas caída sobre la cubierta; el casco haciendo agua por todos lados que las bombas de achique intentaban vanamente expulsar de la bodega; todos los pasajeros y la mayor parte de la marinería enferma, un marino muerto y otro que expiró estando ya desembarcados. Ese era el estado lamentable de la embarcación y de las personas que íbamos a bordo, cuando el navío fondeó en la rada y los pasajeros y los marineros que estaban enfermos empezaron a ser evacuados del navío en el bote auxiliar y en dos chalupas que las autoridades portuarias mandaron cuando observaron la espantosa situación en la que nos hallábamos.

Aquella misma tarde, el capitán del puerto, para evitar que el buque, con el agua que tenía acumulada en la bodega y en la sentina, y la que continuaba entrando por las grietas del casco, pudiera hundirse, envió una cuadrilla de calafates para que taponaran, al menos, las hendiduras más grandes. La población se volcó con nosotros trayendo alimentos y ropa de abrigo, pues

muchos pasajeros lo habían perdido todo al arrastrar el mar sus equipajes depositados en la cubierta del barco.

A los funcionarios del gobernador que vinieron a recibirnos, les pedí que me buscaran un buen alojamiento. Uno de ellos me dijo que lo acompañara y me condujo a una parte de la ciudad, cercana al puerto, en la que había muchas casas individuales con pequeños jardines delante de sus fachadas. En una de ellas, grande y bien situada, me alojé. El capitán del puerto, un turco espigado, de poblado bigote y trato amable, acudió para saludarme y ofrecerme una chalupa con remeros para que Ahmed, Habib y Walid pudieran desembarcar mi equipaje y un carro para que trasladaran los dos pesados arcones a la vivienda que me habían asignado.

Al anochecer me encontraba acostado, con mis tres criados, en nuestros respectivos aposentos, en cómodas camas con colchones de plumas, rendidos por el sueño, después de haber ingerido una sustanciosa cena y dado gracias a Dios por habernos librado de morir ahogados en medio de aquel mar traicionero.

Antes de caer en brazos de Morfeo pude dedicar unos segundos a meditar sobre la situación en la que me encontraba.

Era evidente que el viaje a aquella isla me había desviado del destino que tenía previsto, que era Egipto y, desde allí poder desplazarme a Arabia y a la ciudad santa de La Meca. Pero no podía quejarme con aquel inesperado cambio de itinerario, porque siempre había deseado visitar las maravillas arquitectónicas del pasado que, a través de los libros que guardaba en mi biblioteca, sabía que existían en la isla de Chipre. Y también su rica historia y la compleja y áspera convivencia de las dos comunidades que convivían en la isla: la griega y la turca, no exentas de frecuentes roces y malos entendidos.

La persona que se encargaba de mis asuntos en la isla era un griego muy rico y respetado, tanto por los griegos como por los turcos, llamado Demetrio Francudi, que ejercía los cargos de vicecónsul de Inglaterra y de Rusia, y cónsul de Nápoles. En casa de este Francudi se alojaba un inglés llamado señor Rich, que se dirigía, según me dijo, a El Cairo para administrar los asuntos de la Compañía de las Indias Orientales. Hablaba correctamente el turco y

el persa, y vestía, como yo, al modo musulmán. Me acompañaba con frecuencia durante la cena y se dirigía a mí llamándome, con mucho entusiasmo y respeto, sin saber por qué, «Ali Bey, el mameluco». Procuré que surgiera una buena amistad entre ambos y le prometí que lo visitaría cuando llegara a El Cairo. Esa relación no era baladí, ni ajena a mi nuevo cometido como embajador extraordinario y secreto de España, ni estaba distanciada de mis intereses personales, pues, pensaba que me permitiría, en el futuro, poder alternar con personas relevantes de la milicia y de la política en Egipto y en Arabia, y ampliar mis conocimientos sobre esas regiones y su gente.

El 28 de marzo, antes de que amaneciera, acompañado del señor Francudi, su hijo y uno de mis criados —Habib y Walid se habían quedado en Limasol—, partimos de esa ciudad para visitar varias localidades de la isla, entre ellas Amatus, Idalion y Agia Tecla, y acabar en la capital, Nicosia.

Después de atravesar el río Amatus, dimos, a orillas del mar, con las ruinas de una ciudad que, al analizar sus vestigios, me parecieron de tiempo de los romanos. Desde allí, siguiendo un sendero que llevaba hacia el nordeste, penetramos en una zona de montañas. En las crestas de las más alejadas y altas aún se conservaban algunos retazos de nieve.

Desde que salimos de Limasol, el terreno, compuesto de colinas, estaba cubierto de bosques de pinos, cerezos, olivos silvestres y cipreses, y, en las zonas más altas, de robles. A las dos de la tarde entramos en el pueblo de Tokhni. Los valles que rodeaban esta población eran amplios y con espacios cultivados que parecían muy fértiles. Esta localidad, hermosa y pintoresca por su situación, ocupa dos colinas separadas por un riachuelo, aunque unidas por un puente. Llamó mi atención que en una de esas colinas, habitara exclusivamente la población griega y, en la otra, la turca. Según me dijeron, aunque de costumbres, religiones y lenguas diferentes, hasta ese día no habían surgido conflictos de alguna importancia entre ambas comunidades.

Al día siguiente el camino torció hacia el nordeste y comenzamos a escalar las montañas.

A eso de las doce habíamos alcanzado la cima de una de ellas y, unas horas más tarde, después de un descenso bastante accidentado, pasamos por un pueblo llamado Kornos. A las siete de la tarde, nos detuvimos en el histórico monasterio griego de Santa Tecla, edificado en la ladera de la montaña. Lo habitaban varios monjes con unos sirvientes y algunos labradores que trabajaban la tierra que les pertenecía, aunque era el arzobispo de Nicosia el que se beneficiaba de las rentas producidas por el monasterio. Disponía de celdas y viviendas para hospedar a los viajeros, aunque nosotros pasamos la noche en las tiendas de campaña que instalamos a unos cien metros del santuario, debajo de unos frondosos pinos.

Al término de la siguiente jornada de marcha. entramos en Nicosia, la capital de Chipre, ciudad situada a unos ochenta y cinco kilómetros al noreste de Limasol.

Me sorprendió observar de lejos aquella ciudad que debió estar poblada en el pasado por muchas decenas de miles de personas, pero que en el momento en que la visitamos, en el mes de marzo del año 1806, su población no pasaba de los nueve o diez mil habitantes, pues barrios enteros habían sido abandonados y sus casas se hallaban en total ruina. Le pregunté a Demetrio Francudi cuál había sido la causa de ese despoblamiento, pero el griego no quiso responder a mi pregunta. Como le insistiera, me contestó con evasivas, lo que interpreté que relatar lo que había ocurrido en aquella ciudad para provocar su decadencia poblacional, le resultaba incómodo y, probablemente, doloroso. Deduje con su silencio que la causa de aquel despoblamiento había tenido que ver con viejos conflictos y enfrentamientos entre las comunidades griega y turca.

La ciudad estaba amurallada, aunque observé que el recinto necesitaba ser reparado en algunos tramos y que otros se encontraban aportillados por los escombros y basuras arrojadas por los moradores del lugar. Tres eran las puertas con que contaba Nicosia: las de Pafos, Kyrenia y de Famagusta. Se conservaban en buen estado, sobre todo esta última, que era la usada por la mayor parte de la gente para entrar o salir de la ciudad. Esta disponía de un ingreso compuesto por un pasadizo recto, cubierto con una gran bóveda de cañón. Estaba construida con grandes bloques de piedra

bien tallados. Era una obra arquitectónica, en verdad, digna de visitar y ensalzar.

En la mañana siguiente, mientras que mi criado Ahmed, a las órdenes del señor Francudi y su hijo, desmontaba las tiendas y las cargaban en las dos acémila que traíamos para ese menester, me desplacé con papel y lápiz a la plaza que había intramuros, frente a la puerta de Famagusta, para realizar algunos dibujos de su alzado y de la magnífica bóveda que contenía.

Algunas casas de Nicosia son hermosas, construidas con mucha elegancia y fortaleza. La que, por mediación del griego vicecónsul de Inglaterra y Rusia, nos servía de alojamiento y que pertenecía al «dragomán» de Chipre, alto funcionario de la comunidad griega de la isla, era un verdadero palacio, debido a sus muchas habitaciones, las columnas de mármol, los jardines y las fuentes que poseía. Me dijo mi benefactor que de ordinario era utilizada por el gobernador general de la isla, pero que en esos días no se hallaba en Nicosia, sino recorriendo las guarniciones dispersas por todo Chipre.

Después de haber estado dibujando la puerta de Famagusta durante varias horas, me reuní con Demetrio Francudi y su hijo para visitar juntos la catedral de Nicosia, consagrada a Agia Sofía[12]. Se trataba de un espléndido edificio construido en el arte gótico en el siglo XIII. Me dijeron que los turcos la habían convertido en la gran mezquita de la ciudad, añadiéndole unos alminares cilíndricos que no aportan ninguna belleza al edificio, muy al contrario, lo afean con sus formas alargadas y redondas. Como no había sido diseñado según las pautas y la orientación exigida por la religión musulmana para sus oratorios, los turcos, para convertirlo en mezquita, tuvieron que construir unos retablos de madera mirando a La Meca para situar el *mihrab* y dirigir el rezo de los fieles en la dirección prescrita por el Corán.

En los días que siguieron, vinieron a visitarme el obispo de Larnaca y el de la ciudad de Pafos; un hombre que me pareció experimentado y muy inteligente. El tercero, el de Kyrenia, me envió una misiva para disculparse alegando que se encontraba muy enfermo.

Entre otras personalidades que frecuentaron el palacete en el que me alojaba, he de mencionar al señor Nicolaos Nicolidis, encargado de la «dragomanía» de Chipre en ausencia del dragomán titular. Me sorprendió, agradablemente, su conversación fluida, cultísima y rica en matices, lo que evidenciaba que me hallaba ante un verdadero y hábil orador. Desde ese día lo llamé el «Demóstenes moderno».

Dos días antes de que abandonáramos Nicosia, creí conveniente visitar al gobernador general de la isla, que para no molestarnos ocupando nuestro palacete —que era el suyo—, fue a alojarse en otro palacio que tenía en otra parte de la ciudad, mucho más lujoso y extenso.

Me recibió con gran ceremonia, rodeado de varios oficiales de alto rango, de una decena de soldados armados con fusiles, que me parecieron ingleses, y de numerosos sirvientes. Se alzó del elegante sofá en el que estaba aposentado y me indicó que me sentara a su lado. No debía superar los cuarenta años. Vestía a la moda turca. Se cubría el cuerpo con una pelliza muy vistosa y la cabeza con un bonete de fieltro de color rojo. Un criado trajo una pipa persa para que ambos fumáramos, pero yo la rechacé, aunque le agradecí el detalle. Sus modales eran exquisitos y, entretanto que conversábamos, pude colegir que se trataba de un hombre muy culto e inteligente. Platicamos de temas políticos y sociales, pero observé que evitaba hablar de religión. Los señores Nicolidi y Francudi, que me habían acompañado, me servían de intérpretes, pues el gobernador no hablaba el árabe ni ninguna de las lenguas europeas, y yo no entendía el turco. Unos pajes, ricamente vestidos de satén y con unos chalecos de cachemira, nos sirvieron café en unos vasos de cristal decorados con frases en árabe depositados sobre una bandeja de plata. A continuación me rociaron con agua de rosas. Para despedirme, el gobernador me acompañó hasta la puerta de su palacio.

Como deseaba conocer de primera mano cómo eran las relaciones entre los dos grupos étnicos y las dos religiones que imperaban en la isla: la musulmana y la cristiana ortodoxa, pues la cristiana romana hacía más de un siglo que había sido erradicada, visité al arzobispo de Nicosia. En la puerta de su palacio —tan grande y hermoso como

el del gobernador—, me recibieron el archimandrita y el ecónomo con una veintena de criados. En el arranque de la escalera que conducía a la primera planta del edificio me encontré con un obispo y con una multitud de sacerdotes que me tomaron y me acompañaron hasta la segunda planta, donde me recibió el arzobispo. Este venerable anciano, aunque tenía las piernas tan hinchadas, por alguna enfermedad, que no podía dar un paso, se había hecho trasladar a la sala de recepción del arzobispado por el obispo y otros acólitos para poder atenderme.

Cuando estuve sentado en un lujoso sillón a su lado, el anciano dirigente de la iglesia ortodoxa, muy compungido, me hizo relación de sus desdichas y de las numerosas vejaciones que había sufrido el año anterior por parte de los turcos más fanáticos de la isla que no respetaban la dignidad de los representantes de la iglesia griega. Conversamos largamente sobre ese tema que yo deseaba conocer, pues entendía que, si en el futuro el poder otomano se debilitaba, Chipre sería el objetivo de las políticas expansionistas de los europeos, sobre todo de Francia, Inglaterra y Rusia. Después del habitual café, el agua perfumada y los mutuos halagos, me despedí del arzobispo. Pero, antes de que abandonara el palacio, se me acercaron el ecónomo y el archimandrita, y me condujeron a una habitación, que debía ser la oficina del primero de ellos, pues deseaban platicar conmigo. Allí se encontraba, también, el obispo de Pafos.

—No sé si sabéis, sidi Ali Bey, que nuestra comunidad es la más numerosa de la isla y la más influyente, aunque la Sublime Puerta hace años que está intentando despojarnos de nuestro poder. No cesan de aprobar leyes dirigidas a que le cedamos ciertos privilegios y derechos que poseemos desde hace más de dos siglos —comenzó diciendo el ecónomo—. Nuestro arzobispo es el jefe espiritual y, también, temporal de los griegos que habitamos en la isla. Es el encargado de recaudar los impuestos, tanto de griegos como de turcos, en nombre del Gran Visir. Anualmente, de todo lo recaudado debemos abonar al pachá la parte que nos corresponde por el mantenimiento de las tropas que están establecidas en la isla. Mas, no cesan en su intento de despojarnos de ese derecho para

quedarse con todo el dinero percibido. En ese espurio intento se ha de entender los ataques y las vejaciones que ha sufrido y sigue sufriendo el arzobispo. Estamos en contacto con los representantes de algunas naciones europeas para que nos ayuden a librarnos del dominio otomano, señor Alí Bey, pero parece que ninguna está interesada en enfrentarse al Imperio de la Sublime Puerta.

Después de agradecer a aquellos dos relevantes personajes de la comunidad griega la confianza que me habían demostrado al relatarme aquellas comprometedoras confidencias, me despedí de ellos animándoles a que no desfallecieran en la defensa de sus derechos, y retorné cabizbajo a mi casa. No me cabía la menor duda de que la tensa convivencia entre griegos y turcos que se evidenciaba a través de las palabras de aquellos religiosos, con el paso de los años se haría insostenible. y que la pacífica y bien dotada por la naturaleza isla de Chipre, dividida por dos etnias y dos religiones diferentes, acabaría en un desgraciado enfrentamiento y en una segura guerra[13].

El 3 de abril, a las ocho de la mañana, amaneciendo un espléndido día de primavera, dejamos Nicosia para dirigirnos, siguiendo un camino estrecho, pero cuidado, a la ciudad de Kythrea, situada a unos quince kilómetros de la capital de la isla. A las cuatro de la tarde habíamos llegado a esa ciudad, que no era más que un pequeño poblachón de viviendas aisladas rodeadas de huertas y de bosquecillos con árboles de morera, regadas por el agua que surge de un manantial situado al norte del pueblo y que colegí que es el elemento que da vida a sus moradores, porque fuera del valle todo es un secarral con muy escasa vegetación.

Los naturales del país utilizan las hojas recolectadas de las moreras para alimentar a los gusanos que producen una seda de mucha calidad. Además de las moreras pude ver algunos algarrobos, olivos y árboles frutales. En una de las riberas del río había varios molinos hidráulicos cuyas piedras eran movidas con el agua encauzada por unos canales que hacía girar grandes norias de madera. Me dijeron que con el trigo molido en estos molinos se abastecía de harina a

buena parte de los habitantes de Nicosia y de las aldeas de su entorno.

En Kythrea nos alojamos, por recomendación del arzobispo, en casa del cura de la localidad, un anciano bondadoso y casi sordo, que nos mostró su alegría por servir al jefe de la iglesia de la isla, «muy ilustre, muy generoso y de reconocida santidad» —nos dijo cuando, al llegar la noche, cenábamos en el patio de la vivienda, debajo de una parra que ya comenzaba a presentar los nacientes racimos de uva—. También nos indicó que visitáramos las ruinas de una fortaleza que se alzaba en la cumbre de un enriscado monte que ellos llaman el «Palacio de la Reina». Pero, antes de retirarnos a descansar, cuando ya el cura se hallaba en sus aposentos, le pregunté al señor Francudi por qué no habíamos podido ver a ninguna mujer en aquella población, cuando en Nicosia o Limasol se acercaban curiosas a nosotros para tocarnos la ropa y hablarnos en griego. El vicecónsul, dejando sobre la mesa la taza con el café que estábamos degustando, sonrió con cierta malicia.

—Los maridos de estas mujeres, sidi Alí Bey, procuran mantenerlas ocultas en sus casas, fuera de la vista de otros hombres.

—¿Y cuál es el motivo de ese ocultamiento, señor Francudi, que, en ocasiones he observado en algunas poblaciones musulmanas de Marruecos, pero nunca en comunidades cristianas? — le pregunté sin poder reprimir la sorpresa que su afirmación me había producido.

—En verdad es una costumbre que no se prodiga en la isla. Solo se da en Kythrea. Al parecer el índice de adulterios en este pueblo es el más alto de Chipre. Lo demuestran los numerosos procesos de separación matrimonial que se presentan cada año ante los magistrados de Nicosia. Dicen que las mujeres de este pueblo son disolutas y casquivanas, y que carecen del comportamiento moral que exige la religión cristiana. Pero yo creo que es fama infundada y que la maledicencia del pueblo llano se ha cebado con esta pobre gente.

Nada añadí. Aunque esa abundancia de procesos ante los jueces de Nicosia justificaba con creces la fama de disolutas —creo que mejor sería denominarlas díscolas y reacias a ser dominadas por sus maridos— que acompañaba a aquellas mujeres. Pensaba que quizás

el aislamiento de las viviendas, rodeadas de huertos y arbolado, lo caluroso del clima y, sobre todo, la ausencia durante muchos días de sus esposos que acudían a Nicosia para vender lo recolectado en sus huertos, podía hacer que algunas mujeres buscaran el relajo en otros varones que no fueran sus cónyuges.

Al amanecer del día 4, a lomos de una acémila y acompañado de un guía, partí en dirección al llamado «Palacio de la Reina».

El señor Francudi, que era obeso y no iba a resistir el duro ascenso hasta la cumbre de la montaña, su hijo y mi criado, quedaron en Kythrea. Trepamos por una especie de muralla natural constituida por roquedales imponentes, de vez en cuando separados por grupos de árboles, hasta llegar a un lugar en el que ni las acémilas podían moverse con soltura sin correr el riesgo de despeñarse.

Caminando, no sin dificultad, a eso de las tres de la tarde accedimos a los ruinosos vestigios de aquel »Palacio de la Reina», que no debió ser ni palacio ni perteneciente a ninguna reina, sino una enriscada fortaleza edificada en aquel inaccesible pico con fines defensivos y de control del cercano paso de montaña. Pero como, ciertamente, eran unas ruinas que causaban impresión por su magnificencia, me senté en una roca y procedí a realizar varios dibujos de ellas con la intención de incluirlos en la publicación que pensaba hacer, a mi vuelta, con mis anotaciones sobre personajes y sus costumbres, observaciones de la naturaleza y los dibujos de edificaciones, paisajes, plantas e insectos que estaba reuniendo[14].

Descendimos de la montaña por una ladera menos abrupta y, al anochecer, entramos en Kythrea. A la mañana siguiente, que era el 5 de abril, iniciamos la vuelta a la capital de la isla. A las siete de la tarde nos hallábamos descansando en el palacete en el que nos alojábamos y que pertenecía al «dragomán» de Chipre. No fue largo el período de descanso, porque al amanecer ya estábamos preparados para iniciar la marcha que nos llevaría a la ciudad de Larnaca, que estaba en la costa, al nordeste de Limasol, situada a cuarenta y seis kilómetros de Nicosia.

Al ser el más importante puerto de Chipre, en él se hallaban establecidos los consulados de las principales naciones europeas y

los hombres de negocios que tenían intereses comerciales en esa parte del mundo. No hallé ninguna diferencia entre Larnaca y las demás ciudades portuarias de Europa que conocía, pues la influencia de la civilización occidental era una realidad paralela al afán de Francia, Inglaterra y Rusia por dominar los extensos territorios que, desde hacía más de tres siglos, pertenecían al Imperio Otomano.

Nos hospedamos en una casa cercana al puerto a la espera de emprender el regreso a Limasol. Esa misma tarde vino a visitarme el gobernador turco acompañado de dos soldados que portaban grandes carabinas. Se ofreció a buscarme un mejor alojamiento. Yo le agradecí su ofrecimiento, pero le dije que no pensaba estar muchos días en su ciudad, porque tenía ciertos asuntos que resolver en Limasol. Al día siguiente vino a verme el obispo de Larnaca seguido de un numeroso séquito de sacerdotes y acólitos. Tantos, que la mayor parte de ellos tuvieron que permanecer en la calle porque no cabían en la casa. Esta parafernalia de los dirigentes de la iglesia ortodoxa, pienso que respondía a una manera de visualizar y reafirmar, públicamente, su enorme poder y su influencia social y económica. Lo cierto es que mantener a esas cortes constituidas por decenas de sacerdotes, acólitos, sacristanes y criados, solo era posible si la Iglesia disponía de inmensas cantidades de dinero. Era algo que no había hallado en la Iglesia romana y, menos, en la estructura de la religión musulmana, en la que no existía ninguna clase de jerarquía, estando las mezquitas a cargo del imán, el almuédano, el encargado de las fundaciones pías y algunos alfaquíes para fijar el contenido de los sermones y que estos se ajustaran a lo expresado en el Corán.

Otro día vinieron a saludarme los cónsules de Inglaterra y de Francia. A esos los atendía con mucho afecto y excesiva amabilidad, anotando en mi diario sus nombres y títulos, porque podría suceder que, en el futuro y en el transcurso de mi viaje, tuviera necesidad de mencionarlos y referirme a la amistad que me unía a ellos. En un lugar llamado la Scala, a dos kilómetros de Larnaca, donde se encuentra la rada en la que fondean los buques de comercio, tiene su residencia el cónsul de Inglaterra, el señor Taylor. Me invitó a cenar en su casa y estuvimos conversando hasta altas horas de la

noche, antes de retornar a la ciudad en un carruaje que él mismo me proporcionó.

A las seis de la mañana del día 9 salimos de Larnaca y, siguiendo la costa en dirección suroeste, una hora después de que hubiera anochecido, entramos en Limasol.

Permanecí en esa ciudad costera trece días, descansando con mis criados y atendiendo al señor Demetrio Francudi, al inglés Rich y a Nicolaos Nicolidis que, como ya he referido, era el encargado de la «dragomanía» de Chipre en ausencia del dragomán titular. Con ellos departía en la sobremesa, después de degustar la excelente comida que solía pedir que me prepararan en un restaurante cercano sentados en torno a la mesa, en la terraza que tenía la casa en su parte trasera, bebiendo el excelente café que nos habían preparado y servido Ahmed, Habib y Walid, charlábamos sobre muchos asuntos. Yo ponía especial atención a lo que decía el inglés representante de la Compañía de las Indias Orientales, porque no podía olvidar mi condición de embajador extraordinario y secreto del Gobierno español y la misión que debía cumplir en beneficio de la política exterior y de los negocios de mi país. Cuando, al llegar la noche, me recluía en mi habitación, escribía en mi diario todo lo que había escuchado y que consideraba que podía ser de interés para mi mentor, don Manuel Godoy.

Lo cierto es, que, aunque me hallaba a gusto en compañía de mis invitados, deseaba poder reemprender mi viaje de Peregrinación.

El mismo día de mi llegada a Limasol le rogué al capitán del puerto que, cuando tuviera noticia de algún navío que hiciera escala en Alejandría, me lo comunicara. Pero cuando le dije al señor Francudi que pensaba abandonar Limasol para continuar la ruta hacia Oriente, me rogó que desistiera de esa idea, que aún quedaban numerosos monumentos y hermosas ciudades en Chipre que debía visitar. Acepte su recomendación y acordé que permanecería en la isla dos semanas más, y que sin más dilación embarcaría con destino a Alejandría antes del 10 de mayo.

A las siete de la mañana del día 23 de abril abandoné Limasol acompañado de mis criados. Yo cabalgando en un caballo que me había proporcionado Nicolaos Nicolidis, y mis criados en cinco

acémilas que había alquilado en el puerto, dos de ellas para transportar las tiendas de campaña y la escasa impedimenta que portábamos. El resto del equipaje y los dos arcones quedaron en Limasol para embarcarlos cuando supiera qué navío nos llevaría al puerto de Alejandría.

A las once, pasamos por la población de Kolossi, asentada en un llano. Está rodeada de numerosos huertos regados por varios manantiales. Posee un acueducto que, aunque parece de gran antigüedad, todavía es usado para abastecerse de agua a los moradores de esa ciudad. Luego cruzamos las tierras de Episkopi, un pueblo con más vecindario. Cada casa tiene en su entorno varios huertos y plantaciones de algodón. Antiguamente era una ciudad grande que poseía varias fábricas de azúcar en las que se debían procesar las cañas que se sembraban en los huertos, aunque ya no quedaba ni rastro de esa actividad. Está habitada por turcos y griegos. Se conservan las ruinas de varias iglesias con frescos, desgraciadamente, casi desaparecidos.

El día 24 atravesamos una montaña cubierta de bosques de cipreses y de encinas, y pasamos por varios pueblecitos cuyos habitantes eran turcos. En Kouklia, en torno a las ruinas de un antiguo castillo, en una de cuyas estancias se conserva un mosaico, se arremolinan algunas casas pobrísimas. Están en alto y desde ellas se puede ver el mar como a unos tres kilómetros. Pasamos la noche en un lugar paradisíaco, no lejos del poblado de Geroskipou —que también posee una extensa fortaleza—, debajo de unos cipreses, mirando la luna llena que se reflejaba, en la lejanía, en la tersa superficie de un mar oscuro e inmenso.

En la mañana del día 25 nos dirigimos hacia el oeste-noroeste, dejando a nuestra izquierda la ciudad y el puerto de Pafos, llegando, a las diez y media, a la ciudad de Kima, que era la residencia del gobernador turco de Pafos y sede episcopal de la iglesia griega. Este asentamiento no era más que un conjunto de ruinas entre las que destacaban el palacete del gobernador y la iglesia ortodoxa en la que residía el obispo con su séquito de curas y acólitos. Me dijeron que, como los pocos habitantes de Kima eran casi todos turcos, el

obispo había decidido trasladar su sede, recientemente, a otra población habitada por griegos ortodoxos.

A la mañana siguiente, día 26, que era sábado, nos dirigimos a la antigua Pafos. Cuando entré en ella me sorprendió ver unos grandes farallones rocosos en los que entraban y salían hombres, mujeres y niños. Se trataba de casas excavadas con mucho arte en el interior de dichos farallones. Algunas servían de viviendas, pero otras, después de visitarlas y observar los cuidados relieves que había en varias de sus estancias, deduje que eran antiguas catacumbas. Aquella tarde, antes de que el sol se ocultara por detrás de las montañas, procedí a dibujar algunas de aquellas casas troglodíticas y una de las catacumbas mejor conservadas.

Al despuntar el día 27, después de visitar otras catacumbas y viviendas subterráneas, nos dirigimos a Kublia, pasando por las poblaciones de Kolini, Axeleia y Timi. El administrador de Kublia, que nos esperaba, había preparado un suculento almuerzo para nosotros y para algunos de sus súbditos o administrados. En el transcurso de la comida se quejó amargamente de los elevados impuestos que tenía que abonar a los turcos y que estaban empobreciendo a los habitantes de aquel pueblo. En esta localidad se conserva un monumento admirable: varios tramos de una muralla compuesta por sillares gigantescos que no parecen haber sido labrados por manos humanas, que yo, aprovechando un descanso procedí a dibujar.

El día 28, deseoso como estaba de poder embarcar y continuar mi viaje, partimos en dirección a Limasol, llegando agotados, pero felices, a ese puerto en el cual desembarcamos hacía ochenta y tres días.

Tuvimos que esperar aún diez días para que pudiéramos subir a la cubierta de un pequeño bergantín griego que iba a zarpar, el 7 de mayo, con rumbo a Alejandría.

El capitán del puerto hizo los trámites necesarios y, durante la mañana, mis criados transportaron al barco mis dos arcones y la impedimenta. Sin embargo, una inesperada tempestad nos obligó a desembarcar y a permanecer en tierra durante dos días, hasta que el navío pudo abandonar el puerto de Limasol en la noche del día 11.

No estaba disgustado por los casi tres meses que había permanecido en la isla de Chipre, tiempo en el que había podido conocer a relevantes personalidades, como Demetrio Francudi, el inglés Rich, Nicolaos Nicolidis, el gobernador turco, el cónsul Taylor de la Gran Bretaña y el arzobispo de Nicosia; y haber podido contemplar y dibujar monumentos sorprendentes y extraordinarios, como la puerta de Famagusta o las catacumbas de Pafos.

Pero estaba muy feliz de poder continuar mi viaje y seguir el itinerario que me habría de llevar a la ciudad santa de La Meca.

---

12 Dedicada a la Santa Sabiduría. La más famosa de las iglesias con este título es la catedral de Santa Sofía de Constantinopla, construida y consagrada en el año 537 por los bizantinos y hoy principal mezquita de la ciudad de Estambul.

13 No se equivocaba Domingo Badía. Unos años más tarde comenzaron los movimientos políticos emancipadores y la desobediencia civil, que desembocaría, entre los años 1821 y 1830, en la guerra por la independencia de Grecia del Imperio Otomano y en una larvada pugna en la isla de Chipre, entre griegos y turcos, que todavía continúa en pleno siglo XXI.

14 En el libro publicado en francés, en París, en el año 1814, Domingo Badía logró que se incluyeran numerosos planos de edificaciones, dibujos de construcciones urbanas, monumentos, paisajes, insectos y plantas. En la edición en español, publicada en tres tomos en el año 2012 por la Editorial Almed de Granada, también se incluyeron dichas ilustraciones.

XII
ALEJANDRÍA

Al mediodía del 12, con un cielo nublado, pero con el mar en calma, divisamos un barco de guerra que venía hacia nosotros impulsado por el viento de popa y que nuestro capitán identificó como una fragata turca. Como era una necesidad y una obligación dictada por las normas del mar, tener enarbolado el pabellón en la popa o en el palo de mesana, observé que el capitán se mostraba muy nervioso dando órdenes a los marineros instándoles a que bajaran a la bodega y buscaran la bandera para izarla y que los turcos supieran a qué nación pertenecía el navío.

Como no la hallaron, se izó una de las banderas utilizadas para hacer señales marítimas. Atemorizado por las consecuencias que podría tener navegar sin pabellón conocido, decidió arriar las velas y ponerse al pairo esperando la llegada de los turcos.

Abarloada la embarcación turca a nuestro costado de estribor, pasaron a nuestra cubierta el que parecía capitán de la fragata otomana y dos soldados armados. Después de saludar al modo militar a nuestro capitán, el turco procedió a realizar el interrogatorio que debía de ser el acostumbrado en esos casos.

—¿Qué pabellón es este? —demandó con voz recia, señalando la bandera de señales que ondeaba en el palo de mesana de la embarcación.

—Es el de un *bey* jerife, hijo del sultán de Marruecos, que viaja en este barco y que se dirige a Alejandría —respondió nuestro capitán con voz serena.

—¿Cómo se llama? —volvió a preguntar el turco.

—Sidi Alí Bey el Abbassí.

Yo me quedé de piedra al escuchar tal baladronada.

—¿Y de dónde viene? —demandó el turco, quizás sorprendido por la inesperada, pero firme, respuesta del capitán griego.

—De Occidente,

—¿Y a dónde va?

—A La Meca, para hacer la Peregrinación.

El capitán turco pareció convencerse de que en aquel bergantín viajaba un importante príncipe, emparentado con el sultán alauita.

—Muy bien. Pueden continuar la ruta hacia Alejandría. Buen viaje. Pero procure navegar enarbolando nuestra enseña nacional.

Y el capitán otomano y los dos soldados saltaron la borda y accedieron a su navío. Luego, ambas embarcaciones se separaron y cada una siguió su rumbo.

Cuando hubo pasado el peligro, me acerqué al capitán griego y me dirigí a él con voz severa, al mismo tiempo que, en mi interior, aplaudía su astuta estratagema.

—Capitán, le ruego que no vuelva a comprometerme de esa manera. Pues, durante el interrogatorio del oficial turco, le puedo asegurar que la camisa no me llegaba al cuerpo.

El capitán sonrió burlonamente señalando el trapo que ondeaba en el palo de mesana.

—En verdad, sidi Alí Bey, aunque elegida al azar esa enseña, no me cabe duda de que os representa bien.

Y lanzó una sonora carcajada.

No pasó un cuarto de hora sin que aquel pabellón, sin patria ni linaje, fuera sustituido por la bandera de Turquía que, por fin, un marinero había encontrado dentro de una caja en el fondo de la bodega.

Sin sufrir más contratiempos, el bergantín entró en el puerto de Alejandría en la tarde del día 14 de mayo del año 1806, atracando en un muelle de piedra que cerraba la dársena por el oeste. A la mañana siguiente, el segundo jeque de Alejandría, el joven Ibrahim Pachá —hijo primogénito del gobernador de Egipto, Mohamed Alí— vino a buscarme al barco. Desembarqué con él y me pidió que lo acompañara a su casa, donde tomamos café y una limonada. Acabado el refrigerio, ordenó a un funcionario que me acompañara a la casa que me había asignado, aunque le agradecí que me hubiera buscado una vivienda para mí y mis criados, le dije que prefería establecerme en las afueras de la ciudad, en mi tienda de campaña. Ahmed, Habib y Walid me dijeron que cuando bajaron del bergantín mis dos arcones, los aduaneros dieron su visto bueno sin abrirlos ni

inspeccionarlos, de lo que deduje que Alí Bey era ya conocido en Egipto y merecedor de todo respeto. Unos mozos de cuerda ayudaron a mis criados a transportar mis pertenencias hasta el lugar donde íbamos a acampar.

Sabía, por los libros que tenía en mi biblioteca, que la primitiva ciudad de Alejandría, fundada por el gran Alejandro Magno, era uno de los centros comerciales del antiguo Egipto, que llegó a albergar más de un millón de habitantes —al menos eso leí en las crónicas conservadas—. Cuentan los historiadores que en los tiempos de la conquista del país por los musulmanes, cuando gobernaba el califa Omar, esa inmensa urbe contenía cinco mil palacios, igual número de baños públicos y cuatrocientos mercados. Creo, no obstante, que es un número exagerado de edificaciones producto de la admiración que sentían aquellos historiadores hacia las obras y las sociedades de los antiguos. Estos historiadores mencionan, también, el gran número de huertos y vergeles que embellecían los entornos de la población, ocupados hoy por un extensísimo desierto de árida arena. En resumen, hay que decir que aquella magnífica ciudad, fundada por el general Alejandro, capital opulenta de los Ptolomeos, deliciosa residencia de la reina Cleopatra y sede de uno de los faros más famosos del mundo, no es más que una sombra de su pasado. Una inmensa acumulación de ruinas, la mayor parte de las cuales se halla enterrada bajo la arena del desierto en una extensión de muchos kilómetros, la columna de Pompeyo, los obeliscos de Cleopatra, las cisternas, las catacumbas y algunas columnas enteras o hechas pedazos, esparcidas acá y allá, son los únicos restos de la rica y fabulosa urbe que fue en tiempos de los faraones y, luego, de los Ptolomeos.

Se sabe que el antiguo y famoso faro de Alejandría, considerado una de las maravillas del mundo, estaba situado en una isla a escasa distancia del continente. El paso del tiempo y la fuerza del mar han ido amontonando arena entre la isla y la tierra firme hasta formar un istmo sobre el que se ha construido la nueva Alejandría. A ambos lados de este istmo hay dos puertos. Antes, los buques de los europeos solo tenían permiso para fondear o atracar en el de levante, que es el que azotan más las olas. El otro, el de poniente,

estaba reservado a los buques turcos. Hoy, ambos puertos están abiertos a las embarcaciones de todas las naciones.

En estos días, Alejandría es una decadente población con unos cinco mil habitantes de muchas nacionalidades y de todas las religiones, establecidos en una pequeña lengua de tierra que se adentra en el mar, sin otros medios de subsistencia que los escasos recursos aportados por un comercio marítimo moribundo y controlado por extranjeros.

Ese era el estado de decrepitud de la Alejandría que yo conocí.

Sin embargo, en mis desplazamientos por la ciudad para contemplar los vestigios que aún se conservaban y su actual urbanismo, con la intención de dibujarlos, tuve que admitir que Alejandría tenía su encanto y singularidades, como otras de las ciudades musulmanas que visité y en las que residí en África y en Asia. Las calles de la ciudad me parecieron regulares y anchas, aunque algunas, como sucede en muchas poblaciones de Marruecos e, incluso de Europa, son angostas, quizás porque lo requiere el clima muy cálido. Pero algunas, céntricas, son anchas y dotadas de aceras. El suelo de estas calles, aún sin estar pavimentado, no es menos cómodo para ser usado por los peatones, puesto que está compuesto de cal y arena formando una argamasa muy dura y compacta. Podría compararse con el de la hermosa ciudad de Valencia, en España.

Las viviendas, exceptuando algunas de ellas, miserables, que solo poseen una estancia con cuatro paredes —como las hay en todas las ciudades del mundo—, por pequeñas que sean, se abren a la calle por medio de cuatro, cinco o seis ventanas. Eso sí, protegidas por celosías, pero dando un hermoso aspecto exterior a los edificios, y suficiente aire y luz al interior. La mayor parte de ellas cuenta con azoteas y cubiertas planas, como en todos los países donde llueve poco. Un considerable número de las viviendas de la gente acomodada posee patios con aljibes; pero como raramente llueve, necesitan abastecerse de agua del río Nilo a lomos de camellos, cuando el caudal, durante la inundación anual, refluye en un canal que han construido.

La vista general de Alejandría, de la que puedo garantizar la

exactitud porque estuve dibujando calles, plazas y monumentos para dejar constancia de ella durante los diecinueve días que permanecí acampado en las afueras de la ciudad, no deja de tener un halo de belleza y un cierto romanticismo, sobre todo para los espíritus europeos[15].

Las mezquitas que visité y a las que, en ocasiones, fui a rezar las oraciones prescritas por el Corán, no merecen especial mención, porque son vulgares y pobres, a excepción de la que contenía la tumba de un santo sufí nacido en Murcia en el siglo XIII, Abu l-Abbás al-Mursí, que había predicado y enseñado en Alejandría, donde falleció. Fue construida por sus devotos seguidores en el año 1775, y su sepultura seguía siendo muy venerada cuando estuve en esa ciudad.

Las magníficas mezquitas antiguas de las que hablan algunos viajeros ya no existen. El paso del tiempo, los turcos y las últimas guerras sufridas por la ciudad, lo aniquilaron todo. El espléndido sarcófago de tiempo de los faraones, lleno de jeroglíficos, que era también mencionado por dichos viajeros, ha desaparecido. Dicen que se lo llevaron los ingleses y ahora está en Inglaterra, en uno de sus famosos museos.

Pude observar que Alejandría no cuenta con escuelas dedicadas al estudio de las ciencias, y que la enseñanza del arte de escribir deja mucho que desear; pues carece de cualquier clase de examen oficial o inspección educativa. De manera que cada maestro de escuela emplea un tipo de caracteres a su capricho, alterando, a su libre albedrío, las formas de las letras. Así, los coptos, griegos, árabes y judíos e, incluso, cada tribu, tienen sus propios y particulares trazos y matices. Por ello, todo aquel que desea escribir con corrección ha de desplazarse para estudiar a El Cairo.

Una mañana me dirigí, acompañado de Ahmed y Habib, al descampado donde emergen de la arena los obeliscos llamados las «Agujas de Cleopatra», que se encuentran en el extremo oriental del puerto de levante, para poder dibujarlos. Son dos. Uno de ellos está aún en pie, pero el otro se encuentra caído y enterrado, en parte, por la arena. Ambos son de granito rosa y están cubiertos de

numerosos jeroglíficos, bien conservados en algunos de sus lados, pero casi borrados en otros. Hace años se hicieron excavaciones por eruditos europeos para poder copiarlos, habiendo sido descritos y publicados por ellos. Yo me limité solo a copiar su dibujo, así como el de la impresionante columna de Pompeyo, que aún se alza desafiante delante de unas ruinas que debían ser de un templo.

Está esculpida en el mismo granito rosa que los obeliscos. El fuste, de una sola pieza, que se halla colocado sobre un gran pedestal, mide veinte metros y medio de altura, por dos metros sesenta y seis centímetros de diámetro en su parte inferior. La época de construcción de esta columna y de los obeliscos es totalmente desconocida. Los nombres de Cleopatra y Pompeyo que se les ha dado son denominaciones modernas, porque dichos monumentos son, sin duda, muy anteriores a los personajes cuyos nombres ostentan[16].

La población de Alejandría es una confusa mezcla de individuos de todas las naciones, lo que hace que se utilicen numerosos idiomas, aunque todos mal hablados, pues olvidan con frecuencia sus lenguas maternas y chapurrean otras para hacerse entender. Los niños los asimilan sin maestros que les enseñe, parloteando en tres o cuatro idiomas, sin llegar a dominar ninguno de ellos.

Las familias griegas residentes desde hacía siglos en la ciudad, son ya muy escasas, aunque continúan viviendo muchos griegos en ella, que están de paso o se dedican a comerciar, pues la mayoría de los buques que arriban a su puerto, que son de bandera turca, están manejados por marineros griegos. Estos, con el paso del tiempo, se llegan a establecer en Alejandría.

Pude entrar en una iglesia ortodoxa griega y en un convento de esa religión donde reside su obispo y el patriarca de Alejandría, al que visité y con el que mantuve una larga y amena conversación. Su nombre es Teófilo y, después de platicar con él, llegué a la conclusión de que era un hombre muy culto y sabedor de todo lo que acontece en el mundo.

En esa ciudad viven unos trescientos judíos, muy pocos si lo comparamos con otras urbes del norte de África o de Asia, e,

incluso, de algunas ciudades de las islas griegas y de Europa del Este. Se dedican al comercio o a dar préstamos con elevados intereses, actividad que está prohibida a los musulmanes y a los cristianos. Mantienen relaciones muy productivas, cuando pueden, con la ciudad italiana de Livorno. Pude visitar una de las dos pequeñas sinagogas que utilizan para cumplir con las obligaciones que les impone su religión, porque la gran sinagoga que hace años poseyeron fue desmantelada por los europeos.

Tanto los cristianos como los judíos suelen vestir el traje largo de los orientales, no diferenciándose los unos de los otros. En general, son bien tratados por los turcos y por los árabes, de manera que se pueden dedicar a sus negocios, practicar su religión, celebrar sus ceremonias y organizar sus fiestas tradicionales con total libertad y sin temor a persecuciones o prohibiciones.

Los europeos, tanto en Egipto como en la mayor parte de las ciudades de Levante, se conocen con el nombre de «francos». En Alejandría visten, con sus esposas, a la moda europea. Lo hacen, aquellos que tienen un mayor poder adquisitivo, con todo lujo y refinamiento. Ocupan un barrio propio, con inmuebles, jardines y comercios similares a los de cualquier ciudad de Europa. Día y noche salen de sus casas libremente para asistir a fiestas religiosas o profanas. Algunos se reúnen en las calles para tocar instrumentos musicales y cantar, sin que se sepa que algún musulmán los haya molestado ni haya proferido cualquier clase de insulto hacia ellos. De esa misma libertad gozan los funcionarios y criados que trabajan en los diversos consulados de naciones europeas, aunque sean judíos o cristianos. Con cierto pesar he de reconocer que ese trato respetuoso no lo hallé en las ciudades de Marruecos.

En Alejandría solo había dos baños públicos, a los que acuden personas de cualquiera de las religiones que se practican en Egipto. El mejor de ellos se encuentra en las afueras de la ciudad. Sus diversas salas de agua fría, templada y caliente están revestidas con hermosos mármoles de gran calidad, extraídos de antiguas ruinas. Yo acostumbraba a utilizarlos durante la noche en compañía de algunos jeques y hombres notables con los que había trabado amistad. Como, después de diecinueve días de pernoctar en mi

tienda de campaña en las afueras de la ciudad, había decidido establecerme con mis criados en la casa que me habían asignado, cuando acudía a los baños nocturnos, los funcionarios mantenían las puertas de la ciudad, en aquel lado de la muralla, abiertas hasta que yo regresaba.

A veces acudía, con mis amigos, a una sala donde tocaba una orquesta de cámara que interpretaba música turca, muy parecida a la música árabe que había oído en Fez y Marrakech, aunque algo diferente y mejor concertada, quizás por la influencia —pensé— de la música melódica siria, libanesa u otomana. El capitán-pachá, almirante de la flota turca, que se hallaba entonces en Alejandría enviado por el Gran Sultán, tenía la amabilidad de mandarme cada semana a mi casa, su orquesta de cámara, lo que me permitió escucharla y estudiar las tonalidades de las canciones.

Esta orquesta se componía de cinco músicos y un *shaush*, presentador o solista. Utilizan cuatro instrumentos: un salterio, que consiste en una caja de resonancia sobre la que están extendida las cuerdas que son tocadas con los dedos, con un plectro o con una baqueta; una viola de amor de seis cuerdas; una especie de oboe de sonido muy suave parecido al de la trompa inglesa y dos pequeños timbales que se golpean con la punta de los dedos. El quinto miembro de la orquesta, llamado *shaush*, canta y declama, pero no toca ningún instrumento.

Cuando llevaba residiendo en Alejandría algo más de un mes, decidí visitar al cónsul general de España, para saber si tenía alguna noticia para mí en referencia a la misión que don Manuel Godoy me había encargado al nombrarme embajador extraordinario del Gobierno español en aquellas tierras de Oriente. El consulado se hallaba situado en el barrio europeo, en una villa aislada rodeada de jardines. Me recibió el vicecónsul, don Diego García Galíndez.

—Buenos días, señor. Soy Domingo Badía Leblich y estoy comisionado como embajador extraordinario en Oriente por el secretario de Estado del Gobierno de España, don Manuel Godoy —manifesté cuando estuve sentado ante el señor vicecónsul en su despacho.

—Sé quién sois, señor Badía. Hace algo más de un año que

recibimos una carta del señor secretario de Estado en la que nos comunicaba quién era usted y la importante misión que le había encomendado. Que pusiéramos este consulado a su servicio para todo aquello que necesite —argumentó el señor García Galíndez, entretanto que rebuscaba en una carpeta de cuero, probablemente la carta recibida desde Madrid sobre mi persona—. Habrá de perdonarme si lo he recibido con cierta frialdad, señor Badía, pero no esperaba que se presentara vestido como musulmán y como un auténtico príncipe abbassí, como refería en su misiva don Manuel Godoy.

Yo sonreí satisfecho, porque era la prueba de que con aquel atuendo podría pasar ante cualquier autoridad otomana, inglesa, francesa o rusa, como un auténtico descendiente de los famosos abbassíes que, una vez, fueron los dueños y señores de todo el Próximo Oriente y del norte de África.

—El señor cónsul, don José Camps Soler, os recibirá —añadió, mientras que se alzaba del sillón en el que estaba aposentado y se dirigía a la puerta tras la que debía hallarse el despacho del cónsul general de España en Alejandría.

¡Don José Camps Soler…! No lo conocía en persona, pero no había en todo Madrid quien no supiera de las excelentes relaciones que había mantenido con don Manuel Godoy, ocupando algunos cargos de relevancia en la Corte; pero que, después de ciertos desafortunados asuntos acontecidos en la capital del reino, había sido degradado, recalando en Alejandría como cónsul general de España.

—El señor cónsul os espera, señor Badía —dijo, indicándome con un ademán la puerta que conducía al despacho de su superior.

Solo he de referir que, como me había notificado don Diego García Galíndez, el cónsul estaba al tanto de todo cuanto se refería a mí y a la misión que, aprovechando mi peregrinación a La Meca, me había encomendado don Manuel Godoy. El señor Camps Soler se puso a mi disposición y se ofreció a proporcionarme datos sobre el comercio y la actividad que ingleses, franceses, rusos y turcos desarrollaban en Alejandría y que podrían serme de utilidad en mis conversaciones con los representantes de esas naciones y en mis pesquisas. Le dije

que, muy posiblemente, antes de que abandonara aquella ciudad, le entregaría un informe para que lo enviara, en la valija diplomática, al Príncipe de la Paz. Luego me despedí de tan prestigioso, pero maltratado políticamente, representante del reino de España, deseándole que, en el futuro, pudiera visitarlo en Madrid en un cargo más acorde con su prestigio y con los grandes servicios que había prestado a Su Majestad el rey.

Como ya he relatado, permanecí diecinueve días acampado con mi gente fuera de las murallas, a corta distancia de la puerta que los antiguos llamaban Canobica, que miraba a levante. En ese tiempo, me dediqué a reunir muchas plantas desconocidas para mí. Mandaba a mis criados que las arrancaran y secaran entre las hojas de un álbum que llevaba para tal fin. También recogí fragmentos de rocas, insectos y algunos raros peces que mandé disecar. Uno de ellos tenía unas alas membranosas que le permitían volar varios metros fuera del agua. Sin embargo, como observé que comenzaba a ser atacado por gusanos, procedí a dibujarlo y después desecharlo. También, pude reunir una buena colección de plantas marinas que recogí vivas en la playa.

Algunas mañanas me desplazaba, acompañado de Ahmed, Habib y Walid, a una zona de la playa desde la que podía tener una visión general de la ciudad y me afané, durante una semana, en dibujar diversas vistas de Alejandría que, con los dibujos y planos que estaba realizando de los monumentos que aún se conservaban, pudieran servir para que mis futuros lectores tuvieran unas precisas y detalladas imágenes con las que complementar las descripciones que estaba pasando al papel de aquella hermosa ciudad de Egipto.

El pachá, almirante de la flota turca, que frecuentemente me enviaba dulces y otros objetos como regalo, el día antes de su partida del puerto de Alejandría, tuvo la delicadeza de mandarme, sin que yo se lo hubiera solicitado, una carta de recomendación para el pachá Mohamed Alí[17]; otra para el pachá de Damasco y un firmán para el sultán jerife de La Meca. Las dos carta iban cerradas y lacradas, pero el firmán estaba enrollado y guardado en una bolsita de satén blanco, cerrada mediante un cordoncillo de seda y un

pedazo de papel exterior conteniendo la dirección. El citado firmán, entre otras cosas, decía lo siguiente:

«Al Príncipe ilustre, heredero de los Profetas de la gloria divina:

El portador de la presente, llamado Alí Bey el Abbassí, es un señor al servicio de su majestad Mulay Ismail, rey de Marruecos[18]. Ha llegado aquí con la intención de cumplir el deber que prescribe la religión. Ha permanecido algún tiempo en Alejandría y parte hoy hacia Arabia, donde espera obtener la indulgencia por los pecados, llevando a término el voto de su corazón y de su creencia. Después de dar en la tierra el ejemplo de todas sus virtudes, quiere ir a visitar los santos lugares y regresar luego a su hogar.

Mi corazón me fuerza a recomendaros este señor, no tanto por estar al servicio del rey de Marruecos, como por lo que admiro sus virtudes y sus talentos. Además, una vez que este señor se habrá presentado y habréis podido conocerlo, bien pronto os daréis cuenta de que lleva la recomendación consigo mismo sin necesitar la mía. No obstante, os escribo esta carta para aprovechar la feliz ocasión de presentaros mis respetos y de solicitaros vuestra santa bendición.

Así, me halaga pensar que, por consideración hacia un señor que está al servicio de su majestad el rey de Marruecos, y en favor de las virtudes y los talentos que le honran, le distinguiréis entre quienes se presentarán a vos. Me atrevo a esperar, que, cuando tenga la satisfacción de veros, le acogeréis con generosidad y bondad. Que Dios os conserve y prolongue vuestros días.

El que sostiene la misericordia del Supremo.

Firmado: El Hajj Mohamed, almirante del mar».

El día 28 de octubre comuniqué a mis criados que había decidido continuar nuestro viaje en dirección al Levante. Que procedieran a reunir el equipaje y a desmontar las tiendas de campaña que habíamos dejado en las afueras de Alejandría, y a reunir en una caja que había adquirido en el bazar, los especímenes recogidos en los cinco meses y medio de estancia en aquella ciudad, así como ordenar y guardar en una carpeta de piel, que también compré, los dibujos que había realizado.

La jornada siguiente la dediqué a visitar a mis amigos, jeques

destacados de la comunidad, y despedirme del señor cónsul y del vicecónsul de España. Por la tarde me acerqué a la capitanía del puerto para dejarle una carta de agradecimiento para que la entregaran al pachá-almirante de la flota turca que, como se ha dicho, ya había abandonado Alejandría.

El día 29, a media mañana, me dirigí a la mezquita funeraria de Abu l-Abbás al-Mursí para realizar la oración preceptiva de esa hora y hacerlo postrado delante del catafalco y los restos de aquel santo sufí español cuyos postulados de pobreza, oración y ascetismo, que propugnaba la cofradía a la que pertenecía, en buena parte yo compartía.

El jueves 30 de octubre del año 1806, después de haber pasado más de cinco meses en Alejandría, embarqué en una *yerme,* con mis criados y mi impedimenta, acompañado de varios jeques principales de la ciudad que quisieron estar a mi lado, al menos durante dos horas de navegación. Al cabo de ese tiempo regresaron a Alejandría en un barco que nos había seguido desde que abandonamos el puerto, no sin antes haber expresado su pesar por tener que despedirse de mí y deseándome toda clase de bendiciones y que volviera, algún día, a su ciudad, donde sería tan bien acogido como en esta ocasión y que tendría a mi disposición una buena casa y asegurada la manutención y la de mis criados durante el tiempo que permaneciera en Alejandría.

Después, algunos con lágrimas en los ojos, desaparecieron en la lejanía sin dejar de contemplar nuestra embarcación, saludando con sus manos extendidas hasta que su pequeño barco se perdió el medio de la bruma que había empezado a ocupar la superficie del mar.

He de reconocer que en el transcurso de mis viajes por África y Asia, aunque me decepcionaron y me hicieron daño algunos personajes de alta alcurnia que decían ser mis hermanos; la mayor parte de la gente del común, los representantes del poder local, y los sabios y hombres de religión con los que llegué a intimar, fueron siempre leales a mi persona, mostrándome su alma limpia y generosa, no escatimando maneras de satisfacerme y hacerme feliz. Esas buenas personas no escondían maldad alguna ni insanas

envidias en sus corazones y por eso aún los recuerdo con mucho placer y auténtico amor, aunque hayan transcurrido casi diez años, me halle a miles de kilómetros, y, de algunos de ellos, me cueste evocar sus rostros y el timbre de su voz.

Debía dar gracias a Dios por haberme concedido la dicha y la fortuna de encontrar, en la soledad de mis desplazamientos por tierras lejanas, a tantos hombres buenos, virtuosos y plenos de amor hacia los demás, a los que podía considerar como verdaderos amigos.

---

15 Según Roger Mimó, en la edición de «Los Viajes», de la Editorial Almed, de 2012 (Tomo II), nada queda de las viviendas descritas por Alí Bey. Aunque la ciudad prosperó en los años siguientes a su visita, resultó completamente destruida por el bombardeo a que la sometió la flota inglesa en el año 1882, siendo luego reconstruida en un estilo con fuertes influencias europeas.

16 El fuste de la conocida como columna de Pompeyo procede del Serapeum de Alejandría, construido en el año 300 antes de Cristo y destruido en el 391 después de Cristo. Los obeliscos «de Cleopatra» fueron mandados erigir por el faraón Tutmosis III, mil cuatrocientos años antes del nacimiento de esta reina. Estuvieron en la ciudad egipcia de Heliópolis, hasta que en tiempos de Julio César se trasladaron a Alejandría. En 1880 y 1881, fueron llevados a Londres y a Nueva York, donde hoy se encuentran.

17 Mohamed Alí o Metmed Alí fue nombrado pachá y gobernador de Egipto, Sudán, Siria, Morea, Thasos y Creta por el sultán otomano Selim III en el año 1805.

18 Debería haber escrito el almirante en su carta: Mulay Sulaymán.

XIII
VIAJE POR EL RÍO NILO. LA CIUDAD DE EL CAIRO

La que llaman *yerme* es un barco que arbola velas latinas o triangulares.

La que me transportaba a mí y a mis criados era bastante grande, tenía tres mástiles con una gran vela en cada uno de ellos. La especial disposición del velamen obliga a los marineros a subir al extremo de los palos exponiéndose a caer desde esa altura cuando hace mala mar o sopla fuerte viento. Cada año acontecen numerosos naufragios de estas *yermes*, bien a causa de la mala disposición de su arboladura o por la peligrosidad del paso de la barra del Nilo. Como teníamos escaso viento y la *yerme* avanzaba muy lentamente, no pudiendo alcanzar la barra del río antes del anochecer, el capitán decidió fondear en la rada de Abukir a las cuatro de la tarde.

En el extremo occidental de esta rada se localiza una vieja fortaleza de la que sobresale una torre fuerte, rodeada de algunas defensas, que por su diseño colegí que debían ser de construcción reciente. A su lado se extiende un pueblo en ruinas y, algo más lejos, algunas casas rodeadas de árboles y huertos. Después de cenar en cubierta, el capitán del barco me relató cómo en ese lugar de Abukir había tenido lugar una gran batalla naval en el año 1798, cuando la flota del almirante francés Brueys, que había traído las tropas de Napoleón a Egipto, fue derrotada por la escuadra inglesa del vicealmirante Nelson. Pero Abukir ha sido escenario de otras dos batallas —añadió—: una el 25 de julio de 1799 y la tercera el 8 de marzo de 1801.

—Como resultado de esta última, sidi Alí Bey, Egipto se vio libre de la ocupación francesa, teniendo Napoleón que plegar velas y regresar derrotado a Francia —concluyó con una expresión de satisfacción dibujada en su rostro el marinero egipcio.

A las tres de la madrugada del viernes 31 nos hicimos a la vela.

Pero como el viento seguía siendo muy flojo, no logramos alcanzar la barra del Nilo hasta las siete de la tarde del día siguiente. En ese lugar la marejada suele ser muy fuerte, porque las aguas del Mediterráneo chocan con enorme fuerza con las del Nilo. Los barcos han de navegar con poco fondo, y, este, arenoso y cambiante, lo que provoca que los capitanes de las embarcaciones no encuentren en muchas ocasiones los pasos o canales adecuados que les permitan acceder al río. Por ese motivo, siempre hay un práctico, dependiente de la capitanía del puerto, en las proximidades de la barra para indicar el paso que los barcos han de tomar sin correr el riesgo de quedar varados. Cuando nuestra *yerme* pasó el peligroso bajío, como el Nilo estada muy alto y la mar en calma, la barra solo se distinguía por una línea roja que se formaba en la superficie del río, cuyas aguas siempre van cargadas de grandes cantidades de limo, pudiendo cruzarla sin sufrir ningún contratiempo.

Faltando por completo el viento, el capitán ordenó echar el ancla en el río, en la parte interior de la barra. Era una extraordinaria visión, para mí desconocida, contemplar aquel mar de agua dulce, aun estando en el Mediterráneo, pues la fuerza del Nilo empuja el agua salada muchos kilómetros lejos de la costa. A las nueve y media se levantó un viento favorable, lo que permitió largar las velas. Hasta las diez no entramos en la boca del Nilo. ¡Qué admirable espectáculo! Un río majestuoso cuyas aguas fluyen lentamente entre dos orillas cubiertas de palmeras, de árboles de todas clases, de campos cultivados de arroz y de plantas silvestres que forman como una extensa y verde alfombra. Y, a un lado y al otro, aldeas, chozas, labradores trabajando la fértil tierra y vacas uncidas a arados, bueyes pastando, manadas de borregos… Todo ello un paisaje que contrastaba con el que habíamos contemplado en las zonas desérticas antes de arribar a aquel maravilloso río que llamaron los cronistas antiguos, con mucha razón, «el padre de Egipto».

Continuamos este delicioso trayecto, acompañados de otras trece o catorce *yermes* que formaban, con la nuestra, una flotilla que se dirigía hacia el sur. Pero al embocar un meandro del río tuvimos el viento en contra, situación que hacía imposible la navegación contra

la corriente. Entonces, todas las tripulaciones saltaron a tierra en la margen izquierda y cada una comenzó a remolcar su respectiva embarcación jalando de largas cuerdas, hasta alcanzar otra curva del río donde había viento que lo recibíamos de popa, navegando a vela hasta que llegamos a la población de Roseta al mediodía.

Bajé a tierra y me dirigí a una casa en la que me iba a hospedar con mis criados, y donde depositaron mis arcones y el resto de mi equipaje a la espera de volver a embarcar para continuar el viaje río arriba.

Roseta, que sus habitantes llaman Rashid, está situada al borde del agua, en la margen izquierda del río[19]. La ciudad se alarga bastante sobre la orilla del Nilo. Sus casas con hermosas y de buena construcción. Algunas constan de tres o cuatro plantas, asemejándose a una ciudad europea. Si se añade a este hermoso cuadro, la proximidad del caudaloso río Nilo, cuyo caudal y anchura no creo que tengan parangón con ninguno otro del mundo, la benignidad del clima y la excelencia de los productos que se obtienen de sus huertos y fábricas, habrán de juzgar los futuros lectores lo deliciosa que sería la vida en esta población si los hombres no contrariasen a la naturaleza y la afearan con sus modas y sus ambiciones.

Roseta tiene por gobernador a un *agá* albanés llamado Alí Bey, que tiene a su disposición una tropa de unos trescientos soldados turcos. Por azar, vivía en la ciudad un turco, hijo del anterior pachá, que también se llamaba Alí Bey. De manera que en aquellos días éramos tres Alí Bey los que residíamos en aquella población. Tiene su sede allí, un obispo de la iglesia griega que cuando supo que estaba en la ciudad me mandó llamar. Yo lo visité y conversamos durante una media hora.

El sábado por la mañana recibí la visita de algunos notables de la ciudad y, por la tarde, fui a ver al señor Carlos Rosetti, que también había expresado su deseo de conocerme. Se trataba de un rico mercader veneciano asentado en la ciudad. Como fue cónsul de Austria y me dijeron que había participado en la vida política de Egipto y en acuerdos de importancia para el Gobierno turco tras la

retirada de los franceses, pensé que conversar con él y que me relatara algunas de sus experiencias en los asuntos en los que intervino, podría ser de utilidad para la misión que me había encomendado don Manuel Godoy. Ciertamente, fue muy instructiva la plática con aquel señor que se mostró muy comunicativo y que era amable y dicharachero. Creo que disfrutaba contándome sus aventuras y sus logros políticos que debían estar en el olvido de los habitantes de Roseta. Al término de nuestro encuentro, me agasajó con una suculenta comida que encargo a uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

El domingo lo dediqué a descansar, porque estuvo todo el día lloviendo con fuerza, un fenómeno meteorológico raro en Egipto.

El lunes 3 de noviembre nos embarcamos en una *dahabiya* para remontar el río. Consistía en una embarcación de fondo plano y con capacidad para unos quince pasajeros, además de los siete u ocho miembros de la tripulación. Dispone de una cámara muy confortable a popa con amplias ventanas. Solo se usan en el río Nilo. Yo y los cinco pasajeros que transportaba, ocupábamos la cámara, mientras que mis criados con el equipaje iban instalados en una especie de amplia bodega que tenía en la parte inferior. A las dos y media pasamos por delante de Abu Mandur, que es la mezquita de un santo famoso que se alza en la orilla izquierda del río; y a las cinco dejamos atrás la población de Al-Amir, situada en la misma orilla.

Pude observar cómo la tripulación, a veces, ponía la proa del navío de cara al viento. Eso ocurría cuando el curso del Nilo se desviaba hacia el este o el oeste, antes de volver a recuperar la dirección sur. En tales casos, como le ocurrió a la *yerme* que nos trajo hasta Roseta, los tripulantes bajan a tierra y tiran del barco remolcándolo con cuerdas hasta alcanzar una zona con viento favorable, como ya he referido. Por ese motivo las *dahabiyas* disponen de más tripulantes de los necesarios para izar y bajar las velas y manejar el timón.

A las ocho de la tarde, nuestro navío ancló entre la población de Mutubis, en la margen derecha del río, y la de Idfina, en la orilla izquierda. En ese lugar pasamos la noche sin bajar a tierra.

El día 4, a las ocho de la mañana, nos hicimos a la vela con un

viento suave que hacía muy agradable la navegación, pues solo se escuchaba el roce del barco con el agua, el gorjeo de los pájaros entre las flores de loto que crecían en ambas orillas del Nilo y la voz cadenciosa de uno de los tripulantes declamando suras del Corán y dando gracias a Dios por habernos permitido ver un nuevo día. Pero como la *dahabiya* avanzaba muy poco, saltaron a tierra para, como era la costumbre, jalar de la nave con las sogas. No obstante, como la orilla del río era una zona pantanosa, tuvieron que regresar al barco y empujarlo por medio de pértigas. Llegado a un lugar donde la orilla se hizo de nuevo consistente, volvieron a desembarcar y remolcar la embarcación con las cuerdas durante una media hora, hasta que la fuerza del viento aumentó y la *dahabiya* se pudo desplazar, empujada por la brisa que le daba en la popa, contra la poderosa corriente de aquel maravilloso río.

Los navíos que bajan por el Nilo empujados por la fuerza de la corriente, no utilizan velas ni remos. Los expertos pilotos, buenos conocedores de las bruscas mudanzas del río, manejan con maestría un largo remo o una pértiga para enderezar el rumbo del navío y que la fuerte corriente no lo empuje hacia una u otra orilla y lo haga embarrancar. Pero los barcos que navegan desde el curso bajo hacia lo que llaman el Alto Egipto, deben luchar contra la poderosa fuerza del caudal que lleva el Nilo. Por fortuna para aquellos que ascienden por el río en dirección a El Cairo o a Asuán, aprovechan el viento que sopla siempre desde el norte facilitando la navegación; aunque, en ocasiones, el tornadizo dios Eolo, se muestra bastante remiso y les obliga a saltar a tierra para usar las cuerdas o las pértigas.

A las diez de la mañana, el capitán mandó detener el barco en la margen izquierda para dar descanso a la tripulación y que pudiera desayunar.

En ese punto el cauce era muy profundo, incluso cerca de la orilla.

Cuando la embarcación se aproximaba a una de las riberas, las cañas que estaban inclinadas sobre la superficie del agua entraban por las ventanas de la cámara como si quisieran detener el navío, aunque los tripulantes las apartaban para que no obstaculizaran la marcha de la *dahabiya*. Poco después navegamos por delante del

pueblo de Shenshira, ubicado en la margen derecha, y el de Fizara, situado en la parte izquierda del río.

Con frecuencia encontrábamos unas eras —similares a las que había visto en España y en Marruecos para trillar el trigo—, pero en las que se trillaba el arroz. Siempre había cerca de estas eras vacas y búfalos metidos en el agua del río hasta el cuello. A veces sumergían las cabezas y permanecían en esa posición varios minutos. Creo que era la manera que tenían esos animales de defenderse del intenso calor y, también, de librarse de los millares de insectos que pululan en ambas riberas.

A las tres y media de la tarde estábamos ante la ciudad de Fuwa, situada en la orilla derecha. Era una población grande y con muchos habitantes, pues llegué a contar catorce alminares de otras tantas mezquitas. Estos minaretes destacaban por su blancura. Eran muy altos y me pareció que estaban rematados por una especie de cúpula bulbosa. Vi muchas tropas deambulando por los alrededores del pueblo. Me dijo el piloto de la embarcación que eran soldados albaneses. Un poco más adelante de esta ciudad se encuentra el pueblo de Zurumbe. En ese lugar el río se ensancha y, en medio de la corriente, se ha formado una gran isla, de manera que, al discurrir el agua por ambos lados de esa isla, da la impresión de que existen dos ríos diferentes que se encuentran una vez superada aquella masa terrestre insular.

A las ocho y media, cuando ya el sol se ocultaba por occidente, produciendo hermosas y variadas iridiscencias sobre la tersa superficie del río, después de haber dejado atrás la ciudad de Rahmania, en la margen izquierda del Nilo, y Disuk, en la orilla derecha, el capitán ordenó echar el ancla en un remanso que hacía la corriente en la ribera izquierda. Allí pasamos la noche martirizados por las picaduras de miríadas de mosquitos que no pudieron ser espantados, aunque unos tripulantes quemaron excrementos secos de vaca para poder ahuyentarlos.

Al amanecer del día 5 de noviembre nos hicimos a la vela empujados por un viento que había desaparecido durante la noche, pero que me pareció que había despertado al mismo tiempo que los miles de seres humanos que poblábamos, en aquellos días, las

fecundas orillas de aquel gran y poderoso río. A las once de la mañana, dejando a un lado el pueblo de Mahala Abu Alí, en la orilla derecha, pasamos por Kafer Maguir, situado en el mismo lado del río, y por una serie de pequeñas aldeas. Me llamó la atención el gran número de palomares, que se asemejan a cúpulas muy esbeltas, situados sobre las azoteas de las casas en todos esos pueblos que, desde lejos, parecen pequeños alminares construidos unos al lado de los otros.

A las seis de la tarde pasamos ante el pueblo llamado Ad Dahriya, situado en la margen izquierda, aunque muy separado de la orilla del Nilo, en el que había establecido un campamento de soldados mamelucos. Estos, que se habían enfrentado durante años a los otomanos en Egipto, infundían pavor a los habitantes de las zonas en las que aún estaban establecidos. Por ese motivo, la tripulación de la *dahabiya* evitó acercar la embarcación a ese pueblo y navegó pegado a la orilla derecha del río hasta que se perdió de vista Ad Dahriya y el campamento de aquellos fieros guerreros.

A las ocho de la tarde llegamos a Nofa, situada en la margen derecha.

El capitán decidió continuar navegando unos kilómetros más antes de echar el ancla en la ribera para pasar la noche. Pero, quizás por un mal cálculo o porque ya había oscurecido, sufrimos un accidente que estuvo cerca de obligarnos a continuar el viaje por tierra. Cuando parecía que el barco había dado con un remanso cerca de la orilla, una violenta sacudida nos arrojó al suelo: la *dahabiya* había encallado en un saliente de tierra que se hallaba oculto debajo de la superficie del agua.

Como nada podían hacer los tripulantes en plena oscuridad, transcurrió la noche a la espera de que, con las primeras luces del día, se diera solución a aquel grave problema. Al amanecer, la tripulación intentó desencallar la embarcación, pero como sus esfuerzos fueron en vano, varios de los marineros bajaron a tierra y se acercaron a la aldea de Kafer el Baga, que se hallaba situada como a medio kilómetro, y convencieron a un grupo de árabes para que nos ayudaran. De esa manera se pudo sacar el navío de la apurada situación en la que se encontraba. Pero, como comenzó a

soplar un fuerte viento del este que entorpecía la navegación, nos vimos obligados a fondear junto a Kafer el Baga.

Bajamos a tierra para caminar y desentumecer los músculos, esperando que el viento volviera a soplar desde el norte y pudiéramos continuar navegando en dirección a El Cairo. A la una y media la ventisca había aflojado. Sin embargo, los tripulantes se vieron forzados a saltar a tierra, en la orilla derecha, y remolcar el barco con las cuerdas. Pero aquel viento contrario y la violenta corriente del río continuaban reteniendo nuestra marcha. A las cinco de la tarde no tuvo el capitán más remedio, al comprobar que era imposible continuar navegando, que echar el ancla y esperar que el viento, que había cesado por completo, volviera a soplar desde el norte.

Cerca de nosotros se hallaban fondeados otros navíos esperando también que mejorasen las condiciones atmosféricas para continuar con la interrumpida navegación. Transcurridas unas dos horas, el capitán vino a informarnos de que un grupo de árabes armados, aguas arriba, en la margen izquierda, habían secuestrado un buque con pasajeros aquella madrugada y que disponían de dos chalupas armadas que podían utilizar para atacar nuestra embarcación.

A las seis y media se levantó una ligera brisa, lo que permitió a la *dahabiya* y a los otros tres navíos que estaban fondeados cerca de nosotros, a largar velas y avanzar sobre la superficie del río. Una hora más tarde dejábamos atrás el pueblo de Zaira, en la margen derecha, y a las ocho y media, el capitán mandó echar el ancla en las proximidades de Tinub, en la misma orilla. En ese lugar pasamos la noche.

Amanecía el día 7 de noviembre.

Pero cuando creíamos que íbamos a reemprender la navegación, se desató una fuerte borrasca desde el sudoeste que nos mantuvo anclados en Tinub hasta las dos y media, cuando el viento se atemperó y roló hacia el norte. Entonces, el capitán ordenó izar las velas y el barco se movió dirigiéndose en dirección sur, siguiendo de cerca la ribera derecha por temor a los árabes armados que se hallaban apostados en la orilla izquierda. A las cuatro, estábamos frente a Zauia, un poblado situado en la misma orilla del río. En esa

población no había ni una casa en cuya azotea no se alzaran varios de los palomares o columbarios que habíamos visto en otras aldeas anteriores. Estos tenían unos tres metros de diámetro en la base y se levantaban unos seis metros sobre el tejado de las viviendas. Se podría decir que era una población de palomas que convivían con los seres humanos, sus dueños.

Al caer la noche, las tripulaciones de los cuatro navíos, que continuábamos navegando juntos, empuñaron sus armas y se apostaron en las proas de las embarcaciones para estar preparados y poder defendernos de un posible ataque de los árabes que, según decían, se hallaban en la orilla opuesta. Esta medida ya había sido tomada unas horas antes, cuando embocamos el canal de Menuf. Consistía este desvío en un brazo del río que se separaba, en dirección sudeste, del curso principal del Nilo. Llevaba directamente a El Cairo, pero navegar por él resultaba peligroso, pues era estrecho y se adentraba en las tierras orientales en las que tienen sus aldeas y viven los árabes que acostumbran a asaltar a las embarcaciones con pasajeros o mercancías que surcan las aguas del río Nilo, bien en dirección norte o navegando hacia el sur.

Al amanecer del día siguiente, antes del alba, nos hicimos a la vela.

El canal tenía entre ochenta y cien metros de anchura y navegar por él hubiera sido bastante cómodo, si no hubiera sido porque nos enfrentamos a una calma absoluta, lo que obligó a los tripulantes, como en tantas otras ocasiones, a bajar a tierra y remolcar el barco, sin descartar el temor de ser atacados por los bandidos. Como esa manera de navegar era muy lenta, no alcanzamos la población de Menuf hasta el mediodía. Pero, cuando estábamos atracados en su muelle, sucedió un extraño suceso; se acercó un grupo de soldados albaneses con la intención de embarcar en nuestra *dahabiya* para viajar con nosotros hasta El Cairo. Como el capitán se opuso, intentaron forzar a los tripulantes con violencia y subir al navío por la fuerza. Entonces decidí tomar cartas en el asunto. Mandé a mi criado Ahmed a la casa del gobernador para que le dijera quiénes éramos los que viajábamos en aquella embarcación y cómo nos negábamos a permitir que subiera a ella tan gran número de soldados. No hizo falta esperar la respuesta del gobernador porque,

antes de que retornara Ahmed, los albaneses habían abandonado el muelle.

Tras permanecer una hora en Menuf, continuamos la navegación remolcados por los esforzados tripulantes, hasta que, al llegar la noche, fondeamos y anclamos en el canal, en un lugar tranquilo y seguro.

A las siete de la mañana del día 9 levamos ancla y emprendimos la navegación de la misma manera que la jornada anterior: remolcando el navío con cuerdas porque el viento seguía sin aparecer. A las nueve, usando mis anteojos, pude divisar en la lejanía y entre la bruma, las colinas que rodean El Cairo por el este. Una hora y media más tarde, el canal acababa, desembocando en el brazo occidental del Nilo que se dirige a la ciudad de Damieta. A las doce fondeamos en ese brazo del río desde donde se podían ver las dos grandes pirámides, aunque distantes aún unos sesenta kilómetros. Una media hora después el capitán dio la orden de izar las velas, que se hincharon impelidas por un viento suave, pero suficiente para que no hiciera falta remolcar el navío desde tierra. Un poco más adelante llegamos a Shubra, situada en la parte derecha del río, desde donde pude divisar, con mis anteojos, la tercera pirámide.

A las cuatro y cuarto, pasamos por delante de la población de Darawa, situada en el extremo sur del delta, en el punto donde se separan los dos brazos del Nilo. Seis horas más tarde, ya de noche, fondeamos felizmente y yo pleno de satisfacción, en Bulak, que es el puerto de El Cairo.

Al día siguiente, 10 de noviembre del año 1806, antes de desembarcar, envié un mensaje anunciándole mi llegada al jeque El-Metluti, segundo personaje más importante de la ciudad, que era *shij el mogharba*, es decir, jefe de los magrebíes occidentales, con el que yo me había carteado desde Marruecos. Este se lo debió transmitir inmediatamente a Sidi Omar el-Makram, primer jeque de El Cairo, el cual, media hora más tarde, mandó al puerto varios camellos para que transportaran mis pertenencias. Sidi Omar acudió, acompañado de los jeques El-Emir, Solimán el-Fayumi y el venerable jeque Sadat al muelle para recibirme y conducirme a su casa en la que había preparado varias habitaciones para mí y para mis criados.

Estando establecido en la mansión del generoso jeque principal de la ciudad, recibí la inesperada y muy agradable sorpresa de que se presentara ante mí Sidi Mulay Salama, hermano del sultán-emperador de Marruecos, del que me había distanciado —por los motivos que el lector sabrá comprender—, pero que continuaba teniendo muy buenas relaciones con algunos miembros de su familia, como el bondadoso y leal Mulay Abdesalam. Tanto las facciones de Sidi Mulay Salama como sus actitudes y el tono mesurado de su voz me recordaban a las de este querido y respetado príncipe, su hermano ciego. Nos sentamos, cogidos cariñosamente de las manos, en el gabinete que antecedía a mis habitaciones, pero no pudimos articular palabras durante un buen rato, tanta era la emoción que nos embargaba.

—Apreciado sidi Alí Bey: sabía, por confidencia de mi hermano Mulay Abdesalam, que habías emprendido el viaje para cumplir con uno de los mandatos de nuestro Profeta, como es la Peregrinación a la Ciudad Santa, pero no esperaba poder recibirte en El Cairo habiendo transcurrido tan poco tiempo desde que abandonaste Marruecos —me dijo, al cabo de un tiempo.

—Ha sido un viaje placentero y con escasas incidencias negativas, sidi Mulay Salama. Pero aún hubiera podido llegar a esta ciudad hace tres meses, si no me hubiera visto obligado a permanecer en la isla de Chipre todo ese tiempo antes de poder embarcar para arribar a Alejandría.

Aquel día almorzamos juntos, acompañados de Sidi Omar, El-Emir, Solimán el-Fayumi y el jeque Sadat. Después me retiré a descansar tras haber ordenado a Ahmed, Habib y Walid, que colocaran mis vestiduras y objetos personales en los armarios y baúles que había en la habitación; pero que no tocaran nada de lo que guardaba en mis dos arcones, que habían sido trasladados hasta la vivienda por varios mozos de cuerda desde el puerto. Luego me acosté, pues estaba agotado a causa de aquellos tensos días de navegación por el Nilo.

Mulay Salama era mayor que Sidi Mulay Sulaymán, el actual soberano. Pero, a diferencia de lo que sucede en las naciones europeas, el mayorazgo no cuenta en el reino de Marruecos, donde

ninguna ley regula el derecho de sucesión al trono. Solo la fuerza, el apoyo de los jeques tribales y la influencia de los jefes de las poderosas *zawiyas,* determinan cuál de los pretendientes accede, al final, a la máxima magistratura del sultanato. Mulay Salama, tras reinar durante unos meses, fue destituido por su hermano y obligado a renunciar al trono. Tuvo que refugiarse con su familia en El Cairo, ciudad que lo acogió y en la que vive a expensa de la generosidad de los jeques de la ciudad. Triste historia la de este buen musulmán y la de su familia.

En los días que siguieron, devolví mis visitas a los jeques de la ciudad y, acompañado de Sidi Omar, fui recibido por el gran pachá, Sidi Mohamed Alí, a quien entregué la carta de recomendación que me había dado para él El Hajj Mohamed, gran almirante de flota turca. Pude observar que este príncipe era todavía joven. Luego me dijo Sidi Omar que no había cumplido aún los cuarenta años. Posee una estatura baja, defecto que compensa con una mirada altiva que emana bravura y seguridad en sí mismo. Tiene el rostro marcado por la viruela. Me pareció que no carecía de inteligencia y sentido común, aunque le faltaba instrucción y conocimientos de los grandes asuntos que mueven el mundo. Sin embargo, en opinión de Sidi Omar, era un buen gobernante que se preocupaba por atender las necesidades de su pueblo. Está al mando de unos cinco mil soldados albaneses que son los que controlan y mantienen la paz en todo Egipto bajo la autoridad y el respaldo de la Sublime Puerta. La población soporta las exigencias y, a veces, las violencias de estos albaneses, pero me aseguran mis amigos los jeques, que los prefieren antes que estar sometidos a los crueles mamelucos, como había sucedido en el pasado.

En El Cairo vi muchas calles estrechas, pero las había también anchas, comparables a las mejores alamedas de Europa. En algunas de las más angostas, los edificios, de varias plantas, como ocurre en ciertos pueblos de Andalucía, casi se tocan en los pisos superiores, estando, a veces, separados sólo unos diez centímetros. Este sistema es agradable para los viandantes, porque les proporciona sombra, algo de agradecer en los países cálidos.

Aseguran que los veranos son muy cálidos en El Cairo. Pero yo creo

que las altas temperaturas deben suavizarse por el tipo de viviendas, que disponen de aberturas o vanos muy bien estudiados para permitir que circulen corrientes de aire. A ese detalle se ha de añadir la estrechez y lo sombría de las calles que no dejan pasar los rayos del sol hasta el pavimento.

En la ciudad de El Cairo hay varias mezquitas de mérito.

La gran mezquita al-Azhar, con sus múltiples alminares, es verdaderamente impresionante por su extensión y su historia. En ella se congregan los consejeros del cadí y, también, se reúnen los mejores eruditos de la ciudad para ofrecer a los fieles sus lecturas coránicas o impartir lecciones acerca de la ley islámica. Antes de abandonar Marruecos procuré informarme, leyendo los escritos de antiguos viajeros árabes, conservados en la biblioteca de Fez, sobre los monumentos antiguos que me iba a encontrar en Oriente. Por ellos supe que la mezquita al-Azhar fue construida por la dinastía fatimí en el siglo décimo, pero que su actual magnificencia, así como el añadido de los esbeltos alminares, se deben a ampliaciones realizadas siglos más tarde.

Otra de las mezquitas de la ciudad que goza de enorme predicamento entre los habitantes de El Cairo, es la llamada del sultán Hassán, que está rematada con una hermosísima cúpula. En ella dicen que se veneran los restos de un nieto del Profeta. Pero la que cuenta con mayor devoción entre los ciudadanos cairotas es la hermosa mezquita de Seida Zineb, que recibe ese nombre por la hermana de Alí, nieta del profeta Mahoma, que aseguran que es quien está sepultada en su interior.

Otra mezquita famosa es la del sultán Qalaun, que culmina en una cúpula sostenida por espléndidas columnas. Dentro de esta mezquita existe un hospital general para los enfermos pobres de ambos sexos y para los locos. Todos estos desdichados viven en la más espantosa miseria, mientras que el administrador del hospital hace ostentación de la mayor riqueza. Una vez que este me hubo enseñado las diversas dependencias de aquel hospital, sentí una gran pena por aquellos infelices y procedí a depositar en las manos del administrador una sustanciosa limosna, lo que lamenté cuando supe que la institución contaba con suficientes recursos para que los

pacientes recibieran un buen trato si la administración estuviera en manos honradas.

Pasé el Ramadán en aquella bulliciosa ciudad.

Durante ese período de tiempo las mezquitas, las calles y las casas permanecen bien iluminadas. En los salones de las personas pudientes se cuelgan guirnaldas de farolillos y vasos de cristal de diferentes colores llenos de aceite, encendidos y pendientes de aros de hierro. Todo eso produce un efecto de euforia y alegría general durante las noches, satisfecha y contenta la gente por poder comer y beber sin límites.

Transcurridos varios días, quise visitar las pirámides de Guiza, aquellos colosos, situados al otro lado del río, elevados por la mano del hombre. Sidi Omar intentó persuadirme para que abandonara esa idea, pues aseguraba que en los alrededores de las pirámides estaban asentados grupos de árabes rebeldes, fuertemente armados, siendo una temeridad acercarse a ellas, pues hacía menos de un mes habían sido robados y después degollados, varios extranjeros que desconocían la existencia de esa amenaza.

Como estaba deseoso de poder contemplar de cerca aquellas fabulosas y antiguas edificaciones, ignoré la recomendación del bueno de Sidi Omar y me dirigí a Guiza, acompañado de mis criados y de cinco hombres armados que me proporcionó el jeque El-Metluti, jefe de los magrebíes, hasta donde hubiera sido imprudente avanzar más. Desde ese punto, a medio kilómetro de las pirámides, se divisaba una partida de jinetes que, según dijo uno de los hombres de Sidi Omar, estaban deseosos de venganza, porque unos días antes los soldados albaneses de Guiza les habían robado una manada de camellos.

La imaginación no puede bastar, sin la ayuda del tacto, para formarse una idea justa y precisa de esas inmensas edificaciones, de la gran columna de Pompeyo y de cualquier otro objeto de forma y dimensiones insólitas. Yo había traído mi telescopio acromático y mi anteojo militar de Dollond. Después de observar aquellos pétreos edificios, a base de comparaciones pude hacerme una idea, si no exacta —lo que es imposible cuando empleas sólo uno de tus sentidos— al menos muy aproximada de las enormes dimensiones

de las pirámides de Guiza. Baste con decir que son las mayores y más colosales masas de piedra labrada, construidas por manos humanas, que existen en el mundo.

Las pirámides de Guiza son tres. Dos de ellas considerablemente más voluminosas que la tercera; pero creo percibir que la diferencia de altura entre las dos grandes es menor que la que han indicado en sus escritos algunos viajeros. El dilema sobre el destino de estas construcciones parece que ha quedado resuelto; fueron levantadas para servir de última morada a soberanos que, llevando más allá de la muerte la enorme distinción de su rango, por encima de su pueblo sometido, hacían elevar sus restos mortales hacia el cielo, mientras que los cuerpos de sus súbditos eran sepultados en pozos de momias. Así es el hombre, sobre todo el hombre poderoso.

Es cosa sabida que no existe en estos monumentos antiguos inscripción alguna, ningún jeroglífico que pudiera ofrecer algún dato sobre la época de su construcción. La gran pirámide se atribuye al faraón Keops, que vivió unos ochocientos cincuenta años antes de la era cristiana; pero yo pienso que es más sensato situarla en un tiempo anterior al período histórico; pues, si fuese obra de dicho príncipe habría otros testimonios además del simple relato de Herodoto sobre un monumento que en su época, ya debía atraer la atención y la admiración de los hombres por su antigüedad[20]. Junto a las pirámides vi la esfinge, busto, también monumental, esculpido en una roca de enorme grosor, que los árabes llaman Abulhul. Podía distinguirse, perfectamente, el peinado, los ojos y la boca, pero estando casi enfrente, no pude verla de perfil como hubiera deseado.

A mi vuelta de Guiza visité la isla de Roda, en el Nilo, muy cerca de su margen derecha.

Uno de los servidores de Sidi Omar me condujo hasta el extremo meridional de dicha isla, porque quería enseñarme una invención de los antiguos egipcios —me dijo— que ya no se utilizaba y que yo, sin embargo, conocía por haberlo leído en los textos de algunos viajeros. Se trataba de lo que se ha dado en llamar un nilómetro. Consistía en una habitación, excavada en el subsuelo hasta llegar a

la orilla del río, en la que había una gran columna y una escalera que descendía hasta la base de la estancia. La columna, conocida como *mikias,* se dividía en codos y dedos, y estaba destinada a medir a diario el nivel que alcanza el caudal del Nilo en la época de la inundación. Con las cifras obtenidas se podía calcular el momento adecuado para sembrar la siguiente cosecha en la tierra fertilizada por la avenida de las aguas enriquecidas con el limo y otras materias fertilizantes. Desgraciadamente, pude comprobar que aquel *mikias* o nilómetro se encontraba abandonado, y lo mismo ocurría con otros que se hallaban a lo largo del río y que los agricultores no los utilizaban, porque desconocían el modo de calcular el momento de la siembra de acuerdo con la información aportada por los *mikias*. Vi cómo se aceleraba la ruina de unos edificios que, durante muchos siglos, habían contribuido a la gloria y la prosperidad de Egipto. Aunque los franceses, durante su ocupación del país, se esforzaron por restaurar y mantener activos esos nilómetros, cuando abandonaron Egipto su obra quedó en el olvido.

Un monumento de esta clase, en un país donde las cosechas dependieran de la lluvia, sería innecesario e insignificante; pero en Egipto, donde la abundancia o la escasez guardan una relación directa con el nivel de la crecida del Nilo, el instrumento destinado a medir esa crecida del río debería ser de la mayor importancia para unas autoridades inteligentes, pues facilitaría un medio seguro de prepararse contra los desastres que son inevitables en otros países en los que no se puede conocer el grado de abundancia o de escasez de la cosechas hasta el momento mismo de la recolección.

Acabada mis observaciones de las grandiosas pirámides y mis meditaciones sobre la importancia de aquellos maravillosos y útiles nilómetros, y haber despedido a los hombres de la escolta proporcionada por Sidi Omar, me trasladé con mis criados a El Cairo Viejo, antiguo arrabal situado en la margen derecha del río, frente a la isla y a Guiza. Me contaron que aquel suburbio era, antes, más selecto y agradable que El Cairo, gracias al gran número de casas de recreo, con exuberantes jardines, que las familias acomodadas de la ciudad habían edificado en ese lugar.

Aunque hay algunas viviendas abandonadas, que son expoliadas en

sus materiales constructivos por soldados albaneses desaprensivos, la mayor parte de los inmuebles está muy bien conservada y los mercados públicos se ven bien abastecidos. En esa zona de la ciudad se encuentran los conventos e iglesias de los diferentes ritos cristianos. Visité el monasterio ortodoxo griego, que está ubicado sobre una terraza alta desde la que se podían ver las pirámides de Saqqara, una de ellas con escalones de piedra. En el interior del monasterio hay una imagen de San Jorge, santo muy venerado en el país. Los monjes me aseguraron que este santo hace curaciones milagrosas, cualquiera que sea la religión que profesan o el rito que siguen los enfermos que se acercan para solicitar ser curados.

Habiendo ido a visitar, por consejo de Sidi Omar, el convento de los cristianos coptos, los monjes me condujeron a una gruta, situada bajo el altar mayor, donde se cree que la familia de Jesús encontró asilo y un refugio seguro, cuando llegó a Egipto huyendo de la persecución de Herodes.

El arrabal más importante y poblado de El Cairo es el conocido como Bulak, situado a orillas del río que, como se ha dicho, es el puerto de la ciudad en el que atracan las embarcaciones que suben o bajan por el Nilo. El muelle y su fondeadero están siempre repletos de barcos que traen pasajeros o mercancías, o las embarcan para distribuirlas por todos los pueblos que bordean el río.

El camino de Bulak a El Cairo es magnífico desde que ha sido reparado y embellecido por los franceses.

Al tratar del comercio en este puerto, es necesario decir que no es ni la sombra de lo que fue, pues la inestabilidad provocada por la insurrección en el Alto Egipto, donde se han establecido los mamelucos con Ibrahim Bey y Osmán Bey Bardisi, ha hecho perder a El Cairo casi todo el comercio proveniente del África interior. Si a este grave problema se añade que las revueltas en Berbería impiden las salidas de las caravanas procedentes de Marruecos y que la guerra de Inglaterra ha acabado con todo el comercio en el mar Mediterráneo, tendremos las causas que han hecho descender, hasta casi desaparecer, el tráfico comercial exterior de Egipto y, por lo tanto, del puerto de El Cairo.

Por fortuna para los egipcios, el comercio interior es cada día más

floreciente, a pesar de la rebelión de los mamelucos en el Alto Egipto y de las circunstancias internacionales adversas. Por todo ello, no puedo sino admirar a este país y manifestar que Egipto posee una sociedad admirable y digna de respeto por sus numerosos recursos y por la laboriosidad de su gente; aunque, en ocasiones, sus gobernantes no merezcan mi admiración ni mis alabanzas.

Antes de abandonar El Cairo, quise saber qué delegación extranjera estaba encargada de los negocios de los españoles en El Cairo, porque no había un consulado de España en esa ciudad. En todo Egipto, solo el de Alejandría. Necesitaba enviar un informe a don Manuel Godoy sobre la situación comercial del país y las posibilidades que tendrían los mercaderes españoles de aprovechar la situación generada por la guerra con Inglaterra. Pero como no me fiaba de la correspondencia mandada a Europa desde una delegación consular que no fuera la española, decidí espera a estar en alguna ciudad de Arabia para mandar el citado informe al Príncipe de la Paz.

Finalizado el Ramadán el 11 de diciembre, comencé a hacer los preparativos para continuar mi viaje a La Meca.

Algunos de mis amigos escribieron a sus corresponsales en Suez, en Yedda y en La Meca para que me prepararan alojamiento y me procuraran protección en los lugares en los que me debería detener.

El lunes 15 de diciembre del año 1806 abandoné El Cairo con mis tres criados y una escolta que me proporcionó Sidi Omar, además de varios jeques que habían querido acompañarme durante algunos kilómetros, para dirigirme al puerto de Suez, en el que embarcaban los peregrinos que se dirigían a La Meca.

Marchábamos a caballo y en las tres mulas en las que cabalgaban Ahmed, Habib y Walid, más tres camellos que transportaban una parte de mi impedimenta y las dos tiendas de campaña; porque los dos arcones, mis colecciones de especímenes vegetales y de insectos y las cajas con las piedras raras y las conchas de moluscos, así como los catálogos de astronomía, excepto el astrolabio y el cuadrante, que decidí llevar conmigo para continuar realizando mis observaciones astronómicas, los había dejado en El Cairo para que el jeque El-Metluti lo enviara todo al consulado español de Alejandría.

Lo que sí iban en mi equipaje eran mi diario, los lápices de dibujo y los folios para escribir, si fuera necesario, los informes que debía enviar a Madrid a través de los consulados del reino de España, además de los citados aparatos de medición astronómica y atmosférica.

Trascurrida una media hora me despedí de los jeques y de los hombres de la escolta, pues no quería que se adentraran más en el desierto, y después de cabalgar durante unas tres horas, nos detuvimos en Ain Shams, donde decidí que pasaríamos la noche, para, en los días siguientes, solicitar autorización y unirme a la caravana que, según mis amigos, solía partir de esa población con destino a Suez.

---

19 Cuando Alí Bey menciona la margen izquierda o derecha del río Nilo, lo hace en el sentido de su desplazamiento en dirección sur; aunque generalmente las orillas izquierda y derecha de un río lo son en el sentido de la corriente en dirección a su desembocadura.

20 Herodoto, historiador griego que vivió en el siglo V antes de Cristo, visitó las pirámides y las atribuyó al faraón Keops y a sus descendientes. Sin embargo, es muy acertada la apreciación de Alí Bey al considerarlas mucho más antiguas, fuera del periodo histórico. Hoy se sabe que Keops vivió dos mil quinientos años antes de Cristo.

XIV
SUEZ Y YEDDA

Después de siete días de navegación por el río Nilo, desde Roseta a El Cairo, y de haber permanecido en esa populosa ciudad algo más de un mes, emprendimos una nueva etapa de nuestro viaje; en esta ocasión por el inhóspito desierto que separa la ciudad de las grandes pirámides y el puerto de Suez, en la parte más septentrional del golfo que se conoce con ese nombre. Según la Biblia de los hebreos, debió ser ese el lugar por donde el patriarca Moisés, con la ayuda de su dios Jehová, pudo cruzar las abiertas aguas del mar Rojo para conducir a su pueblo hasta la península del Sinaí y la Tierra Prometida.

Dos días estuvimos acampados en Ain Shams, esperando que se congregara una gran caravana para poder atravesar con ella el desierto sin temor a ser asaltados por los bandidos que, según Sidi Omar, se ocultan entre las dunas para sorprender, mientras duermen, a los incautos que osan viajar en soledad. Antes de iniciar de nuevo la marcha, acudieron a visitarme algunos de los amigos que dejé en El Cairo, entre ellos el cónsul de Francia, con el que había entablado una buena amistad cuando sondeé la posibilidad de enviar a Madrid el informe para don Manuel Godoy por medio de la valija diplomática del consulado francés. Venía acompañado de un numeroso séquito y de cinco mamelucos, renegados franceses, que estaban al servicio de Mohamed Alí. A estos les interrogué sobre su situación y me dijeron que, tras haber pertenecido al ejército de Napoleón, habían adoptado el turbante, estando muy bien considerados por el pachá, que les había dado casa para sus familias y una buena soldada. Además, disponían de magníficos caballos, estando bien equipados de uniformes y de armas.

El jueves 18, al amanecer y a una señal del que mandaba y dirigía la caravana, esta se puso en movimiento. Estaba formada por una larga fila de camellos y otras monturas que salían de sus respectivos campamentos para unirse a la hilera que, entre la cabeza y la cola,

alcanzaba casi medio kilómetro, formada por unos cinco mil camellos, y doscientos o trescientos caballos y acémilas. Todos sus componentes era gente de las diversas naciones musulmanas que iban en peregrinación a La Meca.

Hicimos alto en un *wadi* a unos catorce kilómetros de Ain Shams. Allí acampamos. A la mañana siguiente, al alba, nos preparamos para continuar la andanza. Como la caravana se desplazaba con mucha lentitud, a causa del gran número de animales y de personas de todas las edades que la componían, yo, montado en mi caballo y acompañado de mis criados, alcanzaba la cabeza, entretanto que ellos me colocaban una alfombrilla y una almohada al lado del camino. En ese lugar me sentaba durante algo más de tres cuarto de hora, que era el tiempo que tardaba la comitiva en desfilar; a continuación volvía a montar en mi caballo para retornar de nuevo a la cabeza de la caravana. Y así repetía la operación tres o cuatro veces al día, lo que hacía la marcha agradable y nada monótona.

Para librarme del ardiente sol, cuando iba subido en mi caballo, portaba la sombrilla o parasol de vivos colores que me había regalado el gobernador de Essauira. Los jefes de la caravana se acercaban para saludarme y mostrarme sus respetos, impresionados por la apariencia de aquel *bey,* que más parecía un pachá, pues nadie que no perteneciera a la realeza podía portar en Marruecos —como ya se ha dicho— sombrillas, de lo que deduje, que era muy posible que esa respetuosa costumbre también se siguiera en Egipto.

El desierto se compone, en una inmensa extensión, de suaves colinas de arena móvil, pues el viento las desplaza a su antojo, de tal manera que las que has contemplado antes de acostarte, a la mañana siguiente han desaparecido, siendo ocupadas por un paisaje totalmente diferente. No se ve ni el menor indicio de plantas, ni de animales, ni de insectos, que tan agobiantes son en las riberas del río Nilo, ni un pájaro. Solo, de vez en cuando, se divisa sobre alguna duna unos pequeños reptiles de color pardo, que rápidamente se ocultan enterrándose en la arena. En la lejanía se divisan las estribaciones del Gebel Mukatam, las montañas situadas al nordeste de El Cairo, que se prolongan hasta las proximidades de Suez.

El día 20 nos pusimos en camino antes de que amaneciera, pues esas primeras horas del día son las más agradables para cabalgar por el desierto, cuando aún el sol se muestra compasivo con los viajeros y se hace la andanza más llevadera. A mediodía, desde lo alto de una colina, pude contemplar la ciudad de Suez, todavía en la distancia. En ese momento, todos los que iban a caballo, así como los árabes que portaban armas, montados en camellos o dromedarios, se adelantaron a la caravana formando una especie de línea de batalla, para continuar avanzando en ese orden, actitud que no llegué a comprender. Transcurrido un cuarto de hora vimos a un tropel de gente a caballo que salía de Suez y venía a nuestro encuentro.

Ya nos estábamos preparando para defendernos, cuando nos percatamos de que eran soldados albaneses y un grupo de habitantes de Suez, que venían a recibirnos y a darnos la bienvenida. La alegría sustituyó al miedo, y pronto comenzaron los saludos y los efusivos abrazos de aquellos que se conocían de anteriores viajes. Todo ello, aderezado con el lanzamiento de disparos al aire de los soldados con unos largos fusiles, parecidos a las espingardas usadas por los soldados bereberes del sultán de Marruecos. A las dos de la tarde, envueltos por el ruido de los disparos y la algarabía producida por los gritos de los soldados y la gente que había salido de la ciudad, entramos en Suez.

Fui a alojarme con mis criados en una casa que me tenían preparada.

Suez es una pequeña ciudad, la mitad de ella en ruinas, en la que viven unos quinientos musulmanes y alrededor de treinta cristianos. Por su estratégica situación, en el extremo norte del mar Rojo, es la llave del Bajo Egipto, pues su puerto es el único que hay en esa parte del desierto, de donde pueden partir las embarcaciones con destino a las poblaciones situadas a lo largo de la costa de Arabia. Sin embargo, el puerto es muy malo y tiene muy escaso calado.

Las embarcaciones que navegan por el mar Rojo, llamadas *dhaws*, solo pueden acceder a él con la marea alta y después de haber descargado las mercancías que transportan. Estos *dhaws* tienen un único mástil y arbolan una vela cuadra, más ancha por su parte

izquierda que por la derecha, aunque sus tripulantes llevan otras dos velas latinas de recambio. Poseen una eslora de unos dieciocho metros, por siete u ocho de manga, y tienen un timón fijo en la popa. Admiten hasta cuarenta pasajeros con sus equipajes y las mercancías que quepan en la bodega. El verdadero puerto de Suez se encuentra a tres kilómetros hacia el sur. Es mejor que el de la ciudad. Tiene más calado y es accesible, incluso, para las grandes fragatas.

Las calles de la ciudad son regulares. Carecen de pavimentación, siendo su suelo la arena, lo que dificulta el desplazamiento de las bestias cargadas y, por supuesto, de cualquier clase de carros que utilicen ruedas. El mercado público está bien abastecido de productos alimenticios y de otros artículos. La mayor parte de los víveres llegan por mar desde las dos orillas, tanto de la de África como de la de Arabia. Los valles próximos al monte Sinaí proporcionan a Suez abundantes y excelentes frutas y legumbres. Pero la ciudad carece de agua potable. La tienen que traer de lejos. El único pozo de Suez, que da agua salobre, se encuentra a siete kilómetros de la ciudad, en el camino de El Cairo. La única agua buena es la que traen, en odres y cántaros, los aguadores desde las montañas del este, aunque cuesta muy cara y, aun así, como es tan escasa, ocasiona frecuentes discusiones y peleas para poder obtener el contenido de alguno de los odres.

En la ciudad manda un esclavo negro que ostenta el pomposo título de *agá*, con una treintena de soldados albaneses a sus órdenes. Su teniente de gobernador es, a su vez, el juez civil de la ciudad. Me dijeron que, tanto los soldados como las autoridades locales, se lucran con el contrabando, ganando por este medio mucho dinero, numerario del que carece la gente humilde de Suez, que puede sustentarse, a duras penas, con las piastras ganadas a la semana gracias al pequeño comercio y al trabajo que genera el trasiego de mercancías embarcadas o desembarcadas por su puerto.

Solo permanecí dos días en aquella ciudad.

El martes 23 de diciembre de 1806 embarcamos en un *dhaw* para realizar la travesía por el mar Rojo hasta la ciudad de Yedda, en la costa de Arabia. Las cuerdas o cabos de estas embarcaciones son de

corteza de palmera y las velas de algodón muy basto. Habíamos embarcado treinta y cinco personas, la mayor parte de ellas peregrinos, que con los catorce marineros completaban el cupo que permitía la nave si no se quería poner en riesgo su estabilidad. La única carga que portaba en la bodega eran varios sacos con monedas de plata acuñadas en El Cairo, sellados por los negociantes de esa ciudad y de Suez, dirigidos a sus corresponsales en Yedda.

Sin embargo, por causas que no logré averiguar, el *dhaw* permaneció anclado en el puerto durante tres días.

Por fin nos hicimos a la mar el 26, al anochecer.

Habiendo navegado durante toda la noche y todo el día, el navío echó el ancla a las cuatro de la tarde en un puerto de la costa de Arabia llamado Hammam Firaun, es decir, «Los Baños del Faraón». En las siguientes tres jornadas avanzamos con buen viento y la mar en calma, pasando por la ciudad de Tur y dejando atrás el cabo Ras Abu Mohamed para arribar, al atardecer del día 31 de diciembre, a un pequeño puerto, pero bien abrigado, en una de las islas Naamán o de los Avestruces, donde el navío echó el ancla. Al amanecer del día siguiente el barco se hizo a la vela navegando sin ningún incidente digno de mención durante toda la jornada, a excepción de una breve parada que se vio obligado a hacer cerca de la orilla para que los tripulantes pudieran cambiar la vela cuadra por una triangular, al haberse rasgado la que estaba izada en uno de sus extremos. Al anochecer fondeamos en un punto de la costa deshabitado, pero que el capitán, que conocía bien esa parte del mar Rojo, dijo que era un lugar seguro.

En los días en que continuamos la navegación por aquella costa desértica llegué a sentir miedo, aunque no quise exteriorizarlo ni manifestarlo para no alarmar a los demás pasajeros. Desplazarse por esas aguas repletas de rocas y de escollos que desaparecían bajo su superficie con la pleamar, pero que amenazaban con hacer a los barcos, inesperadas y peligrosas vías de agua, era en verdad para atemorizar a cualquiera. El capitán mantenía a cuatro o cinco hombres en la proa, atentos a la ruta que seguía el *dhaw* y que, con sus gritos, advertían al timonel cuando descubrían una roca con la que pudiera golpear el barco, indicándole que virara, bien a la

izquierda o bien a la derecha, para sortearla. Esta maniobra no siempre libraba del peligro de encallar a la embarcación, porque ese brusco viraje podría enviar el navío contra otro escollo que se hallaba oculto bajo el agua.

Cuando llegamos a Yedda, el capitán, antes de que abandonáramos el navío, me dijo que todos los años naufragaba un buen número de embarcaciones en ese mar, ocasionando la muerte de muchas personas. Para contrarrestar esa amenaza, los *dhaws* están diseñados de manera muy inteligente, pues poseen una falsa quilla por debajo de la verdadera para que el golpe sea más leve, proteja el casco del barco e impida que las tablas se rompan y el agua inunde la bodega.

Los barcos árabes que traen las preciosas mercancías de la India, de Persia o del Yemen, han de surcar constantemente este peligroso mar, expuestos, como refería el capitán de nuestra embarcación, a sufrir naufragios. No debe extrañar, por tanto, el elevadísimo precio que alcanzan los productos que llegan por mar desde esas regiones que están tan lejos de Egipto.

El día 3 de enero del año 1807 navegamos en medio de varias islas, que llaman Hamra. Cuando hubimos dejado atrás la mayor parte de ellas, después de ardua tarea de los esforzados tripulantes para esquivar los escollos que se presentaban a nuestro paso, el capitán dio la orden de echar el ancla junto a la última, que habilitaba una especie de rada o puerto natural, y ahí pasamos la noche.

Lo mismo tuvimos que hacer en la jornada siguiente, pues el barco hubo de navegar por unas aguas con remolinos y turbulencias, sembradas de escollos, muchos de ellos situados bajo la superficie y ocultos a la vista de los marineros vigías. Después de realizar una navegación temerosa, por el peligro de encallamiento, que obligaba a los tripulantes a mantenerse en constante alerta durante muchas horas, el capitán decidió, a eso de las tres de la tarde, dar por terminada tan agitada y agotadora jornada y fondear entre escollos junto a un islote que parecía un lugar seguro.

Pero las desgracias no habían acabado aún.

A media noche de ese día 5 se desató una furiosa borrasca. El viento incrementó su fuerza de tal modo que a las dos de la mañana

los embates del huracán amenazaban con romper los cables de las dos anclas, que los marineros habían tenido que lanzar para intentar fijar la embarcación. Pero todo resultó inútil porque no había transcurrido un cuarto de hora, cuando ambos cables se rompieron y el *dhaw* quedó a merced del violento temporal y de las olas.

El buque, sin gobierno, se desplazó, impelido por la galerna, en dirección a la playa cercana. Los pasajeros, arrojados sobre la cubierta lanzaban gritos desgarradores clamando a Dios y rogándole que los salvara o, al menos, que los recibiera en el Paraíso como buenos musulmanes que iban a cumplir con el sagrado mandato del Profeta haciendo la Peregrinación. Al cabo de unos minutos y aunque los marineros hacían cuanto podían para enderezar el rumbo de la nave y que volviera a dirigirse a alta mar, no pudieron evitar que el barco se lanzara con enorme violencia contra una roca, encallando y sufriendo una brecha en el casco por la que entraba el agua amenazando con hundirla. La tripulación no atendía a las órdenes del capitán, sino que gritaba desesperada, incrementado el pánico de los pasajeros.

—¡A la chalupa! — dijo a voz en grito el piloto, colocándose en el puente y asido a la balaustrada.

Entonces se organizó el pandemonio. Todo el mundo quería subir a la chalupa que varios marineros habían lanzado al mar, aún a riesgo de que el movimiento incontrolado del barco los arrojara al agua y se ahogaran. Los marineros jalaban de los cabos y algunos manejaban unos largos remos con la intención de poner la proa de la nave hacia el viento mientras que los pasajeros pasábamos de la cubierta del *dhaw* a la chalupa, pensando que en ella encontraríamos la salvación, aunque aquel desorden podría provocar el vuelco del bote auxiliar.

Viendo que aquella situación desesperada provocaría la zozobra del bote y el ahogamiento de todos los que íbamos a bordo, decidí tomar el mando y dando gritos ordené que la gente se calmara y se sentara en los bancos, mientras que, con mis criados tomábamos los remos y ayudábamos a otros pasajeros para que embarcaran en la inestable barca. Pero un enorme golpe de mar separó bruscamente la chalupa del *dhaw* y la lanzó lejos, en medio de la oscuridad. Nada

veíamos porque el cielo se había cubierto de nubes negras, la luna estaba desaparecida, la lluvia no cesaba y no sabía dónde se hallaba la costa y con ella nuestra salvación.

Al cabo de un rato de navegar sin rumbo, la lluvia cesó y se abrió un claro en el cielo por el que apareció la luna. Entonces descubrimos a nuestra izquierda la costa, como a un kilómetro, y hacia ella nos dirigimos remando desaforadamente. Pero la chalupa avanzaba muy lentamente porque la galerna la había inundado y el agua nos llegaba a las rodillas. Mas, en ese mismo instante de desesperación sucedió algo que nos llenó de alegría y de esperanza: a unos cien metros del bote apareció un *dhaw* que navegaba con la vela izada aprovechando que el viento y el temporal habían comenzado a amainar.

—¿Quiénes sois? ¿De qué barco procedéis? —gritó alguien, cuando el navío estuvo a unos veinte metros de la chalupa.

Y al mismo tiempo que nos hacían esas preguntas, unos tripulantes, viendo la grave situación en que nos hallábamos, nos lanzaban un cabo para que lo atáramos a la proa de la chalupa y así poder remolcarnos.

Una vez que el *dhaw* nos hubo rescatado, puso proa a un remanso o fondeadero situado en la costa de Arabia y, para nuestra sorpresa e inmensa alegría, allí se hallaba anclado nuestro navío que considerábamos hundido y que, milagrosamente, se había salvado de un naufragio que todos los que íbamos en la chalupa dábamos por seguro. Poco después nos encontrábamos a bordo de nuestro *dhaw* que, aunque con algunos desperfectos graves en el casco, estaba siendo reparado por los marineros.

Lo que había sucedido era que nuestro barco, sin anclas y con la vela inservible, había quedado al pairo, zarandeado por la borrasca, mientras que nuestra chalupa se alejaba en medio de la densa oscuridad. Pero cuando más desesperada era su situación —según me comentó nuestro capitán cuando nos hallábamos a salvo en el maltrecho navío—, apareció otro *dhaw* —que fue el que nos rescató — y que logró lanzarle unos cabos y conducirlo hasta el fondeadero donde lo encontramos. Al parecer, la avería sufrida no era tan grave

como a primera vista aparentaba y la estaban reparando para que pudiéramos continuar el viaje.

El suceso se saldó, únicamente, con la muerte de un pasajero que cayó al mar y se ahogó cuando intentaba embarcar en la chalupa.

Los atentos marineros del *dhaw* que nos rescató le proporcionaron a nuestro capitán un ancla y una vela de repuesto. Permanecimos fondeados en aquel lugar ese día y la noche siguiente, para dar tiempo a que los marineros repararan los destrozos ocasionados en el casco de nuestro buque y pudiéramos descansar, y que nos recuperáramos del agotamiento y el miedo sufridos en aquella terrible noche.

Al alba del día 6 de enero el capitán ordenó levar el ancla para que pudiéramos continuar tan accidentado viaje.

El 7, al atardecer, arribamos al puerto de Yanbu, ciudad grande, la más importante de la costa de Arabia después de Yedda.

El día siguiente lo emplearon el capitán y la tripulación para acabar la reparación del casco del navío y adquirir dos anclas nuevas para sustituir las dos perdidas durante el temporal. Las jornadas del viaje realizadas en los días 9, 10, 11 y 12 las hicimos por un mar en calma y con viento suave del noroeste. Esos plácidos días los pasaba en cubierta, defendido del intenso sol del trópico con mi sombrilla de colores, que mantenía a mi lado erguida y abierta mi fiel Ahmed. Me dediqué a escribir en mi diario todo lo acontecido en los últimos días, sobre todo, la descripción detallada de lo que sucedió en la noche del día 5, cuando estuvimos cerca de encontrarnos con nuestro Creador.

El día 12, al atardecer, comencé a sentir un dolor en el bajo vientre y observé que tenía una hinchazón considerable en la ingle izquierda. Pensé que podría deberse a una leve contusión o fractura provocada por las violentas sacudidas que tuvimos que soportar a bordo de la chalupa y los esfuerzos que hice para poder mantenerla a flote. Lo que más me preocupaba era que esa dolencia me impidiera montar a caballo, que era el medio que debía utilizar para trasladarme a La Meca desde el puerto de Yedda. Como desconocía el tratamiento que se debe aplicar en esos casos, procedí a colocarme en la zona dolorida vendas y compresas y a mantenerme

acostado en la postura más cómoda, sin moverme, hasta que llegáramos a Yedda.

Ese mismo día, a las diez de la mañana, arribamos a Rabigh, que es el límite norte donde comienza el *Bilad al-Haram*, es decir, la «Tierra Santa».

El barco quedó varado en la arena de la playa para facilitar a los peregrinos bajar a tierra y que pudiéramos realizar la ceremonia de peregrinaje llamada *iaharmo*, que consistía en hacer una ablución con agua dulce y, si no la había, con arena y, a continuación, recitar la plegaria, que el Corán tiene establecida para ese momento, mirando a La Meca y con la cabeza cubierta con un paño o toalla.

Como estaba enfermo y, aunque el motivo de aquel viaje era hacer la Peregrinación, no bajé del barco, pero sí realicé la ablución con la arena que me trajeron mis criados y recé la preceptiva plegaria. Esta ceremonia es considerada como el preludio de la entrada del peregrino en la Ciudad Santa.

A partir de ese momento no debemos afeitarnos más la cabeza hasta haber dado las siete vueltas a la Casa de Dios, tocado y besado la piedra negra, bebido agua del pozo sagrado y realizado siete veces el recorrido entre las colinas de Safa y Marua.

El día 13 de enero, a las tres de la tarde, dio término la travesía marítima cuando el capitán mandó echar el ancla en la rada de Yedda. Llenos de felicidad quedamos todos los que viajábamos en aquel *dhaw* por haber permitido el clementísimo Dios que hubiéramos desembarcado en aquella ciudad de Arabia conservando la vida y con la salud no muy quebrantada.

Enseguida mandé a Ahmed y a Habib a tierra con cartas para el comerciante Sidi Mohamed Nas, encargado de mis asuntos en aquella ciudad.

A eso de las cuatro me vinieron a buscar en un esquife que me trasladó a tierra, donde me esperaba el rico comerciante, el cual me saludó con mucho afecto, abrazándome como si me conociera de toda la vida. Me condujo a una mansión muy elegante, en la que me obsequió con una espléndida comida, interesándose vivamente, en la sobremesa, por cuanto nos había acaecido durante la travesía desde Suez.

A la puesta del sol, el barco hizo su entrada en el interior del puerto y, a la mañana siguiente, pudieron desembarcar mis tres criados con mis pertenencias y las dos tiendas de campaña que había decidido llevar conmigo hasta La Meca y que transportaron a la casa que la tarde anterior Sidi Mohamed Nas me había buscado en el centro de Yedda.

Aún me encontraba indispuesto y débil por los efectos de la dolencia que sufría, hasta el punto de que me costara trabajo moverme. Los primeros cuatro días de mi estancia en Yedda los pasé en cama con fiebre, a pesar de lo cual el viernes me dirigí a la mezquita para rezar la oración y escuchar el sermón del imán, aunque me llevé una desagradable sorpresa.

Al día siguiente de mi llegada, el gobernador de la región, que era un hombre negro, esclavo del sultán jerife de La Meca, me mandó decir que había oído que yo tenía dos buenas sillas de montar y que deseaba verlas. Estaba claro que el objeto de esa petición no era otro que, al menos, una de ellas se la diera como regalo. Pero como no había recibido de ese personaje ninguna muestra de respeto ni afecto y no necesitaba de su benevolencia para poder continuar mi viaje, ordené a Ahmed y a Walid que le llevaran ambas sillas, que se las enseñaran, y que, luego, retornaran con ellas a nuestra casa. El gobernador, una vez que hubo mirado con detenimiento las dos sillas —me dijo Ahmed—, le hizo una insinuación sobre lo que agradecería tener una de ellas para su caballo, a lo que mi criado, siguiendo mis órdenes, fingió no haber oído nada, volviendo a la casa con las dos sillas.

Pero el gobernador, dolido en su autoridad y en su orgullo, buscó la manera de vengarse de mí. Yo, cuando acudía los viernes a rezar a la mezquita, acostumbraba a enviar, una hora antes, a uno de mis criados portando mi alfombrilla para que la situara cerca del lugar que iba a ocupar el imán. Así, cuando llegaba, la tenía siempre en un sitio preferente de la sala de oración. Hasta ese día todo el mundo había respetado el lugar elegido para mi estera. Pero aconteció que el viernes que acudí a la mezquita de Yedda, entró el vengativo gobernador acompañado de varios soldados y, uno de ellos me dijo que apartara mi alfombra, pues ése era el sitio que

ocupaba el señor gobernador. Yo hice lo que me mandaba para no provocar un innecesario escándalo en aquella mezquita llena de fieles, porque podría haber alegado que se despreciaba el rezo del hijo de Osmán Bey el Abbassí.

—Sidi, recibid como regalo esta lujosa alfombra en la que, como hijo de un príncipe que soy, acostumbro a rezar. Os la doy para vuestro servicio en esta mezquita, pues he decidido no volver a rezar nunca más en ella —le dije al imán, al acabar la oración, sin poder reprimir mi enfado.

A continuación dejé unas limosnas para los pobres y salí de la mezquita acompañado de mis criados y de varias personas que habían presenciado la escena y que me sonreían para mostrar su apoyo a la decisión que había tomado.

Al llegar a casa me acosté, porque seguía padeciendo una fiebre alta que solo lograba rebajar ingiriendo una infusión de hierbas que mandé a Ahmed que comprara a un herbolario que me dijo Sidi Mohamed Nas que tenía su tienda en una de las calles céntricas de Yedda.

Yedda es una hermosa ciudad que cuenta con unos cinco mil habitantes. Es el centro del comercio del mar Rojo. Los barcos de Moka traen hasta su puerto su famoso café desde la costa del Yemen y otros productos de la India. Desde aquí se exporta a todos los puertos de la costa de Arabia y de África, sobre todo a Suez, que es la puerta de entrada a la populosa y rica ciudad de El Cairo. Las calles son regulares y anchas, y las casas, de dos, tres o cuatro plantas, están construidas con grandes piedras. Llamó mi atención el que todas poseían grandes ventanas, algunas con celosías. Pero lo que más me sorprendió fue que en el centro de la ciudad, en las calles principales, había viviendas de tres o cuatro pisos con grandes balcones o galerías en las fachadas de las plantas superiores constituidas por elegantes bastidores y placas de madera minuciosamente labradas.

Los mercados estaban bien abastecidos, aunque los precios de los productos hortícolas son muy elevados, lo que se explica porque en sus entornos no hay ríos, ni manantiales, ni huertos, y las frutas y las verduras las traen desde muy lejos. Como no hay agua corriente,

la venden hombres que muestran sus cántaros en la calle con las cabezas cubiertas por grandes sombreros de paja. Alrededor de esos puestos el aire está perfumado, porque, junto a los vasos en los que sirven el agua, tienen pequeños hornillos con incienso siempre ardiendo. Esa costumbre la emplean, también, en los cafés, las tiendas y en las casas de la gente acomodada, lo que hace que la ciudad sea conocida por sus embriagadores aromas.

La guarnición de Yedda está compuesta por doscientos soldados turcos y árabes, aunque su servicio militar deja mucho que desear: son indolentes y montan guardia en los lugares estipulados sin ningún interés ni orden. Se pasan el día y la noche tumbados, o sentados en las cafeterías jugando al ajedrez, fumando o tomando café. En Yedda no hay ningún europeo. Se ven algunos cristianos coptos confinados en sus pobres viviendas cerca del embarcadero. La persona más importante, por delante de Sidi Mohamed Nas, mi asesor, es un tal Sidi al-Arabí Yilani; un hombre que parece inteligente y hacendoso, que está relacionado con los ingleses, con los que realiza todos sus negocios.

Como mi caballo y las acémilas habían quedado en Suez, tuve que procurarme nuevas monturas para poder continuar el viaje hasta La Meca.

A pesar de mis esfuerzos, no hallé ningún caballo digno de ese nombre en la ciudad. Los buenos caballos árabes que localicé pertenecían todos a los ricos comerciantes y no estaban dispuestos a desprenderse de ellos. Lo mismo ocurría con las mulas, que no las había. Encontré algunos asnos, pequeños y famélicos incapaces de portar pesadas cargas. Lo que sí había eran numerosos camellos, que constituían las únicas buenas bestias de carga del país.

La costumbre de tener mujeres esclavas abisinias o negras es tan común, que el mismo día de mi llegada a Yedda lo primero que me propuso Sidi Mohamed Nas fue que comprara una esclava abisinia que me ofrecía, en el mismo puerto, un árabe que representaba a una corporación de esclavistas. Yo rechacé la oferta, aunque es un comercio que está permitido por la Ley, alegando que me hallaba en estado de penitencia durante mi Peregrinación y debía abstenerme de cualquier contacto con mujeres hasta que no hubiera besado la

piedra negra de la Kaaba y dado las preceptivas siete vueltas en torno a la Casa de Dios.

Me dijeron que la ciudad había sido en tiempos anteriores mucho más opulenta que en la época de mi visita, pero que la guerra de los wahabíes[21] la había hecho decaer considerablemente, pues sus atemorizados habitantes se habían visto obligados a recluirse en sus casas o emigrar por temor a aquellos violentos y exaltados musulmanes. Al mismo tiempo que la guerra en Europa, que había paralizado el comercio con Levante, las revoluciones en Egipto y Arabia, y las rebeliones en Berbería —sobre todo estas últimas—, habían impedido el comercio con Occidente y la llegada de peregrinos. Todos estos conflictos habían influido decididamente en la decadencia de Yedda.

El 20 de enero hice los preparativos con mis criados y dos árabes que nos iban a acompañar en esa última etapa del viaje, para emprender la marcha al día siguiente, en dirección al este, que era donde se hallaba La Meca.

Logré contratar los servicios de cinco camellos, pues, como ya he referido, en la ciudad no había caballos ni acémilas disponibles. Como todavía me encontraba muy débil, mis criados, ayudados por los árabes, construyeron una especie de jamuga o yacija con tablas, equipada con un colchón que constituía un catre o cabriolé, con un toldo de tela para librarme de los ardientes rayos del sol, que colocaron y ataron con cuerdas sobre el lomo de uno de los camellos. Este artefacto recibe el nombre de *shebría* y, a primera vista, parece muy cómodo para viajar, pues uno puede ir sentado a la sombra o recostado.

Pero, cuando el camello comenzó a caminar por el desierto, balanceándose como si fuera a bordo de un *dhaw*, ese movimiento, que yo experimentaba por primera vez en mi vida, me producía una sensación de mareo y ahogo que me obligaba a ordenar a los árabes que detuvieran la marcha del camello y dedicáramos una media hora al descanso. Ahmed me decía que si me asaltaba esa sensación de agotamiento era porque aún me hallaba enfermo y sufriendo algunos período febriles. Y debía ser cierto, porque cuando

emprendimos el viaje de vuelta hasta Yedda, no sentía ningún cansancio. Es más, me agradaba desplazarme a lomos de aquel camello, debajo del toldo que me proporcionaba una sombra de la que los demás miembros de la pequeña caravana no podían disfrutar.

El miércoles 21 de enero, a las tres de la tarde, emprendimos el viaje hacia La Meca después de despedirme de Sidi Mohamed Nas y agradecerle sus atenciones y las preciosas informaciones que me había proporcionado sobre aquella ciudad y sus costumbres, y que yo había anotado en mi diario para que mis futuros lectores pudieran conocer las maravillas y, también, los peligros que encontré a lo largo de mi accidentada, pero ansiada Peregrinación.

---

21 Los wahabíes representan una rama político-religiosa del Islam dentro del sunnismo, creada por Muhammad ibn ʻAbd al-Wahhab en Arabia, en la segunda mitad del siglo XVIII. Se caracterizan por aplicar con todo rigor la sharia, propugnando su expansión por los estados musulmanes por medio de sus mezquitas y centros de estudios islámicos. Enemigos acérrimos de los chiitas y del sufismo, a los que consideran ramas heréticas del Islam, no cesaron de perseguirlos, sobre todo, en la región de Arabia.

XV

LA CIUDAD SANTA DE LA MECA Y EL MONTE ARAFAT

A las ocho de la tarde, estando anocheciendo, tras haber atravesado una extensa llanura de dorada arena, calcinada por la sequedad atmosférica y el inclemente sol, llegamos al pie de unas montañas de escasa altura, formadas por macizos rocosos desprovistos, como el resto del paisaje, de cualquier señal de vegetación. A esa hora, era cuando la andanza se hacía más agradable, una vez que el sol se había ocultado por el oeste detrás de las lejanas tierras del Sudán, y la temperatura había descendido hasta alcanzar en el termómetro cifras soportables.

Decidido a aprovechar aquellas horas nocturnas apacibles y reconfortantes, ordené a los árabes, que eran los que nos guiaban, que continuáramos la marcha hasta que amaneciera. Pero, como, al parecer, no eran tan buenos conocedores de la ruta a seguir que nos habría de conducir hasta la Ciudad Santa como yo pensaba, se extraviaron en medio de la oscuridad. Por fortuna hice uso de mi brújula y les indiqué el camino que debían seguir, siempre en dirección al este. Una vez que hubieron recuperado la senda correcta, a las seis de la mañana, cuando ya comenzaba a amanecer, dimos con un antiguo *wadi* y allí, junto a un aduar formado por dos decenas de barracas, llamado El Hadda, donde había un pozo que resultó ser de agua muy salobre, acampamos. Afortunadamente había sido precavido y portábamos cuatro odres con agua que mandé comprar en Yedda.

No pude calcular con exactitud la distancia que habíamos recorrido, pero creí que estábamos a unos cuarenta y cinco kilómetros al este de Yedda.

El aduar se componía de cabañas redondas, de unos dos metros y medio de diámetro, hechas con palos, que presentan el techo cónico, cubierto con hojas de palmeras. En ellas viven los moradores

del aduar, aunque el conjunto está rodeado de otra serie de chozas deshabitadas. Cuando pregunté cuál era la función de aquellas cabañas que no se hallaban ocupadas, me dijeron que estaban reservadas para alojamiento de la gente que llegaba en las caravanas. Así fue como me alojé con mis criados y los árabes en varias de estas barracas, en las que pudimos conciliar un sueño reparador después de la andanza del día y de la noche anterior.

Intenté descubrir algún tipo huertos o espacios cultivados, pero sólo hallé en sus entornos raquíticos matojos sin flores ni frutos, de lo que deduje que aquella pobre gente, si quería ingerir verduras o frutas, además de la leche y la carne que le pudiera proporcionar la piara de cabras que poseían, las tenían que traer de Yedda o de La Meca. El aduar estaba situado —como se ha dicho—, en medio de un *wadi* por el que no debía haber corrido el agua durante siglos. Se extendía entre algunos montes descarnados, tan ausentes de vegetación como el resto del paisaje.

La manera en cómo dan de comer en este lugar a los camellos me pareció de interés y digna de describir para conocimiento de mis futuros lectores: en primer lugar se extiende en el suelo un mantel o un trozo de tela de forma circular de, aproximadamente, un metro y medio de diámetro; a continuación se pone en medio un haz de hierba dura y espinosa, cortada en pequeños trozos. Hechos estos preparativos, se trae un camello, al que se obliga a arrodillarse utilizando palabras amables delante de esta improvisada mesa; sucesivamente se trae un segundo animal y, luego, un tercero y un cuarto, que se arrodillan también ante tan escasa y poco suculenta comida. Entonces los cuatro camellos se aprestan a comer con una suerte de urbanidad y de orden admirables, tomando cada uno una porción pequeña de la hierba que tiene delante, sin escandalizar ni intentar coger la de su vecino. Si alguno se aproxima a la zona que corresponde a su compañero, este le gruñe de manera amigable y el infractor vuelve a comer del sitio que le ha correspondido. Este sorprendente modo de comportamiento del reino animal me hizo meditar sobre lo que, tan frecuentemente, nos tienen que enseñar las bestias de la naturaleza que consideramos carentes de alma y del sentido del respeto.

Antes de partir, a las tres de la tarde, volvimos a hacer la obligatoria ceremonia de la purificación como lo hicimos en Rabigh.

La ablución general la hice en agua sacada del pozo salobre y no sin dificultad, pues aquella mañana había sufrido un nuevo episodio de fiebre. Tras recitar la oración, semidesnudo, me cubrí con dos toallas sin costuras, una de ellas en torno a los riñones y, la otra, envolviéndome el resto del cuerpo pasándola por encima del hombro izquierdo y por debajo del brazo derecho. En ese estado de fervor religioso es necesario avanzar unos pasos en dirección a La Meca recitando la invocación *labaika*.

Para cumplir con el ritual, hay que conservar esa vestidura hasta la noche.

A las tres de la tarde nos pusimos en marcha hacia el este siguiendo un camino ancho y liso, bueno para desplazarse, sin duda, mandado reparar por el jeque de La Meca para que lo usaran los peregrinos; no sin antes haberme solicitado uno de los moradores del aduar una gratificación en pago por el alojamiento.

Cerca del anochecer nos topamos con una aldea deshabitada, con la mayor parte de sus casas demolidas y con señales de haber sufrido numerosos incendios. Uno de los árabes que nos acompañaban nos dijo que esa aldea, como otras de la región, había sido destruida por los rebeldes wahabíes hacía varios años, acusados sus moradores de irreverentes y blasfemos.

A las once y media nos internamos en una garganta muy larga y profunda en cuyas laderas crecían bosquecillos de árboles raquíticos.

El jueves, 23 de enero del año 1807 —14 del mes de *dhu al-kaada* del año 1221, de la hégira—, alcanzamos, a media noche, por la gracia de la Suprema Misericordia, las primeras casas de la ciudad santa de La Meca, quince meses después de haber abandonado Marruecos por el puerto de Larache, en el que acontecieron tan dolorosos y tristes sucesos que seguían acudiendo a mi mente para mi pesar.

Mientras escuchaba, desde lo alto de mi entoldado camello, la algarabía de los peregrinos, gozosos por haber concluido aquel viaje, y las expresiones de alegría de mis criados y de los árabes que nos habían guiado, mi pensamiento no podía apartarse de la ajada figura

de Fátima Mohana, arrojada sobre la arena de la playa lanzando desgarradores gritos, y los lamentos y el llanto de Tigmu y Laila, entretanto que los sayones del pérfido Salaui me arrastraban hasta la chalupa que me habría de conducir, casi sin aliento, a la fragata tripolitana.

Procuré que Ahmed, Habid y Walid, no percibieran las gruesas lágrimas que se desprendían de mis ojos y rodaban por mis mejillas. Aquel día, que debía haber sido de gozo y exaltación religiosa, se transformaba en triste y doloroso al recordar la felonía de los que decían ser mis amigos: el sultán Sidi Mulay Sulaymán y el poderoso y tornadizo ministro Sidi Mohamed Salaui.

A la entrada de la ciudad, junto a una de las puertas de ingreso, nos encontramos con varios árabes, que por su modo de hablar supe que procedían de Occidente, que se presentaban ante los peregrinos con jarritas que decían contener agua del pozo sagrado que dicen Zemzem, rogándome que bebiera de ellas, pero que despreciara la que me ofrecieran otros magrebíes que esperaban a los peregrinos, asegurando que serían ellos los que aprovisionarían mi casa con esa bendita agua libre de impurezas. Yo la rechacé, porque en Yedda me habían recomendado que no bebiera un agua de la que desconociera su procedencia.

No habíamos superado aún aquella caterva de aguadores, cuando nos asediaron varios ciudadanos ofreciéndose a buscarnos un lugar donde hospedarnos a buen precio. En La Meca, el alojamiento de los peregrinos es uno de los principales y más lucrativos negocios a los que se dedican sus habitantes. Pero las personas que se encargaban de mis asuntos desde Yedda, pusieron fin a las discusiones diciéndoles yo que ya disponía de una casa preparada por ellos. Se trataba de una vivienda amplia, para mí y mis criados, situada en una plazuela, cerca del templo de Dios y del palacio del sultán jerife.

Los peregrinos deben acceder a La Meca a pie. Sin embargo, en consideración a la debilidad que sufría a causa de mi enfermedad, que aún no había logrado superar, pude continuar montado sobre mi camello hasta llegar a la casa en la que nos íbamos a hospedar. Esta consideración también la recibían los peregrinos muy ancianos, los enfermos graves y los que sufrían algún grado de invalidez.

Una vez que nos hubimos instalado en la vivienda y descansado durante una hora, hicimos una ablución general y, a continuación, fui conducido al templo rodeado de una muchedumbre de peregrinos.

La persona encargada de guiarnos hasta la mezquita más sagrada del Islam, donde se halla la Kaaba, recitaba en voz alta diferentes oraciones mientras caminábamos. Nosotros las repetíamos en el mismo tono de salmodia. Como mi debilidad era aún grande, me desplazaba sostenido por Ahmed y Habib. Fue así como llegue al templo, girando hacia la calle principal, para acceder por la *Bab as-Salam* o Puerta del Saludo, que está situada en su ángulo septentrional. Por esa puerta dichosa era por la que, dicen, entraba el Santo Profeta en sus peregrinaciones y visitas al templo sagrado.

Tras quitarme las sandalias, entré por la citada puerta y, una vez superada la gran galería cubierta, accedimos al inmenso patio donde está la Casa de Dios. Entonces el guía hizo un ademán para que nos detuviéramos.

—¡Mira, mira, peregrino, la sagrada Casa de Dios! —dijo, señalando con su dedo índice hacia la Kaaba.

Los extasiados peregrinos que me rodeaban, el interminable pórtico de columnas, el extenso patio en cuyo centro de alzaba el sagrado Templo cubierto con la tela negra de arriba a abajo y rodeado de un círculo de lámparas encendidas, la hora intempestiva, el silencio de la noche y la voz del guía que clamaba inspirado, sin duda, por la divinidad, todo ello constituía un espectáculo maravilloso e imponente que no se borrará jamás de mi memoria.

Luego, entramos en el patio y caminamos por una estrecha calzada que conduce al ángulo norte de la Kaaba que estaba, como se ha dicho, en el centro de aquel amplio espacio rodeado por el pórtico de columnas. Antes de alcanzar la Casa de Dios nos hicieron pasar por debajo de una especie de arco de triunfo. Llegados a la Kaaba, rezamos una breve oración y besamos la piedra negra, que dicen los exégetas que fue traída por el ángel Gabriel, también llamada «piedra celeste»[22].

A continuación y, siempre con el guía en cabeza, y en el mismo

orden con que habíamos accedido al patio, los peregrinos, recitando plegarias en común, dimos la primera vuelta a la Casa de Dios.

La Kaaba es una torre casi cuadrangular, ubicada en el centro del patio de la mezquita, cubierta enteramente por una inmensa tela negra que solo deja al descubierto el zócalo del edificio, así como el espacio donde la piedra negra está incrustada en la pared, a la altura de un hombre, en el ángulo este; y otro espacio similar en el ángulo sur. Por la parte noroeste se levanta una especie de parapeto, a la altura de un antepecho, formando casi un semicírculo separado de la edificación, llamado *el hayar Ismail* o «las piedras de Ismael».

Después, hay que continuar con la ceremonia dando las siete vueltas preceptivas alrededor de la Kaaba. Cada una de ellas hay que iniciarla donde está la piedra negra y seguir en dirección este y sur por fuera de las piedras de Ismael. Al llegar al ángulo meridional, se extiende el brazo derecho y se pasa la mano por el mármol. Teniendo mucho cuidado para que la zona inferior de la túnica no roce el zócalo de la Kaaba.

—¡En el nombre de Dios. Dios es el más grande. Alabado sea Dios! —hay que decir, mientras nos tocamos el rostro y la barba.

—¡Oh, gran Dios: Sé conmigo. Dame el bien en este mundo y, también, en el otro! —se dice luego, continuando la marcha hacia el nordeste.

Cuando se pasa por delante de la piedra negra, se ha de levantar las manos, como al principio de la oración canónica, exclamando: ¡En el nombre de Dios. Dios es el más grande! Y se añade, con las manos bajadas: ¡Alabado sea Dios! Tras lo cual se besa la piedra, con lo que acaba la primera vuelta.

Y de esa manera se lleva a cabo el ritual de las siete vueltas.

La tradición determina que las últimas vueltas se den con paso rápido, quizás para evitar las aglomeraciones producidas por los cientos de peregrinos. Yo, como me encontraba muy débil, las di pausadamente.

Al final de la séptima y última vuelta, tras besar la piedra negra, se ha de recitar en común una breve plegaria, de pie, frente al muro de la Kaaba, entre la puerta y el lugar donde se halla la piedra negra. A

continuación, se pasa por una especie de pabellón, llamado *makán Ibrahim* o el lugar de Abraham, en el que se reza una oración en recuerdo de la que el profeta Mahoma acostumbraba a rezar en ese sitio.

Desde allí, el guía me condujo hasta el pozo Zemzem, del que se sacan varios cubos de agua que se ha de beber en tanta cantidad como nuestro estómago pueda admitir. Finalmente, se sale del templo por la Puerta de Safa y se sigue una calle estrecha que conduce al llamado *Jebel Safa* o Colina de Safa. Una vez que se ha alcanzado la cumbre de dicha colina, el peregrino ha de volver el rostro hacia la puerta del templo y, estando de pie, recitar una breve plegaria. Después tuve que dirigirme hacia la Colina de Marua y dar siete vueltas entre Safa y la citada colina recitando oraciones en voz alta.

Al finalizar el séptimo recorrido hasta Marua, hallé a unos barberos de pie, delante de unos sillones.

En uno de ellos tuve que sentarme para que me raparan la cabeza, como hacían con todos los peregrinos, trabajo que ejecutaban con gran maestría y rapidez, mientras recitaban oraciones que el peregrino ha de repetir palabra por palabra. Con esta operación terminan las primeras ceremonias de la peregrinación a La Meca.

Tradicionalmente, todos los musulmanes se dejan crecer un mechón de cabello en medio de la cabeza, pero como el reformador Muhammad ben ʻAbd al-Wahhab ha declarado que conservar ese mechón es un pecado y, puesto que los intransigentes wahabíes dominan el país, todo el mundo se ha de rapar la cabeza completamente. Me vi obligado, a mi pesar, a perder mi largo mechón bajo las manos y las tijeras inexorables del barbero.

Estaba despuntando el día cuando, habiendo cumplido los primeros deberes de la peregrinación, me dijeron que podía retirarme a descansar un rato.

Mas, estando cercana la hora de la oración de la mañana, preferí regresar al templo, aun cuando mi debilidad y cansancio se habían acentuado, y no volver a casa hasta las seis. Después de dormir unas cuantas horas, a las doce, me dirigí de nuevo a la sagrada mezquita para la plegaria pública del viernes, tras dar, por segunda

vez, las siete vueltas preceptivas a la Kaaba, recitar una oración privada y beber agua del pozo Zemzem.

El siguiente día, sábado 24 de enero del año 1807, se procedió a abrir la puerta de la Kaaba, lo que solo se hace tres veces al año. La primera vez es para que todos los hombres que están en La Meca puedan realizar sus oraciones en el interior de la Casa de Dios; la segunda, que tiene lugar al día siguiente, es para que lo puedan hacer las mujeres; y la tercera, cinco días más tarde, se dedica la jornada a lavar y purificar el interior del sagrado templo.

La puerta de la Kaaba está en la cara nordeste de la edificación, a poca distancia de la piedra negra, elevada unos dos metros por encima del suelo del gran patio del templo. Para poder acceder a ella se coloca una escalera de madera transportada sobre seis rodillos se bronce.

Ese día me dirigí a la mezquita para cumplimentar las siguientes ceremonias que exigían mi peregrinación. Como se había congregado una inmensa multitud de peregrinos, me vi obligado a permanecer en una especie de cobertizo, situado frente a la piedra negra, escoltado por la guardia de la Kaaba, formada por numerosos eunucos negros. Cuando el gentío hubo disminuido y se hacía más fluido el movimiento de la masa de peregrinos en el gran patio, unos guardias y mi guía, me condujeron al interior de la Casa de Dios. Una vez dentro, me situaron en el ángulo que mira al sur. En ese lugar, de pie y con el rostro apoyado en el muro, recité una oración en voz alta, tras lo cual procedí a rezar mi plegaria en silencio. Luego, me trasladé al ángulo que da al oeste y, a continuación, al que mira al norte, repitiendo las mismas oraciones. Allí besé la llave de plata de la Kaaba, que un hijo del jerife, sentado en un sillón, sostenía en sus manos, antes de abandonar la Casa de Dios escoltado por dos forzudos negros que apartaban a la multitud dando empujones para abrirme paso. Cuando estuve fuera de la Kaaba besé la piedra negra y volví a dar siete vueltas en torno a la Casa de Dios y, tras beber agua del pozo Zemzem, regresé a mi alojamiento agotado por el esfuerzo realizado, pues continuaba sufriendo breves episodios de fiebre.

Esa tarde recibí el aviso de que estuviera preparado para ser

presentado al sultán jerife del templo, que era un cargo importante, pero inferior al del gran sultán jerife de La Meca, personaje que ostentaba, en representación de la Sublime Puerta, el poder político y religioso en toda Arabia.

He de referir que el mismo día de mi llegada a La Meca había enviado a Ahmed al palacio de este poderoso personaje con el firmán que me había dado el pachá, almirante de la flota turca en Alejandría para él y el falso certificado que aseguraba ser yo descendiente de los califas abbassíes que habían gobernado todo el Islam desde Siria en el pasado. Como en ocasiones anteriores, ese documento, que me vinculaba con el respetado califa Abu al-Abbás, descendiente de Abbás, tío del Santo Profeta, me abría todas las puertas porque, en el imaginario colectivo de los dirigentes musulmanes, quien descendía de aquella poderosa y respetada familia, poseía *baraka* y debía ser considerado el primero entre los primeros, aunque solo fuera de una manera simbólica.

El *nekib al-asharaf* o jefe de los jerifes secundarios, vino a mi casa a recogerme y conducirme al palacio del jerife del templo.

Él subió la escalera de entrada, mientras que yo permanecía en la puerta esperando la orden que me permitiera acceder al interior de la mansión del jefe religioso de La Meca. Poco después, el encargado del pozo Zemzem, con el que ya había trabado cierta amistad, vino a recogerme y a acompañarme hasta una historiada puerta, ante la cual había dos guardias armados. La abrieron y mi guía me llevó, por un largo pasillo, hasta un amplio salón en el que se hallaba el sultán jerife. Entramos en él, no sin antes habernos descalzado y dejado las sandalias ante el umbral de la puerta. El jerife, llamado Galeb, estaba sentado al lado de una ventana rodeado de varias personas que permanecían de pie.

El sultán jerife Galeb era un hombre joven, de entre veintidós y veinticuatro años. De rostro agraciado y hermosos ojos. Lujosamente vestido. Era extremadamente cortés y educado, como pude comprobar cuando se dirigió a mí. Estaba dotado de un aire delicado y seductor, cualidades que hacen de un dirigente político o religioso, digno de respeto y confianza.

Una vez que lo hube saludado y besado el dorso de la mano, me

interrogó.

—¿Habláis el árabe?

—Sí, majestad —le contesté.

—¿Y el turco?

—El turco, no, mi señor.

—¿Solo el árabe?

—Sí, majestad.

—¿Y habláis la lengua de los cristianos? —volvió a preguntarme.

—Algunas de ellas.

—¿Cuál es vuestro país?

—Alepo.

El sultán jerife pensaba que yo era turco. De lo que colegí que no había leído mi falso certificado de ser descendiente de los califas sirios.

—¡Ah!, de Siria —dijo, y a continuación me preguntó— ¿Salisteis muy joven de vuestro país?

—Sí, majestad. Tenía unos quince años.

Y, a partir de ese momento, me vi obligado a pergeñar una inventada historia de mi vida para justificar cómo había acabado en tierra de cristianos y me encontraba ejerciendo de embajador del sultán de Marruecos y haciendo la Peregrinación a la Casa de Dios. A continuación hizo que me sentara a su lado.

—Sin duda deberéis tener noticias de la tierra de los cristianos —dijo el sultán jerife—. Referidme las últimas que os hayan llegado.

Para satisfacer su curiosidad le hice una exposición resumida del estado actual de las cosas en Europa.

—¿Sabéis leer y escribir el francés? — me preguntó, después de escuchar con gran atención cuanto le estaba relatando.

—Un poco, majestad —le respondí.

—Solo un poco, o bien….

—Un poco solamente, majestad.

—¿Cuáles son las lenguas que habláis y escribís mejor?

—El italiano y el español —le contesté.

Y continuamos conversando durante más de una hora sobre la situación de los países europeos, que parecía interesarle especialmente. Yo, hábilmente, procuré atraer su atención hacia la

política de España, pues, sin duda, era ese uno de los cometidos que me había encargado el Príncipe de la Paz, pensando que su conocimiento de la política y de los intereses comerciales españoles podrían beneficiar en el futuro a los mercaderes de mi país en Arabia y al prestigio político del reino de España, siempre en competencia con Inglaterra y con Francia.

A continuación el jerife se despidió de mí con frases muy agradables, agradeciéndome la información que le había proporcionado sobre las naciones de Europa.

El jefe del pozo Zemzem me acompañó hasta mi casa.

El funcionario encargado del pozo Zemzem, desde que hablé con él la primera vez para cumplir con uno de los rituales de la Peregrinación, me trató con amabilidad y cercanía, intentando ganarse mi amistad, lo que consiguió porque no cesaba en mostrarse servicial conmigo. Una tarde me ofreció una suculenta cena y, todas las mañanas me mandaba dos jarritas con el agua milagrosa del pozo que tenía el mandato de custodiar. Pero era un personaje siniestro y peligroso, pues se decía que, en ocasiones, envenenaba el agua que ofrecía a determinados peregrinos para matarlos. Indagué sobre ese desagradable asunto, que me llegó a preocupar, y pregunté a un alfaquí con el que había intimado que me confirmó lo que la gente, solapadamente, comentaba: todos los pachás y personajes importantes que recalaban en La Meca para hacer la Peregrinación, procuraban mantenerse alejados del jefe del pozo Zemzem —me dijo muy confidencialmente—. La más mínima sospecha de infidelidad o desafección hacia los wahabíes y sus intransigentes reformas, hacían que el gran sultán-jerife de La Meca —al que yo aún no conocía— diera la orden al encargado del pozo Zemzem de envenenar el agua que, obligatoriamente, debían ingerir todos los peregrinos. Esa perniciosa costumbre era conocida por las autoridades de Egipto y de Constantinopla, que enviaban para hacer la Peregrinación a las personas de las que querían deshacerse. Dichas muertes, acontecidas en un lugar tan alejado de El Cairo o de la capital Otomana, se consideraban desgraciados accidentes sufridos por altos dignatarios en el transcurso de aquel viaje de purificación espiritual.

Mis criados detestaban a este pérfido personaje, porque habían oído comentar sus criminales manejos entre los de su ralea. Yo, como era una persona relevante y muy conocida en aquella Corte político-religiosa, llegada de Occidente, donde la reforma wahabí era rechazada, no podía negarme a beber el agua que me ofrecía el encargado del pozo, ni rechazar las cenas con que me regalaba. Pero tenía siempre la precaución de llevar en el bolsillo varias dosis de zinc vitriólico, un vomitivo que sabía daba un excelente resultado en casos de envenenamiento por ingestión de alimentos, para poder usarlo en el momento que sintiera el más ligero indicio de ser envenado por aquel perverso y taimado personaje.

El lunes 29 de enero fue el día en el que se lavó y se purificó la Kaaba.

Dos horas después del amanecer, el joven jerife acudió al templo acompañado de una treintena de personas y de doce guardias armados, algunos eunucos negros y otros árabes, que llegaron a las inmediaciones de la Casa de Dios, rodeados de una gran multitud de peregrinos. El jerife entró en la Kaaba con los principales jefes de las tribus. La gente quería seguirles, pero los guardias negros se lo impedían dándole bastonazos y empujones. Yo me mantenía alejado de la puerta para evitar que la muchedumbre me arrojara al suelo y me pisara. Pero el jerife, que me había visto recular, dio una orden al encargado del Zemzem y éste me hizo señales con la mano para que me acercara.

En ese momento los aguadores del templo llegaron con sus odres llenos de agua sacada del pozo sagrado que entregaron a los guardias para que los introdujeran en la Kaaba. Algunos de ellos portaban escobillas hechas con hojas de palma. Los negros comenzaron a arrojar agua en el suelo de la Casa de Dios, que está cubierto de mármol. Otros la esparcían con las escobillas por el pavimento. Algunos echaban agua de rosas. El agua se deslizaba hasta un agujero que había debajo del umbral de la puerta. La muchedumbre de fieles se lanzaba para recogerla, mojarse con ella y beberla con avidez. Todos pensaban que aquella agua, que había servido para lavar el suelo de la Kaaba, era milagrosa y les podía deparar beneficios espirituales o materiales.

El encargado del pozo Zemzem, al verme lejos de la puerta y que no podía catar de aquella agua milagrosa, me envió a un criado con una jarrita repleta de agua que había mandado recoger para mí, y una taza. Yo bebí cuanto pude ingerir y me arrojé el resto por la cabeza, pues esa agua, aunque está sucia, lleva consigo la bendición de Dios y, además, está bien perfumada con el agua de rosas. Finalmente, ayudado por los guardias, pude acceder al interior de la Kaaba. No portaba más vestiduras que la camisa, una túnica de lana blanca sin mangas, el turbante y el jaique que me envolvía.

Vi como el joven jerife del templo barría personalmente la sala. En cuanto entré, un guardia me quitó el jaique y otro me dio un manojo de escobillas. Entonces, arrojaron gran cantidad de agua sobre el pavimento y me puse a barrer con ambas manos con mucha intensidad y devoción, a pesar de que el suelo estaba ya limpio y el mármol relucía como el cristal. Entretanto, el jerife había terminado su tarea y se hallaba de pie rezando. Una vez acabada su plegaria, se volvió hacia mí y dijo con fuerte voz: *jaddam Beit Alah al-haram*, que significaba, «servidor de la sagrada Casa de Dios». Entonces, todos los presentes alzaron las manos y expresaron su alegría felicitándome.

Me entregaron un poco de pasta de sándalo con dos de las escobillas que había utilizado en la limpieza de la Kaaba, que guardé como preciosas reliquias. Cuando logré abandonar la abarrotada Casa de Dios, me dirigí al *makán Ibrahim* para rezar allí una última oración. A continuación, el guardia que me había quitado el jaique me lo volvió a encasquetar y pude regresar a casa totalmente mojado.

Al día siguiente, que era martes, 3 de febrero, unos funcionarios del templo procedieron a cortar la gran tela negra que cubre la Kaaba por encima de la puerta alrededor de todo el edificio, de manera que el muro queda descubierto en su parte inferior. Con esta acción se completaba la ceremonia de purificación de la Casa de Dios.

Cuando me hallaba en mi mansión descansando, después de haber asistido, durante aquellos días, a las diferentes ceremonias que constituyen el complejo ritual de la Peregrinación, Ahmed y Habib

me comentaron cómo los funcionarios encargados de cortar la tela negra, tomaban retazos de ella y se los daban a los enardecidos peregrinos que rodeaban la Kaaba y que, éstos los guardaban con gran veneración en su seno, porque los consideraban reliquias que les recordarían siempre el *hajj*, haber cumplido con uno de los cinco pilares del islam.

Al recibir el trozo de tejido, cada uno de los agraciados entregaba al funcionario que les daba el retazo de tela una gratificación en monedas.

Al mediodía me asomé al balcón alarmado por el enorme tumulto y el ruido de cascos de caballos que se escuchaba procedentes de los alrededores del templo. Se trataba de un cuerpo de ejército de los wahabíes que entraba en La Meca para cumplir con su deber de la peregrinación, aunque yo interpreté aquella invasión como un acto violento de esos fanáticos reformadores de tomar posesión de la Ciudad Santa.

Durante varios días más fueron llegando destacamentos de jinetes wahabíes armados hasta los dientes, ocupando diversos barrios de la ciudad que decían venir en cumplimiento del sagrado mandato de la peregrinación, aunque nadie dudaba de que sus intenciones estaba muy alejadas del fervor religioso que parecían mostrar. ¿Y qué hacía entretanto el sultán jerife del templo y, sobre todo, el poderoso gran sultán jerife de La Meca? Conscientes de la imposibilidad de resistir y oponerse a tan numerosas y aguerridas tropas, se mantenían encerrados en sus mansiones, temiendo una violenta reacción de los wahabíes si estos percibían cualquier intento de oposición o rebeldía. Los soldados árabes, turcos, magrebíes y los negros, sin embargo, permanecían en sus puestos ocupando las fortalezas y los cuarteles que había en la ciudad.

Mas, toda aquella tensión que podía haber desembocado en un grave conflicto y en una posterior matanza de inocentes —como había sucedido en otras ciudades de Arabia en años anteriores—, acabó, transcurridos varios días, cuando se iniciaron negociaciones entre las autoridades locales y los wahabíes. No supe nunca cuáles habían sido los resultados y las cláusulas acordadas en el transcurso de dichas negociaciones, pero lo que sí advertí es que la paz y la

tranquilidad retornaron a las calles de la ciudad y que los wahabíes se habían establecido en los castillos y los cuarteles de La Meca sustituyendo a los guardias negros y a los soldados árabes.

El gran día de la peregrinación al monte Arafat se había fijado para el martes 15 de febrero.

Yo partí el día antes por la tarde en la misma *shebría* instalada sobre un camello, tal como hice en el viaje desde Yedda.

Salí al campo por la puerta norte de La Meca y me dirigí hacia el este con mis criados, acompañado por una enorme multitud de peregrinos que, como yo, marchaban ilusionados hacia el monte Arafat, también conocido como el *Jebel ar-Rahmah* o Montaña de la Misericordia, donde, según los exégetas, Mahoma se despidió, al final de su vida, de los musulmanes que habían llegado haciendo la Peregrinación a La Meca. Pero antes de alcanzar ese sagrado monte, dimos con la montaña llamada *Jebel Nur*, o Montaña de la Luz, en cuya cumbre el ángel Gabriel hizo la revelación de Dios al Santo Profeta haciéndole entrega del primer capítulo del Corán.

Existía una capilla en la cima de esa montaña en la que los peregrinos se detenían para rezar antes de acometer la etapa que los llevaría hasta el monte Arafat. Pero hacía unos veinte años que los wahabíes la demolieron y pusieron unos soldados al pie del monte para impedir que pudieran acercarse para rezar unas oraciones que ʻAbd al-Wahhab había prohibido declarándolas meras supersticiones.

Siguiendo la ruta hacia el este-sureste, dimos con un manantial de agua dulce con unos estanques y abrevaderos hechos de piedra para que calmaran su sed los peregrinos, los camellos y los caballos. Poco después entramos en Mina. A la entrada de este pueblo existe una fuente rodeada de muros de piedra que aseguran fue el lugar donde el diablo se le apareció a Abraham. Mina es una población compuesta de una sola calle, pero tan larga que tardé más de veinte minutos en recorrerla. Algunas casas son buenas y hermosas; pero la mayoría de ellas están abandonadas y en ruinas. Una nueva y desalentadora muestra de las acciones cometidas por los wahabíes en los años precedentes.

A las tres y media ordené instalar el campamento en las afueras de

Mina, al lado de una mezquita. En ese lugar están obligados los peregrinos a pasar la noche y rezar en ella las oraciones preceptivas antes de continuar la marcha hacia el monte Arafat. Al poco rato, un destacamento de wahabíes, montados en dromedarios, a los que yo había dejado atrás al pie del *Jebel Nur*, acampó cerca de la puerta de la mezquita. No tardaron en llegar otros grupos de estos altivos soldados, quedando la llanura cubierta con las tiendas y las monturas de aquellos guerreros árabes.

Tras la puesta del sol llegó el sultán de los wahabíes, Saud, que fue recibido con grandes muestras de respeto y de sumisión por aquellos soldados que eran sus incondicionales y a los que, muchos árabes y los occidentales, temían como a la peste[23]. A lo largo de la tarde fueron arribando a la extensa llanura que rodeaba la mezquita una caravana de Trípoli y otras procedentes del Yemen; de magrebíes llegados por mar; otras del Alto y del Bajo Egipto; de peregrinos negros venidos del Sudán y de Abisinia, y de turcos de Constantinopla. Todos acampaban en aquel lugar porque, según la tradición, el Santo Profeta hacia lo mismo cuando se dirigía al monte Arafat.

A todo el mundo le extrañaba la ausencia de la gran caravana que, como cada año, venía de Damasco formada por cientos de hombres y de mujeres, y encabezada por el propio pachá. Este solía traer una rica alfombra que, anualmente, mandaba el sultán de Constantinopla para adornar el sepulcro de Mahoma.

Estando en el monte Arafat supimos qué era lo que había acontecido para que los peregrinos de Damasco no se hubieran unido a los que estábamos en Mina: los wahabíes los habían interceptado antes de que llegaran a Yedda, ordenando al pachá que retornara a su ciudad con los guerreros, sus armas y con las mujeres, llevándose la alfombra que iba destinada al sepulcro del Profeta; porque ellos consideraban esa costumbre un grave pecado que manchaba la pureza del Islam. Que podrían continuar la marcha como verdaderos creyentes y peregrinos si cumplían con lo que se les ordenaba. No queriendo el pachá aceptar ni someterse a esas severas condiciones ordenó a su gente volver a Damasco.

El martes 27 de febrero de 1807, a las seis de la mañana, nos pusimos en marcha y a las nueve, después de atravesar una garganta que separaba dos abruptas montañas, la caravana pudo continuar por un valle, tan árido y deshabitado como el resto del paisaje que nos rodeaba, que terminaba al pie del monte Arafat. Este monte es, quizás, el motivo principal de la peregrinación de los musulmanes; hasta el punto de que algunos doctores de la ley consideran que, en el supuesto de que la Casa de Dios dejara de existir, la peregrinación al monte Arafat sería tan meritoria como dar las siete vueltas a la Kaaba. Solo cuando se accede al monte Arafat se puede tener una idea de lo que representa el imponente espectáculo de contemplar el número incalculable de hombres de todas las naciones, de todos los colores y razas, venidos de los lugares más alejados de la Tierra, amenazados por mil peligros y sufriendo incontable fatigas para adorar juntos al único Dios.

El etíope o el negro de Guinea, confraternizando con el indio, el persa, el bereber y el marroquí, como individuos de una misma familia, unidos por los lazos de la religión y hablando, la mayoría de ellos, una misma lengua: la lengua sagrada surgida en Arabia en la que el Todopoderoso escribió el Libro Sagrado con la Revelación.

Comencé a subir los peldaños tallados en la roca y en parte construidos con mampostería, para poder llegar a la cumbre en la que hay una capilla. Pero no me pude acercar a ella, porque los wahabíes estaban demoliéndola. Y, también, porque los individuos que siguen el rito maliki[24] —que era el mío—, tienen prohibido el acceso a la cumbre del monte, según las instrucciones dadas por del imán ʻAbd al-Wahhab, fundador de la intransigente doctrina wahabí.

Según la tradición, fue en la cumbre del monte Arafat donde el padre común de todos los hombres encontró o reconoció a nuestra madre Eva tras una prolongada separación; por ese motivo el lugar fue llamado Arafat, que significa «Reconocimiento». Se cree que fue el propio Adán el que construyó la capilla que estaban demoliendo los wahabíes, aunque es una historia legendaria, que, sin duda, ha de ser analizada por las mentes instruidas antes de darla por cierta.

Hubiera deseado aproximarme a la tienda del sultán Saud para

poder conocerlo personalmente y saber de sus labios algunos aspectos que ignoraba de la decisiva reforma doctrinal acometida por el imán Muhammad ben al-Wahhab. Pero desistí y no quise hacer ese acercamiento al campamento de los wahabíes y a la lujosa tienda del sultán por las repercusiones que hubiera podido tener mi visita si llegaba a oídos del sultán jerife de La Meca, que no era un secreto que despreciaba y odiaba a los wahabíes; pues podía haber atribuido mi simple curiosidad por conocer a aquel relevante personaje a oscuros e inconfesables motivos políticos o religiosos.

Al día siguiente, miércoles 18 de febrero, primer día de la Pascua, ordené a mis criados y a los guías árabes que se habían hecho cargo de los camellos, que levantaran el campamento y emprendiéramos la marcha para volver a La Meca por el camino de Mina. Partimos a las cinco de la mañana para hacer la andanza favorecidos por el frescor del amanecer antes de que el sol se alzara por detrás de las montañas y nos castigara con su aliento terrible.

En cuanto llegamos a la casa del diablo, que está junto al pozo en el que dicen que el diablo se apareció a Abraham, mandé echar pie a tierra e instalar las tiendas de campaña. Llevábamos cada uno siete piedrecillas del tamaño de un garbanzo que habíamos recogido la noche anterior para tirarlas contra la casa. Los musulmanes que siguen el rito malikí, como yo, las arrojan, unas tras otra, al tiempo que pronunciamos cada vez, en voz alta, la jaculatoria: «En el nombre de Dios. Dios es el más grande». Luego me retiré a mi tienda para descansar, no sin antes haber realizado el sacrificio pascual como ordena la ley y la costumbre.

Los wahabíes también se acercan a la casa para tirar sus piedras, puesto que, aunque ellos se consideran los verdaderos reformadores del Islam, es una máxima del Profeta que ningún musulmán puede ignorar ni desobedecer.

El jueves 19 nos levantamos al despuntar el día para rezar la oración y, entonces, me di cuenta de que, en el transcurso de la noche, me habían robado mi maleta de cuero con mis libros y mis preciados papeles. La maleta contenía, también, un termómetro, la brújula, varias joyas de escaso valor, algunos dibujos y lo más valioso y que más me desasosegaba, mi sello personal y el lacre con

el que sellaba mi correspondencia, así como el astrolabio y el cuadrante con los que realizaba las observaciones astronómicas.

Ahmed, Habib y Walid, atónitos, se pusieron a buscar por todas partes, temiendo las consecuencias del robo, pues se culpaban por haber descuidado la vigilancia de mis pertenencias durante la noche, como yo les había recomendado con insistencia. Pero, en su descargo, he de decir que, como estaban muy cansados por las labores realizadas los días anteriores, y habían confiado en los soldados turcos y magrebíes del jerife que se hallaban a escasa distancia de nuestras tiendas, no habían podido evitar relajarse en su función de vigilancia.

Como parecía que nada podíamos hacer, me concentré en rezar la oración y, habiendo acabado el rezo, Ahmed, que se había dedicado a zascandilear, logró encontrar algunos de mis papeles tirados a unos cien metros de la tienda. Mis criados y algunos peregrinos que se unieron a la búsqueda, revisaron la zona y lograron recuperar la maleta abierta, con la cerradura forzada, mis libros y mis dibujos. Solo faltaban la brújula y mis tablas de logaritmos que estaban bien encuadernadas y los ladrones, en plena oscuridad, debieron confundir con un Corán. En una vaguada cercana Walid halló, entre unos matorrales, el termómetro, el astrolabio y el cuadrante.

El viernes, 20 de febrero, antes de partir, volvimos a repetir la ceremonia de las siete piedras arrojadas contra la casa del diablo y, a continuación, nos pusimos en marcha en dirección a La Meca, para, desde la Ciudad Santa, viajar hasta el puerto de Yedda, en el que deberíamos embarcar para regresar a la ciudad de Suez.

---

22 Recientes investigaciones aseguran que la «piedra negra» de la Kaaba es un meteorito que cayó en Arabia hace siglos. Quizás no está descaminada la denominación de «piedra celeste» que le dan Ali Bey y algunos exégetas.

23 Cuando Alí Bey menciona a los «occidentales» se está refiriendo a los musulmanes de Marruecos, los más reacios a seguir las reformas impuestas por la doctrina de los wahabíes.

24 El malikismo es una de las cuatro escuelas de jurisprudencia existentes dentro del Islam sunní. Fue fundada en el siglo VIII, por Malik ben Anás, imán de Medina. Se extendió por Occidente, sobre todo por la España musulmana (al-Ándalus), siendo la escuela a la que se adscribieron los emires y califas omeyas de Córdoba. Fue perseguida por los wahabíes que la consideraban herética.

XVI

YANBU Y EL FRACASADO VIAJE A MEDINA

Cuando entré de nuevo en la Ciudad Santa, lo primero que hice fue dirigirme al templo para dar las siete vueltas en torno a la Casa de Dios. A continuación, después de rezar la oración y beber el agua del pozo Zemzem, que me ofreció el encargado de distribuirla, salí por la puerta de Safa para concluir el ritual de la Peregrinación haciendo los siete recorridos entre Safa y Marua, tal como hice el día de mi llegada.

El domingo 22 de febrero la mayor parte de los peregrinos nos trasladamos a unos cinco kilómetros al oeste-noroeste de La Meca, donde se encuentra una mezquita casi en ruinas, que algunos llaman Al-Omra y, otros, mezquita de Aisha, la esposa del Profeta. Rezamos devotamente la oración y, luego, cada peregrino depositó tres piedras, una encima de las otras, cerca del oratorio. Después, nos dirigimos al lugar donde había vivido el infame Abu Yahal, encarnizado enemigo del profeta Mahoma. Allí, demostrando enorme cólera, lo maldijimos y le arrojamos siete piedras.

Concluidas las ceremonias de la Peregrinación y, convertido, por la voluntad del que todo lo puede, en *hajj*, que quiere decir, «el que ha hecho la Peregrinación», título honorífico que solo puede ostentar aquel que ha realizado y completado el viaje de consagración y perfeccionamiento espiritual, y cumplido con todas las ceremonias previstas en el ritual, después de permanecer descansando en La Meca ocho días más, el 2 de marzo del año 1807 abandoné la Ciudad Santa a las cinco y media de la tarde para dirigirme, acompañado de mis criados y de tres árabes encargados de los camellos y de la impedimenta, a Yedda.

Viajaba, como la vez anterior, en la *shebría* habilitada sobre uno de los camellos y a resguardo del ardiente sol por el toldo que la cubría.

Cuando anocheció, una suave brisa que soplaba desde el oeste

refrescó el ambiente, aunque la arena del desierto seguía arrojando sobre nosotros una flama que no cesó hasta bien entrada la noche. El cielo estaba limpio de nubes y la luna llena iluminaba el camino con un resplandor azulado. Pero trascurridas unas dos horas, el firmamento estrellado desapareció absorbido por un manto de nubes negras. Entonces, la oscuridad más absoluta nos invadió. Por fortuna, los guías árabes y la presencia de otras caravanas que nos precedían, nos señalaban la dirección que debíamos seguir.

A las cuatro de la madrugada llegamos a un aduar pobrísimo que se llamaba El Hadda, por el que ya habíamos pasado en el viaje de Yedda a La Meca. En las afueras de esa aldea hicimos alto y ordené instalar el campamento. Varias caravanas, formada cada una por unos doscientos o trescientos peregrinos que volvían a sus hogares, se aposentaron cerca de nosotros con sus camellos y sus equipajes. La oscuridad se disipó al poco, iluminado el lugar por los fuegos de decenas de hogueras. Permanecimos acampados en El Hadda todo el día 3 de marzo.

El termómetro —que no habían logrado robar los ladrones— señalaba, a las doce del mediodía, situado a la sombra y al aire libre, 31 grados centígrados, temperatura que me aseguraron los guías árabes que era muy suave gracias a la brisa que venía del mar; pero dijeron que, cuando soplaba el viento desde el desierto, se podían alcanzar los 56 grados. Y no se equivocaban los árabes, pues a la una y media el viento roló hacia el este y pude observar asombrado como el mercurio del termómetro ascendió hasta los 57 grados. ¿Puede la gente vivir en el interior de un horno?

A las tres de la tarde, aunque aún me encontraba enfermo, di la orden de levantar el campamento para continuar la marcha, pues estaba deseoso de llegar a Yedda y disfrutar de la brisa marina que, en ocasiones, soplaba en esa parte de la costa. Tras avanzar durante todo el día y la mayor parte de la noche siguiente, nos detuvimos en un *wadi*, aunque sin descabalgar, para esperar el amanecer.

Reemprendimos la andanza cuando aparecieron por oriente los primeros rayos del sol. Una hora más tarde entramos en Yedda, aunque no accedí a la ciudad con la salud recuperada, pues debido a

los balanceos del camello, había sufrido varios molestos episodios de vómitos en el camino entre La Meca y Yedda.

Habíamos tardado en hacer ese trayecto veintitrés horas cabalgando a lomos de los camellos y acompañados y escoltados por más de un millar de peregrinos.

Nos vimos obligados a permanecer en Yedda diecinueve días, lo que me incomodó, pues estaba deseoso de embarcar para poder continuar mi viaje.

Aquella retención estaba causada por el gran número de peregrinos que seguían llegando a la ciudad y que solicitaban al capitán del puerto poder embarcar en alguno de los pocos *dhaws* que zarpaban hacia el norte con destino a Rabigh, Yanbu o Al-Wahj. Sin embargo, aquella obligada espera, hospedado en una casa cerca del mar, sirvió para que recuperara mi debilitada salud y para poder hacer diversas mediciones astronómicas, pues quería confirmar la ubicación geográfica de La Meca y de Yedda, que conocía a través de los mapas y los gráficos hechos y publicados por la Sublime Puerta y por algunos geógrafos occidentales, de cuyas mediciones no me fiaba.

Así conseguí determinar una longitud para Yedda de 39 grados, 5 minutos y 56 segundos, al este del meridiano de Greenwich y una latitud de 21 grados, 32 minutos y 42 segundos, al norte. Lo mismo hice para conocer la ubicación exacta —obtenida con mis aparatos de medición— de La Meca, cifras que eran muy discutidas por los militares turcos y por algunos geógrafos que gozaban de notable reputación. Todas esas mediciones las anoté en mi diario pensando en trasladarlas a los geógrafos europeos que se dedicaban a esos asuntos cuando hubiera vuelto de mi viaje a Oriente.

En los días que estuve deambulando por la ciudad a la espera de que el capitán del puerto me comunicara cuándo podría embarcar, observé que los numerosos soldados turcos de Yedda y de La Meca, unos quinientos, abandonaban Tierra Santa por ese puerto. Y como tenían prioridad a la hora de embarcar, colegí que ése era otro de los motivos de que hubiera tanta gente a la espera de subir a una embarcación. Unos doscientos estaban en el muelle con las banderas desplegadas, a tambor batiente y armados hasta los

dientes, preparados para embarcar en cuatro *dhaws* que se hallaban atracados junto al pretil del muelle. Me dijeron que eran las tropas que enviaba el jerife para cobrar las contribuciones que le correspondían por ser propietario, en representación del sultán de Constantinopla, de algunas tierras situadas en África y en las islas de Suakín y de Massuana, ésta en la costa de Abisinia.

Me sorprendió saber que el sultán Saud había prohibido, tanto en Yedda como en La Meca, la tradicional oración del viernes que se hacía en nombre del sultán de Constantinopla. También supe que un cadí wahabí había llegado a Yedda para administrar justicia en nombre de Saud, según sus ideas reformadoras. Al mismo tiempo, el gobernador negro, esclavo del jerife del templo, seguía gobernando la ciudad con sus tropas turcas y árabes en nombre de su señor, el sultán de Constantinopla. Esta doble autoridad, una obedeciendo al sultán otomano y la otra dependiente del sultán wahabí de Arabia, presagiaba un nuevo enfrentamiento como el que había ensangrentado las ciudades de aquella extensa península en tiempos pasados.

Aparte de los almuédanos que convocan a los fieles a la oración desde lo alto de los alminares de las mezquitas, los wahabíes han establecido en Yedda una segunda clase de convocadores del pueblo, que, desde las calles, voceando y, en ocasiones, amenazando con sus bastones a los remolones, se afanan para que nadie se abstenga de acudir o se retrase en presentarse a la hora del rezo estipulada por la ley. Su manera de actuar la pude confirmar cuando los vi desplazarse, desde la ventana de mi vivienda, dando gritos por las calles para que nadie se quedara en casa y los vendedores cerraran sus negocios para ir a la mezquita. Cierto es que así se obligaba a los musulmanes a cumplir con lo estipulado por la ley, pero yo temía que esa manera intransigente y violenta de tratar a los fieles podría traer graves consecuencias.

El sábado 21 de marzo de 1807, después de ponerse el sol, embarcamos en un bote grande que llaman *sambok* en esa parte del país, y, tras estar una hora y media dando rodeos alrededor de los arrecifes que surgían, como un laberinto a flor de agua, alcanzamos

el navío que debía conducirnos al puerto de Suez. Se trataba de un *dhaw* similar al que nos trajo hasta Yedda hacía tres meses.

Sin embargo, la embarcación permaneció anclada en la entrada del puerto, por motivos que desconocía, toda la jornada siguiente, zarpando en dirección norte el 22 a las nueve de la noche. El barco navegó en medio de la oscuridad despacio y con mucha cautela para evitar los escollos que, de vez en cuando, surgían inesperadamente del agua. Hasta las nueve de la mañana no pudo el *dhaw* navegar por alta mar a todo trapo.

El navío iba muy cargado con numerosos sacos de café.

Transportaba otros doce pasajeros que eran peregrinos turcos o árabes que volvían a sus respectivas naciones. Yo disponía para mí de la cámara de popa, mientras que mis tres criados se alojaban en la cubierta, debajo de la escalera de estribor, que la comunicaba con el castillo que tenía el buque en esa parte. El tiempo se mantuvo sereno y caluroso. Antes de partir, medí con el termómetro la temperatura que hacía en mi habitación y observé que marcaba 29 grados.

Al mediodía el viento del oeste aumentó y el capitán se vio obligado a echar el ancla en un mal fondeadero, que llaman Delma, donde ya estaban fondeados otros cinco *dhaws* que seguían la misma ruta que el nuestro. Allí permaneció el buque, zarandeado por una fuerte marejada, hasta las cuatro de la mañana, cuando levó anclas y pudo continuar navegando en dirección al norte, no sin tomar el capitán grandes precauciones, pues los escollos seguían surgiendo en medio de la oscuridad aunque navegue algo alejado de la costa, poniendo en serio peligro al navío. A las doce dejamos atrás una pequeña aldea costera llamada Tuwal y, a las dos de la tarde, fondeamos a unas ocho millas al sur-suroeste de otro pueblo que decían Um el-Musk. Este fondeadero era excelente, bien abrigado de todos los vientos, aunque se encontraba a más de dos millas de la orilla.

Permanecimos fondeados en aquel apacible lugar todo el día 25.

Estando allí varados aconteció un suceso extraordinario para mí, aunque debía ser normal para el capitán y para la gente de aquel litoral: a eso de las cinco de la tarde se acercaron al *dhaw* varios botes que se abarloaron a nuestro barco. Entonces procedieron a

embarcar unos trescientos quintales de café en nuestra embarcación, que ya iba excesivamente cargada. Se trataba de una mercancía que pertenecía al hombre de negocios de Yedda, Sidi al-Arabí Yilani —al que yo conocía—, que con esta maniobra clandestina y fraudulenta se ahorraba pagar las tasas reglamentarias sobre el comercio que imponían las autoridades portuarias de Yedda. El destino de esa mercancía era otro comerciante establecido en Medina.

Esa sobrecarga, en mi opinión, ponía en peligro la estabilidad del navío, porque la borda quedaba a poco más de medio metro del nivel del mar, entrando, con el oleaje, abundante agua en el barco que los tripulantes sacaban de la bodega con la bomba de achique; aunque al capitán y a los marineros no parecía preocuparles esa contingencia. No me sorprendió ver que otros *dhaws* que fondeaban cerca de nosotros también recibieran mercancías descargadas de otros botes, lo que me hizo pensar que era aquella una actividad fraudulenta realizada con toda normalidad, sin duda, avalada y permitida por determinadas autoridades que participaban de aquel ilegal pero lucrativo negocio.

El cielo estuvo cubierto casi todo el tiempo. Al caer la noche, el viento aumentó considerablemente y el mar, fuera de nuestro fondeadero, se agitó como si estuviera siendo empujado por una tempestad; sin embargo, en el interior del fondeadero la superficie del agua se hallaba en calma.

A pesar de que el viento soplaba contrario desde el nordeste, el capitán dio la orden de zarpar para navegar de bolina.

Como el mar seguía alterado y el viento nos empujaba con rachas muy violentas, el buque sufría mucho debido a la carga excesiva que transportaba. A veces permanecía parado sometido a enormes bandazos. El oleaje continuaba cubriendo la cubierta e inundando la bodega. La entena del navío de rompió, abatida por una de las rachas de viento, lo que obligó al capitán a regresar al fondeadero de Um el-Musk. Decidió, con buen criterio, aligerar la carga y procedió a pasar parte de los sacos de café a otro *dhaw* menos cargado que se hallaba en el fondeadero. A pesar de ello, nuestro barco continuaba haciendo mucha agua.

A las cuatro de la madrugada, como el viento había amainado, formando un convoy con otros diez *dhaws* que se habían ido reuniendo en el fondeadero y con otros barcos más pequeños, levamos ancla y comenzamos, por fin, a navegar en dirección norte. A las doce del mediodía nos encontrábamos a seis millas de Dunibatz, una pequeña población de la costa de Arabia y, a las dos de la tarde, arribamos al puerto de Rabigh, donde se inicia *el Bilad al-Haram* o la «Tierra Santa».

Como estaba deseoso de poder desplazarme por tierra, bajé, acompañado de mis criados y me dediqué a pasear por los alrededores del puerto y por la playa, pues la ciudad de Rabigh se encuentra a unos tres kilómetros de la costa. Recogí algunas conchas y varias plantas marinas que uní a mi colección. Cuando pasamos cerca de unos huertos compré a los campesinos varias sandías y unas calabazas alargadas que nunca había visto, que mis criados llevaron al barco.

Eran cerca de las seis, del día 28, cuando nos hicimos a la vela con muy poco viento, hasta que faltando por completo, todos los *dhaws* se vieron obligados a lanzar al mar sus chalupas y, atadas con gruesos cabos a las proas de las embarcaciones, jalar de ellas y remolcarlas con gran esfuerzo de los remeros, a la espera de que el dios Eolo se apiadara de ellos y se dignara volver a empujar las decaídas velas.

A las diez, por fin, se levantó un viento del oeste que nos hizo cambiar el rumbo para tomar la dirección noroeste. Tras avanzar el resto de la jornada con ese derrotero, a las cuatro de la tarde el capitán ordenó echar el ancla en el fondeadero de El Habt. Allí pasamos lo que quedaba del día y parte de la noche. Como el mar se había apaciguado, los tripulantes, haciendo uso de la bomba de achique, habían logrado sacar toda el agua acumulada en la bodega.

A las cuatro y media de la madrugada, del día 29, zarpamos con un viento flojo, pero suficiente para poder navegar sin tener que ser remolcados por la chalupa y los recios brazos de los remeros. Sin embargo, la situación cambió radicalmente antes del amanecer, cuando volvió a reinar una calma chicha que, de nuevo, hizo que el capitán diera la orden de lanzar al mar la chalupa del *dhaw* para que

los marineros jalaran de la embarcación en medio de aquel mar, que más parecía un enorme y reluciente espejo. Pero, afortunadamente para los esforzados remeros, a las diez de la mañana volvió a levantarse un viento del oeste que empujo la embarcación en dirección norte izando la gran vela triangular.

Como nos encontrábamos con peligrosos escollos, casi ocultos bajo la superficie del agua, el capitán mandó a dos marineros que se situaran en la proa del buque para dar aviso en caso de que alguno de esos escollos se interpusiera en el rumbo del *dhaw*. Pero, a pesar de la atenta vigilancia de los marineros, a eso de las doce, el barco impactó con uno de esos escollos. El daño no fue muy grave, porque el viento había disminuido su fuerza y el *dhaw* navegaba muy lentamente evitando que la roca dañara el casco de la embarcación.

El buque continuó su ruta al noroeste, empujado por un buen viento que venía del oeste y, un poco antes de las cuatro de la tarde, dejó atrás la población de Algiar y, transcurrida una hora, fondeó en una rada que presentaba unas aguas abrigadas al estar delimitada, al sur y al norte, por dos arrecifes que formaban ambos una especie de saliente rocoso de la costa a modo de rompeolas. En ese resguardado fondeadero permaneció la embarcación anclada hasta que, a las doce de la noche, el capitán decidió dar la orden de reemprender la marcha.

Sin embargo, llegué a pensar que alguna fuerza superior estaba empeñada en poner trabas a mi viaje y que no pudiera rezar en la mezquita de la segunda ciudad santa del islam: Medina, en la que deseaba que concluyera mi accidentada Peregrinación; pues una hora después de haber zarpado, el viento dejó de soplar y volvimos a soportar una calma chicha que obligó, de nuevo, a lanzar la chalupa al agua para que remolcara nuestro buque. Así, muy lentamente, navegamos durante seis horas, hasta que a las siete de la mañana del día 30 comenzó a soplar un viento del sur, el mejor para que nos empujara en la buena dirección. A las doce, vislumbramos, por fin, el puerto de la ciudad de Yanbu, y a las dos, estábamos fondeados en su rada.

Además de acabar mi peregrinación accediendo a la mezquita mayor de Medina, deseaba ardientemente visitar la tumba del

Profeta, a pesar de la prohibición impuesta por los wahabíes, aunque yo estaba dispuesto a correr el riesgo y decir una oración ante su sepulcro.

La ciudad de Medina se encontraba a unos ciento ochenta kilómetros, tierra adentro, al este de Yanbu y, entretanto, que mis criados hacían los preparativos para poder acometer el breve viaje que nos debía llevar a esa ciudad, logré convencer a algunos peregrinos turcos y magrebíes para que me acompañaran y compartieran conmigo el riesgo de ser detenidos por los wahabíes si accedíamos a esa ciudad por la que el Santo Profeta siempre mostró una especial predilección. Uno de ellos, que era turco de Konia, no daba crédito cuando le informé del peligro que corrían aquellos que no seguían las normas dictadas por los wahabíes y osaban postrarse y rezar ante los restos del Profeta.

—Sidi, ¿cómo es posible que se prohíba a los buenos musulmanes rezar y presentar sus respetos ante la tumba de quien es el padre de nuestra religión, al que Dios eligió para que hiciera la Revelación?

—Hermano, el reformador Muhammad ben ʻAbd al-Wahhab, cuyos dictados siguen los musulmanes de esta tierra, ha declarado herejía rezar ante los sepulcros del profeta o de cualquiera de los santos que son venerados en Oriente o en Occidente. Sobre todo, son acusados de herejes los sufíes que muestran gran respeto por los musulmanes que, según sus creencias, han fallecido después de alcanzar la santidad —le dije con preocupación, al observar que estos turcos bienintencionados desconocían en todo o en parte cómo entendían la religión los nuevos musulmanes de Arabia.

—¿Y cómo debemos comportarnos, Sidi, cuando nos encontremos ante el sepulcro de Mahoma? —replicó el otomano.

—Si nos permiten acceder al sepulcro, lo hemos de hacer en silencio. No debemos postrarnos delante de la tumba, sino permanecer de pie. Y si rezas la oración acostumbrada: ¡*Ya Nabi ul-lah*!, que quiere decir: ¡Oh Profeta de Dios!, has de hacerlo alzado y para tus adentros, para que nadie oiga tu jaculatoria.

Y aleccionados con mis palabras, los ingenuos peregrinos turcos y, especialmente, los dos marroquíes que me acompañaban, región en

la que existen numerosos mausoleos en los que yacen santos muy venerados por el pueblo, partimos hacia Medina.

Como el capitán del *dhaw* tenía familiares en Yanbu y me aseguró que su embarcación permanecería, con el resto de la flota que se dirigía hacia el norte, en aquel puerto haciendo una obligada escala durante doce o trece días, le comuniqué que estaría de vuelta de Medina antes de esas fechas para poder continuar mi viaje. Por ese motivo le pedí que cuidara de mi equipaje que quedaba en mi camarote. Las monedas de oro y plata que portaba las deposité en la oficina de un comerciante francés.

En martes, 31 de marzo, a las cinco de la tarde partimos en dirección este, con la seguridad de que, si no sufríamos ningún contratiempo, estaríamos en Medina transcurridas unas cinco o seis jornadas. Iba montado en la chepa de un dromedario, seguido de mis tres criados y de los peregrinos turcos y magrebíes con los que había hecho amistad, aunque todos marchábamos dentro de una caravana formada por unos cien camellos y dromedarios.

Como he referido, había dejado mi equipaje en el *dhaw* a la espera de retornar de Medina y poder reemprender el viaje. Sólo llevaba conmigo una maletilla con algunos instrumentos y varios especímenes de insectos.

Avanzamos por una llanura árida, aunque, de vez en cuando, aparecían algunos retazos se vegetación raquítica. Los dromedarios suelen recorrer, por término medio, unos seis kilómetros por hora, si no se les azuza para que aceleren la marcha. Mis criados solían golpear al mío con sus varas, pero yo les rogaba que no espolearan de esa manera a mi pobre dromedario porque no podía soportar los violentos movimientos producidos por su trote. A media noche, como me hallaba extenuado, tanto por el desaforado vaivén del animal, como por la incomodidad de la silla, toda de madera y sin estribos, no tuve más remedio que ordenar a Ahmed, Habib y Walid que acortaran la marcha. ¡Cuánto echaba en falta la *shebría*, con su toldo y su lecho de vellones de lana, que utilicé en el viaje hasta La Meca!

A las seis y media de la mañana mandé hacer alto en un vallecillo, rodeado de colinas, que calculé se hallaba a unos sesenta kilómetros

de Yanbu. En ese lugar instalamos las dos tiendas de campaña que iban en otro dromedario que había contratado para ese viaje. Yo me encontraba enfermo. No sabía si a consecuencia del balanceo del animal, o porque aún no me había recuperado de mi anterior dolencia. Había vomitado en dos ocasiones durante la noche, poco antes del amanecer. Me acosté y pude dormir unas cinco horas.

Aquel día, miércoles primero de abril, a las dos y media de la tarde nos pusimos de nuevo en marcha siguiendo la misma ruta del día anterior, cruzando un desierto desolado, limitado hacia el norte por un conjunto de montañas y, por el sur, por numerosas colinas que no eran tales, sino grandes dunas de arena que el viento movía a su voluntad trasladándolas de un lugar a otro a su antojo.

Al ponerse el sol dimos con unas montañas que nos cerraban el paso y nos obligaban a ascender por sus laderas si queríamos seguir la dirección que nos conducía a la ciudad de Medina.

A las diez de la noche habíamos alcanzado la cumbre y comenzamos el descenso en medio de un bosquecillo de arbustos espinosos muy incómodos para los que se desplazaban a pie, sobre todo durante la noche. A las doce y media pasamos junto a una población llamada Al-Hamra, pero como la oscuridad era total, porque desde hacía dos jornadas la luna se hallaba en la fase de novilunio, podíamos distinguir solo las negras sombras de algunas casas y varias hogueras. Hubo que tomar un camino que se dirigía hacia el norte, y a las cinco de la mañana, entramos en la localidad de Jideida, agotados por la dureza de la andanza, pero contentos porque sabía que Medina se hallaba a menos de cuarenta kilómetros; aunque ajeno a los desagradables acontecimientos que iba a protagonizar estando tan cerca de aquella ciudad a la que viajaba con mucha ansia y fervor religioso.

Jideida, aunque cercana a la floreciente Medina, es una población triste, situada en el fondo de un valle, cuyas casas están construidas a la piedra seca, sin argamasa. Dispone de una gran plaza donde se instala el mercado semanal. En las afueras hay una fuente con agua excelente, algunos huertos y un palmeral. El jefe local, conocido como *shij el bilad*, y el cadí, son árabes nacidos en la localidad que

obedecen al sultán Saud y siguen las rígidas normas religiosas impuestas por los wahabíes.

Como estaba muy cansado, decidí dejar que la caravana siguiera su marcha y yo, con mis tres criados, permanecimos acampados en las afueras de aquella triste población, prometiendo que al cabo de unas horas partiríamos y procuraríamos alcanzarla. He de referir que mis criados, al comprobar mi estado de enorme cansancio y debilidad física, habían buscado un camello muy manso, sobre cuyo dorso dispusieron una *shebría* similar a la que usé en mi viaje hasta La Meca para que pudiera viajar más cómodamente.

A las nueve y media de la mañana abandonamos Jideida tomando el camino de Medina con la esperanza de entrar en la segunda ciudad santa del Islam poco después de que anocheciera.

Pero a las dos horas de haber dejado aquella población, vimos surgir de detrás de una colina un par de jinetes armados, montados en camellos, que nos dieron el alto y nos obligaron a detenernos y a descender de nuestras monturas. Por sus atavíos y su manera altiva de comportarse deduje que nos hallábamos ante dos guardias wahabíes del sultán Saud.

—¿A dónde vais? —me interrogó uno de ellos, que estaba en el borde del camino.

—A Medina —le contesté.

—No podéis continuar por este camino.

Entonces aparecieron otros tres, también montados en camellos. Uno de ellos parecía un oficial.

—Ningún turco, siervo del sultán otomano, puede entrar en Medina —dijo con voz destemplada y amenazante, acercando su mano derecha a la empuñadura de la espada que llevaba colgada del tahalí.

Respondí sin amilanarme ni mostrar temor ante su amenaza.

—No soy turco, sino magrebí. Procedo de Marruecos y, si me permitís que os muestre este documento que certifica ser sirio y descendiente de la noble estirpe de los príncipes abbassíes, podréis comprobar que os halláis ante un noble musulmán que sigue con rigor los mandatos del Santo Profeta y cumple lo estipulado por la *sharia* —manifesté con firmeza en la voz, al tiempo que sacaba de

mi zurrón el falso certificado que aseguraba ser yo un noble musulmán descendiente de los antiguos emires sirios.

El oficial wahabí tomó el documento y lo ojeó. Creo que no fue capaz de leerlo ni conocer su contenido, pero al cabo de un rato me lo devolvió haciendo una mueca de desprecio. Quizás convencido de que era alguien de fiar, amigo de los árabes, el oficial descendió del camello y se mostró menos agresivo.

—Has de pagar el impuesto que el caíd exige a todo extranjero que desee entrar en la ciudad de Medina —dijo entonces.

Yo saqué de mi bolsillo cuatro piastras españolas, que era el único dinero que llevaba encima, porque las monedas de oro y de plata —como ya he referido— las había dejado en Yanbu, depositadas en la oficina de un agente francés. Sin embargo observé que el oficial no había quedado satisfecho con las monedas que le había dado.

—Tu aportación al caíd de Medina es insuficiente, extranjero. Debes darme todo el dinero que lleves encima —ordenó amenazando, de nuevo, con desenvainar su espada.

—Os repito que es todo cuanto poseo. Puede registrar mi equipaje y mis vestiduras

Y al decir esto comencé a desnudarme. Arrojé al suelo mi albornoz y mi cinturón de cuero. El oficial lo tomó y lo revisó con minuciosidad, pensando que llevaba ocultas en él las monedas, como acostumbra a hacer la gente de Levante. Viendo el cordón de mi reloj aparecer por uno de los bolsillos del albornoz, tiró de él obligándome a dárselo. Lo mismo hizo con mi albornoz. Yo procuré mantener la calma, aunque mis criados temblaban de miedo.

—Aposentaos en esas rocas y esperad órdenes, extranjeros —dijo, señalando unas piedras que había al borde del camino.

Entretanto, los dos sayones que lo acompañaban habían procedido a destrozar mi maletilla arrojando lejos los insectos y las piedrecillas que guardaba en ella para mi colección. Uno de ellos entregó al oficial la carta del príncipe Sidi Mulay Abdesalam que, por su contenido, pensaba que podría comprometerme a los ojos de aquellos individuos. Pero el oficial wahabí, después de ojearla, la lanzó sobre el terrizo suelo sin darle mayor importancia. Los dos soldados se retiraron unos metros y comenzaron a discutir dando

gritos. Pensé que estaban decidiendo cómo repartirse el escaso botín que habían obtenido.

Al cabo de dos horas, estando a la espera de no sabíamos qué, aparecieron otros dos wahabíes montados en sus camellos.

Uno de ellos, que era también oficial, dijo que venían mandados por el emir para exigir el pago de mil quinientos francos por mi liberación. Yo volví a repetir que no llevaba más dinero que el que había entregado a sus compañeros. Entonces nos obligaron a montar en los camellos y a seguirles. Al cabo de una media hora nos encontramos con el resto de la caravana que también estaba retenida por los wahabíes. Me tomaron a la fuerza y me sentaron junto a los demás peregrinos magrebíes. Los turcos los habían reunido aparte.

—Es la orden recibida del emir: que todo peregrino, sea turco o magrebí, debe abonar mil quinientos francos por su liberación —dijo otro wahabí, con aire de superioridad, que se acercó a nosotros.

Mis desdichados compañeros de infortunio se arrojaron al suelo llorando y clamando piedad, alegando que eran pobres y no tenían ni una piastra que darles. Yo me mantuve en pie, calmado y sin dar sensación de temor, mostrando la dignidad que se ha de esperar de un descendiente de la estirpe de los abbassíes, aunque por dentro me hallaba tan aterrorizado como aquellos pobres peregrinos marroquíes.

Los turcos, arrojados en tierra y semidesnudos, no cesaban de llorar y suplicar clemencia, conociendo el odio de aquellos fanáticos reformadores muestran hacia los musulmanes que obedecen a las autoridades de Constantinopla. Sabedores del grado de violencia y el maltrato que, habitualmente, reciben los musulmanes turcos, los peregrinos que procedíamos de Occidente temíamos ser testigos y asistir a algún acto de crueldad cometido contra aquellos desdichados turcos otomanos.

En resumen he de decir que, al siguiente día, 3 de abril, por la mañana, nos condujeron a un lugar donde había establecido un gran campamento formado por tiendas de campaña, la mayor parte de ellas amplias y lujosas. Yo creía que pertenecían al emir de Medina,

siervo del sultán Saud, pero resultó ser de soldados del jerife del templo de La Meca.

A media mañana se organizó una caravana con los peregrinos magrebíes. Escoltados por los soldados del jerife fuimos conducidos en dirección oeste hasta llegar, de nuevo, a la población de Al Hamra. Antes de partir, los wahabíes habían registrado los equipajes de los miembros de nuestra caravana, formada por magrebíes, requisando todo lo que encontraron de valor.

Al día siguiente nos encontramos con una caravana de gente de Constantinopla que regresaba a su tierra. Nos dijeron que no era posible entrar en Medina y que los wahabíes habían destrozado todos los ornamentos que cubrían el sepulcro de Mahoma, no dejando nada, aparte de la limpia losa que lo cubría. Me aseguraron que, a continuación, habían cerrado y sellado las puertas de la mezquita con un muro para que nadie pudiera acceder al mausoleo y rezar ante la tumba.

Como nuestra caravana de gente proveniente de Occidente portaba un salvoconducto expedido por el sultán Saud, pudimos alcanzar, sin más sobresaltos, el puerto de Yanbu al amanecer del domingo, día 5 de abril.

De los peregrinos que formaban la caravana otomana, nada supimos. Transcurridos unos meses llegó a mis oídos la terrible noticia de que todos los peregrinos turcos que habían estado en La Meca, habían sido decapitados por los wahabíes cuando regresaban a sus hogares, felices por haber cumplido con el mandato sagrado de la Peregrinación. Aunque yo creo que era una falsa noticia propalada por los turcos otomanos para desprestigiar y desacreditar la reforma wahabí que se estaba extendiendo, en esos años, más allá de la península arábiga.

Una vez que hube entrado en Yanbu me dirigí al barco en el que había dejado mis pertenencias, con la esperanza de poder abandonar aquella tierra en la que había logrado culminar felizmente mi Peregrinación, aunque, también, sufrido el infortunio de mi detención, haber asistido al maltrato que los wahabíes daban a los que no compartían su visión intransigente del Islam y no haber podio orar ante el sepulcro de Mahoma.

Sin embargo, antes de entrevistarme con el capitán del *dhaw,* para conocer la fecha de su partida, recibí una carta que me traía un jinete que decía venir en nombre del sultán Saud. Su contenido era este que sigue:

«En el nombre de Dios, el Único, el Misericordioso: Yo, Abdulá ben Saud, sultán de los árabes por designio del Todopoderoso, al noble Ali Bey el Abbassí: sirvan estas sentidas palabras en remuneración y como descargo por las ofensas y los agravios que, sin mi consentimiento, habéis recibido de soldados que eran de mi ejército y que obraron por propia iniciativa, deshonrando a su sultán al actuar en contra del trato benevolente y respetuoso que se ha de dar a todo buen musulmán que accede a mis dominios. Si la intención que alberga en sus corazones no es otra que cumplir con el más sagrado de los pilares del Islam: la Peregrinación a la ciudad santa de La Meca, han de recibir el apoyo y el respeto de quien ostenta la máxima autoridad en los lugares en los que vivió y predicó el profeta Mahoma.

Sabed que los infractores han sido reprendidos severamente y han recibido el castigo que por tan innoble actitud se merecen.

Sirva, también, esta carta, sidi Alí Bey el Abbassí, como salvoconducto para que, presentándola ante cualquier autoridad política, militar o religiosa podáis viajar por mis dominios de Arabia con total seguridad.

Dada en Medina, a 26 de *muharram* del año 1222.

Yo, el sultán Abdulá ben Saud.»

Ciertamente, aquella atenta misiva, que no esperaba recibir, me congratuló con el sultán de los árabes y logró atemperar la animadversión que, en los últimos meses, había ido anidando en mi corazón hacia las severas reformas implantadas por los wahabíes en aquella región de Oriente. Me prometí a mí mismo estudiar detenidamente y sin prejuicios, dichas reformas para saber qué era lo que podían aportar en beneficio o perjuicio del Islam y de los buenos musulmanes.

Aunque Yanbu se halla bajo la autoridad del sultán jerife de La Meca, que nombra a sus gobernadores con el título de *vizir* y, que, como sucedía en Yedda, era uno de sus esclavos negros que le

rendían una obediencia ciega; sin embargo, la ciudad y sus habitantes estaban bajo la soberanía del sultán Abdulá ben Saud. Este nombraba al cadí y a sus asesores, que tenían la misión de vigilar para que se predicaran y difundieran en sus mezquitas las reformas legales proclamadas e impuestas por el ulema Muhammad ben Abd al-Wahhab.

La población de Yanbu, aunque obedecía fielmente al jerife de La Meca, aceptaba sin oposición las normas y las leyes que impartían en sus mezquitas los alfaquíes y ulemas wahabíes, sin que hubiera excesivos roces ni enfrentamientos, aunque los soldados negros del jerife procuraban mantener alejados a los jinetes del sultán Saud. Quizás, el que este hubiera eximido del pago de cualquier clase de contribución a sus moradores y de tributos comerciales a sus mercaderes, había contribuido a mantener la concordia y las buenas relaciones entre tradicionalistas y reformadores.

El día 15 de abril, a las cinco y media de la mañana, todos los *dhaws* y la decena de barcos menores cargados con sacos de café, que estaban surtos en el puerto de Yanbu, entre ellos nuestro navío, zarparon para dirigirse al puerto de Suez. Antes de embarcar recogí las monedas de oro y de plata que había dejado en la oficina del comerciante francés.

Observé que el capitán de nuestro barco estaba al mando de la flotilla de *dhaws* de Yanbu, mientras que las embarcaciones de Yedda tenían su propio capitán. No siendo el viento favorable cuando abandonamos el puerto, nos vimos obligados a navegar de bolina y muy lentamente, de tal manera que a las tres y media de la tarde todas las embarcaciones tuvieron que anclar en una rada, conocida como Abukat, a una jornada y media por tierra de Yanbu. Aunque mis criados continuaban en cubierta disfrutando del aire puro, yo permanecí acostado en mi camarote, porque seguía encontrándome enfermo. En aquel lugar pasamos la noche.

A las cinco de la mañana, del día 16, el capitán ordenó levar el ancla y continuar el viaje hacia el norte.

El viento, entonces favorable, nos empujó sin que aconteciera ningún suceso extraordinario, que no fuera que los marineros tuvieron que cambiar la vela triangular por haber sufrido, la que

estaba izada, un desgarro. A la una de la tarde del siguiente día el *dhaw* fondeó en Mohar, un hermoso puerto, rodeado de montañas, que forman una cerrada cala abrigada de todos los vientos.

Sin embargo, parecía que estaba condenado a sufrir accidentes navales cuando me embarcaba para continuar mi viaje por mar.

Nuestra flotilla se hizo a la vela a las cuatro y media de la mañana del día 19 con un viento suave, navegando plácidamente en medio de un mar en calma. Pero a las seis, el *dhaw* en el que yo viajaba, quizás porque aún no había amanecido y no se podían vislumbrar los obstáculos que surgían del mar por la proa de la embarcación, chocó violentamente con un escollo. La sacudida fue terrible y el buque encalló abriéndose un enorme agujero en el casco por donde penetraba el agua con gran fuerza. El capitán dio la voz de alarma y los pasajeros nos precipitamos para ocupar la chalupa que, ante el peligro de hundimiento, se había lanzado al mar. Me apresuré a saltar a ese bote auxiliar con mis tres criados y varios pasajeros llevando conmigo parte de mi equipaje con mis papeles y mis preciados instrumentos.

Esperamos que los otros *dhaws* que iban en la flotilla lanzaran sus chalupas para recoger a los tripulantes y al resto de los pasajeros. Cuando nuestro capitán se cercioró de que sin ayuda, el buque, con la pesada carga que transportaba, se iría sin remedio a pique, solicitó la colaboración de los otros capitanes. Las chalupas de los que venían en nuestra ayuda se acercaron al averiado navío y, con presteza, lograron trasladar parte de las mercancías y de los equipajes del pasaje a los otros *dhaws*. Una vez aligerado de la carga, el barco recuperó la estabilidad y logró dirigirse a una isla vecina varando en la playa. Allí los marineros descargaron las mercancías y el resto de los equipajes que quedaba a bordo. Luego, una vez repuestos del esfuerzo realizado, se dedicaron a reparar las tablazones del casco que habían resultado destrozadas a causa del impacto con el escollo.

Al amanecer del día 20 falleció un peregrino anciano que viajaba en nuestro barco y, una hora más tarde, murió uno de los soldados del sultán jerife de La Meca que iba en otra embarcación. Pasamos la noche como pudimos entre las rocas y la escasa vegetación que

creía no lejos de la playa. Los tripulantes del *dhaw*, con la ayuda de algunos marineros y varios carpinteros de ribera que desembarcaron de otros navíos, estuvieron trabajando en la reparación de los daños causados por el accidente durante los días 20, 21 y 22. En la tarde de ese último día, los marineros y los calafates habían acabado las reparaciones de nuestro *dhaw*. Entonces se reunieron los capitanes y las tripulaciones de parte de la flota y se afanaron en lograr botarlo de nuevo, lo que consiguieron antes de la llegada de la noche.

A la mañana siguiente los marineros de nuestro barco se dedicaron a colocar los aparejos y las velas en las jarcias. Y a las cinco de la mañana del día 24, una vez que se hubieron trasladado a la cubierta del *dhaw* las mercancías y los equipajes que permanecían en la playa, el capitán dio la orden de zarpar.

De las siguientes veinte jornadas de navegación, solo diré que fueron agotadoras y, en ocasiones, llenas de peligro.

Tuvimos que hacer frente a dos tempestades que nos impedían buscar refugio en la costa, por temor —alegó el capitán— a encallar en los traicioneros arrecifes y hundirnos sin remedio. En el transcurso de ambas tormentas, murieron dos tripulantes y tres pasajeros turcos. Por fin, a mediodía del 14 de mayo, arribamos, dando gracias al clementísimo Dios, a un excelente y abrigado puerto en la costa meridional de la península del Sinaí, llamado Wadi Yahia, donde pudimos descansar y dormir, después de tantos días de sufrimientos y temor de ser engullidos por aquel mar y aquella atmósfera embravecida.

En la mañana del día 15 el capitán me informó de que zarparíamos antes del anochecer.

—Mi capitán, esta mañana he realizado varias mediciones con mis instrumentos y considero muy probable que el tiempo nos depare mala mar y vientos tempestuosos en los próximos días. Creo que ya he sufrido suficientes contrariedades y peligros en el transcurso de los viajes que he hecho por mar. Reconozco que no es la navegación el modo de trasladarme de un lugar a otro que más me satisface, a excepción si se hace por el pacífico Nilo —le dije.

—¿No deseáis continuar viajando en mi *dhaw* hasta llegar al puerto de Suez, sidi Alí Bey? —replicó el árabe.

—Ordenad que bajen a tierra mi equipaje. He decidido continuar el viaje hasta Suez y, luego, hasta El Cairo a lomos de un camello que, aunque se balancee como su *dhaw*, al menos no corro el riesgo de perder la vida por ahogamiento.

Contraté los servicios de seis camellos: uno para mí con su respectiva y cómoda *shebría*, tres para mis fieles criados, uno para el esclavo negro que había adquirido, que se llamaba Sudán, por ser ésa la región en la que había nacido, y el sexto para transportar el equipaje.

A las dos de la tarde del viernes 15 de mayo del año 1807 partimos tomando la dirección noroeste. Yo montado en un excelente y dócil camello, adornado con cordones de colores, borlas y pequeñas y cantarinas conchas, y mis criados Ahmed, Habib y Walid en los suyos. El esclavo Sudán, con dificultad, en el que le había tocado en suerte, pues alegó que nunca se había subido en esa clase de montura.

XVII

LLEGADA A SUEZ Y REGRESO A EL CAIRO

Media hora después de haber abandonado Wadi Yahia nos encontramos con una caravana a la que nos unimos.

Tomamos un almuerzo en común con algunos de sus miembros, que nos acogieron con mucha cordialidad, y, luego, continuamos la marcha por un buen camino que sigue la ribera del mar hasta pasadas dos horas de la puesta de sol, cuando hicimos alto para dormir. Como todo era un desierto desolado, la temperatura en el interior de la tienda había descendido hasta los 10 grados. Encontrándonos a esa latitud y a mediados de mayo, nunca hubiera creído que el frío pudiera ser tan intenso si no lo hubiera experimentado en mis propias carnes y en las de mis criados que, por carecer de un buen jaique como el que yo había comprado en Yanbu para sustituir el que me habían robado los wahabíes en el camino de Medina, buscaron refugio en mi tienda, temblando como atacados por el baile de San Vito para poder calentarse con el calor humano que deprenden los cuerpos.

La caravana, que estaba compuesta por cuarenta camellos, media docena de caballos, sesenta hombres y tres mujeres se puso en marcha a las cinco de la mañana. Entre los hombres, además de nosotros cinco, viajaban varios turcos que habían sido expulsados de La Meca y de Yedda. El resto eran peregrinos que iban a pie, los más pobres, y, algunos, a caballo.

A mediodía del 16 de mayo pasamos cerca del puerto de El Acrab.

Aunque no nos detuvimos, pude contemplar, fondeado a cierta distancia, el *dhaw* en el que viajaba el cadí de Medina, que había tomado la delantera dejando atrás a los restantes navíos de la flota. Me dijeron que estaba retenido en aquel lugar a causa de los persistentes vientos contrarios. ¡Ah, buen Dios —pensé—, otra de las ventajas de viajar por tierra!

La siguiente jornada resultó muy penosa, porque penetramos en una región desértica, tan árida y calurosa que no vi a mi alrededor el más mínimo rastro de vegetación; ni siquiera evidencias de que existiera vida animal, lo que era verdaderamente sorprendente, pues, a pesar del intenso calor y la sequedad, siempre nos topábamos con algunos lagartos que correteaban sobre las dunas con sus fauces abiertas para obtener un poco de frescor. A las tres de la tarde decidí poner fin a la andanza. Mandé levantar las tiendas para poder refugiarnos en su interior, casi desnudos, y librarnos del agobiante sofoco que producía aquella atmósfera ardiente que se asemejaba a la sala caliente de unos baños.

Nos quedamos dormidos y cuando nos despertamos pudimos comprobar que el resto de la caravana ya no estaba con nosotros. A las dos de la madrugada levantamos el campamento y reemprendimos la marcha en la dirección noroeste, siempre a corta distancia de la orilla del mar, pensando ingenuamente que los dioses Neptuno y Eolo, coaligados, se apiadarían de nosotros y nos enviarían la refrescante brisa marina. Cosa que no sucedió.

Seguimos avanzando hasta alcanzar una aldea que llaman Wadi Tur, situada a unos cinco kilómetros de la población costera de Tur, abandonada por sus habitantes, acosados por los mercaderes que arribaban a su puerto y les robaban y extorsionaban. Por ese motivo se habían trasladado a Wadi Tur, un sitio alejado de la costa, pero más seguro, en el que había agua abundante y podían tener algunos huertos, un palmeral y unas piaras de cabras. En esa población nos encontramos con nuestra caravana. Me sorprendió que la mayoría de sus habitantes estaba constituida por griegos ortodoxos y cristianos. Muy pocos eran musulmanes. En esa población hicimos alto y pasamos la noche. Como el frío nocturno seguía siendo irresistible en descampado, pude dormir en una casa que me ofreció una de las familias musulmanas.

A la mañana siguiente recibí la visita del sacerdote griego, un anciano venerable que —me dijo— dependía de la jurisdicción del arzobispo del monte Sinaí. Me mostró una Biblia escrita en árabe y en latín, publicada, al parecer, en Venecia, aunque no pude confirmarlo, pues las primeras hojas, donde acostumbra a aparecer

el lugar de edición, estaban arrancadas. Me aseguró que todos los sacerdotes del país recitan las oraciones de la misa en árabe y, para demostrarlo, me regaló un papel con el *Pater Noster* escrito en esa lengua.

El 18 de mayo la caravana lo pasó en Wadi Tur para dar descanso a los peregrinos que marchaban a pie y a las mujeres. Al día siguiente, al amanecer, reemprendimos el viaje. Al pasar por el puerto de la arruinada Tur, vimos nuestra flota de *dhaws* que se dirigía hacia el norte empujada por un viento muy flojo, lo que, sin duda, la obligaría a echar las chalupas al agua y a navegar remolcada por los esforzados remeros. Hicimos alto, a las siete de la tarde, en un valle rodeado de colinas por el que en algún tiempo lejano debió correr un río. A resguardo de una de esas colinas pasamos la noche, que, de nuevo, en total contraste con el sofocante calor del día, fue extremadamente fría, teniendo, otra vez, que permitir que mis criados se unieran a mí en el interior de la tienda para aprovechar el calor humano que nuestros cuerpos desprendían.

A las cinco de la mañana del día 19 partimos con la caravana avanzando siempre por un terreno arenoso y estéril. A las diez, el sol cayó implacable sobre nuestras cabezas estando tentado de alzar las tiendas para refugiarnos en ellas hasta que llegara el crepúsculo. Pero, afortunadamente, no fue necesario detenernos, porque, a eso de las tres de la tarde comenzó a soplar una brisa fresca procedente del oeste que trajo alivió a nuestros cuerpos y templanza a nuestras almas. A las siete llegamos a Wadi Feirán, un valle, encerrado entre montañas, tan seco y caliente como el resto de la región que habíamos dejado atrás. En ese lugar asistí a una escena que me llenó de dolor: un grupo de peregrinos pobres, de los que marchaban a pie, se lamentaban y suplicaban, postrados de rodillas, a los que íbamos montados en los camellos, que les diésemos agua con que poder saciar su sed.

—Hermanos peregrinos, dadnos un poco de agua porque nos morimos de sed en este desierto —clamaban arrojados ante las patas de los camellos—. Nuestros odres están vacíos porque pensábamos poder llenarlos en algún pozo, aquí, en este pueblo.

Pero, por desgracia, los que había están secos. ¡Tened piedad y dejad que bebamos unos sorbos de agua!

Algunos peregrinos ricos que debían tener agua de sobra en sus odres, se negaron a socorrer a aquellos miserables. Yo me apiadé de ellos y mandé a Ahmed que les diera agua de los nuestros. Pero eran tantos y con tanta ansia bebían que de los dos odres que llevábamos, en unos minutos sólo nos quedaba agua en uno de ellos. Entonces, con gran dolor de mi corazón, ordené a mi criado que cesara en tan humanitaria labor, pues no sabíamos si hallaríamos algún pozo o manantial en los siguientes días, y podríamos acabar sufriendo la misma carestía de agua que aquellos desdichados. Pero como el Divino Hacedor, según dice el proverbio español: «aprieta, pero no ahoga», al mediodía del 20 de mayo, cuando llegamos al puerto de Almarha, dimos con un manantial de agua abundante y muy buena, en el que pudimos llenar nuestros vacíos odres.

Para nuestra sorpresa —confirmándose la benevolencia y generosidad del clementísimo Dios hacia los que cumplen fielmente los preceptos del Corán—, al día siguiente, a unos diez kilómetros más adelante, nos topamos con un riachuelo llamado Wadi Gharandal y, también, los ya conocidos Baños del Faraón, en los que no solo pudimos abastecernos de agua, sino bañarnos y lavar nuestras sudadas vestiduras. Allí, a orillas del mar, pasamos la noche, no sin antes haber rezado sobre nuestras esteras de cara a La Meca para agradecer al Creador su benevolencia.

Las jornadas que siguieron, hasta que alcanzamos, a las diez de la mañana del día 23, el litoral del Sinaí, situado frente a la ciudad de Suez que se encuentra separada de la citada península por un brazo de mar de unos dos kilómetros, las realizamos sin sufrir ningún padecimiento y felices, porque sabíamos que, a no mucho tardar, nos hallaríamos camino de El Cairo.

Permanecimos en aquel fondeadero cinco días, hasta que el 28, a las doce, embarcamos, portando mis criados el equipaje, en una barcaza destartalada y de poco calado. Los camellos, habiendo cumplido su función, quedaron en la ribera del Sinaí. El piloto aseguraba que aquel estrecho de mar era muy fácil de cruzar y que,

un poco más al norte, las caravanas lo atravesaban a pie por unos vados, llegando de ese modo al puerto de Suez sin tener que subir en un barco, aunque no era aconsejable continuar hasta dar con esos vados, porque era una zona frecuentada por bandidos.

Que aquel canal tenía poca profundidad era una realidad incuestionable pues, a poco de haber zarpado nuestra embarcación, quedó varada en el fondo arenoso y tuvimos que esperar que se aproximara otra barcaza de fondo plano para que nos remolcara y nos condujera al puerto de Suez.

Por fin, a la una y media, el barquero nos dejó en un pequeño muelle de piedra que había al sur de la ciudad.

Después de contratar los servicios de un caballo, para mí, y cinco dromedarios: cuatro para mis criados y el esclavo Sudán, y uno para transportar la impedimenta, solicité permiso para poder unirnos a la caravana, formada con la gente que había viajado en la flota del sur, y que iba a partir hacia El Cairo, constituida por peregrinos y comerciantes con sus mercancías. Pero dicha caravana se había visto obligada a esperar durante varios días hasta que se le uniera un jeque, llamado Yidid, con numerosa tropa mandada por el pachá para escoltarnos hasta la capital de Egipto.

El motivo de esa protección no solicitada, era que dos semanas antes de nuestra arribada a Suez, una partida de beduinos había atacado otra caravana que se dirigía a El Cairo, resultando heridos en el asalto varios hombres, y robado una decena de camellos y las mercancías que transportaban. Pero a los siete días, como no llegaba el tal Yidid con sus soldados, hubimos de emprender la marcha en dirección a El Cairo sin la prometida escolta. En esta ocasión se había formado una caravana de unos seiscientos camellos, escoltada por peregrinos armados y un destacamento de soldados turcos procedentes de Yedda que estaban de guarnición en Suez.

El jefe de la caravana me informó de lo que había sucedido.

Me dijo que, cuando el jeque Yidid y su gente se hallaban en camino, recibió la orden del pachá de dirigirse al Alto Egipto para someter a las guarniciones que se habían rebelado en aquella región contra Mohamed Alí.

Aunque decidí unirme a esta caravana, albergaba un justificado temor, pues consideraba que aquellos inexpertos, aunque voluntariosos peregrinos armados, y el medio centenar de soldados turcos, no iban a ser suficientes para poder repeler un posible ataque de los beduinos o de los rebeldes enemigos del pachá. Sin embargo me tranquilizaba comprobar que con nosotros viajarían varios altos cargos del gobierno de Medina y unos ricos comerciantes de Yedda y de El Cairo.

El jueves 11 de junio, a la tres y media de la tarde, me uní a la caravana en un lugar llamado *Bir Suez* o Pozo de Suez, situado a una hora y cuarto al noroeste de la ciudad. Es un pozo de agua algo salobre, pero es la única que se encuentra a lo largo de muchos kilómetros en el camino de El Cairo. Los camelleros se afanan en sacar el agua del pozo con unos cubos o baldes de cuero para dar de beber a sus animales antes de internarse en el desierto, lo que también hicieron mis criados. Como era salobre y poco apta para las personas, todos los miembros de la caravana habían llenado sus odres comprando agua en Suez.

El viento, muy cálido y fuerte, había comenzado a soplar desde el norte.

A las nueve de la noche la temperatura en el interior de la tienda era de 46 grados. El terreno por el que nos desplazábamos consistía en una inmensa llanura constituida por arena y rocas, que limitaba, hacia el suroeste, con las montañas del Gebel Ataka, en África, y por los montes de Arabia que se veían, muy lejos, al otro lado del mar Rojo, en dirección este.

Acampamos, a las dos de la mañana, en un *wadi* en el que crecían algunos arbustos y, al pie de una colina en la que, sorprendentemente, había varios sicomoros con muchas hojas en sus copas. Junto a esos árboles, que debían ser vestigios de un bosquecillo de esa clase de plantas que debió existir en el pasado en aquel *wadi*, instalamos nuestras tiendas. La noche transcurrió plácida pues, aunque el calor había sido asfixiante hasta las once, a partir de esa hora se transformó en un frío intenso. Mi termómetro llegó a marcar los 10 grados.

Viajaba en la caravana un santo morabito marroquí —creo que

perteneciente a alguna cofradía sufí—, que portaba una bandera de franjas rojas y amarillas, rasgada y sucia, parecida al pabellón español. Se pasó toda la noche deambulando de un extremo al otro del campamento invocando a grandes voces los nombres de Dios y del Profeta, rezando y corriendo de un lado al otro. Aunque el jefe o guía de la caravana intentaba calmarlo, y que entrara en su tienda y durmiera, nada consiguió, de manera que no pudimos pegar ojo.

A las cuatro de la mañana del día 12 la caravana se puso en camino siguiendo la dirección noroeste.

A las siete llegamos a una alcazaba deshabitada y casi derruida que se llamaba Calat Aguerud, rodeada de murallas de piedra que, en algún tiempo pasado, debieron proporcionar a sus moradores seguridad en medio de aquel desierto; pero que en aquellos días, solo transmitía una angustiosa sensación de soledad. Una hora más tarde penetramos en una profunda y prolongada garganta abierta entre las laderas de dos abruptas montañas.

El oficial que estaba al mando de los soldados turcos situó a una decena de jinetes en la cabecera de la caravana y a otros diez en retaguardia. A los restantes soldados y a los peregrinos armados los posicionó en las alturas de aquel desfiladero, temiendo que pudiéramos ser atacados en aquel lugar por los beduinos, pues había sido en aquella garganta donde asaltaron y robaron a la caravana anterior. Seguimos caminando atentos a lo que sucedía en las alturas del desfiladero y, cuando la mayor parte de la caravana —que cubría casi un kilómetro del camino— había superado la peligrosa cárcava y sólo restaba por abandonar el desfiladero un centenar de camellos, se oyeron varios disparos y los gritos que daban los soldados que marchaban en la retaguardia.

—¡Los bandidos! ¡Nos atacan los beduinos…!

Yo desenvainé mi espada y cabalgué hasta el lugar de donde procedían los gritos de alarma de los turcos, al final de la caravana. Allí encontré al oficial otomano con sus soldados. La voz de alarma lanzada por estos no había sido baladí: a unos doscientos metros pude contemplar a un centenar de beduinos a caballo en disposición de atacarnos. Los soldados, a una orden de su oficial, echaron pie a tierra y se posicionaron, como yo había visto hacer a la infantería

inglesa, en dos secciones: unos de rodilla y los restantes de pie, detrás. Dispararon, alternativamente, sendas descargas que lograron intimidar a los beduinos que, sin haber sufrido ninguna baja, se replegaron y, a continuación, desaparecieron detrás de una colina.

Liberados de aquellos malhechores, sin duda acobardados al ver la destreza en tomar posiciones y hacer fuego los soldados otomanos, decidieron abandonar la idea de asaltar nuestra caravana. Los soldados volvieron a ocupar sus puestos en la retaguardia de la comitiva. Yo regresé a la cabeza de la caravana donde me esperaban mis tres criados y el negro Sudán apesadumbrados.

Continuamos la marcha hasta que, a las cinco de la tarde, llegamos a un lugar llamado Al-Dar al-Hamra, que quiere decir la Casa Roja, que se halla a medio camino entre Suez y El Cairo. Allí acampamos, ocasión que yo aproveché para explicar a Ahmed, Habib y Walid lo acontecido en la mañana, cuando la caravana cruzaba el desfiladero y los soldados se enfrentaron a los temibles bandidos beduinos y, de paso, trasmitirles tranquilidad, porque, en su ignorancia y dado su carácter débil y pusilánime, aún temblaban y tenían la respiración alterada por el miedo que debieron haber sentido.

A las tres y media de la madrugada la caravana se puso en marcha siguiendo la acostumbrada ruta en dirección al oeste.

Una hora más tarde caminábamos por una extensa llanura de arena gruesa y pequeños cantos rodados que, a la plateada luz de la luna, brillaban con extraños reflejos azulados que semejaban diamantes o cristales de roca. A las siete de la mañana nos encontramos con una aldea llamada por los árabes Alberca y por los turcos Birket el-Hajj o Pozo de los Peregrinos, porque en ese pueblecito hay numerosos manantiales en los que los agotados peregrinos, después de cruzar aquel desierto, que era un horno ardiente durante el día y un lugar helador durante la noche, hallaban descanso para ellos y sus camellos, y agua abundante y excelente con la que saciar la sed y llenar sus odres.

El río Nilo se había desviado por medio de un canal, sin duda excavado por los antiguos egipcios, que regaba una gran extensión de terreno, permitiendo la existencia de unas feraces huertas y de un frondoso palmeral. A la sombra de aquellas palmeras

establecimos el campamento, permaneciendo en el interior de las tiendas hasta que anocheció. Entonces salimos al exterior y, mientras que un grupo de turcos bailaba, cantaba y tocaba el laúd y la flauta, que llaman *ney,* a la luz de la luna, Ahmed, Habib y Walid se divertían lanzando cohetes.

Al amanecer del día 14 emprendimos la marcha. Y a eso de las doce de la mañana nos encontramos con una partida de hombres montados en sus caballos que habían salido de El Cairo para recibirnos.

Se trataba de Sidi Omar, decano de los jerifes de la ciudad, personaje destacado que venía acompañado de varios ulemas o doctores de la ley y de un séquito formado por una veintena de mamelucos a caballo. También acudió para saludarme Mulay Salama, el hermano del emperador de Marruecos. Nos abrazamos con el más tierno afecto, pues habíamos compartido animadas pláticas y cenas en el tiempo que permanecí en El Cairo. Sentados debajo de unas palmeras hice que Ahmed preparara y nos sirviera un té al estilo marroquí —aunque sin hierbabuena—, mientras departíamos sin poder ocultar la alegría que los tres sentíamos.

—Me ha sorprendido, sidi Alí Bey, la numerosa escolta de soldados turcos que acompaña a esta caravana —manifestó Sidi Omar—. De ordinario, los mercaderes y los peregrinos que vuelven después de hacer la Peregrinación y atraviesan el desierto entre Suez y El Cairo, no necesitan protección militar. Una prueba más de que nuestro pachá está siendo acosado por disidentes y rebeldes, tanto en el sur como en el norte. Esos beduinos, unidos a los rebeldes del Alto Egipto, no cabe duda que azuzados por el sultán Saud y los wahabíes, están poniendo en peligro la autoridad de la Sublime Puerta y la estabilidad de esta región. Pero dejémonos de lamentaciones, amigo mío, y relátame cómo has culminado tu Peregrinación a La Meca. ¿Has logrado visitar el sepulcro de nuestro Profeta en Medina, como esperabas?

—Este viaje, Sidi Omar, ha sido reconfortante y muy beneficioso para mi alma de buen musulmán —le respondí mientras ordenaba a Ahmed que nos pusiera en las tazas de cristal más té caliente—. La entrada en la Casa de Dios y los obligados rituales, acompañado de

una enorme multitud de fieles hasta alcanzar la bendición del Todopoderoso, fue algo que no es posible narrar. En cuanto a visitar y orar ante la tumba de Mahoma, no me fue posible. Los fanáticos wahabíes la han desmantelado y han prohibido el acceso a los peregrinos aduciendo que es un acto de herejía y superstición postrarse ante el sepulcro del Profeta. Creo, buen Omar, que las rebeliones que se están sucediendo en Egipto se hallan en relación con el auge del poder del sultán Saud y de los intransigentes wahabíes que han comenzado a sustituir en las mezquitas a los ulemas tradicionales en toda Arabia.

—Es esa, sidi Alí Bey, una verdad incontestable. Nos esperan días de zozobra y de grandes desgracias si el clementísimo Dios no lo remedia.

Montados de nuevo en nuestras cabalgaduras y adelantándonos al resto de la caravana, tomamos juntos el camino que conducía a El Cairo. A mi lado iba Mulay Salama que, por la expresión de alegría que se reflejaba en su noble rostro, exteriorizaba el gran afecto que me tenía. Estaba seguro de que conocía el triste suceso y el desprecio que padecí en el puerto de Larache cuando fui violentamente despojado de la compañía de mis queridas y respetadas mujeres por orden del pérfido ministro Sidi Mohamed Salaui y, sin duda, de su hermano el emperador.

Durante el trayecto, los mamelucos y los árabes que iban a caballo hicieron alardes y carreras —que en Marruecos llaman «Fantasías» o *Laab el-Baroud*—, enarbolando sus banderas y disparando numerosas salvas de pólvora en señal de regocijo. El propio Sidi Omar, a pesar de que rondaba los sesenta años, cabalgó al galope y lanzó gritos de alegría para celebrar —dijo— «el feliz retorno de sidi Alí Bey el Abbassí el-Hajj de La Meca».

Entramos en la ciudad por la monumental *Bab al Futuh*, o Puerta de las Victorias, lo que, según mis acompañantes, constituye un buen augurio cuando se vuelve de La Meca después de haber concluido la Peregrinación. Sidi Omar me paseó por las principales plazas de la ciudad para que la gente pudiera verme y mostrarme su alegría por tenerme entre ellos. Yo consideraba una exageración de

mi buen amigo el jerife principal de El Cairo, pero nada podía hacer para evitar aquella demostración de afecto hacia mí.

Después de recorrer las calles de El Cairo durante varias horas, me condujo hasta su espléndida mansión en la que me agasajó con una suculenta comida.

A las nueve de la noche me llevó a la casa del jeque El-Metluti, que, como ya se ha referido, era el jefe y representante de los magrebíes o musulmanes occidentales, al mismo tiempo que ejercía el cargo de jeque de la gran y prestigiosa mezquita Al-Azhar. Demostró su alegría de volver a verme dándome abrazos y diciendo que podía ocupar de nuevo las habitaciones en las que me había alojado con anterioridad, cuando llegué a El Cairo desde Alejandría.

Los camellos los devolví a su dueño, aunque me quedé con el soberbio caballo que me había regalado, a mi llegada, Sidi Omar, que dejé en la caballeriza que poseía El-Metluti.

A la mañana siguiente, después de haber rezado la primera oración del día en la mezquita Al-Azhar y escuchado el sermón del imán que, para mi sorpresa, me mencionó, y entretanto degustábamos la frugal comida matutina, consistente en tortas de pan blanco con crema de berenjenas, que se sirve fría en unos pequeños platitos, y queso aderezado con hierbas aromáticas.

—Sidi, en el transcurso del paseo a caballo que me ha dado el bueno de Sidi Omar por la ciudad, he podido contemplar, en una plaza cercana al puerto, a numerosos soldados, portando ajados uniformes ingleses, atados unos a otros, vigilados por tropas otomanas. ¿Acaso ha acontecido algún grave suceso que debo conocer?

Mi amable anfitrión, sin dejar de degustar las exquisitas tortitas de pan blanco y el queso fresco, respondió, sin poder ocultar la satisfacción que la noticia que me iba a dar le producía.

—Sidi Alí Bey, hace dos meses, los ingleses desembarcaron y tomaron Alejandría y, a continuación, atacaron Roseta, aunque no pudieron entrar en esa hermosa y estratégica ciudad, pues fueron derrotados en dos ocasiones por las tropas formadas por aguerridos soldados albaneses, enviadas por el pachá Mohamed Alí desde El Cairo. Ahora están los ingleses en conversaciones con el pachá para

que deje en libertad a los doscientos soldados que están presos en esta ciudad, a cambio de que se comprometan a no volver a intentar la invasión de Egipto. Estamos convencidos de que, después del sonado fracaso de Napoleón, que tuvo que abandonar nuestro país derrotado, habrán aprendido la lección y nos dejarán en paz.

Antes de partir en dirección a Palestina, hice indagaciones para saber si se había nombrado en El Cairo alguna delegación oficial del reino de España, pues necesitaba enviar un extenso informe que había elaborado en las últimas semanas en el que comunicaba al Príncipe de la Paz la situación política y religiosa que se estaba produciendo en Arabia con el imparable avance de los wahabíes y, en Egipto, a causa de los intentos británicos de invadir este país y destronar a Mohamed Alí.

Sabía que conocer esas noticias le sería muy útil a don Manuel Godoy para conducir en la dirección correcta la política de España en Oriente. Pero mis pesquisas resultaron infructuosas; el único consulado español en Egipto seguía siendo el de Alejandría, al frente del cual estaba el cónsul don José Camps Soler, al que yo conocía. Sin embargo, Alejandría quedaba muy alejada de la ruta que debía seguir para alcanzar las ciudades de Palestina. Por lo tanto, debería guardar el referido informe para entregarlo en una de las delegaciones consulares del reino de España que hallara en el transcurso de mi viaje por Palestina, Siria o Constantinopla.

El viernes, día 3 de julio del año 1807 abandoné El Cairo para dirigirme a Gaza y Jerusalén.

Marchaba con seis caballos, cuatro para mí y mis tres criados y dos para el equipaje y las tiendas de campaña. El esclavo Sudán se lo regalé al jeque El-Metluti en agradecimiento por sus atenciones y desvelos hacia mí, pero con la condición, recogida por escrito, de que al paso de dos años le concedería la libertad.

La caravana estaba acampada en las afueras de Alberca y, en ese lugar, me incorporaría a ella para continuar el viaje en dirección nordeste. Para alcanzar dicha caravana en Alberca, dada la inestabilidad política que se estaba produciendo en esa parte de Egipto y el peligro cierto de que pudiéramos ser atacados por beduinos descontentos con Mohamed Alí o por rebeldes apoyados

por el sultán Saud, Sidi Omar me dio una escolta constituida por diez soldados albaneses de infantería y otros diez mamelucos de a caballo.

Quince amigos míos, entre ellos el bondadoso y leal Mulay Salama, no quisieron que viajara solo hasta Alberca y me acompañaron, aunque yo les rogué que permanecieran en El Cairo, porque con la escolta de los albaneses y mamelucos estaba seguro de que viajaría completamente a salvo. Pero no logré que desistieran de acompañarme y cabalgaron a mi lado hasta que, entrada la noche, dimos con la caravana en una vaguada donde habían instalado sus tiendas de campaña.

Hice lo propio con las mías, alzando mis criados las dos que portaba a lomos de los caballos y, a continuación, después de abrazar emocionado a mis amigos y agradecerles el esfuerzo que habían hecho cabalgando hasta aquel lugar, me despedí de ellos sin poder contener las lágrimas.

Nos cobijamos en el interior de las tiendas para dormir hasta que el jefe de la caravana, haciendo sonar su cuerno de antílope, nos despertara para que, una vez desmontadas, pudiéramos continuar la marcha con el resto de la comitiva.

XVIII
GAZA, JAFFA Y JERUSALÉN

Eran las tres de la mañana cuando la caravana, compuesta por unos doscientos camellos, se puso en movimiento siguiendo la dirección nordeste, buscando la costa mediterránea en las inmediaciones del lago Bardawil, al norte de la península del Sinaí. Durante varias horas el paisaje no se diferenció del que habíamos conocido en las jornadas que hicimos entre Suez y El Cairo. Pero, al amanecer, aunque el terreno seguía siendo desértico, se columbraba, por el oeste, una línea de árboles que se perdía en la lejanía y que daba la impresión de ser parte de un frondoso bosque.

A las diez de la mañana entramos en la ciudad de Belbeis y pudimos conocer la causa de que existiera aquel espacio arbolado que crecía en medio del desierto. Se trataba de la franja de terreno regada por el canal del Nilo llamado de Belbeis, que se dirigía, primero hacia el norte, y luego, hacia el oeste, iniciándose en las cercanías de El Cairo y acabando en la ciudad de Ismailía. Según decía el jefe y guía de la caravana, fue abierto hacía unos cien años para abastecer de agua potable y regar los campos de algunas de las ciudades que se encuentran entre El Cairo e Ismailía[25].

La caravana acampó cerca de esa ciudad.

Hasta ese momento no me había percatado de un elegante y altivo personaje que viajaba en la caravana acompañado de una decena de criados, de algunos soldados turcos como escolta, y de otras personalidades otomanas. Supe que se trataba del destacado jeque que, el año anterior, había traído el firmán por el cual el sultán de Constantinopla confirmaba a Sidi Mohamed Alí como pachá encargado del gobierno de Egipto, Siria, Morea y Creta.

Belbeis es una ciudad bastante grande y me pareció que más próspera y mejor construida que las que había visitado, al margen de El Cairo. Cuenta con varias mezquitas bien encaladas y con alminares muy elegantes. El río Nilo le proporciona agua abundante por medio del canal, ya citado, en época de la crecida, lo que le

permite mantener un considerable número de árboles frutales, palmeras y algunas huertas en las que se producen buenos melones y sandías de las que nos saciamos mis criados y yo. La población está gobernada por un jeque nombrado por el pachá de El Cairo.

A la una de la tarde, del día 5 de julio, la caravana se puso en marcha internándose en un desierto constituido por suaves colinas y dunas de arena dorada, bajo un sol abrasador y un viento cálido y seco que procedía del este. A las siete y media nos detuvimos en medio de la extensa llanura. Pero, un poco antes de alcanzar el lugar de acampada, mi caballo sufrió un brusco desvanecimiento —que atribuí al intenso calor— y quedó tendido en la arena, como muerto. Allí lo deje, pues no sabía que medicación aplicarle y no viajaba en la caravana ningún médico de animales. Permanecí a su lado toda la noche. Milagrosamente, a la mañana siguiente revivió y pudo continuar a mi servicio como si nada le hubiera sucedido. Su restablecimiento me produjo una gran alegría, pues su pérdida hubiera sido muy dolorosa para mí, no solo porque había llegado a apreciar a aquel noble bruto, sino porque era un excelente caballo de raza, regalo de mi amigo el jeque Sidi Omar.

Al despuntar el día siguiente la caravana se puso en marcha en dirección nordeste, llegando, a las doce de la mañana, a una población que se llamaba El Wadi, grande, con muchos habitantes y abundante ganado lanar y vacuno, situada, como Belbeis, junto al canal y que, igualmente, se beneficiaba del agua del Nilo durante la época de la inundación. Sin embargo, cuando nosotros accedimos a ella el canal estaba casi seco. Por un vado del mismo lo atravesamos y continuamos la marcha en dirección a la costa mediterránea.

La caravana se detuvo a las siete y media, y acampamos junto a un bosquecillo que nos proporcionaba alguna sombra. A pesar de mis esfuerzos por recuperar a mi buen caballo, todo resultó inútil, teniendo que abandonarlo en aquel lugar a la sombra de unos árboles, pues se negaba a alzar sus patas del suelo y caminar. Estaba seguro de que aquel animal había fallecido a consecuencia de un golpe de calor. En aquel lugar pasamos la noche. Yo apenas dormí, pues estaba muy afectado por la pérdida de mi hermosa y dócil montura. Al amanecer, antes de partir, ordené a Ahmed y Habib

que liberaran a uno de los caballos de la tienda de campaña que transportaba en un a modo de jamuga con que se le había dotado, para usarlo como cabalgadura en sustitución del que había quedado enterrado en el desierto.

A las cinco y media emprendimos el camino siguiendo, como siempre, la dirección nordeste, por un terreno arenoso, pero en el que, de vez en cuando, iban apareciendo algunos retazos de vegetación. A las once, llegamos a un lugar llamado Abu Aruk, en el que nos detuvimos para descansar junto a un pozo. Cuando nos acercamos para llenar los odres, pudimos comprobar que el agua era salobre y amarga. Aunque había ordenado a mis criados que en El Wadi llenaran nuestros cinco odres, observé con preocupación que tres de ellos estaban vacíos. No tuve más remedio que reprenderles severamente por su negligencia. Pero el mal ya estaba hecho. Como no sabía si en las siguientes jornadas hallaríamos algún pozo con buen agua o algún manantial, solicité esta información al jefe de la caravana, el cual me dijo que no encontraríamos donde llenar los odres hasta pasado el pueblo de El Arish, a tres jornadas de distancia.

Estuve cerca de organizar un tumulto, porque le pedí que me esperara en Abu Aruk mientras que yo volvía sobre mis pasos hasta El Wadi para llenar en ese lugar los odres, a lo que él se negó. Entonces, antes de que las cosas llegaran a más, porque en mi ofuscación había hecho ademán de sacar mi espada, decidí armarme de paciencia y continuar la marcha, no sin antes haber mandado a Ahmed y a Habib que procedieran a racionar el agua hasta que llegáramos a El Arish.

El día 9 la caravana partió a las cuatro de la mañana siguiendo la ruta del nordeste y, a las ocho y cuarto entramos en un pueblo en ruinas llamado Qatia, en el que hicimos alto. Había en su entorno muchas palmeras y, por suerte —contradiciendo las palabras del guía de la caravana—, un pozo de agua potable en el que pudimos llenar nuestros odres y poner fin al racionamiento.

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, alcanzamos a ver el mar Mediterráneo y, antes de que se hiciera de noche, entramos en una aldea llamada Abu Jilbana, que está a orillas de un extenso lago

litoral que dicen Lago Bardawil. En ese lugar acampamos y permanecimos veinticuatro horas a causa de un problema que había surgido con las autoridades de esa ciudad, que tenían la orden de retener las caravanas que se dirigían a Gaza por un conflicto de competencia surgido con el cadí y el tribunal de esa ciudad. Resuelto el asunto favorablemente, para la caravana egipcia, el día 11, a las cuatro de la tarde, hicimos alto a orillas del mar en una población llamada Al Masaida. Junto a una extensa playa de arena y guijarros acampamos.

Antes de que amaneciera el día 12 levantamos el campamento y, dos horas más tarde, accedíamos a un extenso palmeral que rodeaba una aldea nombrada El Arish, compuesta de una treintena de casas con una población que me dijeron que ascendía a unas doscientas personas, aunque en su distrito debían habitar unas dos mil. Constaba de una buena alcazaba que me recordó a las que había visto en Marruecos, pero con una serie de baluartes y torres de planta octogonal añadidas por los franceses para colocar cañones. Aunque estábamos a orilla del mar, el calor era asfixiante. A las doce y media, y a pleno sol, el termómetro marcaba los 60 grados centígrados y, a la sombra, 54 grados, lo que hacía casi imposible continuar la marcha. Cerca de ese pueblo acampamos y pasamos la noche.

El día 14, hacia las siete de la mañana, después de haber pasado, el día anterior, por el santuario del santo Shikh Zauid, y la población de Khan Yunis, accedimos a la región de Siria, entrando en la ciudad de Gaza tras cruzar un riachuelo conocido con el nombre de esa población palestina.

Se trataba de una ciudad grande y muy bien situada sobre un altozano. Calculé que la podían habitar unas cinco mil personas. A pesar de estar a orilla del mar, no posee nada parecido a un puerto. Se halla rodeada de numerosos huertos muy frondosos y algunos palmerales. Me sorprendió ver que algunas de sus casas más amplias y ricas estaban construidas con hermosas piedras de color blanco, con amplios jardines muy bien cuidados.

Por lo general, las viviendas carecían de ventanas hacia la calle. Creo que esas construcciones, sin vanos al exterior, tienen como

finalidad poder defenderse mejor del intenso calor. La vivienda principal y más lujosa es la que ocupa el gobernador, un *agá* turco que está sometido a la autoridad del *agá* de Jaffa, que, a su vez, depende del pachá de San Juan de Acre. Está enclavada en medio de un extenso y exuberante jardín. Aunque el edificio más destacado de Gaza es el llamado *mehkeme* o Tribunal, en el que reside el cadí.

La población cuenta con numerosas mezquitas. La mejor y más bella de todas es una antigua iglesia griega edificada con sillares, labrados con buena piedra de color ocre. Pude comprobar que los mercados están muy bien abastecidos de toda clase de productos, acudiendo a ellos mercaderes de toda Palestina e, incluso, de Egipto. En los puestos de venta se pueden ver árabes de Arabia y de Egipto, turcos, beduinos y algunos extranjeros que debían llegar a la ciudad desde Jaffa o de Jerusalén.

El campamento quedó instalado en un palmeral a las afueras de la ciudad.

Al día siguiente recibí a un oficial otomano que me traía una carta del gobernador turco. Este relevante personaje se llamaba Mustafá Agá. En su misiva me ofrecía una buena casa para que me hospedara los días que permaneciera en su ciudad y me invitaba a visitarlo en su mansión.

El día 16 de julio, a la una de la tarde, después de haber rezado la oración del mediodía en la gran mezquita, me dirigí a la sede de quien ostentaba la máxima autoridad política en Gaza. Un oficial magrebí, de los casi mil que tenía bajo su mando en la ciudad y su distrito, me acompañó hasta el jardín, donde, bajo una pérgola constituida por una parra que ya se hallaba cargada de racimos de uva, aunque aún verdes, sentado en un diván, se encontraba el gobernador de Gaza.

Se trataba de un turco, todavía joven, de elevada estatura y rostro amable, que portaba en su mano derecha un abanico de radios nacarados, como los que usan las mujeres en algunas zonas calurosas de España. Al verme, se alzó del diván y me indicó con un delicado ademán que compartiera con él su sofá.

—Es un honor para mí, sidi Alí Bey el Abbassí, recibir en mi casa a un noble descendiente de los príncipes que hicieron grande, en el

pasado, a Siria —manifestó, al mismo tiempo que depositaba sobre la mesita que había delante del diván el abanico plegado y extendía la mano para saludarme al modo europeo.

—El honor es mío, señor gobernador, al ser recibido por tan egregio representante del sultán de Constantinopla, cuya fama de buen militar ha trascendido las fronteras de Palestina —dije para complacerle, aunque era cierta su fama de excelente militar, pues, antes de acceder a su mansión, me había informado sobre su vida y su manera de gobernar al pueblo. Algunos alfaquíes aseguraban que, cuando Napoleón invadió Gaza en el año 1799, él, al frente de un destacamento de jenízaros y de sus tropas magrebíes, logró vencerlo y expulsarlo de la ciudad.

—Es la obligación, sidi Alí Bey, que tiene todo buen gobernante de defender con su vida, si fuera preciso, la ciudad cuyo gobierno, nuestro señor el sultán, ha tenido a bien otorgarle —añadió, mientras ordenaba algo a sus criados—. Y hablando de ti, mi ilustre visitante, ¿cómo es que un súbdito del sultán de Marruecos ha recalado en esta lejana ciudad de Oriente?

—Aunque procedo de Marruecos, señor gobernador, como bien habéis reconocido, mi progenie desciende de la antigua Siria. Sin embargo, he vivido en Europa durante muchos años realizando labores diplomáticas —dije, dando mucho énfasis a mis palabras para dar veracidad a la farsa que tan beneficiosa me había resultado hasta ese momento—. Después de estar varios años al servicio de Sidi Mulay Sulaymán, emperador de Marruecos, decidí emprender la Peregrinación para bien y satisfacción de mi alma. Hace seis meses culminé esa bendita expedición hasta la Casa de Dios, en la ciudad santa de La Meca. Ahora me encuentro empeñado en un viaje que espero acabar, en una primera etapa, en Jerusalén y, después, viajar a Damasco y Alepo, para finalizar, si el Divino Creador lo tiene así concertado, en la gran Constantinopla.

Entretanto que conversábamos, unos criados habían estado sirviendo, en una mesa situada en medio del jardín, unos platos con la comida que, me dijo, había estado preparando su cocinero.

Acabada la plática, Mustafá Agá me invitó a compartir con él el suculento almuerzo, preparado en mi honor, consistente en arroz

cocido con carne de cordero aderezado con hierbas aromáticas, tortitas de plan blanco untadas con crema de queso y cazuela de diversos mariscos, un manjar que no cataba desde que estaba en España, pues en Marruecos no se emplea el marisco en sus dietas. Para terminar, sirvieron pasteles rellenos de queso y bañados en miel y algunos dátiles.

Después de despedirme del generoso gobernador turco —no sin antes haberle expresado mi agradecimiento por tan apetitosa comida y por la vivienda que había prometido que me proporcionaría —, un oficial me condujo a la casa que iba a ser mi residencia mientras que permaneciera en Gaza. Mis dos tiendas de campaña con la impedimenta las mantendría montadas en el campamento que seguía instalado en las afueras de la ciudad a la espera de volver a emprender la marcha en dirección a Jaffa y, después, a la ciudad santa de Jerusalén.

Había decidido abandonar la caravana y continuar mi viaje acompañado, únicamente, de mis tres criados, un soldado turco que había contratado como escolta, proporcionado por el gobernador Mustafá Agá, tres camellos, dos mulas y mi caballo. El domingo, 19 de julio del año 1807, a las cinco y media de la mañana abandonamos la población y, después de deambular durante más de una hora entre huertos y plantaciones de olivos, salimos a campo abierto y tomamos la dirección este-nordeste. A las ocho, tras cruzar un riachuelo por un viejo puente, seguimos la ruta que marcaba el camino y nos indicaba el soldado de escolta, en ocasiones hacia el este y, en ocasiones, hacia el norte.

En tanto que caminábamos por aquella plácida comarca, me dediqué a meditar y a pensar en lo que había sido mi vida en aquellos últimos años, desde que abandoné Madrid, con el secreto mandato del Príncipe de la Paz, y me vi obligado a cambiar mi manera de vestir, mis costumbres culinarias, ocultando mi verdadero origen y mi identidad, que sería, desde ese momento, la de un descendiente del prestigioso clan de los antiguos abbassíes sirios; incluso a mudar de fe para asumir la revelada por el profeta Mahoma. Todo ello para poder introducirme como un devoto musulmán en la Corte del emperador de Marruecos. Es más, tuve

que aceptar, para no despertar las sospechas de mis amigos alauitas, el matrimonio con unas buenas mujeres, a las que con el paso de los días y el continuo trato llegué a apreciar, pero que, por un giro desdichado del destino, me fueron cruelmente arrebatadas para su desgracia y para mi eterna pesadumbre: ¡Fátima Mohana, Tigmu, Laila...! ¡Qué habrá sido de ellas!

En aquellos días, marchando en soledad por unos caminos desconocidos, pero rodeados de fértiles campos de cultivo y plantaciones de olivos y de tabaco, que conducían a Jaffa, me parecía aquella una manera de viajar extraña, ajena a mi vocación de geógrafo y explorador. Acostumbrado, desde hacía tanto tiempo, a recorrer los desiertos formando parte de grandes y bulliciosas caravanas dirigidas por experimentados guías, la nueva sensación que sentía en el transcurso de aquellas jornadas de marcha, me acongojaba, siendo imposible poder expresarla con palabras.

Al cruzar algunos de aquellos pueblos me daba la impresión de estar en Europa. Sin embargo, atravesar esos países exóticos caracterizados por la abundancia de pequeñas propiedades, pobres y de aspecto miserable, pero cuyos moradores parecían estar satisfechos con su humilde existencia, siendo plenamente felices, llegué a pensar cuán equivocados estaban los que relacionaban la felicidad con la riqueza. Los niños, mal vestidos y, a veces, famélicos, nos sonreían con sus rostros expectantes, con una enorme dignidad, cuando pasábamos cerca de ellos sin extender sus pequeñas manos para pedir una limosna, como había visto en multitud de ocasiones en ciudades y aldeas de Marruecos.

Observar aquel mundo me oprimía el corazón; hacía nacer una inmensa pena en mi alma y me obligaba a preguntarme por el sentido de la vida, de las creencias, de la política y de las leyes que los poderosos retuercen y moldean a su antojo y en su propio beneficio. Pero, como hombre cabal e instruido, era consciente de que en mi insignificancia solo podía hacer una cosa para intentar mejorar aquel mundo injusto: cumplir fielmente los mandatos del Dios Creador y poner mi pequeño grano de arena para paliar el mal en la medida que mi situación me lo permitiera.

En definitiva, creía firmemente que solo bajo unos gobiernos bien

organizados que, utilizando con prudencia la fuerza pública y las leyes, garantizase a cada individuo, con justicia y equidad, el libre disfrute de sus propiedades, se lograría alcanzar el bienestar al que todo ser humano aspira[26].

Alejadas de mi pensamiento esas elucubraciones, que eran dolorosas e inalcanzables y, menos, en aquellos países donde la justicia y las buenas leyes parecía que no habían llegado a echar raíces, me afané en manejar mi caballo para que no se desviara del camino establecido y a procurar que Ahmed, Habib y Walid cumplieran con eficacia los quehaceres que les tenía encomendados.

A las dos de la tarde hicimos alto en una aldea llamada Isdud, situada a medio camino entre Gaza y Jaffa. En aquel lugar decidí acampar y esperar la llegada del nuevo día para continuar nuestro viaje.

Sin embargo, partimos a las dos de la madrugada avanzando hacia el norte nordeste y, a veces, en dirección nordeste, siguiendo un buen camino de tierra batida que por las excelentes condiciones en que se hallaba colegí que debía ser frecuentado por numerosos viajeros y mercaderes. Antes del amanecer nos topamos con una caravana cargada de sacos de jabón y tabaco, que iba desde Nablus a El Cairo y que se había detenido para dar descanso a los sobrecargados animales. Nos unimos a ella durante un rato, breve período de tiempo que aproveché para invitar al jefe-guía a tomar café y, de paso, platicar con él. El mercader, que era palestino de Jaffa, se llamaba Yassir el-Yafa, que quiere decir «Yassir el Hermoso».

—Señor viajero, si procede, como me ha comentado, de La Meca y de Medina, se habrá encontrado con algunas regiones egipcias muy peligrosas en las que dominan los bandidos y los rebeldes enemigos del pachá Mohamed Alí. Pero en Palestina no debéis temer por vuestra seguridad. Las ciudades están gobernadas por señores muy respetables nombrados por la Sublime Puerta y los caminos se hallan vigilados por destacamentos de soldados turcos que siguen las órdenes de estos gobernadores. Si en el pasado hubo alguna partida de bandidos que bajaban de las montañas para asaltar a pacíficos

mercaderes o a viajeros, los soldados no cesaron hasta apresarlos, cortarles la cabeza y colgarlas en las puertas de las ciudades para general escarmiento. Podéis viajar sin miedo por nuestro país, señor, porque, a diferencia de las tierras de Egipto, aquí el sultán de Constantinopla ha logrado que reine la paz, pues es muy necesaria para que los comerciantes ingleses y franceses se establezcan en nuestros puertos —me dijo, después de conversar sobre asuntos banales.

Las palabras del palestino me transmitieron una tranquilidad y un sosiego que, cuando atravesaba los desiertos de Egipto y Arabia, nunca tuve.

Continuamos la marcha adentrándonos en unas montañas cubiertas de verdor. Al cabo de una hora de andanza nos detuvimos en un lugar delicioso, junto a un bosquecillo, para desayunar. Luego volvimos a tomar el camino en dirección norte y, a las once de la mañana, accedimos a la ciudad de Jaffa.

En los pueblos que atravesamos, desde que entramos en Palestina hasta llegar a Jaffa, pude observar que el terreno estaba constituido por suaves colinas y valles que estaban recorridos por arroyos, aunque todos se hallaban secos a esas alturas del verano. Al principio, no comprendía cómo una tierra que carecía de ríos pudiera disponer de tantos y tan fértiles campos cultivados y plantaciones de olivos y tabaco.

Cuando tuve oportunidad de comentarlo con algunos prohombres que conocí en Jaffa, se disiparon, finalmente, mis dudas: toda aquella región de Palestina, a diferencia de lo que sucede en Egipto, recibe, durante el invierno y la primavera, lluvias abundantes que permiten regar la tierra y almacenar en su seno el agua aportada por esas precipitaciones para soportar el largo y cálido verano.

En las ciudades no encontré ni una sola casa que, en su patio, no tuviera, como hacían los antiguos romanos o los moros de España, un aljibe para recoger el agua de la lluvia. Cuando pude visitar uno de ellos, me sorprendió la manera que tienen estos palestinos de evitar la putrefacción del agua almacenada: le aplican, sobre las paredes, una capa de cal mezclada con arcilla roja y resina

producida por el lentisco. Me dijeron que era algo que venían haciendo desde hacía muchos siglos.

Entre los diferentes pueblos que había dejado atrás, a unos treinta kilómetros de Jaffa se hallaba Ascalón. Entonces era una pequeña aldea, pero me dijeron que había sido importante en el pasado, cuando se la disputaban los cruzados y el general Saladino. Fui a visitarla porque era el lugar donde había nacido y crecido, antes de ocupar el trono de Judea, Herodes el Grande.

Permanecí dos días en Jaffa, tiempo que dediqué a visitar al cadí de la ciudad y a dos alfaquíes que gozaban de gran fama por sus conocimientos de la Ley. También me entrevisté con un comerciante español, establecido en el barrio del puerto, que se llamaba Agustín Cifuentes Garrido, que se dedicaba a la exportación de tabaco y aceite para las posesiones inglesas del Mediterráneo.

El miércoles, 22 de julio, a las dos de la tarde salimos de Jaffa dirigiéndonos al sureste y sur-sureste, que era donde se encontraba, según el guía palestino que había contratado en sustitución del soldado turco al que había despedido porque consideraba innecesaria su labor de escolta, la ciudad de Jerusalén a unos cuarenta kilómetros. Antes de que anocheciera dejamos atrás las poblaciones de Yazur y Far para entrar en la ciudad de Ramala a las nueve de la noche.

Se trataba de una población grande, compuesta por unas dos mil familias que tiene, en su centro, una hermosa mezquita que dicen fue erigida como templo cristiano por los griegos ortodoxos, aunque por su estilo yo creo que es de tiempo de los cruzados.

Me pude alojar en las dependencias de una mezquita muy venerada en la que se encuentra la tumba de Ayub Bey, un general mameluco que, enfrentado a los franceses, tuvo que huir de Egipto y refugiarse en Ramala, donde murió y fue enterrado. Antes de abandonar Ramala a las diez de la mañana, vino a visitarme y a presentarme sus respetos el *agá* turco encargado del distrito, que quiso ayudarme ofreciéndome dos mulas y un nuevo guía para que me acompañara hasta Jerusalén y Hebrón, aunque rechacé su amable ofrecimiento, expresándole mi agradecimiento ante tanta generosidad.

Estuvimos todo el día sorteando una serie de montañas, algunas de ellas por caminos que discurrían en el borde de espantables precipicios. Entrada la noche, nos vimos envueltos por una densa niebla que casi nos impedía ver el camino a dos metros por delante de nosotros. Entendiendo que de continuar por aquel peligroso sendero, alguno de los animales podía resbalar y caer a lo hondo del barranco, decidí acampar en un pequeño llano que localicé al pie del farallón.

Cuando la niebla desapareció y la luna iluminó el paisaje que nos rodeaba, quedamos maravillados por la belleza de aquellas montañas, con valles encajados y bosques de robles y algarrobos en las laderas que miraban al norte. Emprendimos de nuevo la marcha y, a las cuatro de la madrugada, llegamos a Qaria el-Aineb, un pueblecito colgado en la ladera de la montaña rodeado de una infinidad de viñedos. Tras tomarnos en él una hora de descanso, seguimos nuestra ruta por la pendiente. Habiendo llegado al fondo del valle, aún tuve que superar otro monte muy elevado. Desde su cumbre pude divisar la ciudad santa de Jerusalén en la que entramos a las ocho y media de la mañana el jueves 23 de julio de 1807.

Como respetado peregrino musulmán, que podía ostentar el noble título de *el-Hajj* (el que ha hecho la Peregrinación), conseguí un buen alojamiento en la mezquita de un santo llamado Sidi Abdelkader, situada muy cerca del templo musulmán. Como estábamos agotados por los esfuerzos realizados al cruzar las montañas, me acosté y me quedé dormido, hasta que a las tres de la tarde desperté y me dirigí al sagrado templo.

Las calles de Jerusalén, a diferencia de otras ciudades que había visitado en Oriente, eran bastante regulares, rectas y bien pavimentadas, algunas con aceras, pero angostas y, casi todas en pendiente. Observé que hay en ellas escaso bullicio de gente. ¡Qué contraste con las calles de La Meca, anchas y siempre repletas de personas y tan alegres! Las viviendas suelen tener dos o tres plantas, con ventanas al exterior pequeñas y el dintel de las puertas extremadamente bajo. Por lo general, los edificios están muy bien construidos. Casi todos con buena piedra tallada, pero —como he

referido—, poseen una curiosa particularidad: las puertas que dan a la calle tienen tan poca altura que uno debe doblar medio cuerpo para poder entrar por ellas. ¿Una manera de impedir posibles invasiones? Nadie pudo explicarme la razón que les impulsó a habilitar esos pequeños vanos hacia el exterior en sus casas.

Algo que llama la atención del visitante es que no existen zonas vacías ni jardines en la trama urbana, de manera que la población vive hacinada. Me dijeron que los habitantes de la ciudad ascienden a unos treinta mil, sin contar a los moradores de unos arrabales que se han ido formando extramuros.

Jerusalén está circundada por un perímetro de altas murallas construidas con sillares de piedra labrada. Algunas parecen ser de mucha antigüedad. Están rematadas con almenas y reforzadas por grandes torres cuadradas. Aunque cuentan con un elemento defensivo excepcional: están erigidas en la cumbre del barranco, lo que las hace casi inaccesibles a posibles invasores. En las zonas donde no existe ese barranco se ha excavado un profundo foso al pie del muro, lo que otorga aún mayor seguridad a sus habitantes.

Para acceder a la ciudad pude contar hasta seis puertas.

Todo esto sobre Jerusalén lo he anotado en mi diario después de realizar diversas visitas a sus calles, plazas, monumentos y a sus extraordinarias fortificaciones.

El Haram o el Templo, también conocido en español como la Casa Santa Principal de Jerusalén, es una construcción muy armoniosa constituida por varios edificios, erigidos en épocas distintas por los gobiernos que han imperado a lo largo de los siglos en el Islam. El nombre de El Haram significa en esencia Templo, aunque es un conjunto formado por varias mezquitas y oratorios a los que está vedada la entrada a los infieles.

Pero su importancia, junto con el de La Meca, es significativa, pues la religión musulmana solo reconoce la existencia de dos Templos: el de La Meca y el de Jerusalén. Y ambos tienen, igualmente, prohibido el acceso por la Ley a los cristianos, a los judíos y a cualquiera que no profese la religión revelada por el Santo Profeta. En ocasiones, el gobierno Otomano entrega a algún relevante personaje extranjero cristiano un firmán para que pueda ser admitido en las mezquitas

secundarias, pero ningún gobernante musulmán se atrevería a autorizar a un infiel entrar en los Templos de La Meca o de Jerusalén.

No se sabe si antes de la llegada de la verdadera religión, existía algún edificio notable en el solar donde se encuentra el Templo, pero es opinión generalizada y aceptada que este Templo ocupa el mismo lugar en el que estuvo el famoso templo de Salomón hasta que los romanos lo destruyeron.

La parte principal del Templo se compone de dos cuerpos o edificios diferentes, pero que forman un conjunto simétrico e íntimamente unido. Uno es llamado Al-Aksa y el otro Al-Sakhara o «de la Roca». El primero lo forman siete naves sostenidas por pilares y columnas. En la cabecera de la nave central se localiza una hermosa cúpula. Las naves colaterales se asientan sobre arcos y fustes de columnas similares a los que sostienen la nave principal. La cúpula es semiesférica, con dos filas de ventanas que crean la ilusión de que flota en el aire. Está decorada con pinturas y dorados arabescos muy hermosos.

En la pared del fondo se halla el *mimbar*, hecho de exquisita madera. Es allí donde se sitúa el imán para decir el sermón de los viernes. A su lado se localiza el *mihrab*, todo él de mármol, flanqueado por cuatro columnas, dos a cada lado, que, por su estilo, parece que han sido aprovechadas de algún edificio antiguo. Frente a la puerta principal de Al-Aksa hay una calzada que termina en una magnífica escalera que conduce a Al-Sakhara.

Esta parte del Templo recibe su nombre por una roca muy venerada que se halla situada en medio de ese edificio. Según la tradición, en esa roca fue donde el profeta Mahoma ascendió a los cielos.

Se trata de un edificio de planta octogonal elevado unos ocho metros por encima del Haram. Está pavimentado con losas de mármol muy bellas. A Al-Sakhara se accede por cuatro puertas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales. La más frecuentada es la *Bab al-Qibla*, ubicada en el lado sur, que posee un pórtico sostenido por ocho columnas de mármol de estilo corintio. La parte central del edificio está cubierta con una gran cúpula de unos quince

metros de diámetro y una altura de veinte. La roca que ocupa el centro de Al-Sakhara es un peñasco de unos diez metros de diámetros y su superficie es irregular. En su lado norte tiene un hueco. La tradición asegura que fue hecho por los cristianos que intentaron llevarse la roca, pero que ésta se hizo invisible impidiéndolo. También dice la tradición musulmana que la noche en que el Profeta fue sacado de La Meca por el ángel Gabriel y transportado por los aires hasta Jerusalén montado en la yegua Burak, el Mensajero de Dios, dejando a Burak en la puerta del Templo, vino a rezar la plegaria en Al-Sakhara con los demás profetas y ángeles, quienes, tras saludarlo respetuosamente, le cedieron el sitio de honor.

Me han de perdonar mis futuros lectores por la extensa descripción que he hecho y he pasado al papel de este relevante Templo, pero es que creo que es la primera vez que puede ser conocido en Occidente el Haram de una de las ciudades santas del Islam, si es que algún día se publica la relación de mis viajes. Y digo que estoy casi seguro de que, hasta ahora, nadie ha publicado nada sobre los sagrados edificios de Jerusalén, porque yo, que he leído hasta la saciedad los relatos y las cartas de Constantin-François Volney, en las que describe su viaje a Siria y Egipto; del brigadier Gabriel de Aristizábal y del viajero alemán Carsten Niebuhr, no hallé en ellos ninguna referencia al Templo ni a las edificaciones que lo rodean, aunque sea vistas desde el exterior. Lo que, por otra parte, es lógico, pues ningún cristiano ha podido acceder a su interior para trasmitir a los occidentales sus maravillas, como yo he hecho.

Creo que Alí Bey el Abbassí el-Hajj ha sido el primer ciudadano europeo que ha tenido la dicha y el privilegio de poder acceder a El Haram, pisar su hermoso pavimento de mármol cubierto de lujosas alfombras y contar lo que he contemplado en él a mis futuros lectores.

El guardián del sepulcro de David me aseguró que un año antes de mi llegada a Jerusalén, había visitado la ciudad el francés François-René de Chateaubriand. Aunque no se le permitió entrar en el Templo, quise saber qué era lo que había escrito sobre esa ciudad. Pero, a pesar de los intentos realizados durante mi estancia en

Francia, no he logrado leer lo que dicen que ha publicado en su libro, «De París a Jerusalén».

Al día siguiente de mi llegada a la tercera ciudad santa del islam, que era viernes, después de rezar la oración principal en el Templo, saliendo por la puerta de la ciudad que da al sudeste, me condujeron a una antigua iglesia que se hallaba a unos trescientos metros en la zona extramuros, en la que se encuentra y se venera el sepulcro del rey David. Está sepultado en un catafalco de piedra cubierto con telas de seda de diferentes colores. Recé una oración ante la tumba de aquel rey profeta, considerado como tal por los musulmanes, de la misma manera que Abraham, Jacob, Salomón o Jesucristo. También visité el Monte de los Olivos, donde los cristianos ortodoxos y los seguidores del papa de Roma creen que estuvo Jesús orando cuando lo prendieron los romanos por la delación del traidor Judas. Allí me enseñaron una losa de mármol con la huella del pie de Cristo, que —dicen— quedó marcada en la piedra cuando ascendió al cielo tras su Resurrección.

Al día siguiente, sábado 25 de julio, al amanecer, salí acompañado de uno de mis criados de la ciudad para dirigirme a la población de Hebrón, donde se encuentran las tumbas de los Patriarcas.

Está situada entre montañas, en dirección sur-suroeste.

A las siete y media de la mañana llegamos a las puertas de Belén, población que está en un monte, todo él cubierto de olivos. Allí nos topamos con un grupo de pastores cristianos que iban a Jerusalén para poner una querella ante el jerife contra unos pastores musulmanes de Hebrón, que aseguraban les habían quitado parte de su ganado.

Dejamos atrás el pueblo de Belén y seguimos subiendo y bajando montañas. Al fin, pasadas las doce del mediodía, entramos en El Khali, que los cristianos y los judíos llaman Hebrón. Una ciudad en la que habitaban unas cuatrocientas familias palestinas y que se encuentra situada en le empinada ladera de un monte. Encontramos un buen alojamiento, aunque modesto, en una fonda regentada por un turco.

El otomano me indicó que si quería visitar la tumba de Abraham, que me dirigiera a una mezquita, que antes había sido una iglesia

cristiana, en la que se hallan las sepulturas de Abraham y de su esposa Sara. Accedí a aquel oratorio, rodeado de altos y poderosos muros, y me impresionó el silencio y el recogimiento que mostraba la decena de fieles que se hallaba en su interior. En el vestíbulo hay dos habitaciones. En la de la derecha está la tumba del patriarca Abraham y, en la de la izquierda, la de Sara. También se conservan, en otros lugares de la extensa mezquita, las sepulturas de Isaac, de su esposa, de Jacob y de su mujer y de José, muerto en Egipto, pero cuyas cenizas fueron traídas a Hebrón por el pueblo de Israel cuando Moisés logró sacarlo de la esclavitud.

Cumplida la misión que nos había llevado a aquella ciudad, que no era otra que visitar y orar ante las famosas sepulturas de los Patriarcas y de sus mujeres, el domingo, 26 de julio, al despuntar el alba, emprendimos Ahmed y yo el camino que nos había de conducir de regreso a Jerusalén, donde nos esperaban Habib y Walid.

Nos detuvimos a desayunar junto a un manantial de agua abundante y buenísima, que manaba de unas rocas al pie las ruinas de una antigua alcazaba y, luego, continuamos la andanza para entrar en Belén a las diez y media de la mañana. Tras un breve descanso me encaminé al convento de los cristianos, donde se venera el lugar donde, según la tradición, nació Jesucristo cuando, desde Nazaret, sus padres se dirigían a Jerusalén para celebrar la fiesta de la Pascua judía. En el monasterio habita una veintena de monjes. La mayoría son católicos romanos, pero algunos siguen el rito griegos y otros son armenios.

Un monje me condujo a un salón amplio en el que había tres puertas: la de la izquierda comunicaba con los aposentos de los religiosos romanos; la de la derecha, a los dormitorios de los armenios y una tercera daba a las celdas de los griegos. Al menos eso es lo que me dijeron. Luego me llevaron, por unas anchas escaleras, a una profunda cueva. El monje que me servía de guía señaló una especie de nicho practicado en el muro y manifestó, con gran recogimiento y seguridad en sus palabras:

—Este es el lugar, viajero, donde nació Nuestro Salvador Jesucristo.

A la izquierda del aquel nicho había una pequeña pila de mármol que identifican como el pesebre en el que María depositó a su hijo

recién nacido. Frente al pesebre hay un altar rematado por un cuadro que representa la Adoración de los Reyes Magos. Tanto el pesebre como sus alrededores están decorados con fantásticos y lujosos ornamentos y numerosas lámparas de cristal y de plata. Entre ellas vi una grande, de reluciente plata con forma de corazón, con una inscripción grabada que decía: «Antonio Camilo de Celis. Año de 1700»[27]. Debió ser un viajero español que recaló en estas tierras a principio del pasado siglo.

El monje se arrodilló ante el pesebre y rezó una oración. Yo hice otro tanto y, a continuación, salimos al exterior del convento.

También visite una cueva donde dicen que está enterrada la Virgen María, y otras tumbas que contienen los restos de sus padres, Joaquín y Ana, y los de su esposo José. Eso me dijo el fraile que las cuida, aunque yo, sin querer ser irreverente e incrédulo, por algunos detalles que vi en las citadas sepulturas, creo más bien que son tumbas del tiempo de los cruzados.

El día 27, al caer la tarde, entramos en Jerusalén.

Me dirigí a la mezquita de Sidi Abdelkader, en la que estaba alojado, y me acosté una vez que hube tomado la comida que me ofreció el encargado de la hospedería, consistente en un exquisito queso de cabra con miel, dátiles y unas tortas, que hacen con harina de algarrobas. A la mañana siguiente, después de rezada la segunda oración del día, me desplacé hasta el que, sin duda, era para los cristianos de todos los ritos, tendencias o facciones el centro de la Cristiandad, aunque la ciudad de Roma haya querido suplantarlo: el Santo Sepulcro de Jerusalén, donde estuvo depositado, hasta que resucitó y subió a los cielos, el cuerpo de Jesucristo.

Me dirigí a la única puerta que tiene el edificio, que sólo se abre en días determinados. Entonces estaba cerrada. A través de la reja pude hablar con un monje español, llamado Ramírez de Arellano. Un hombre jovial y dicharachero que, después de preguntarme quién era y hacer algunas chanzas, me aconsejó que fuera a ver al procurador general de la Orden, que también era español, para obtener un permiso por escrito que me permitiera franquear aquella puerta. Aunque el procurador estaba enfermo, me recibió su

lugarteniente, el cual expidió la autorización para que, al día siguiente, pudiera acceder al Santo Sepulcro.

Una vez en el interior del edificio, en el fondo de una iglesia erigida en el estilo gótico hay un espacio coronado por una magnífica cúpula redonda, debajo de la cual y en el centro se alza una especie de caseta donde los cristianos creen que está la tumba de Cristo. Se entra en esa caseta y, luego, hay que bajar varios peldaños hasta dar con un habitáculo, a cuya derecha hay una pequeña cámara que parece un aljibe, pavimentado con losas de mármol blanco veteado de rojo. Para proporcionar luz a aquel subterráneo hay numerosas lámparas de aceite, de diverso tipo y tamaño, que un monje enciende cuando alguien entra en el sepulcro.

Los musulmanes acostumbran a rezar oraciones en todos los lugares santos consagrados a la memoria de Jesucristo y de la Virgen —como pude comprobar durante mis andanzas por el oriente islámico—, excepto en esa tumba que no la reconocen como el lugar donde estuvo sepultado Cristo, pues consideran que Jesús no murió, sino que ascendió al Cielo en vida, dejando la huella de su rostro en el traidor Judas, que fue condenado a morir en su lugar.

La llave de la caseta donde se encuentra la tumba de Cristo la guardan los monjes latinos, pero tienen prohibido abrirla sin la presencia de un monje ortodoxo griego, el cual permanece junto a la sepultura mientras está abierta. A la derecha de la iglesia se encuentra la zona o la capilla perteneciente a los católicos romanos; a la izquierda la de los armenios y, detrás, la de los siríacos. También los coptos cuentan con su propia capilla adosada a la caseta del sepulcro. Los griegos tienen su iglesia en el centro del templo, lo que creen que les proporciona cierta autoridad y preeminencia sobre el resto de las iglesias cristianas representadas en el Santo Sepulcro. Esta creencia ha provocado numerosas disputas y enfrentamientos entre ellos.

A las cinco de la tarde me hallaba, acompañado de mis criados, en el patio de la mezquita de Sidi Albdelkader, sentados en unos bancos de piedra que había en la galería porticada que lo rodeaba. No dejaba de pensar, apesadumbrado, en que aquel santo lugar, que debía ser centro de oración y de hermandad entre los hombres, se

hubiera convertido en espacio de disputas y confrontación religiosa; mejor dicho, de luchas egoístas por el control de la propiedad del Santo Sepulcro y de las numerosas limosnas que, generosamente, dejan los viajeros y los devotos cristianos de cualquier facción religiosa en las arcas de aquella relevante iglesia. Yo había dejado el óbolo de tres monedas de plata.

Estando aposentado en uno de los citados bancos de aquella mezquita del santo Sidi Albdelkader, a la sombra de la reconfortante galería porticada, me dediqué a elaborar, con la ayuda de Ahmed, un mapa aproximado de Egipto y de Palestina, para señalar en él los lugares por los que estaba pasando, señalando las coordenadas geográficas que mis aparatos me habían ido proporcionando para cotejarlas, a mi vuelta, con las aportadas por los exploradores que me habían precedido y los cartógrafos franceses e ingleses.

El miércoles, 29 de julio del año 1807, a las nueve y media de la mañana, abandonamos Jerusalén por la puerta de *Bab al-Amud* para regresar a Jaffa.

---

25 Fue ensanchado y ampliada su longitud entre los años 1854 y 1856, para crear una vía navegable entre el río Nilo y el Canal de Suez, y proveer de agua potable a las ciudades que hay a lo largo de su recorrido desde El Cairo hasta Ismailía. Hoy se conoce con el nombre de «Canal de Ismailía».

26 Domingo Badía no podía apartarse, incluso en sus elucubraciones, de sus ideas liberales proclives al constitucionalismo y a los postulados emanados de la Revolución Francesa, que intentaría poner en práctica durante los cuatro años que estuvo al servicio del rey de España, el hermano de Napoleón, José I Bonaparte.

27 Es probable que se tratase de un miembro de la Orden de los Camilos, fundada por el italiano Camilo de Lelis, en el siglo XVII, para la atención de los enfermos pobres.

XIX

DE NUEVO EN JAFFA. VIAJE A SAN JUAN DE ACRE Y A DAMASCO

Como el viaje desde Jaffa a Jerusalén lo hice de noche, no pude contemplar en toda su belleza el paisaje montañoso, los fértiles valles y las aldeas que encontraba en el camino.

A las diez y media dejé a mi derecha el pueblecito de Haliun, situado en la cima de un monte y las ruinas de un templo antiguo, creo que de tiempo de los romanos por las características de los capiteles y fustes de columnas que se conservaban medio enterradas. A continuación ascendí por la ladera de un monte en cuya cumbre se alzaba un viejo castillo que los lugareños denominaban Al Qastel, antes de encontrarnos, a las doce, con el pueblo de Qaria el-Aineb, rodeado de viñedos —por el que ya habíamos pasado cuando nos dirigíamos a Jerusalén—, en el que hallé una antigua iglesia de tres naves, bien construida con sillares, abandonada y convertida en un establo. Aunque el imán de su mezquita me dijo que había sido edificada por los cristianos griegos de la antigua Constantinopla, creo que estaba equivocado y que era una iglesia erigida por los cruzados cuando, siguiendo las predicaciones del papa Urbano II y, después, del monje Bernardo de Claraval, invadieron estas tierras con la intención de conquistar los Santos Lugares, en los que vivió y murió Jesucristo, a los musulmanes.

Después de almorzar, invitado por unos ancianos que se hallaban en la cumbre de un monte con la misión de exigir el pago de las contribuciones impuestas por la Ley a los cristianos y a los judíos, a los que alguien había informado ser yo hijo del emperador de Marruecos, se deshicieron en elogios y en ofrecerme las mejores viandas que pudieron reunir. Al acabar el espléndido banquete se despidieron de mí después de haberme besado las manos, los pies y la cabeza, ante la mirada atónita y burlona de mis criados. Luego,

continuamos la marcha que nos llevó a escalar una nueva montaña desde cuya cumbre se podía divisar el mar. A partir de ese punto, la pendiente se suaviza mucho, abriéndose amplias llanuras y fértiles valles.

Hacia las cuatro de la tarde atravesamos el pueblo de Latrun y, después de pasar junto a la aldea de Al Qubayba, llegamos a Ramala a las seis y cuarto. Dejadas atrás las montañas, pudimos observar que los llanos y los valles están cubiertos de extensos campos de trigo que, a esas alturas del verano, ya había sido segado, y de plantaciones de tabaco.

En esa ciudad conseguí alojamiento en la misma mezquita, dedicada al general mameluco Ayub Bey, en la que me hospedé la vez anterior. De nuevo recibí la visita del gobernador turco de la ciudad y del jerife de la región marroquí de Tafilálet, llamado Mulay Mohamed, pariente del sultán Sidi Mulay Sulaymán, que se había establecido en Ramala para disfrutar de unas propiedades y unos negocios que había recibido en herencia en esa ciudad.

Al día siguiente, jueves 30, a las seis menos cuarto de la mañana partimos en dirección a Jaffa.

Una hora más tarde dejamos a nuestra izquierda el pueblo de Far. A las ocho atravesamos Yazur, entrando en la ciudad de Jaffa a las nueve y media.

Observé que, en esa ocasión, había numerosas tropas turcas y magrebíes asentadas en un campamento que se hallaba instalado a unos doscientos metros de la población. Sin perder tiempo nos dirigimos al puerto, consistente en una pequeña rada, abierta a todos los vientos, en la que solo pueden fondear pequeñas embarcaciones que hacen cabotaje con otros puertos de Siria. Los grandes buques se ven obligados a fondear fuera de esa rada y a permanecer anclados hasta que unas chalupas los comunican con la orilla para cargar o descargar las mercancías y bajar o embarcar a los pasajeros.

Mantuve una entrevista con el capitán de un velero que se hallaba allí fondeado y que me dijeron que iba a zarpar y navegar hacia el norte para arribar, si el tiempo atmosférico lo permitía, al puerto de San Juan de Acre. A la puesta de sol embarqué en aquel navío que

se hizo a la vela a las nueve de la noche con viento favorable que soplaba desde el sur. A las tres de la tarde del día siguiente, 31 de julio, tras estar el barco navegando y costeando durante dieciocho horas un hermoso litoral bajo y con largas playas de arena blanca, entramos en el puerto de esa histórica y famosa ciudad que los musulmanes llaman Akka.

Los cruzados europeos la tomaron hacía siete siglos y la convirtieron en el principal puerto del reino que crearon en torno a Jerusalén. La Orden de San Juan de Jerusalén, que la hicieron bastión y fortaleza inexpugnable, le dieron su nombre, hasta que Jalil, el sultán mameluco de Egipto, la conquistó en las postrimerías del siglo XIII y acabó con la presencia y el dominio cristiano en esa costa.

En los últimos años, Acre se ha distinguido por su vigorosa resistencia ante los ataques sufridos por el ejército francés, defensa protagonizada por Al Jazzar Pachá, lo que le ha elevado a la categoría de héroe y gran general vencedor de Napoleón. Posee, aún, poderosas murallas defendidas por un profundo foso con escarpa y contraescarpa de piedra que explican la permanencia de los cruzados en la ciudad durante casi doscientos años, asediados por los ejércitos musulmanes. A diferencia del de Jaffa, su puerto, aunque angosto y expuesto a todos los vientos, cuenta con una rada amplia en los alrededores de la cercana población de Haifa, en la que pueden fondear flotas compuestas por numerosas embarcaciones.

Pude saber que Al-Yazzar Pachá no había unido a sus dotes de gran militar las de un sabio y comedido gobernador, siendo, en ocasiones, tiránico y cruel con sus gobernados. En los días que yo visité San Juan de Acre, el pachá se llamaba Solimán y había heredado el cargo de gobernador tras la muerte de Al-Yazzar. Decía la gente que era hijo natural o adoptivo del dicho Al-Yazzar, que no deseaba continuar la misma política represiva hacia sus gobernados que caracterizó a su antecesor. A mí, que llegué a conocerlo, me pareció un hombre justo, de buen corazón, trato agradable y moderado en sus acciones. Su primer ministro y asesor, que fue el que me condujo a su presencia en el palacio de gobierno, era un judío muy

respetado en la ciudad. Antes de acceder al palacio encontré un buen alojamiento, para mí y para mis criados, en una casa grande que se hallaba en la zona portuaria.

Los europeos gozan en la ciudad de Acre de una gran libertad y de mucha consideración, tanto por parte del gobierno, como de la población, que está formada por una mezcla de árabes y turcos, además de los comerciantes extranjeros que están establecidos en los alrededores del puerto. Localicé algunas agencias comerciales francesas, inglesas e italianas, pero no encontré ninguna delegación oficial o privada de España, no teniendo más remedio que esperar arribar a Damasco o, quizás, a Constantinopla para poder entregar en un consulado español el informe que debía enviar al Príncipe de la Paz sobre la explosiva situación política y religiosa que se estaba produciendo en Arabia y en Egipto.

En el extremo sur de la bahía en la que se halla Acre, se divisa la ciudad de Haifa y, detrás, el monte Carmelo, mencionado en la Biblia en relación con el profeta Elías. Refiere el libro sagrado de los judíos que en la cima de ese monte los sacerdotes del dios Baal acostumbraban a sacrificar un toro. En presencia de Elías invocaron a su dios para que prendiera el fuego de la pira, pero nada ocurrió. Entonces Elías reclamó la ayuda del Dios de Israel y Yahvé envió un rayo que prendió la leña destinada a inmolar al animal, con lo que quedó demostrada la supremacía del Dios de los judíos sobre la falsa deidad cananea.

En la cumbre de ese monte hay un monasterio griego que está consagrado a san Elías y, un poco hacia el este, se edificó un convento católico con la misma invocación. Y en la ladera de la montaña, debajo del monasterio griego, se puede ver una mezquita dedicada, igualmente, al profeta Elías, bajo el nombre de El Hoder. Decidí visitar esos tres lugares en los que coincidían las tres religiones abrahámicas en torno a tan destacado personaje bíblico.

Al amanecer del día 2 de agosto partimos hacia el sur, llegando a Haifa a las diez de la mañana. Después de haber desayunado en las afueras de esa ciudad ascendimos hasta la cumbre de aquel monte Carmelo. Estuve todo ese día visitando los dos monasterios cristianos y el templo musulmán, rezando ante el altar de las iglesias

de los dos monasterios y frente al *mihrab* de la mezquita, dedicando mis oraciones, en esos tres lugares santos, al mismo profeta Elías, aquel que, según el segundo libro de los Reyes, fue arrastrado a los cielos en carne y hueso por un carro de fuego que debió enviar el Todopoderoso.

Al caer la tarde estaba de regreso en Acre.

El jueves, 6 de agosto, decidí marchar hacia la población de Nazaret y, desde allí, continuar el viaje hasta Damasco.

A las ocho de la mañana mandé a mis criados que se adelantaran portando mi equipaje y que me esperaran en esa ciudad, contando partir yo mismo dos horas más tarde acompañado de varios amigos. Pero, en el momento en que iba a iniciar la marcha comencé a sufrir espasmos y vómitos. Tal indisposición me resultó especialmente enojosa, pues mi botiquín había partido hacia Nazaret con el equipaje. Por suerte, siempre llevaba un tarrito con emético encima, costumbre que adquirí —como ya he referido— en La Meca, temiendo ser envenenado por el pérfido guardián del pozo Zemzem. Expulsé mucha bilis, pero, a lo largo de la noche fui mejorando, de manera que a la mañana siguiente pude emprender el viaje hasta el pueblo en el que pasó su infancia Jesús.

Salí de Acre a las seis de la mañana acompañado del cadí y de dos magrebíes que acudieron a saludarme cuando supieron que había desembarcado en su ciudad. Caminamos a través de una extensa llanura rodeada de montañas en la que nos encontramos con algunas aldeas y alquerías circundadas por amplios campos labrados y prados con abundante ganado.

Llegamos a Nazaret a las cuatro de la tarde, cuando lo normal hubiera sido haber entrado en la ciudad a las once o las doce, pero tardamos más debido a mi dolencia aún no superada, que nos obligó a tener que detenernos y descansar en varias ocasiones junto al camino o a la vera de alguno de los pozos que encontramos.

Fuimos a alojarnos en el convento de los hermanos franciscanos, comunidad religiosa constituida por trece frailes, nueve de ellos españoles.

Fue edificado —según decía el superior del monasterio— en el mismo lugar donde la Virgen María recibió el anuncio de su

milagroso embarazo por medio del ángel Gabriel. El Islam reconoce la virginidad de María y la milagrosa encarnación de Jesús: Espíritu de Dios, *Roh Aláh*, según los musulmanes, por la intermediación del ángel Gabriel, el mismo que enviado por Dios reveló el Corán al profeta Mahoma.

Nazaret es una pequeña ciudad de Galilea que carece de cualquier clase de defensa o de murallas. Según el cadí de Acre, su población está formada por unas cuatrocientas familias musulmanas e igual número de familias cristianas, la mayor parte de ellas del rito católico. Es digno de resaltar que los franciscanos disfrutan en esta ciudad de la misma libertad que en cualquier otra europea. Las iglesias son frecuentadas por los fieles cristianos sin ningún impedimento y los religiosos pueden llevar los sacramentos, sin obstáculo alguno, a los enfermos en sus casas. Como su comportamiento es ejemplar y su trato con los miembros de las otras creencias digno de encomio, se explica el respeto y la estima de que gozan entre la población, sea de una u otra confesión o rito.

En el centro de la iglesia del monasterio hay una suntuosa escalera de mármol que desciende hasta la cueva donde la tradición asegura que tuvo lugar el gran misterio de la Encarnación. Dentro de esa cueva destaca una estancia cuadrada, ricamente decorada, en medio de la cual hay un tabernáculo de mármol blanco sostenido por cuatro columnitas y, detrás, un altar.

El día antes de abandonar Nazaret mantuve una larga conversación con el abad del monasterio, plática que fue muy instructiva, pues desconocía el funcionamiento y la jerarquización e importancia de las diferentes confesiones y ritos cristianos que realizan su labor apostólica en Tierra Santa. El superior de los religiosos que residen en Jerusalén y en toda la región que depende de esta ciudad recibe el trato de reverendísimo, además de poseer los títulos de Nuncio Apostólico, Custodio de la Tierra Santa, Guardián del monte de Sion y del Santísimo Sepulcro. Goza, además, de los derechos y honores episcopales, sin ser obispo. En los días de mi visita tal dignidad recaía en la persona de un napolitano llamado Buenaventura de Nola.

A los monjes españoles los mandan a Tierra Santa los superiores de

las diferentes Órdenes por seis años; a los italianos por tres. Cada doce meses, en virtud de los tratados firmados con el Gobierno de Constantinopla, han de pagar, como contribución fija unas 35.000 piastras, así como toda una serie de impuestos extraordinarios, gratificaciones a los gobernadores y regalos a particulares. Por estos conceptos el muftí de Jerusalén había exigido y recibido, en los últimos ocho años, la cantidad de unas 40 000 piastras[28].

Estuve varios días guardando reposo a la espera de la recuperación completa de mi dolencia. El día 19 de agosto del año 1807, a las seis de la mañana, acompañado de Ahmed, Habib y Walid dejé Nazaret para dirigirme a la ciudad de Damasco, tomando rumbo norte por un camino rodeado de bosques de olivos silvestres. Como mis amigos magrebíes me habían avisado del peligro que podríamos correr en algunos tramos de la ruta que íbamos a seguir hasta llegar a Damasco, pues varios viajeros habían sido asaltados por partidas de beduinos armados que se ocultaban en las montañas, decidí seguir sus consejos y contratar a tres soldados marroquíes para que nos escoltaran en esa parte de mi viaje.

Antes de partir me despedí del cadí de Acre y de los dos magrebíes que decían ser mis compatriotas. Montados en sus caballos, después de desearme los tres que culminara felizmente y sin recaídas en mi enfermedad el viaje en el que estaba empeñado, regresaron a la ciudad que los musulmanes denominan Akka.

Yo cabalgaba en un buen caballo de raza árabe, mis criados en tres mulas y los escoltas en sus propias monturas. Además, llevábamos otras dos acémilas que transportaban mi escaso equipaje y las dos tiendas de campaña.

Tras subir y bajar varias montañas y cruzar algunos arroyos, secos en esos meses de verano, llegamos a Caná, población famosa porque fue en ella donde Cristo transformó, para sorpresa de los presentes en una boda, el agua en vino. Desde allí, girando hacia el nordeste, descendimos hasta un valle, al sur del cual se divisa el monte Tabor; otro lugar bíblico citado en los Evangelios porque fue en su cumbre donde tuvo lugar el milagro de la Transfiguración de Jesús.

Al salir de ese valle ascendimos varios montes y, al llegar a la cumbre del último de ellos, pudimos contemplar la costa norte del mar de Galilea. A las once de la mañana accedimos a una amplia llanura en la que había campos de trigo ya segado y campesinos haciendo alpacas con la paja obtenida. En una de las eras redondas donde se trilla el grano, con la autorización de su propietario, instalamos las tiendas de campaña, porque, como aún me hallaba algo débil, decidí que pasaríamos el resto de la jornada y la siguiente noche en aquel apacible lugar.

A las cinco y cuarto de la mañana, del día 20, nos pusimos en marcha siguiendo la dirección nordeste. Nos vimos obligados a cruzar las montañas por el fondo de una profunda garganta. A su derecha había un enriscado monte cortado a pico, semejante a nuestro peñón de Gibraltar. Cuando salimos de aquel desfiladero nos hallábamos casi en la orilla del mar de Galilea, también llamado lago Tiberíades, porque en su ribera occidental se encuentra la población que tiene ese nombre. Aquel magnífico manto de agua, rodeado de montañas, presentaba a mis ojos una espectacular panorámica, animada en sus verdes orillas por numerosas piaras de cabras y rebaños de ovejas.

A las nueve de la mañana nos detuvimos para desayunar en un caravasar[29] llamado Nebi Yusuf, es decir «del profeta José», que, aunque debía ser una de las hospederías usadas por las caravanas desde hacía siglos por lo ajado que se hallaba, aún ofrecía a los viajeros alojamiento y comida. Cerca del caravasar había un pozo-cisterna cubierto con una cúpula sostenida por cuatro pilares de piedra, ya sin agua. Según la tradición —me dijeron los sirvientes de la hospedería—, fue en ese pozo en el que los hijos de Jacob ocultaron a su hermano José antes de venderlo a los mercaderes que lo llevarían a Egipto. En el caravasar estaba hospedado un grupo de soldados turcos, lo que confirmaba el temor de la gente a los bandidos que debían ocultarse en aquellas montañas y que, pronto, íbamos a tener ocasión de conocer.

Unas dos horas más tarde comenzamos a cruzar una región montañosa, con valles encajados recorridos por pequeños arroyos en

los que no se veía presencia humana. Apenas habíamos empezado ascender el primero de esos montes por un sendero angosto situado en su ladera, teniendo a nuestros pies un valle en el que solo crecía alguna vegetación arbustiva, cuando uno de los soldados de la escolta alzó su mano derecha y nos obligó a detenernos.

En el fondo del valle, a unos trescientos metros de nosotros, había aparecido una partida de siete u ocho jinetes que parecían esperarnos.

—Son beduinos —dijo uno de los marroquíes.

—¿Es posible que nos ataquen, soldado? —pregunté sin poder ocultar el temor que me embargaba, al ver que elevaban sobre sus cabezas las escopetas espingardas que portaban.

—No sé, sidi —respondió el segundo de los escoltas—. Dependerá de si consideran que su número es suficiente para obligarnos a rendirnos y, luego, robarnos todo lo de valor que llevamos sobre las mulas y en nuestras bolsas.

—¿ Se atreverán? —repliqué.

—Pronto lo sabremos, sidi Alí Bey.

Los tres magrebíes exhibieron sus fusiles y se emplazaron junto al camino con actitud amenazante. Yo, entretanto, había ordenado a Ahmed, Habib y Walid que sacaran de sus cintos las pistolas que les había proporcionado antes de dejar Nazaret, y que ocuparan una posición con sus mulas cercana a los soldados de la escolta. Al mismo tiempo saqué mi espada de su funda y la blandí en el aire para que los beduinos supieran que estábamos dispuestos a defendernos.

Los alardes bélicos parece que fueron suficientemente eficaces y los bandidos, al comprobar que no iban a poder doblegar a aquellos siete valientes viajeros con el número de jinetes que constituía su partida, habían optado por abandonar su actitud amenazante y se retiraron. Al poco, el valle quedó despejado. Los beduinos habían desaparecido. Manteniéndonos alertas y sin guardar nuestras armas, continuamos la marcha hasta que, una hora más tarde, dimos con un amplio valle en el que se veían algunas aldeas y campos cultivados. Al fondo, entre la niebla matutina que comenzaba a

despejarse, se columbraban el lago Hule y el profundo lecho del río Jordán.

A la una de la tarde cruzamos ese río por el llamado puente de Jacob. En uno de sus extremos se alzaba una fortificación que estaba ocupada por un destacamento de soldados del pachá de Acre. Y al otro lado de la corriente había un campamento con tropas del pachá de Damasco. Ambas guarniciones formadas por soldados turcos, pero que aparentemente pertenecían a dos naciones diferentes. Al parecer, el río era la frontera natural entre los territorios gobernados por cada uno de ellos, lo que demuestra la falta de unidad y la anarquía que imperaba en algunas regiones del heterogéneo Imperio otomano.

Al atardecer se nos unió otra caravana compuesta por unos veinte animales de carga y otras tantas personas; hasta que, antes de que anocheciera, decidí acampar junto a la corriente del río Jordán. Estaba el cielo iluminado por las primeras estrellas, cuando me sumergí desnudo en las aguas de aquel famoso río para gozar de su frescura y beber de un agua en la que tanta historia se había vertido a lo largo de los siglos.

El guía de la otra caravana me informó de que el pachá de Damasco había partido con tropas en dirección a Jerusalén, aconsejándome que permaneciéramos acampados en aquel lugar hasta tener noticias de que el pachá y su ejército hubieran pasado de largo, puesto que si nos topábamos con ellos, lo acostumbrado era que nos hubieran requisado los camellos y los caballos.

A las cuatro y media de la madrugada del día 21 desmontamos las tiendas y emprendimos la marcha en dirección nordeste.

A medida que avanzábamos por una especie de altiplano apareció un bosque de encinas que se fue haciendo menos espeso, hasta que desembocamos en una extensa y árida llanura desprovista de árboles. A las nueve y media nos detuvimos a desayunar en un caravasar, casi en ruinas, llamado Quneitra, en el que llenamos nuestros odres de un agua excelente. Continuamos la marcha por aquella llanura sin poder apartar de nuestras almas el miedo que nos había provocado la presencia de los bandidos el día anterior, sobre todo, cuando, a eso de las doce del mediodía divisamos un grupo de

beduinos a caballo, algo alejados del camino, con sus largas espingardas apoyadas en las sillas de montar. No obstante, seguimos la marcha sin cambiar nuestra actitud ni expresar inquietud ni temor. Ellos permanecieron a una distancia de unos cien metros de nosotros sin hacer ningún movimiento o ademán que pudiéramos interpretar como un intento de agresión o de ofensa.

Pasado el peligro, continuamos cabalgando por aquella extensa llanura que estaba limitada, hacia el norte, por unas elevadísimas montañas que parecían antiguos volcanes. Me sorprendió contemplar en las cumbres de algunas de ellas restos de nieve, aunque se encuentren a pocas jornadas del caluroso desierto.

En el día siguiente, a las ocho de la mañana, llegamos a un caravasar llamado Khan Esiheh. A partir de entonces se empieza a notar la proximidad de una ciudad importante por el gran número de aldeas y poblados rodeados de campos de cultivo que uno se va encontrando, lo que contrasta con la desértica y escasamente poblada región que nos había precedido. A las once ascendimos a un monte desde el que, hacia el este, se podían ver, por detrás de infinidad de huertos y bosquecillos de olivos, los alminares de las mezquitas de Damasco.

A las doce y media entramos en la ciudad que los árabes llaman Sham, un hermoso nombre que significa —según me dijeron— «trozo de tierra desgajado del Paraíso».

Lo primero que atrajo mi atención fue una infinidad de cúpulas blancas cónicas que cubren los techos de las casas de los arrabales de la ciudad, que me recodaron los palomares de Egipto, descritos en otro lugar de este diario. Pronto pude saber el motivo de estas construcciones: como en el país los inviernos son muy lluviosos, si los tejados de las casas fueran planos y aterrazados, hechos de cañas y barro o cal, cada año sus moradores se verían obligados a repararlos o sustituirlos. Estas formas cónicas de los tejados hacen que el agua de la lluvia resbale hasta las calles cercanas sin acumularse ni dañar los techos.

Cuando accedimos al centro de la ciudad, pude comprobar que las calles son, por lo general, anchas, limpias y con aceras a ambos

lados. En especial son amplias y están muy cuidadas las que rodean y se hallan cerca el *saray* o palacio del pachá.

Los novedosos anuarios demográficos que consulté en España, publicados en Francia, sobre las poblaciones de algunas ciudades de Oriente, daban, para Damasco una población de cuatrocientos mil habitantes, cifra que me pareció exagerada. De todas maneras, he de reconocer que Damasco era la urbe más extensa y con mayor número de habitantes de todas las ciudades que había visitado, hasta entonces, en Chipre, Egipto, Arabia y Palestina. Me dijeron que en sus numerosos barrios y arrabales vivían unos veinte mil cristianos católicos y un millar de familias judías.

Una de mis primeras visitas la realicé a la gran mezquita; obra arquitectónica inconmensurable que fue edificada por la dinastía omeya que se enseñoreó de todo el Oriente en el siglo VIII. Es magnífica. No solo por la excelencia de los materiales utilizados en su construcción, sino por su enorme extensión, la belleza de sus pórticos y los hermosos mosaicos que contiene. Aunque se le llama la mezquita de los Omeyas, no me cabe duda, por los elementos constructivos que contiene y su decoración, contraria a los postulados recogidos en el Corán y en los *hadices* del Profeta, que fue antes un templo romano y, luego, una iglesia cristiana hasta que pasó a poder del Islam.

Es verdaderamente digna de admirar la nave central de la sala de oración y, sobre todo, la enorme cúpula que la cubre en su parte central. A la izquierda de esa nave hay una estancia que contiene la sepultura del profeta Juan, hijo de Zacarías, llamado por los cristianos Juan el Bautista. En el costado noroeste de la mezquita se encuentra un edificio rematado por una hermosa cúpula donde se halla la tumba del sultán Saladino que, después de vencer en numerosas ocasiones a los cruzados, se afanó en ampliar y embellecer esa mezquita.

Hay numerosas tiendas, situadas a ambos lados de las calles céntricas, en las que se exponen mercancías y productos manufacturados traídos de lugares lejanos, que son muy demandados por los habitantes de esta populosa ciudad que, por lo general, gozan de una situación económica saneada, al menos,

mejor de la que pude apreciar en otras ciudades de Oriente. Llamó, especialmente mi atención, las numerosas tiendas que ponen a la venta, colgadas de sus estanterías, telas de seda de gran calidad llegadas de Persia o de la India; pero, algunas, que son muy solicitadas, son fabricadas en las sederías que están situadas en un valle cercano en donde el terreno está cubierto de plantaciones de árboles de moreras.

Sin despreciar los talleres dedicados a la fabricación de guarniciones de cuero para las caballerías, cuyas labores —me dijeron— son demandadas por las tropas de a caballo de Egipto y Palestina; o los talleres de forja en los que se elaboran las famosas espadas y puñales con damasquinados; aunque, al parecer, esa industria está en declive porque los turcos otomanos poseen sus propias fundiciones en las que fabrican hojas de espadas de superior calidad.

Los numerosos mercados al aire libre, similares a los zocos marroquíes, están muy bien abastecidos de toda clase de productos alimenticios: frescos, procedentes de las innumerables huertas y caseríos que rodean Damasco, o salados conservados en una especie de cecina, llegados de otras regiones. ¡Qué diferencia con la mezquindad y la simpleza de los establecimientos de El Cairo, Fez, o de otros lugares en los que los comerciantes parecen exponer con pesar y apáticos los productos de los que quieren desprenderse!

Las principales cosechas del país las constituyen el trigo, la cebada, el cáñamo, la uva y unos albaricoques que secan al sol, que llaman *meshmesh*, y que son muy solicitados para ser usados como postre o para ofrecer a los invitados en las fiestas familiares. También es importante la cosecha de pistachos y la producción de miel, de la que obtienen la cera para fabricar velas, aunque son de muy mala calidad. El azúcar la importan de Egipto y de Europa, y el arroz procede, todo, del valle del Nilo.

Nos alojamos en una casa amplia, con jardín y con un patio que tenía un brocal de pozo en su centro, en el llamado Arrabal Nuevo, el mejor barrio de la ciudad. Me sorprendió ver que el abastecimiento de agua a dicho barrio se hace por medio de tuberías de cerámica subterráneas que llegan hasta los patios de las

viviendas para llenar sus aljibes. Ese agua procede de un brazo del río Barada que se denomina Banias. Pude comprobar que era excelente. Aunque el agua de todos los brazos y canales del río Barada es de gran calidad y pureza, la gente acomodada recurre a tomarla de un manantial situado en las afueras de Damasco que traen en cántaros en sus acémilas los aguadores. Esa era el agua que yo bebía, comprada por Ahmed a esos vendedores ambulantes, aunque tenía una hermosa fuente de mármol en mi salón, otra en el jardín y una tercera en el patio, además de un caño situado sobre una artesa o lebrillo en la cocina.

El clima de Damasco es suave. No hace demasiado frío en invierno y, aunque en verano aprieta el calor, se hace soportable por la sombra de los árboles, el frescor del agua que, en abundancia, riega los jardines, discurre por los canales y abastece los numerosos baños que existen en la ciudad y las fuentes públicas que están ubicadas, generalmente, cerca de las mezquitas.

Me informaron que desde abril hasta noviembre apenas llueve y que las precipitaciones en los demás meses caen con regularidad, aunque siempre son escasas. El deshielo de las montañas acontece a partir del mes de abril, lo que es una bendición para los habitantes de Damasco, porque el río Barada viene crecido todo el verano proporcionando agua abundante a la ciudad y riego a la infinidad de huertos que hay en la campiña.

Como las cumbres de algunas montañas poseen nieves perpetuas, en Damasco se aprovecha para mantener en los meses del estío el hielo en pozos de nieve que son abastecidos en invierno por acemileros que la traen desde las cumbres en serones preparados para tal fin.

La comunidad de cristianos ortodoxos griegos es muy numerosa, existiendo, también, tres conventos de monjes franciscanos: uno perteneciente a frailes españoles y los otros dos a capuchinos italianos. El patriarca griego de Antioquía reside en Damasco. Parece vivir en la abundancia, porque percibe contribuciones fijas y obligatorias estipuladas sobre los bautizos, las bodas y los entierros de los cristianos de cualquier rito. También posee, por delegación de la Sublime Puerta, la potestad de oficiar los matrimonios entre

cristianos ante los delegados que él haya nombrado. No es de extrañar que la jerarquía eclesial cristiana en el Imperio Otomano esté tan satisfecha viviendo bajo un régimen que sigue y aplica el Corán y la *sharia*. Los judíos son bien tratados en la ciudad, contando con ocho sinagogas.

Recorrí las murallas de Damasco, que son muy extensas, contando con numerosas torres de flanqueo y varios tramos reforzados por fosos. Pero deduje que ofrecían una mala protección a los confiados ciudadanos, porque la mayor parte de los muros están arruinados y las torres sin posibles accesos a sus terrados. Además, han surgido numerosos arrabales en las zonas extramuros, cuyos habitantes están expuestos a cualquier invasión o ataque. La verdadera defensa de Damasco consiste en los numerosos huertos que rodean la ciudad, con sus densos bosques de árboles frutales y su laberinto de setos, muretes de piedra y canales para el riego, que serían un excelente sistema defensivo ante una posible invasión enemiga.

A los tres días de haber llegado y tomado posesión de la magnífica casa en el Arrabal Nuevo en la que nos hospedábamos, dejé la ciudad para visitar el pueblo de Salihiya, situado al norte de Damasco, que es la zona de recreo y asueto de sus habitantes más acomodados. Es como una pequeña ciudad, que posee todas las comodidades propias de una urbe, aun siendo de tan reducida extensión. Cuenta con dos mercados públicos muy bien abastecidos de toda clase de productos alimenticios y está rodeada de una infinidad de casas de campo edificadas con materiales de la mejor calidad, y de huertos y jardines. Es un lugar, sin duda, delicioso.

El día 28, antes del anochecer, me hallaba en mi vivienda, descansando en el jardín, acompañado de mis buenos y leales Ahmed, Habib y Walid, preparando todo lo que iba a sernos necesario para poder acometer la nueva etapa de mi viaje.

He de referir a mis futuros lectores que escribí en mi diario pasajes sobre esta extraordinaria ciudad en unos veinticinco folios, describiendo las características de esa magnífica urbe y narrando los más destacados sucesos que acontecieron en ella a lo largo de los siglos, según me contaron los amigos que logré hacer en los días que permanecí en Damasco. Pero que para no cansar en exceso a

esos amables lectores que decidan leerme, en la edición del futuro libro he incluido solo lo que he considerado más relevante, ilustrativo y menos árido para un aficionado europeo a la historia, la geografía, la antropología y los viajes.

Aprovechando que una caravana partía de Damasco hacia Alepo, y que se formaba en el caravasar de Khan Khoseir, situado a dieciocho kilómetros de la ciudad, nos dirigimos a esa población para poder unirnos a ella. Allí la encontramos y, después de acordar ciertos asuntos con su jefe o guía, acampamos para emprender el viaje hacia Alepo al día siguiente. A las cuatro de la mañana, del día 30 de agosto del año 1807, que era domingo, abandonamos Khan Khoseir para dirigirnos hacia el nordeste.

Estas caravanas están, habitualmente, constituidas por cien o doscientos camellos, acompañados por unas cuatrocientas personas, aunque a veces la forman más de quinientos, además de los caballos que montan los jinetes de la escolta.

Parten hacia Alepo dos o tres veces al mes, empleando en el viaje once o doce jornadas.

---

28 Unos doscientos mil euros en la actualidad.

29 Antigua institución consistente en un edificio de planta, generalmente, cuadrada o rectangular, con un patio central erigido en medio del desierto o extramuros de algunas ciudades para acoger a las caravanas de mercaderes que venían desde la lejana China con seda, porcelana y otras mercancías. Poseían dormitorios, amplios establos, almacenes, cocina, agua y heno para los animales. A principios del siglo XIX, los que aún se hallaban en uso en Oriente Medio estaban en ruinas, como lo atestigua Alí Bey.

XX
ALEPO Y ANTIOQUÍA

Partimos de Khan Khoseir con el resto de la caravana a las cuatro de la mañana, como ya he referido.

Atravesamos una extensa llanura y al amanecer cruzamos una zona montañosa que era considerada peligrosa por los caravaneros. Por ese motivo la escolta de jinetes armados se dividió en dos secciones: una que se situó en cabeza de la caravana, abriendo la marcha, y la otra, a ambos lados de la comitiva y en su retaguardia. Al cabo de dos horas, habíamos superado la angostura y accedimos a otra llanura que se iniciaba con las ruinas de una antigua construcción junto a la que aún se hallaba en uso un pozo de agua excelente en el que los caravaneros pudieron llenar algunos de los grandes odres que transportaban en los lomos de varios camellos. Allí hicimos alto para desayunar.

Continuamos la marcha y a las doce del mediodía llegamos a la población de Al Qutayfah, pequeña, pero rodeada de buenos huertos que riegan con el agua que sacan de unos pozos mediante el empleo de norias movidas por asnos. En una mezquita que había en el centro del pueblo me aloje el resto del día, para emprender de nuevo el camino a las diez de la noche.

Atravesamos un terreno accidentado, hasta dar, a eso de las doce, con un nuevo caravasar que se hallaba en ruinas, que se llamaba Khan Arus. La luz plateada de la luna, que se encontraba en cuarto creciente, iluminaba el paisaje, y pudimos distinguir a lo lejos, como a seis o siete kilómetros hacia el oeste, un pueblo que resultó ser Maalula, en el que no entramos porque se hallaba fuera de nuestra ruta.

Siguiendo el camino accedimos a un terreno casi llano, constituido por pequeñas lomas cubiertas de algunos arbustos y amplias zonas desérticas. A las ocho de la mañana llegamos a An Nabk, donde nos detuvimos para desayunar y cambiar impresiones con sus habitantes. El jeque de la población nos dijo que los árabes Anazis,

que residían en una región situada al noroeste de su población, habían atacado varias aldeas de wahabíes y se habían apoderado de cierto número de mujeres y de niños, y los habían llevado a las cercanías de Damasco para venderlos como esclavos, tratándolos como infieles e indignos de ser musulmanes.

Yo sabía, por los conocimientos adquiridos con la lectura del Corán y el estudio de los *hadices* o dichos del Profeta, que en el Islam está totalmente prohibido esclavizar a los musulmanes. Esa noticia, de ser cierta, era muy preocupante, porque Arabia, Palestina, Siria y todas las naciones que las rodeaban podían estar al borde de una nueva y sangrienta guerra civil entre los intransigentes reformadores wahabíes y los intolerantes defensores de la antigua tradición sunní. Pero como nada podía hacer para intervenir y mediar en aquella discusión teológica que derivaba en enfrentamientos armados, secuestros y muertes entre ambos bandos —de uno de los cuales yo había sufrido acoso y persecución durante mi estancia en Arabia—, decidí olvidar el asunto de la requisa de mujeres y niños wahabíes y centrarme en el largo viaje que nos esperaba a mí y a mis criados hasta alcanzar la capital del Imperio Otomano.

En aquel lugar tuvimos que detenernos y estar acampados durante todo aquel día, pues algunos caravaneros se negaban a continuar hasta haber solucionado ciertas diferencias surgidas con el jefe y guía de la comitiva. Una vez solucionadas las discrepancias y haberse llegado a un acuerdo, la caravana reemprendió la marcha en dirección norte-nordeste a las cuatro y media de la madrugada del día 1 de septiembre.

Nada digno de reseñar aconteció a lo largo de esa jornada.

Acampamos a las seis de la tarde en un *wadi* por el que discurría un arroyo con muy escaso caudal, dado lo avanzado que estaba el verano. La noche fue plácida, aunque a las once el jefe de los escoltas vino a mi tienda para prevenirme y que estuviera alerta, porque nos encontrábamos en una comarca en la que se habían dado varios casos de asaltos a desprevenidos viajeros. Aunque para tranquilizarme me aseguró que los bandidos no se atreverían a atacar una caravana tan grande y escoltada por tantos hombres armados.

A las seis de la mañana del día 2 la caravana se puso en marcha a través de una región montañosa y, a las ocho, pasamos junto a un grupo de viviendas que ocupaban lo que parecía haber sido una antigua fortaleza arruinada que se llamaba Qalat al-Burayj. Transcurridas dos horas, llegamos a un encajado paso de montaña y volvieron a encenderse las alarmas. El desfiladero estaba rematado por una serie de rocas dispuestas a manera de contrafuerte o parapeto que, en opinión del jefe de los soldados, había sido situado en ese lugar por los beduinos para que les sirviera de escondite y poder sorprender, asaltar y robar a los viajeros. Todos los soldados de la escolta treparon hasta lo alto del desfiladero y, arma en mano, ocuparon aquel rústico parapeto permaneciendo en él hasta que toda la caravana hubo atravesado la estrecha y larga angostura.

Desde la salida de aquel paso de montaña se podía distinguir, a una gran distancia y en medio de una árida llanura, el pueblo de Hassia. A las diez de la mañana entramos en aquel mísero poblachón constituido por medio centenar de casas con muros de tierra apisonada, rodeadas de varios huertecitos que no sabría decir con qué agua los regaban, pues toda la zona circundante carecía de ríos, arroyos, pozos o manantiales.

He de referir, que al viajero le sorprende el contraste que observa entre el verdor y la abundante vegetación que rodea la ciudad de Damasco en varios kilómetros a la redonda y hacia el norte, y el paisaje desértico y carente de árboles que encuentra cuando se aleja en dirección a Alepo. Es evidente que la fertilidad y el verdor de los huertos que envuelven Damasco como un generoso regalo de la naturaleza, lo deben al río Barada, a sus canales y manantiales, pero, sobre todo, al aporte de agua que recibe el citado río con el deshielo de las nieves, acumuladas en las montañas durante el invierno, en los meses de la primavera y el verano. El jefe-guía de la caravana nos instó a acampar en aquel lugar, y a descansar y dormir, pues quería continuar la marcha al caer la noche.

Fue a la una de la madrugada cuando desmontamos las tiendas de campaña y comenzamos a caminar siguiendo la ruta que marcaba aquel sendero de tierra hollado, con antelación, por cientos de caravanas. A las ocho y media llegamos a la ciudad de Homs,

llamada Emesa por los antiguos griegos. Era la tercera en número de habitantes de Siria, después de Damasco y Alepo, aunque me dijeron algunas personas ilustradas con las que platiqué, que había ido perdiendo importancia y población desde que los franceses invadieron Siria en el año 1799.

Cuando yo la visité debía contar con unos veinticinco mil musulmanes y algo menos de quinientos cristianos. No vi ningún judío. La ciudad depende, política y administrativamente, del pachá de Damasco, el cual nombra a un gobernador oriundo de Homs o de su distrito. Hay un elevado número de mezquitas con unos alminares altos y delgados, al estilo turco, dos iglesias cristianas griegas y una del rito siriaco. Hay varias cafeterías que están muy concurridas y una alcaicería con tiendas que venden hermosas piezas de tela de seda de muchos colores que presentan al público en unos expositores que dan a la calle. Los mercados están bien abastecidos de productos locales, aunque el aceite lo traen de la costa y el arroz viene de Egipto.

A tres kilómetros al oeste de Homs corre, en dirección norte, el río Orontes, que desemboca cerca de Antioquía, como luego pude comprobar. La caravana se detuvo y acampó en un llano que había el norte de la ciudad, junto a unos pozos en los que todos nos apresuramos a llenar nuestros odres, pues unos árabes que sacaban agua de ellos con unos cubos de latón nos aseguraron que era la mejor y más pura de toda la región, que tenía propiedades curativas para las dolencias de estómago y de los huesos.

A las dos y media de la noche, que precedió al día 4 de septiembre, la caravana se puso en marcha en dirección al norte y, tras dejar atrás el pueblecito de Talbiseh a las cinco de la mañana, entró, dos horas más tarde, en Ar Rastán, una población habitada por campesinos erigida en el borde de un precipicio formado por el cauce del río El Asi. Debió ser importante en el pasado, pero en esos días era un lugar muy pobre. Observé que los pocos huertos que poseían eran labrados con arados de madera, sin reja de hierro ni vertedera, lo que le restaba eficacia a la labor de mover y airear la tierra. La impresión que me dio es estar ante un poblado situado en

una época muy remota, alejado de los benéficos avances de la modernidad.

A la puesta del sol descendí hasta la orilla del río, a poca distancia del lugar en el que habíamos acampado, para refrescarme y mantener los pies sumergidos en la corriente y obtener alivio al dolor que me habían producido las botas de cuero y la andanza realizada durante la jornada. Como el cauce está encajado en el fondo del precipicio, su excelente y abundante agua no puede ser utilizada por los campesinos para regar sus huertos, porque carecen de medios hidráulicos de irrigación con que elevarla hasta lo alto del farallón donde están situados sus miserables predios.

A las dos de la madrugada alzamos el campamento y comenzamos a caminar siguiendo, como siempre, la dirección norte. A las cinco y cuarto de la madrugada del día 5 entramos en la ciudad de Hama, grande y con mucha población, situada sobre el río Orontes, que la atraviesa por su centro, posibilitando la comunicación entre ambas zonas de la ciudad dos buenos puentes[30]. Este río, con el que ya nos encontramos cerca de Homs, alimentado por los afluentes que le llegaban desde el este y el oeste, había aumentado notablemente su caudal y su profundidad.

Me pareció una urbe encantadora, con numerosas zonas ajardinadas, bien construida y limpia; sobre todo, la parte de ella que se halla en la orilla derecha del río. La mayoría de las casas están construidas con sillares, aunque algunas presentan los muros de piedra en la planta baja, mientras que los pisos superiores se han edificado con ladrillos y argamasa, y revestidos, después, con mortero blanco. Los techos de muchas de esas viviendas, en los arrabales exteriores, aparecen coronados con cúpulas cónicas como en Damasco. En el centro de la ciudad hay numerosas tiendas de comestibles y bazares repletos de mercancías que exponen los comerciantes en el exterior de sus negocios o en estanterías en el interior de las tiendas. Siempre están repletos de compradores o curiosos.

Un maravilloso artificio que pude contemplar, uniendo las dos orillas del río, fue un gran dique que habían construido para embalsar el

agua y dirigirla hacia unas enormes norias de madera, realizadas con gran maestría, que alcanzaban un diámetro de diez metros. El agua elevadas por medio de estas ruedas hidráulicas era conducida a la ciudad mediante canales y acueductos sostenidos por arcos de piedra y ladrillo, para abastecer los baños públicos y las mezquitas, regar los huertos y los jardines y mover las ruedas de los molinos harineros ubicados en unas isletas aguas abajo. No podía dejar de rememorar la gran noria, que debió ser muy similar a las de Hama, que existió en Córdoba, construida por los musulmanes antiguos en la ribera el río Guadalquivir. Su cometido era elevar y llevar el agua de ese río hasta los baños de su alcázar, como leí, estando destinado en esa ciudad para ejercer el cargo de administrador de la Real Renta del Tabaco en el año 1793, en un libro que había escrito, en el siglo XVI, el erudito cordobés Ambrosio de Morales.

Los habitantes de Hama, como los de Damasco, son muy dados a la actividad comercial y a la industria. Hay numerosas fábricas dedicadas a la producción de muebles de madera, aperos de labranza y atalajes y guarniciones para las bestias de tiro. Pude ver que en las orillas del Oronte había varios hornos de cerámica, batanes para fabricar papel e instalaciones y sederías que producen telas de seda de gran calidad que exportan a muchos lugares de Siria y de fuera de Siria.

Durante la jornada de marcha del día 6, nada digno de mención aconteció.

Pero al día siguiente llegamos a Maarrat an-Numán, que es la última población que pertenece, en el camino de Alepo, a la jurisdicción del pachá de Damasco; pero que, debido a su lejanía del poder, me aseguraron que es como un reino independiente gobernado a su antojo por sus jeques que, aunque son nombrados por el pachá, ejercen el mando de la ciudad sin atender a las leyes y normas que son aprobadas en el palacio de la capital.

Me alojé, con mis criados, en una capilla en la que la cama que dispusieron para mí se hallaba al lado de la tumba del santo que se venera en ese lugar.

El día 9 de septiembre, cuando iniciamos la marcha a las once de la noche, todo estaba ocupado por tan densa oscuridad que no

permitía columbrar lo que se hallaba a cinco metros de distancia, pues una densa masa de nubes había ocultado la luna. Yo cabalgaba con mis criados montados en sus acémilas en la cabeza de la caravana, acompañado de ocho o diez árabes armados que iban a mi lado. Procuraba mantener delante de mi caballo, la mula en cuya jamuga transportaba el equipaje con mis papeles, mis arreos de escritura, el astrolabio y el cuadrante, vigilándolo con atención, porque no confiaba a nadie esa vigilancia en el transcurso de las noches, pues en ellos viajaban los preciosos informes para el gobierno español y los relatos y las descripciones que me habrían de servir el día que pudiera redactar y publicar mi libro. Avanzábamos en ese orden, cuando a las dos y media de la madrugada distinguimos delante de nosotros, a unos treinta metros, un grupo de hombres a caballo, sin que ya fuera posible retroceder.

—¡Fuera, gente desconocida! ¡Fuera de nuestro camino…! —gritó el jefe de los escoltas, al tiempo que desenvainaba su espada.

Los beduinos —que de esa clase de gente se trataba— no respondieron a nuestra exigente orden. Aunque parecía que se alejaban, porque pudimos proseguir nuestro avance en medio de la oscuridad sin que nos importunaran. Yo había desenvainado mi espada. Pero aquella sensación de seguridad fue errónea. Al paso de unos minutos me hallaba, con la mula que portaba mi equipaje cogida de la rienda, rodeado por aquella partida de bandidos. No temía tanto por mi vida, como porque mi equipaje, con mis escritos y mis instrumentos, fuera robado por los beduinos. Varios hombres armados de la caravana corrieron hacia mí con sus fusiles preparados para disparar. Uno de ellos hizo fuego al aire en dirección a aquellos facinerosos esperando poder intimidarlos. Escuché el silbido de la bala pasar cerca de mi cabeza. El disparo debió surtir el efecto deseado, porque en unos instantes los bandidos, que al parecer no superaban la veintena e iban armados solo con lanzas y azagayas, habían desaparecido en medio de la oscuridad reinante. Recuperada la calma y tras comprobar que mi acémila con el equipaje continuaba a mi lado, descendí del caballo y abrace a los que nos habían librado de ser asaltados y robados para expresarles

mi alegría y mi agradecimiento. Luego continuamos la marcha en dirección este nordeste.

A las cuatro y media de la madrugada nos detuvimos para descansar y reponernos de las tensiones sufridas al borde de un canal, cerca de unas eras donde los campesinos habían dejado, el día anterior, montones de paja después de trillar el trigo cosechado ese verano. Reemprendimos la marcha hasta que, a las diez de la mañana, penetramos en un extenso bosque de olivos que parecía no tener fin. A las tres de la tarde, superado el inmenso olivar, entramos en la ciudad de Alepo.

A Alepo, llamada por los árabes Haleb, no dedicaré excesivas referencias ni semblanzas de personajes, por haber sido, y sigue siendo, una ciudad visitada por numerosos viajeros extranjeros, musulmanes y cristianos, que han dejado de ella hermosas descripciones y atractivos relatos. Los dos más antiguos, con los testimonios escritos de los viajes que hicieron a Oriente, fueron el del valenciano Ben Yubayr, que en el siglo XIII fue condenado a viajar a La Meca para purgar su pecado de bebedor de vino y que aprovechó aquella peregrinación para dejarnos deliciosos comentarios de los lugares por los que pasó —que consulté en la biblioteca del monasterio de El Escorial—; y el del tangerino Ben Battuta, que localicé en la biblioteca de don Pablo de Sangro Gaetani d'Aragona y Merode. Ese culto viajero escribió, un siglo más tarde, su extensa y excelente obra, «A través del Islam», después de haber recorrido gran parte de los países musulmanes de Asia y África.

Me resultó muy esclarecedora la información que este autor marroquí ofrecía, con enorme minuciosidad y acierto, tanto de la ciudad de Alepo, como de otras de las ciudades de Siria y Palestina que yo había visitado. Sus exhaustivas descripciones me sirvieron para animarme a emprender mi viaje y mi Peregrinación. No puedo dejar de mencionar sus precisas y acertadas referencias a Alepo, Gaza, Jerusalén, Belén, Acre, Homs y Hama.

Pero, al margen de que los occidentales, a través de las obras de aquellos preclaros viajeros musulmanes y de exploradores y comerciantes europeos en los siglos XVII y XVIII, conocieran Alepo y las ciudades sirias situadas en sus proximidades, yo deseaba,

imperiosamente, a esas alturas de mi largo viaje por Oriente, poder embarcar en la costa de Antioquía, cruzar la península de Anatolia y acceder a Constantinopla, la capital del poderoso y extenso Imperio Otomano. Esa necesidad de alcanzar Europa y abandonar Arabia, Egipto y Siria la entenderá el lector si continúa leyendo este relato.

Sin embargo, el mismo día que entré en Alepo, la enfermedad digestiva que había estado sufriendo, en varios períodos, durante mi estancia en Egipto y en Palestina, volvió a aparecer; en esta ocasión con mayor virulencia, obligándome a permanecer acostado, aquejado de frecuentes vómitos, en una de las dependencias que poseía la Gran Mezquita de la ciudad, destinada a asistir y dar cobijo a los enfermos e indigentes. En ese santo lugar estuve acogido durante dieciséis días, hasta que, habiendo mejorado, a las cinco de la mañana del día 26 de septiembre del año 1807 pude abandonar Alepo acompañado solo de un tártaro de Crimea llamado Holug, que me iba a servir de guía, tres acemileros y cinco fusileros de escolta. A mis tres criados magrebíes los despedí, dándoles el dinero suficiente para que pudieran regresar a Marruecos[31].

Nos dirigimos en dirección al oeste esperado alcanzar el litoral de Antioquía al cabo de tres jornadas de marcha.

Ascendimos por un terreno inclinado constituido por tierra apelmazada y abundantes rocas calcáreas. A las ocho y media de la mañana nos encontrábamos cerca de una aldea donde hicimos alto para desayunar, y que los soldados de la escolta se despidieran de nosotros y regresaran a Alepo, pues consideraban que a esa distancia de la ciudad había desaparecido el peligro de ser asaltados por los bandidos que se hallaban instalados en las montañas cercanas.

Desde allí, el camino giraba hacia el suroeste a través de colinas compuestas del mismo tipo de rocas, hasta que, a las once menos cuarto, llegamos a una aldea que llaman Tadil. Dos horas más tarde accedimos a otra aldeíta denominada Tare, a partir de la cual el áspero terreno se volvió una llanura mucho más acogedora y fértil que lo andado hasta ese momento. Cada dos o tres kilómetros pasábamos junto a un poblado con apriscos y corrales para las

cabras y las ovejas. A las tres y media atravesamos un lugar repleto de antiguas ruinas y, poco después, entramos en un pueblo grande que llaman Hazeni. Continuamos la marcha hasta que, a las seis de la tarde, accedimos a la población de Mortahua, donde decidí acampar y pasar la noche.

He de referir que toda aquella gran planicie está poblada de aldeas habitadas por campesinos dedicados a la ganadería que, al parecer, no pasan excesivas penurias ni escaseces. Aunque no está regada por ningún río ni observé la existencia de manantiales, saben hacer un buen uso de la poca agua de la que disponen. La que necesitan la sacan, por medio de norias de sangre, de pozos profundos que, luego, almacenan en sus numerosas cisternas. Creo que la usan con prudencia e inteligencia para regar sus pequeños huertos y dar de beber a su ganado. También observé que todos estos pueblos poseen restos de construcciones antiguas y, al analizar las cisternas, que están construidas con mucho arte, colegí que debían ser estructuras hidráulicas que databan, igualmente, de tiempos antiguos.

A las cinco y media de la madrugada del día 27 de septiembre levantamos el campamento y nos pusimos en marcha en dirección oeste. Una hora después abandonamos la llanura y entramos en un valle bien cultivado, cuyas laderas estaban cubiertas de olivos. A las siete nos vimos obligados a atravesar una angosta garganta. A continuación, el camino se tornó difícil por la existencia de muchas colinas, de poca altura, pero en las que el sendero transitaba por sitios pedregosos, inestables y peligrosos para las bestias. Al fin, a las diez de la mañana dimos con otro amplio valle donde se hallaba el pueblo de Armana. Pasado ese pueblo, paramos junto a un huerto y un manantial de agua excelente donde descansamos durante una hora para poder desayunar.

Estando ocupados en ingerir el queso de cabra que portábamos en nuestro equipaje y la leche y las tortas de pan que habíamos adquirido a la entrada del pueblo, recibimos una inesperada pero agradable visita: por detrás de la cerca espinosa que rodeaba el huerto aparecieron tres jóvenes muchachas, de muy hermosos rostros, sin velar, que nos sonreían mientras pronunciaban algunas

frases que debían ser jocosas por la gracia que les hacía. Su tez era de una blancura deslumbrante, impropia de mujeres campesinas acostumbradas a bregar a pleno sol todo el día. La piel de su cara resplandecía, ornada por unos ojos negros que me parecieron los más bellos del mundo. Les entregué, por encima del seto, un cucurucho con algunas golosinas, regalo que ellas me agradecieron con nuevas y dulces sonrisas que tanto me habían impresionado. Luego, desaparecieron en dirección a la casa que se hallaba medio oculta detrás de unos árboles frutales. Así nos separamos con la sensación de haber dejado en aquel perdido poblachón a unas amables e inesperadas amigas con las que no habíamos intercambiado ni una sola palabra.

Emprendida de nuevo la marcha, comenzamos a ascender una empinada cuesta rodeada de precipicios. A las once y media habíamos alcanzado la cima del puerto, desde el que, a la derecha y a unos veinte kilómetros de distancia, se podía divisar el lago Karamort. A la una y media habíamos descendido de la montaña y penetramos en una extensa y solitaria plantación de olivos. En ese punto se acercó a mí el tártaro Holug con el rostro tenso y mirando en todas direcciones de aquel denso bosque de olivos.

—Sidi Alí Bey, hemos de cabalgar en silencio y atentos a los sonidos de cabalgaduras que procedan del olivar. Ordenad a los criados que tengan preparadas sus armas.

—¿Es que nos acecha algún peligro, Holug? —le demandé sin poder ocultar la preocupación que sus palabras me habían transmitido.

—Mi señor, en Alepo, mis hermanos tártaros me dijeron que los turcomanos y las tropas de Kushuk Alí, el pachá rebelde que se halla instalado en las cercanías de Iskenderun, junto al mar, están realizando incursiones en esta parte de país, robando a los mercaderes y matando a los que se resisten.

No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. ¿Cómo era posible que los soldados de la escolta nos hubieran abandonado a poco de partir de Alepo? ¿No conocían ellos que el verdadero peligro no se encontraba cerca de esa ciudad, sino cuando nos acercáramos a las montañas que rodean Antioquía, según aseguraba Holug? ¿Acaso estaban mis escoltas compinchados con las tropas egipcias de

Mohamed Alí y esperaban que los rebeldes me mataran o me obligaran a regresar a Alepo para poder detenerme y entregarme a los esbirros del pachá de Egipto? Lo cierto era que, una vez más, a lo largo de mi convulso y azaroso viaje a Oriente me hallaba en peligro. Afortunadamente, logramos atravesar aquel olivar sin que los rebeldes de Kushuk Alí hubieran hecho acto de presencia.

A las cuatro y media llegamos a la margen derecha del río Orontes.

Unos barqueros nos cruzaron al otro lado de la corriente, que no sobrepasaba los treinta metros de anchura, en una gran barca de fondo plano capaz de transportar en un viaje mi caballo y las acémilas, y en el siguiente, a los cinco pasajeros con mi equipaje. En el primero de ellos, la embarcación, excesivamente cargada, parecía que iba a zozobrar. En el segundo, cuando nos acomodamos en un banco que tenía en la popa, pude comprobar alarmado que por diversas grietas que había en el casco, mal calafateado, penetraba el agua llegando a nuestros tobillos. Uno de los barqueros, muy anciano, se afanaba en impulsar la embarcación con una larga pértiga, mientras que otros tres se ocupaban con denuedo en intentar achicar y sacar del fondo de la barca toda el agua que podían con unos barreños de madera. Como el trayecto era muy corto, pudimos alcanzar la otra orilla antes de que la embarcación, casi colmada de agua, se fuera a pique. Cuando le reproché al moderno Caronte que manejaba la pértiga —cuya barba blanca y venerable aspecto no tenía nada que envidiar al Caronte mítico que han representado los pintores en sus cuadros— el mal estado de su navío, me respondió compungido que estaba esperando uno nuevo desde Antioquía. Entonces le repliqué con un tono paternal y didáctico.

—Señor barquero, dada la decrepitud y el mal calafateado que muestra su barca, que puede acabar, sin remedio, en el fondo del río, sería conveniente que tuviera siempre a mano una buena provisión de brea y de estopa con las que taponar las rendijas que observo presentan las junturas de las tablazones, en tanto que recibís la nueva barca. Aunque si no ponéis más cuidado en reparar esas deficiencias, os puedo asegurar que en pocos meses la nueva estará tan depauperada como ésta.

—Seguiré, señor viajero, vuestro sabio consejo —manifestó el anciano barquero antes de volver a empujar con su pértiga la embarcación para que retornara a la otra orilla.

Una vez que los acemileros y el tártaro hubieron depositado sobre el suelo arenoso mi equipaje y las dos tiendas de campaña, les ordené que procedieran a instalarlas con los vientos bien sujetos al terreno, pues había decidido pasar la noche en aquel lugar, cerca de la refrescante corriente del Orontes.

A las cuatro y media de la madrugada del siguiente día, que sería el 28 de septiembre, nos dirigimos hacia el norte, rodeando varias montañas que, según uno de los acemileros, nos separaban de la ciudad de Antioquía. A las seis tuvimos que cruzar un puente construido sobre un riachuelo que se interponía en nuestro camino y, a las siete y media, otro puente usado para salvar otro arroyo similar. Ambos riachuelos debían desembocar, unos kilómetros aguas abajo, en el caudaloso Orontes. A las ocho y media llegamos a un sitio muy agradable en el que nos detuvimos para desayunar al lado de un manantial cuya agua se utilizaba para llenar un aljibe cercano y proveer el pilón o abrevadero en el que debían beber los caballos y los animales de carga. Unos veinte kilómetros al norte de ese manantial se encuentra el Bahar Karamort o lago de Antioquía

Después de permanecer en aquel lugar una hora descansando, continuamos la marcha rodeando una nueva montaña de mucha altura y varias colinas más pequeñas, siguiendo la ribera del Orontes. Girando luego hacia el sur, atravesamos numerosos huertos que se hallan dentro de las derruidas murallas de la antigua Antioquía. Tras estar media hora sorteando estos huertos con su dédalo de canales, setos espinosos y muretes hechos a la piedra seca, accedimos, por fin, a la ciudad nueva por la puerta llamada de Oriente.

Antioquía, que los turco llaman Antakya, encierra en el interior de sus nuevas murallas —las antiguas, edificadas por los romanos o los griegos bizantinos, estaban entonces arruinadas, como ya he referido—,unos quince mil habitantes seguidores de la religión musulmana, tres mil cristianos de los diversos ritos y ciento cincuenta judíos, según me dijo, cuando tuve ocasión de visitar al

gobernador de la ciudad, uno de sus consejeros. El patriarca de la iglesia griega hacía muchos años que había trasladado su residencia a Damasco y el patriarca católico se hallaba fuera de Antioquía, visitando a su prole que habitaba en las apartadas y dispersas aldeas de las montañas.

La Antioquía moderna solo ocupa una pequeña parte del terreno en el que estaba erigida la ciudad antigua, circunstancia que evidencian los numerosos restos de edificaciones y el recinto amurallado en ruinas, con decenas de torres de flanqueo cuadradas erigidas cada cierto trecho alternando con los huertos, los caminos y los canales, que se hallan por doquier, testimonios de su antigua extensión y grandeza.

Lo que más sorprende al viajero cuando entra en la ciudad es, además de la calidad y belleza de los restos que se conservan, la enorme superficie de terreno que delimitan las viejas murallas, que abarcan un diámetro de más de dos kilómetros. La puerta por la que yo había entrado en Antioquía era monumental y magnífica, aunque en evidente proceso de ruina. No pude apartar de mi pensamiento la sensación dolorosa que me producía saber que en su actual estado de decrepitud y abandono su total destrucción no tardaría en producirse.

Las calles de Antioquía son angostas, aunque la mayor parte de ellas cuenta con buenas aceras enlosadas en sus bordes. Las viviendas, construidas con piedras y buena argamasa, ofrecen, sin embargo, un aspecto sombrío y monótono. Son las primeras casas que vi, desde que abandoné Chipre, con los tejados inclinados cubiertos con tejas rojas, como en Europa. Creo que esa manera de construir los tejados de las viviendas revela que es aquella una región muy lluviosa, precipitaciones que deben estar provocadas por la cercanía del nevado monte Ararat y las boscosas montañas que lo rodean.

Como en Damasco, observé que la gente acomodada tiene en sus patios pozos de nieve que abastecen con el hielo traído de las montañas durante el invierno para poder refrescar sus bebidas y frutas en verano.

Al día siguiente de mi llegada recibí la visita de un funcionario del

gobernador para comunicarme que su señor me invitaba a visitarlo en su palacio. Ese relevante personaje de Antioquía se llamaba El Hajj Bekir Agá, que, como su nombre indica, era un turco musulmán que había realizado la Peregrinación.

Dependía, política y administrativamente, del pachá de Alepo, aunque obraba con cierta independencia, quizás porque, como pude comprobar, su gobierno era apacible, justo y querido por los ciudadanos y el pachá lo dejaba hacer a su libre albedrío, porque su inteligente modo de gobernar la ciudad no le ocasionaba ningún problema.

Aquella misma tarde, a la hora fijada por el funcionario, me dirigí a su mansión, que se hallaba situada en el centro de la ciudad nueva. Me recibió en la sala de audiencias, sentado en un diván detrás de una mesa baja en la que ya los sirvientes habían depositado varios platos con diversas clases de pastas rebozadas en miel y otras con albaricoques secados al sol.

El Hajj Bekir Agá no debía superar los treinta años. Era alto de cuerpo, delgado y vestía un kaftán azul y amarillo cuyas solapas estaban decoradas con ribetes hechos con hilos de plata. Su rostro, afable, presentaba una barba negra y recortada que solo le cubría el mentón y la parte superior de los labios. La cabeza la tenía descubierta.

—Sea bienvenido a Antioquía el que es descendiente de los prestigiosos abbassíes sirios, el Hajj Alí Bey, representante del emperador de Marruecos —dijo con voz ampulosa, quizás para que yo supiera que se había informado suficientemente sobre mi persona y mis títulos, sin saber que parte de ellos eran tan falsos como la virginidad de la que hacían gala las doncellas vestales de Roma.

—Agradezco, Sidi Bekir Agá, sus elogiosas palabras en relación con mis títulos, que no son más que humildes atributos que estoy reuniendo para alcanzar un mejor lugar en el Paraíso prometido cuando el Divino Hacedor me llame a su lado y me someta, luego, al Juicio Final —manifesté, al tiempo que inclinaba la cabeza en señal de respeto y sumisión.

—Excelso y santo deseo, sidi Alí Bey, que el paso por el mundo de un buen musulmán no ha de tener otra finalidad que ir acumulando

buenas obras en la alforja de su alma y los mejores deseos en su corazón que le faciliten el tránsito hasta el Paraíso que nos prometió el Santo Profeta.

Después de las frases laudatorias pronunciadas por ambos, nos enfrascamos en una larga conversación en el transcurso de la cual el Hajj Bekir Agá se interesó por conocer mis orígenes y cómo había llegado, perteneciendo a un antiguo clan sirio, a recalar en Marruecos y a ostentar el prestigioso título de embajador del poderoso emperador alauita.

Yo, en cambio, intervine con la intención de saber, sutilmente, si lo que había logrado averiguar de mi vida y mis títulos era lo único que guardaba en su corazón o escondía otros aspectos de mi existencia que pudieran resultar comprometedores para mi futuro en libertad. Acabada la plática, llegué a la conclusión de que el gobernador de Antioquía actuaba de buena fe y no deseaba sino complacerme y que me sintiera a gusto los días que permaneciera en su ciudad.

Antes de despedirme deseándome una feliz estancia en Antioquía, estando en la puerta de su mansión, me retuvo con amabilidad.

—Sidi Alí Bey, como sé que deseáis pasar a Anatolia y continuar vuestro viaje hasta Constantinopla, he dado orden al capitán del puerto de Suwaidiyyah, que se encuentra en la desembocadura del Orontes, a unas cinco horas de marcha, para que me comunique cuándo estará dispuesto para zarpar algún navío que se dirija al puerto de la ciudad de Tarso.

—Le agradezco, señor gobernador, su interés en proporcionarme una embarcación para cruzar el golfo de Iskenderun y acceder a la costa de Anatolia. Pero he tratado el asunto con mis acemileros y con el tártaro que me sirve de guía y esperan poder hacer el viaje por tierra, pasando por las ciudades de Iskenderun y Osmaniye —le dije, pues a Holug le producía verdadero pánico viajar por mar y mis acemileros tampoco eran muy proclives a subir con sus mulas en un navío.

El Hajj Bekir Agá puso cara de preocupación al escuchar mi deseo de hacer el viaje por tierra. Me tomó del brazo para expresar confianza y cercanía.

—No debéis, sidi Alí Bey, viajar a través de Iskenderun. Habéis de

saber que en las colinas que rodean esa ciudad se ocultan las tropas del pachá rebelde Kushuk Alí, que actúan más como bandidos que como tropas regulares que aspiran a derrocar a los pachás de Alepo y de Damasco. Si atravesáis sus tierras, vuestras vidas correrán un gran peligro, amigo mío.

Seguí el prudente consejo del Hajj de Antioquía y esperé que el capitán del puerto de Suwaidiyyah le comunicara la fecha en la que un navío, capacitado para embarcar animales de carga, zarpara de ese puerto con destino al de Tarso, en la península de Anatolia.

El día 30 de septiembre, a las ocho de la mañana, después de despedirme del amable y servicial gobernador, partimos de Antioquía en dirección al embarcadero de Suwaidiyyah.

Cruzamos el río Orontes por un puente de varios ojos y siguiendo la margen derecha de la corriente, tomando la dirección oeste-sudoeste, atravesamos un hermoso paraje repleto de casas de campo, huertos, olivares y plantaciones de árboles frutales. A las diez nos detuvimos a orillas de un arroyo para desayunar y descansar. Media hora más tarde emprendimos de nuevo la marcha, llegando a las dos del mediodía al embarcadero de Suwaidiyyah, que estaba situado en el curso bajo del río Orontes, a doscientos metros de distancia de su desembocadura.

El citado embarcadero estaba compuesto de unas cinco o seis barracas y un par de almacenes con las paredes y el techo de tablazones erigidos a pocos metros de la arenosa ribera. En sus proximidades se había construido un muelle de madera, muy endeble, apoyado sobre pilotes de troncos hincados en el fondo del río.

En él se hallaban amarradas dos chalupas y una barcaza similar a la que utilizamos para cruzar el río Orontes con las acémilas.

A las siete de la tarde del día 30 de septiembre embarqué en una de las chalupas, media hora después de que mis acemileros, con las mulas portando en sus lomos el equipaje y las tiendas de campaña, y el tártaro Holug, hubieran sido trasladados en la barcaza hasta el navío que se hallaba fondeado en medio del mar a unos cien metros de la desembocadura del río.

Cuando la chalupa llegó a la desembocadura del Orontes e intentó

superar la barra de arena que la cerraba, el fuerte oleaje la zarandeó estando cerca de hacerla zozobrar, aunque la marea estaba alta y había casi un metro de agua por encima de dicha barra. Al cabo de media hora de luchar el timonel contra el mar agitado, la chalupa logró situarse junto al casco del navío para que uno de sus tripulantes tomara la escala de cuerdas que le arrojaron los marineros y que yo pudiera subir a la cubierta. Ayudado por dos marineros y mis acemileros logré, por fin, hallarme a salvo en la cubierta principal de aquel barco.

Dada la altura de la borda con respecto a la superficie del mar, no lograba entender cómo habían podido subir a la embarcación las mulas con su pesada carga. Un marinero me sacó de la confusión en la que me hallaba al señalar un pescante grande con el que izaban los caballos y los mulos que debía transportar el navío.

A las ocho y media de la tarde la embarcación se hizo a la vela.

Me aseguró el capitán del barco que en solo un día y medio de navegación, si los vientos nos eran favorables, avistaríamos la costa de Kazanli, que es el lugar de desembarco de la gente que se dirige a la ciudad de Tarso.

---

30 Ambos puentes, como otros muchos de las ciudades de Siria, fueron totalmente destruidos, como gran parte de la ciudad, durante la guerra civil que asoló el país entre los años 2011 y 2017.

31 Salvador Barberá Fraguas, en el prólogo de la edición de «Alí Bey: Viajes por Marruecos» (Madrid, 2000), apunta como posible causa de la urgencia de Alí Bey por abandonar Siria y llegar a Anatolia y, a continuación, a Constantinopla, el que hubiera llegado a sus oídos que el pachá de Egipto, Mohamed Alí, había sido avisado por sus espías de que el descendiente de los prestigiosos príncipes abbassíes y noble musulmán que se había ganado el honroso título de *Hajj*, no era sino un cristiano al servicio de una potencia extranjera y hubiera ordenado su detención. Lo cierto es que quien había visitado las ciudades de Egipto, Palestina y Siria, ofreciendo a sus futuros lectores tan detalladas descripciones de ellas, no se aplicara con el mismo interés en relatar y describir con mayor amplitud las maravillas de la importante ciudad de Alepo. Es probable que la enfermedad que lo mantuvo oculto en la Gran Mezquita durante dos semanas, no fuera más que una excusa entretanto que preparaba la huida hacia la costa de Antioquía que lo alejara de los lacayos de Mohamed Alí.

XXI

CONSTANTINOPLA, CAPITAL DEL IMPERIO DE LA SUBLIME PUERTA

Después de navegar toda la noche y todo el día, con vientos casi siempre contrarios, el navío atravesó el golfo de Iskenderun y echó el ancla en una playa de la comarca que dicen tierra de Karamania a las ocho de la tarde. Pasamos la noche a bordo, pues el desembarco de las acémilas con el pescante era una operación complicada que era necesario hacer a plena luz del día.

A la mañana siguiente, apenas habíamos desembarcado, se acercó a nosotros una decena de estibadores o mozos de cuerda con mulos y caballos que, sin esperar que les diera mi conformidad, se apoderaron de nuestras personas y de las acémilas con su cargamento, peleando entre ellos y dando grandes voces disputándose la labor de conducirnos y servirnos de escolta hasta acceder a la ciudad de Tarso. Yo los dejé hacer porque, en opinión de mis acemileros, era mejor no intervenir y dejar que ellos decidieran quiénes serían los que nos acompañaran como mozos de cuerda y escoltas.

Muy cerca del lugar de arribada había un pequeño pueblo compuesto de un centenar de casas muy originales, porque se trataba de viviendas rústicas hechas con ramas y cañas, situadas a tres metros de altura, suspendidas sobre cuatro endebles estacas, parecidas a nuestros hórreos gallegos. Se sube a ellas por medio de unas rudimentarias escaleras.

Unos kilómetros más adelante nos encontramos con un poblado habitado por pastores turcomanos. Las casas estaban mejor construidas, sobre el suelo. Eran más espaciosas y bellas. Me sorprendió ver solo mujeres que se asomaban a las ventanas o se afanaban en labrar la tierra en los pequeños huertos situados junto a sus viviendas. No pasó mucho tiempo sin que supiera cuál era la causa de esa ausencia de hombres. Uno de los pocos varones que

aún permanecían en la aldea era su alcalde, un anciano casi ciego. Cuando la expresé mi sorpresa al no hallar en ella ningún hombre joven, me dijo que en los meses de verano y hasta principios del otoño, todos los varones de la aldea se encontraban en las montañas con sus rebaños, buscando los pastos que se mantenían verdes en aquellas alturas durante la época del estío, cuando en los alrededores de su poblado toda la hierba disponible se había secado. Que retornarían con sus ovejas a mediados del mes de octubre.

Después de tres horas de avanzar desde la orilla del mar por aquella tierra poco agradecida para sus moradores, dirigiéndonos siempre hacia el nordeste, entramos en la ciudad de Tarso a las diez y media de la mañana del día 2 de octubre.

Comenzaba así, mi postrera expedición por tierras de Oriente recorriendo, de sureste a noroeste, la inmensa península de Anatolia; viaje que debía culminar, más allá del Bósforo, cuando entrara en la capital del extenso Imperio Otomano, entrevistándome con el cónsul general de España en Constantinopla, que sabía tenía las oficinas de la delegación en el exclusivo barrio de Pera.

Era ineludible que lo viera antes de partir para Europa.

Tarso es una ciudad grande y bien poblada situada en medio de una amplia llanura. Está rodeada de innumerables huertos, a poca distancia del río Cidno, donde, según dicen, Alejandro Magno estuvo cerca de perecer ahogado cuando se bañaba en él. En el único, pero concurrido mercado al aire libre que se instala en la plaza principal de la ciudad, pude comprobar que los dos productos básicos de su comercio son el algodón y la seda, que exportan a Constantinopla y a las naciones europeas. Como no deseaba permanecer mucho tiempo en aquel lugar, liberado de los impertinentes mozos de cuerda a los que logré alejar dándoles a cada uno varias piastras, a las siete de la mañana del día 3 de octubre abandonamos la ciudad.

Después de cruzar el río de Tarso por un puente de piedra de tres arcos, nos dirigimos hacia el noroeste siguiendo la misma llanura a lo largo de toda la jornada. Pero a las nueve de la noche comenzamos a ascender unas colinas que pronto se transformaron en montañas que, de acuerdo con mis mapas, pertenecían a los montes Tauro. Esa parte de la cordillera que habíamos empezado a

escalar estaba cubierta de exuberantes bosques compuestos de encinas, cipreses y lentiscos y, en las zonas más elevadas, de cedros. Llamaron la atención de mis muleros y del ingenuo Hogul, los magníficos miradores y las numerosas cascadas de los ríos que, al precipitarse por las abruptas laderas, formaban lagos de aguas tan limpias y transparentes como el cristal. Hubiera deseado detenerme al menos una jornada en aquel paradisíaco lugar para poder disfrutar de aquellos verdes y deliciosos parajes, pero necesitaba alcanzar antes de que anocheciera el camino que llevaba desde Alepo a Constantinopla, que no había podido seguir debido a la rebelión y las amenazas de Kushuk Alí.

Llegados a la cima de la montaña descubrí los restos de una magnífica calzada antigua compuesta de grandes losas poligonales que acababa en un arco de triunfo hecho de sillares, casi arruinado, aunque todavía conservaba el intradós con dovelas bien engarzadas. Es probable que se erigiera en conmemoración de la victoria de Alejandro Magno sobre el persa Darío, que tuvo lugar cerca de ese sitio; pero solo son conjeturas. En su parte septentrional descubrí los restos de una inscripción, aunque tan borrada que nada se podía leer. La mano inexorable del paso del tiempo se mofaba, de esa manera, de los esfuerzos que realizan los soberbios hombres para eternizar su memoria y la autoría de sus monumentos.

A las cuatro y media, después de un breve descanso junto a una hermosa fuente con abrevadero, en el que dimos de beber a mi caballo y a las acémilas, accedimos, por fin, al camino que buscaba y que enlazaba Alepo con la capital de Imperio Otomano. Ese camino, que debía haber sido muy utilizado por viajeros y mercaderes en la antigüedad, se hallaba muy deteriorado, quizás porque aquel Imperio, que había sido tan poderoso en los siglos XVI y XVII, había comenzado a debilitarse y a perder la cohesión política y la eficaz administración de sus territorios que lo hizo fuerte en el pasado, como yo mismo había podido comprobar en Egipto, Arabia, Palestina y Siria. A las siete de la tarde entramos en Diaide y, junto a la casa de postas, acampamos y pasamos la noche.

Deseaba emprender la marcha de madrugada, pero siendo la costumbre de los tártaros partir una vez que hubiera amanecido, por

deferencia hacia Holug, del que, hasta ese día, no había tenido ninguna queja —aunque pronto descubriría su verdadero talante y su indolencia—, salí de Diaide a las seis de la mañana, tomando la dirección norte-nordeste. No obstante, a eso de las diez de la mañana tuvimos que girar hacia el noroeste. A medida que íbamos avanzando en esa dirección, la parte de los montes Tauro que recorríamos perdía, progresivamente, su belleza y su verdor, siendo el hermoso paisaje sustituido por roquedales pelados cuyas cimas estaban cubiertas de nieve en su vertiente norte. Sin embargo, a lo largo de la jornada nos fuimos encontrando con riachuelos caudalosos, sin duda alimentados por las nieves que se acumulaban en las alturas y por algunos manantiales que deberían surgir en las ocultas laderas de aquellas montañas.

A las tres de la tarde avanzábamos por un terreno más llano y, a las cinco, comenzamos a cruzar varias aldeas rodeadas de huertos y de viñedos.

Como era la temporada de la vendimia, algunos aldeanos se acercaban a nosotros y nos ofrecían canastitos con racimos de deliciosas uvas. Llamó mi atención encontrarnos con rebaños de camellos muy diferentes a los que había visto en África y en Arabia, pues tenían las patas delanteras más cortas y más gruesas que las traseras y con toda la parte anterior del cuerpo cubierta de abundante lana. También nos topamos con grupos de pastores turcomanos nómadas, cuyas mujeres se caracterizaban por vestir elegantes y coloridos almaizares o tocas de lana. Transportaban sus pertenencias, incluidas sus cabañas y vistosas alfombras turcas, a lomos de camellos. Pasamos la noche en una vaguada resguardada del viento, debajo de unos árboles que formaban un pequeño bosque junto a un arroyo.

Eran las ocho de la mañana del día 5 de octubre cuando nos pusimos en marcha, siguiendo la dirección noroeste, por un camino que cruzaba algunas colinas y, después, penetraba en una llanura que, a diferencia de lo andado en las jornadas anteriores, era árida, inculta y sin rastro de vegetación. Sin embargo, al cabo de cuatro horas de andanza, el paisaje cambio bruscamente y, tras cruzar un río por un puente de un solo ojo, accedimos a una comarca repleta

de huertas y de casas de campo, regadas por el mismo río que habíamos atravesado unas horas antes.

A las dos entramos en la población de Eregli. Se trataba de un pequeño pueblo, con casas de adobe o ladrillos secados al sol, situado en la margen izquierda del río, rodeado de numerosos huertos y de árboles frutales. Como el lugar, junto a la corriente, en una zona en la que crecían chopos y algunos álamos, era delicioso, decidí ordenar a los acemileros y a Holug que instalaran las tiendas para pasar allí la noche.

En los días siguientes el viaje fue muy monótono.

Nos hallábamos en plena meseta de Anatolia. Cruzamos varias poblaciones, algunas de cierta importancia como Karapinar, que disponía de una especie de caravasar destinado a dar hospedaje a los peregrinos que se dirigían a La Meca. Antes, nos encontramos con una salina. Consistía en una laguna alargada alimentada por el agua de un riachuelo que debía contener, disuelta, la sustancia salina. El sol se encargaba de evaporar el agua, depositando la blanca sal en los bordes de la laguna. Había cinco o seis trabajadores que se afanaban en recoger, con palas de madera, la sal haciendo montones apiramidados. Me dijeron que esa sal era muy solicitada en las poblaciones que había en la región y que ellos la transportaban en los serones de sus mulas para venderla en los mercados de esos pueblos. El día 7 llegamos a una aldea paupérrima llamadas Ismil. Como me hallaba muy cansado, decidí acampar en ese lugar. En esa parte de la llanura no crecía un solo árbol.

A las seis menos cuarto de la mañana continuamos avanzando por la planicie en dirección noroeste.

A las ocho y media dimos con una extensa ciénaga en la que crecían juncos, juncias y otras plantas palustres. Después de atravesar la zona inundada, en la que se veían revolotear algunas aves, seguimos nuestra ruta, en esta ocasión hacia el oeste, hasta que, a las dos de la tarde, entramos en la población de Konia, capital de la región de Karamania. Esta ciudad está situada en el extremo occidental de una gran llanura, al pie de una serie de montes de no mucha altura que la limitan por el oeste. Se halla rodeada de numerosos huertos.

Aunque es la residencia oficial del pachá de Karamania, la impresión que me dio fue bastante penosa. En las afueras de lo habitado pude contemplar varios cementerios. En ellos, cada tumba estaba señalada en su cabecera con una tosca losa de piedra de dos metros o dos metros y medio de altura, lo que provoca en el espectador una extraña sensación de vacío e inquietud, quizá porque aquel bosque de piedras verticales, carentes de inscripciones o símbolos religiosos, no recuerda a ninguna persona fallecida, ni sirve para mantener en la memoria de los familiares el paso por este mundo de sus deudos.

Vi tres mezquitas muy bien edificadas, con grandes cúpulas semiesféricas y alminares altos y delgados que tanto gustan a los turcos. El pan que se consume en Konia, como en toda Karamanía, según me dijeron, son tortas de unos treinta centímetros de diámetro, por dos o tres milímetros de espesor. Esas tortas se comen cuando aún están tiernas, pero se utilizan, también, para envolver carne guisada de ave o de cualquier otra clase como si fueran hojas de papel.

En aquel viaje que hice por la meseta de Anatolia, aunque los mapas de la región levantados y publicados por Arrowsmith que yo consultaba, eran, por lo general, bastante exactos, observe pequeños errores que anoté en mi diario, por si en el futuro alguna Sociedad Geográfica llevaba a cabo una nueva edición de la cartografía de Asia Menor. De todas maneras, los itinerarios y las poblaciones de la zona que aparecen en los citados mapas son excelentes referencias para emprender aquel viaje sin riesgo a extraviarse.

A las tres de la tarde del día 9 llegamos al pueblecito de Ladik, situado en medio de las montañas. Aunque en su entorno solo crecen algunos matojos resecos y raquíticos de brezos, en el pueblo hay un manantial que da buena agua con la que riegan algunos huertos que producen hortalizas y una docena de árboles frutales en cada uno de ellos. Como el tártaro Holug comenzó a sentirse mal y teníamos que detenernos y descansar cada dos o tres kilómetros, empecé a impacientarme a causa de ese imprevisto retraso, pues

tenía necesidad de poder llegar a Constantinopla lo antes posible[32]. Sospechaba que la enfermedad del tártaro era fingida y que no perseguía otra cosa que, dada su proclividad a la holganza y al descanso, tumbarse sobre la estera que usaba para dormir en el interior de la tienda.

—Holug, ya veo que estás muy decaído y que sufres, posiblemente, el mal de estómago que yo, a veces, como sabes, he tenido que soportar y del que deseo que pronto te recuperes; aunque creo que, hasta ahora, el carbonato de magnesia que te hice tomar no ha dado ningún resultado.

—Así es, sidi Alí Bey. Y lo siento porque sé que mi dolencia os está retrasando en vuestros planes y vuestra intención de estar en Constantinopla antes del domingo 18 de este mes —se lamentó el guía tártaro al tiempo que se tocaba el bajo vientre mostrando una mueca, seguramente fingida, de dolor.

—Aunque yo sé de una fórmula magistral que, seguro, te aliviará al instante y te permitirá continuar el viaje —le dije poniendo mucho énfasis en mis palabras.

—Dígame, mi señor Alí Bey, que no dejaré de tomar ese nuevo remedio para que mi estómago sane y podamos emprender de nuevo la marcha.

Y entretanto que el compungido y astuto tártaro decía esas palabras, saqué de mi faltriquera la bolsa en la que guardaba mi pequeño caudal de monedas.

—Holug, si estás dispuesto a servirme de guía, como hasta ahora has hecho, y me aseguras que me conducirás a Constantinopla entrando en la capital antes del domingo día 18, te daré cien piastras, además de las que te prometí cuando te tomé como guía —manifesté, mientras hacía sonar las monedas que guardaba en la bolsa—. Pero si puedo rezar la oración del viernes, dos días antes, en la Gran Mequita, añadiré otras cien piastras más.

Aquella medicina fue mano de santo. No creí que Holug fuera capaz, desde aquel día, de azuzar su caballo con tanto ímpetu y dormir tan pocas horas para poder partir antes del amanecer. No me

cabía duda de que la plata y el cobre amonedado es un excelente remedio que todo lo cura.

El día 10 de octubre, a las seis de la mañana, partimos en dirección oeste-noroeste a través de una comarca repleta de colinas. Cuando las hubimos superado, giramos hacia el oeste atravesando un terreno llano y llegando, a las nueve de la mañana, al pueblo de Kadinhani, de escasa importancia; y a la una y media, después de cruzar un arroyo de límpidas aguas por un puente, nos detuvimos para almorzar y para rezar la oración del mediodía en Ilgin, un pueblecito rodeado de huertos situado al pie de las montañas.

Como nuestro desplazamiento por aquella región seguía siendo excesivamente lento y sabía que, a ese ritmo de marcha, no llegaríamos a Constantinopla en el tiempo previsto, amenacé a Holug con romper el acuerdo al que había llegado con él y castigarlo restándole treinta piastras de las que le debía por su servicio de guía por cada día de retraso. Aunque mi amenaza no logró despertar el adormecido ánimo de Holug. Estoy seguro de que aquel tártaro apreciaba más su indolencia que las piastras que iba a perder. Aunque algo parece que logré, pues a partir de ese día observé que apresuraba la marcha y se alzaba de la estera cuando aún era noche cerrada para preparar la partida.

A las cinco y media llegamos al pueblo de Argithani y, por fin, a las ocho y cuarto entramos en Aksehir, una pequeña población situada en la falda de la montaña, tan abundante en agua que en varias de sus calles corrían arroyos que iban a desembocar, al pie del monte, en un río de aguas bravas que, a unos seis kilómetros, se vertían en un lago.

A la salida de ese pueblo instalamos el campamento y nos dispusimos a pasar la noche.

El día 11 partimos, un poco antes de las siete de la mañana, tomando la dirección norte, siguiendo las laderas de las montañas. A las diez entramos en el pueblo de Isakli, donde nos detuvimos para desayunar. Luego continuamos por un camino elevado que discurría por las laderas de un monte, dejando a la izquierda la cadena de montañas de las que bajan numerosos arroyos de aguas claras y ruidosas. En las cimas de algunas de ellas se veían nieves perpetuas.

Los valles situados a sus pies están ocupados por muchos pueblecitos erigidos junto a los arroyos, todos ellos con huertos y árboles frutales. Desplazarse por ese camino es una experiencia verdaderamente agradable, pues la llanura se extiende en dirección al norte y al este muchos kilómetros, cortada por ríos que desaguan en un gran lago. A las doce accedimos a una especie de venta o casa de postas, en la que tuve que cambiar de caballo y comprar uno, pues el que montaba había sufrido una lesión en una pata delantera que le impedía caminar. A lo largo de la mañana tuvimos que soportar un intenso frío, una lluvia pertinaz y un fuerte viento que nos daba de cara. A eso de las cuatro, fue el granizo lo que nos obligó a detenernos y refugiarnos en un farallón que formaba la ladera de una colina. En ese lugar decidí que acamparíamos.

La tarde anterior se nos habían acercado cuatro tártaros que se dirigían, también, a Constantinopla y que me pidieron que si podían unirse a nosotros. Les dije que nos acompañaran, pues una comitiva tan exigua como la mía agradecía, aunque solo fuera por cuestión de seguridad, que su número se viera incrementado. A las siete de la mañana partimos dirigiéndonos hacia el noroeste. El tiempo había mejorado. Las nubes comenzaron a desaparecer, amaneciendo un día espléndido, aunque frío. Nos detuvimos, a eso de las diez de la mañana, junto a un arroyo para desayunar.

Estando degustando el excelente pan de trigo que había adquirido en la casa de postas, observé que los cuatro tártaros, a los que se había unido Holug, mostraban cierta inquietud, murmuraban entre ellos y oteaban con una desconfianza que no podían ocultar el tramo de camino que se dirigía hacia el noroeste.

—¿Me podéis decir qué es lo que os produce la inquietud que aprecio en vuestras miradas y en la reservada conversación que estáis manteniendo? —me dirigí a uno de ellos, para saber qué era lo que les preocupaba.

—Señor viajero, en la casa de postas, un tártaro que trabaja como peón de mulas nos previno y nos aconsejó que tomáramos otro camino para continuar hasta Constantinopla. Que el pachá de Kutahia, con un destacamento de soldados, se halla en la ciudad de Barafdo y que ha mandado decapitar a varios viajeros con sus guías

acusados de promover una revuelta contra él —manifestó azorado y temblando, porque nuestra ruta seguía el camino que pasaba por la citada población de Barafdo.

—¿Y qué podemos hacer, Holug? —demandé a mi tártaro.

—Sidi Alí Bey, podemos continuar por el camino establecido y si nos encontramos con los soldados del pachá, podréis enseñarle el certificado de nobleza que sé que portáis y decirles que sois un enviado del sultán jerife de La Meca que lleváis un mensaje secreto para el sultán de la Sublime Puerta. También podremos desviarnos y tomar un camino alternativo, que nos alejará de esa ciudad y de los soldados, aunque alargará el viaje una o dos jornadas más, lo que os impedirá estar en la capital antes del domingo 18 de octubre como vos deseáis. Aunque ese nuevo itinerario nos librará del peligro y de acabar con nuestras cabezas separadas del cuerpo.

Como esa segunda opción era la más razonable y más segura, le dije a Holug y a los cuatro tártaros que tomaríamos el nuevo itinerario propuesto por él. No podía dejar de pensar que el Todopoderoso había acudido en ayuda de mi indolente tártaro, pues con ese quiebro del destino, y la irrupción y la amenaza de los soldados del pachá, no podría castigarlo restándole piastras de su sueldo si no nos hallábamos en Constantinopla antes del día 18.

Como había referido Holug, el nuevo camino nos obligó a ampliar la duración del viaje dos jornadas más.

Los días 13, 14 y 15 avanzamos por una hermosa llanura, pasando por la ciudad de Kutahia, capital de la provincia de Anatolia, en la que me vi obligado a permanecer dos días, a causa de unos trámites que los funcionarios turcos esperaban que les aprobaran las autoridades de la región. Al fin, el día 17, a las nueve y media de la mañana pudimos emprender la marcha en dirección norte. Después de atravesar una extensa planicie, a las once, entramos en un terreno jalonado de colinas. Tras cruzar dos veces el río Porsuk, nos encontramos con un denso bosque que rodeaba el camino.

Cuando acabó aquel manto vegetal, accedimos, otra vez, a las montañas, por las que nos desplazábamos, a veces por sus laderas empinadas, a veces por el fondo de profundos valles regados por ríos que debieron ser caudalosos alimentados con el deshielo de las

nieves que cubrían sus cimas, pero que en pleno otoño ya habían perdido buena parte de su caudal. Tras la puesta del sol, descendimos hasta un llano en el que nos topamos con una curiosa aldea cuyas casas estaban casi todas hechas de madera llamada Oklubali. En ella acampamos.

El día 18, los primeros rayos del sol iluminaron nuestra partida. Trepamos por una montaña y a las nueve de la mañana nos encontramos metidos en medio de un bosque tan espeso que, a esa hora del día, con un cielo sin nubes y un sol resplandeciente, nos parecía que la noche aún no había acabado. Sin embargo, de vez en cuando descubríamos vistas magníficas y sitios encantadores con decenas de manantiales y cantarines riachuelos. Muchas de esas fuentes estaban decoradas con losas de piedra e inscripciones debidas a la piedad musulmana.

A las once de la mañana, después de acceder a un amplio valle, entramos en un pequeño pueblo, rodeado de huertos y viñas, que llaman Sogut. Consultando mis mapas observé que indicaban que el río Sakarya pasa por esta localidad, aunque en realidad discurre unos diez kilómetros hacia el norte.

La acostumbrada indolencia de mi tártaro y de los acemileros, que alegaban estar agotados, me obligó a permanecer en aquel lugar el resto de la jornada, a pesar de las ganas que tenía de hallarme en Constantinopla.

Pude lograr que mi gente se levantara a las seis de mañana del día siguiente, y que pudiéramos iniciar la marcha a las seis y media.

De nuevo tuvimos que avanzar entre las montañas. Luego, tras descender por una larga y empinada cuesta, llegamos a un vallejo estrecho y profundo, cortado por un río que cruzamos por un puente, antes de hacer nuestra entrada en Vezirhan a las once y media; un pueblo habitado, casi por completo, por cristianos griegos, situado en la margen izquierda del río y no en la derecha, como figura en los mapas. Después de tomar el desayuno y descansar durante una hora, al mediodía continuamos la marcha en la dirección noroeste a través de los huertos y las plantaciones de moreras blancas que ocupaban todo el valle. A las dos y cuarto nos

encontrábamos en Ilyasca, un pueblo situado en el fondo de un valle atravesado por un río.

Un poco antes de la puesta de sol, entretanto que mis acemileros y Holug se afanaban en instalar las tiendas para poder pernoctar en aquel lugar, se acercó a mí un jinete que dijo ser un oficial del pachá egipcio Mohamed Alí, que venía acompañado por tres jinetes de escolta. Sin poder ocultar mi justificado temor y recelo, lo invité a tomar café y, estando sentados sobre una estera en la puerta de mi tienda, me dijo que viajaba con la misión de comunicar al sultán de Constantinopla que las tropas del pachá Sidi Mohamed Alí, habían conseguido vencer a los ingleses en los alrededores de Alejandría con ayuda de los franceses, obligándoles a abandonar Egipto. Le dije que me alegraba del éxito logrado por Mohamed Alí y que, si le parecía bien, que podían continuar con nosotros el viaje hasta la capital del Imperio.

En presencia del oficial egipcio reprendí duramente a Holug y a mis acemileros, porque me dijeron que aún faltaban cuatro días para que yo pudiera rezar en la Gran Mezquita. Quizás, al comprobar mi tártaro que al no haber podido cumplir su promesa de conducirme a Constantinopla antes del domingo 18 de octubre, ya no recibiría las piastras que esperaba, había perdido interés en acelerar la marcha. Antes de dar por finalizada aquella improvisada reunión, aseguré a Holug que si no estaba en la capital del Imperio otomano antes de pasados dos días, que no le daría ni una sola piastra de los sueldos prometidos.

Para que yo no pudiera cumplir mi amenaza, aquella noche puso la máxima diligencia en preparar todo lo necesario. Levantamos el campamento a las tres de la madrugada y pudimos emprender la andanza media hora más tarde.

Al amanecer habíamos llegado a Nicea, ciudad situada al borde de un lago, célebre entre los cristianos, porque en ella se celebró, en el año 325 de Jesucristo, convocado por el emperador Constantino I, el primer concilio de su Iglesia para dilucidar, entre otros asuntos teológicos, si en Cristo había una o dos naturalezas. Continuamos la marcha, siguiendo la ribera de ese lago, que está rodeado de montañas por todos sus lados, excepto una pequeña llanura al

nordeste que es la que seguimos durante una hora y media, acompañados por el oficial egipcio y sus escoltas.

Tuvimos que subir una montaña y, al descender por una pendiente resbaladiza, sufrí un accidente. Mi caballo resbaló y cayó de costado sobre una de mis piernas. Afortunadamente, solo tuve una leve contusión sin rotura de hueso ni lesiones musculares, pudiendo continuar cabalgando sin impedimento alguno. Fue mi primera y única caída del caballo sufrida durante mis viajes por África y Asia.

A la una tuvimos que cruzar, sucesivamente, dos ríos y, una hora más tarde, atravesamos una ciénaga por encima de una excelente calzada de piedra que, sin duda, debieron construir los antiguos romanos o los griegos. Entre esta calzada y el mar se halla el pueblo de Hersek, en el que nos vimos obligados a embarcar con los caballos y las mulas en una barcaza preparada para transportar personas, animales y mercancías, y poder cruzar el golfo de Izmit, brazo de mar que penetra, hacia el este, unos veinte kilómetros y que es necesario atravesar para acceder a Constantinopla.

Como el viento fue contrario en toda la travesía, nuestro navío tuvo que navegar de bolina, contra el viento. Una travesía que debía hacerse en una hora, a causa de las bordadas del barco, la hicimos en tres. Desembarcamos en un puerto que contaba con un endeble embarcadero de madera, preparado para el atraque de esa clase de embarcaciones. Desde allí cruzamos una montaña en cuya ladera norte había un pequeño pueblo en el que instalamos el campamento para poder pasar la noche.

Al amanecer del día 21 de octubre, nuestro grupo, formado por mis acemileros, el tártaro Holug y el oficial egipcio con sus escoltas, se puso en marcha. Seguimos la orilla del mar de Mármara en dirección al noroeste. Habiendo pasado por varios pueblos y dejado atrás una extensa necrópolis, llegamos, por fin, a Escútari a la una y media de la tarde. Esta ciudad es la antesala de Constantinopla, de la que está separada por el estrecho del Bósforo.

Esperaba entrevistarme con el marqués de Almenara, don José Martínez de Hervás, con el que había trabado una intensa amistad en Madrid y, luego en París, con el que compartía determinadas ideas políticas, que se encontraba en esos días en Constantinopla

como embajador del rey de España. Le había enviado un mensaje diciéndole que deseaba saludarle y conversar con él. Me acomodé en un café de Escútari a la espera de que me enviara un funcionario o uno de sus criados para que, si lo consideraba oportuno, me condujera a su residencia en la capital.

El señor marqués me mandó, al cabo de un par de horas, un dragomán o intérprete con varios criados remeros y una de sus barcas para que cruzara el Bósforo. En una misiva que portaba para mí el dragomán, cuyo nombre era Egzón «El Albanés», don José Martínez de Hervás me decía que Egzón me acompañaría y me asistiría como asesor durante el tiempo que permaneciera en Constantinopla.

Antes de unirme al comité de recepción que el marqués me había enviado, despache a Holug después de haberle abonado, íntegramente, las piastras que le prometí en Alepo y hacer otro tanto con los tres acemileros, una vez que hubieron depositado mi equipaje y las dos tiendas de campaña en la barca que me habría de trasladar a la capital otomana atravesando el Bósforo.

Don José Martínez de Hervás me recibió en su mansión, situada en el exclusivo barrio de Pera, muy cerca del consulado general de España. Me invitó a una espléndida comida una vez que hubo indicado a los criados la parte de su elegante residencia en la que yo me iba a hospedar para que colocaran en ella mis pertenencias y las tiendas de campaña plegadas.

El marqué de Almenara, personaje de enorme prestigio e influencia en la Corte del rey Carlos IV, no había alcanzado aún los cincuenta años. Se cubría la cabeza con una peluca blanca empolvada, siguiendo la moda que imperaba, por aquellos años, entre la nobleza española y francesa. En la sobremesa conversamos de manera muy distendida.

—Amigo Domingo Badía —comenzó diciendo el marqués de Almenara—, no sabéis como me alegro de que hayáis recalado en esta ciudad sin haber sufrido mucha laceración, después de tan largo y azaroso viaje. Espero que encontréis agradable el hospedaje que os he preparado en mi casa y que podáis descansar todo el

tiempo que lo deseéis hasta que os recuperéis de tanta cabalgada, escasa alimentación y malos jergones.

—Os agradezco, señor marqués, vuestra presteza en acudir a mi requerimiento enviándome al dragomán y posibilitando que me trasladara a vuestra mansión con mi equipaje y las tiendas que, sin duda, volveré a necesitar cuando emprenda la nueva etapa de mi andanza —respondí, al mismo tiempo que me acercaba a los labios la taza de porcelana china en la que un criado había vertido humeante café—. Pero, por fortuna, aunque he padecido algunos desagradables episodios de mal de estómago, la verdad es que, a pesar de encontrarme algo cansado, estoy dispuesto y preparado para continuar este largo viaje que espero concluirá en Madrid. ¿Cuándo podré, don José, visitar al señor cónsul general de España?, pues ansío poder entregarle el extenso informe que vengo elaborando para don Manuel Godoy desde que estaba en Egipto.

—El señor cónsul, don Antonio Ruiz de Castilla y Casasús, no se halla en Constantinopla. Está de visita en la ciudad fronteriza de Edirne, antiguamente llamada Adrianópolis. Su presencia ha sido requerida por unos comerciantes españoles a los que las autoridades turcas han retenido en esa población y requisado sus mercancías. Creo que estará de vuelta en el consulado pasados tres o cuatro días.

A la espera de poder entrevistarme con el jefe de la delegación española en la capital de la Sublime Puerta, me dediqué al descanso y a recorrer las calles y plazas de la ciudad, visitar sus sobresalientes monumentos e interesarme por la manera de vivir y las costumbres de sus habitantes.

Había estado tentado de preguntar a don José Martínez de Hervás cómo iba a encontrar Madrid y la Corte española, pues habían transcurrido diez meses desde la última vez que pude conversar con un representante del Gobierno español en el consulado de Alejandría. Pero no quise incidir en un tema que —pensaba—, debía ser el señor marqués el que sacara a colación.

Constantinopla ha sido visitada y descrita en sus libros y artículos de revistas por numerosos viajeros, geógrafos, naturalistas, diplomáticos y aficionados a la historia, que se han esmerado en

trasladar a los europeos las maravillas que guarda tras sus murallas esta extraordinaria ciudad, sus viejas tradiciones, la variedad racial de sus habitantes y sus diferentes credos religiosos. No obstante, como sería mal interpretado por mis futuros lectores que yo, que he hecho gala a lo largo de las últimas etapas de mi viaje, de la atracción que me producía Constantinopla y la imperiosa necesidad que tenía de acceder a ella, no dedicara algún apartado de mi futuro libro a describirla y exponer mi admiración hacia sus relevantes monumentos, su abrigado puerto repleto de embarcaciones de guerra y de comercio, y su gente, voy a dedicar un capítulo a esta populosa y próspera ciudad, capital del Imperio de la Sublime Puerta.

Trataré, de manera sucinta, de sus diferentes maneras de venerar a la Divinidad, sea desde la tolerancia y el respeto que observé hacia las creencias de los cristianos, católicos u ortodoxos, sea desde el estricto cumplimiento de la religión mayoritaria revelada por el Santo Profeta. Y, también, analizar el modo de gobernar de sus mandatarios, la composición de su poderoso ejército y un aspecto de su variada sociedad que me sorprendió: cómo la población hebrea que reside en uno de sus barrios, aún continúa hablando nuestra lengua, algo modificada, que era la suya hasta que fueron expulsados de España por los Reyes Católicos en el año 1492. Considero, pues, que es una obligación para un viajero y un explorador que se precie, que, antes de continuar la andanza hacia tierras europeas, deje constancia por escrito de las maravillas que encierra esta admirable urbe, así como de la vida de sus moradores.

No me cabe duda de que el puerto de Constantinopla es el mejor del mundo, formado por un brazo de mar que se adentra en la tierra entre la ciudad y sus barrios de Gálata, Pera, Tophane, Sultanhamet y Ortakoy. Está completamente rodeado de colinas y, por lo tanto, a resguardo de todos los vientos. Su profundidad es tal que los grandes buques de tres puentes pueden atracar en los muelles sin peligro de que sus quillas encallen en el fondo. En el lado opuesto del estrecho, frente a la ciudad, se halla el gran arsenal en el que conté hasta catorce barcos de guerra; algunos totalmente aparejados y armados, preparados para hacerse a la mar, y otros en

proceso de arbolar las velas en los palos y las vergas. También distinguí varias lanchas cañoneras que estaban siendo dotadas de armamento y una fragata en una especie de dársena o dique seco, cuyos constructores, me dijo Egzón, eran europeos. Junto al arsenal se halla un edificio que es la residencia del capitán-pachá o gran almirante de la marina otomana.

El barrio de Gálata, que limita con los de Tophane y de Pera, está muy poblado y tiene una gran extensión, rodeado de una muralla que toca las viviendas de los barrios adyacentes. Lo atraviesa, de un extremo al otro, una calle de más de un kilómetro y medio de longitud, pero sucia y mal pavimentada, constituida casi por entero de tiendas de comestibles. Cuando yo lo visité estaba siendo reconstruido en más de su mitad, pues muchas de sus casas habían sido consumidas por un pavoroso incendio que había sufrido el año anterior.

Entretanto que regresaba el cónsul de España, me dediqué a visitar algunos de los monumentos más destacados de la ciudad, comenzando con la famosa mezquita de Hagia Sofía, antigua catedral de Santa Sofía, que había sido edificada por los griegos cuando eran dueños de Constantinopla. Se trataba de una magnífica construcción coronada por una soberbia cúpula rodeada de otras medias cúpulas. Decía mi amigo el marqués, que de todos los edificios antiguos con que contaba la ciudad, era el único que se había mantenido en pie sin sufrir daño alguno, resistiendo los numerosos terremotos que habían sacudido la capital en los últimos siglos. ¡Que alarde técnico y que inteligentes arquitectos los que lo diseñaron —pensé— para que las poderosas fuerzas telúricas no hubieran podido arruinarlo como había sucedido con tantas otras hermosas construcciones erigidas por los antiguos!

El revestimiento de los muros es de mármol de la mejor calidad y pulimento, alternando con sorprendentes mosaicos dorados. Las altas columnas, también de mármol, presentan unos capiteles maravillosos con numerosas y delicadas oquedades, hechas a trépano, que se asemejan a un nido de avispas. Los cristianos pueden acceder a este templo, como a las restantes mezquitas de

Constantinopla, siempre que cuenten con un permiso especial del Gobierno otomano.

Me maravilló la tolerancia que, a diferencia de las autoridades musulmanas de Arabia y Egipto, muestran estos turcos con las demás confesiones de cristianos y con los judíos, pues en los territorios dominados, directamente, por los otomanos se sienten protegidos por el Estado, pudiendo profesar su religión con total libertad, incluso celebrando reuniones y fiestas en público, lo que les está terminantemente prohibido en otras naciones musulmanas que yo había visitado. Cuando hube entablado conversaciones con algunos hebreos que tenían comercios abiertos en el centro de Constantinopla, me sorprendió y me agradó comprobar que muchos de ellos hablan una lengua parecida al español actual, que es muy fácil de entender y de tonalidades muy hermosas. Me dijeron que era la que utilizaban sus antepasados en España, antes de que los Reyes Católicos los expulsaran de su tierra española, en la que —aseguraban algunos rabinos muy ancianos con los que pude platicar — residían desde tiempo de los antiguos romanos. Algunos de ellos me enseñaron unas viejas llaves que, dijeron, eran las de sus antiguas casas de Toledo, Sevilla y Lucena.

Otro día me dirigí a la iglesia griega de San Dimitri, templo muy venerado y respetado por las diversas confesiones cristianas. Se halla situada dentro del espacio urbano que ocupaba el Gran Palacio griego. Consta de tres pequeñas naves muy bien proporcionadas, sostenidos sus techos por columnas de madera revestidas de estuco imitando el mármol. Dicen que fue, en el pasado, muy hermosa, aunque en los días que estuve en Constantinopla, carecía de adornos y era oscura.

He de referir que, además del dragomán, el marqués de Almenara había puesto a mi disposición un joven jenízaro[33], pienso que para que me protegiera, aunque lo consideraba innecesario, porque las calles de la capital son seguras y están muy vigiladas. Egzón, mi dragomán albanés, había nacido cristiano en Albania. Enviado por sus padres a estudiar medicina en Europa estuvo viajando varios años por Italia, Francia y Alemania, permaneciendo dos de ellos en

Viena como médico personal del emperador José II en el palacio de este príncipe. En esos años iba vestido a la europea. Al menos eso era lo que me contó. Llegado a Constantinopla se había convertido al islam. Como yo no hablaba el turco ni el alemán, y él no conocía el árabe ni el español, hacía uso, para platicar conmigo, de un latín macarrónico mezclado con el italiano, lengua antigua que, sin saber por qué ni para qué, me habían enseñado, aunque muy superficialmente, en la escuela de Vera.

Si el suyo era un latín italianizado, el mío era un latín arabizado. Pero llegábamos a entendernos, no sin poner mucho interés y traduciendo a la lengua del otro lo que cada uno quería transmitir. Creía a pies juntillas en los espíritus que, aseguraba, nos observan e inciden en nuestras vidas para guiarnos y evitarnos todo mal; pero, al margen de estas especulaciones espíritas, era un hombre bueno y leal, aunque simple.

El viernes 23 fui a hacer la oración y escuchar el sermón del imán a la mezquita llamada Sultán Camii o mezquita del Sultán. Estando en la acera, cerca de las gradas de acceso al templo, vi al sultán Mustafá IV, que también acudía a rezar la oración principal de la semana. Este oratorio se halla situado frente a una de las puertas del serrallo. La calle que el monarca otomano debía cruzar para trasladarse a la mezquita, estaba protegida por dos filas de jenízaros desde la puerta del palacio hasta la de la citada mezquita. Portaban sus fusiles, apoyadas las culatas en el suelo, y sus cabezas cubiertas con un bonete de fieltro blanco-grisáceo, con la parte posterior constituida por una capa que les cuelga sobre la espalda. Mi dragomán y mi jenízaro no querían acercarse, pues al escuchar el nombre del sultán y sentir tan cerca su presencia, todo el mundo tiembla. El monarca otomano llegó montado en un espléndido caballo, con sus ancas cubiertas por una gualdrapa ricamente bordada con hilos de oro y de plata. Iba precedido por unos treinta guardias *bostanys,* armados con pequeñas alabardas doradas. Luego, fueron llegando numerosos personajes de la corte montados en sus caballos enjaezados con lujo, aunque no tan ricamente como el palafrén de su majestad Mustafá IV, rodeados de una docena de sirvientes a pie.

Cuando el sultán ocupó el lugar que le tenían reservado, aunque me hallaba a bastante distancia de él, pude contemplar extasiado la riqueza de sus vestiduras. Destacaba su exquisito turbante, grande y adornado con una fantástica diadema constituida por un conjunto de grandes perlas blancas engarzadas unas a otras como las cuentas de un collar, con un brillo que parecía iluminar el rostro severo del emperador de aquel extensísimo reino. Por su porte, y la veneración y el sometimiento que mostraban sus súbditos, recordaba la desbordante fastuosidad de los grandes reyes y emperadores absolutistas de la Europa del siglo XVII.

Cuando regresaba a casa, acompañado de mi dragomán y del jenízaro, no podía dejar de pensar en que aquel inmenso y soberbio imperio no se prolongaría por muchos años sin aceptar, sus dirigentes y sus pueblos sometidos, una constitución y aprobar unas leyes modernas y más justas. La diversidad racial y religiosa, la lejanía de algunas de sus provincias de la capital, los abusos del poder omnímodo, las injusticias sociales inherentes a los regímenes tiránicos y los conatos de rebeldía, que yo mismo había observado en algunos díscolos pachás en Egipto, Arabia y Damasco, condenarían, más temprano que tarde, a aquel poderoso Estado, asentado despóticamente sobre unos endebles cimientos de barro, a la decadencia y la disgregación. Pero como nada podía hacer para evitar el seguro declive al que estaba condenado el poder absoluto otomano, continué la marcha, junto a mi dragomán y mi jenízaro, con la firme voluntad de incluir, en el informe que debía enviar al Príncipe de la Paz, cuanto estaba viendo y conociendo en aquellas ciudades y sociedades de Oriente; pues, sin duda, serían noticias que interesarían a Su Majestad el rey de España y a su Gobierno.

Al día siguiente, que era sábado, el marqués de Almenara me envió con un criado una misiva en la que me decía que ya había regresado de la ciudad de Edirne el cónsul, don Antonio Ruiz de Castilla y Casasús, y que me esperaba en el consulado el lunes a las once de la mañana.

El domingo lo dediqué a continuar visitando algunos monumentos y lugares de interés que, me dijo Egzón, no podía dejar de conocer y describir. Muy de mañana me dirigí a la mezquita de Mohamed II,

aprovechando la ocasión para cumplir con el sagrado mandato coránico de rezar la primera oración del día en ella. Esta mezquita la mandó construir el sultán Mohamed II, conquistador de Constantinopla a los cristianos. Era un edificio notable y bello. Cuando entré en el patio, vi que las galerías estaban ocupadas por numerosas tiendas de mercaderes, cuyos propietarios gritaban y discutían exponiendo las virtudes de sus productos, como se hacía en cualquier mercado al aire libre europeo u oriental. En la sala de oración había cinco o seis predicadores que chillaban con más fuerza aún, intentando que los fieles escucharan sus prédicas, cosa complicada porque aquel guirigay impedía que sus palabras llegaran con nitidez a los oídos de los sufridos asistentes. Al contemplar aquella escena mercantil, me vino a la mente el pasaje evangélico en el que Jesucristo, al ver el templo de Jerusalén, la Casa de Dios, deshonrada por cambistas y comerciantes, tomó un látigo y la emprendió a golpes con aquellos irreverentes judíos hasta que logró expulsarlos del templo. Esperaba que dos o tres jenízaros, con sus fustas, hicieran otro tanto con aquellos desaprensivos mercaderes, pero tal cosa no sucedió.

En un jardín aledaño a la mezquita se hallaba la tumba del sultán conquistador en una humilde capilla de piedra. Sin embargo, el catafalco estaba cubierto con un espléndido manto de terciopelo azul bordado en oro con suras del Corán.

El lunes, a las once menos cuarto, me encontraba en la antesala en la que los visitantes esperan hasta ser recibidos por el señor cónsul o por alguno de sus subordinados. Cuando el ordenanza supo quién era yo, se apresuró a entrar en el despacho del cónsul y, al poco rato, salió para decirme que don Antonio Ruiz de Castilla y Casasús me iba a recibir. Detrás de una lujosa puerta de buena madera, decorada con finos baquetones y motivos florales, se hallaba el despacho del cónsul general de España en Constantinopla.

Don Antonio Ruiz de Castilla estaba sentado tras una amplia mesa, en un sillón en cuyo respaldo se podía ver el escudo de la monarquía Española. Se alzó de su asiento y, con una sonrisa amable adornándole el rostro, me tendió la mano para saludarme.

—Señor Badía, es un honor para mí recibirle en este consulado. El

señor embajador, el marqués de Almenara, que sé que os aprecia, me avisó, hace algo más de un mes de vuestra llegada a Constantinopla. Sin embargo, me preocupé por vuestra tardanza. Pero, al fin, os encontráis en esta ciudad.

—Tenía previsto arribar a la capital otomana, don Antonio, como bien habéis referido, hace un mes. Pero he sufrido algunos problemas y contrariedades, entre ellas una enfermedad del estómago que padezco periódicamente.

—Pues me alegro de que hayáis superado esa molesta enfermedad que decís habéis sufrido —manifestó el señor cónsul entretanto que me indicaba que tomara asiento a su lado en un diván que había cerca de su mesa de trabajo—. Y bien, señor Badía, ¿qué esperáis obtener de este humilde cónsul de España?

—No sé si sabéis, don Antonio, que además de viajero y obligado devoto musulmán, cumplo una secreta misión por encargo de don Manuel Godoy y del Gobierno de Su Majestad.

—Algo me ha comentado, confidencialmente, el señor embajador. Sé que debíais llevar a cabo conversaciones con ciertos jeques y pachás del sur de Marruecos, enemigos de los alauitas por encargo del Príncipe de la Paz.

—Conversaciones y acuerdos que no fructificaron y que me obligaron a abandonar, precipitadamente, aquella nación si quería salvar mi vida. Por ese motivo decidí hacer la Peregrinación asumiendo el honorable título, otorgado por don Manuel Godoy, de embajador extraordinario de España en Oriente. Soy los ojos y los oídos del Gobierno español en estas tierras con el apoyo de los señores cónsules y de las embajadas. Y haciendo uso de ese título, don Antonio Ruiz de Castilla y Casasús, me he presentado en vuestro consulado.

—Pues, ¿qué esperáis que yo haga para servir al generalísimo don Manuel Godoy y Arias de Faria Ríos?

—Por orden del Príncipe de la Paz debo enviarle, periódicamente, a través de los consulados, informes confidenciales exponiéndole la situación política, social y económica en que se encuentran los diferentes Estados por los que voy pasando y las posibilidades de incremento de los negocios en ellos de nuestros mercaderes y de

nuestra industria; al mismo tiempo que averiguo cómo poder incrementar la influencia de España en dichos Estados en competencia con ingleses, rusos y franceses. Al parecer, el Tratado de Paz, Amistad y Comercio firmado con la Sublime Puerta en septiembre de 1782, no está dando los resultados esperados. Desde hace meses vengo redactando un voluminoso informe sobre todo lo que he podido observar en Egipto, Arabia, Palestina y Siria. Urge, señor cónsul, que enviéis este informe a don Manuel Godoy en la valija diplomática del primer navío que zarpe con destino a España.

Y, entretanto que decía estas palabras, extraía de mi maletín el voluminoso informe conservado en el interior de una carpeta de cuero y se lo entregaba al señor cónsul general de España en Constantinopla.

—Así lo haré, señor Badía. Pero es necesario que, antes, le exponga cuál es la situación política actual en nuestra patria, que intuyo debéis desconocer por haberos hallado, en los últimos meses, alejado de ella y sin contacto con nuestros cónsules.

—Me alarmáis, don Antonio. ¿Acaso ha sucedido algún grave acontecimiento en España?

—Aun no, señor embajador extraordinario del Gobierno español en Oriente; pero es probable que, a no mucho tardar, acontezcan hechos relevantes.

—Hable, por favor...

El cónsul de España en Constantinopla tomó la carpeta con mi informe y la depositó a su lado, sobre el mullido diván.

—Las cosas se han complicado en la Corte y en el Gobierno para don Manuel Godoy. A sus tradicionales enemigos de la vieja nobleza, parece que se ha unido la declarada animadversión del príncipe heredero, don Fernando. Vuestro amigo, el marqués de Almenara, nada debe haberos contado, quizás para no preocuparos prematuramente. Pero él sabe, mejor que nadie, qué es lo que se cuece en el seno del Gobierno y en los entornos de Su Majestad el rey —manifestó con el rostro marcado por una expresión de preocupación.

—Continúe, don Antonio. Necesito saber…

—Hay quien asegura que la caída de don Manuel Godoy no tardará

en producirse. Napoleón, que hasta ahora era su valedor y aliado, y Su Majestad el rey Carlos, que, al parecer, está sometido a la voluntad de Bonaparte, ya no confían en él. Me ha referido, en secreto, vuestro amigo el marqués, que antes de cinco meses Godoy puede ser destituido de sus cargos y funciones y encarcelado.

—¿Es eso posible? —exclamé, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—El tiempo, que es un testigo insobornable, nos lo dirá, señor Badía.

Retorné compungido y muy afectado a la mansión de don José Martínez de Hervás, mi buen amigo —que seguía siendo la casa en la que me hospedaba por su generosidad—, aunque decidido a no comentarle nada de lo dicho por el señor cónsul, para no desvelar la persona que me había estado informando. Pronto comenzaría el Ramadán. Una vez finalizado, emprendería el viaje hacia Europa para acabar en Madrid. Entonces sabría que había de verdad o de desestabilizadores falsos rumores, en todo cuanto me había expuesto don Antonio Ruiz de Castilla y Casasús en relación con la situación política que se estaba produciendo en España.

Los días que siguieron, los dediqué a visitar otras mezquitas, célebres por lo que contenían o representaban, aunque su arquitectura no tenía nada de especial. Junto a ellas se encuentran sepulturas de personajes ilustres, bibliotecas, hospicios y hospitales para los pobres, y otras fundaciones pías que ejercen las funciones asistenciales que debían corresponder a un gobierno ilustrado. Visité también una casa cuyos propietarios poseen varios pelos de las barbas del Profeta, tesoro mucho más precioso que todos los caudales y alhajas de la India —aseguraba su propietario—. Estas reliquias se exponen a la veneración de los fieles en una capilla. Al entrar, un venerable anciano me presentó un plato con una almohadilla cubierta con diferentes pedazos de tafetán violeta. Después de hacerme adorar el plato, me tocó repetidas veces los ojos, la frente, la nariz y la boca con un pelo ensartado en un trozo de cera negra diciendo diferentes plegarias con cada caricia. Acto seguido recé una oración y deposité mi ofrenda en piastras.

Como el anciano debió considerar muy generosa mi aportación, me

dio una botellita con agua en la que había mojado los cabellos sagrados. Luego me marché. El pelo que había servido para las caricias era un poco rojizo, tieso y de unos cuatro centímetros de longitud. ¡No pude dejar de admirar la intervención milagrosa de la Divina Providencia que ha querido hacer rica y opulenta a una humilde familia valiéndose de un simple mechoncito de cabello![34]

Otro día visité otra casa en la que sus dueños presentaban a la veneración de los fieles un girón del traje del Santo Profeta. A ese lugar, como en la casa de los cabellos sagrados, acudían cientos de personas para poder tocarlo y dejar, luego, su óbolo.

Una mañana, para poder desplazarme a la plaza del Hipódromo, que los turcos llaman *At Meydan*, tuve que montar en un carruaje. Constantinopla es la única ciudad musulmana donde existe ese tipo de vehículos. Se mueven sobre dos ruedas grandes y están tirados por dos caballos. El cochero va delante del carruaje a pie, con las riendas de los animales en la mano. Están cubiertos con una tela blanca o roja y engalanados con bordaduras muy vistosas. La parte trasera del coche la ocupa una escalera de madera que colocan delante de la portezuela cuando algún pasajero quiere montarse o apearse. Al parecer, estos carruajes solo son utilizados por las mujeres, porque en las semanas que permanecí en Constantinopla no vi montarse a ningún hombre.

La curiosidad me impulsó a visitar el mercado de esclavas de la ciudad, en el que se sacan a la venta mujeres blancas y negras. Aunque es un espectáculo desagradable que debe repugnar a todo creyente, sea musulmán, cristiano o judío, como ya escribió el fraile capuchino Francisco José de Jaca en el año 1682.

En un gran patio, sobre tarimas de madera de algo más de un metro de altura, se exponen las esclavas que están ese día a la venta. A su alrededor hay unas pequeñas habitaciones en las que los futuros compradores hacen entrar a las mujeres que les interesan para poder examinarlas desnudas con mayor detalle. En verdad es un espectáculo lamentable que llena de aprensión y dolor a quien es un sincero seguidor de la Biblia, de los Evangelios o del Corán[35].

En las semanas que estuve hospedado en la mansión del bueno del

marqués de Almenara, me embarqué en tres ocasiones.

La primera vez me subí a una chalupa con cuatro remeros que me condujo a un kiosco o mirador que utiliza el sultán, situado a la entrada del puerto, al borde mismo del agua, fuera de los muros que rodeaban el serrallo. Se componía de una caseta cuadrada rodeada de una galería sostenida por columnas de mármol. Entré en ella y vi el suelo cubierto de elegantes alfombras y el techo decorado con pinturas. En medio había un sofá, que era como una cama grande, colocado frente al mar. Este kiosco, llamado Alay Kosku, lo usaba Mustafá IV —según me dijo mi dragomán—, para contemplar desde él las paradas marítimas con navíos lujosamente engalanados y otras celebraciones que se organizaban en los alrededores del puerto.

La segunda vez que me embarqué fue para observar la ciudad desde el otro lado del mar de Mármara.

Es un espectáculo verdaderamente magnífico.

Poder contemplar la concentración de viviendas y edificios de diversas clases que se extienden hasta donde no alcanza la vista en la orilla de ese mar, es relajante y tranquilizador. Ordené a los remeros que me dejaran en la ribera opuesta y, como había llevado conmigo una carpeta con papel y lápiz, procedí a realizar varios dibujos de aquel sorprendente y maravilloso paisaje urbano. Y si espectacular era la vista a pleno sol, cuando el astro comenzó a declinar buscando el horizonte occidental, los reflejos dorados del mar sobre las viviendas las convertían en un cuadro que hubiera conmovido a los grandes pintores de paisajes venecianos del pasado.

La tercera y última vez que me embarqué, fue el día de la Pascua, finalizado el mes de Ramadán, el 1 de diciembre. En esa ocasión quería conocer y examinar a fondo el puerto.

Observé que todos los buques otomanos tenían izado el pabellón de color rojo con el cuarto creciente y una estrella de cinco puntas en blanco. Pero, como la calma era absoluta, las banderas colgaban pegadas a sus mástiles sin ondear. Conté una treintena de buques, fragatas, bergantines y corbetas, así como diez chalupas cañoneras. Recorrimos el canal durante una hora y media, hasta que, antes de que anocheciera, regresamos al embarcadero situado delante de la

ciudad de Constantinopla, al lugar de donde había zarpado la chalupa.

Concluido el Ramadán el último día de noviembre, se celebró la Pascua el primero de diciembre, como ya he referido.

El sultán hizo fiesta en la mezquita Sultán Ahmed Camii, siguiendo la costumbre. Yo me desplacé a las cuatro de la madrugada a otra mezquita cercana para rezar la oración pascual a la salida del sol. Terminada la plegaria me dirigí a la mezquita del Sultán Ahmed para asistir a la ceremonia oficial realizada en presencia de Su Alteza; pero no pude acceder al patio porque estaba ocupado por dos o tres mil mujeres y solo algunos hombres.

Como la ceremonia había finalizado y el sultán no se hallaba en el templo, opté por dirigirme a la calle, aunque no logré avanzar veinte metros porque estaba repleta de gente del común y de dos largas hileras de soldados *bastany*, de jenízaros y de los caballos de los miembros del séquito del sultán.

El lunes, 7 de diciembre, a las ocho de la mañana, abandoné Constantinopla camino de Bucarest, en Valaquia, acompañado de un tártaro como guía y de dos criados que había contratado como acemileros para que se hicieran cargo de las mulas, las tiendas de campaña y de mi equipaje. La tarde anterior me había dirigido al consulado general de España para despedirme de don Antonio Ruiz de Castilla y Casasús y recordarle la necesidad de que don Manuel Godoy tuviera cuanto antes en su poder mi informe.

Esa misma noche invité a cenar a mi querido y respetado amigo, el marqués de Almenara, para despedirme, también, de él y agradecerle su generosidad al haberme proporcionado tan buen alojamiento en su propia casa. La despedida de don José Martínez de Hervás no fue tal, sino un «hasta luego», según sus palabras. Pues me comunicó que había recibido su cese como embajador de España en Constantinopla una vez que hubo logrado que el sultán Mustafá IV permitiera salir de sus territorios a los judíos sefardíes otomanos para que pudieran viajar a España con todo lo que quisieran llevar consigo. Los dos primeros pasaportes y la patente de protección —me dijo—, les habían sido otorgados a dos ricos

hebreos con sus familias. Ambos se hallaban ya, embarcados con sus mujeres e hijos, en una fragata con rumbo a Valencia.

—Pasado mañana zarpa del puerto de Constantinopla el navío de línea «El Vencedor» —continuó diciendo—. Navegaré en él y desembarcaré en el puerto francés de Tolón. Luego viajaré hasta Toulouse y Múnich, para reunirme en esa ciudad con ciertos ilustres caballeros españoles. Como sé que te desplazarás por tierra, te emplazo a que nos veamos en la capital bávara. Quiero comentarte y tratar contigo cierto asunto que, sin duda, te interesará, pues conozco bien tus secretas inquietudes constitucionalistas y liberales. Te esperaré en el consulado de España en esa ciudad. No deberías faltar a esa cita, amigo Badía.

Yo emprendía aquella última etapa de mi viaje con preocupación y con el espíritu alterado después de haber escuchado lo relatado por el señor cónsul, pero, sobre todo, a causa de las enigmáticas palabras pronunciadas por el marqués de Almenara y su inesperada petición de que lo fuera a ver en la ciudad de Múnich, que se hallaba alejada del itinerario que debía seguir en mi regreso a Madrid.

Albergaba el fundado temor de que la España que me iba a encontrar en los albores del aquel año 1808, no iba a ser la misma que había dejado atrás para cumplir la misión encomendada por el Príncipe de la Paz hacia casi cinco años.

Aquella noche no logré conciliar un sueño sosegado.

Las noticias que me habían dado el señor cónsul de España y don José Martínez de Hervás sobre lo que estaba cerca de acontecer en Madrid eran verdaderamente inquietantes.

---

32 De nuevo manifiesta Domingo Badía la necesidad que tenía de alejarse de Siria y de la despoblada planicie de Anatolia y poder hallarse en la capital del Imperio Otomano. ¿Qué desgracia o contratiempo temía sufrir Alí Bey si no llegaba «lo antes posible» a Constantinopla?

33 Los jenízaros eran un cuerpo de infantería formado, en un principio, por combatientes no musulmanes escogidos entre los prisioneros de guerra. Más tarde se incluyeron en este cuerpo niños cristianos seleccionados por el Gobierno entre las familias cristianas pobres de sus posesiones en los Balcanes. Cuando se creó el cuerpo, su misión principal era la custodia del sultán ejerciendo de su guardia personal. Con el paso del tiempo constituyeron el núcleo fundamental de las fuerzas

otomanas. El Raif Efendi, en su *Tratado sobre la milicia otomana,* asegura que ese cuerpo militar llegó a contar con cuatrocientos mil guerreros.

34 Alí Bey, aunque con gran sutileza y obligado respeto a las tradiciones de los países que visita, no puede dejar de expresar, en muchas ocasiones, su pensamiento ilustrado y crítico con las costumbres y los presuntos milagros que él cree que son producto de la ignorancia y de la superstición.

35 En este punto Alí Bey o Domingo Badía se contradice, pues él tuvo a su cargo un esclavo negro, llamado Sudán, cuando viajaba por el mar Rojo y Egipto, aunque luego se lo regaló al jeque El-Metluti con la condición de que, al paso de dos años, le concediera la libertad.

XXII

AL SERVICIO DEL REY JOSÉ I Y NUEVO PROYECTO DE EXPEDICIÓN A ORIENTE

Aunque el destino final de aquel largo viaje era España. Viaje, en el aspecto político fracasado en parte, aunque gratificante y enriquecedor para mí, pues había logrado colmar mis ansias de aventura y, sobre todo —siguiendo la estela dejada por los grandes exploradores y viajeros británicos como Mungo Park, James Bruce y Joseph Banks—, relajante y beneficioso para mi espíritu inquieto, deseoso de conocer la naturaleza, la geografía, la historia, los monumentos, la gente y sus costumbres de aquellas regiones, aun escasamente exploradas, de África y de Asia.

Como digo, aunque debía acabar el viaje en mi patria, desde donde había partido hacía cinco años; en el mismo momento que dejaba la capital del Impero Otomano acompañado de mis acemileros y de mi nuevo guía, me debatía entre el deseo de continuar mis andanzas explorando nuevas tierras y recogiendo por escrito cuanto observaba para poder publicar un libro en el futuro, o retornar al lugar donde lo había iniciado, aunque con el justificado presentimiento de que la sociedad que iba a encontrar estaba sometida a grandes y decisivas convulsiones políticas y sociales, según lo manifestado por don Antonio Ruiz de Castilla y Casasús y mi amigo el marqués de Almenara.

Pero era consciente de que tenía un compromiso con el Gobierno español y con la persona de mi mentor, don Manuel Godoy, al parecer en esos momentos en horas bajas, políticamente cuestionado, pero al que debía agradecimiento, respeto y lealtad; porque sin su inestimable ayuda y apoyo financiero, sin el pasaporte oficial y la documentación falsificada sobre mi pasado que me había proporcionado, no hubiera sido posible acometer aquel viaje con el

que soñaba desde que era un mozalbete zascandileando por las calles de la población almeriense de Vera y haber entrado en la ciudad santa de La Meca como un musulmán más, haber rezado en el sagrado santuario de la Kaaba y haberlo descrito con todo pormenor para conocimiento de mis futuros lectores y de Occidente.

Por esos motivos, cuando en la mañana del día 7 de diciembre del año 1807, tomé la ruta que me debía conducir a Bucarest, la capital de Valaquia, estaba seguro de que, al cabo de unos meses, me hallaría por fin descansando en tierras españolas; aunque, a decir verdad, en mi fuero interno y, dependiendo de la situación política y social que hallara en España, estaba pensando en poder emprender un nuevo viaje a Oriente, esa maravillosa y seductora región del planeta que, no me cabía la menor duda, aún guardaba numerosos y espectaculares secretos y sorprendentes hallazgos esperando ser revelados para las naciones europeas.

Aquella noche hicimos alto en el pueblo de Kuçuk Çermece, en la ribera derecha de un lago costero, que en España llamaríamos una albufera, que surgiendo del mar de Mármara, se prolongaba hacia el norte unos cinco kilómetros. A la mañana siguiente, con los primeros rayos de sol, levantamos el campamento y nos dirigimos hacia el noroeste siguiendo un buen camino que bordeaba la orilla del mar de Mármara en unos cincuenta kilómetros.

Pasamos por las poblaciones de Kumburga y Boadas, accediendo al pueblo de Silivri, un burgo algo mayor que los otros, que posee un buen puerto de mar, en el que no quise detenerme más que el tiempo indispensable para almorzar; pues, aunque el tártaro me dijo que había varias mezquitas de buena factura, mi mente estaba ocupada en otros asuntos y no deseaba distraerla con la observación y la obligada descripción de ningún monumento ni ciudad.

Pude comprobar que todos estos pueblos estaban habitados, a diferencia de los anteriores que había visitado en Anatolia, por una mayoría de griegos ortodoxos, quienes parecen ser mejor tratados que en otros lugares del Imperio. En ese pueblo, en una playa a orillas del mar, pasamos la noche, que fue fría y amenazando lluvia, aunque transcurrió sin que las nubes descargaran el agua que debían tener en su interior.

El día 9 atravesamos Kiliçli y nos detuvimos en Çorlu, localidad bastante grande, en la que también había varias mezquitas que, de la misma manera que obré en Silivri, me abstuve de visitar, aunque, en una de ellas, para cumplir el mandato del sagrado Corán, entré para rezar la oración del mediodía. El día 10 pasamos junto a un pueblo llamado Karistiran a eso de las diez de la mañana, llegando a la localidad de Luleburgaz a las cuatro de la tarde, en la que instalamos el campamento.

El día 11, después de atravesar Babaeski, entramos en Edirne, llamada, también —como ya he referido—, Adrianópolis (la ciudad de Adriano) a las diez de la mañana. Era una gran población, rodeada de un parapeto de tierra con una empalizada en su parte superior y un foso en el exterior, bien dotada de mercados, un gran bazar constituido por varias calles cubiertas con lonas y llenas de tiendas en las que se vendía toda clase de productos, un cuartel de soldados turcos y varias mezquitas.

Decidí permanecer todo el día en esa población, aunque mi tártaro me aconsejó que continuáramos la marcha antes de que anocheciera, hasta llegar a un pueblo que decían Mustafapachá, en el que había un caravasar en el que podríamos hospedarnos sin tener que montar las tiendas de campaña y hallaríamos buen agua y heno para las mulas y camas confortables para nosotros.

Edirne está atravesada por un río que se llama Maritsa, en el que desemboca un caudaloso afluente por su margen derecha de nombre Ardas. Ambas partes de la ciudad están comunicadas por medio de un hermoso puente de piedra. Vi casas muy bien construidas y lujosas, y calles adoquinadas y limpias. Cuando accedimos a la población había un gran tumulto en una de las plazas y soldados de a pie y de a caballo patrullando por los barrios. Se debía a que el gran visir, generalísimo de los ejércitos otomanos, se encontraba en la ciudad.

Adrianópolis se había convertido, en aquellos meses, en uno de los cuarteles generales del ejército turco, pues la Sublime Puerta mantenía no lejos de esa ciudad un frente de guerra contra los rusos desde que el general francés Horace Sebastiani de la Porta logró que el sultán anulara todos los privilegios otorgados a Rusia dos años

antes, y sólo permitiera el paso por el estratégico estrecho del Bósforo a los buques de guerra franceses.

El día 12 abandonamos Mustafapachá y continuamos la marcha en dirección noroeste siguiendo un camino que discurría por la orilla derecha del Maritsa.

A lo largo de esa jornada atravesamos varias poblaciones, todas ellas habitadas por cristianos griegos, llegando, antes de que anocheciera, a un extenso aduar musulmán llamado Karapunar, en el que pernoctamos. El día 13 comenzamos la andanza muy temprano, pasando, a las diez de la mañana, por la población de Zagra y alcanzando la pequeña ciudad de Kazanlak antes de que anocheciera.

Estábamos instalando las tiendas de campaña cuando se nos acercó un joven, que dijo ser un sirviente del gobernador de aquella región, para decirnos que su señor me invitaba a cenar en su casa. Y a esa mansión me dirigí, entretanto que los acemileros y el tártaro montaban las tiendas.

El gobernador, que era un personaje en exceso educado y amable, me colmó de halagos y bendiciones cuando, en el transcurso de la plática que mantuvimos después de beber el exquisito café que nos habían servido unas criadas, supo quién era yo y que venía de hacer la Peregrinación. Antes de despedirse de mí me besó las manos con mucha devoción porque decía que eran las de un santo varón *hajj*.

Partimos de aquella ciudad a las cuatro de la madrugada y, tras sufrir durante varias horas una espantosa borrasca con fuertes vientos, lluvia y nieve, logramos llegar, a eso de las once de la mañana, a un pueblecito, situado a los pies de los montes Balcanes, llamado Shipka Balkana. He de referir que, a diferencia del tártaro Holug, que era indolente y vago, este otro tártaro se mostraba diligente y animoso, azuzando, cuando era menester, a los acemileros para que aceleraran el paso o se apresuraran, cuando yo daba la orden de acampar, en instalar las tiendas de campaña o encender el fuego para preparar la cena.

En ese pequeño pueblo nos vimos obligados a permanecer acampados durante dos días, porque el paso de montaña por el que debíamos atravesar los Balcanes —nos dijeron unos soldados de a

caballo que iban en nuestra misma dirección—, estaba cortado, cubierto con una capa de nieve de más de un metro de espesor. Por fin, el día 16 de diciembre pudimos cruzar las montañas, lo que no hubiera sido posible si los funcionarios de la posta no hubieran enviado por delante un grupo de trabajadores con palas para abrir el paso apartando la espesa capa de nieve.

Al otro lado de la montaña, con el sendero aún cubierto de nieve, llegamos a una aldea llamada Bichkinya, cuyas casas de madera estaban medio sepultadas por aquel blanco manto níveo que casi cubría sus puertas y ventanas. Continuamos el descenso por la ladera noroeste de aquellas montañas y, a mediodía, entramos en Gabrovo, población situada a orillas del río Yantra.

Yo esperaba hacer algunas observaciones y tomar notas en mi diario de las cualidades pétreas de aquellas espectaculares montañas, así como de las especies vegetales que las cubrían, pero la espesa capa de nieve que continuaba ocultando el paisaje me lo impidieron.

Prevenido por uno de los acemileros que conocía bien el clima extremo de aquella cordillera, en Edirne, en una tienda dedicada a la talabartería, adquirí un par de excelentes botas de caña alta, pero forradas en su interior con abundante lana de borrego. Si hubiera continuado usando las elegantes botas que compré en Tánger, no aptas para caminar por la nieve, es probable que hubiera sufrido la congelación de alguno de los dedos de los pies como, por desgracia, le había sucedido al guía tártaro. En aquella aldea nos dieron hospedaje en una casa, sin duda apiadada la familia que la habitaba de aquellos viajeros, ateridos de frío, que se atrevían a cruzar en pleno invierno los Balcanes.

El día 17, a las ocho de la mañana, abandonamos el cálido refugio que nos había proporcionado aquella bondadosa familia y, a eso de las doce del mediodía, entramos en el pueblo de Drenova y, a las cuatro de la tarde accedimos a la ciudad de Tirnova, que se hallaba situada en la falda de un monte. La población estaba atravesada por el mismo río Yantra, afluente del gran Danubio, que habíamos encontrado en Gabrovo, aunque más caudaloso.

Un foso y una endeble muralla defendían la ciudad, rodeada de

numerosos huertos y viñedos, en esa época del año un extenso campo de cepas retorcidas y sin vida. Vi algunas casas de buena construcción y, en el centro de la población, un bazar con tiendas en las que se vendían productos muy variados. Aunque todas las calles estaban cubiertas por la nieve. Desde allí nos dirigimos a la aldea de Polikraishte, en la que entramos a las cuatro de la tarde y decidí que sería buen lugar para acampar y pasar la noche.

Era una población, prácticamente, subterránea, en la que las viviendas estaban enterradas en el suelo, colegí que para mejor defenderse sus moradores del intenso frío. Tanto hombres como mujeres iban vestidos con gruesos trajes de lana y cubiertos con pellizas de piel de borrego con ajustadas caperuzas.

Después de atravesar, otra vez, el río Yantra, el día 18, al caer la tarde y haber dejado atrás algunas pequeñas aldeas, llegamos a la ciudad de Rusçuk, población grande y fuerte situada en la margen derecha del caudaloso río Danubio.

Una vez que el pachá Mustafá Beiraktar, gobernador de aquella región, hubo analizado la documentación presentada por mí, incluyendo el falso certificado de pertenecer al antiguo y prestigioso clan de los abbassíes sirios, y firmado el pase que me autorizaba a continuar la marcha, decidí que era la ocasión de cruzar el río Danubio.

Esa misma noche embarcamos en una amplia barcaza con los caballos, las acémilas y el equipaje, que nos trasladó, en treinta y cinco minutos, a la orilla izquierda del majestuoso y caudaloso río. La barca atracó en Giurgiu, un pequeño pueblo protegido por una gran fortaleza ocupada por un cuerpo de tropas dependiente de otro pachá. Era ese el último puesto avanzado del Imperio de la Sublime Puerta, pues, a partir de esa población, nos internaríamos en los territorios controlados por Rusia.

En Giurgiu fui sometido a un nuevo examen por otro pachá. Pero resultó que el *diuán* efendi a quien correspondía esa segunda verificación documental, había estado trabajando en Alejandría como funcionario del capitán-pachá o almirante con el que yo había mantenido una estrecha amistad.

—¡Oh…! ¡Alí Bey el Abbassí! ¡Os conozco, sidi! ¡No hay nada que

ver…! —exclamó, mostrando una enorme sonrisa cuando leyó mi nombre en los documentos que le presenté

Y diciendo esas palabras firmó el pase que me autorizaba a abandonar el Imperio turco-otomano y entrar en territorio ruso. Pero no se conformó con darme, de esa agradable manera, la bienvenida a su cuartel y a su región.

—Sé de vuestra dignidad y sabiduría, sidi Ali Bey, y de cómo habéis realizado la Peregrinación y alcanzado la santidad que otorga Dios al que puede ostentar el noble título de *hajj*.

—Me abrumáis con vuestras elogiosas palabras, señor efendi —me vi obligado a responderle.

—No son elogios, sidi. Sino constatar una realidad que, sin duda, os ennoblece —continuó diciendo—. Antes de que entréis en la tierra de esos infieles, deseo obsequiaros, a vos y a vuestros acompañantes, con una espléndida cena.

Y dicho esto, llamó a uno de sus sirvientes y le ordenó que nos prepararan una comida en una de las salas destinada a refectorio o comedor de los soldados.

El sábado 19 de diciembre del año 1807, al amanecer, abandonamos el Imperio Otomano siguiendo un camino de tierra, bien conservado, que se dirigía hacia el norte. Después de cabalgar durante seis horas llegamos a una aldea en la que se encontraba el primer destacamento de soldados rusos en aquella región. Uno de ellos nos acompañó hasta un cercano campamento militar que se hallaba enclavado al otro lado de un río cuyos dos puentes de piedra observé que se hallaban en ruinas. Sin duda —pensé—, destruidos durante los recientes enfrentamientos armados acontecidos entre militares rusos y turcos.

Cruzamos el río por un puente provisional hecho con pilotes de troncos y tablas. Un oficial de alto rango me recibió con amabilidad, que se incrementó cuando hubo ojeado mi documentación. A continuación, llamó a un subordinado y le ordenó que nos condujera hasta una población cercana a Bucarest en la que se hallaba el cuartel general del ejército. En ese lugar volví a presentar mi documentación a otro oficial que me la devolvió dándola por buena, diciendo que podía continuar hasta la capital de Valaquia.

A las diez de la noche entré en aquella ciudad europea, que me pareció muy diferente a las que había visitado en territorio turco.

Nos hospedamos en un albergue en el que recalaban los viajeros y los campesinos de los alrededores que acudían a la capital para vender el producto de sus campos en los mercados locales. Esa función la realizaban, con enorme éxito, en los países musulmanes los caravasares, en los que, con mis acemileros y antiguos criados, habíamos estado hospedados en numerosas ocasiones en el transcurso de mi viaje. Como estaba agotado de tan larga y accidentada andanza, permanecí recluido en el albergue durante dos días.

Al tercero decidí visitar al cónsul general de Rusia en Valaquia, un caballero que se llamaba señor Kiriko. Me recibió con mucha cordialidad y se congratuló de que, aunque yo fuera musulmán, descendiera de una noble y famosa estirpe y, ahora, me hallara establecido en España, una gran nación —me dijo—, con la que Valaquia mantenía excelentes relaciones comerciales. Cuando hubieron acabado las presentaciones y los mutuos elogios, le expresé cuál era el motivo de mi visita.

—Ilustre señor Kiriko: abusando de vuestra generosidad y de la privilegiada situación que goza como representante del Gobierno ruso, desearía que me facilitara una entrevista con el gobernador general, señor Bahmetief. El caso es que pienso iniciar pronto la última etapa de mi viaje que me ha de llevar a España. Pero, antes he de pasar, obligatoriamente, por la ciudad de Múnich, en la que me espera un noble caballero español que me ha de informar sobre ciertos negocios que tengo en el país bávaro —le mentí—. Por eso necesito la información y los consejos que me pueda ofrecer el gobernador general ruso antes de acometer la etapa de mi viaje hasta Múnich por caminos desconocidos para mí.

El cónsul, señor Kiriko, se mostró inclinado a facilitarme esa entrevista con el gobernador Bahmetief.

El día 24 de diciembre, víspera de la Navidad, el gobernador ruso me recibió en su palacio situado cerca del monasterio del príncipe Radu. Me aseguró que me proporcionaría una escolta para que me acompañara hasta que llegara a Múnich, formada por jinetes

privados armados, pues no podía enviar soldados del ejército regular ruso a territorio bávaro. No tuve más remedio que descubrirle mi verdadera identidad y cómo, a lo largo de mi viaje, estaba desempeñando una secreta misión por encargo del ministro del Gobierno español, don Manuel Godoy.

—Señor Badía —me dijo—, las aguas están muy revueltas en Múnich desde que, hace ahora un año, esa ciudad fue designada por Napoleón capital del reino de Baviera, dentro de la Confederación del Rin creada por el emperador de los franceses. Hay disturbios en la ciudad y amenazas de levantamientos de patriotas enemigos de Bonaparte. Debe usted, cuando logre acceder a esa capital, hospedarse en alguna institución vinculada con España o, mejor, en el albergue o el hotel que os recomiende ese caballero con el que debéis entrevistaros.

El día 26 de diciembre, acompañado de la escolta, constituida por diez jinetes, emprendí el largo viaje que debía acabar, en unas treinta jornadas de marcha, si no acontecía ningún suceso extraordinario, en la ciudad de Múnich.

Antes de partir despedí a los acemileros y al guía tártaro, pues los jinetes que me había asignado el gobernador Bahmetief se encargarían del transporte de mi tienda de campaña y de mi equipaje.

Ocho días más tarde entramos en Viena, ciudad en la que permanecimos dos días descansando. El 14 de enero nos encontrábamos en Linz, y el día 24 llegamos a una pequeña población llamada Zordening, situada a diez kilómetros al este de Múnich. En ella acampamos, viéndonos obligados a buscar el amparo de nuestras tiendas de campaña durante otros dos días a causa de un fuerte temporal de lluvia y viento que nos impidió continuar la andanza. Finalmente, el 27 de enero del año 1808 accedimos a la capital del reino de Baviera, alojándome en uno de los albergues que posee esa ciudad a orillas del río Isar

El viernes 29, después de rezar sobre una alfombra orientada hacia La Meca en la pequeña habitación de dicho albergue que me había asignado el recepcionista, pues en Múnich no existía ninguna mezquita, me dirigí a la embajada de España situada en un palacete

en la orilla izquierda del río, establecida en la ciudad cuando fue designada capital del reino de Baviera hacía un año.

El embajador, don Pascual Vallejo, me recibió muy cordialmente, dando muestras de alegría cuando supo quién era yo, pues, sin duda, el marqués de Almenara, le había hablado de mí. Sabía que don José Martínez de Hervás me había emplazado en esa ciudad, pues así se lo había comunicado por medio de una carta recibida quince días antes. Me dijo que mi amigo el marqués aún se hallaba en Francia. Que tenía previsto estar en Múnich en torno al 25 de febrero. Que lo esperase, pues tenía que darme importantes y decisivas noticias.

Abandoné la embajada con una extraña sensación de ansiedad y un regusto amargo en la boca del estómago: ¿Importantes y decisivas noticias…? ¿Sobre don Manuel Godoy? ¿Sobre Su Majestad el rey o el príncipe de Asturias, don Fernando? ¿O sobre la implicación de Napoleón Bonaparte en la política española, como se rumoreaba desde hacía meses? Pero como nada podía hacer para procurar tranquilizarme y aclarar las dudas que me asaltaban y don Pascual Vallejo se negó a tratar el asunto alegando la confidencialidad a la que estaba obligado por razón de su cargo, decidí enclaustrarme en el albergue y esperar que el marqués de Almenara llegara a Múnich y pudiéramos reunirnos y platicar.

Por algún motivo que ignoraba, don José Martínez de Hervás fue demorando su llegada a la ciudad bávara para incremento de mi angustia y desazón.

El día 25 quedó atrás y, también, el 26, el 27 y el 28 de febrero. Por fin, el día 29, lunes, recibí una breve misiva del embajador, don Pascual Vallejo, en la que me decía que el marqués de Almenara se hallaba en su residencia, situada en un ala del palacete que era sede de la embajada. Que esperaba poder verme y conversar conmigo al día siguiente, 1 de marzo, a las diez de la mañana.

Un cuarto de hora antes de la hora fijada me encontraba en la antesala del despacho del cesado señor embajador español en Constantinopla. Al poco salió de él mi amigo el marqués de Almenara. Nos abrazamos con mucha efusividad y, tomándome del brazo me condujo hasta la estancia en la que se hallaba don Pascual

Vallejo. El marqués me señaló un diván para que me aposentara, acción que él también hizo. El señor embajador de España en Valaquia, entendiendo que la conversación que íbamos a mantener era reservada y confidencial, abandonó el despacho cerrando tras él la puerta del mismo.

—Sean mis primeras palabras, Domingo, para expresarte mis más sinceras disculpas por la demora en poder cumplir la promesa que te hice en Constantinopla. Pero han surgido imponderables que, a lo largo de esta plática, seguro que comprenderás. Te reitero, mi buen y leal amigo, mis disculpas —manifestó el marqués sin poder ocultar la tensión y la preocupación que lo embargaba.

He de decir que, desde que llegué a Bucarest, cambié las vestiduras árabes por el atuendo a la moda francesa: camisa blanca de lino, chupa, calzón y casaca con botones dorados y cuello alto con bordaduras. Como ya me había crecido el cabello, lo peiné formando una breve coleta por detrás, atándomela con un lazo azul. Para cubrirme la cabeza adquirí, en una tienda de uniformes militares, un sombrero de tres picos.

—No os tenéis que disculpar, querido amigo —intervine para alejar de la mente de don José Martínez de Hervás cualquier atisbo de preocupación o sentimiento de culpabilidad—. Comprendo las dificultades que habéis tenido que superar en vuestros discretos desplazamientos. El señor embajador, para atemperar mi evidente ansiedad, tuvo que revelarme que estabais recorriendo media Francia para llevar a cabo vuestras indagaciones y vuestras secretas reuniones.

—No te ha mentido don Pascual Vallejo. Antes de acceder a esta ciudad, tuve que entrevistarme con muy destacadas personalidades españolas y francesas en Bayona, Toulouse y Avignon.

—Sé, don José, que esta cita en un lugar tan alejado de España tiene que ver con esas indagaciones y con la situación política que impera en nuestra patria.

—Así es. He mantenido una serie de encuentros muy secretos en Francia con varias ilustres personalidades españolas, algunas que ostentan cargos relevantes en el Gobierno del rey don Carlos; pero otras con miembros del ejército, del clero o con destacados

intelectuales que están alarmados por las nefastas consecuencias que las decisiones que Su Majestad está pronto a tomar tendrán para España.

—¿Qué decisiones, don José? ¿Si es que pueden saberse…?

—Domingo Badía, leal amigo —manifestó el noble granadino—, entre esos caballeros con los que me he reunido en Bayona y Toulouse se hayan el ministro Francisco Cabarrús, el canónigo Antero Benito Núñez, el coronel Francisco Cabello Mesa y otros influyentes políticos, muy cercanos al rey y al príncipe de Asturias, cuyos nombres me he comprometido a no desvelar.

—¿Y qué es lo que temen esos caballeros de las decisiones que pueda tomar el rey? —le demandé tembloroso, pues era consciente de que algo terrible estaba cerca de acontecer en España.

—Estos caballeros sospechan que, tras el fracasado intento del golpe de El Escorial, cuyo objetivo era que el rey abdicara y entregara la corona a su hijo, el infante don Fernando, este y sus partidarios se han confabulado para acabar con Godoy y destituir al monarca utilizando una acción de fuerza. Además, con la pasividad, o la complicidad, del Príncipe de la Paz, las tropas de Napoleón estacionadas en España tras la firma del Tratado de Fontainebleau, se han apoderado de varias destacadas fortalezas españolas. Hay una enorme desazón y temor en todo el reino. Don Carlos, que no es lerdo, se va a adelantar a los acontecimientos y, haciendo de tripas corazón, nombrará a don Manuel Godoy heredero al trono en lugar de su hijo don Fernando. Se cree que cuenta con el apoyo y la ayuda del emperador de Francia y de los mandos de su ejército establecido en España.

—Pero, ¿es eso posible, don José?

—Tan posible que ya está toda la trama preparada. Esos caballeros creen que antes de que acabe este mes de marzo, si alguien no lo impide, sus fundados temores se harán realidad. Constituimos, Domingo Badía, un amplio grupo de nobles, eclesiásticos, militares e intelectuales que no queremos que se perpetúe el absolutismo en España. Estamos dispuestos a apoyar al príncipe de Asturias y abogar por la aprobación de una constitución, la supresión de los derechos feudales y de los privilegios eclesiásticos, la

desaparición de algunas órdenes militares y la desamortización de los bienes de la Iglesia y de los monasterios.

—Loables propósitos, señor marqués, a los que yo me adhiero con entusiasmo. ¿Pero, estaría dispuesto a asumirlos el nuevo rey, una vez sea derrocado don Carlos?

—Quizás se oponga la camarilla reaccionaria que rodea a don Fernando. Pero, a la larga tendrán que claudicar y adaptarse a los nuevos tiempos y a los vientos que soplan imparables por toda Europa. En cuanto a por qué te cuento todo esto, amigo Domingo Badía: porque conozco tus anhelos constitucionalistas y liberales y porque he de prevenirte e impedir que viajes a España. Tu vida correrá un serio peligro si tu mentor, don Manuel Godoy, es detenido y encarcelado, arrastrando, no te quepa dudas, a todos aquellos que le han sido leales en estos últimos años. Nosotros, patriotas convencidos, Domingo, estamos preparados para apoyar, sin fisuras, un cambio de régimen en España. Sin embargo albergamos serias dudas y profundos temores, porque el poder y la ambición de Napoleón Bonaparte son inmensos y la segura intervención de su ejército en la política de nuestra nación para imponer sus proyectos por medio de las armas no está descartada. No sabemos las repercusiones que dicha intervención tendría para el pueblo.

Los hechos se precipitaron y, por desgracia, no acontecieron de la manera que me los había presentado el marqués de Almenara: en la mañana del día 18 de marzo el pueblo de Aranjuez se amotinó al grito de «Viva el rey y venga a tierra la cabeza de Godoy»; el Príncipe de la Paz, acusado de ser el culpable de todos los males que aquejaban a España, fue detenido y encarcelado junto con aquellos que seguían siéndole fieles, y su casa saqueada sin que el ejército interviniera.

Al día siguiente el rey Carlos IV tuvo que abdicar, entregando la corona a su hijo don Fernando, príncipe de Asturias; aunque, arrepentido de su abdicación, alegando que se había visto presionado y forzado a hacerla, envió una carta el día 27 de marzo a Napoleón pidiéndole su protección y que lo acogiera en Francia. El 3 de abril Carlos IV se hallaba refugiado en Bayona, oportunidad que aprovechó Napoleón Bonaparte, unas semanas más tardes, al

considerar que el trono de España estaba vacante, para poner en él, con el título de rey, a su hermano José.

Algunas de esas turbadoras y decisivas noticias que, con la intervención de Napoleón y de su ejército, no respondían a los buenos deseos expresados por el marqués de Almenara y sus compañeros conspiradores, me llegaron el día 8 de abril a través del embajador don Pascual Vallejo, pues don José Martínez de Hervás había viajado de urgencia a Madrid. Aunque aún desconocía el hecho de que el nuevo rey de España y de las Indias no iba a ser don Fernando VII, sino don José I.

No sé si debido a las emociones que provocó en mi alterado espíritu los acontecimientos que habían tenido lugar en España o porque mi cuerpo no se adaptaba a las comidas de aquella ciudad germana basada en carnes y grasas animales, lo cierto fue que comencé a padecer el mal de estómago que, en tantas ocasiones, me había afectado en el transcurso de mis viajes.

Por fortuna la dolencia fue breve y moderada, pudiendo abandonar Múnich el día 11 de abril bajo una identidad falsa, como el capitán Juan Castillo, porque no sabía cómo sería recibido en la Corte española un íntimo colaborador del encarcelado y desprestigiado Godoy.

Estaba confuso, lleno de dudas y con el espíritu inquieto.

Desconociendo el paradero del marqués de Almenara, del que esperaba recibir noticias fidedignas y sus consejos y, dudando sobre qué decisión debía tomar: si dirigirme a Madrid, ciudad en la que no residía ya ninguno de los amigos que pudieran darme protección; o a Bayona, donde sabía que se encontraban Carlos IV y el rey Fernando VII, opté por viajar a esa ciudad francesa con un grupo de militares de Napoleón que retornaban a su patria desde Baviera y presentarme ante el monarca que decía haberse visto obligado a abdicar.

Estaba a dos jornadas de marcha de Bayona cuando uno de los oficiales que iban conmigo me dio la noticia: el 2 de mayo el pueblo de Madrid se había levantado, apoyado por varios regimientos de soldados españoles, contra las tropas del mariscal Murat que ocupaban la capital. Está habiendo muchos muertos —me aseguró

—. Con el corazón al borde del colapso, al caer la noche dejé a los soldados napoleónicos y cabalgué sin parar, acompañado solo por un ordenanza, para poder entrar en Bayona en la tarde del día siguiente, 7 de mayo.

Sabía que en el castillo de Marracq de esa ciudad se hallaba recluido Carlos IV y a él pensaba dirigirme.

Al amanecer del siguiente día me desplacé hasta esa fortaleza y me presenté ante los soldados que hacían guardia en la puerta como el capitán Juan Castillo, de la guardia real, rogándoles que entregaran a don Carlos mis credenciales.

Media hora más tarde el rey me recibió en su cámara.

Lo encontré muy envejecido, con su casaca verde oliva ribeteada de plata y la banda azul y blanca de la Real y Distinguida Orden de Carlos III cruzándole el pecho. Se había despojado de la sempiterna peluca blanca empolvada que siempre portaba en las audiencias, en los actos públicos y cuando presidía los Consejos de Ministros.

—Seas bienvenido, Domingo Badía, a esta ciudad y a este enclaustramiento forzoso. Es una pena que tu mentor y amigo, el generalísimo don Manuel Godoy, no pueda hoy acompañarnos —manifestó, estando de pie, al tiempo que alargaba su mano derecha para tomar la mía y saludarme con mucho afecto—. Ya sabrás que las cosas han tomado un nuevo e inesperado rumbo en el reino de las Españas. Pero acompáñame y siéntate a mi lado en ese sofá. Dime que es lo que deseas.

Hice lo que me decía y, sin poder ocultar la pena que sentía al ver a aquel gran monarca, señor de dos continentes, abandonado por los que, hasta unos días antes, le rendían pleitesía y mostraban sumisión, en tan lamentable y triste estado.

—He sido un leal servidor de Su Majestad y de su ministro, el generalísimo don Manuel Godoy. Por su mandato recorrí las tierras del Islam en África y Asia, como embajador extraordinario del reino de España, siempre en pro y en defensa de los intereses de Su Majestad y de los españoles. Pero, ahora, mi señor, me encuentro como huérfano. No sé qué camino tomar. Es vuestro real consejo lo que espero recibir en este momento de zozobra e incertidumbre. Indíqueme qué senda ha de ser la correcta y yo la seguiré.

Don Carlos sonrió con desgana.

—Mal consejero, amigo Badía, será quien no tiene ya reino ni súbditos a quienes gobernar y mandar. Hace tres días que el rey don Fernando, mi hijo, abdicó por orden de Napoleón y ha sido enviado al castillo de Valençay. Mis consejeros me han comunicado que esta tarde me visitará el emperador de los franceses para que yo abdique también y pueda él entregar la corona de España a quien más le convenga. Este es mi consejo, Domingo Badía: preséntate ante Napoleón Bonaparte y ponte a su servicio. Yo le haré saber quién eres y los destacados y relevantes trabajos que has llevado a cabo para el Gobierno español. Te aseguro que no querrá prescindir de un súbdito tan leal y de un instruido funcionario y experto viajero y diplomático.

El 11 de mayo, al mediodía, me dirigí al campamento militar, establecido en las afueras de Bayona, donde se hallaba el emperador.

Mi encuentro con él fue breve y algo tenso, pues desconocía cuál sería la actitud hacia mí de tan poderoso militar y político, dueño de media Europa, en relación con un personaje de tan escaso relieve político, ligado al que había sido gran generalísimo del reino de España, ahora caído en desgracia y denostado. Aunque pude constatar que Napoleón conocía mis andanzas como representante de la corona española y mis virtudes de diplomático y gran viajero, obviando la estrecha relación mantenida con don Manuel Godoy en los últimos años. Sin duda noticias favorables recibidas por boca del desdichado rey Borbón de España.

—Esa nación tuya, señor Badía, va a necesitar hombres experimentados y leales al nuevo régimen que voy a instaurar en ella. Deberás ser leal a quien la va a gobernar apoyado en una Constitución muy similar a la que impera de Francia —manifestó sin apartar la mirada del enorme mapa de España que estaba extendido sobre una mesa de campaña—. Busca la tienda de mi hermano José y ponte a su servicio. Yo le hablaré de ti y le recomendaré que te otorgue un puesto destacado en el nuevo Gobierno que esté en consonancia con tus conocimientos y sus intereses.

Hice lo que me había ordenado.

El 6 de junio del año 1808 el emperador de Francia firmó el decreto nombrando a su hermano mayor, José, rey de España, ocupando el trono con el título de José I, monarca constitucional de España y de las Indias. Un mes más tarde fue aprobada la llamada Constitución de Bayona. Entre sus artículos se recogía la inamovilidad e independencia de los jueces, la separación de la jurisdicción civil de la eclesiástica, la abolición de la Inquisición y de los privilegios de la nobleza y del clero, aspectos novedosos y modernizadores incluidos en ella que yo compartía entusiasmado. El rey debería contar con un gobierno formado por nueve ministros, además de un secretario de Estado, un Consejo de Estado y un Parlamento.

A mediados del mes de julio me tuve que trasladar a Madrid para formar parte del nuevo Gobierno como consejero del rey Bonaparte.

Uno de los primeros decretos que firmó fue reconocerme el empleo de general de brigada que, cuando estaba realizando las labores diplomáticas en Marruecos, el rey Carlos IV me había otorgado.

Comencé ejerciendo como uno de sus principales consejeros y, como tal, pasé a residir en el Palacio Real de Madrid, en unas habitaciones y un despacho cercano al que había ocupado don Manuel Godoy; hasta que el 23 de septiembre del año siguiente, el rey me nombró intendente de la ciudad de Segovia, un relevante empleo encargado de fomentar el trabajo, el comercio, la industria, la ganadería y la agricultura de aquella demarcación. En abril del año 1810, «para recompensar mi excelente labor como intendente y mi absoluta lealtad a su persona» —dijo—, ordenó que me trasladara a la ciudad de Córdoba, en la que ostenté, sucesivamente, los cargos de intendente, prefecto y, luego, gobernador.

En diciembre del año 1811 me puso al frente de una comisión técnica en Valencia para estudiar toda una serie de necesarias reformas que habría que acometer en aquella región para reactivar y liberalizar su industria y su comercio, lastrados por el poder omnímodo de una nobleza egoísta y acaparadora.

Pero la reacción absolutista, apoyada por los ingleses —antes taimados enemigos de España y de su Imperio, y ahora interesados aliados— que, desde hacía cuatro siglos, solo perseguían lograr la decadencia y la destrucción de nuestra nación, y del clero

reaccionario, al denigrante e irracional grito de ¡Vivan las cadenas!, lograron acabar con aquel ilusionante proyecto político, económico y social que representaba la Constitución promulgada en Bayona en el año 1808, y el acertado y honrado gobierno del desdichado rey José I Bonaparte.

El 22 de julio de 1812, al sur de la ciudad de Salamanca, tuvo lugar la llamada batalla de Arapiles, en la que el ejército francés sufrió una severa derrota; seguida, el 21 de junio del año siguiente, de la de Vitoria y, el 31 de agosto, de la de San Marcial. Como consecuencia de la primera de ellas, José I Bonaparte tuvo que abandonar Madrid y, el 13 de julio de 1813, España.

Con él marcharon a Francia, al exilio, varios centenares de prestigiosos políticos y hombres ilustrados que habían formado parte de sus Gobiernos o habían colaborado en tan ilusionante proyecto —yo entre ellos—; pues el nuevo rey, don Fernando VII, había rechazado la sincera propuesta que le había hecho llegar de poder servirle.

El 11 de diciembre de 1813, por el Tratado de Valençay, la corona de la monarquía española había vuelto a ostentarla el rey Fernando VII, llamado «El Deseado» por un pueblo insensato, incapaz de desprenderse de su secular sometimiento a la religión y al absolutismo.

Hallé un apacible refugio en la casa de mi hijo primogénito, Pedro Badía Berrazo, en París, en cuya vivienda, situada en la tercera planta de un edificio que daba a la plaza y al paseo de los Inválidos, pude restaurar mi quebrantado espíritu de las profundas heridas que me habían producido las desdichas sufridas en España en los últimos años.

En una apartada y tranquila habitación, rodeado de mis libros, copias de los manuscritos en los que vertieron sus experiencias los grandes exploradores ingleses, de las numerosas notas tomadas en África y en Asia en el transcurso de mis viajes y de las conversaciones mantenidas con preclaros hombres de las naciones e imperios visitados, además de los valiosos y detallados informes que había ido enviando a don Manuel Godoy, me dediqué a escribir el libro que tanto ansiaba, en el que pensaba relatar mis apasionantes

aventuras e incluir los datos científicos, geográficos y antropológicos recogidos en los países que había ido visitando, así como los mapas y dibujos de sus ciudades y relevantes monumentos, que titularía «Viajes de Alí Bey por África y Asia en los años 1803, 1804, 1805, 1896 y 1807».

Cuando lo hube terminado de escribir, ya corregido y preparado para enviarlo a la imprenta —aunque aún sin la requerida financiación—, reclamé la presencia de mi instruido y querido hijo.

—Pedro, éste es mi único legado. Cuídalo y procura que sea conocido en todo Occidente como la obra de un español que nada tiene que envidiar a los relatos publicados por los famosos exploradores ingleses y escoceses. Las posesiones que tuve en Marruecos, esas considéralas perdidas, porque nada me une ya a esa tierra tan deseada por mí y, en estos días, tan lejana, en la que tantos desengaños y deslealtades sufrí y tantas desdichas marcaron mi alma de humanista convencido. Pero no creas que con la publicación de este libro y con mi apacible estancia en esta tu casa, se han acabado mis deseos y mis ansias de viajar y de seguir conociendo este maravilloso mundo. Ya estoy preparando un nuevo proyecto, que presentaré al rey Luis XVIII; y si el Todopoderoso lo tiene así concertado, me llevará de nuevo al ignoto Oriente en el que tantas cosas me quedan aún por conocer y admirar.

¡Que el Gran Dios de los cristianos, los judíos y los musulmanes, que considero la misma deidad protectora de la humanidad, me ilumine, me proteja y me acompañe en esta nueva aventura. Y bendiga a todos esos pueblos que pienso otra vez visitar otorgándoles, algún día, los beneficios que proporciona contar con una constitución liberal y unas leyes justas que vengan a sustituir sus anquilosadas doctrinas políticas, abusivas y crueles, y a sacarlos de la ignominiosa pobreza![36]

---

36 Tras la caída de Napoleón, el nuevo rey de Francia, Luis XVIII, financió la publicación del libro «*Voyages d'Ali Bey en Afrique et en Asie, pendant les années 1803, 1804, 1805, 1806 et 1807*», que vio la luz en el mes de julio de1 año 1814. También apoyó con dinero el nuevo proyecto de expedición a Oriente de Domingo Badía, que se titulaba a sí mismo como Ali Bey el Abbassí el Hajj (es decir, el que ha hecho la Peregrinación) y, en Marruecos era conocido como Alí Bey el Abbassí el Hajj

abu Othmán (el "padre de Othmán"). El intrépido catalán emprendió, en el mes de enero del año 1818, su nuevo y postrer viaje de exploración. Pero estando formando parte de la caravana en la que se dirigía a La Meca, cayó gravemente enfermo, dicen que de disentería, aunque algunos aseguran que fue envenenado, falleciendo el 31 de agosto de aquel mismo año, siendo enterrado en pleno desierto, junto al fuerte de Qalat Daba, en la actual Jordania.

PERSONAJES MENCIONADOS EN LA NOVELA

Aaron Arrowsmith: cartógrafo, grabador y editor inglés, que vivió en la segunda mitad del siglo XVIII, y primeras dos décadas del XIX. Fueron muy conocidos y consultados en su época los mapas que publicó en Inglaterra de Australia, América, África y la India.

Abd-al-Malik: hijo del emir de los meriníes, Abu l-Hasán, que murió a mediados del siglo XIV, luchando contra los castellanos en Andalucía, cerca de Jerez de la Frontera. Es mencionado cuando Alí Bey visitó la necrópolis de Chellah, en Rabat, en la que estaban sepultados los emires e infantes de esa dinastía.

Abdelkader (Sidi): santo musulmán que está enterrado en una de las mezquitas de Jerusalén en la que se hospedó el protagonista de este relato.

Abderrahmán al-Mfarrash: gobernador de Tánger cuando Alí Bey llegó a esa ciudad en el año 1803. Antes de ser nombrado en ese cargo por el sultán Mulay Sulaymán, había sido jerife de las belicosas tribus de la Yebala.

Abderrahmán ben Hisam: sobrino del sultán Sidi Mulay Sulaymán. Alí Bey aconsejó al sultán alauita que lo nombrara su sucesor en contra de la opinión del ministro Mohamed Salaui, del influyente astrologo Sidi Yinán y de Mulay Abdelmalek, humano del sultán. A la muerte de Sidi Mulay Sulaymán, el 22 de noviembre del año 1822, le sucedió en el trono.

Abraham (el patriarca): mencionado por Alí Bey cuando visitó, en la ciudad de Hebrón, la supuesta tumba de este patriarca, muy respetado por los musulmanes, de su esposa Sara y, también, las sepulturas de Isaac, de su esposa, de Jacob y su mujer y de José, muerto en Egipto.

Abu al-Abbás: califa de la dinastía de los abbassíes, descendiente de Abbás, tío de Mahoma, fundada por él en el año 750, acabando con la dinastía omeya. Trasladó la capital musulmana

de Damasco a Bagdad creando un poderoso imperio que perduró durante varios siglos. Según el falso certificado portado por Alí Bey, era descendiente de uno de los príncipes sirios perteneciente a esa prestigiosa dinastía.

Abu l-Abbás al-Mursí: santo sufí nacido en Murcia en el siglo XIII, que había predicado y enseñado en Alejandría, donde falleció. Su sepultura, visitada por Alí Bey, se hallaba en el interior de una mezquita construida por sus devotos seguidores en el año 1775. Seguía siendo muy venerada cuando estuvo en esa ciudad el viajero catalán.

Abu-l-Hasán al-Mariní: emir de la dinastía meriní que ocupó el trono de Fez entre los años 1331 y 1351, y que invadió Andalucía y se enfrentó al rey de Castilla Alfonso XI, en el año 1340, siendo vencido en la batalla del río Salado y, luego, expulsado de la ciudad de Algeciras en el mes de marzo del año 1344, por este mismo monarca tras veinte meses de asedio.

Abu-l-Qasim: cadí principal de Marrakech cuando llegó a esta ciudad Alí Bey. Era descendiente de uno de los emigrados de al-Ándalus huidos en tiempos de los Reyes Católicos o expulsados por el rey Felipe III a principios del siglo XVII.

Abu Yahal: personaje mítico considerado uno de los más encarnizados enemigos del profeta Mahoma. Los peregrinos, en las cercanías de La Meca donde se cree que había vivido Abu Yahal, para demostrar su desprecio y su cólera hacia él, arrojan, de manera ritual, siete piedras en ese lugar.

Abu Yusuf Yaqub: emir de la dinastía meriní que logró conquistar Marrakech a los almohades en el año 1269, creando un extenso imperio que ocupó el Magreb Occidental y el sur de al-Ándalus.

Al-Arabí Yilani: importante personaje residente en Yedda (Arabia) cuando arribó a esa ciudad Alí Bey en enero del año 1807, que se dedicaba a los negocios vinculados con la actividad desarrollada por los comerciantes ingleses.

Al-Hakam I: emir de la dinastía omeya de al-Andalus que vivió entre los años 770 y 822. En ese año los habitantes del arrabal cordobés de Secunda se rebelaron contra el emir y éste los reprimió

duramente, expulsando de al-Andalus a unas veinte mil familias que acabaron estableciéndose en la ciudad de Fez.

Al-Yazid ben Muhammad: sultán de Marruecos entre 1790 y 1792. Alentado por los ingleses declaró la guerra a España y procedió a asediar Ceuta, fracasando y teniendo que levantar el sitio. Sus hermanos se rebelaron contra él. Murió en el campo de batalla, sucediéndole uno de ellos, Sidi Mulay Sulaymán, que fue el que recibió a Alí Bey en Tánger cuando desembarcó en esa ciudad en el mes de junio del año 1803.

Al-Yazzar Pachá: militar al servicio del pachá de Egipto que se había hecho famoso por la defensa que hizo de Acre cuando la ciudad fue asediada por el ejército de Napoleón.

Alí ben Hamet: famoso santo marroquí que residía en Ouazzane y era el jefe de la *zawiya* de esa ciudad. Había estado enfrentado al sultán Sidi Mulay Sulaymán. Aseguraba ser descendiente de Idris, descendiente, a su vez, del profeta Mahoma.

Ambrosio de Morales: erudito cordobés que vivió en el siglo XVI. Entre sus numerosas obras hay varias dedicadas a las antigüedades de España, como *Origen de la ciudad de Córdoba y de sus antigüedades* y *Las antigüedades de las ciudades de España.*

Amine al-Alauí: era alcaide de la ciudad marroquí de Oujda cuando entró en ella Ali Bey en junio del año 1805. Fue este personaje el que le aconsejo que se abstuviera de continuar el viaje hasta Tremecén, pues era muy peligroso cruzar la frontera del sultanato y acceder a esa ciudad argelina, porque la ruta estaba controlada por tribus rebeldes.

Andrés Ferrer Valdecebro: escritor dominico español. Famoso ornitólogo que vivió entre los años 1620 y 1680. Viajó a Nueva España y enseñó Teología en al Real Colegio de San Luis de Francia en Puebla de los Ángeles. Vuelto a Madrid en 1675, fue predicador real y confesor de los infantes. Es conocido por sus dos tratados dedicados a los animales terrestres y a los volátiles. En el segundo expuso referencias a diversos tipos de aves.

Antero Benito Núñez: ilustre académico y canónigo en Granada. Fue un entusiasta defensor del régimen constitucional impuesto por

Napoleón en España. Colaboró activamente con los gobiernos de José I. Como Domingo Badía, se vio obligado a exiliarse a Francia en 1813 tras la caída de la breve monarquía josefina.

Antonio de Ulloa: naturalista español autor de la obra, «Observaciones astronómicas y físicas», que Alí Bey, estando en Tánger, pidió a don Manuel Godoy que le enviara a la ciudad marroquí.

Antonio González Salmón: cónsul de España en Marrakech. Uno de los funcionarios en el extranjero que, por orden de don Manuel Godoy, debía asistir a Alí Bey en sus desplazamientos y recibir los informes que el catalán debía enviar a Madrid al Príncipe de la Paz.

Antonio Polier y Sopranis: marqués de Bajamar, académico de las Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando, de la Lengua y de la Historia, que formaba parte de las tertulias científicas a las que asistía Domingo Badía cuando vivía en Madrid.

Antonio Ruiz de Castilla y Casasús: cónsul general de España en Constantinopla en 1807, cuando Alí Bey se entrevistó con él. Falleció en 1818 a los 56 años de edad.

Ayub Bey: general mameluco que luchó contra los invasores franceses de Egipto en el año 1798. Fue vencido en varias ocasiones, viéndose obligado a huir y buscar refugio en Ramala, ciudad en la que murió en 1801, siendo enterrado en una mezquita en la que se hospedó Alí Bey cuando visitó esa ciudad de Palestina.

Bahmetief: gobernador general de Rusia en Bucarest en el año 1807.

Ben Yubayr: erudito nacido en Valencia en el año 1145. Fue secretario del gobernador almohade de esa región. En 1182 emprendió el viaje como peregrino a La Meca, al parecer por orden del gobernador para purgar su pecado de bebedor de vino. Nos dejó unas detalladas descripciones y comentarios en el libro que escribió: «Los viajes (*Rihla*)», relatando su paso por Alejandría, El Cairo, La Meca, Medina, Jerusalén, Acre, Damasco y Bagdad.

Bernardo de Claraval: monje cisterciense, abad de la abadía de Claraval, en Francia. Fue el inspirador de las órdenes militares creadas para la protección de los peregrinos cristianos que se dirigían a los Santos Lugares. Predicó y convocó la Segunda

Cruzada, que condujo a Tierra Santa, en el año 1145, al rey de Francia, Luis VII, y al emperador del sacro-imperio, Conrado III.

Carlos III: rey de España entre los años 1759 y 1788. En 1740 uno de sus consejeros, el duque de Salas, quiso permitir a los judíos retornar al reino, de donde habían sido expulsados durante el reinado de los Reyes Católicos, con la finalidad de impulsar la actividad económica de la nación. El pueblo llano y la Iglesia se opusieron y Salas fue destituido, derogándose el permiso. En tiempos de su sucesor, el rey Carlos IV, se retomó la idea y el embajador de España en Constantinopla, don José Martínez de Hervás, logró que pudieran retornar a España los judíos sefardíes residentes en los territorios del Imperio Otomano que lo deseasen.

Carlos IV: rey de España entre los años 1788 y 1808, cuando fue obligado a abdicar. Puso su gobierno y la política del reino en manos de su favorito y valido, don Manuel Godoy, lo que le ocasionó la animadversión del pueblo y de buena parte de la nobleza. Aceptó la propuesta del Príncipe de la Paz de financiar el viaje de Domingo Badía a tierras del Islam en África y en Asia, con fines políticos y diplomáticos. Le encargó sondear la posibilidad de preparar una posible intervención del ejército español en Marruecos para derrocar a la dinastía alauita.

Carlos Rosetti: comerciante veneciano, persona relevante de la sociedad de Roseta (Egipto), que había sido cónsul general de Austria, con el que Alí Bey se entrevistó cuando desembarcó en esa ciudad del Nilo. Había participado en la vida política de Egipto y en acuerdos de importancia para el Gobierno turco tras la retirada de los franceses. Por ese motivo Domingo Badía tenía interés en conversar con él y conocer sus opiniones sobre la vida política del país.

Carsten Niebuhr: matemático, cartógrafo y explorador alemán al servicio de Dinamarca. El rey danés Federico V, en el año 1761, lo nombró cartógrafo en la expedición a Oriente. Acompañado de seis exploradores más pasó por la península del Sinaí, Suez, Yedda y La Meca. En el viaje de vuelta cruzó por Irak, Turquía y los Balcanes;

viaje similar al que haría Alí Bey, cuarenta años después. Levantó el primer mapa del Mar Rojo. Murió en el año 1815.

Catalina Leblich Mestres: madre del protagonista de este relato.

Constantin-François Volney: escritor, filósofo, orientalista y político francés que vivió entre los años 1757 y 1820. Después de estudiar derecho y medicina, viajó por el Líbano, Siria y Egipto. En 1788 publicó su «Viaje por Egipto y Siria». Fue representante del Tercer Estado en los Estados Generales de 1789, aunque rechazó sentarse en las filas de la nobleza. Fue, también, autor de la obra «Las ruinas de Palmira o Meditaciones sobre las revoluciones de los imperios», publicada en 1791.

Constantino I: emperador romano desde el año 306. Fue el primer emperador en dar libertad de culto al cristianismo, junto con todas las demás religiones del Imperio romano. Fundó la ciudad de Bizancio, llamándola la «Nueva Roma» o Constantinopla: la ciudad de Constantino, con el tiempo convertida en la gran capital del Imperio romano de Oriente y, más tarde, la capital del Imperio Otomano.

Constantino Ypsilantis: militar griego, sobrino del famoso príncipe Alejandro Ypsilantis, que formaba parte del ejército ruso y que había servido como oficial en las guardias valonas en España. Alí Bey lo conoció en el puerto de Modona, en el Peloponeso, cuando iba embarcado con tropas rusas en un navío. Según el viajero catalán, dominaba muchas lenguas. Hablaba correctamente el inglés, francés, español e italiano.

David (rey de Israel): personaje bíblico considerado por los musulmanes como uno de los profetas y patriarcas que precedieron a la religión revelada por Mahoma. Alí Bey visitó su tumba, que se hallaba situada en una pequeña iglesia cercana al Templo de Jerusalén. Según el viajero, el rey «está sepultado en un catafalco de piedra cubierto con telas de seda de diferentes colores».

Dlaimi: caíd al mando de un destacamento de tropas enviadas por el sultán Sidi Mulay Sulaymán a Oujda, para que escoltaran a Alí Bey y a sus acompañantes hasta Tánger o Larache, dada la situación de

inestabilidad que existía en el camino previsto que conducía desde Oujda a Tremecén.

Demetrio Francudi: personaje de origen griego, rico y respetado, tanto por los griegos como por los turcos de Chipre, que se encargaba de los asuntos de Alí Bey durante su estancia en esa isla. Ejercía el cargo, indistintamente, de vicecónsul de Inglaterra y de Rusia, así como el de cónsul de Nápoles.

Domingo Badía Leblich: el protagonista de esta novela.

El Hajj Bekir Agá: gobernador de Antioquía en 1807. Como su nombre indica era un turco musulmán que había realizado la Peregrinación. Dependía en asuntos políticos y en cuestiones administrativas del pachá de Alepo, pero actuaba con cierta independencia en su ciudad y su distrito.

El Hajj Mohamed: almirante de la flota turca fondeada en el puerto de Alejandría.

El-Metluti: segundo personaje más importante de El Cairo, que era jeque y *shij el mogharba*, es decir, jefe de los magrebíes occidentales, con el que Alí Bey había mantenido correspondencia mediante cartas desde Marruecos y que lo atendió durante su estancia en la ciudad del Nilo.

Elías: profeta respetado por judíos, cristianos y musulmanes. En la Biblia se refiere que estando los sacerdotes del dios Baal en la cima del monte Carmelo, en la que acostumbraban a sacrificar un toro en su honor, en presencia de Elías, invocaron a su divinidad para que prendiera el fuego de la pira; pero nada ocurrió. Entonces Elías reclamó la ayuda del dios de Israel y Yahvé envió un rayo que prendió la leña destinada a inmolar al animal, con lo que quedó demostrada la supremacía del Dios de los judíos sobre la falsa deidad cananea.

Fátima Mohana: esposa marroquí de Ali Bey, nacida en 1789. Al parecer se hallaba en camino de Tafilalet para casarse con su gobernador, cuando el sultán decidió entregarla como esposa a Alí Bey junto a otra mujer llamada Tigmu.

Federico Gravina: marino y militar español de origen siciliano, capitán general de la Real Armada Española.

Participó, al mando de los navíos españoles, en la batalla de Trafalgar. Destacó tanto en los cargos militares como en los diplomáticos que desempeñó a lo largo de su vida militar.

Felipe III: rey de España y Portugal entre los años 1598 y 1621. Aparece mencionado en la novela al tratar de algunos personajes marroquíes descendientes de los moriscos expulsados de España mediante los decretos firmados por este monarca entre los años 1609 y 1613.

Fernando VII: rey de España en 1808, después de la abdicación de su padre Carlos IV tras el llamado Motín de Aranjuez, y luego, nuevamente, desde 1813 hasta su muerte en 1833. Tras la derrota de los ejércitos napoleónicos y el abandono del territorio español del rey José I Bonaparte, Napoleón lo reconoció como rey de España por el Tratado de Valençay, firmado en diciembre de 1813.

Francisco Amorós y Ondeano: político, pedagogo y militar español, jefe de la red de colaboradores de Alí Bey en África en el año 1803, siendo coronel, apoyado por los cónsules de Tánger y de Marrakech. Vivió entre los años 1770 y 1848. Participó en los gobiernos del rey José I. Fue nombrado por este monarca gobernador militar y político de Santander el 20 de noviembre de 1808. También ocupó el cargo de intendente de la provincia de Cantabria y comandante militar y político de su costa. El 25 de noviembre de ese año el rey Bonaparte lo hizo consejero de Estado. Tuvo que exiliarse a Francia, junto con Domingo Badía, en el mes de junio de 1813.

Francisco Cabarrús: nacido francés en Bayona, pero pronto con nacionalidad española. Comerciante y prestigioso financiero. Simpatizaba con las ideas reformistas emanadas de la Constitución otorgada en Bayona. Se puso al servicio del rey José I Bonaparte, siendo nombrado por este monarca en diversos cargos. Desde agosto de 1808 ejerció el oficio de superintendente general de la Real Hacienda del Gobierno. No tuvo que exiliarse, acusado de «afrancesado», porque murió en 1810, siendo ministro de Finanzas del rey José I.

Francisco Cabello Mesa: militar y escritor español. Hombre ilustrado

que editó los primeros periódicos del virreinato del Perú (Perú, Argentina y Uruguay). Su fidelidad osciló entre el apoyo a la Junta Suprema Central, establecida en Sevilla frente a la invasión francesa, y la colaboración con los gobiernos de José I Bonaparte. Acabó exiliado en Francia, aunque regresó a España en 1823.

François-Paul Brueys: almirante francés que estuvo al mando de las fuerzas navales de Napoleón en la expedición a Egipto, muriendo en el transcurso de la batalla del Nilo, el 1 de agosto del año 1798. La escuadra francesa fue derrotada por la Marina Real Británica mandada por el vicealmirante Horacio Nelson.

François-René de Chateaubriand: este famoso escritor había visitado Jerusalén, pero no se le había permitido acceder al Templo ni al sepulcro del rey David. Alí Bey quiso saber qué era lo que había escrito sobre esa ciudad. Pero, refiere, que a pesar de los intentos realizados durante su estancia en Francia, no logró averiguar lo que había publicado en su libro «De París a Jerusalén».

Gabriel (el ángel): citado en varias ocasiones en el Corán y por los exégetas musulmanes. Estos refieren que la piedra negra de la Kaaba fue traída por el ángel Gabriel y depositada en La Meca. El Libro Sagrado dice que fue este ángel el que hizo la Revelación al profeta Mahoma y le entregó el primer capítulo del Corán.

Gabriel de Aristizábal: marino y militar español. Destacó por sus variados conocimientos. Hablaba a la perfección latín, italiano, francés e inglés y destacaba, también, como matemático. En 1784, siendo brigadier de la Real Armada, al mando de una flota, navegó hasta Estambul para firmar un tratado de amistad en nombre del Gobierno español con la Sublime Puerta. A su vuelta escribió un libro titulado «Viaje a Constantinopla en el año 1784».

Galeb: sultán jerife de La Meca en el año 1807.

Gerardo José de Sousa y Betancourt: cónsul general de España en Trípoli de Berbería y encargado de negocios con los honores de comisario de guerra en 1796, con el que Alí Bey se entrevistó en los meses que permaneció en esa ciudad africana. Disfrutó de una licencia en España desde el 20 de agosto de 1798 hasta el 1 de agosto de 1801. De vuelta a Trípoli solicitó una intendencia o un

puesto en Marruecos que no se le concedió. Tras algunas vacilaciones, se adhirió a la Junta Suprema Central en 1808, siendo llamado a España a fines de 1813 para dar cuenta de su gestión. Dejó Trípoli el 20 de abril de 1814.

Graham Moore: vicealmirante de la Armada Real Británica. El 5 de octubre de 1804 estaba al mando de la escuadra de cuatro navíos que detuvo y capturó en tiempo de paz, en el cabo de Santa María, frente a las costas del Algarve, a la flotilla española mandada por el brigadier José de Bustamante, que regresaba a la península después de haber zarpado del puerto de Montevideo. Bustamante tuvo que rendir las tres fragatas que resistieron el ataque y que fueron apresadas y conducidas al puerto de Gosport por los ingleses.

Hajj Idris: jerife del clan de los idrisíes que residía en Fez cuando llegó a esa ciudad Alí Bey en diciembre del año 1803. Personaje muy influyente y respetado en su ciudad por pertenecer a la dinastía idrisí, fundada en el siglo VIII por Idris I, descendiente directo de Mahoma al ser bisnieto de Alí, yerno y primo del Profeta. Idris I se vio obligado a huir de Bagdad y buscar refugió en el Magreb, estableciéndose en la antigua ciudad romana de Volúbilis y, después, en la ciudad de Fez, fundada por él.

Hajj Idris Rami: hijo de Hajj Idris, que fue el que atendió a Ali Bey durante el tiempo que estuvo residiendo en Fez.

Henry James Pye: poeta inglés y miembro del Parlamento Británico, amigo de Ali Bey, que le proporcionó acceso a la biblioteca de la Universidad de Oxford en la que se guardaban algunos libros que interesaban a Domingo Badía y deseaba consultar antes de emprender su viaje a Marruecos.

Henry Smeathman: oficial naval, botánico, entomólogo y explorador británico que recorrió amplias zonas de África entre 1777 y 1780, estableciéndose en Sierra Leona, recogiendo especímenes de la flora y la fauna de los lugares que visitó. Los resultados de sus viajes los publicó en un libro en el año 1781.

Herodoto: historiador y geógrafo griego que vivió en el siglo V antes de Cristo. Dedicó parte de su vida a viajar para obtener la

información y las descripciones que le permitieron escribir una obra de gran valor histórico y literario: los «Nueve libros de historia». Es considerado el padre de la Historia.

Horacio Nelson: vicealmirante de la Marina Real Británica. Fracasó en el intento de conquistar Santa Cruz de Tenerife en el año 1797, aunque venció a la flota francesa en la batalla del Nilo en agosto del año siguiente. En octubre del año 1805 derrotó a la escuadra hispano-francesa frente al cabo Trafalgar, muriendo a consecuencia de las heridas recibidas en el transcurso de los combates.

Horace Sebastiani de la Porta: militar y noble francés que llegó a alcanzar el rango de mariscal. Después de participar en varias batallas con el ejército de Napoleón, éste lo puso al frente del ejército de ocupación en España en el año 1808. Antes de abandonar, vencido, suelo español en el año 1812, cometió el deleznable y cobarde acto de profanar la tumba de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, que se hallaba en el monasterio de los Jerónimos de Granada, que en tantas ocasiones había vencido al ejército francés en Italia.

Ibn Battuta: viajero y explorador nacido en Tánger en el año 1304 en el seno de una familia acomodada, lo que le permitió dedicar veinte años de su vida a viajar y conocer países y sociedades en el norte y la costa oriental de África, el sur y el este de Europa, al-Andalus, próximo Oriente, la India, Asia Central y parte de China. Todos los conocimientos que fue adquiriendo los expuso en su obra *Rihla* («Los viajes»).

Ibn Sahib al-Salat: historiador de la dinastía almohade, nacido en Beja (Portugal), en torno a los años 1126 o 1130. Pasó una parte de su vida en Sevilla y, después, en la corte del califa como secretario de Abu Yaqub Yusuf. Su obra principal es *Al-mann bi-l-imama*, una detallada crónica de la dinastía almohade.

Ibrahim Bey: nacido en 1735 en la actual Georgia, fue un jefe mameluco y bey egipcio, que combatió contra las tropas de Napoleón cuando éste invadió Egipto. Según algunas fuentes, había nacido en el seno de una familia cristiana. Capturado por grupos de esclavistas otomanos, fue vendido en Egipto. Se convirtió al Islam y

recibió formación de la ideología mameluca. Destituido por los jefes rivales, se vio obligado a abandonar Egipto refugiándose en el Sudán en 1811, donde murió seis años más tarde.

Ibrahim Lubaris: arráez de la pequeña flota del sultán marroquí Sidi Mulay Sulaymán. Apresó en aguas del Estrecho de Gibraltar a un barco de los Estados Unidos acusado de transportar contrabando. Los americanos enviaron un barco de guerra con cuarenta cañones y una dotación de unos cuatrocientos hombres. Lograron capturar el barco de Lubaris y apresaron a su arráez. El cónsul americano escribió a Sidi Mulay Sulaymán exigiéndole que viniera a Tánger y firmara un acuerdo de paz, lo que tuvo que hacer el sultán alauita en 1803 para poder liberar a su arráez.

Ibrahim Pachá: hijo primogénito del gobernador de Egipto, Muhammad Alí Bajá (Metmed Alí o Mohamed Ali). Con solo dieciséis años estaba a cargo, como gobernador, del castillo de Alejandría cuando Alí Bey desembarcó en esa ciudad en el mes de mayo del año 1806.

Jalil: sultán mameluco de Egipto. Conquistó Acre en las postrimerías del siglo XIII, y acabó con la presencia y el dominio cristiano en esa costa. En los últimos años del siglo XVIII, Acre se había distinguido por su vigorosa resistencia ante los ataques sufridos por el ejército francés, defensa protagonizada por Al-Yazzar Pachá.

James Bruce: naturalista, explorador y geógrafo escocés nacido en el año 1730 y fallecido en 1794, que dedicó doce años de su vida a la búsqueda de las fuentes del Nilo Azul. Fue nombrado cónsul británico en Argel, cargo que le permitió desplazarse al sureste de África para poder visitar los territorios de Abisinia.

Jean Baptiste Lamarck: naturalista, botánico y zoólogo francés, que vivió entre los años 1744 y 1829. En 1779 ingresó en la Academia de las Ciencias de Francia. Autor de la primera teoría sobre la evolución biológica. Fue nombrado catedrático de Ciencias Naturales, dedicado a los animales invertebrados. En 1800 expuso las líneas generales sobre la evolución de la vida, que desarrolló, en 1809, en su obra: «Filosofía zoológica».

Jesucristo: considerado como el Hijo de Dios por los cristianos y

como uno de los grandes profetas que precedieron a Mahoma por los musulmanes, aparece en numerosas ocasiones a lo largo del relato de Alí Bey, puesto que el viajero se desplaza y visita en Palestina lugares vinculados con la vida de Jesús y de su madre María, como Jerusalén, Belén y Nazaret.

Joaquín Murat: noble y militar francés al servicio de Napoleón Bonaparte, gran duque de Berg, mariscal de Francia y rey de Nápoles entre 1808 y 1815. En 1808 entró en España con el rango de comandante del ejército y gobernador de Madrid. En este puesto tuvo que hacer frente al levantamiento del Dos de Mayo de 1808, un alzamiento popular contra los invasores franceses en el que también participaron unidades del ejército español. Murat lo reprimió duramente ordenando los fusilamientos del 2 y el 3 de mayo sin juicios previos.

Jorge Juan de Santacilia: eminente marino, ingeniero naval y científico español. En 1760 fue nombrado jefe de escuadra de la Armada Real. Su competencia y dotes de mando hicieron que en 1767 se le nombrara embajador extraordinario de Su Majestad en Marruecos, firmando un primer tratado de paz, de 19 artículos, con el reino alauita que recogía las aspiraciones más importantes de la corona española. Estando en ese cargo logró recabar información secreta y relevante para España. En 1752 había sido nombrado director de la Academia de Guardiamarinas de Cádiz. Logró calcular, por primera vez, la longitud del meridiano terrestre en el transcurso de la Misión Geodésica de Francia y España, demostrando que la Tierra está achatada en los polos.

José: hijo de Jacob, vendido por sus hermanos y llevado a Egipto, donde murió, pero cuyas cenizas fueron llevadas a Hebrón por el pueblo de Israel cuando Moisés pudo sacarlo de la esclavitud, según la tradición. En una de las mezquitas de esa ciudad se encuentra su sepultura junto a las de otros patriarcas hebreos.

José Antonio Berruezo Campoy: cuñado de Domingo Badía o Alí Bey el Abbassí.

José Antonio Cavanilles Palop: reconocido botánico y geógrafo

español, que también acudía a las tertulias científicas a las que asistía Domingo Badía estando en Madrid.

José Camps Soler: cónsul general de España en Alejandría a partir el año 1802. Empezó su carrera, entre 1793 y 1795, en las oficinas de su tío Juan Soler, cónsul y agente general de la nación española ante el Imperio Otomano. Luego, fue canciller del Consulado General de España en Turquía; cónsul delegado en Alepo y, finalmente, cónsul general en Alejandría. El 12 de septiembre de 1810, como otros diplomáticos, y antes había hecho el propio Domingo Badía, juró su cargo ante el rey José I Bonaparte.

José de Bustamante: (Véase la cita dedicada a Graham Moore).

José I Bonaparte: rey de España, entre los años 1808 y 1813. Su proclamación como monarca español tuvo lugar en junio de 1808 por designación de su hermano el emperador Napoleón, que el mes anterior, había obtenido la cesión de los derechos de la corona española de Carlos IV y de Fernando VII. Para dar legitimidad al nuevo régimen que se implantaba en España en la persona de su hermano, Napoleón otorgó un Estatuto en Bayona (también llamada Constitución de Bayona) reconociendo algunas libertades, aboliendo viejos privilegios señoriales y eclesiásticos e introduciendo reformas democráticas.

Joseph Banks: naturalista, explorador y botánico inglés que viajó junto con Cook en su primer gran viaje. Fue el primero en introducir en occidente los eucaliptos, las acacias y las mimosas. Sería elegido para participar en una expedición científica conjunta de la Marina Real Británica y la Royal Society al sur del océano Pacífico, entre los años 1768 y 1771. Unas setenta y cinco especies de plantas llevan el nombre de Banks.

Joseph de Lalande: astrónomo francés que vivió entre los años 1732 y 1807. Ingresó en la Academia de Ciencias de Berlín después se unirse al famoso astrónomo Nicolás de Lacaille en la expedición al Cabo de Buena Esperanza, para realizar observaciones lunares. En 1801 publicó un catálogo con todas las estrellas visibles.

Juan (el Bautista): en una de las naves de la gran mezquita de Damasco se encuentra un habitáculo que contiene, según la

tradición, la sepultura del profeta Juan, hijo de Zacarías, llamado por los cristianos Juan el Bautista, que fue visitada por Alí Bey durante su estancia en esa ciudad.

Kiriko: cónsul general de Rusia en Valaquia, que, como representante del gobierno ruso, gozaba de ciertas facilidades a la hora de lograr entrevistas con el gobernador general del Gobierno de su país, señor Bahmetief. Alí Bey pudo ser recibido por este gobernador gracias a la mediación del citado cónsul.

Kushuk Alí: pachá rebelde que, aliado con los turcomanos y con sus propias tropas, se hallaba instalado, en torno al año 1807, en las cercanías de la ciudad de Iskenderun, junto al mar, en el golfo que forma el Mediterráneo en esa zona, desde donde realizaba incursiones militares propias de bandidos.

León el Africano: diplomático y explorador andalusí. Nació en Granada entre 1486 y 1488. Pertenecía a una familia ilustrada que residió en esa ciudad hasta que los Reyes Católicos la conquistaron en 1492. Su familia se vio forzada a marchar al exilio estableciéndose en la ciudad de Fez. Pronto dejó Fez para acompañar a su tío en un viaje diplomático hacia el sur del Magreb, Tombuctú y otras ciudades del oeste africano. Transcurridos algunos años había cruzado el mar Mediterráneo varias veces y visitado Constantinopla, Egipto, La Meca y Medina, para realizar misiones diplomáticas por encargo del sultán de Fez y en cumplimiento de la Peregrinación. Escribió en italiano su obra más importante «Descripción de África y de las cosas notables que allí hay».

Luis XVIII: rey de Francia entre 1814 y 1824. Recuperó el trono después del período de los «Cien Días» en que Napoleón volvió a ocuparlo entre el 20 de marzo de 1815 y el 8 de julio del mismo año. Su forma de gobierno se transformó en una monarquía constitucional y parlamentaria, a diferencia la que imperaba durante el Antiguo Régimen borbónico, que consistía en una monarquía absolutista. En esta nueva etapa, las prerrogativas reales y el poder de Luis XVIII quedaron reducidos notablemente, condicionadas por la Carta que el mismo monarca promulgó como

una especie de Constitución otorgada para Francia. Murió sin descendencia en 1824.

Malik ben Anás: imán de Medina en el siglo VIII. Fue el fundador de una de las cuatro escuelas de jurisprudencia existentes dentro del Islam sunní, conocida como «malikismo». Pronto se extendió por occidente, sobre todo por la España musulmana (al-Andalus), por medio de sus discípulos que se encargaron de transmitirla a través de los centros religiosos, siendo la escuela a la que se adscribieron los emires y califas omeyas de Córdoba. Sus fundamentos fueron perseguidos por los wahabíes que los consideraban heréticos.

Manuel Godoy y Álvarez de Faria Ríos: destacado e influyente personaje, favorito y valido del rey Carlos IV de España, Príncipe de la Paz desde 1795, cuya figura no es posible separarla de la de Domingo Badía y su *alter ego* Alí Bey, pues fue su mentor y quien financió sus viajes a Marruecos y a Asia. Como secretario de Estado, entre 1792 y 1798, y generalísimo entre 1801 y 1808, estuvo al frente del Gobierno de España durante la crisis europea provocada por la Revolución Francesa. Trató de llevar a cabo una serie de reformas que eran rechazadas por parte de la nobleza y del clero. Redujo los monopolios gremiales, apoyó la ley agraria, suprimió algunos impuestos, liberalizó los precios de las manufacturas e, incluso en 1797, reunió un Gobierno integrado por prestigiosos ilustrados españoles. Pero en la noche del 19 de marzo de 1808, el pueblo llano, dirigido por ciertos nobles agraviados por las medidas aprobadas por Godoy, asaltó el palacete del valido, tras el llamado motín de Aranjuez, siendo apresado, destituido de sus cargos, títulos y honores, y encarcelado.

María (la Virgen): Maryam es considerada por los musulmanes como la madre del profeta Jesús y, por tanto, merecedora de respeto y de veneración.

María Luisa Berruezo Campoy: esposa española de Domingo Badía o Alí Bey el Abbassí.

Maryam al-Fihri: era hija de un comerciante tunecino llamado Muhammad al-Fihri, importante hombre de negocios residente en Kairuán, que se trasladó con su familia a Marruecos durante el

reinado de Idrís II. En el año 859, Maryam y su hermana Fátima fundaron la mezquita al-Qarawiyyín de Fez, en cuyo entorno se formó la famosa madraza de esa ciudad.

Mohamed Agá: gobernador de Modona, ciudad portuarias situada en el Peloponeso, dominada por los turcos cuando Alí Bey recaló en ella, en febrero del año 1806. Aunque este pachá estaba sostenido por los otomanos, su autoridad era muy precaria, según pudo comprobar el viajero catalán, pues quien mandaba de verdad en la ciudad era un rico personaje llamado Mustafá Shaux.

Mohamed Alí: o Metmed Alí, fue nombrado gobernador de Egipto, Sudán, Siria, Morea, Thasos y Creta, por el sultán otomano Selim III en el año 1805. Tras la derrota francesa en septiembre de 1801, y la retirada británica en 1803, de Egipto, quedó un vacío de poder que fue aprovechado por este militar. A principios de mayo de 1805, el pueblo de El Cairo se levantó en armas contra el gobernador otomano y, en la noche del 12 al 13 de mayo, Mohamed Alí fue elegido pachá o gobernador de Egipto por las autoridades religiosas de El Cairo, título que le fue reconocido por el sultán Selim III. Después de un largo gobierno, en el que predominaron las conquistas, las reformas económicas y los pactos con franceses e ingleses, en 1848 abdicó en su hijo. Falleció estando en Alejandría, el 2 de agosto de 1849.

Mohamed ben Aissa: santo musulmán patrón de la ciudad de Mequínez, fundador de una de las más antiguas cofradías de Marruecos, conocida como de los Aissaua. En una mezquita, situada en las afueras de esa ciudad, se encuentra su venerada sepultura.

Mohamed ben Abdallah: sultán de Marruecos que ostentó el poder entre los años 1757 y 1790. Cuando Alí Bey desembarcó en Tánger, en el año 1803, el trono alauita estaba ocupado por su hijo Sidi Mulay Sulaymán, que había sucedido a su hermano Yazid. Su reinado no contó con una capital oficial, aunque hizo construir un gran palacio en la ciudad de Rabat, a la que confirió el rango de capital imperial. En 1765 fundó la ciudad de Mogador, la actual Esauira, al estilo europeo para lo que contrató arquitectos

franceses. Fracasó en su intento de tomar Melilla entre 1774 y 1775, iniciando conversaciones con el Gobierno español y mejorando las relaciones con España tras firmar, en 1780, el conocido como Tratado de Aranjuez.

Mohamed Degáiz: primer ministro del pachá de Trípoli de Berbería, Sidi Yusef Caramanli, en el tiempo que estuvo en esa ciudad el viajero Alí Bey el-Abbassí.

Mohamed el-Hayyi: santo musulmán muy venerado por los tangerinos cuya tumba se encuentra en una mezquita situada en las afueras de la ciudad.

Mohamed II: sultán otomano, entre los años 1451 y 1481, que logró conquistar Constantinopla a los cristianos en el año 1453.

Mohamed Nas: comerciante árabe encargado de los asuntos de Ali Bey en la ciudad portuaria de Yedda.

Muhammad ben 'Abd al-Wahhab: religioso fundador, en Arabia, de una rama político-religiosa muy estricta e intransigente del Islam dentro del sunnismo, creada en la segunda mitad del siglo XVIII. Dicha reforma se caracterizaba por aplicar con todo rigor la *sharia*, propugnando su expansión por los estados musulmanes por medio de sus mezquitas y centros de estudios islámicos. Los wahabíes eran enemigos acérrimos de los chiitas y del sufismo, a los que consideraban ramas heréticas del Islam. No cesaron de perseguirlos en las regiones donde se iban instalando e implantando sus intransigentes reformas, sobre todo, en Arabia y parte de Siria.

Muhammad ben Tumart: fue el líder religioso de la tribu bereber masmudí de los Harga y el fundador del movimiento reformador de los almohades. Desarrolló una teoría religiosa crítica con el maliquismo que defendían los almorávides. Las principales diferencias con sus antecesores eran su insistencia en la ausencia de características antropomórficas en Dios y la defensa a ultranza de la unicidad de Aláh. Por ello sus seguidores fueron conocidos como «los Unitarios». Pronto se presentó como *mahdi* y descendiente de Mahoma. En pocas décadas sus ideas se extendieron por todo el Magreb occidental, sustituyendo a los almorávides en Marruecos y, luego, en al-Andalus.

Mulay Hassán: cuando Alí Bey viajaba embarcado en un velero otomano que lo conducía a la isla de Chipre, conoció a un jerife llamado Mulay Hassán, que se jactaba de haber matado a numerosos franceses en la fracasada invasión de Napoleón Bonaparte a Egipto.

Mulay Ismail: sultán de Marruecos, de la dinastía alauita, que reinó entre los años 1672 y 1727.

Mulay Mohamed: jerife de la región marroquí de Tafilálet, pariente del sultán Sidi Mulay Sulaymán, que se había establecido en Ramala, abandonando Marruecos por unas diferencias surgidas con su poderoso familiar, el sultán.

Mulay Salama: hermano mayor del sultán Sidi Mulay Sulaymán. Fue derrotado en la guerra por la sucesión al trono, aunque luego le rindió pleitesía; pero como albergaba el temor de una posible venganza, acabó refugiándose con su familia en El Cairo, ciudad que lo acogió y en la que vivía a expensa de la generosidad de los jeques de la ciudad. Allí lo conoció e intimó con él Alí Bey.

Mungo Park: explorador y naturalista escocés, conocido por sus dos grandes expediciones al río Níger, lugar donde falleció en 1805. Comenzó sus estudios de medicina y botánica en la Universidad de Edimburgo. Cuando los finalizó, a través de una recomendación del naturalista Joseph Banks, obtuvo un puesto de cirujano asistente a bordo del barco *East Indiaman Worcester*, que navegó a Benkulen, en Sumatra, en febrero de 1793. Luego exploró, en dos ocasiones, el curso del río Níger, muriendo en el transcurso de la segunda de ellas.

Mustafá Agá: oficial otomano que recibió a Alí Bey en nombre del gobernador turco de Gaza. Este relevante personaje le ofreció una buena casa para que se hospedara los días que permaneciera en esa ciudad palestina.

Mustafá Beiraktar: gobernador de la región de Rusçuk, entre el Imperio Otomano y los territorios controlados por Rusia, cuando Alí Bey alcanzó la frontera del Danubio, en el mes de diciembre del año 1807. Se había distinguido luchando contra los rusos en la batalla de Musahib-Kiu en ese mismo año. Colaboró en el

destronamiento del sultán Mustafá IV, y en la entronización de su sucesor, Mohamed II. Fue nombrado Gran Visir en el año 1808.

Mustafá IV: sultán del Imperio Otomano, que ostentó el sultanato después de que su primo, el sultán Selim III, fuese depuesto por los jenízaros en 1807. Se mantuvo en el poder entre el 29 de mayo de 1807 y el 28 de julio de 1808. En ese breve espacio de tiempo abolió muchas de las reformas promovidas por Selim III, al que posteriormente mandó asesinar. El pueblo de Constantinopla le temía por sus arbitrariedades, como pudo comprobar Alí Bey en los dos meses que permaneció en la capital del Imperio de la Sublime Puerta.

Mustafá Shaux: rico y poderoso personaje de la ciudad portuaria de Modona, propietario del baño público, del Gran Café y de las tabernas de la ciudad, que actuaba por encima y con más autoridad —cuando Ali Bey estuvo en ese puerto—, que el gobernador turco, Mohamed Agá. Su comportamiento, en opinión del viajero español, era más cercano al de un bandido que al de un probo ciudadano.

Napoleón Bonaparte: emperador de Francia desde el año 1804 hasta el final de reinado de los «Cien Días» en julio del año 1815. Tuvo una enorme influencia, con su hermano el rey José I, en la evolución de la vida de Domingo Badía o Alí Bey, desde la caída de su mentor, don Manuel Godoy, y su vinculación política con el régimen instaurado en España por los bonapartistas y los llamados «afrancesados».

Nevil Maskelyne: astrónomo inglés, nacido en el año 1732 y fallecido en 1811. Fue director del Observatorio Astronómico de Greenwich. En 1761 fue comisionado por la Royal Society para efectuar novedosas observaciones del tránsito del planeta Venus sobre el disco solar, para lo cual tuvo que desplazarse a la isla de Santa Elena. En 1772 ideó un experimento para poder determinar la densidad de la Tierra de un modo práctico, que llevó a cabo dos años más tarde.

Nicolaos Nicolidis: encargado de la «dragomanía» de Chipre en ausencia del dragomán titular. Era uno de los destacados

personajes de la isla que frecuentaban el palacete en el que se alojaba Alí Bey. Por su amena y cultísima conversación, su ingenio y su gran dominio de la retórica, el viajero español lo llamaba el «Demóstenes Moderno».

Omar Buceta: gobernador de Marrakech a quien Alí Bey dejó como apoderado y encargado de la administración de su extensa finca y de las dos mansiones urbanas que le había regalado el sultán Sidi Mulay Sulaymán en Marrakech, una vez que hubo de abandonar el sultanato temiendo por su vida. Domingo Badía o Alí Bey el Abbassí nunca pudo regresar a Marruecos ni recuperar la propiedad de esos bienes, ni conocer a su hijo Othmán, nacido de su esposa Fátima Mohana.

Osmán Bey Bardisi: mameluco que, con Ibrahim Bey, había protagonizado una sublevación en el Alto Egipto contra el pacha de El Cairo, manteniendo todo el valle del Nilo en una inestabilidad que había impedido el comercio que llegaba a la capital de Egipto desde las regiones del sur y del África interior.

Othmán ben Alí Bey: hijo marroquí de Alí Bey, tenido de su mujer Fátima Mohana, a la que se vio obligado a abandonar en la costa de Larache, junto a sus otras dos mujeres, estando embarazada de él, cuando fue expulsado del país por el ministro Sidi Mohamed Salaui, probablemente, cumpliendo este órdenes del sultán Sidi Mulay Sulaymán.

Pablo de Sangro Gaetani d'Aragona y Merode: estando en Madrid, Domingo Badía, acuciado por la escasez y la falta de dinero, trabajó como bibliotecario de este militar español de origen napolitano, príncipe de Castelfranco y Grande de España, circunstancia que le permitió consultar los libros de viajes escritos por expedicionarios y viajeros árabes, y naturalistas ingleses que guardaba este ilustrado personaje en las baldas de su biblioteca.

Pascual Vallejo: embajador de España en Múnich, capital, desde el año 1806, del reino de Baviera creado por Napoleón Bonaparte.

Pedro Badía Berrazo: hijo primogénito de Domingo Badía que residía en París cuando Alí Bey se vio obligado de exilarse en Francia en 1813. Dos años más tarde, desaparecido Napoleón, formaría parte,

como oficial, del ejército del rey Luis XVIII, en el que, por sus valerosas acciones de guerra, fue condecorado y admitido en la prestigiosa Orden de la Flor de Lis.

Pedro Berruezo Caparrós: suegro de Domingo Badía o Alí Bey el Abbassí. Era un acaudalado comerciante de Vera (Almería), propietario, también, de unos campos de labranza y mercader de la sal producida en esa región.

Pedro Ortiz de Zugasti: vicecónsul de España en Trípoli de Berbería.

Pierre Villeneuve: vicealmirante francés, que día 21 de octubre del año 1805, estando al frente de las escuadras coaligadas de España y de Francia, mandada la española por el teniente general del mar, Federico Gravina, frente a la costa de Cádiz, y el cabo de Trafalgar, fue derrotado en la famosa batalla naval de ese nombre, por la flota inglesa mandada por el vicealmirante Horacio Nelson.

Rich: caballero inglés que fue presentado, estando en Chipre, a Alí Bey con ese nombre, diciéndole que se dirigía a El Cairo para administrar los asuntos de la Compañía de las Indias Orientales. Hablaba correctamente el turco y el persa, y vestía, como el viajero catalán, con atuendos árabes.

Sadat: jeque egipcio que acudió, acompañado de otros relevantes personajes cairotas, a recibir a Alí Bey cuando éste desembarcó en el puerto de El Cairo proveniente de Alejandría, en el mes de noviembre del año 1806.

Saladino: primer sultán de Egipto y Siria, incluyendo en sus dominios los territorios que habían pertenecido a los cruzados, así como Mesopotamia, Yemen, Arabia y Libia. Proveniente de una familia kurda, fue la figura musulmana más destacada en la Tercera Cruzada. Con él dio comienzo la dinastía ayubí, que gobernaría Egipto y Siria tras su muerte, acontecida en el año 1193. Su tumba se encuentra en el interior de un edificio situado al noroeste de la mezquita principal de Damasco.

Saud ben Abdulaziz: sultán de Arabia que, a partir del año 1803, logró imponer su autoridad sobre los turcos otomanos, liderando la reforma rigorista del Islam, conocida como el wahabismo, iniciada por Muhammad ben ʻAbd al-Wahhab.

Seida Zineb: hermana de Alí y nieta del Profeta. Su tumba se halla situada, según creencia general, en el interior de la mezquita que lleva su nombre en la ciudad de El Cairo, gozando de enorme predicamento entre sus habitantes.

Sidi Mohamed Salaui: primer ministro del sultán de Marruecos, Sidi Mulay Sulaymán. Poderoso e influyente personaje de la Corte alauita que pasó de ser gran amigo y generoso benefactor de Alí Bey, a su más enconado enemigo cuando lo traicionó estando con sus mujeres en el puerto de Larache, esperando poder embarcar en una fragata que los iba a trasladar al puerto de Trípoli. Un destacamento de soldados, siguiendo sus órdenes, se apoderó con violencia de sus tres mujeres impidiendo que embarcaran y marcharan con él a Oriente.

Sidi Mulay Abdelmalek: primo del sultán de Marruecos, Sidi Mulay Sulaymán. Cuando Alí Bey lo conoció en Tánger ejercía el cargo de general de la guardia personal y los escoltas del sultán alauita. Con el primer ministro Mohamed Salaui y el astrologo Sidi Yinán, fue uno de los dirigentes del sultanato que se tornaron enemigos de Alí Bey, motivo que obligó al viajero y espía español, a tener que abandonar precipitadamente Marruecos con sus mujeres, aunque estas se vieron obligadas a quedar en el país norteafricano retenidas por las autoridades alauitas.

Sidi Mulay Abdesalam: hermano ciego del sultán Sidi Mulay Sulaymán, con el que Alí Bey mantuvo una estrecha y sincera amistad durante el tiempo que permaneció en Marruecos. Cuando al finalizar su estancia en el sultanato alauita algunos relevantes personajes de la Corte, que se decían sus amigos, como el ministro Salaui, Mulay Abdelmalek y el mismo sultán, se tornaron sus enemigos, Sidi Mulay Abdesalam fue el único que permaneció leal a Alí Bey lamentado su partida.

Sidi Mulay Sulaymán: sultán de Marruecos entre los años 1792 y 1822, con el que Alí Bey mantuvo numerosos encuentros, siempre respetuosos y amigables, recibiendo de él una finca rural y dos mansiones urbanas en Marrakech, así como una generosa pensión; hasta que perdió la confianza que tenía depositada en el enviado

de don Manuel Godoy y se convirtió en uno de sus solapados enemigos. Falleció el 22 de noviembre del año 1822.

Sidi Omar el-Makram: primer jeque de El Cairo. Influyente personaje egipcio que no cesó de agasajar y atender las necesidades de Alí Bey en el tiempo que permaneció en esa ciudad antes de partir para La Meca.

Sidi Yinán: astrólogo principal del sultán Sidi Mulay Sulaymán. Con Sidi Mulay Abdelmalek, su hermano, y con el ministro Sidi Mohamed Salaui, fue uno de los enemigos de Alí Bey, cuyas maquinaciones le obligaron a abandonar precipitadamente Marruecos en el mes de octubre de 1805, embarcando en el puerto de Larache para dirigirse a la ciudad de Trípoli de Berbería.

Simón de Rojas Clemente: experto matemático, filósofo y conocedor de la gramática y la poesía árabe, además de ser uno de los mejores botánicos de España que, a pesar de su juventud, don Manuel Godoy quiso que acompañara, por imposición de los Académicos de la Historia, a Alí Bey en su viaje al norte de África. Aunque, al final, el Príncipe de la Paz desistió y el viajero catalán emprendió solo su aventura.

Solimán el-Fayumi: uno de los jeques más relevantes de El Cairo, que acudió, acompañando a Sidi Omar, decano de los jerifes de la ciudad, a recibir a Alí Bey cuando éste desembarcó en el puerto cairota en noviembre del año 1806.

Taylor: cónsul de Inglaterra en Chipre. Invitó a Alí Bey a una comida en su residencia, situada en un lugar llamado la Scala, a dos kilómetros de Larnaca, donde se encontraba la rada en la que fondeaban los buques de comercio ingleses.

Teófilo III: patriarca ortodoxo de Alejandría entre 1805 y 1825, fecha esta última en la que fue depuesto durante la revolución griega. Alí Bey se entrevistó con él cuando visitó esa ciudad en mayo del año 1806.

Tigmu: la segunda esposa marroquí de Alí Bey, que tuvo que dejar en Marruecos cuando el viajero catalán se vio obligado a embarcar en una fragata de guerra para dirigirse al puerto de Trípoli.

Urbano II: papa de la Iglesia católica que predicó la Primera Cruzada

para que los reinos cristianos de Occidente emprendieran la conquista de los Santos Lugares ocupados por los musulmanes.

William George Browne: viajero y explorador inglés. En enero de 1792 viajó a Egipto utilizando los meses de estancia en ese país para aprender árabe y conocer sus antiguas ruinas. Al año siguiente marchó al Sudán y a Siria. Con las informaciones recogidas en esos países escribió un libro titulado: «A través de África, Egipto y Siria», que publicó en el año 1799. Murió entre 1813 y 1814, cuando, en un nuevo viaje, se dirigía a Teherán.

Yusef Caramanli: pachá de la Tripolitana (hoy día región perteneciente a Libia). Ocupó el poder después de que su hermano Hamet fuera depuesto en el año 1793 por los otomanos para restaurar, de esta manera, la autoridad del Imperio de la Sublime Puerta sobre Trípoli. Sin embargo, en 1795, Yusef regresó a Trípoli y con la ayuda del *bey* de Túnez, recuperó el trono enviando a su hermano al exilio. Reinó desde el año 1795 hasta 1832.

BIBLIOGRAFÍA

Al-Idrisi, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, Edit. Brill, Leyden, 1866.

Ali Bey el Abbassí, *Voyages d'Ali Bey en Afrique et en Asie, pendant les années 1803, 1804, 1805, 1806 et 1807,* par l'Imprimerie de P. Diderot l'Ainé, Paris, 1814.

-*Viajes de Ali Bey el Abbassi (Don Domingo Badia y Leblich) por África y Asia durante los años 1803, 1804, 1805, 1806 y 1807,* P. Pérez (trad.), 3 vols., Valencia, Librería de Mallén y sobrino, 1836 (el mismo año ed. París, Librería de los SS. D. Vicente Salvá e Hijo / Méjico, Librería de Galván.

-*Viaje de Ali-Bey-el-Abassi (D. Domingo Badia y Leblich) al Imperio de Marruecos escrito por él mismo, precedido de la biografía de este ilustre y sabio español por Ramón Mesonero Romanos*, Imprenta de José Solves, Puerto Rico, 1860.

-*Viajes de Ali Bey el Abbasi*, J. Romano (ed.), Madrid, CSIC-Instituto de Estudios Africanos, 1951.

-Alí Bey (Domingo Badía Leblich, 1767-1818), *Viajes por Marruecos, Trípoli, Grecia, Egipto, Arabia, Palestina, Siria y Turquía (1814)*. Editor: José J. de Olañeta, Editorial Olimpo, Barcelona. Traducción de Pascual Pérez, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1981.

-*Alí Bey el Abbassí, 1767-1822*. Edición de Salvador Barberá Fraguas. Editora Nacional, Madrid, 1985.

-*Viajes por Marruecos, Trípoli, Grecia y Egipto*, J. Goytisolo (pról.), Palma de Mallorca, J. J. de Olañeta, 1986.

-Domingo Badía Leblich, *Viajes de Alí Bey*, Compañía Literaria, Madrid, 1997.

-*Alí Bey en Marruecos. Tragedia,* 1815 (Edición moderna, con introducción. de C. C. García Valdés y M. Mcgaha, Pamplona, Eunsa, 1999).

-Domingo Badía «Alí Bey», *Viajes de Alí Bey*, Editorial Óptima, Barcelona, 2001.

-*Viajes de Alí Bey por África y Asia*, Edición de Roger Mimó (Tres tomos), Editorial Almed, Granada, 2012.

Almarcegui, P., A*li Bey y los viajeros europeos en Oriente*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2007.

Arcangelo Madrignani y Vicente Calvo Fernández (traductor). *Viaje de Ludovico Varthema (1502-1503)*, Editorial Akal, Madrid, 2010.

Balaguer, V., *Jornadas de gloria de los españoles en África,* Madrid, Librería Española, 1860.

Ballester, D. J., *Viatge a Terra Santa, Egipte i Turquía*, Pagès Editors, Lérida, 1999.

Burckhardt, J. L., *Viaje al monte Sinaí*, Editorial Laertes, Barcelona, 1991.

Burton, R.F., *Personal Narrative of Pilgrimage to al-Madinah and Meccah,* New York, Dover Publications, 1964.

-*Mi peregrinación a Medina y La Meca-I (Egipto)*, Editorial Laertes, Barcelona, 1999.

-*Mi peregrinación a Medina y La Meca-II (La Meca),* Editorial Laertes, Barcelona, 1993.

Cagigas, I. de las, *Los viajes de Alí Bey a través del Marruecos oriental*, Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia, Madrid, 1919.

Casas, A., *Alí Bey, vida, viajes y aventuras de Don Domingo Badía*, Editorial Luis Miracle, Barcelona, 1943.

Castries, H. de, «La fin d'un roman d'aventure, les dernières années d'Alí Bey el-Abbassi (1808-1818)», en *Revue des Deux Mondes,* n.º 53, 1909.

Chateaubriand, F. R., *De París a Jerusalén*, Editorial Laertes, Barcelona, 1982.

Corancez, L. A., *Histoire des Wahabís: depuis leurs origines jusqu'à la fin de 1809*, Librairie Crapart, París, 1810.

El Mansour, M., *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman,* Cambridgeshire, Middle East & North African Studies Press, 1990.

Ezquerra Abadía, R., «Domingo Badía, sus audaces viajes y proyectos», en *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, n.º 1, 1947 (107- 123).

Godoy, M., (Príncipe de la Paz), *Memorias*, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1965.

Hernández Lafuente, A., *El viajero de las Luces*, Editorial Aljaima, Málaga, 1999.

Lempriere, W., *A Tour from Gibraltar to Tangier, Salle, Mogadore, Santa Cruz, Tarudant; and Thence Over Mount Atlas, to Morocco,* London, 1804.

Ibn Abi Zar', *Rawd al-Qirtas*, Trad. y notas por Ambrosio Huici Miranda (Tomos I y II), Textos Medievales, n.º 13, Valencia, 1964.

Ibn Battuta, *A través del Islam*, Alianza Universidad, 3ª Edición, Madrid, 1997.

León el Africano, *Descripción General del África*, Edit. Lunwerg-El Legado Andalusí, Barcelona, 1995.

López Bargados, A., (coord.), *Alí Bei: un pelegrí català per terres de l'Islam*, Proa, Barcelona, 1996.

López García, B., *La quimera constitucional de Alí Bey*, Edition Khbar Bladna, Tánger, 2010. «Une constitution venue d'ailleurs», en *Zaman*, n.º 6, Casablanca, 2011.

Lourido Díaz, R., *Marruecos en la segunda mitad del siglo XVIII,* Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Madrid, 1978.

Marín, M., «Patricia Almarcegui, A*li Bey y los viajeros europeos en Oriente»,* en *Mélange de la Casa de Velázquez,* n.º 38-2, 2008 (269-272).

McGaha, M., «Domingo Badía (Alí Bey) en Marruecos», en *Espacio, Tiempo y Forma,* Serie V, 9, 1996 (11-42).

Mayrata, R., *Alí Bey el Abasí, un cristiano en la Meca*, Editorial Planeta, Barcelona, 1995.

Mercader Riba, J., «Ali Bey, Intendente afrancesado de Segovia», en *Estudios segovianos,* 11-33, 1959 (385-407).

-*Domènec Badia, «Alí Bey». Un aventurer catalá al servei de Godoy i*

Josph I, Rafael Dalmau Editores, Barcelona, 1960.

Mungo P., *Viaje a las regiones interiores de África (1795-1805)*, Ediciones del Sebal, Barcelona, 1991.

Roussier, P., «Les derniers projets et le dernier voyage de Domingo Badía (1813-1818)», en *Revue Africaine*, n.º 71, 1930 (36-91 y 300-361).

Van Den Brule, A., «Domingo Badia, el español que fue tan grande como Lawrence de Arabia», en *El Confidencial*, 14 de enero de 2017.

Zeinab Meghraf, «Domingo Badía y Leblich alias Ali Bey el Abbassí: un agente-espía de Godoy en Marruecos (1803-1805)» en *Cuadernos de Estudios del siglo XVIII*, Universidad de Oviedo, 2020 (413-445).